

MARIÑO DE LOBERA, PEDRO (¿1525 – 1584?)

CRÓNICA DEL REINO DE CHILE

INDICE

Preliminares

LIBRO PRIMERO

PARTE PRIMERA

De la situación y conquista del reino de Chile hecha por don Diego Almagro

CAPÍTULO I

De cómo el adelantado don Diego de Almagro tuvo noticia del reino de Chile y se puso en camino para descubrirle

CAPÍTULO II

De algunos encuentros que tuvo don Diego de Almagro en el camino con los bárbaros en las provincias llamadas Jojouí, Chihuana y Quirequire, donde hubo una famosa batalla

CAPÍTULO III

.....los indios chilenos hicieron para recibir a los españoles siendo informados por tres dellos, que fueron.....ados antes del ejército

CAPÍTULO IV

De la entrada de los españoles al valle de Copiapó, pasando una muy áspera Sierra Nevada

CAPÍTULO V

De la llegada de la gente española al valle de Coquimbo y, finalmente, algún valle de Chile

CAPÍTULO VI

De la entrada... Gómez de Alvarado... descubrir lo que había en la Tierra adentro y de una sangrienta batalla que tuvo con los bárbaros

CAPÍTULO VII

De la vuelta que don Diego de Almagro dio para el Perú con todos los españoles que había en Chile

PARTE SEGUNDA

De la segunda conquista del reino de Chile, hecha por D. Pedro de Valdivia

CAPÍTULO VIII

De la partida del capitán don Pedro de Valdivia del reino el Perú para el de Chile por el largo despoblado de Atacama

CAPÍTULO IX

De la resistencia que los indios de Copiapó hicieron a los españoles, que pretendían sujetarlos

CAPÍTULO X

De la batalla que hubo en el valle de Coquimbo entre los españoles y naturales de aquella tierra, adonde llegó a la sazón nuevas de un navío de españoles, que surgió en un puerto que estaba cerca

CAPÍTULO XI

De la fundación de la ciudad de Santiago, intitulada con este nombre por haber el glorioso apóstol aparecido en la batalla

CAPÍTULO XII

De las condiciones de los indios de Chile y algunas cosas de la tierra

CAPÍTULO XIII

De cómo el capitán Valdivia prendió en un fuerte, que desbarató, al general Michimalongo, y se dio asiento a las minas de oro

CAPÍTULO XIV

De la prisión de siete caciques

CAPÍTULO XV

De la batalla que hubo en la ciudad de Santiago entre los indios y españoles, donde mató doña Inés Juárez siete caciques

CAPÍTULO XVI

De una famosísima batalla que hubo en la ciudad de Santiago, donde apareció la Reina del Cielo, a la cual se fabricó una iglesia intitulada Nuestra Señora del Socorro

CAPÍTULO XVII

De la batalla que hubo en Penco entre los indios y los españoles, habiendo Valdivia conquistado los Paramocoes

CAPÍTULO XVIII

De las grandes calamidades que padecieron los españoles, muchos años de hambre y desnudez por no tener comercio con gente de otros reinos

CAPÍTULO XIX

De lo que sucedió después de dada la paz y de una pluma de extraordinaria virtud, y cómo se dio principio a la labor de las minas

CAPÍTULO XX

De la jornada que el capitán Alonso de Monroy hizo al Perú a llevar gente española a Chile

CAPÍTULO XXI

De la población de la ciudad de Coquimbo

CAPÍTULO XXII

Cómo el capitán Alonso de Monroy llegó al Perú con su embajada y de lo que sucedió en el camino

CAPÍTULO XXIII

Cómo el capitán Alonso de Monroy hizo gente en el Perú y fué con ella al reino de Chile

CAPÍTULO XXIV

Del primer viaje que se hizo por mar del Perú a Chile

CAPÍTULO XXV

De la vuelta que el capitán don Pedro de Valdivia hizo al Perú precediendo el capitán Alonso de Monroy, el cual murió en la ciudad de los reyes

CAPÍTULO XXVI

De la llegada del capitán valdivia al Perú, donde gobernó el campo del rey en favor del presidente Gasca contra Pizarro

CAPÍTULO XXVII

De las cosas que pasaron en Chile en el tiempo que el capitán Valdivia estuvo en el Perú, y la destrucción de la ciudad de la Serena

CAPÍTULO XXVIII

De cómo fué reedificada la ciudad de la serena, y cómo tomó posesión del Gobierno del reino de Chile el capitán don Pedro de Valdivia

CAPÍTULO XXIX

Del viaje que el maestro de campo Francisco de Villagrán hizo al Perú a juntar gente para este reino

CAPÍTULO XXX

De la entrada de Villagrán en Chile con gente española

CAPÍTULO XXXI

Cómo el gobernador don Pedro de Valdivia fué a descubrir las provincias de Arauco, donde tuvo una famosa batalla

CAPÍTULO XXXII

De la fundación de la ciudad de la Concepción Inmaculada de la Madre de Dios, Señora nuestra

CAPÍTULO XXXIII

De una famosa batalla que los indios araucanos y tucapelinos dieron a españoles viniendo sobre la ciudad de la Concepción

CAPÍTULO XXXIV

De cómo se descubrieron nuevas tierras en los estados de Arauco y Tucapel y, en particular, la provincia de Cauten, donde se fundó la ciudad imperial

CAPÍTULO XXXV

Del descubrimiento de la provincia de Tolten, y la batalla de la Gran Laguna

CAPÍTULO XXXVI

Del descubrimiento del valle de Marquina, donde hubo una memorable batalla

CAPÍTULO XXXVII

De la llegada del general Francisco de Villagrán a Chile. Y de la batalla que hubo en Marquina entre Valdivia y los indios de aqueste valle

CAPÍTULO XXXVIII

De la conquista de Mallalauquen y fundación de la ciudad de Valdivia

CAPÍTULO XXXIX

De la fundación de la Villarica y de la visita que Valdivia hizo, dando asiento a las cosas del reino

CAPÍTULO XL

Del descubrimiento de las minas de oro de la Concepción, y de la llegada a Chile de don Martín de Avendaño con su ejército

PARTE TERCERA

De la rebelión general, de los indios de Arauco y Tucapel

CAPÍTULO XLI

Del acuerdo que los estados de Arauco y Tucapel tuvieron, confederándose contra los españoles y eligiendo capitán general

CAPÍTULO XLII

De algunos encuentros que hubo entre los indios y españoles, por donde fué descubierto el alzamiento de Arauco

CAPÍTULO XLIII

De la memorable batalla de Tucapel entre Caupolicán y Valdivia, donde murieron él con todo su ejército, haciéndole traición el famosísimo indio Lautaro

CAPÍTULO XLIV

De la prosapia y discurso de la vida de don Pedro de Valdivia

CAPÍTULO XLV

De la memorable batalla entre los catorce de la fama y los indios araucanos, y de la pérdida del fuerte de Tucapel

CAPÍTULO XLVI

De la destrucción de algunas ciudades de Chile y elección de Francisco de Villagrán por gobernador

CAPÍTULO XLVII

De algunos desasosiegos que hubo entre los españoles sobre el gobierno y una batalla que apercibieron contra ellos los indios araucanos

CAPÍTULO XLVIII

De la batalla de Arauco entre el mariscal Villagrán y los dos capitanes indios Peteguelen y Colocolo

CAPÍTULO XLIX

De cómo se despobló la ciudad de la Concepción

CAPÍTULO L

Del acometimiento que el capitán Lautaro hizo a la ciudad despoblada y la disensión que hubo entre Villagrán y Aguirre sobre la pretensión del Gobierno

CAPÍTULO LI

De la batalla que hubo junto a la Imperial entre Pedro de Villagrán y el capitán Lautaro, y cómo los indios se comieron unos a otros

CAPÍTULO LII

De un milagro que nuestro Señor obró en casa de Mencia Marañón y las cotidianas guerras de la Imperial y Valdivia

CAPÍTULO LIII

De cómo el capitán Juan de Alvarado reedificó la ciudad de la Concepción

CAPÍTULO LIV

Cómo el capitán Lautaro fué sobre la ciudad de Santiago con un copioso ejército y tuvo dos batallas con los capitanes Diego Cano y Pedro de Villagrán

CAPÍTULO LV

De la batalla que el general Francisco de Villagrán y los capitanes Alonso de Escobar y Juan Gudines dieron a Lautaro, donde perdió la vida, en el valle de Mataquito

LIBRO SEGUNDO

PARTE PRIMERA

De la pacificación del reino rebelde, hecha por don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete y señor de las villas de Argete, habiendo salido con siete insignes victorias y fundado siete ciudades, reedificando las asoladas, con las demás memorables hazañas que emprendió siendo gobernador de este reino, como lo fué después en el del Perú, con cargo de vice-rey y Capitán general de ambos reinos

CAPÍTULO I

De la partida de don García de Mendoza de la Ciudad de los Reyes para Chile

CAPÍTULO II

De cómo el marqués don García llegó a la ciudad de la Serena, y prendió al mariscal Francisco de Villagrán y al general Francisco de Aguirre, y tuvo una sangrienta batalla

CAPÍTULO III

De la llegada de la gente española a donde estaba el gobernador, don García de Mendoza

CAPÍTULO IV

De la entrada que el gobernador, don García de Mendoza, hizo en los estados de Arauco y la memorable batalla que tuvo con los indios en Millapoa

CAPÍTULO V

De la fundación del fuerte de Tucapel, hecha por don García Hurtado de Mendoza, y algunos encuentros entre los indios y españoles

CAPÍTULO VI

De la batalla que tuvo el capitán Rodrigo de Quiroga con los indios de Paycaví y Ongolmo

CAPÍTULO VII

De la memorable victoria que don García Hurtado de Mendoza alcanzó en la quebrada de Puren

CAPÍTULO VIII

Cómo el gobernador mandó gente que descubriese el estrecho de Magallanes

CAPÍTULO IX

De cómo el gobernador don García reedificó la ciudad de la Concepción y fundó de nuevo la de Cañete de la Frontera

CAPÍTULO X

Del descubrimiento de la provincia de Ancud y reedificación de la ciudad Rica hecha por don García Hurtado de Mendoza

CAPÍTULO XI

De la entrada del gobernador en la Imperial, y la insigne victoria que alcanzó en la memorable batalla en que fué desbaratado el fuerte Quiapo y la que hubo en la ciudad de Cañete. Y la prisión de Caupolicán en la quebrada

CAPÍTULO XII

De la reedificación de la casa fuerte de Arauco hecha por don García, donde le intentaron matar a traición los indios. Y de una batalla que hubo entre dos caciques por causa de una mujer

CAPÍTULO XIII

Del descubrimiento de minas de oro de la Madre de Dios y la fundación de la Ciudad de Mendoza y partida de don García para España

PARTE SEGUNDA

En la cual se contiene el estado de las cosas de Chile en el tiempo que le gobernó el mariscal Francisco de Villagrán

CAPÍTULO XIV

De la entrada del gobernador Francisco de Villagrán en Chile y de la pérdida de algunas ciudades, las cuales restauró el capitán Francisco de Aguirre

CAPÍTULO XV

Del asiento que el conde de Nieva y los comisarios de su majestad intentaron poner en las cosas de Chile

CAPÍTULO XVI

Del nuevo alzamiento de los indios araucanos y tucapelinos

CAPÍTULO XVII

De dos batallas famosas que tuvieron los indios araucanos: la una, con Arias Pardo Maldonado, y la otra, con Juan Gutiérrez Altamirano, donde murió Pedro de Villagrán, hijo del gobernador

CAPÍTULO XVIII

De la batalla que hubo entre don Miguel de Velasco y los bárbaros que vinieron sobre la ciudad de los Infantes

CAPÍTULO XIX

De cómo se despobló la ciudad de Cañete de la Frontera y de la muerte del gobernador Francisco de Villagrán

CAPÍTULO XX

Cómo el capitán Pedro de Villagrán comenzó a gobernar a Chile y cómo los indios de Arauco pusieron cerco a la casa fuerte

CAPÍTULO XXI

De otro cerco que los indios pusieron a la casa fuerte de Arauco

CAPÍTULO XXII

De cómo se despobló la casa fuerte de Arauco y de la victoria que el capitán Lorenzo Bernal alcanzó del general indio llamado Quiromanite en la ciudad de los Infantes

CAPÍTULO XXIII

Del cerco que los indios de Arauco y Penco pusieron a la ciudad de la Concepción, y desbarataron a dos capitanes con muerte de don Pedro de Godoy, caballero sevillano

CAPÍTULO XXIV

De la entrada de Jerónimo Costilla; en Chile con un ejército de soldados y del nuevo gobierno de Rodrigo de Quiroga

CAPÍTULO XXV

De la batalla que Martín Ruiz de Gamboa tuvo con los indios de Turay y la que tuvo el gobernador Quiroga con los indios de Talcamavida. Y otros encuentros habidos en Arauco

CAPÍTULO XXVI

De la nueva fundación de la ciudad de Cañete y fortaleza de Arauco, y la batalla de Puren entre Lorenzo Bernal y los indios de la ciénaga

CAPÍTULO XXVII

De la fundación de la ciudad de Castro de la nueva Galicia en el sitio de Chilué, hecha por Martín Ruiz de Gamboa

PARTE TERCERA

En la cual se trata del asiento de la real Audiencia en Chile y del gobierno del Dr. Saravia

CAPÍTULO XXVIII

De cómo se puso tribunal de Audiencia real en la ciudad de la Concepción

CAPÍTULO XXIX

De cómo el general Hernán Carrillo de Córdova fué electo por corregidor y capitán de la ciudad Imperial

CAPÍTULO XXX

De la entrada del doctor Saravia por presidente y gobernador de Chile, y de don Antonio de San Miguel obispo de la ciudad Imperial

CAPÍTULO XXXI

De algunas batallas que tuvieron el doctor Bravo de Saravia, don Miguel de Velasco y Lorenzo Bernal contra el indio Millalermo y otros capitanes bárbaros de mucha fama

CAPÍTULO XXXII

Del cerco que los indios araucanos intentaron poner a la ciudad de Cañete, y de dos batallas que tuvieron con dos indios el capitán Gaspar de la Barrera y el general don Miguel de Velasco

CAPÍTULO XXXIII

De las batallas que hubo entre los indios araucanos y los españoles de Cañete y la casa fuerte

CAPÍTULO XXXIV

Cómo se despobló la casa fuerte de Arauco

CAPÍTULO XXXV

Cómo se despobló la ciudad de Cañete de la Frontera

CAPÍTULO XXXVI

De un espantable terremoto y tempestad que hubo en la ciudad de la Concepción y de la guerra que el licenciado Torres de Vera hizo a los indios rebelados

CAPÍTULO XXXVII

De como Ramiriañez de Saravia y don Miguel de Velasco dieron batalla a los indios rebelados en el valle de Tomelmo, y de cierta derrama que se echó en el reino

CAPÍTULO XXXVIII

De la visita general que hicieron en toda la tierra el licenciado Egas Vanegas y el licenciado Torres de Vera, Oidores de la real Audiencia de la Concepción

CAPÍTULO XXXIX

De la batalla entre el capitán Joan Ortiz de Zárate y el famoso bárbaro Olvera. Y otra entre el mismo indio y el capitán Joan Morán; y la de Gregorio de Oña en Tamalén, y la que hubo en la ciudad de la Concepción

CAPÍTULO XL

De cómo se quitó la real Audiencia del reino de Chile y dejó el doctor Saravia su gobierno

LIBRO TERCERO
Desde el año 1575 hasta el de 1595

PARTE PRIMERA

Trata del gobierno de Rodrigo de Quiroga

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

Del alzamiento de los indios circunvecinos a la ciudad de Valdivia y a la paz a que se redujeron por algún tiempo

CAPÍTULO III

De la salida que hizo la laguna de Renigua y desbarate del fuerte de Liben y Mangué

CAPÍTULO IV

De la batalla y desbarate del fuerte de Renigua y otros encuentros que tuvo el capitán Pedro de Aranda con los indios

CAPÍTULO V

De la batalla que hubo entre el capitán Arias Pardo Maldonado y los indios de la Ciudad Rica y otros encuentros

CAPÍTULO VI

De una batalla que hubo en la ciudad Imperial y otra en el valle de Congora entre el mariscal Gamboa y los indios

CAPÍTULO VII

De la batalla que hubo en Mague entre los indios puelches y el capitán Cosme de Molina, en donde él fué desbaratado

CAPÍTULO VIII

De la ruina del fuerte de Gualqui, donde el general Lorenzo Bernal de Mercado venció a los enemigos, y otra victoria que alcanzó en Millapoa del ejército de Anguilero

CAPÍTULO IX

De cómo los capitanes Juan de Matienzo y Hernando de Aranda Valdivia redujeron a la paz algunos pueblos de indios puelches

CAPÍTULO X

De la entrada que hizo el gobernador con su ejército en la provincia de Mareguano

CAPÍTULO XI

De la batalla de Guaron, donde murió el capitán Cosme de Molina

CAPÍTULO XII

De la entrada del gobernador en los estados de Arauco donde tuvo algunas batallas con los indios

CAPÍTULO XIII

De la entrada que el capitán Diego Maso de Alderete hizo en el archipiélago de Chiloé, y algunas batallas que tuvieron con los indios el mariscal Gamboa y otros capitanes

CAPÍTULO XIV

De la batalla que hubo en el fuerte de Lipingueda entre los indios y españoles y el cerco de la Villa Rica

CAPÍTULO XV

De la batalla naval que tuvo el capitán Julián Carrillo con los indios en el río de Ancud

CAPÍTULO XVI

De una, famosa batalla que tuvo el comendador Rodrigo de Quiroga en Guadaba con los indios araucanos

CAPÍTULO XVII

Del cerco que los españoles pusieron al fuerte de Pochunco, y el que fundó el mariscal en Llangague, donde tuvo una batalla

CAPÍTULO XVIII

De algunas batallas que tuvieron con los indios el maestre de campo Álvarez de Luna y el capitán Gaspar Viera y otros caudillos

CAPÍTULO XIX

De la batalla de Codico en que murió el capitán Gaspar Viera y otros españoles, y cómo desampararon los fuertes de Lliven y Quinchilca

CAPÍTULO XX

De las batallas que los capitanes Lamero y Juan Ortiz Pacheco tuvieron con los indios de Codico, y otra que tuvo Gaspar de Villarroel con don Cristóbal Alos y la del maestre de campo contra Toqueande

CAPÍTULO XXI

Del desbarate del fuerte Indico que estaba en los llanos de Valdivia, y la batalla de la isla que está en el río Bueno

Recopilación

Del discurso que tuvo el comendador Rodrigo de Quiroga en su gobierno

PARTE SEGUNDA

En el cual se trata del estado de las cosas de Chile desde el año de 1580 hasta el de 1583. En que gobernó el mariscal Martín de Gamboa

CAPÍTULO XXII

De la batalla que hubo en el fuerte de Vitalauchen, y de cierta plaga de ratones que hubo en Chile

CAPÍTULO XXIII

De la prisión de doce caciques por mano de los españoles. Y de la fundación de una fortaleza en la tierra de Quinchilca, y la batalla del capitán Antonio de la Torre con catorce hombres

CAPÍTULO XXIV

De la fundación de un fuerte fabricado por Martín Ruiz de Gamboa a orilla de la laguna de Ranco y los medios de paz que se trataron con los indios

CAPÍTULO XXV

Del cerco que pusieron los españoles a las islas de la Laguna y el rebato del fuerte de Chillán

CAPÍTULO XXVI

Cómo los españoles de Chile vendieron con título de esclavos a los indios cogidos en la guerra

CAPÍTULO XXVII

De la salida del gobernador con su ejército de la ciudad de Santiago, para proseguir la guerra en los términos de la Concepción y los Infantes

CAPÍTULO XXVIII

Del fin del gobierno del mariscal Martín Ruiz de Gamboa, y la salida de los obispos al concilio provincial de Lima

Resumen

De las obras que el mariscal Martín Ruiz de Gamboa, hizo en Chile en el tiempo de su gobierno con algunas de las cualidades de su persona y prosapia

PARTE TERCERA

En la cual se trata del estado de las cosas de Chile desde el año de 1583 hasta el de 1592, en que gobernó don Alonso de Sotomayor, del hábito de Santiago

CAPÍTULO XXIX

De la entrada del comendador don Alonso de Sotomayor en Chile a gobernar el reino

CAPÍTULO XXX

De la entrada del coronel don Luis de Sotomayor en Angol, y la del gobernador en la Imperial y Ranco y las batallas que allí se tuvieron

CAPÍTULO XXXI

Cómo el maestre de campo Lorenzo Bernal de Mercado fué con un ejército a descubrir ciertas minas donde tuvo una famosa batalla

CAPÍTULO XXXII

De las batallas que el gobernador tuvo en Arauco, Puren, Talcamavida, Mareguano y Biobio, donde fundó dos fortalezas

CAPÍTULO XXXIII

De una batalla que tuvo Juan de la Cueva y otra el capitán Francisco Hernández de Herrera con los indios de Millapoa

CAPÍTULO XXXIV

De las batallas de Ranco entre don Luis de Sotomayor y Francisco del Campo de una parte y de otra los indios rebelados

CAPÍTULO XXXV

De la partida de don Luis de Sotomayor para España, y las batallas de Chipimo, Angol y Puren

CAPÍTULO XXXVI

De cierto motín que hubo entre españoles, y de las batallas que dieron los indios a nuestro maestre de campo en los Infantes

CAPÍTULO XXXVII

De la refriega que tuvieron los de Santiago con Tomás Schandi, inglés, en Valparaíso, y del socorro que trajeron del Perú don Fernando de Córdova y don Luis de Carvajal

CAPÍTULO XXXVIII

Del nuevo socorro de soldados que vino de España con los capitanes Diego de Peñalosa Briseño y don Pedro Páez Castillejo y de las batallas de Tucapel y Arauco

CAPÍTULO XXXIX

De la partida del gobernador don Alonso de Sotomayor para el Perú, quedando en su lugar el maestre de campo Alonso García Ramón que vino con el socorro enviado por el marqués de Cañete don García Hurtado de Mendoza

Resumen

Del gobierno y obras del general don Alonso de Sotomayor del hábito de Santiago

PARTE CUARTA

Del progreso de las cosas de Chile en tiempo que le gobernó Martín García de Loyola, del hábito de Calatrava

CAPÍTULO XL

De la entrada de Martín García de Loyola en este reino, y cómo entabló las cosas del gobierno

CAPÍTULO XLI

De la entrada de los padres de la compañía de Jesús en Chile

CAPÍTULO XLII

De las batallas que el gobernador Martín García de Loyola tuvo desde el año 93 hasta el de 95

CRÓNICA DEL REINO DE CHILE

Crónica del reino de Chile, escrita por el capitán d. Pedro Mariño de Lobera, dirigida al excelentísimo sr. d. García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Vicerrey y capitán general de los reinos del Perú y Chile, reducido a nuevo método y estilo por el Padre Bartolomé de Escobar, de la Compañía de Jesús

PRELIMINARES

Al Excmo. señor don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete y vicerrey de los reinos del Perú y Chile. Bartolomé de Escobar, de la Compañía de Jesús, salud y eterna felicidad en nuestro Señor Jesucristo.

Una de las cosas, señor Excmo., que me aumentan el gusto que en servir a V. E. con estos renglones recibo, es el hallarme desobligado a prolongarlos, con escribir el punto, que por una parte es inexcusable y por otra pudiera causar prolijidad, habiéndose de explicar como la materia pide. Esto es tratar del fin que me movió a escribir de nuevo esta historia, el cual, constándole a V. E. no ser otro sino la voluntad y obligación que de servir a V. E. tengo, me parece estoy justamente eximido de renovarlos; pues ultra desto ninguna otra cosa fuera parte para ello. Porque, aunque la materia no sea la que derechamente mi profesión ejercita, mas bien mirada, no la tengo por fuera della, pues a un príncipe tan defensor de la religión cristiana, y celoso de su aumento, y tan protector de las particulares religiones y afecto a ellas, y señaladamente a nuestra Compañía de Jesús, cualquier servicio que se le haga se puede presumir que redundará en lo que todos pretendemos, que es la gloria del nombre de Cristo, a la cual todos debemos aspirar ante todas cosas. Y no tengo por cosa muy remota deste intento el asunto que he tomado en esta historia, pues se trata en ella originalmente el modo cómo entró y se ha ido aumentando en estas partes nuestra santa fe católica, para que en semejantes ocasiones tenga el lector aviso de cómo debe proceder así en seguir lo que aquí se da por lícito y loable como en evitar lo menos puesto en razón, y aun lo exorbitante della, si hallare algo que merezca tal nombre. Ni tampoco es razón que deje yo de estimar por suficiente motivo el que tiene por tal V. E., que es no dejar frustrados los trabajos de don Pedro

Mariño de Lobera, autor de esta historia, el cual con extraordinaria diligencia escribió así las cosas de que fué testigo, como persona que se halló en Chile casi a los principios de su conquista, como las que inquirió con tanta solicitud, que ninguna cosa más deseaba que el no ver en su historia cosa que discrepase un punto de la verdad averiguada. Y desto puedo decir que soy testigo; porque del mismo modo con que conmigo hablaba desto pocos días antes que muriese, colegía yo claramente ser pura verdad la que trataba, porque en su sinceridad y llaneza no pudiera haber doblez o ficción que pudiera disimularse sin echarla de ver, mayormente quien tanto daba y tomaba con él en esto como yo. Y bien se le echa de ver que no atendía a otra cosa sino a la verdad sola y apurada; pues ni se curó de lenguaje ni estilo ni de buscar quien le fuese ayudando en este asunto al tiempo que escribía, siéndole tan necesario como persona que además de su natural sinceridad se había ocupado siempre en las armas y en ejercicios militares nada concernientes a este ministerio; tanto que habiendo acabado de escribir su historia, deseando que se redujese a disposición, lenguaje y estilo, se contentó con quien tan corto caudal y suficiencia tiene como yo, que por reconocerla tanto no me atreviera a salir a esto si no fuera mandado de V. E., cuya benignidad suple mis faltas, animándome a más de lo que, por, mí solo me fuera justo. Verdad es que no reparo tanto en el ingenio mal subtilizado, lenguaje y método mal proporcionado a lo mucho bueno que se requería para la descripción del reino de Chile, la diversidad de sus temples, la abundancia de sus mantenimientos, la ferocidad de sus naturales y riqueza de sus minas y, finalmente, el discurso de su conquista y asiento, en lo cual no va mucho estar más o menos bien puesto en orden histórico y elegante estilo; lo que he temido es solamente el emprender esta obra en cuanto tiene insertas las memorables hazañas de V. E., que mientras más tengo que escribir dellas, tanto menos acierto a referirlas, sin bajar mucho de los quilates a que ellas suben. Pero ningún hombre discreto se espantará de que yo no atine a ponderar como es razón el haber V. E. siendo de veinte y dos años cuando entró en el gobierno destos reinos, salido con empresas, que arguyen cincuenta de madurez y muchos más de experiencia; como se verá en el discurso desta historia. Bien sabe todo el mundo de la manera que entró V. E. a apaciguar un reino inquieto y rebelado entre bárbaros de dobladas fuerzas y temerarios bríos, y entre españoles medio alborotados, estando sin concierto y orden el estado de las cosas, y haberlo dejado todo tan llano, cuanto antes y después, que V. E. alzó mano de su gobierno esa [...] destruido y miserable. Gran cosa fue, sin duda, el haber V. E. en [...] dos generales españoles aposesionados de la tierra, enviándolos [...] fuera del reino y pacificándolo en todo; y habiéndose con los suyos con tal equidad y peso, que no hiciesen género de desdén o desafuero; grande el haber entrado en aquella [...] famosísimas batallas campales con tan reducido número de soldados entre el excesivo de los bárbaros belicosos, saliendo siempre con la victoria; grande el haber acometido a una fortaleza entrándose sólo por la puerta entre veinte mil enemigos, teniendo apenas veinte soldados que le siguiesen; grande el haber fundado siete ciudades y puesto en orden las que estaban antes desconcertadas, y no menos grande el haber hecho mucho y sacar nada de interés de las Indias, como consta en todas ellas. Pero lo que es más que grande y de mayor ponderación es el común sentir no sólo de los españoles, que en todo Chile y el Perú han llorado tanto la ausencia de V. E. cuanto deseado su venida; mas también la voz de los mismos bárbaros, que perseveran en la guerra, los cuales públicamente han clamado desde entonces que con ninguno otro medio se allanarían si no es con V. E. De suerte, señor Excmo., que la falta que en mí reconozco

de los requisitos para escribir exactamente cosas tan aventajadas me había puesto casi a punto de desistir deste laberinto; mas considerando atentamente las circunstancias, me pareció que la cortedad de mi caudal para tratarlas, por una parte es ganancia de V. E. sin pérdida mía, y por otra granjeo yo mucho sin disminución del nombre de V. E. Digo ser ganancia, pues lo es, y muy ilustre, que las obras de V. E. sean tales que no haya ingenio que acierte a darles el punto en que ellas están, y sin menoscabo mío, pues no pierdo yo nada en no llegar a lo que ninguno alcanza. Dije también ser interés mío, porque mientras el lenguaje y estilo es más humilde, se colegirá más claramente no haber en mi intento alguna mezcla de otro fin, fuera del que me he propuesto de servir a V. E., pues no viendo en mí cosa de que se pueda hacer ostentación de mi parte, presumirá cualquier discreto que está de parte de V. E. todo lo que me mueve y no otra cosa, y esto sin detrimento de las hazañas de V. E., pues son ellas tan manifiestas a todo el mundo que ni el alto estilo las acumula ni el bajo las disminuye. Y cuando, no estuvieran por sí mismas tan notorias, fueran agora manifiestamente conocidas por las presentes del gobierno y justicia que V. E. en el Perú administra de que somos todos testigos; donde así las pías como las grandiosas hinchén enteramente el vacío que el marqués mi señor, padre de V. E., dejó en su muerte- según con razón esperamos, dichosa -nunca acabado de llenar hasta el tiempo en que V. E. vino a ello. Pregúntelo a los pueblos de indios cuyas iglesias estaban arruinadas por haberlas arrasado con el suelo los furiosos terremotos pasados, y están ya todas reedificadas con tantas ventajas que en sólo este valle de Lima, donde V. E. reside, ha fabricado cuatro. y reparado las demás en lo necesario; lo cual se ha hecho a este tenor en los demás lugares deste reino; díganlo también los hospitales, así el de los españoles, fundado por el marqués mi señor, padre de V. E., y el de San Diego ahora de nuevo edificado, y favorecido con el amparo de V. E., como el de los indios, gente a quien V. E. con particular afecto favorece y ampara; pues vemos que actualmente está V. E. aumentando estas casas, ilustrándolas con hermosas fuentes no menos útiles para el servicio que deleitables para recreación de los enfermos, socorriéndolos con este regalo que gozan hoy todas las religiones y lugares públicos desta ciudad de los Reyes con tanta abundancia Y hermosura que parece era otra la ciudad cuanndo V. E. entró en ella de lo que es ahora, en la sazón presente. Y no quiero que seánn solos enfermos los indios que atestiguan con esto, sino todos universalmente de cuálquiera disposición y estado; a los cuales, como a gente miserable y amilanada, ha eximido V. E. de gravísimas vejaciones, siéndoles refugio y alivio en todas cosas, así temporales como espirituales, de que estaban no poco necesitados. Veo también que los motines y desconciertos que en unos lugares se rugían, y en otros comenzaban a tramarse, les cortó V. E. los bríos sin dejarles alzar cabeza, apagándose como centella los que, faltando la prevención y diligencia de V. E., pudieran ser de tanto detrimento que pusieran al reino del Perú en contingencia y a canto de perderse, si Nuestro Señor, por su misericordia, no tomara a V. E. por instrumento para allanarlo todo en sus principios, poniendo resguardo a lo que si viniera a más rompimiento tuviera, sin duda, fines desastrados. Dejo aparte la nueva población de Castrovirreina para el asiento y labranza de las ricas minas de nuevo descubiertas, y otra semejante hecha en Guailas, de no menos prósperas esperanzas, ni tampoco hago mención del nuevo pueblo de San Lázaro, ni de la insigne fábrica de las casas reales de la habitación de V. E., ni de la grande cantidad de artillería y munición con que V. E. ha ilustrado y fortalecido la tierra y guardado el mar, cosa que no poco admira a los que ahora diez años ni vimos rastro desto, ni aun pudiéramos persuadirnos que en cien años

viniera pueblo de las Indias a tanta medra, como hoy vemos, estando así esta ciudad de los Reyes como su puerto de mar y navíos que por él navegan tan lleno todo de piezas gruesas, tan perfectas y bien labradas, que creo nos podrían tener envidia los lugares que en Europa están más guarnecidos y pertrechados, lo cual toco tan de paso no porque la cosa no sea digna de ponderación y estima, sino porque la veo mejor declarada por los efectos. Me remito, pasando a otra cosa tan pía cuanto liberal, según de la mano y generosidad de V. E. se esperaba. Esto dirán mejor no pocos hombres honrados tan pobres que andaban casi muriendo de hambre, a los cuales ha auxiliado V. E. [...] no cesan de echarle bendiciones. De manera que siendo las [...] que V. E. [...] Chile notorias a todos, así por sí mismas como por las presentes que gozamos, no puede mi cortedad de razones perjudicar a sus trofeos, cuanto más que [...] en mi facundia para poder cumplir con la materia, me reprimiera al conocer la condición de V. E. [...] no gusta tanto de ver sus hazañas escritas en los autores cuanto de ser autor de ellas por la obra. Y por haber tenido atención a esto el capitán don Pedro Mariño de Lobera, y [...] en que destas cosas insignes y memorables de V. E. que él tenía escritas antes de que V. E. viniese por vicerrey de aquestos reinos, se cercenasen no pocos renglones por haber ya V. E. venido, por cuya mano había de pasar este libro, las cuales estaban lejos de deberse quitar tildes dellas, pues antes se les debía de, añadir mucho si hubieran de pasar por otra mano. Y desta limitación que pusimos [...] según nuestra voluntad y la misma casa que [...] en todas ellas [...] los originales primeros desta historia, los cuales [...] muchos años antes que V. E. viniese quitan toda sospecha de lisonja, pues estaba el autor bien descuidado de ver en estos reinos a V. E., sabiendo como hombre experimentado que la cosa más deseada es la que está más lejos de venir a efecto, y el haber Dios Nuestro Señor cumplido el universal deseo destes reinos, trayendo a ellos tal príncipe, por quien tanto anhelaban todos desde el día que V. E. salió de ellos, me persuado haber sido por querer su Divina Majestad enviar un común refrigerio a estas tierras a tiempo que estaban en medio de tantos infortunios y calamidades, que todos por nuestros pecados experimentábamos. Ninguno hay a quien no le conste que halló V. E. los pueblos con excesiva carestía de mantenimientos, universal hambre, enfermedades y pestes gravísimas, apenas a la sazón fenecidas del todo, edificios arruinados lastimosamente con los extraordinarios terremotos que poco antes habían precedido, con otras muchas calamidades dignas de propia historia, todas las cuales se trocaron en tanta prosperidad y contento, que somos todos testigos que de treinta años a esta parte no se ha visto tan común sanidad y buenos temporales; ni abundancia de frutos y ganados tan copiosa; ni tanto lustre y crecimiento en las ciudades, así por los edificios restaurados como los de nuevo fabricados desde los cimientos: no olvidándome de lo que el verlo cada día a los ojos no me dejara olvidar aunque quisiera, que es el haber dado V. E. asiento y orden en dos cosas de las principales que ejercita la república cristiana: la una la prevención y ensaye ordinario en el ejercicio militar, y la otra, el crecimiento y buen progreso de las letras, que cuando no hubiera más que ver a esta ciudad de los Reyes tan ilustrada con tantos colegios y seminarios, unos de nuevo fundados por V. E. y otros aumentados con su favor y amparo, era motivo suficiente para tener por felice su venida a estas partes. Quanto más. si tocase el punto que prepondera casi a todos los que he tocado, que es haber salido estos reinos de un género de opresión y aun ignominia de la befas que cada día nos hacían diversos piratas ingleses, entrando y saliendo por este mar del Sur como por su casa, y saliendo siempre con la suya con no echar vez lance en vano sin llevar

presa, tanto, que parecía se andaban paseando por el mar, tomando los navíos que les hacían al caso sin resistencia alguna, y hallándolo todo a pedir de boca, sin haber quien se lo demandase con no pequeña nota de la honra española, que no suele sufrir que se le hagan semejantes burlas y gasquetas, ni dejarse estar tan sojuzgada como lo estábamos de estos corsarios, que nos tenían puesto, como dicen, el pie sobre el pescuezo. Bendito sea Nuestro Señor que nos ha traído tan deseado príncipe y tan cabal en todo lo que habían menester tan precisamente estos reinos, pues la primera vez que estos enemigos acometieron entrar en tiempo de V. E. fuerontodos destruídos con desastrados temporales antes de embocar por el Estrecho de Magallanes, como se vió el año de noventa y dos, y la segunda vez, que fué el año de noventa y cuatro, cuando vino el general Richarte de Aquines, de tres navíos que traía perdió los dos en el camino, quemándose uno ante sus ojos y el otro yéndose a fondo sin poder socorrerle aunque lo veía, y aun el mismo general, que se tenía por mejor librado en haber entrado con su capitana y lancha a correr esta costa, ni halló en ella de aquellas presas que sus antecesores; ni dejó él de quedar preso, por haber puesto V. E. diligentísima prevención y resguardo en que todo estuviese puesto en cobro; y juntamente cometiéndole esta empresa a la persona más calificada destos reinos, que es el señor don Beltrán de la Cueva, hijo del conde de Lemos y hermano de mi señora la marquesa, con cuya jornada y el orden con que V. E. procedió en dar alcance a este corsario, le hubo a las manos V. E. a él y a todos los suyos, tomándole el navío y lancha y poniéndole en la prisión, donde al presente está, cual todos vemos. Y no quiero dejar de advertir por respeto de los que en Europa podrían leer esta victoria, que no se debe quilatar de la manera que en Italia o España se hiciera, sino como cosa mucho más excelente que allá pareciera, atento a la disposición deste reino, cuyos moradores calificamos esto por gran negocio, como gente que tocamos con las manos las cosas de por acá y sabemos la incomparable dificultad que hay en salir con semejantes empresas; todo lo cual escribo sin recelo de sospecha de adulación alguna, sabiendo que la gloria y alabanza se debe a Dios primeramente, para la cual es justo no ocultar tan manifiestas misericordias, y para acordar a V. E. [...] ni estado, cuanto le incumbía a obligación de dar incesablemente gracias al Señor, a quien [...] tomando a la de V. E. por instrumento para poner [...] perfectamente. Y por resolución de esta carta sólo me resta que decir que, aunque yo no soy autor desta historia, ni he añadido cosa concerniente a la sustancia, antes quitado [...] por evitar prolijidad, y si algunas he de nuevo escrito, son algunos puntos comunes al Perú y Chile que yo he visto, y han sido necesarios para declaración y entereza de la historia, de suerte que [...] por mi [...] he puesto, por la mayor parte no es más que la disposición y estilo, deseando dar a cada cosa la ponderación y punto que se le debe; pero cuando llegué a escribir la parte que en esta crónica a V. E. pertenece no me satisface con que tuviese un autor solo, sino dos juntos, pareciéndome que por ser cosas tan heroicas y extraordinarias no era razón perdonar punto de la autoridad que se le podía dar a la historia, y para ayudar yo algode mi profesión, hice. [...] informándome muy por menor [...] fidedignas que en Chile conocieron a V. E., y hallándolas tan contestes.....Pedro Mariño de Lobera, finalmente no pude añadir cosa de sustancia ultra [...] una nueva autoridad, que [...] exámenes deben resultar en lo que escribo. Lo [...] mente en el acatamiento de V. E., de cuya mano espero que la ha de venir a este libro el [...] que tanto el [...] deseo, y yo no he acertado a darle, teniendo V. E. a los largos trabajos, y continua diligencia de don Pedro Mariño de Lobera, y lo [...] deseo servir a V. E., que parece obliga a la generosidad de tan gran

príncipe a favorecer sus intentos, levantando de quilates lo que yo, por mi parte, he deslustrado, aunque no por eso des [...] de la confianza que en la benignidad de V. E. tengo, que recibirá por servicio este pequeño cornadillo, que yo he puesto corno de siervo y capellán, que se ocupa mucho más que en esto, en aplicar a Nuestro Señor guarde la excelentísima persona de V. E., como todos estos reinos, y otros muchos, lo [...] para mayor servicio y honra de Nuestro Creador y Señor Jesucristo, al cual sea siempre la gloria que le es debida, y espero en su infinita bondad dará a V. E. un eterno descanso y bienaventuranza como todos sus siervos y capellanes desta mínima compañía con la debida instancia le suplicamos.

BARTOLOMÉ DE ESCOBAR

Al cristiano lector

Entre las infelices calamidades que universalmente se experimentan en estas Indias, no es la menos de llorar la inquieta inestabilidad del estado de las cosas que casi siempre se toman como de paso y de prestado, atendiendo cada uno al blanco de su pretensión, y alzando mano de lo demás, dejándolo correr por do corriere. Quiero decir que la mayor parte de los hombres que pasan de Europa a estas partes emplean su conato en atesorar las riquezas a que vienen anhelando, con designio de dar la vuelta a sus deseadas patrias, para gozar en ellas los bienes que en las Indias hubieren acumulado. De aquí es que todas las demás cosas que son concernientes al aumento de sus haciendas, se miran como propias, y las que desdican desto, como ajenas y fuera de propósito o como casa de alquiler, que es mirada con muy diferente cuidado de propio dueño, o del inquilino, que no mira más de tener casa en que vivir por aquel año, aunque al fin dél quede tan deslustrada que no pueda otro entrar a habitar en ella. En efecto; los ejercicios a que en la América se han dedicado los que de fuera han venido a ella han sido sacar oro y plata, o ayudar a ello, sin tomar de propósito el levantar y autorizar las cosas de esta región con amor y afectos a ellas como a propias; antes usan lo que con la misma tierra, que en sacando el metal de los minerales lo desentrañan cuanto pueden, recogiendo la plata y echando, como dicen, por ahí la tierra. De aquí procede el poco caso que hasta aquí se ha hecho de poner en historia las cosas memorables deste nuevo orbe, habiendo en él tantas y tan extraordinarias y de tanta admiración para todo el mundo. No quiero cansar al lector acumulando razones para apoyar la utilidad y aun importancia de escribir historia; baste para confirmación de todo, el haberla usado gravísimos autores, y los dichos de todos los sabios que intiman este asunto como absolutamente necesario. No poco ponderó Cicerón este punto cuando dijo en lo *de oratore*: la historia es testigo de los tiempos; luz de la verdad; vida de la memoria, y maestra de la vida. Y así en las repúblicas bienordenadas habrá hombres eruditos diputados para escribir sus anales y para que la diuturnidad del tiempo no pusiese en olvido sus grandezas. Bien se colige la estima que los antiguos tenían desto, del uso de los romanos, los cuales levantaron estatua con lengua de oro a Josepho Histórico, con ser extranjero, y a otros muchos, como consta en sus escritores. Y no fuera de pequeño inconveniente el andar a ciegas sin saber hacer distinciones de personas nobles para echar mano dellas cuando se ofrecen lances de importancia, las cuales personas se disciernen de la gente vulgar y de menor grueso por lo que de sus

antepasados se lee en las historias, sin las cuales mal se pudiera averiguar la antigüedad de la prosapia y origen de cada uno, y los esclarecidos hechos por los cuales merecieron sus antecesores la honra y opinión en que son tenidos los descendientes. Cuanto más que para emplearse un hombre en este ejercicio basta el ver que muchos hombres de sutiles ingenios han estado en innumerables errores por carecer de historias, con las cuales han venido en conocimiento de la verdad otros muchos de moderados y aun cortos entendimientos, pues nadie duda haber sido raro el caudal de ingenio de Aristóteles, el cual se despeñó en graves desatinos acerca de la creación del mundo y de las cosas consiguientes a ésta, estando certificados de la verdad innumerables hombres de humildes entendimientos, porque gozan de las historias sagradas, las cuales instruyen al lector en lo que, según la ley católica, todos confesamos. Viene muy a propósito lo que pasa en las mismas Indias, donde al presente estamos, de cuyos naturales ni sabemos el origen, ni de qué parte, o por qué vía hayan aportado a estos reinos, y andamos conjeturando acerca de esto, sin atinar con el rastro de la verdad, no con poco disgusto de los hombres políticos y curiosos, solamente por faltar historias antiguas desta tierra, por la barbaridad de aquesta gente. Y es esto de tanto inconveniente que, aun los que sabemos las cosas que han pasado de dos o tres mil años a esta parte entre los lacedemonios, atenienses y espartanos, y en otras regiones remotísimas, que no nos tocan, solamente por la curiosidad y vigilancia que tuvieron en escribir historia, andamos a ciegas en las cosas que sucedieron ahora ochenta o noventa años en los mismos reinos que habitamos. Y entre otras muchas utilidades que trae la historia no es la de menos estima el ser incentivo de virtud a los lectores, porque, como dijo Horacio, más remisamente mueven las palabras que los ejemplos, o sabidos por relación de las historias, o vistos por los ojos. No puede negarse que el ver a otros que fueron de la misma masa y condición nuestra frágiles y deleznales y, como dicen, en carne y hueso, finalmente hombres que venciendo sus naturales inclinaciones... todo por no faltar a Dios, ni a su rey, ni al pundonor... y de... con... a los pere... y por otra los hizo salir... cualquier negocio heroico, y... por ganar lo que ganaron los que hicieron lo, que ellos imitan. Y por decir mi sentimiento desnudo de toda afición y sin recelo de que alabo cosa mía, me parece que está la historia que escribo tan... de esterilidad en esta parte que antes hay materia a manos llenas. Porque si el lector pondera los intolerables trabajos, memorables hazañas y valerosas empresas, no sé por qué deba anteponer ni hacer más caso de los famosos hechos de los griegos, romanos y asirios, ni tener por más señalados los de Alejandro Magno y Julio César, pues hallará aquí Héctores, Aquiles y Roldanes tanto más dignos destes nombres y otros de más estofa; que si alguna diferencia hay entre aquellos antiguos y estos nuestros, es el ser más averiguada verdad la que... que los ... bien ponderados de las suyas. Mas a la verd *Crónica del Reino de Chile* ad la... que yo hallo para que estas cosas no hayan dado tan grande estampido en el mundo... dos a los que las oyen, es el ser cosas de Indias, las cuales han caído entre hombres... y mercancías, no entre Josephos, Homeros, Titolivos ni Plutarcos. Que si hubiera... de cronistas que de... ya reconociera el mundo que no es uno ni diez.... Cides que ha tenido España escondidos en este rincón del reino chilense. Y... estos tan valerosos hombres ni han dejado estatuas levantadas, ni suntuosos... su memoria, tengan siquiera por algún premio de sus trabajos el ser en paz... historia, aunque. con cierto menos aparato que ellos merecían, pues ni yo puedo dar alcance cumplidamente a este asunto, ni me atrevo a arrojar a los que con razón pudieran poner las cosas tales que podrían causar algún género de

sospecha a quien no ha visto la fiereza, multitud y fortaleza de estos bárbaros, mayormente tucapelinos y araucanos, ni considera más de cerca las grandiosas obras que por acá se han hecho tan insignes y calificadas, que aun yo mismo no pudiera creer haberlas hecho a otros que los españoles.

VIDA DEL CAPITÁN DON PEDRO MARIÑO DE LOBERA (Autor desta historia)

Don Pedro Mariño de Lobera fue natural de la gran villa de Pontevedra, en el reino de Galicia, hijo de Hernán, Rodríguez de Lobera y Rivera y de doña Constanza Mariño Marinas de Sotomayor. fue su padre regidor perpetuo del dicho pueblo y capitán general en su costa de mar por S. M. real del, emperador don Carlos V, habiendo guerra entre España y Francia, desde el año de 1538 hasta el de cuarenta y dos, en el cual tiempo, con celo de la honra de la M. Cesárea, puso la espada en la cinta a su hijo, don Pedro, autor de esta historia, dándole los consejos concernientes a la calidad de su persona para que procurase siempre dar de sí buena cuenta, esmerándose en las cosas de virtud y llevando adelante las buenas costumbres de sus progenitores. Habiendo, pues, servido a su padre en oficios de su ejercicio militar algún tiempo, lo pareció que le estaría bien dar una vuelta en las Indias, y así lo intentó y trató con su padre, cuya licencia y bendición alcanzó, con la cual puso en ejecución su deseo, saliendo de su patria el año de 45. El primer viaje que hizo fue a la ciudad de Nombre de Dios, de la cual dio la vuelta para España, más por justos respetos que le movieron que por desistir de la prosecución de sus intentos. Mas como llegase a la Habana para de allí pasar a España, acertó a venir en aquella coyuntura el licenciado Gasca por Presidente del Perú, el cual halló a don Pedro de Lobera en este puerto de la Habana y le hizo echar por otro rumbo, enviándolo a la Nueva España con ciertos recaudos de importancia para don Antonio de Mendoza, vicerrey de aquel reino. Dio tan buena cuenta de sí en este negocio que, pasando el mismo vicerrey al Perú a gobernarle, lo trajo en su compañía hasta esta ciudad de los Reyes, donde hizo asiento. Mas como don Pedro era tan aficionado a las armas y supo que en el reino de Chile había no poco en que emplearse acerca desto por las continuas guerras que hay entre los indios naturales de latierra y los españoles, púsose en camino para allá, adonde llegó el año de cincuenta y uno. Lo que en esta conquista sirvió a S. M., los trabajos que padeció en razón de esto, la gran suma de dineros que gastó, quedando al fin pobre, por no haber recibido alguna paga o género de remuneración, se verá mejor en el discurso de la historia, la cual él escribió con suma diligencia, desvelándose en inquirir las cosas que dejó escritas, y aunque su lenguaje y traza en el escribir, demás de ser el que ordinariamente usan los de Galicia, era de hombre ejercitado más en armas que en libros, y la letra que escribía era mal formada, con todo eso tomando en las manos un papel y tijeras cortaba unas letras tan perfectas, que ningún maestro las sacara mejores con pluma y tinta. Y de estas letras hacía muchos rótulos en derredor de las cortaduras, que cortaba con tal primor que por gran servicio las presentaba a cualquier príncipe. Y lo que más me espantaba era que, siendo harto viejo, tomaba un papel de dos dedos de ancho y de largo de todo el pliego y lo cortaba por medio por lo grueso, haciendo de una misma tira dos del mismo ancho y largo, pero mucho más delgado que estaba antes. Y

con la misma sutileza tomaba un manojo de cabellos y los iba cortando de abajo arriba, haciendo de cada uno dos sin quitarles punta del largo que tenían. Lo cual escribo por ser curiosidad muy particular y una gracia muy buena en un caballero que tenía la mano hecha a la lanza, como más largamente se refiere en la historia con las demás cosas de su vida. Murió a fines del año de noventa y cuatro en la ciudad de los Reyes, a la cual había venido de Camaná, donde había sido corregidor sin haber aún sacado a su mujer del distrito de su corregimiento por haber poco tiempo que había dejado el tal oficio. Recibió todos los sacramentos con la preparación debida en hombre tan cristiano, dejándonos esperanzas de que Nuestro Señor le tiene consigo en la eterna felicidad, para que todos fuimos criados.

LIBRO PRIMERO

De la situación y conquista del reino de Chile hecha por don Diego Almagro

CAPÍTULO I

De cómo el adelantado don Diego de Almagro tuvo noticia del reino de Chile y se puso en camino para descubrirle

En las Indias Occidentales, con razón llamadas nuevo orbe, así por la grande longitud de su distrito como por estar tan remotas de las tres regiones conocidas de los antiguos, está un reino llamado Chile en la parte última desta nueva región llamada América, de que tratamos, el cual, aunque no está en mayor altura que de veinte y cinco a cuarenta y dos grados, que tiene este reino de longitud yendo de Norte a Sur, con todo eso es el más llegado al polo Antártico, llamado medio día, que hay en toda la América, porque la tierra que va más adelante acercándose al dicho polo austral, o es despoblada, o por descubrir; la cual se va prolongando por el largo estrecho de Magallanes, cuyos moradores apenas se sabe cuáles sean; y así hablando de la tierra conquistada por los españoles, es la deste reino de Chile la más próxima al Sur y la de mayor altura que hay en su región. Por la otra parte, que se va apartando del medio día, confina con el Perú, aunque tiene en medio tantos despoblados y provincias casi desamparadas e incultas, que hay más de quinientas lenguas deste reino de Chile a lo que propiamente se llama Perú, mayormente si se toma el lindero por la parte marítima, porque tomándole por la tierra más alta, que está de la otra parte de la cordillera, confina este reino con el de Tucumán, que está inmediato al Perú; y así, el descubrimiento de este reino de Chile fué inmediatamente hecho después que el Perú fué descubierto y por los mismos conquistadores, por el orden siguiente, remitiéndome en lo que toca al Perú... historia.

Habían... en la... el marqués don Francisco... y un caballero llamado don... de Almagro, como los principales cabezas... caudillos, de suerte que S. M.... emperador Carlos V, rey de n... ñas para satisfacer al... como a sus... mandó que el... del... conquistado estuviese... de... marqués fué gobernador... del reino que estaba más lle... don Diego de Almagro....

de la ciudad del... y aunque es verdad... de la conquista que... en la tierra, no fué cosa de duda, porque todo el caudal eran pedazos de oro, y... que estaban recogidos en las huacas; ... cuales son unas grandes cuevas llenas de huesos, retretes oscuros que servían, así... oráculos de los demonios que hablaban a los indios hechiceros en aquel lugar; como de enterramientos suyos; y por ser costumbre de los indios principales llevar consigo todas sus riquezas al sepulcro cuando mueren, vino con el tiempo a crecer mucho la riqueza de las huacas, y así los españoles hallaron al principio todo lo que había junto y, como dicen, ahechado. Mas pasado este primer lance y fortuna, no se hallaba... riqueza de las minas, que ahora hay, porque no estaba descubierto el famosísimo cerro de Potosí, que es el más rico de todos los minerales de plata que se sabe en el universo; y así estaba la tierra menos.... Tuvo a esta sazón don Diego de Almagro relación de este reino de Chile, del... cada año gran suma de... el rey Inca del Perú llamado Guaynacapac, y pareciéndole que sería negocio acertado proseguir su marcha hasta... Chile., cuyo conocimiento.... los bárbaros deste ... también ... y quien se habían de superar....Y así se resolvió en poner en ejecución su intento comenzando luego a convocar alguna gente española, de la cual era ilustre gran parte y juntamente se previno de todas las armas que pudo haber ofensivas y defensivas con los de más instrumentos bélicos, munición y vituallas concernientes a tal entrada, y habiendo juntado como quinientos españoles, en cuyo... y avió gastó gran suma de...por ser tiempo... razonable...tres y...mil pesos, se pu... haciendo reseña de la gente... entre los cuales hizo elección de capitán, del ejército, poniendo los ojos en los...para tal oficio por ser el blanco que... cosas debe poner a los ojos en todas las ocasiones donde hay comunidad, el procurar.... haya cabezas con mucha prudencia y es para esto las personas de más lustre y valor. Y así, en el primer ... que el adelantado... salió por su teniente Orgóñez., hombre ... por maestre ... Núñez de ... que industrioso; y tal fué también el alférez general Diego Maldonado. Por capitanes: Noguero de Ulloa, Gómez de Alvarado, Ruí Díaz de Torres, Juan de Herrada, Juan de Saavedra y Francisco de Chaves, con cuya elección, puesto en orden el ejército, comenzó a marchar el año del Señor de mil y quinientos y treinta y cinco, precediendo el capitán Juan de Saavedra con su compañía, para recoger en la provincia de Paria alguna gente que estaba convocada, donde llegó el resto del ejército a pocos días, y descansó algún tiempo para poder proseguir en adelante. Habiendo hecho alto para renovar el orden con la nueva compañía, vino en busca del adelantado un indio llamado Pablo Inga, hermano de Topa Inga, que a la sazón era rey del Perú por muerte de Huaynacapac. Este Pablo traía consigo sesenta mil indios de pelea para ofrecerse con ellos, como... Adelantado para ayudarle en su conquista. Dióle las gracias el Adelantado.... grandes.... agradecimiento.... ajeno de recelo en verse rodeado de tantos indios, los cuales, aunque venían en su favor y parecía felice suerte, con todo esto.... cuando... y así trató con Pablo con achaque de evitar trabajos excusados, que escogiendo algunos sus más amigos, despidiese la gruesa de su gente; lo cual se ejecutó volviéndose a sus casas más de cuarenta mil indios, y siguiendo Pablo con el resto el orden que el Adelantado le daba en todo. Estando así confederados los españoles con los indios, fueron prosiguiendo el viaje comenzado hasta llegar a una provincia llamada Jupisa, en la cual tuvieron de nuevo el motivo que diré para su intento. Llegó un indio principal llamado Huayllullo que bajaba de Chile con el presente acostumbrado que aquel reino ofrecía al rey universal del Perú, el cual tenía en Chile dos gobernadores de aquel reino puestos por su mano, el uno en el valle de Mapuche y el otro en el de Coquimbo, de los cuales era enviado por embajador

el Huayllullo; y era tanta la veneración con que en aquel tiempo respetaban los indios a su rey, que por más reverencia traían el presente..... en unas andas ricamente artificadas con guarniciones de oro de martillo llevadas en hombros de indios principales, a los cuales hacían solemne recibimiento en todas las provincias por donde pasaban en honor de su rey, que así lo mandaba. Era todo el presente de oro fino en barretas y tejas que se suelen hacer por fundición del oro que se saca de las minas envuelto en la misma tierra donde se engendra. Pero entre esto traía dos gramos de oro criados en la misma tierra, que venían sin pasar por fundición, los cuales eran de extraordinaria grandeza, porque el uno pesó catorce libras, y el otro once, con los cuales era toda la suma de oro que traían hasta doscientos mil pesos de oro, que valían trescientos mil ducados, y en lugar de marca traían las barretas y tejas la figura de su rey. Recibió él Adelantado con muy buen rostro al indio embajador y con mejores manos el oro que traía, del cual se posesionó comunicando su intento con el Huayllullo y dándole razón de su viaje y aviso de que ya estaba libre de semejantes tributos, pues el rey del Perú era otro, al cual sólo se debía obediencia, conviene a saber el emperador Carlos V; y así le persuadió a que se volviese con él cesando en su viaje, pues había cesado al fin adonde lo dirigía. Condescendió Huayllullo con el Adelantado volviéndose con él a Chile; y era de ver el contento, ycon que acudían los soldados a coger cada uno aparte los más largos ratos que podía a el embajador para informarse dél pormenudo de la riqueza de la tierra, el cual les hablaba tan al paladar que con el grande peso del oro que prometía los aligeraba más, que con espuelas a los caballos, aunque por entonces fueron forzados a hacer alto en aquel lugar, y yo en aqueste con la historia, dejando el progreso para el capítulo siguiente.

CAPÍTULO II

De algunos encuentros que tuvo don Diego de Almagro en el camino con los bárbaros en las provincias llamadas Jojouí, Chihuana y Quirequire, donde hubo una famosa batalla

En este asiento de Jupisa estuvo detenido el ejército más de tres meses, hasta ver cómo se podría allanar el paso, que, según se decía, estaba muy poblado de gente en la provincia siguiente, llamada Jojouí, por lo cual salió adelante por explorador un capitán con gente de a caballo y de a pie, a quien salieron a recibir los indios bárbaros, que estaban en la fortaleza de aquel puerto, convidando con la paz y amistad, para asegurar a los españoles, como lo hicieron, de suerte que se alojaron cerca de aquel fuerte, de donde enviaron al general aviso de todo, quedando todos ellos sin él, y con total descuido. No tardaron mucho los indios en descubrir sus intentos, dando de repente sobre los españoles con ánimo determinado, de manera que los hicieron retirar con pérdida de cuatro soldados, por más valentías que hicieron entre los indios. Sabido por el Adelantado estas desgracias, sintiólo íntimamente, sabiendo cuánto importa entrar con buen pie en semejantes coyunturas, y así lo dio a entender a los de su campo, representándoles la importancia desto para animarlos con la eficacia de sus razones, diciendo ser cosa de grande inconveniente ir a los principios de vencida, mayormente entre gente bárbara; la cual si al principio es sojuzgada de los bríos de sus enemigos, queda tan cobarde y amilanada, que no osa en adelante resistirlas, y, por el contrario, si a los principios sale con la suya, cobra tal orgullo y avilantez, que no hay quien después se pueda averiguar

con ellos. Y en razón desto despachó al capitán Francisco decon ochenta hombres de a pie y de a caballo y algunos indios de su ejército para que fuesen a dar el debido castigo a los atrevidos bárbaros, con tal rigor que volase la fama por la tierra adelante, poniendo pavor a los demás indios que se habían de ir conquistando. Partió sin dilación aquella compañía bien pertrechada, y en llegando a la fortaleza...en ella con toda diligencia considerando...los lugares más a propósito para... ella; y habiéndolo reconocido todos no pudo conocer lugar flaco, aunque por todas partes no cesaba de darle batería, prohibiendo... y entrada de los contrarios. Acordaron los españoles de valerse del remedio más cierto y provechoso, que es la oración, sin la cual muy mal de momento, pues lo que los hombres.... no pueden acabar... industrias, después de haber hecho.... no de potencia, lo concluyen con grande facilidad acogiéndose a Dios....es difícil.... mostrar de desamparar a los suyos en semejantes aprietos, para que se acuerden, que todo el bien ha de venir de su poderosa mano; como consta a cada paso de la sagrada escritura; y lo verá claramente el que leyere el capítulo veinte del Éxodo, donde se dice que estando el pueblo de Dios peleando con los Amalecitas.... Moisés alzando las manos a Dios puesto en oración, vencían los suyos, y.... bajan.... y aflojando en su.... de sus contrarios. Y así se experimentó en esta necesidad de que tratamos; porque se vieron tan apurados los bárbaros, que.... no pudiendo resistir al nuevo ímpetu de los cristianos desampararon secretamente aquella noche su fuerza, aunque por mucho que lo disimularon, no pudieron dejar de ser sentidos de los españoles, los cuales acudieron al ruido, y entrándose por la fortaleza no hallaron persona en ella, pero no fué lance en vano, porque demás de la provisión que en ella había de vituallas, tuvieron a los enemigos desencastillados, para poderlos seguir a placer hasta darles alcance, matando a los que iban en la retaguardia, y cogiendo la ropa y otras cosas que, por aligerarse, dejaban los fugitivos.

Poco después deste conflicto llegó allí el Adelantado con el ejército, y juntándose con él la gente que había precedido, fueron todos con buen orden en prosecución de su viaje hasta otra provincia llamada Chihuana. En este lugar anduvieron algunos españoles con tan libre soltura y demasía que hicieron muchos desafueros contra los indios de aquel asiento, entrándose por sus casas como por viña vendimiada a saquearlas. Cuya insolencia indignó a los moradores que estaban a la mira en las cabezadas del valle de tal manera, que arremetieron con ímpetu a dar en los desmandados, y prevaleció su cólera y brío, de manera que pusieron en huida a los nuestros, descalabrando algunos y cautivando a un soldado, cuyo nombre era Antonio de Salazarel adelantadorefriegacuarenta hombres de a caballo y algunos de a pie, con los cuales salió a ponerse en celada usando un ardid de guerra astuto, y avisado desta forma, iban con el ejército muchos Yanaconas (que es nombre índico, el cual quiere decir, mozos de servicio) yque andaban entrada, no solamente servían de traer..... y leña, yde los caballosconcernientetambién ayudaban a sus amos en la guerra, como hasta hoy lo hacen los indios.....de Chile, guau..... y parieyanaconas, y los demás indios guerreros del ejército distribuyó el adelantado muchos por diversos lugares del valle, para que, estando por allí esparcidos, seen ello los enemigos; y al tiempoen ellos, sobreviniesen los españoles cogiendo a los contrarios aDicho y hecho, apenas habían asomado los yanaconas cuando los bárbaros se vinieron descolgando por los cerrosaprieta los arcos, crujendo las hondas y haciendo volar por los aires recios dardos de pal..... con pyuas de cobre y con menuda..... arrojadizas. Los españoles estaban viendo el

espectáculo a pique para partir en oyendo la voz del Adelantado, que aguardaba sazón para hacer su lance; mas un soldado estaba tan violento con la dilación, que le comían los pies por abalanzarse, como lo hizo, sin aguardar órdenes. Apenas había salido de su puesto, cuando los bárbaros lo divisaron, y entendiendo la letra volvieron al punto las espaldas antes de llegar a lo llano, con lo que se perdió la ocasión de cogerlos en campo raso, donde los españoles son mejores. Picado el Adelantado, y sentido de que los enemigos se fuesen alabando, se arrojó tras ellos sin aguardar consultas, y así por la destreza que tenía en gobernar la espuela, y siendo como por ser el caballo de tanta estima, que había costado cinco mil ducados, en breve tiempo dio alcance a los bárbaros, y alcanzó a los dos últimos enemigos. A esto revolvió un consorte de los alanzados, hombre valiente y animoso, y tiró una saeta con tal violencia, que acertando a los pechos del caballo, dio con él en tierra muerto, y aún puso en aprieto al Adelantado, que estaba casi debajo del caballo. Halláse allí cerca un soldado no menos industrioso que leal llamado Juan Martín, de Cáceres; éste se apeó de su caballo y sacando del peligro al Adelantado lo subió en él, mientras los demás acudieron a resistir al indio que lo había derribado, alanceándolo con algunos otros a quienes dieron alcance, y aunque por la aspereza de la cuesta, que era fragosa, no pudieron proseguir adelante, con todo eso hicieron riza, porque esparciéndose por todo el valle descubrieron algunos indios que estaban escondidos, y trayéndolos ante el Adelantado, les mandó dar rigurosos castigos por la muerte del español, y a vista de todos fueron empalados los que se hallaron en la matanza.

A pocos días después de estas refriegas llegó con su compañía el capitán Noguera de Ulloa, que había quedado atrás, con cuya llegada seel ejército, y prosiguió su camino a otra provincia llamada Quirequire. En ésta descansó algunos días, previniéndose de bastimentos, y hecha suficiente provisión fué prosiguiendo por sus jornadas hasta dar en una campaña desierta, aunque en medio de ella estaba un fuerte de dos tapias en alto, por el cual entraba un río para servicio de los que estaban dentro, que eran como quince mil indios de guerra naturales de aquella provincia, los cuales estaban bien prevenidos de mantenimientos para algunos días, y no menos de diversos géneros de armas, como gente que no atendía a cosa fuera desto. Informado el Adelantado de aqueste puesto por los corredores del campo, que lo descubrieron, acudió con toda presteza a ponerle cerco con la gente española que traía en la vanguardia, y..... no tardó mucho en llegar el resto del ejército con el maestre de campo, al cual mandó que juntase los capitanes y oficiales de guerra con algunos otros caballeros diestros en ella, haciendo consulta sobre el caso; hallándose allí Rodrigo Orgóñez, su lugar teniente, con cuyos pareceres se determinó de tentar primero la vía más loable, y que suele disculpar a los agresores, que es el convidar primero con la paz, y así lo puso por obra, persuadiendo a los bárbaros que se asomasen los gobernadores por encima de la muralla para tratar con ellos sus intentos. Y habiendo ellos salido a tratar del caso les dio su mariamente declaración de su venida, y ante todas cosas les comenzó a instruir en el conocimiento del Criador, intimándoles la importancia de la fe, con lo cual debían creer y confesar, que hay un Dios solo y universal Señor del cielo y tierra; criador y gobernador de todas las cosas y dellos mismos, aunque no lo conocían, y juntamente les dio noticia que Dios es tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, que aunque son en sí distintas, no son tres dioses, sino uno solo, y un mismo ser y sustancia, y añadió la obligación que tenían a reconocer a tal Señor, de cuya mano

recibían no sólo el ser, pero también los demás provechos que le venían de las criaturas: así plantas como animales, y no menos de las celestes, como sol, luna y estrellas, que no son Dios, sino criaturas suyas para el bien del hombre. Y para esto ponderó las grandes ventajas de los bienes que Dios tiene aparejados en el cielo para los que temen y sirven fielmente, cuya gloria es tan incomparable, que por no ver a los hombres frustrados de ella, como merecen por sus pecados, se dignó el hijo de Dios, que es la segunda persona de la Santísima Trinidad, de hacerse hombre en las entrañas de la gloriosa Virgen María, para redimir a los hombres caídos en pecado, así el original que todos contrajimos de nuestros primeros padres como, de otroscon que somos inficionados cada día, por los cuales han de ser castigados los que no temen a este Señor, y consiguientemente lo serían ellos con tormentos eternos en el infierno. Dicho esto les notificó la conquista avisándoles que los reinos del Perú estaban sujetos a la real corona del emperador Carlos V, a la cual se debían ellos rendir, para ser remunerados de S. M. como leales vasallos; donde no, que serían todos oprimidos, y por fuerza de armas castigados hasta dar fin de todos ellos, sin quedar hombre a vida. Oídas estas razones por los bárbaros, sin aguardar consulta dieron la respuesta con las armas, enviando sobre los españoles una gran rociada de flechas, que tiraron por las fronteras y saeteras de las murallas que tenían hechas para tales ocasiones. Y no se levantaban menos que las saetas los alaridos de toda aquella gente bárbara deseosa de pelear, como cosa que tenían de oficio.

El Adelantado, con voluntad de evitar efusión de sangre y no venir a rompimiento, tomó a dar otro tiento antes de venir a las manos, y así procuró dar orden en atajar el río que pasaba por el fuerte, para que, sin matanza, se le rindiesen. Mas ni este ni otro algún medio que se intentaba tuvo efecto, porque tenían dentro de la fortaleza otro manantial suficiente para todos, y así fué forzoso el tomar el último remedio, que fué llevarlo por fuerza de armas. Púsose la gente en orden de pelea sin querer por entonces admitir el auxilio de Pablo Inga, ni de sus indios, que venían en favor de los españoles, porque quiso el Adelantado que entendiesen los indios que los españoles eran bastantes para toda aquella y mucha más gente bárbara que hubiera. A esto respondió Pablo Inga que ya que no se quería servir dél su señoría en aquel lance en cosas de guerra, que le diese licencia para servirle en cosas concernientes a la paz, permitiendo que tratase con aquellos bárbaros sobre el negocio. Condescendió el Adelantado con su demanda, con cuya licencia trató Pablo con los bárbaros depersuadir en..... del reylos moradores deEcharon porlos bárbaros lasde su vasallaje..... queriéndole llevar por punta de lanza, y abreviar razones contrarias a sus costumbres.

Vista la determinación de los bárbaros se determinaron los españoles de llevarlo a fuego y no se pudo hacer el..... de la fortaleza, así por ser muy estrecha y baja como por las máquinas de guerra que había en disimulados..... de los agresores..... o cogidas, cuya dificultad bien considerada obligó a los cristianos a acometer por encima de las tapias, aunque su ímpetu fué obviado de los indios con tales bríos, que hubieron los españoles de desistir de aquel camino, acometiendo con tropel por la portezuela, adelantándose... animosos españoles, que se arrojaron en medio de los peligros ... de allanar el paso a los demás soldados sus secuaces. En este reencuentro perdió la vida... agresores, llamado Alonso Mejía, vendiéndola bien con matanza de sus contrarios; más el otro consorte suyo, que se llamaba Francisco Rodríguez de... prevaleció varonilmente con

los demás, que en pos dél iban entrando, y haciendo riza en los adversarios con tal coraje y esfuerzo, que en tres horas que duró la batalla, se vió la parte interior del fuerte tan llena de cuerpos muertos, cuanto teñido en sangre el río que por allí pasaba. No fué bastante este lastimoso espectáculo a que los indios quisiesen entregarse hasta quedar tan pocos, y éstos tan.... que no fué en su mano el hacer más resistencia. Asimismo de los cristianos salieron muchos heridos, aunque los muertos fueron sólo dos, con ser tan grande el número de los paganos que murieron. Habida esta victoria se levantó el ejército para apartarse de aquel lugar que con el olor de los cuerpos muertos-estaban inficionando, alojándose en sitio más..... y examinó el Adelantado a los enemigos que había preso, haciendo escrutinios de los motivos que tuvieron para recogerse en aquella fuerza, y la información que tuvo dello fué que aquella gente había concurrido de diversas provincias, cuando había llegado la voz de que venían los españoles, con la que en aquel lugar, para atajarlesfabricando para este fin aquella fortaleza.....donde murieron en la demanda.

CAPÍTULO III

[...] los indios chilenes hicieron para recibir a los españoles siendo informados por tres dellos, que fueron ...ados antes del ejército

Animados los cristianos con esta..... para ser temidos en todo el reino..... su viaje huta llegar al río..... que es muy famoso en los confines del reino de Tucumán, y en este asiento hallaron unos panes grandes hechos de algarroba que era la común provisión de los infieles que habitaban cerca de las orillas del río. En saliendo de aquel alojamiento llegó el ejército a las faldas de una sierra, donde en cierto lugar algo apartado del caminouna carta colgada con tal traza que pudiese ser vista del ejército si por allí pasaba, la cual divisó un soldado corredor del campo llamado Álvaro Ruiz, y leyendo el sobreescrito decía: Al muy Magnífico señor Adelantado don Diego de Almagro muy orgulloso al Adelantado, pidiéndole albricias como de muy alegre nueva, el cual estuvo sin alguna mudanza, estando todos muy alborotados de ver una tan grande novedad como aquélla en un desierto donde se creía no haber llegado español desde la creación del mundo. Reconocidas las firmas, se halló ser de tres españoles, cuyos nombres eran: Juan de Sedizo, y Antonio Gutiérrez y Diego Pérez del Río. Estos habían sido..... por el Adelantado desde la ciudad de Cuzco a la provincia de Tupisa para que se informasen si había pasado por allí aquel oro, que se solía traer en tributo al Inga, del cual presente queda dicho arriba, en el capítulo primero, haberlo recibido el Adelantado, sin que estos tres soldados hubiesen dado con él, con haber ido tan adelante. La causa desto era que los indios que los guiaban habían perdido el camino o se habían hecho perdedizos, porque pasase el oro sin que diesen con él los españoles. En razón desto se habían ido poco a poco huyendo los indios de su compañía hasta dejarlos desamparados en los desiertos, por donde caminaban a pie y con su viático a cuestras, sin saber.....a caso aal cual llevaron consigosin huirse como los demás. Este los llevó al valle de Copiapó, que está a la entrada de este reino de Chile, lugar muy poblado y fértil, don de fueron bien recibidos y festejados de los indios, hasta que pasaron al valle del Guasco, que está veinte y cinco leguas adelante; y de allí al de Coquimbo, que está otras veinte y cinco, y es de

los principales de este reino. Allí los salieron a recibir el gobernador y capitán de los indios con todos los caciques principales, que son como los señores de título en España. El gobernador tomó por la mano a Juan de Sedizo, que era el hombre más autorizado de los tres que allí llegaron, y estúvosolos mirando como a cosa del otro mundo, y lo mismo hacía la multitud de la gente que concurría a verlos como a monstruos, por ser gente de muy diverso aspecto que el suyo, de cuya nación nunca habían visto hasta entonces hombre, fuera de uno que había pasado por allí algún tiempo antes, de quien se dirá en su lugar más a la larga. Aposentó el gobernador a los tres españoles en lo mejor de su pueblo, con todo el regalo que fué posible, y al cabo de tres días, cuando le pareció que habían descansado del camino, se puso muy despacio a comunicar con ellos, informándose qué gente era y de qué parte y con qué designio habían aportado a aquella tierra y otras muchas cosas que, con curiosidad, inquiría por menudo. A esto Juan de Sedizo, que había venido aprendiendo la lengua de aquel reino y la sabía razonablemente, les hizo una plática, instruyéndolos en la fe a la manera que se dijo en el capítulo pasado haberse hecho con los indios de la fortaleza del despoblado, y juntamente les dijo cómo el Perú estaba conquistado con fuerzas de armas, por no haberse rendido sus moradores a los españoles al principio, y que la costumbre de los españoles es no hacer mal a ninguno que se sujete a la razón. Y que, por tanto, se alegrasen, porque les hacía saber que venía cerca don Diego de Almagro con muy grueso ejército de españoles en compañía del Pablo Inga, el cual estaba tan afecto a la gente de España, que se venía tras ella con muchos indios vasallos suyos, y que, conforme a esto, debían también los chilenes alegrarse, pues la venida de los españoles era con intento de hacerlos cristianos, favoreciéndolos en todo como a sus hermanos muy queridos. Juntamente con esto les apercibió a que preparasen muchos regalos y refresco para los españoles, que ya tardaban, haciéndoles él recibimiento digno de sus personas, y debido a los trabajos que venían pasando en tan largos y ásperos caminos por el amor que tenían a todo Chile. Cuando los indios oyeron estas razones quedaron no menos admirados de ver a un español que los hablaba en su lengua materna, que afligidos con nuevas tan malas para ellos, así por la sujeción en que estaba el rey del Perú, señor a quien ellos obedecían, como porque, temían el mismo daño por sus casas con la venida de los cristianos. Y así, mirándose unos a otros, se vieron los semblantes demudados, mostrando el gran sentimiento con señas y ademanes que entre sí hacían, aunque por no mostrar cobardía lo procuraron disimular lo más que pudieron prometiendo a los tres soldados de cumplir puntualmente todo lo que mandaban. Y poniendo luego por obra su promesa, comenzaron a fabricar casas y a recoger mantenimiento juntando cuatro mil hanegas de maíz y mucha carne de ovejas mansas y muchas de las que llaman huanacas, de que hicieron cecina, que en su lengua se llama charqui, matando para ello cuatro mil reses y más de quince mil perdices de que ellos suelen hacer cecina, ultra de otros regalos, que previnieron con tanta diligencia y solicitud que dentro de treinta días estaba todo puesto a punto. Mas como, la tardanza del ejército fuera a la larga que al cabo de seis meses no sabían dél determinaron los tres españoles de dar traza así de informarse ellos de su venida como de dar información al Adelantado de lo que por allá pasaba, y se resolvieron de escribir una carta duplicada con la cual fuesen dos dellos a los caminos, por donde se presumía que había de venir el ejército, que dando el otro en Coquimbo aguardándole. Partiéronse los dos por diversas vías echando el uno por la tierra adentro por grandes despoblados hacia la provincia de Tucumán y el otro por la parte que va declinando hacia la mar del Sur.

Llegando estos dos soldados a los puntos que les parecieron a propósito, pusieron las cartas en lugares cómodos para ser vistas, porque si el ejército por allí viniese, las divisase. Hecho esto, se volvió cada uno por el camino por do había venido hasta llegar a Copiapó, donde se juntaron los dos como lo tenían concertado. De allí prosiguieron juntos hasta Coquimbo, donde el otro soldado, que era el tercero, los aguardaba.

Viendo los indios que guiaban a estos españoles que no habían hallado al ejército que decían, dieron aviso al gobernador, llamado Anien, y a un cacique, cuyo nombre era Maracondi, tenido entre ellos por hombre de muchas fuerzas y prudencia, los cuales, haciendo junta general de sus principales, acordaron de matar a los tres españoles; así lo ejecutaron, teniendo por fingida la nueva que habían dado de que el ejército venía. En este ínterin acertó a llegar el Adelantado al lugar donde había puesto la carta aquel soldado que echó por la tierra adentro, y la leyó a solas. Mas por ser tan buenas las nuevas que en ella se contaban mandó al secretario la leyese públicamente en presencia de todo el campo para animarlos con la esperanza a proseguir su viaje y a sufrir con ánimo los trabajos de un despoblado, que, según la carta les decía y ellos hubieron después por experiencia, es el mayor que se sabe, porque tiene de travesía más de ciento y veinte leguas, donde los tres soldados se vieron en gran aflicción de sed y hambre. Cuando los españoles oyeron tales nuevas cobraron nuevos bríos..... más con la prosperidad prometida..... que entristeciéndose con adversidad de los caminos, por las cuales se fueron luego encaminando en la manera que se dirá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IV

*De la entrada de los españoles al valle de Copiapó, pasando una muy áspera
Sierra Nevada*

Fueron tales estímulos para los españoles las nuevas arriba dichas que alargando de allí adelante más el paso se fueron entrando por la grande y fragosa cordillera de que hicimos mención, donde al pasar un portezuelo de... descubrieron una llanada de dos leguas, por la cual corre ordinariamente un viento tan furioso, helado y penetrante, que pone a los pasajeros en riesgo de la vida. A esta sazón habló el indio Paulo Inga al adelantado previniéndole para el peligro que después de éste se temía, porque a la bajada de la sierra está el valle de Copiapó, tierra muy poblada de indios belicosos, los cuales estarían ya informados de su venida y puestos.... para cogerlos a la bajada en algunos pasos ásperos y estrechos. Por lo cual era su parecer que su señoría, sin detenerse un punto, pasase con algunos de los suyos la llanada, respecto de ser el día tan desabrido, que los bárbaros estarían descuidados y sin género de sospecha de que los españoles bajarían en tan recio tiempo, y con esto tendrían el paso llano y cogerían a los bárbaros de sobresalto. Apenas había acabado de hablar Paulo Inga, cuando el Adelantado consultó el caso con los principales del ejército, y resolviéndose todos en que se siguiese el parecer de Paulo, se partió luego el Adelantado con cincuenta hombres de a caballo apercebido para pelear, si fuese necesario. Mandó asimismo al maestro de campo que con la mayor brevedad que fuese posible se partiese con todo el campo en seguimiento suyo, intimándole cuánto convenga a acudir puntualmente a todas cosas, pues muchas veces dependen más de las

ocasiones que de otra cualquier industria o fuerza humana. fué tanta la diligencia con que el Adelantado y el escuadrón fueron caminando, que a pocaspor el gran valle de Copiapó, donde halló a los indios a medio armar, y juntándose a toda prisa para salir al paso a los cristianos, cuya llegada a tal coyuntura fué de tanta eficacia que con ganarles..... se interrumpieron los intentos..... causando el daño, quede algunas horas llegó el ejércitoel mismo día no menos fatigado del rigor del camino, que lleno de compasión, por haberse muerto al pasar del páramo cinco mil indios hombres y mujeres, de los que iban del Perú en su compañía y servicio, y también algunos negros esclavos de los españoles, y más de treinta españoles, lo que en aquel tiempo era gran pérdida. Y aunque tanta mortandad en de.....hora es harto manifiesto indicio del intolerable frío de aquéste páramo, con todo esto me parece que lo es mayor, y testigo más irrefragable, por ser hoy vivo, un caballero principal, que es vecino de mucha renta en la ciudad del Cuzco, del Perú, llamado Hyerónimo Castilla, al cual en este paso se le pegaron los dedos de los pies a las botas, de tal suerte, que cuando le descalzaron, a la noche, le arrancaron los dedos, sin que él lo sintiese, ni echase de ver hasta otro día, que halló sus pies sin dedos, y ... ellos. El cual caso es tanto más notorio en todo Chile y el Perú cuando más conocido es este caballero en ambos reinos. En este valle de Copiapó estuvo el ejército, treinta días reformándose; y como no tuviesen nueva de los tres españoles de que se hizo mención en el capítulo pasado, hubo mala sospecha de que debía de haber algún mal recaudo, pues ninguno de los indios daba noticia dellos. Y así, para descubrir la verdad, mandó el Adelantado coger a un indio principal y ponerle en un lugar apartado, donde le examinó con tan sagaz astucia y fuerza de tormentos, que murió el indio en ellos, habiendo confesado que los españoles habían sido muertos a manos de los indios de aquel valle y de otro que está más adelante... lenguas, llamado el del Huasco. Con esto se partió luego el gobernador con su gente para este valle disimulando por entonces con los indios de Copiapó, y dejando un capitán entre ellos con cuarenta hombres para que después de partido el ejército prendiese dos indios más principales del valle, con los cuales fuese en su seguimiento. De allí a poco llegó el ejército al valle del Huasco, donde tomando provisión para adelante dejó el Adelantado otro capitán para el mismo efecto que el pasado, y sin detenerse fué marchando con todo el campo en demanda del valle de Coquimbo.

CAPÍTULO V

De la llegada de la gente española al valle de Coquimbo y, finalmente, algún valle de Chile

Ya queda dicho arriba cómo en el valle de Coquimbo estaba un indio del Perú puesto por mano de su rey Huaynacpac por gobernador de aquel valle que poseía tiránicamente haciendo tributarios a los naturales de.... Aquí llegó el ejército de los españoles a tiempo que salieron a su recibimiento así este gobernador peruano con sus indios que allí tenía de presidio como los naturales del valle, que estaban ya apercibidos para hacer recibimiento. Pasáronse algunos días en fiestas y regocijos, con que los indios solemnizaron la llegada de los cristianos, sirviéndoles con regalos en abundancia y haciéndoles ofertas semejantes para adelante; y habiéndose todos dado por amigos mandó el Adelantado el indio

gobernador que diese orden como se juntasen todos los caciques y señores comarcanos para tratar con ellos muchas cosas concernientes a su venida y al bien universal de todo el reino. No tardaron mucho los indios en acudir al mandato del Adelantado, congregándose todos en una gran plaza con más puntualidad y sujeción que si fuera su señor natural por muchos años reconocido. Estando todos así juntos y descuidados de traición alguna, dieron en ellos los españoles prendiendo al gobernador y caciques principales, y poniéndolos muy a recaudo con prisiones y gente de guarda. Desta manera los tuvieron algunos días hasta que llegaron las dos compañías de soldados españoles que habían quedado en los dos valles arriba dichos para traer, como en efecto trajeron, presos a los indios principales dellos. Viendo, pues, el Adelantado ante sí los indios indicados de los tres valles que estaban todos juntos, les habló con palabras graves declarándoles los motivos de su viaje, los cuales eran ante todas cosas el instruirlos en el conocimiento de Dios y de su hijo Señor Nuestro, y de su Santa ley; y juntamente de sujetar la tierra a la corona real de España como medio expediente para la introducción de la cristiandad que se pretendía. Y que siendo éste su fin sin pretender hacerles algún género de agravio, deseaba saber dellos la causa porque habían muerto a los tres españoles con tormentos tan crueles como estaba informado. A esto enmudecieron todos, quedando como absortos, y entendiendo la causa de su prisión por esa que ellos tenían por totalmente oculta y casi imposible de venir a noticia de los cristianos, y no sabiendo qué responder se miraban unos a otros atónitos de verse todos juntos los de los tres valles a un mismo punto, sin saber cómo ni por qué vía. Y no hallando lugar por donde evadirse o alguna excusa o achaque aparente, confesaron de plano su delito, por el cual fueron quemados luego todos, que eran treinta y seis; perdonando el Adelantado a sólo uno por intercesión de Paulo Inga, que dijo ser indio muy noble y extraordinariamente afecto a los españoles, a los cuales servía y regalaba con todo su caudal y diligencia, estando muy aficionado a ellos, así por la traza de sus personas y traje como por las barbas que traían tan largas y bien dispuestos, cosa de que los indios carecen totalmente. Y nopara que el adelantado dejase de condescender con los ruegos de Paulo Inga, el estar con él algo desabrido, porque en el valle de Copiapó se le habían huido una noche sin ser sentidos ocho mil indios de su compañía que venían del Perú con el ejército, las cuales se tornaron a entrar con aquel tan riguroso tiempo por el casi impertransible páramo de Atacama, de que habemos ya tratado arriba. Y no fué sin causa el sentimiento del Adelantado, pues por haber entrado los indios sin tiempo y sin género de prevención y avío, como gente al fin que iba huyendo, murieron todos los ocho mil sin escapar hombre a vida, ni aun uno solo, que pudiera llevar la mala nueva. Concluido, pues, el sobredicho castigo y habiendo descansado algunos días, pasó el ejército diez leguas adelante a otro valle llamado Limarí, que es no menos fuerte que apacible, por el cual pasa un hermoso río que riega todas las vegas donde acude, con gran multiplicación de cualquiera cosa que allí se siembre. Y aunque así la comodidad del lugar como los moradores dél (que eran muchos) convidaban a los españoles a gozar de la ocasión algunos días con todo eso no quiso el Adelantado... viéndose ya cerca del famoso valle de Chile, llamado por otros dos nombres Concagua y Guillota, al cual iban a parar y estar de asiento. Por esta causa se partió luego y fué marchando por los valles de Chuapa y de la Ligua sin hacer alto en ellos, hasta venir a dar al valle de Chile, donde traía su designio, en el cual como en términos de su jornada hizo asiento de propósito. Viendo los españoles la hermosura, fertilidad y grandeza deste valle y del caudaloso río que va guiando por todo él y

juntamente la gran suma de indios naturales de la tierra, juzgaron todos ser el mejor puesto que hasta allí se había descubierto desde el día en que entraron en las Indias. En este lugar hallaron a un español llamado Gonzalo Calvo de Barrientos, el cual había llegado allí tres años antes respecto de haber tenido pesadumbre en la ciudad de los Reyes del Perú, que le obligó a salir del reino con instancia, de suerte que se puso en camino para Chile por lugares despoblados y sin saber casi adónde iba, sin tener más guía que dos indios deudos de una india principal que iba con ellos, por cuyodepasantambiénvalle un lance que.....la.....y fué que al tiempo que llegó a él hallócaciques principales desy haciendo gente elelHízose Gonzalo Calvo deltanta que le puso batallatra el de la p.....los enemigos, que victoriosopersonapor esta causapara los que de nuevo entraroninformarles de lasde la tierrapara ayudarlesen ellay.....

CAPÍTULO VI

De la entrada.... Gómez de Alvarado... descubrir lo que había en la Tierra adentro y de una sangrienta batalla que tuvo con los bárbaros

Habiendo el ejército de los españoles hecho asiento en el valle de Chile, descansando allí algunos días, le parecía a don Diego de Almagro buen sitio para vivir en él la gruesa de la gente, enviando alguna que fuese descubriendo la tierra que seguía más adentro. Y para esto puso ojos en el capitán Gómez de Alvarado, persona de quien él tenía gran satisfacción, y y dándole cien hombres de a caballo le despachó para esta empresa con intento de que (si fuese posible) entrasen en la famosa tierra de Arauco y Tucapel, que son dos provincias las más nombradas, y su gente la más fogosa y belicosa.....de todo el reinopor seguir a un indio llamadonatural de Arauco, el cual lospor las tierras.....y habiendo pasado muchos..... yy caudaloso, cuyo nombre es Maule, llegaron a un lugar donde se juntan dos ríos, el uno llamado Itata y el otro Ñuble, los cuales también.....haber perde todas las casas de laentrando el rigor del invierno ydificultades en el caminopor lo que.....informandoYparecer de echando por.....seguido y a la que traNo había andado muchas leguas cuando dieron en una provincia llamadano guelende gentedeterminadaqueel riesgo de los españoles entre tal multitud de bárbaros era manifiesto, con todo eso no quiso el capitán desistir de su veni volver el pie atrás mostrando pusilanimidad, y un discreto razonamientoque los bárbaros parael exadi los es.....puesde los españoles.....cuatro capitanes, yy cinco soldados de compañía para arrojarlos luego a la batalla. Hecho esto se hincaron de rodillas haciendo oración a la majestad de Diosla cruz del estandarte que precedía, y juntamente les encomendó mucho Gómez de Alvarado que obedeciesen puntualmente a sus capitanes, pues ninguna cosa puede causar mayor detrimento en semejantes coyunturas que el desdeñar un punto la orden y mandato de los que gobiernan, sin el cual.....sería confusión yy..... destruícampo. Apenas había concluido estas razones, cuando salieron los enemigos con no menos orden que fuerza de gente instruida, sus escuadrones formados con gran suma de flecheros y piqueros ygéneros de armas, y saliendo a campo raso se pusieron en orden de pelea hacia la parte de una loma donde estamuchos enpara salirla suya. De la otra

parte estabade los españolespuestosconlos estribos, y estandopartieron a una dehoras continuas no.....de ambos bandos, hasta que se declaró la victoria de parte de los españoles. El número de los indios era excesivo; su esfuerzo y fuerzas, aventajadas; su arrojamiento y ánimo, temerario; pero su experiencia, ninguna en tal modo de pelear. No estaban hechos a entender con gente de a caballo; no cursados en escaramucear en campo raso; no diestros en evadirse y defenderse del golpe de la espada y punta de la lanza; entraban y salían como gente brutal y arrojada, abalanzándose de la misma suerte que si la hubieran con otros bárbaros como ellos. Cuando los pobrecillos ...a sentir su daño, era tan tarde para... que los muchos cuerpos muertos en que iban ...no les dejaban rodear ligeramente para poder ponerse en salvo. Pero al fin como mejor pudieron se pusieron todos en huida con tal velocidad que, cayendo y levantando, desaparecieron en breve tiempo, arrojándose por veredas donde no pudiesen ser seguidos de los cristianos. Pero los que de veras lo eran sintieron entrañablemente el ver a sus ojos un espectáculo tan desastrado y fúnebre de cuerpos muertos a sus manos, sin casi poder excusarlo, aunque quisieran., Finalmente, quedando el campo por suyo reconocieron que entre tanta multitud de difuntos solos dos eran españoles, saliendo los demás con vida, aunque algunos heridos y maltratados. A este tiempo se postraron todos por tierra a dar gracias al Señor por la merced recibida de su mano, porque los que se la habían pedido de rodillas era justo que después de conseguida la reconociesen humillados adorándole como autor de todo bien. Después desto se recogieron todos a curar los heridos y poner a recaudo a los indios que en la batalla habían preso, los cuales eran más de ciento, en cuya compañía salieron de aquel lugar en prosecución de su camino. Desta manera vinieron a llegar al valle de Chile el mismo día que por otra parte había llegado al mismo lugar el capitán Ruy Díaz con- su escuadra, dando al adelantado gran contento con verlos concurrir a un mismo tiempo, mayormente trayendo nuevas tan felices de las cosas de la tierra descubierta como de la inopinada victoria, con lo cual tuvieron todos los cristianos un muy buen día de extraordinario solaz y regocijo, viendo que se había Dios con ellos al modo y estilo que con su pueblo cuando conquistó a los cananeos, amorreos y jebuseos.

CAPÍTULO VII

De la vuelta que don Diego de Almagro dio para el Perú con todos los españoles que había en Chile

Al tiempo que los españoles habían llegado al término de su viaje y se comenzaba a dar asía las cosas del reino; tuvo la fortuna tanta envidia del sosiego a que todos estaban cercanos, que lo procuró atajar derramando los solaces, y echando el azar que ella suele en las cosas prósperas al tiempo que van en más pujanza. Este fué la llegada de ciertos indios de Copiapó con cartas del teniente del general que era Rodrigo Orgóñez y del capitán Juan de Herrada, en que le daban cuenta de su llegada a aquel puerto, y juntamente de ciertos pronuncios de alzamiento del Perú, que estaba a punto de revolverse por algunas personas que se iban amotinando. Estas causas fueron la piedra del escándalo, porque secon ellos tanto el Adelantado, que juntado luego a todos sus soldados les habló con gran ponderación y sentimiento de esta manera:

«La satisfacción que tengo, señores y amigos míos, de la lealtad y amor que por la experiencia todos habéis mostrado, así a nuestro rey y señor como a mí, que soy ministro suyo, me quita cualquier estorbo que podría ofrecerse, para empacharme y acometer a pedirles negocios arduos y dificultosos, principalmente habiendo causa tan eficaz como la que ahora se va tramando, de cuyo remedio redundará en nosotros gran ganancia, y resultará a su majestad grande servicio. Bien habéis oído las malas nuevas que por esta carta se significan, de que en el reino del Perú se va rugiendo negocio de alzamiento, y siendo cosa tan verosímil, razón será que cada uno de nosotros procure de su parte obviarlo, poniendo el hombro a cualquier trabajo en razón de sustentar a su majestad lo que le habéis ganado. Veo que el marqués don Francisco Pizarro ha quedado con poca gente para resistir al excesivo número de los naturales del Perú, y que socorro de otra parte no hay que esperarse, si nosotros no le damos, pues ninguna otra gente de nuestra profesión está menos remota que nosotros, por mucho que lo estemos. Los motivos que por cualquier parte se consideran, ayudan todos a este intento, ahora se mira lo que dejamos, ahora lo que pretendemos. Porque si se repara en las cosas de por acá, no es mucho lo que se deja, pues hasta ahora no hemos topado aquellos montes (como dicen) de oro, que nos prometían, ni aún lleva talle de hallarse en adelante, ni tampoco volvemos frustrados de nuestra pretensión, pues gran parte della ha sido descubrir cuáles sean estas tierras con todo lo que hay en ellas, lo cual según veis que habemos conseguido, pero si advertís en lo que vamos a buscar, es negocio que con muchas ventajas excede a lo que se deja, pues primeramente será para gloria de Dios el evitar guerras y conservar los indios en el estado y ley evangélica que han tomado, lo que también ha de ser servicio de su majestad y bien de los indios y españoles. Ultra desto tengo por nueva, que se van en el Perú descubriendo grandes tesoros más ciertos que los que acá buscamos, y también aquel que vistes que tomé en Tupisa a los indios, que de este reino lo llevaban, lo mandé guardar para nosotros entre los cuales ha de ser distribuido como se debe. Y si acaso os arrepintiéredes de la vuelta, yo interpongo mi fe y palabra de no salir un punto de vuestro gusto, así en este como en otro cualquier lance que se ofrezca». Pudo tanto con los soldados la eficacia de razones, ruegos y mando de don Diego de Almagro que hubieron de ponerse en camino para el Perú como loda por diversos rumbos, aunque a causa del grande despoblado de Atacama donde perecieron, gran parte de los caballos Y gente de servicio queen la pasada.finalmente habiendo pasado muchas y lastimosas calamidades llegaron al Perú harto destruidos; en el cual aunque había algunos preñuncios de conjuración de los indios, pero en efecto no había alzamiento declarado ni lo hubo después, sino fué de los mismos españoles que se rebelaron unos contra otros, viniendo a rompimiento el Adelantado y el marqués don Francisco Pizarro sobre el partir de las tierras, cuya administración, y gobierno pertenecía a los dos en diversos puestos. Y fué tan adelante esta división y alboroto, que no paró hasta que vinieron a darse aquella famosa batalla de las Salinas, de que tratan las historias del Perú, hasta que vino a morir don Diego de Almagro a manos de los secuaces del marqués Pizarroeste caso. Este fué el efecto que tuvo laacordada vuelta de los españoles, que desistieron de la conquista de Chile, lo cual fué principio de grandes desastres que en el Perú se fueron acumulando y muchos más en este reino de Chile, cuya paz y sosiego se iban ya poniendo en buen punto, y de haberlo desamparado los españoles se siguió incomparable dificultad en tornarlo a conquistar, por estar ya los indios con prevención aprendida de la conquista, y así ha costado y va costando cada día innumerables vidas con crueles

matanzas y destrozó de los desventurados naturales, sin que hasta hoy se haya acabado de allanar el reino; y no han sido pocas las calamidades y muertes de los españoles que han acometido esta empresa. Mas no hay que espantarse nadie de muchos destos y otros semejantes infortunios que han venido, si es verdad lo que se sospechó en la vuelta del Adelantado; esto es, que tuvo nuevas de la cédula de su majestad, que le había venido del Perú, para que fuese gobernador de una parte del reino, con lo cual se movió a innovar todo lo que se iba entablando en Chile, porque si esto es verdad no hay que buscar otro achaquemalos sucesos; pues consta de todas las historias, así modernas como antiguas, que casi todos los males del mundo han venido por ambición y gana de mandar, y no menos por la codicia, de quien dice el Apóstol que es raíz de todos los males. Mas, en fin, dejado esto al juicio de Dios, que penetra los corazones, es justo echar las cosas a la mejor parte, pues fué bastante motivo para que don Diego de Almagro se volviera del Perú, el que ya se ha dicho de la rebelión o motín que se sospechaba.

Solamente resta que advertir en este lugar, que por ser el valle de Chile el último a que los españoles llegaron, salió la voz por toda la tierra que venía de Chile, y de aquí es que se le ha quedado hasta hoy este nombre a todo el reino llamado el de *Chile*, habiendo sido antiguamente nombre de un valle particular.

PARTE SEGUNDA DE ESTE PRIMER LIBRO

CAPÍTULO VIII

De la partida del capitán don Pedro de Valdivia del reino el Perú para el de Chile por el largo despoblado de Atacama

Después de haber sucedido muchos desastres en el Perú ocasionados de la vuelta que don Diego de Almagro dio a aquel reino desamparando al de Chile, entre los cuales fué la muerte del mismo Adelantado, hallándose a esta sazón en el mismo reino un soldado de capa y espada llamado Pedro Valdivia, hombre de suerte, y que había servido a su majestad del emperador Carlos V en Italia, con cargo de alférez de una compañía y pasado al Perú por su maestre de campo, le pareció buena ocasión la que se ofrecía para acometer alguna grandede su ánimo generoso. Y deseandoen razón desto la segunda conquista de las provincias de Chile, comunicó su intento con el marqués don Francisco Pizarro, gobernador del Perú, y habida u licencia salió a esta jornada el año 1540 en el mes de octubre con poca gente española, que convocó a la primera instancia. Pero cuando iba caminan

do por las provincias de Arica y Tarapacá se le iban allegando algunos más soldados, y entre ellos un capitán llamado Francisco de Villagrán, que salía con algunos soldados desbaratados de la entrada de una provincia de indios llamada los Chunchos, que hasta hoy están por conquistar, donde habían muerto otros muchos de hombre y trabajos del camino. También se le allegó otro capitán llamado Francisco de Aguirre con obra de veinte hombres españoles para ir con él a la conquista, y habiéndose congregado un

razonable número de soldados, que serían hasta ciento y sesenta, gente muy granada, y los más dellos de a caballo, hizo lista de todos ellos, entre los cuales eran los más señalados Alonso de Monroy, natural de Salamanca; Francisco de Aguirre, de Talavera de la Reina; Jerónimo de Alderete, natural de Olmedo; Rodrigo de Quiroga, natural de Monforte de Lemos, en Galicia; Gil González, de Avila; Pedro de Villagrán, de Colmenar de Arenas; el Padre don Rodrigo González, natural de Constantina, hermano del deán que entonces era de Sevilla. y otras muchas personas nobles y aptas para el fin de su pretensión. Y aunque por ser la gente tan poca para meterse entre tanta inmensidad de bárbaros tan fuertes y belicosos, parecía temeridad acometer este asunto; con todo eso era el capitán tan animoso que atropellando dificultades fué en prosecución de su camino animando a los suyos, y allanándoles el paso como si fueran por tierras propias suyas, y llegado al valle de Atacama tomaron bastimentos en abundancia para sustentarse en el largo despoblado de que hemos hecho mención arriba, cuya travesía es de ciento, y veinte leguas, donde pasaron trabajos excesivos, por ser muy estéril y sin género de hierba ni agua, ni otro pasto para los caballos, y así perecieron en él algunos y muchas más personas de servicio, así indios como negros. Son tan ásperos y fríos los vientos de los más lugares deste despoblado, que acontece arrimarse el caminante a una pena y quedarse helado y yerto en pie por muchos años, que parece estar vivo, y así se saca de aquí carne momia en abundancia. De estos cuerpos muertos iban topando en mucho número a cada paso arrimados a riscos y barrancas, tanto que sirven de señales del camino para no poder perderse, estando todos tan frescos que parecen recién muertos, siendo de más de trescientos años según la relación que dan los indios, de entre los cuales salieron los que así se helaron en el camino. Las pocas aguas que fuera de la lluvia hay en estos desiertos son tan inútiles que, o están en jagüeyes a doce y trece leguas, o en algunos pocos manantiales donde corren clarísimas acequias de agua que convidan tanto con su transparencia, que se abalanzan a ella los que llegan sedientos, conociendo por experiencia cuánta verdad sea que el deleite tiene la apariencia amena, dejando al gusta amargo más que acíbar. Ni es menos inútil el agua de un hermoso río deste despoblado, que siendo tan grata al aspecto como la pasada, apenas se ha tomado en la mano, cuando está vuelta en sal cuajada, de la cual sólo son sus riberas sin otra cosa. Sólo un río hay para consuelo de los pasajeros, de tal condición que a ciertas horas del día viene de monte a monte, y cuando se le antoja se seca de repente al mejor tiempo, por lo cual le llaman los indios *ancha llulla*, que quiere decir río mentiroso. Algunos dicen que este río se origina de un grande lago que está en lo más alto de la cordillera, el cual crece y mengua como la mar a las mismas horas que ella, y así redundan en el arroyo las variedades de su principio. No dejaré de decir cómo estando el ejército en cierto paraje a punto de perecer por falta de agua, congojándose una señora que iba con el general llamada doña Inés Juárez, natural de Plasencia y casada en Málaga, mujer de mucha cristiandad y edificación de nuestros soldados, mandó a un indio cavarla tierra en el asiento donde ella estaba, y habiendo ahondado cosa de una vara salió al punto agua tan en abundancia, que todo el ejército se satisfizo, dando gracias a Dios por tal misericordia. Y no paró en esto su magnificencia, porque hasta hoy conserva el manantial para toda gente la cual testifica ser el agua de la mejor que han bebido la del jagüey de doña Inés, que así se le quedó por nombre. Con estas y otras dificultades y trabajos casi increíbles llegaron los españoles a Copiapó, que es la primera tierra poblada de las de Chile, donde no solamente los hombres manifestaban extraordinario consuelo con verse ya fuera de tantas calamidades,

mas aún también los caballos insinuaban el regocijo que sentían con los relinchos, lozanía y bríos que mostraban como si reconocieran el término de los trabajos y lugar..... Tomó aquel día posesión de la tierra el general Valdivia en nombre de su majestad haciendo a los naturales una larga plática así acerca de este intento, como del principal, que era el continuarles la predicación del Santo Evangelio e instrucción en la vida cristiana comenzada por don Diego de Almagro, según en la primera parte desta historia queda referido. Para lo cual se subió en una huaca, que solía ser lugar de oráculos del demonio, y allí mandó se pusiese una cruz grande bien labrada, ante la cual se puso de rodillas con todos los suyos, adorándola humildemente y convidando a los indios a hacer lo mismo, como lo hicieron. Y finalmente creó por escribano a Luis de Cartagena, que a vista de todos escribió la posesión del reino sujetándola a la corona real de Castilla, y poniéndole por nombre la Nueva Extremadura. fué grande entonces el regocijo de todos, pareciéndoles que los habría Dios traído a tierra de promisión como a su pueblodándolesen él conmilagros.

CAPÍTULO IX

De la resistencia que los indios de Copiapó hicieron a los españoles, que pretendían sujetarlos

Ya los indios de las provincias de Chile no estaban para los españoles de aquel tinte que al principio, porque como los habían conversado y servido y habitado con ellos en sus casas, conocían ya que no eran cosa del otro mundo, ni algunas fantasmas, como al principio habían temido, sino hombres de carne y hueso como ellos, y con quien se podían tener en buenas. Y así por esto como por ver que venían muy pocos respecto de los primeros, acordaron de defender su capa y ser señores de sus tierras, sin dejarse avasallar de extranjeros, pues tenían bríos para ponerse en defensa de sus personas. Incitóles más a este propósito otro no menos eficaz motivo, que fué el ver que los soldados traían del Perú muchos indios presos con cadenas y collares, y no menos indias, para servirse de ellos por fuerza, sacándolos de sus patrias con más violencia que si fueran esclavos. Esta crueldad escandalizó mucho a los chilenos, persuadiéndoles que harían con ellosmuyque se les representaba haberlo hecho..... Almagro; muchos de lo; cuales llevaron y presos en cadenas y collares no pocos indios de Chile, hombres y mujeres cogiéndolos a barrisco y sin distinción ni delito, llevando al marido sin la mujer y a la mujer sin el marido, sin tener respeto a hijos ni a padres, sino echando mano a los primeros que topaban, y el cual desafuero dejó a los indios tan..... esta diciendo ypor no haber sido éste sólo, pues lasde este jaez que en Chile habían hecho y hacían..... y aun hoy hacen los españoles, ni son tan pocas ni tan leves que las quieran sufrir los que no deben. Y así, los indios de este valle comenzaron a tratar de su libertad comunicando sus intentos con todos los demás de los lugares circunvecinos, y comenzando a ejecutarlos con alzar mano de acudir con mantenimientos a los españoles, mientras se pertrechaban más para asentárselas. Entonces el general entendiendo lo que los indios iban tratando, les persuadía frecuentemente que se allanasen enviando amonestar a los señores de la comarca, qué acudiesen luego a darle la obediencia, si no querían que les hiciese venir mal que les pesase. A lo cual respondieron todos que ellos eran tan libres

como los cristianos, y tan señores de sí y de sus tierras como él y ellos, y gente de hasta mejores términos, pues los habían acogido en sus tierras abuen retorno y agradecimiento, como era haberlos llevado como a bestias, sacándolos de sus patrias, quietud y estado, en pago de haberles quitado la hambre que traían y hécholes más bien que merecían su trato y modo de proceder con quien se les humillaba. Por lo cual se podía desengañar y estar muy cierto, que no le había de valer sus mañas y astucias, pues con achaques de hacerlos cristianos y so color de buen celo mostrando afabilidad y buen semblante, eran todos engañadores, que decían una cosa y ejecutaban otra, según ellos lo habían visto por experiencia. A estas razones no supo el general alguna que responder que satisficiese, aunque dio muchas, pretendiendo fuesen aparentes, alegando haber sido forzosa la ocasión con que don Diego de Almagro dejó la tierra, y consiguientemente el haber llevado consigo aquellos indios para su servicio y guía, la cual causa le había puesto a él mismo en necesidad de sacar del Perú los que traía consigo. Pero él venía tan de asiento, que ya no había de qué recelarse que sacaría indios del reino, antes era su intención favorecerlos a todos como venían. Y porque no fuesen todas palabras e interviniese alguna razónmandando al punto hacer pedazos todas las cadenas y colleras, sin que dellos quedase pieza eslabonada. Con todo esto tuvieron los indios por cautelosa diligencia la que usaban los cristianos, y así se resolvieron en responderles no con palabras vanas como ellos, sino con, obras ejecutadas sin dilación alguna, concurriendo de todos los lugares del contorno en sus compañías y escuadrones ordenados, con muchas lanzas largas, dardos arrojadizos, arcos de flechas, hondas y macanas (según ellos llaman, que son cierto género de porras y bastones) y otras armas ofensivas, y también algunas defensivas de muy recios cueros de animales, que es el uso más común entre ellos. No fueron tardos los españoles en salirles al encuentro puestos en orden a pie y a caballo, y con el ánimo que suelen cuando son pocos y el lance es forzoso, se abalanzaron a toda priesa entre los bárbaros, habiendo hecho brevemente oración, cuanto la poca oportunidad del tiempo les dio lugar. Y acometiendo de tropel todos a una iban atropellando con sus caballos, y hiriendo con las lanzas no pequeño número de indios, aunque el que sobre ellos llovía de piedras, dardos y flechas era mayor incomparablemente. Habiendo andado un buen rato en esta refriega, se echaron los enemigos de ver que iban perdidos, siendo muy pequeño el daño que los españoles recibían de sus tiros, como gente que estaba bien armada. Y así se fueron retirando con pérdida de muchos de los suyos, dejando desocupado el sitio que poseían, que era de grande utilidad para los españoles, por razón del río que corría por él, de cuya agua se sustentaban. Salieron los indios tan amedrentados de este conflicto, que no les parecía haber rincón seguro donde esconderse, aunque lo hacían a grande priesa, entrándose por las arboledas los que pudieron, pues los que estaban heridos. aún no podían alcanzar tanta ventura, antes quedaron en manos de los españoles sin poder sus pies ser parte para evadirse dellos. Los indios que murieron en la batalla se halló ser más de ochocientos, y de los españoles, ninguno, aunque heridos no faltaron, habiendo sido los que entraron en la batalla de los bárbaros ocho mil, y de los españoles ciento y cincuenta. Luego que la voz de este suceso fué corriendo por la tierra, causó en los naturales de ella no pequeño pavor y espanto, viendo que ni el largo trabajo y destemplanza del camino, ni el hallarse a la sazón muy faltos de mantenimientos, ni el número, finalmente, de soldados que era tan desigual ante los suyos, había sido parte para menoscabar su ánimo y esfuerzo, ni disminuir la generosidad de sus bríos. Y aunque de allí adelante nunca se atrevieron a

ponerse con los españoles rostro a rostro, con todo eso acudían de cuando en cuando a darles rebatos, volviendo las espaldas sin aguardar a verse con ellos de buenas a buenas. Y con este mismo rencor procuraban siempre ofenderlos cuanto más podían, así escondiendo cualquiera cosa de que los españoles pudiesen aprovecharse para su sustento, como matando al que dellos podían haber a las manos según consta haberlo ejecutado con algunos que iban entrando en este valle después de partido el ejército; entre los cuales mataron una vez ocho y otra doce. Estas y otras semejantes incomodidades iban pasando los nuestros por las tierras siguientes, particularmente en el valle del Huasco, que está veinte y cinco leguas adelante del dicho, donde aunqueresistencia, con todo eso sintieronla falta de.....querastros dellas. También les fatigaba muchode cuando en cuando escuadrones de indios puestos comoen lugares fragosos desembrazando y moviendo mucho más las lenguas con palabras injuriosas, y de ludibrio de los cristianos llamándolos ladrones, y echando retos ydando grandes alaridos como quien sabe que sus contrarios no podían llegar donde ellos estaban. Pero la cólera de los españoles, que suele arrojarse sin considerar estorbos, algunas veces les hacía acometer por veredas difíciles, y algunas otras salían capitanes con gente de a pie y a caballo a horas quietas de la noche para dar en los indios de sobresalto, y con su huida quitarles el mantenimiento que para sí tenían. De aquí resultaba, entre otros daños, el desparramarse y perderse con la oscuridad de la noche sin poder hacer cosa hasta el día, cuando ya los habían sentido los indios y puesto en cobro sus haciendas como le aconteció al capitán Diego Oro, natural de la villa de Mayorga, en Castilla la Vieja, aunque éste tuvo mejor fortuna, pues habiendo pasado algunas aflicciones semejantes, dio al fin en una nuna de bastimentos que tenían los indios recogidos en grande abundancia, con los cuales se reparó el ejército y tuvo avío para marchar adelante, como lo hicieron, habiendo estado allí muy pocos días. Y pareciéndole al general ser cosa bien acordada el no dejar exasperados a los naturales, los procuró acariciar como mejor pudo, dando libertad a los que en Copiapó había capturado y satisfaciendo a todos de no haber él ni los suyos sido causa de las matanzas, sino los indios de Copiapó que de su voluntad vinieron a darle la batalla.

CAPÍTULO X

De la batalla que hubo en el valle de Coquimbo entre los españoles y naturales de aquella tierra, adonde llegó a la sazón nuevas de un navío de españoles, que surgió en un puerto que estaba cerca

Habiendolos españoles del Huasco, y caminadolos más largos de lo acostumbradollegaron a Coquimbo, que era el lugar que podían desearhacer así como aldemás que traían y muy..... para el refrigeriodescanso de la genteque cuando los indios naturales dél, por ser demasadamente viejos, desean morir, salen dél yéndose al valle de Limarí, que está doce leguas adelante. Tiene este lugar de Coquimbo un maravilloso puerto de mar tan en paz y seguro, que a cualquiera hora de la nocheriesgo alguno, y así..... los navíos que entran endel Perútambién unaen la cualde este reinode este puertoa losaallí alto, y poblar decon todo, eso, con o la proa iba puesta en elno semucho; dejando laeste

deseopor caminos muy deleitablesdel valle de Limarí, y el dey del Papudo, y de Chuapa; sin tener otra contradicción de parte de los indios, más de algunos repentinos asaltos que hacían a hurtadillas sin atenerse a llegar muy cerca, contentándose con un acometimiento y rociada, o con una una encomendándose luego a los piessin aguardar respuesta de españoles. A este paso llegaron al valle de la Ligua, donde tuvieron noticia de una navque andaba por aquella costa y la cual había venido de España por el estrecho de Magallanes, y entrado en el mar del Sur hasta llegar a la costa de Chile. Y por certificarse el general de la verdad enteramente envió al capitán Francisco de Aguirre, hombre..... en cualquier negocio que se le encargase, el cual fué con treinta hombres de a caballo corriendo la tierra por la parte marítima, hasta llegar a una bahía llamada Aliamapa, a la cual había llegado antes el capitán Juan de Saavedra,..... que era de los capitanes de don Diego de Almagro. Y por ser la fertilidad, hermosura y abundancia de arroyos deste sitiole puso por nombre Valparaíso, el cual se le ha quedado hasta hoy, y es el más famoso de todo el reino. Llegando, pues, el capitán Aguirre a este puerto halló rastro reciente de gente española y del fuego que habían encendido eny tuvo información de que el día antes se había hecho a la vela en prosecución de su viaje para el reino del Perú; de lo cual tuvieron todos no poco sentimiento, por haber perdido tal oportunidad, pues fuera grande socorro para el ejército la gente española de la nave, y la munición, y artillería, y no menos consuelo para los que en ella venían el hallar allí gente de su patria con quien alojarse y poner fin a su viaje..... (como después se supo había..... que envió elnatural de.....el cualla boca del estrechovino un temporal tan furioso, que habiendo estado nueve.....todosnavíosse esparcieron de tal suerte, que se fué cada uno por su parte, acertando este sólo, de que tratarnos, a embocar por el estrecho, en el cual pasó la gente excesivos trabajos, probando diversas veces a entrar por brazos de mar, y esteros a la salida, hasta que al..... que sale al mar del Sur, y.....después de entrar en él se vieron en mucho peligro porque hubo día en que se hallaronqueel estrechoy dos, y siendo en el corazón del invierno en laparte austral, esto..... en el mes de junio del año de mil y quinientos y treinta y nueve. Y así, por estar muycomo por el rigor del tiempo; estuvieron siete meses en un lugardonde node losen el tiempo de su mayor invierno. El capitán de este navío se llamaba García de Alvarado, el cual habiendo pasado las calamidades concernientes a tal tierra y tiempo, salió como mejor pudo, y, fuétoda aquella tierra hasta llegar a una provincia de Chile, que es los estados de Arauco y Tucapel, donde surgió el navío en un puerto llamado Alvaquen. Y como algunos saltasen en tierra a buscar refresco, se alborotaron tanto los ,naturales que concurrió al puerto gran suma dellos, llevando por capitán a un indio muy principal llamado Vineo. Mas cuando se iban acercando con las armas en las manos, yyde los españoles tan diferentesde repente, quedando comocon ver cosa tan nueva para ellos; entonces el capitán mandó que ningún indio se menease, ni pusiese mano en los españoles; antes habiéndoselos estado un rato mirando, les habló por señas, y les mandó traer un carnero de los de la tierra, que son muy grandes y de diferente especie de los de Europa, tantode carga y trajín, y así en.....partes del Perú hay grandes recuas dellostienen muy gruesas ganancias lasdeste trato que son muchas yde mucha calidad; cuya granjería ha sido y es casi la que ha puesto en pie y la mayor parte de los Peruleros que entran en España con este nombre. Y así el carnero que este capitán Vineo presentó a los del navío, iba cargado de regalos, cosa quea los españoles, por ser este animal mansísimo, y de hechura de camello, aunque el cuello es

muy angosto y levantado, y la cabeza pequeña y sin cuernos, y los ojos tan.....yen su mirar, que parecen personasson deutilidad por la lana que por en trajín, pues.....másrubia o negra sirvela estatura de estos carnerosa la de un cuartagoaltura, pero son algo más cortos, y tienen las piernas muy delgadas, y la uñacomo vaca. Habiendo, pues, los del navío.....do el presente, y descansado algún tiempo regalados de los indios se hicieron..... puesto por nombre a aquel lugar el puerto del Carnero, como hasta hoy se llama. Y prosiguiendo su viaje llegaron al puerto de Valparaíso, adonde los fué a buscar el capitán Aguirre, como está dicho, pero como él llegase después que la nao había salido, volvióse con su gente adonde estaba el general Valdivia, con el cual fué prosiguiendo la conquista en demanda de las minas de oro. En este tiempo parecían muy pocos indios por los caminos, porque se iban todos acogiendo a cierto lugartraza en lo que se debía hacer con los españoles, concurriendo para esto de diversas aldehuelas y caseríos, que tales eran hasta entonces, sin haber pueblos formados ni otro orden de república, mas de vivir cada uno en el sitio que mejor le parecía para tener su sementera y ganado. Y así no tenían más comunicación unos con otros, ultra de la de cierto día señalado, en que se juntaban como a ferias en un lugar diputado para ello, donde reconocían por gobernador a un indio principal elegido para tal oficio en cada comarca o valle de la tierra. Por lo cual como se ocurriese un negocio tan grave como era la entrada de los españoles, acordaron de congregarse todos en un lugar donde se eligiese cabeza para todos juntos, en el cual hicieron la prevención que ellos suelen en todos sus negocios, que es una sola, conviene a saber, el estarse por algunos días banquetando, y brindando con solemnes borracheras, y otros semejantes ejercicios torpes no menos bestialesseYsalió electogeneral un indio esforzado, y surespetadollamado Michimalongo, nombrado con gran solemnidad, según su costumbre. En este interín llegó el ejército de los cristianos al valle de Mapuchehizo asiento en quince de enero de mil y quinientos y cuarenta y uno, donde halló un cacique llamado Vitacura, que era indio, del Perú y puesto en este valle por el gran inga rey peruano, el cual habiendo conquistado parte del reino de Chile, tenía puestos gobernadores con gente de presidio en todas las provincias hasta el valle de Maipo, que está tres leguas más adelante deste valle de Mapuche, y estos gobernadores se llaman los orejones, por razón de, traer como traen ahora muchos una manera de zarcillos, que son como unas roldanas o carrillejos de madera hechos de unas tabletas tan delgadas como un lienzo, y recogidas en un rollete como trancaderas hasta quedar del tamaño de un real de a ocho, y algo mayor en redondez, y un pulgar de grueso. La cual tableta traen dentro de la misma oreja toda metida en ella porque cuando son niños se abren la ternilla de la oreja con un punzón delicado donde encajan un palillo y después otro más grueso, y así, al paso que van creciendo, van siempre poniendo palos más gruesos, hasta que les queda en la ternilla un agujero tan grande que cabe la tableta redonda, y está tan encajada como si hubiera allí nacido. Destos indios vemos muchos en el Perú, que residen en la ciudad del Cuzco, de la cual habían sido enviados por el gran inga a Chile los que hemos dicho, y se llamaban Mitimaes, y destes era el sobredicho Vitacura, el cual por ser indio del Perú, recibió con buen semblante a los españoles. Por esta causa, y no menos por la grande anchura, fertilidad y sanos aires deste valle, que es de los mejores de las Indias, y aun de toda la cristiandad, determinó el general de hacer aquí asiento, y aun de dar traza en fundar una ciudad lo más breve que pudiese, dándole aviso y consejo para ello un cacique, al cual le costó la vida haberse metido en ello, porque después en la primera

oportunidad que pudieron los bárbaros haberlo a las manos, lo mataron como traidor y facineroso.

Sabiendo, pues, por toda la tierra la voz de aquesta fundación, aún no comenzada, llegó a oídos del general electo Michimalongo, el cual determinó de oponerse sin dilación a ella haciendo guerra a hierro y fuego por la defensa de su patria, y conservación de su libertad, impidiendo a los cristianos sus intentos, sin descansar un punto hasta salir con el suyo. Y en razón de esto partió luego con su ejército muy ordenado marchando a toda priesa para Mapuche con grande orgullo y lozanía, cantando victoria, como si ya la hubiera conseguido. No causó a los españoles algún género de pusilanimidad el excesivo número y avilantez de los bárbaros, antes cobrando nuevos bríos se apercebieron a la batalla, pertrechándose de las cosas necesarias para tal conflicto, y ante todas cosas con la oración, la cual tiene siempre el primer lugar entre todas las municiones y estratagemas militares. Y muy en particular invocando todos el auxilio del glorioso Apóstol Santiago, protector de las Españas y españoles en cualquier lugar donde se ofrece lance de pelea. Tras esto se siguió un breve razonamiento del general a sus soldados, en que solamente les daba un recuerdo de que eran españoles y mucho más de que eran cristianos, gente que tiene de su parte el favor y socorro del Señor universal, por cuya honradelas gentesque se precian de tener justo título para ellas.

Dicho esto salieron al campo, donde se carearon los dos ejércitos, y, desafiándose sin recelo alguno, vinieron a las manos, partiendo los indios todos a una con gran vocería y lluvia de flechas que parecía se querían comer a los cristianos, los cuales estaban tan cubiertos de saetas como de espeso granizo que cae del cielo en día de temporal y de borrasca. No estaban dormidos entonces los nuestros, antes con un Santiago y a ellos andaban todos juntos sin dividirse en parte alguna, pareciéndoles ser expediente el andar.....para ir atropellando bárbaros..... de los menosCon esteencendida refriega, atropellando a los enemigos a cada paso y alcanzándolos a cada lance sin faltarles donde quiera que se reunían gente en quien emplear sus aceros y filos de sus armas. Pero como los indios eran en tan grueso número nunca dejaba de estar el campo cuajado dellos, entrando siempre escuadrones de refresco lucidos a maravilla por la mucha plumería que traían en sus cabezas de diversos colores, y las pinturas de sus rostros que estaban matizados con la variedad de labores que suelen en semejantes ocasiones, y mucho más por la diversidad de armas ofensivas que traían en las manos, como dardos arrojados con tiraderas, porras de armas de metal con púas de extraño artificio, lanzas cortas, picas en abundancia, macanas fuertes, arcos grandísimos de flechas tan largas y subtiles y de tanta fortaleza, que pasan el arzón de una silla jineta pasando la flecha de claro más adelante. Y lo más que había que mirar era la ligereza de los bárbaros, los cuales son tan sueltos que parece que en un instante están floreándose sobre el aire, y en otro cosido todo el cuerpo con la tierra. Estando, pues, la falla en su mayor furia al tiempo que los indios iban acometiendo con mayores bríos para beber la sangre a los cristianos; cuando se iban abalanzando a ellos para ejecutar su coraje con denuedo; cuando tenían ya la suya sobre el hito y a toda priesa iban blandiendo las lanzas y levantando los brazos para descargarlas con ímpetu en los cristianos; cuando con el aspirar de la victoria iban triunfando con estrépito y alaridos, veis aquí, cuando de repente (caso memorable) todos los bárbaros a una vuelven furiosamente las espaldas y dan a

correr como gamos por el campo raso a ruin el postrero, desapareciendo súbitamente a huir todos del que súbitamente se les había aparecido, dejando a los cristianos suspensos, y yo ahora hasta el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XI

De la fundación de la ciudad de Santiago, intitulada con este nombre por haber el glorioso apóstol aparecido en la batalla

Después de haberse dado fin a la batalla con tan felicelo primero que hicieron los cristianos fué dar gracias a Dios Nuestro Señor por merced tantan declarada por su mano, y luegoque no fueron pocos, ya lahombre que quitándose éste unaen que dormía arropó con ella su caballo, tanta es la generosidad del ánimo español. Y por ser el hecho tan digno de hombre noble me pareció poner aquí su nombre del que lo hizo, que fué Antonio Carrillo, natural dede la frontera de Andalucía. Habiendo todos respirado un rato del cansancio de la refriega mandó el general traer ante sí algunos de los indios que en ella habían sido presos, y los examinó haciendo escrutinio de las causas porque habían tan repentinamente desamparado el campo. A lo que respondieron que estando en su mayor coraje y certidumbre de su victoria, vieron venir por el aire un cristiano en un caballo blanco con la espada en la mano desenvainada, amenazando al bando índico, y haciendo tan grande estrago en él, tanto que se quedaron todos pasmados y despavoridos; dejando caer las armas de las manos no fueron señores de sí, ni tuvieron sentido para otra cosa más de dar a huir desatinados sin ver por dónde, por haber visto cosa llamada en su lengua *pesimando*, que quiere decir nunca vista. Y preguntándoles el general cuál de aquellos españoles que allí están era el que habían visto en el aire, clavaron ellos los ojos en todos los presentes mirándoles con grande atención a todos, y en particular a los más lucidos y señalados, como eran Alonso de Monroy, Francisco de Aguirre, Rodrigo de Quiroga, Francisco de Villagrán, Jerónimo de Alderete, el capitán don Diego Oro, el maestre de campo Pedro Gómez de don Benito, el capitán Juan Jofré, Pedro de Villagrán, Juan de Cuevas, Rodrigo de Araya, Santiago de Azocar, Marcos Veas, Francisco Galdámez, Luis de Toledo, Francisco de Riveros, Diego García de Cácieros, Juan Fernández Alderete, Juan Godínez, Gonzalo de los Ríos, capitán Juan Boon, Pedro de Miranda, Gil González de Avila, y otros muchos caballeros y soldados que allí se hallaron, y habían sido en la batalla, y habiéndolos mirado muy despacio en particular a cada uno se sonrieron los bárbaros como haciendo burla de todos ellos respecto de aquel que habían visto, y así lo dijeron por palabras expresas certificando que era hombre muy superior a todos ellos y que había hecho más que todos ellos juntos. Oyendo tales palabras y viendo tales ademanes, reconocieron los cristianos ser el glorioso Santiago el que había de socorro, y para certificarse más en ellobárbaros de los de la batalla tomandoa cada uno de por sí, lo cual hizo el general con gran recato y diligencia, y halló ser todos contestes en lo que se ha dicho, sin haber indio que discrepase, por lo cual tuvieron por cierta resolución haber sido el glorioso apóstol. Coligiáse también por los efectos, pues habiendo sido los bárbaros más de veinte mil, y tan esforzados y briosos, y los cristianos tan pocos que para cada uno había más de doscientos contrarios, con todo eso no murió ningún cristiano, estando el campo tinto en

sangre de los enemigos. Y con esta resolución tornaron de nuevo a dar gracias a Dios, y su santo apóstol que con tan benigno pnos había amparado al punto de la necesidad más urgente, y, así lo llamaron todos por muy particular abogado suyo y Patrón del pueblo, conformándose los votos sin excepción en que el pueblo, cuyaintentaba tuviese el apellido de este glorioso apóstol; con cuyapusieron luego mano en la obra a los doce días del mes de febrero de mil y quinientos y cuarenta y uno.

El temple desta ciudad es qual puede desearse; está en treinta y dos grados y medio, en el cuarto clima hacia la parte del Sur, y así tiene su invierno y verano como el de España, aunque en los meses es totalmente opuesto, pues en el que comienza el verano en Castilla comienza acá el invierno y al contrario; de suerte que por Navidad cuando en España es el mejor estalaje el que está más cerca de la chimenea, es acá gloria andar de huerta en huerta entre frutales, y pasear los campos verdes, y florestas deleitables, que las hay en esta tierra con tantas ventajas, y con tanta fertilidad y abundancia de todas frutas que se hallan en Europa, y algunas otras naturales de la tierra, que no se sabe en el mundo lugar donde haya tanta abundancia. De suerte que las camuesas que en España son de mayor gusto se echan acá a los puercos en grande suma, porque las que los hombres comen son tanto mayores y mejores que no lo creerá quien no lo ha visto, y a este tenor van todas las cosas de mantenimientos deste reino, así de huertas, viñas y olivares, como de sementeras y ganados, todo lo qual anda a rodo, sin que haya persona tan pobre que no tenga sobrado todo lo que es mantenimiento de su casa. Entre otras cosas que ayudaron a edificar brevemente esta ciudad de Santiago no fué la de menos comodidad la abundancia de maderas del valle que está en la ribera del grande río Maule, donde hay robles de que se hacen navíos cuantos quieren y muchos cipreses., y laureles, y otras muchas especies de madera; y aun las acequias que se sacan del río y corren por la ciudad tienen sus orillas hechas vergeles de arrayán, albahaca y rosas, y otras varias yerbas y flores, lo qual también se halla en los cerros, esteros y collados, que todos están hechos unos jardines. Hay también miel de abejas sin cuidar della por ser silvestre, y sin género de cera en sus pana les. Y entre otras cosas de notar de aqueste género, hay unas matas de una vara de altura de tal calidad que cayendo en ellas el rocía a ciertos tiempos del año, se sazona de manera que se vuelve en sal menuda, la qual sin más preparación sirve para los saleros, y aun la misma yerba después de seca, si se pone al fuego toda la ceniza en que se resuelve, es pura sal. Hay también por los campos grandes frutillares, que así se llaman los que dan una fruta casi a manera de madroños, aunque en la cantidad algo mayor, y en el sabor más dulce y delicado incomparablemente, y así por excelencia se llama frutilla de Chile. Y si el lector gustare de rastrear algo de la fertilidad y abundancia de esta tierra, la podrá colegir de que ahora cuarenta y cinco años no había género de ganado en todo Chile, y pasan hoy de ochocientas mil las ovejas que hay en sólo el distrito desta ciudad, y a este tenor es el número de las vacas, puercos, cabras y yeguas y otros animales que hay en Castilla, y también de que acude con tal multiplicio el beneficio de las sementeras, que de una hanega acontece cogerse más de ciento, y aún el autor dice que vió por sus ojos producirse alguna vez de sólo un grano más deespigas. Lo que es naranjas, limas, limones, cidras, hortalizas y todo género de legumbres y flores, como lirios, azucenas, claveles y, finalmente, todo género de yerbas, flores y frutas de España, excepto guindas y cerezas (que no se han sembrado) todo se da con grande abundancia y ventajas. Luego que se fundó la ciudad se señaló primeramente sitios para monasterios de religiosos de todas órdenes mendicantes, que después con el tiempo han ido entrando, y fabricando

casas e iglesias de las mejores de las Indias, y también se fundó, andando el tiempo, un monasterio de monjas donde se conserva con mucha exacción la observancia. Verdad es que con haber cincuenta y cinco años que se conquistó esta tierra no ha crecido mucho el número de la gente española, pues los desta ciudad de Santiago con ser la cabeza del reino no pasan de quinientos hombres, habiéndose disminuido tanto los indios que apenas llegan los deste valle a siete mil en el año en que estamos, que es el de mil y quinientos y noventa y cinco, con haber hallado en él los españoles el año cuarenta y uno pasados de cincuenta mil, y aun los deste sitio son los mejor librados, porque los de otras partes han ido y van en mayor disminución con las incesables guerras, ultra de los que murieron el año de noventa y noventa y uno de una peste de viruelas y tabardillo, la cual fué general casi en toda lacorriendo la costa que se sigue desde Santa Marta y Cartagena hasta lo último que en Chile hay de descubierto, de lo que pudiera hacer grande historia, por haber sido enfermedad tan monstruosa y vehemente, que apenas duraba dos meses enteros en un pueblo, porque era tanta la priesa con que derribaba personas en el lugar que entraba, que a pocos días no se hallaba persona en quien emplearse por estar ya todos o convalecientes o difuntos, si no eran las personas de las cualidades a quien ella no daba, cuales eran los que pasaban de treinta y cinco años y también los nacidos en España, porque en éstos era tan cierta la seguridad de no tocarles este mal contagioso, cuanto en los nacidos en estas tierras como fuesen de poca edad era cierto el no escaparse hombre, y así, a mi parecer, murió la tercera parte de la gente nacida en esta tierra, así de los españoles como de los indios, y aún pudiera alargarme algo más como persona que a la sazón anduve casi cuatrocientas leguas, ocupado en la ayuda espiritual de los enfermos, para el cual ministerio iba dejando los pueblos como la misma pestilencia los iba dejando, y entrando en otros donde ella de nuevo entraba. Así que no es tanto de maravillar el haberse disminuido mucho los indios cuanto el no crecer el número de los españoles en tierra tan apta y apacible para la vida humana cual se puede desear en todo el mundo, porque ultra de la abundancia de las cosas dichas hay otras muchas comodidades de las necesarias para la vida humana, como son muchos obrages de paños, jergas, bayetas y frazadas que, aunque por no haberse comenzado a poner molinos de aceite, no es el paño fino la causa de labrarse con manteca; todavía es pasadero, y también hay muchas oficinas de curtiduría de donde se saca gran suma de suelas, vaquéta, cordobanes y badanas que se llevan al Perú; y no menos ingenios de azúcar que abastecen toda la tierra, sin que sea menester casi cosa de fuera si no es alguna lencería y sedas, pues todo lo demás puede suplirse con lo que la tierra llena de suyo; en la cual, demás de las minas de oro, hay otros muchos minerales en la cordillera de diversos metales; y lo que más convida a vivir en este reino, y en particular en esta ciudad de Santiago, es el admirable temple y clemencia del cielo, pues ni el calor llega a ser muy intenso ni el frío muy riguroso; y se ve por experiencia que todos los lugares que están hacia esta parte del polo austral no son tan fríos como los septentrionales ni aun las tierras, que están dentro de la tórrida zona desta partehacia el mediodía no son tan cálidos como los que lo son en el otro hemisferio..... he estado yo en lugares que aun no estaban en tres grados y se hielan los hombres en ellos en sólo pasarlos, porque el habitarlos sería imposible, cual es una paque está entre la ciudady la provincia de los Quijos y; y, aun cuando antes de la línea equinoccial va corriendo una cordillera hacia el Sur que llega a todo lo que hay descubierto en esta región, que es hasta casi cincuenta grados; de suerte que por donde quiera que se camine desde la mar hacia la

tierra adentro han de dar con ella a quince o veinte leguas de la costa, y es cosa maravillosa que con estar siempre nevada por lo más alto, dentro de cuatro o cinco leguas que se van bajando hacia la mar, hay tierras muy cálidas de verano; y también de la otra parte de la cordillera, que es más oriental y va entrando la tierra adentro, hay tanta diversidad de temples que he salido yo un día de una tierra helada y me he hallado el mismo día en pueblo de un calor tan intenso que los indios que van guiando a los pasajeros se quedan en medio del camino porque los que llegan al pueblo que está abajo mueren luego por la grande diferencia del temple, aunque el calor no es tan excesivo que dé pena a los naturales de aquel lugar ni a otras personas que entran de fuera cursados en andar entre variedad de temples. Ni hay en esta tierra aquellos intolerables calores que pensaban los antiguos, tanto que la tenían por inhabitable; antes comúnmente son estas tierras de temples más suaves y más sanos vientos, si no es algunas veces que corre el viento Norte, que son muy pocas; porque cuando corre el Sur, que es el ordinario desta región, hay salud comúnmente, con ser éste el viento más nocivo en nuestras Españas, llamado vendaval, y la causa es, entre algunas otras, que viene de la mar y, por consiguiente, muy puro y saludable, habiendo todo lo contrario en el Norte, que cuando llega por acá ha corrido las tierras que hay entre la mar del Norte y la del Sur de oriente a poniente, como son el Brasil, Paraguay, Buenos Aires, la Margarita y otras que tienen sus vertientes a la mar del Norte. Y así tienen los vientos por acá contrarias cualidades de las que tienen en España, porque el Norte, que allá suele ser frío y seco, en estos reinos es el que da las lluvias, y el meridional, llamado Sur, es acá frío y seco, el cual esparce las nubes e impide las aguas. Todo lo cual es común no solamente en Chile, pero también en todos los reinos de Tucumán, Perú y Quito y los demás circunvecinos. Mas quanto a la fuerza de aguaceros, truenos y rayos con los demás adherentes de heladas y granizo, hay en estas tierras tanta variedad que en algunas hay mucho de todo esto exorbitantemente, y en otras tan grande tranquilidad que nunca se ve ni aun un razonable aguacero, como experimentamos el día de hoy, que en toda la costa de la mar que corre desde Tumbes a Chile más de ochocientas leguas jamás se ha hallado hombre que haya oído truenos.....nieve o granizo, si no es en los lugaresacercando a la sierra. Pero el asiento desde ciudad de Santiago, aunque participa algo destas impresiones meteorológicas, mas con todo eso no es cosa frecuente el oírse truenos, y el llover es con grande serenidad y sin vientos desgarrones. La tierra es algo más seca que húmeda, aunque fértil a maravilla; tiene muchosaltísimos de los cualestienen bocas en lo alto por donde echantambién se hallan en Quito, y aunque en tratar de las calidades y condiciones destes reinos fuera razón no faltar a todo lo que pide la historia, mayormente siendo todas las cosas de por acá al contrario de las de Europa; pero parecióme estar bien excusado de esto por haber salido agora en, nuestros. tiempos un libro intitulado *De natura novi orbis*, escrito en latín y otro en romance que trata de las mismas cosas desta América, los cuales por ser escritos por el padre Joseph de Acosta, religioso de nuestra compañía de Jesús, persona que, demás de su autoridad y letras en todas facultades, tiene también mucha experiencia de todo esto por haber andado tres veces todo el Perú en tres visitas que hizo siendo provincial, y haber últimamente pasado por la Nueva España. Por lo cual, remitiéndome a sus escritos, pasará al capítulo siguiente.

CAPÍTULO XII

De las condiciones de los indios de Chile y algunas cosas de la tierra

Lo que más hay que notar acerca deste capítulo es que los indios chilenos son por la mayor parte coléricos sanguíneos, de alta estatura, huesos sólidos y cuerpos fornidos y membrudos, rostros hermosos y colorados, aunque trigueños, de suerte que siempre andan representando alegría, y, consiguientemente, son bien acondicionados y animosos y muy arrojados en las batallas. Antiguamente adoraban al demonio, consultándole sus oráculos por medio de los hechiceros, los cuales muchas veces daban respuestas de su cabeza; no tenían adoratorios hechizos, sino el primer cerro que topaban, y aunque los hechiceros fingían que sacaban piedras, palos y otras cosas por su arte, y también curaban con yerbas supersticiosamente, pero también hay en la tierra yerbas medicinales, como el *lanco* para heridas, y muchas veces en veinte y cuatro horas sana; otra que llaman *cori*, que tiene propiedad muy estética, sirve para muchas medicinas, en especial para estancar cámaras de sangre; otra llamada *quedanque*, que sirve para mal de dientes; otra raíz que se llama *lepichoa*, que hace purgar; otra raíz que llaman *cuelen*; ésta sirve para purgar melancolía; otra que llaman *chopeichope*, que sirve para abrir postemas; otra llamada *megue*, que es buena para contraveneno, y asimismo apio en cantidad, y, finalmente, otras muchas y muy excelentes yerbas y raíces medicinales y de mucha virtud. Animales silvestres hay muy pocos en este reino, si no son unos animalejos que llaman leones, nombre puesto por los españoles, y los indios les llaman *pangue*: éstos no hacen daño a nadie. Hay otros animalillos muy pequeños, cuyas pieles sirven de aforros de algunas vestiduras; hay gran suma de perdices substanciales y sabrosas, hay palomas, torcazas y domésticas, y codornices. Hay muchas aves de rapiña y volatería: gavilanes, halcones, neblies, sacres, azores, jirifaltes y gran suma de garzas y vandurrias y pájaros muy chiquitos, como canarios; hay ruiseñores en abundancia, tordos, rolas y otro gran número de gallinas y otras aves que se crían sin cuento, y, finalmente, hay gran cantidad de salinas, así en la costa de la mar como en la tierra. La diócesis desta ciudad de Santiago comienza desde el valle de Copiapó que es el principio deste reino, y llega hasta los términos de la ciudad de la Concepción y ciudad de San Bartolomé de Chillán, y hasta la jurisdicción de los obispados de Tucumán y las Charcas. De ancho tiene este obispado veinte y cinco leguas, y tras la gran cordillera nevada están dos ciudades del mismo obispado, de las cuales y de las demás deste reino haremos mención cuando de su fundación se trate.

El modo de hacer sementeras en este reino, y aun en el Perú, es este: que primero riegan la tierra con agua de las acequias que corren por los campos y luego derraman el trigo, y después aran sólo una vez, con lo cual se cría tan bueno y con tanta abundancia como si llevase muchas rejas. La gente española y, en particular, los encomenderos y personas nobles, demás de que en todo procuran vivir con mucha cristiandad, pero en particular se esmeran en hacer bien a los forasteros, y socorren a las viudas y religiosos, crían huérfanos, proveen de caballos, armas y ropa a los soldados pobres que sirven en este reino de su majestad. Y el autor afirma, como testigo de vista y que anduvo gran parte de las Indias, no haber visto más caridad ni largueza en ningún otro lugar de ellos que en la ciudad de Santiago, aunque ya esto va algo decaído no solamente por lo que dice el apóstol que andando más los tiempos abunda más la iniquidad, y el mismo Hijo de Dios en su Evangelio dijo que vendría a fortificarse tanto el vicio que se resfriaría la caridad de

muchos, sino también por ser mucha la gente que de nuevo va entrando, y así no se puede ya acudir a tanto.

CAPÍTULO XIII

De cómo el capitán Valdivia prendió en un fuerte, que desbarató, al general Michimalongo, y se dio asiento a las minas de oro

Luego que se hizo la fundación de la ciudad de Santiago, después de haber pasado la batalla., procuró el capitán Valdivia saber el secreto de la tierra y lo que en ella había, así de oro como de plata, y otras cosas de valor y estima; para esto partió de allí dando la vuelta al valle de Chile con ochenta españoles de a pie y de a caballo, y en llegando a él tuvo noticia de que el general Michimalongo estaba en un fuerte con mucha gente belicosa y pertrechada para la guerra. Oída esta nueva, le pareció que sería importante acometerla y desbaratarla, para que los bárbaros entendiesen no había de haber para ellos lugar seguro, y después de haber consultado con su gente pasó adelante con determinación de poner el cuidado principal en prender al general Michimalongo, porque teniendo cogido a éste, que era el caudillo, se entendía que todos los demás caciques y señores estarían sujetos a lo que él ordenase, obedeciéndole como a cabeza del gobierno en paz y en guerra. Yendo con este designio llegó junto al fuerte, y habiéndolo bien reconocido le puso cerco, y tuvo traza para que se asomase el general y sus capitanes a un lugar donde les dijo por faraute, que dejasen el fuerte desembarazado, pues del hacerlo así les vendría gran provecho, y, de lo contrario, mucho daño, y que no difiriesen en darle la paz y obediencia, con lo cual redimirían la matanza que les estaba aparejada. Con esto les habló otras palabras, probando si podría atraerles, de suerte que no viniesen a rompimiento. Mas ningún medio fué parte para que dejase el bárbaro general y sus capitanes de estar muy enteros en la defensa de su fuerte.

Convencida su rebeldía, mandó el capitán que los españoles acometiesen de tropel dando batería, lo cual ejecutaron con tanto ímpetu que en espacio de tres horas, fué arruinada la fortaleza, y la victoria declarada, por los cristianos, habiendo muerto muchos indios y saliendo otros heridos y presos en los cuales se hizo ejemplar castigo, según parecía convenir en aquel tiempo. De nuestros españoles salieron la mayor parte heridos de pedradas y golpes de dardos arrojados, pero cosa de muerte no tocó más que a uno llamado Rodrigo Sánchez, natural de la ciudad de Écija. Entonces el capitán Valdivia con toda su gente dio gracias a Nuestro Señor por victoria de tanta importancia, mayormente por haber preso en ella al capitán Michimalongo, que era toda su pretensión, aunque por causas que le movieron no le cortó la cabeza, antes procuró por todas vías hacer dél un buen amigo, acariciándole para que él (como quien tenía mano en todo) diese orden que todos viniesen de paz, como deseaba; juntamente se informó dél por extenso de los lugares de donde sacaban el oro que llevaban en tributo al rey del Perú, porque hasta aquel punto no sabían dónde estaban las minas, ni se había visto oro en el reino. Viendo Michimalongo que con esto tendría contentos a los vencedores, acordó él y los demás señores que con él estaban en prisión de llevar al capitán a las minas de Malgama, junto al río grande de Chile y Quillota. Aceptó Valdivia la oferta y tuvo por bien de ir a

ellas, pues no había más de dos leguas de allí a donde las minas estaban; llegado allí, halló en el asiento dellas muchas fundiciones y crisoles de barro para el efecto.

No se puede explicar el regocijo y júbilo de los españoles cuando vieron tales insignias, y como si ya tuvieran el oro en las bolsas, ninguna cosa les parecía faltarles, ni les daba cuidado, si no era pensar si había de haber tantos costales y alforjas en el reino que pudiesen echar en ellos tanto oro, y así se comenzaron a engreir y ensanchar en gran manera teniendo ya más altos pensamientos, como gente rica, entendiendo que en breve tiempo irían a España para hacer mayorazgos y aun condados, y torres de oro, comenzando, desde luego, a hacerlas de viento. Luego trató el capitán Valdivia con los caciques y señores diesen gente para labrar las minas de allí adelante y en dándola serían sueltos de la prisión en que estaban; respondieron ellos que eran contentos de consultarlo al punto con el general Michimalongo, que allí estaba, pues era la cabeza de todos ellos, como en efecto se hizo con instancia. Lo que resultó de la consulta fué juntarse en breve mil y doscientos mancebos de veinte y cuatro a treinta años y quinientas mujeres solteras y doncellas y muchas dellas huérfanas y vagabundas, todas de quince a veinte años, las cuales ocupaban a posta los caciques y señores para que trabajasen en aquel oficio de lavar y sacar oro y no anduviesen haraganas; estas costumbres de beneficiar oro las mujeres desta edad quedó después por muchos años, y se entendió que la tenían antes que entrasen los españoles, pues los caciques las daban para el efecto. Pero los españoles, como buenos cristianos y temerosos de Dios, no permitieron por entonces que en tal oficio estuviesen mujeres mezcladas entre hombres, pues dello resultarían ofensas de Dios, y aun para los mineros españoles sería ocasión de otro tanto por ser muchas estas indias doncellas blancas y hermosas, y de edad ocasionada para toda lascivia, como se ha experimentado después andando el tiempo, porque han tenido tan poco recato los encomenderos que así como echaban cuadrillas de hombres en las minas, echaban también de mujeres, habiendo en aquellos asientos muchos españoles que residían allí de ordinario con cargo de recibir el oro y mandarlo sacar a puros azotes, de los cuales algunos eran tan deshonestos que vivían de la manera que se les antojaba teniéndolo todo por suyo, sin haber quien se lo impidiese ni castigase, con ser grande la disolución y soltura, y bien se sabe que semejante abuso tuvo por autores a los mismos encomenderos, pues nunca su majestad el rey nuestro señor ha mandado que en sus reinos labrasen minas las mujeres de la manera que hemos dicho, estando en el invierno metidas en el agua todo el día helándose de frío, como el autor testifica haberias visto lavar el oro llorando, y aun muchas con dolores y enfermedades que tenían, y aun cuando no entraban con ellas las sacaban ordinariamente de allí. En efecto, el capitán Valdivia no quiso permitir por entonces este abuso tan pernicioso: excluyendo a las mujeres puso su asiento de minas con dos mineros españoles que sabían bien el arte y manera de sacar oro, el uno llamado Pedro de Herrera, natural de la ciudad de Salamanca, y el otro Diego Delgado; éstos enseñaban a los indios a sacar apuradamente el oro, porque cuando lo sacaban para el rey del Perú no tenían orden en aprovechar el trabajo, que sólo cogían el oro más granado, quedando lo demás perdido, lo que remediaron estos dos mineros españoles dando traza en que de allí adelante no se perdiese cosa. También se puso en el asiento de las minas para su guarda y defensa alguna gente española escogida, y un criado del capitán Valdivia, que se llamaba Gonzalo de los Ríos, para que asistiese como mayordomo y

caudillo, para que si acaso acaeciese algún alboroto o novedad se pusiese a la defensa y diese aviso con brevedad a la ciudad donde el capitán estaba.

El oro que en este tiempo se sacaba se iba todo juntando para enviar al Perú con que ase avíase más gente española, de que tenía este reino mucha falta, y otras cosas necesarias, y también deseaba el capitán enviar a su majestad un gran presente de oro, para que entendiase que aquella tierra nuevamente descubierta y poblada era suya, y en su real nombre le estaba él allí sirviendo con aquellos poquitos españoles. Y para despachar todo esto mandó hacer un bergantín, ayudándose para ello de los indios de la comarca, los cuales como entendieron que era para traer gente española, con la cual se vendrían a juntar muchos cristianos, procurando su remedio, fué que en breve tiempo se juntaron los caciques y señores, y con gran secreto entraron en consulta, donde se resolvieron en tornarse a rebelar, aunque contra el parecer del general Michimalongo, y para ésta enviaron mensajeros por toda la tierra dando aviso de lo que estaban consultando, de suerte que en pocos días se juntó mucha gente de guerra, la cual, habiéndose pertrechado de lo necesario, dio sobre los españoles que estaban en las minas, que por todos eran veinte y cinco, y los-mataron a todos excepto al caudillo Gonzalo de los Ríos, que éste como vió la cosa de mala manera se escapó huyendo a uña de caballo y llegó a la ciudad, donde dio la triste nueva, y sabido el caso por el capitán, luego dentro de una hora se puso a caballo y mandó saliese en su seguimiento alguna gente española, quedando la ciudad reparada, y llegando al asiento de las minas donde se había hecho la matanza, no tuvo oportunidad de hacer otra cosa más que llorar el daño que vía a sus ojos y con esto se volvió a la ciudad.

En este tiempo había ciertos soldados que no se llevaban bien con el capitán Valdivia por fines que tenían; y deseaban, según fué entendido, su perdición y mal suceso y que ninguna cosa acertase, deseando que les cayese la casa encima a trueco de que cogiese debajo a su enemigo, cual otro Sansón, que derribó el templo de los filisteos cogiéndolos debajo estando él entre ellos y muriendo la misma muerte con que les mataba; llamábanse éstos Francisco Chinchilla y Antonio Pastrana, naturales de Medina del Campo, y don Martín de Solier, natural de Córdoba; y Rodrigo Márquez, natural de Sevilla; y Juan Vázquez y otro, de modo que por todos eran seis; uno de éstos, que era Francisco Chinchilla, mostró tanto regocijo de ver venir a Valdivia tan melancólico del mal suceso sin haber hecho cosa en el viaje, que, echando un preltal de cascabeles, se puso el mismo día a correr por la plaza con gran regocijo. Vino esto a oídos de Valdivia, el cual le mandó luego prender, y con él a los demás, por tener aviso de que andaban a punto de amotinarse. Estando todos en prisiones en la casa del alguacil mayor Juan Gómez de Almagro, mandó Valdivia que cuando se metiese la comida a los presos se hiciese escrutinio de si entraba solapada en ella alguna carta o billete, por haber él ordenado que ninguna persona les hablase. No se engañó mucho en esto, porque dentro de un pan subcinericio, que era cocido al rescoldo, envió Antonio de Pastrana una carta a Francisco Chinchilla, su yerno, porque estaban apartados en la prisión. Este pan abrió el alguacil mayor, y hallando la carta se puso a leerla para sí delante de la parte, y estando embebido en lo que contenía, arremetió con él Francisco de Chinchilla y se la quitó de la mano, y en un punto se la metió en la boca y la tragó, contentándose, ya que no comió el pan, con comer la carta. Con este hecho se alteró extrañamente el capitán Valdivia, de suerte que

la carta vino a ser amarga en el estómago, aunque había sido quizá dulce en la boca; pero no de la manera que le sucedió a San Juan, a quien Dios mandó por medio de un ángel que tragase un libro, el cual fué en su boca dulce como la miel, y en el estómago amargo como acíbar. A lo menos la amargura sabemos que le vino a Chinchilla porque Valdivia mandó hacer justicia de los cinco dellos dejando sólo a Juan Vázquez, y, en efecto, vinieron todos cinco a confesar al tiempo de su muerte ser verdad que se amotinaban, y aún condenaron a otros, contra los cuales no se averiguó cosa después de muchas pesquisas. Está disensión entre gente doméstica fué de tanto detrimento como siempre suele ser en lances semejantes, pues dejados otros ejemplos, dice Josefo que cuando Tito emperador estaba sobre Jerusalén se desavinieron dentro della dos coterráneos, que fueron Juan y Simón, lo cual fué raíz de mayor daño que pudieron solos por sí hacer los de fuera, como lo hicieron, en efecto, cogiéndolos desunidos. Esto mismo sucedió a nuestros españoles, porque como los indios los vieron revueltos, tomaron ocasión de rebelarse, y el oro que estaba sacado de Malgama cuando mataron a los veinte y siete españoles, lo repartieron entre sí todos los capitanes por partes, iguales, gozando también de los demás despojos que les quitaron al tiempo de su matanza.

CAPÍTULO XIV

De la prisión de siete caciques

Escarmentado el capitán Valdivia del alboroto pasado, en que los indios mataron a los españoles de las minas, procuró recoger todos los bastimentos que él pudo para mantener a su gente en el tiempo que durase la fábrica de la ciudad comenzada, para la cual diputó la gente necesaria poniendo al resto del pueblo a punto de pelea de la manera que lo hacía Zorobabel, que reedificaba el templo de Dios después de la vuelta de Babilonia, que con una mano atendía a la fábrica y con la otra acudía a defenderse de los que procuraban perturbarle, como Beselán, Mitrídates, y Thabeel con los persas mandados de su rey Asuero. Y como entendiase que los indios se andaban conjurando para dar sobre la ciudad, así por haber escondido los mantenimientos dejando sin ellos a los españoles y a sus yanaconas, como por otros indicios que dello tuvo, mandó llamar algunos caciques con achaque de tratar con ellos algunas cosas tocantes al servicio del pueblo, no dándoles a entender que sospechaba cosa alguna del motín que se rugía. A esto acudieron siete caciques excusándose los demás con algunas causas fingidas, y teniendo Valdivia a estos siete en su presencia les habló con razones graves y de mucha ponderación, dándoles a entender cuán perdidos iban en meterse en nuevos alborotos, y cómo era traza del demonio, que los pretendía inquietar y destruir a todos; y que les notificaba los daños que se les habían de seguir del alzamiento para que después de experimentados los atribuyesen a si mismos y no a los cristianos; a lo cual respondieron los caciques estar ellos libres desta nota sin haber intervenido en la conjuración que otros intentaban, haciendo grandes ofertas y promesas al capitán Valdivia, renifiéndose para ello a la experiencia. Y aunque él entendió ser todas sus palabras fingidas mostró exteriormente que les daba crédito, diciéndoles que para prueba de lo que decían mandasen luego a traer mantenimientos, pues vían cuán necesitados estaban dellos los cristianos; y ofreciéndose los caciques a traer luego de sus tierras provisión bastante para todo el pueblo, los detuvo

Valdivia presumiendo ser cautela y trato doble de los indios, que no pretendían sino verse libres de sus manos. Y poniéndolos a todos en prisión, mandó que diesen orden en que dentro de cuatro días hubiese en la ciudad la provisión necesaria para su gente, para cuya ejecución enviaron ellos algunos indios súbditos suyos a que la recogiesen en sus tierras. Estaba entre estos caciques uno llamado Quilacanta, que era gobernador de aquella tierra puesto por el rey Inga del Perú con gente de guarnición, como se ha tocado arriba; a éste dijo Valdivia que pues había gobernado aquella tierra y tenía tanta mano en ella, diese luego traza en que o viniesen todos los indios de paz o se juntasen todos a hacerle guerra, porque deseaba acabar de una vez con ello con bien o con mal. A esto respondió el capitán Quilacanta que él no era ya parte para lo uno ni para lo otro, por no ser obedecido después que entraron los españoles, y que sólo le podía servir con avisarle de que los indios no esperaban otra cosa sino que su señoría saliese de la ciudad para coger a la gente dividida, dando sobre los unos y los otros de improviso. Y como si las palabras de este indio hubieran sido contrarias totalmente a las que dijo, así tomó dellas acilla el capitán Valdivia para salirse luego de la ciudad a una provincia llamada de los Paramocaes, que jamás se había rendido a los españoles, enviando delante un capitán con treinta hombres, en cuyo seguimiento partió él poco después con otros setenta. Y no fué poco el contento que recibió de hallar una tierra tan fértil y abundante de todas las cosas, así de mantenimiento para los hombres y pasto para los ganados como de ríos fuentes y manantiales. Y así, después que la poblaron los españoles, hay en ella muchos viñas y las demás frutas de Castilla. Y es muy regalado de cosas de caza, de volatería y cetrería, en particular de venados, que se cogen en grande abundancia, por lo cual los indios no se curaban antiguamente de darse a cultivar sus tierras contentándose con las aves y otros animales que cazaban, gustando más de ser flecheros que labradores, y así eran tan diestros en tirar de puntería, que tuvieron los españoles bien que hacer para rendirlos. Estando, pues, Valdivia en esta provincia, llegó un mensajero enviado del capitán Alonso de Monroy, su lugarteniente, y Francisco de Villagrán, su maestre de campo, que habían quedado en la ciudad con cincuenta españoles, y le dio aviso de que venían sobre ella grandes escuadrones de enemigos en cuyas manos se verían en gran peligro si su señoría tardaba en acudir a su remedio, a lo cual respondió Valdivia que se defendiesen ellos por sus personas, pues eran hombres para ello, y que él haría lo mismo si se ofreciese semejante lance para ello. Viendo el capitán Michimalongo que Valdivia no asistía en la ciudad envió a un capitán bárbaro llamado Alcana con la mayor parte de su ejército para que llevasen la ciudad a fuego y sangre precediendo frecuentes espías que mirasen atentamente si estaba en ella aquel caballero del caballo blanco que los venció en la batalla pasada y los dejó atemorizados, como arriba queda dicho, teniendo por cierto ser el glorioso Santiago. Por otra parte, envió a su hermano Tanjalongo con alguna gente que entretuviese al capitán Valdivia, porque no pudiese acudir a dar socorro a los de su pueblo. Mas no pudieron los indios trazar esto tan secretamente que no fuese entendido por los españoles de la ciudad, los cuales hicieron todas las diligencias y precauciones posibles para defenderse barreando las calles, poniendo albarradas y trincheras, y aderezando las armas, así los españoles como los indios yanaconas. Y el capitán Alonso de Monroy repartió la poca gente que había en algunos escuadrones para que supiese cada uno a qué lugar había de acudir. Y la principal prevención de que todos usaron fué acudir a Dios y a su gloriosa madre y al bienaventurado Santiago, para que les fuesen

favorables, como siempre lo habían sido; teniendo esto por el más eficaz medio -como lo es- para salir con todas las empresas que se intentan.

CAPÍTULO XV

De la batalla que hubo en la ciudad de Santiago entre los indios y españoles, donde mató doña Inés Juárez siete caciques

Estando los cincuenta españoles de la ciudad de Santiago con las armas en las manos esperando a los enemigos, veis aquí cuando un domingo a los once de setiembre de 1541, tres horas antes del día llegaron sobre la ciudad los indios de guerra repartidos en cuatro escuadrones para derribar por tierra las paredes y quitar las vidas a las personas. Y aunque la multitud de bárbaros y el orden y disposición de sus compañías, el pavor de sus alaridos y la obscuridad de la noche eran todos motivos para atemorizar a los ciudadanos, con todo eso no hubo hombre entre ellos que desmayase, antes mostrando un valor invencible pelearon todos con lanza y adarga, dando y recibiendo heridas por todo aquel espacio de tiempo que duró la obscuridad de la noche. Mas como empezase a salir la aurora y anduviese la batalla muy sangrienta, comenzaron también los siete caciques que estaban presos a dar voces a los suyos para que los socorriesen libertándoles de la prisión en que estaban. Oyó estas voces doña Inés Juárez, que estaba en la misma casa donde estaban presos, y tomando una espada en las manos se fué determinadamente para ellos y dijo a los dos hombres que los guardaban, llamados Francisco Rubio y Hernando de la Torre que matasen luego a los caciques antes que fuesen socorridos de los suyos. Y diciéndole Hernando de la Torre, más cortado de terror que con bríos para cortar cabezas: -Señora, ¿de qué manera los tengo yo de matar?

Respondió ella:

-Desta manera.

Y desenvainando la espada los mató a todos con tan varonil ánimo como si fuera un Roldán o Cid, Ruy Díaz. No me acuerdo yo haber leído historia en que se refieran tan varoniles hazañas de mujeres como las hicieron algunas en este reino, según constará por el discurso de la nuestra, donde verá el lector haberse hallado algunas en Chile que sepueden comparar con aquella famosísima Alartesia y Lampedá, que ganaron por sus personas, antiguamente, la mayor parte de la Europa y algunas ciudades de Asia, y no con la certidumbre de las que hablamos, pues las historias que tratan de aquellas y otras semejantes mujeres belicosas, como Oritia, Minitia Harpálica, Pentesilea, Hípólita y Harpe, no son tan auténticas ni tienen tantos fundamentos de credulidad; y desta doña Inés Juárez y sus hechos y de las demás mujeres de que hago mención en esta historia, hay muchos testigos le vista muy fidedignos y de autoridad en mayores cosas que son hoy vivas y lo afirman todos unánimes en lo que atestiguan. Habiendo, pues, esta señora quitado las vidas a los caciques, dijo a los dos soldados que los guardaban que, pues no habían sido ellos para otro tanto, hiciesen siquiera otra cosa, que era sacar los cuerpos muertos a la plaza para que viéndolos así los demás indios cobrasen temor de los españoles. Eso se puso luego en ejecución, saliendo los dos soldados a pelear en la

batalla, la cual duró gran parte del día, corriendo siempre sangre por las heridas que se recibían de ambos bandos. Y fué cosa de grande maravilla el ver que tan pocos españoles pudiesen resistir tanto tiempo a tan excesivo número de bárbaros de grandes fuerzas y determinación en la guerra, mayormente viéndolos ya posesionados de la ciudad, que estaba llena de ellos por todas partes, donde apenas se podía discernir cuál era el mayor número, el de los vivos o el de los muertos.

Viendo doña Inés Juárez que el negocio iba de rota batida y se iba declarando la victoria por los indios, echó sobre sus hombros una cota de malla y se puso juntamente una cuera de anta y desta manera salió a la plaza y se puso delante de todos los soldados animándolos con palabras de tanta ponderación, que eran más de un valeroso capitán hecho a las armas que de una mujer ejercitada en su almohadilla. Y juntamente les dijo que si alguno se sentía fatigado de las heridas acudiese a ella a ser curado por su mano, a lo cual concurrieron algunos, a los cuales curaba ella como mejor podía, casi siempre entre los pies de los caballos; y en acabando de curarlos, les persuadía y animaba a meterse de nuevo en la batalla para dar socorro a los demás que andaban en ella y ya casi desfallecían. Y sucedió que acabado de curar un caballero se halló tan desfallecido del largo cansancio y mucha sangre derramada de sus venas que intentando subir en su caballo para volver a la batalla no pudo subir por falta de apoyo, lo cual suplió tan bastamente esta señora que poniéndose ella misma en el suelo le sirvió de apoyo para que subiese, cosa cierta que no poco apoya las excelentes hazañas desta mujer y la diuturnidad de su memoria. Llamábase este caballero Gil González de Avila, que fué muy conocido en estos reinos, el cual apenas entraba en conversación o corrillo donde no refiriese aqueste hecho con los demás memorables desta señora que se tocan en diversos lugares desta historia, aunque no todos, por haber sido tantos que la requerían propia de solos ellos. Desta manera socorrió a su gente, que ya no podía ir atrás ni adelante por ser muchas las escuadras de indios que iban entrando de refresco sin esperar los nuestros otro auxilio que el del cielo. Por lo cual acordaron de acudir a éste invocando con la mayor devoción que cada uno podía el favor de Dios y su santa madre y el del glorioso Apóstol Santiago, Patrón de la ciudad que defendían. Con este trabajo anduvieron los nuestros peleando hasta mediodía, que fué negocio casi milagroso poder sustentarse tanto tiempo sin descansar entre tantas huestes de enemigos, no cesando de matar cuantos hallaban por delante, con tantos bríos, que hubieron de poner en huída a los contrarios con lastimosa pérdida de su parte, sin que en tantos peligros muriese español alguno, disponiéndolo así la divina Providencia para el aumento de su santa fe católica en estas partes. Mas aunque los indios se retiraron no perdieron de vista a la ciudad, así por estar tan cansados que no podían ir adelante como por haberse hecho afuera con ánimo de descansar y tomar refresco, para volver con nuevos bríos a la batalla. Pero dieron lugar con éstos a que los nuestros se curasen y tomasen aliento ellos y los caballos, que no podían ya rodearse, y para tomar alguna refección y refrigerio no de conservas y manjares delicados, ni aun pan y vino, pues no lo había en todo el pueblo, sino un poco de maíz tostado, y ése por medida y tasa, aunque no la había en su esfuerzo y ánimo con que ellos sufrían alegremente estas y otras semejantes calamidades en razón de servir a su rey, hacer ilustre su nombre en todo el mundo.

Entre las demás cosas memorables que sucedieron este día no fué la de menos admiración la que aconteció al general Francisco de Aguirre, y fué que como fué tan prolongado el tiempo de la batalla, que duró desde antes del día hasta la mayor fuerza del sol, que era a las doce, y en todo este tiempo no dejó la lanza de la mano trayéndola siempre apretada en ella para dar los botes con más fuerza, vino a quedar la mano tan cerrada que cuando quiso abrirla y dejar la lanza, que tenía casi tanta sangre como madera, no pudo abrir la mano ni despegar la lanza ni otro alguno de los que procuraron abrísela fué parte para ello. Y así fué el último remedio aserrar la asta por ambas partes, quedando metida la mano en la empuñadura sin poder despegarse, hasta que con unciones poco a poco se fué molificando y se abrió al cabo de veinte y cuatro horas, tanta era la firmeza con que este valeroso capitán empuñaba la lanza en las batallas.

Habiendo descansado la gente de ambos bandos, llegó el general Michimalongo con cinco mil hombres de refresco a donde estaba su ejército con mucha pausa refocilándose para revolver con más bríos a proseguir lo que estaba comenzado; y viéndolos con tanta sorna a tiempo en que pensaba él que se habían comido a los españoles sin resistencia, les habló con palabras graves y severas, que argüían entendimiento y valor de uno de los emperadores romanos, más que de bárbaro chilense. Porque aunque estos indios son comúnmente de bajos naturales y apocados en sus personas y modo de proceder en sus negocios, con todo eso hay algunos que representan el señorío y autoridad de sus linajes y oficios, y tal era este Michimalongo, cuya prudencia y sagacidad y otras buenas partes naturales autorizaban mucho su persona. Por esta causa era muy respetado de los indios y no menos por ser muy liberal y dadivoso para sus súbditos, y templado, sobrio y compuesto en sí mismo. Pues la virtud donde quiera es venerada, aunque sea entre bárbaros, y -lo que más es -amada de lo,mesmos enemigos, como lo dice Cicerón por palabras expresas. Era este Michimalongo de buena estatura, muy fornido y animoso; tenía el rostro alegre y agraciado, tanto, que aun a los mismos españoles era amable. Viendo, pues, a los suyos mano sobre mano, los reprendió ásperamente con gran coraje y severidad, como hombre de pundonor y sangre en el ojo, con las razones siguientes: «Espantado estoy de que unos hombres tan valerosos como yo entendí que érades vosotros, hayáis caído en tal infamia y deshonor, perdiendo vuestra reputación acerca de los cristianos, y aun de los mismos de vuestra patria de entre los cuales yo os escogí, entendiendo que érades hombres y no gallinas, como la experiencia muestra con desengaño. Yo no sé, por cierto, qué nueva cobardía se ha metido y aposionado de vosotros, que, habiendo resistido tan varonilmente a los quinientos hombres que entraron con el capitán don Diego de Almagro hasta hacerlo salir de nuestras tierras con el temor que nos tuvieron, estéis agora tan amilanados que os hayan hecho huir cuatro hombrecitos de mala muerte, cobrando ellos avilantez de ver tan en su punto vuestra cobardía. Mucho tenía yo que deciros acerca desto, pero basta para avergonzaros el deciros, ya aquí públicamente, que alzo mano del oficio de general, y, desde luego, lo renuncio en quien mandáredes, porque me desdeño de ser tenido por adalid de tan infames soldados, pues quien oyere decir lo que hoy ha pasado por vosotros me echará a mí la culpa, como a la cabeza a quien se suelen atribuir todos los achaques y efectos prósperos o adversos de la guerra. Y si me hiciéredes instancia para que no me exima deste cargo, ha de ser con tal condición que troquéis los instrumentos de guerra con vuestras mujeres, tomando ellas vuestras armas y vosotros sus ruecas, que sois más para

ellas que para las batallas; aunque siendo cincuenta mil, como sois vosotros, para treinta y dos hombrecillos como éstos, que seáis hombres o mujeres, que traigáis lanzas o ruecas, cualquiera cosa sobra si, no sois gallinas, como hasta aquí lo habéis mostrado.» A estas razones respondió un capitán llamado Aliavo, que aunque le sobraba razón de estar airado contra ellos mirando solamente los efectos, pero considerando bien lo que ellos habían hecho y padecido no había hombre entre ellos digno de ser reprendido por cobarde. Pero que tornarían a la refriega, pues hasta entonces no habían desistido della, sino solamente retirándose un poco para tomar aliento. Con éstas le dijo otras palabras para aplacarlo, prometiéndole grandes cosas, de suerte que el general se fué amansando hasta quedar del todo desenojado. Y queriendo que se diese luego la batalla mandó que mientras todos bebían un poco para entrar con más esfuerzo, fuesen a la ciudad algunos espías mostrándose ser indios de paz para contar los españoles que en ella había, deseando saber si había algunos menos de los treinta y dos de a caballo y diez y ocho de a pie, habiendo muerto alguno en la batalla. Estos espías entraron en la ciudad sin género de impedimento, como es de ordinario en este reino, porque como los indios de paz y los de guerra son de una misma traza, hábito y disposición, no se puede discernir si entre los muchos que hay de paz se mezclan algunos de los rebeldes, y así echaron de ver estos espías todo lo que quisieron, contando a los españoles uno a uno muchas veces, y hallaban siempre ser treinta y tres los de a caballo. Fueron con esta relación al general Michimalongo, el cual hizo burla de ellos, diciendo que debían estar embriagados y que él no pretendía saber si los de a caballo eran más de treinta y dos, sino si eran menos, pues no haber más era cosa muy cierta, y que a todos constaba sin duda alguna. Y tornando a enviar otros espías le dieron la misma relación que los primeros, lo cual hicieron otros muchos indios que envió diversas veces concordando todos en que los de a caballo eran treinta y tres, lo cual, había también notado Francisco de Villagrán al tiempo de la batalla, por lo cual se tuvo por cosa cierta, como lo fue, que aquel caballero que allí estaba demás de los treinta y dos conocidos era el glorioso Apóstol Santiago, enviado de la divina Providencia para dar socorro al pueblo de su advocación, que invocaba su santo nombre.

CAPÍTULO XVI

De una famosísima batalla que hubo en la ciudad de Santiago, donde apareció la Reina del Cielo, a la cual se fabricó una iglesia intitulada Nuestra Señora del Socorro

En tanto que los indios se estaban aperciendo para revolver sobre el pueblo, andaban los españoles dando traza en disponer las cosas por el mejor orden que fué posible, no desanimándose al ver el nuevo escuadrón que había llegado de fresco, antes estaban resueltos no solamente en defender la ciudad con todas sus fuerzas, sino también en salir a buscar los enemigos en caso que ellos difiriesen la entrada. Y para esto hizo el teniente del general Alonso de Monroy una larga y tierna plática a la poca gente que tenía animándolos a morir o vencer, y ante todas cosas a prevenirse con la oración fervorosa y devota, dando él principio a ella ayudado de dos sacerdotes que animaban mucho a todo el pueblo con la firme confianza en el favor de Nuestra Señora a la cual se encomendaron muy de veras con mucha devoción y lágrimas como gente que veía la muerte al ojo. Y

fueron tan excelentes los bríos que sacaron de la oración, que, no pudiendo sufrir tibieza en sus corazones, salieron luego de tropel así los de a pie como los de a caballo, y se arrojaron a vadear un río que estaba en medio de los dos ejércitos, abalanzándose sin dilación en medio de los enemigos, como si su poder fuera tanto que estuviera la victoria de su parte. La furia y braveza de los soldados, el frecuente dar y recibir golpes desaforados, el lago de sangre que se iba arroyando lastimosamente, el retirarse ya los unos, ya los otros entrando y saliendo de la ciudad, ganando y perdiendo el sitio della, fueron cosas de las más memorables que se leen en historias antiguas ni modernas. Aunque la claridad del día iba faltando sin declararse la victoria de alguna parte, con todo eso iban ya los indios flaqueando y perdiendo el sitio de la ciudad, y los nuestros animándose con su tibieza; y recogiendo todos en un puesto partieron con gran ímpetu invocando el nombre de la gloriosa Virgen Nuestra Señora y el del glorioso Apóstol Santiago, con cuyo patrocinio vieron a los indios irse retirando con mucho orden hacia el río donde dieron en ellos animosamente, obligándoles a meterse por él y echar a huir por donde cada cual podía, yendo tan ciegos de temor que ni sabían el camino que llevaban ni aun de sí mismos. Entonces dieron tras dellos los cristianos sin cesar de dar heridas y tender hombres por el suelo, porque el aprieto en que los indios los habían puesto encendió en ellos tanta cólera y coraje, que, sin usar de piedad con algunos de ellos, echaron el resto en apurarlos llevándolo todo por punta de lanza, que era el instrumento de que usaban, pues apenas había cual y cual arcabuz y escopeta, y ésa sin munición ni lo demás necesario para aprovecharse della en las batallas.

Estando ya cansados los cristianos de correr a tantas partes y alancear tantos hombres, se fueron recogiendo a la ciudad trayendo por delante muchos indios presos en manos de los yanaconas de servicio, los cuales venían despavoridos y embelesados diciendo que aquel caballero del caballo blanco que los había vencido en la primera batalla había peleado también en ésta, y era el que les hacía la guerra aterrándolos con la gran braveza de sus fuerzas y severidad de su aspecto. Demás de esto, venían publicando que cuando la refriega estaba en el mayor furor había salido de la ciudad una señora que les echaba tierra en los ojos cegándolos, de suerte que no veían a los cristianos, obligándolos a volver las espaldas sin ver en qué lugar ponían los pies ni saber si estaban en cielo o tierra. Sobre lo cual hizo el teniente diligentísima pesquisa, examinándolos aparte sin saber unos la declaración de los otros. Y los halló a todos tan contestes, que no hubo hombre que discrepase en una tilde desto que públicamente venían pregonando. Y para más satisfacciones les puso delante a doña Inés Juárez, diciéndoles que aquella debía ser la señora que hablan visto, y la cual les quitaba a ellos la vista, de lo cual se vieron ellos muchos haciendo burla della diciendo que había tanta diferencia de la una a la otra como de la noche obscura en medio del invierno al día claro y despejado cuando va ilustrándole el sol en tiempo de primavera. Certificados los españoles con las indubitables informaciones que se hicieron, primeramente dieron a Dios y a su Santísima Madre las gracias debidas por tan insigne beneficio, y para mostrar la gratitud debida a la soberana reina del cielo le edificaron un templo con título de Nuestra Señora del Socorro, encomendándolo a dos clérigos que había en el pueblo, y acudía de allí adelante toda la ciudad a sus devociones. Después, andando el tiempo entraron en esta ciudad cinco frailes de la Orden del Seráfico Patriarca San Francisco, y pretendieron tomar la posesión de aqueste templo, y aunque los clérigos se lo defendieron, pudienros ellos más por ser en

mayor número, echándolos fuera a fuerza de brazos, y fundando allí su monasterio, que fué el primero deste reino, y los frailes fueron los primeros que en él entraron en el mes de agosto de mil y quinientos y cincuenta y tres, aunque el mes en que se posesionaron desta casa fué el de mayo del año siguiente de cincuenta y cuatro, y después acá ha ido creciendo este monasterio con muy buenos edificios y hermosas huertas y jardines, y es la iglesia muy frecuentada de la gente más devota del pueblo. Los muertos en esta batalla de parte de los indios pasaron de dos mil, y los heridos, en más grueso número, sin haber fallecido hombre de nuestro ejército, aunque quedaron muchos mal heridos, y la ciudad saqueada y destruída con los incendios, que casi no se conocían las calles ni casas della. Señaláronse mucho en esta batalla el teniente de general Alonso de Monroy, el mariscal Francisco de Villagrán, el general Francisco de Aguirre, Pedro de Miranda, Francisco de Riveros, Santiago de Azócar, Rodrigo, de Araya y todos los demás generalmente, mostrando todos aquel día a donde llega el ánimo y valor de los españoles.

CAPÍTULO XVII

De la batalla que hubo en Penco entre los indios y los españoles, habiendo Valdivia conquistado los Paramocaes

En tanto que en la ciudad de Santiago se padecían tantas calamidades, andaba el capitán Valdivia allanando y apaciguando los indios paramocaes, y procurando atraerlos al conocimiento de Dios Nuestro Señor con instrucción en la doctrina cristiana, y algunos principios de policía, de la cual estaban muy ajenos por la gran barbaridad en que vivían. No fueron pocas las dificultades que atropelló en este tiempo, así en instruir y poner en orden a los indios como en las asperezas de los caminos, y crecimiento de los ríos por donde había de pasar. Y hubo algunos tan impertransibles, que no pudo llegar a la ciudad de Santiago para dar a los suyos el socorro que deseaba, supliendo esto con oraciones, que es el principal remedio en todas las necesidades ocurrentes. Y no fué poco lo que negoció en este tiempo enviando mensajeros por todas las provincias comarcanas a notificar a los indios que se sujetasen de su voluntad a la corona real de España, a lo cual acudieron muchos, que hasta hoy perseveran en la confederación y paz con los nuestros. Pero con todo eso, nunca le faltaban frecuentes asaltos de los bárbaros, los cuales nunca se atrevieron a ponerse contra él en campo raso, sino saliendo a hurtadillas de las montañas y quebradas y otros lugares ásperos, donde aguardaban a los cristianos para dar en ellos de sobresalto. Pero saliendo bien de todos estos encuentros, y habiendo juntado suma de vituallas, fué caminando la vuelta de la ciudad, en cuyo camino topó mensajeros con la nueva de la felice victoria, con la cual se regocijó extraordinariamente, dando muchas gracias a Dios Nuestro Señor por tan singular merced de su piadosa mano, teniendo esto por principio de la conversión de tantas almas, no solamente por el temor que habían cobrado de las fuerzas de los españoles, sino también porque habían entendido ser mano divina la que los favorecía, según ellos mismos habían confesado. Y con el fervor en que metió a los españoles esta nueva, se animaron ellos a caminar con más ligereza, hasta llegar a la ciudad, donde fueron tantos los júbilos que tuvieron en verse así los recién venidos como los que estaban esperándolos, que no se puede explicar en pocas palabras. Aunque sintió no poco Valdivia en hallar la ciudad tan destrozada, y

algunos de los suyos tan mal heridos; y no menos la muerte de Gil González de Ávila, que poco antes había fallecido de las heridas que en el capítulo pasado referimos. Y también le quebró el corazón el ver a su gente en tal extremo de necesidad de mantenimientos, que el mayor regalo era un poco de maíz dado por tasa, aunque esto se remedió abundantemente con las muchas cargas de vituallas que traía recogidas de las provincias por donde había pasado, con las cuales socorrió a los suyos, regalándolos cuanto pudo no solamente con los manjares, pero mucho más con las palabras amorosas que a todos dijo, ponderando el valor de sus personas y dándoles las gracias de su parte y de las del rey nuestro señor, profiriéndose a conseguir de su majestad las mercedes que merecían sus extremadas hazañas y calificados servicios.

Mas como era tan grande la ansia que Valdivia tenía de proseguir la conquista y de ver en quietud a todo el reino antes de acabar sus días, no quiso detenerse más tiempo del que fué necesario para consolar su gente y reparar el pueblo, y muy en particular, el poner en su punto la fábrica de la iglesia de Nuestra Señora del Socorro, con cuya invocación se partió luego con sesenta españoles de a caballo, con intento de ir descubriendo aquesta tierra sin parar hasta ponerla en orden, como deseaba. Habiendo caminado cincuenta leguas con hartas dificultades y contradicciones de los naturales, llegó a la tierra de Penco donde después fundó la ciudad de la Concepción; y estando alojado en un pueblo de indios llamado Quilacura, que está trece leguas del puerto de mar, sintieron rumor de gente puesta en arma, la cual se había juntado en un lugar cercano a Quilacura. Y como se apercibiesen para oponérseles, vieron a prima noche que venían sobre ellos ochenta mil indios representando batalla, con tantos alaridos y estruendo de sus instrumentos bélicos que bastaban a aterrar a medio mundo. Todos éstos no habían visto ensu vida español alguno ni otra persona forastera, excepto el capitán Gómez de Alvarado, que había llegado diez leguas de allí en tiempo de don Diego de Almagro, según queda referido en la primera parte de este libro.

Por esta causa estaban los indios muy poco o nada diestros en cosas de guerra ni tenían otra cosa que les diese avilantez para acometer, más que su natural ánimo y ferocidad, aunque ésta en parte les era detrimento, pues los hacía abalanzar sin orden y concierto a cosa que jamás en su vida habían experimentado. Y así, aunque acometieron con grande coraje y denuedo, pareciéndoles que con sólo coger a los españoles en medio habían de ahogarlos, pero dentro de poco rato se fueron desengañando, o, por mejor decir, los desengañaba la mucha sangre que iba corriendo de sus cuerpos, de los cuales caían muchos a cada paso sin darla a los caballos, por tener el suelo impedido lastimosamente así los muertos como los que estaban a punto de ello. Viendo el gran destrozo que se hacía en ellos, les pareció cordura valerse de los pies retirándose con el mejor orden que pudieron, habiendo muerto tres españoles y dejado un lago de sangre de su misma gente en el sitio de la batalla. Esta retirada de los enemigos entendió Valdivia que era por ser de noche y con intento de sobrevenir con más pujanza en asomando la luz del día. Y juzgando por de poco provecho y de mucho inconveniente el trabar nueva refriega por estar muchos de los suyos mal heridos y todos sin excepción muy cansados, se resolvió en partir luego de aquel lugar, no para volver el pie atrás, sino para pasar adelante al valle de Andalién, donde curó a los heridos y tomó la demás gente algún descanso y refrigerio.

Pero todo esto les duró muy poco, porque como los enemigos que fueron por la mañana a buscarlos en Quilacura se hallaban burlados por haber los nuestros salido sin que ellos los sintiesen, partieron luego en seguimiento suyo, y los alcanzaron en este asiento de Andalién, donde estaban descansando. Mas no eran solos los indios de la batalla pasada los que concurrieron este día, porque con la voz que salió por la tierra de que venían cristianos, iban concurriendo tantos indios, que ya a estas horas pasaban de cien mil los que se congregaron para esto, formando sus escuadrones con el mejor orden que supieron. Pero mientras ellos andaban disponiendo su ejército, comenzando a cercar a los nuestros, llegó la noche antes de venir a las manos. Hicieron entonces los cristianos consulta de guerra, y de común parecer tomaron un acuerdo, el más acertado que en semejante ocasión pudiera determinarse, y fué que encendiendo muchas luces en el sitio donde estaban alojados, se partieron luego por otra vereda diferente de la que habían traído, y caminaron a toda prisa por la costa del mar hasta llegar a la junta de los dos ríos de Itata y Ñuble que están siete leguas del sitio de donde partieron, estando a todo esto los indios muy seguros de que tenían la presa en las manos, engañados de las luces que suelen causar desengaño a los que están en tinieblas. Mas no hay cosa tan causadora de suyo de buenos efectos que si el descuido o negligencia se interpone, no venga a causar los contrarios, tanto que la misma luz es medio para no ver lo que sin ella estaba claro. En efecto, al tiempo que los indios estaban bien ordenados y a pique de pelea, dieron con gran ímpetu en las luces como en enemigos, y como (según el dicho del Señor) el que es amigo de la luz anda en tinieblas, quedaron ciegos y burlados como bárbaros que eran; porque como dieron en matar las luces pensando que mataban hombres, quedáronse los hombres vivos y las luces muertas, y ellos medio muertos de coraje y corridos de haber corrido tan sin fundamento, encandilados tan torpemente que no sólo dieron los tajos y reverses en el aire, sino también en el fuego, que es de menos cuerpo y mayor subtileza que el mismo aire. En el ínterin que los indios andaban en este devaneo, no perdía Valdivia punto de camino con su gente, de suerte que en breves días llegó a la ciudad de Santiago, teniendo por gran utilidad de su viaje el haber descubierto la mayor parte de la tierra, viendo su fertilidad, hermosura y abundancia y la gran multitud de la gente que cubrían los valles, cerros y collados; de lo cual estaba no poco alegre por haber hallado la tierra que deseaba desde la ciudad de Santiago hasta el río caudaloso de Biobio, a cuya vista llegó en esta jornada.

CAPÍTULO XVIII

De las grandes calamidades que padecieron los españoles, muchos años de hambre y desnudez por no tener comercio con gente de otros reinos

Poco después que el capitán Valdivia llegó a la ciudad de Santiago tuvo nueva de que en un lugar no muy lejos de la ciudad se iba juntando un gran ejército de enemigos, cuyos capitanes eran Jaujalongo y Chingay Mangue. Y queriendo ganarles por la mano, siendo él agresor antes que acometido, teniendo experiencia de que los indios comúnmente están embriagados, en especial cuando concurren muchos para algún efecto, si no es cuando acometen a sus contrarios, salió con cincuenta hombres de a pie y de a caballo para cogerlos de improviso al tiempo que ellos menos se recatasen. Y dando una trasnochada

de diez leguas llegaron a vista de un fuerte, que los indios habían hecho para defenderse de los cristianos; y estaban en él actualmente consultando las cosas que les parecían más importantes, en cuanto al haberse bien o mal con los españoles, aunque la consulta era mezclada con mucha embriaguez y desatinos que proceden de ella. Mas no había ido el negocio tan adelante que estuviesen muy tocados de la chicha. Y así, en viendo asomar a los de a caballo se pusieron a punto de pelea sin salir de sus puestos, teniendo por harta ventura el defenderse de sus manos. Pero ni aun esto pudieron hacer, por ser tanto el ímpetu con que los nuestros acometieron, que les hicieron perder el ánimo al primer encuentro, y tras él la fortaleza, arrasándola con la tierra y poniendo en huida a los que estaban dentro con lastimosa matanza de muchos dellos, ultra de los que salieron heridos, que fueron en mayor número.

Y lo que más instantemente procuró Valdivia en el alcance que les iba dando fué el haber a las manos a los dos principales capitanes, Jaujalongo y Chingay Mangué, pareciéndole que en teniendo a su querer las cabezas, podría fácilmente averiguarse con el resto de la gente. Y con este deseo y promesas que hizo a los soldados que les echasen mano, se puso en ello tanta diligencia, que fueron, en efecto, presos estos capitanes con otros muchos bárbaros de los que se hallaron a este tiempo en la fortaleza. Habiendo dado las debidas gracias al Señor por esta victoria que su majestad les acumuló a las pasadas, trató Valdivia con los capitanes presos del corte y medios de la paz que deseaba. A lo cual respondieron ellos, lo primero, con un presente de cincuenta libras de oro, que les había caído en suerte en la repartición de los despojos que tomaron a los mineros que mataron en las minas de Malmalga; y lo segundo, con grandes ofertas y promesas de que ni ellos, ni ninguno de sus súbditos, se hallarían más en encuentros contra españoles; antes se sujetarían, como desde entonces se sujetaban, a su señoría y al rey nuestro señor, remitiendo la prueba al tiempo y experiencia. Con esto dejó Valdivia libres a los caciques, habiendo hecho castigo en algunos de los culpados en la matanza de los mineros; y sin aguardar más se volvió a la ciudad para que se curasen los heridos, de los cuales iban algunos con harta pena por haberse dado libertad a los caciques contra el parecer de muchos, que insistían en que se hiciese justicia de todos ellos.

Por otra parte, experimentando los indios que no era posible echar de sus tierras a los españoles por fuerza de armas, hicieron consulta general para ver si se podrían hallar otros medios con que los constriñesen a salir fuera. Y habiendo pasado muchos días en diversos dares y tomares sobre sus acuerdos y opiniones acerca desto, finalmente se resolvieron en que parecía más acertado el retirarse todos a los lugares más ocultos de sus tierras, donde no pudiesen dar con ellos fácilmente los españoles, dejándolos sin servicio ni mantenimientos; y no cultivando los campos, ni beneficiando las chácaras, para que desta manera les faltase totalmente el sustento, de suerte que o pereziesen de hambre, o se fuesen a buscar mantenimientos a sus patrias. Y aunque parecía esto en detrimento de los mismos indios, pues siendo la esterilidad común habían de lastarlo todos igualmente, con todo eso juzgaron los indios que lo pasarían más mal los españoles, por ser gente hecha a comer pan, y carne, y frutas, y otros regalos, sin los cuales se sustentan ellos con sólo yerbas y unas raíces a manera de nabos que llaman cebolleta en este reino. Habiendo consultado esto muy despacio, se resolvieron en que era éste el mejor ardid que se podía hallar para sus fines; y de común parecer salió decretado que cesase de todo punto

cualquier género de sementera, lo cual se obedeció tan puntualmente que vino la tierra a extrema miseria y esterilidad, la cual cargó sobre los españoles y sus yanaconas, tanto que fueron compelidos a ocupar la gente de servicio en sembrar parte del grano que tenían para su sustento; y aun las personas de más calidad andaban en la agricultura, teniendo en una mano el arado y la lanza en otra, y el caballo siempre a pique, porque los frecuentes acometimientos de los enemigos les obligaban a tener siempre la barba sobre el hombro por no ser cogidos sin el resguardo que el tiempo y lugar demandaba. Y vino su calamidad a tal estrecho que el que hallaba legumbres silvestres, langosta, ratón y semejante sabandija, le parecía que tenía banquete. Estando todos entre estos trabajos pasando su mala ventura como mejor podían, acertaron a hallar entre unas balanzas para pesar oro cosa de cuarenta granos de trigo, que sin advertencia habían ido allí desde el Perú entre la ropa de un soldado, y sembrándolos acaso, acudieron tan bien que de ellos solos se han ido multiplicando los grandes rimeros que hoy se ven sobrados en todo el reino, y se sacan dél para otros, cuando se ofrece esterilidad en ellos. Con este orden se sustentaron los españoles siete años con no más aventajados vestidos que bastimentos, pues los más pulidos y galanos eran de cueros de perros y otros animales semejantes, aderezándolos para eso según la necesidad, que es gran maestra, les enseñaba. Aunque el vestido más ordinario eran las armas, por ser muy frecuente el correr el campo, hacer escolta y estar en atalaya y centinela.

En este ínterin no estaban los indios más bien librados, porque demás de la hambre que también les alcanzaba, veían a los ojos que se iban menoscabando en las continuadas guerras y trabajos; y así acordaron de tomar nuevo parecer, haciendo para ello general consulta, con deseo de echar por otro rumbo. Para esto concurrieron los principales capitanes y cabezas del reino, entre los cuales estaban el capitán Jaujalongo, Chingaimangue, Apoquindo, Butacura, Lampa, Mayponolipillán, Colina, Melipilla, Peomo, Pico, Poangue, Cachapoal, Teno, Gualemo y el general Michimalongo. Este, como más principal, tomó la mano en hablar en público, haciendo un razonamiento con las palabras más ordenadas que él supo, en el tenor siguiente:

«Hermanos y amigos míos: la causa porque nos hemos aquí juntado es el comunicar y conferir entre nosotros el fruto que de nuestros trabajos e inflexibilidad en la guerra van resultando, para que conforme a esto demos el corte que más conveniente os pareciere. Yo veo, señores, nos vamos disminuyendo cada día, y heme desvelado pensando en vuestro remedio, vacilando con mi torpe entendimiento muchas veces, y no hallo salida ni esperanza de remedio mientras con estos españoles anduviéramos a mala si no es que demos la paz a estos cristianos, que tantos años han perseverado y van siempre llevándolo adelante el arraigarse más en estas vuestras tierras; porque bien sabéis que después que en ellas entraron, no hemos perdido punto en darles guerra a tiempo, yéndolos a buscar a su ciudad y a desbaratarlos, haciendo todas las diligencias posibles hasta morir en la demanda tantos de los nuestros que no hay ninguno presente, ni ausente, que no haya tenido parte perdiendo padres, madres, hijos, hermanos y parientes. Pues los que han perecido de hambre, vuestras casas y personas lo saben y son testigos de ello, pues ha sido a todos tan general y lo será si en ello perseveramos. Hágase lo que más convenga, porque pensar que las armas y el darles batalla, y el carecer de sementeras nos han de aprovechar y dar algún remedio, es por demás, y bien sabéis lo que nos cuesta. Mi

parecer y mi determinación es que demos la paz y nos sujetemos de voluntad a esta gente, que al fin ya sabemos que cuanto son de bravos y valientes en la guerra, son de mansos y afables en la paz. Y más vale vivir en sujeción gozando de alguna quietud y reposo que no morir como animales, y dejar mujer e hijos desamparados, y a que los maten, como de cada día los han hecho, pues en tomando la mujer le cortan los pechos y el hijo lo matan, y dan con él en las paredes, y a los hombres les cortan las narices, y lo mismo harán de aquí adelante. Miradlo bien, amigos míos, y juntamente considerad que nos queda nuestro derecho a salvo para que si éstos nos quisieren hacer demasiada opresión, y sacarnos tributos excesivos, o hacer en nosotros cualquier género de extorsión, podamos oponernos a ellos con los medios que el tiempo fuere mostrando, que mientras más conocida tuviéremos la condición desta gente, tanto mejor sabremos por donde habemos de acometerles.»

A esto estuvieron todos muy atentos, y a algunos les pareció bien y a otros al contrario; y así algunos caciques y señores y otros indios de mayor edad, hombres ricos que eran estimados, se levantaron en pie y aprobaron lo que el general Michimalongo había dicho, repitiendo las mismas razones declaradas por él y dándole muchas gracias por la solicitud y cuidado que tuvo de su remedio doliéndose de ellos. Por otra parte, los hombres mozos y algunos ancianos y capitanes que en la guerra eran estimados, lo contradijeron, probando con sus razones que más valía morir peleando en defensa de su libertad y tierra que vivir en opresión para morir perpetuamente ellos y sus descendientes; sobre lo cual se alborotaron, inclinándose unos a una parte y otros a otra, queriendo venir a las manos y rompimiento; y como los más principales se arrimaron al parecer del general Michimalongo, prevalecieron contra los mozos. Finalmente, después de haber pasado muchos dares y tomares, se resolvieron todos en que el mismo general Michimalongo fuese muy acompañado de los más principales con un buen presente al capitán Pedro de Valdivia, y le ofreciese, en nombre de todos los caciques y señores de aquellas tierras, la paz y confederación para siempre habido este acuerdo, el general Michimalongo juntó todo el oro que pudo haber, que serían más de doscientas libras de lo muy fino, y cantidad de ganado y otras cosas, para que con más facilidad les fuese concedida la paz.

Llegó el general Michimalongo a tiempo que para el efecto estaban juntos en la casa y palacio del capitán Pedro de Valdivia todos los más principales de los españoles, y entrando con sus acompañados con mucha autoridad a presentarse en su presencia con el rostro bajo, y sin género de armas, de la misma manera que los demás que con él iban, hizo el acatamiento debido al capitán Valdivia, y le ofreció su presente, suplicándole oyese sus razones porque venía en nombre de toda la tierra y señores della a rogarles tuviese por bien que la guerra que con él tenían y él con ellos tuviese fin, y los recibiese su señoría debajo de su amparo, que él y los demás prometían de serle leales, sumisos y súbditos, y servirles con toda obediencia. Estando ya en el fin de su plática, comenzó a alzar los ojos mirando a todas partes, desechando el miedo que traía y volviendo a su natural ánimo y brío; y habiendo reparado con advertencia en los rostros de los españoles, tan venerables y graves, y autoridad de sus semblantes, le pareció que no había sido mucho el haber vencido tan pocos dellos a toda su nación. Estaba el general en pie delante del capitán Valdivia, y el presente que trajo caído en el suelo, del cual mostró su

señoría no hacer caso, ni ser aquél el fin de su pretensión, y vuelto al general Michimalongo le respondió desta manera:

«Mirad, hermanos míos, naturales desta tierra: contento me ha dado, y mucho, en ver que hayáis venido en conocimiento del error en que andábades y vengáis en busca de nuestro remedio, y a redimir la nega..... y evitar los daños que tan cercanos teníades. Porque vuestras juntas y armas y el haber dejado de sembrar a nosotros poco daño nos ha hecho y a vosotros mucho. Y al presente estaba determinado de os ir a buscar como otras veces, y no volver a esta ciudad hasta haceros rendir por fuerza, y matar algunos de vosotros, y pues habéis venido y conocido el yerro en que andábades, yo os quiero recibir a la paz que venís a pedir; porque bien se entiende que vos, Michimalongo, como hombre prudente y cabeza de todos, habéis buscado el remedio, y lo habéis aconsejado como hombre de valor, y que estáis siempre entero en las cosas que se deben mirar por los buenos capitanes. Y ahora que hay ocasión os quiero decir a qué habemos venido a vuestras tierras, aunque otras veces os lo tengo dicho; ya sabéis y tenéis noticia que nosotros somos cristianos, y éste es nuestro nombre, porque conocemos y adoramos a Jesucristo, Hijo de Dios, que se hizo hombre y murió en la cruz por nuestro remedio, y Él mismo es Dios, como lo es el Padre y el Espíritu Santo, que todas tres personas es un Dios verdadero y Aquél señor del cielo, y de la tierra, y de la mar, y de todo lo criado, pues Él es el que lo crió, y todo se rige y gobierna por su voluntad y disposición soberana. Y para instruiros en el conocimiento deste universal criador y sacaros de las tinieblas de la ignorancia en que os tiene ciego el demonio, a quien adoráis, hemos tomado a pechos el pasar tantos trabajos para emplearnos en el socorro de vuestras almas, en particular estos dos padres que veis aquí: el uno el bachiller Rodrigo González y el otro el padre Juan Lobo, que ambos por ser sacerdotes y ministros de Cristo vienen conmigo a predicar el santo Evangelio y daros el santo bautismo, si, siendo tocados de Dios, quisiéredes recibirle con las demás circunstancias concernientes a la institución de las personas a quien Dios hace merced de traerle al conocimiento suyo y de su Hijo Jesucristo, que es la puerta de la salvación del género humano y el camino y fin por do se alcanza. Y no penséis que venimos acá por vuestro oro, que nuestro emperador es tan gran señor y tiene tan gran tesoro que no cabrá en toda esta plaza. Con todo esto, nos habéis de servir, y dar de comer, y lo que más os pidiéramos de lo que hay en vuestras tierras, sin detrimento de vuestra salud y sustento ni disminución alguna y nos habéis de dar gente bastante que saque oro de vuestras minas, como lo sacábades para tributar al rey del Perú, y como lo sacábades antes y después que os rebelastes. Y asimismo habéis de venir en conocimiento de Dios Nuestro Señor, y tener su fe como nosotros la tenemos. Si con estas condiciones que os he dicho queréis ser nuestros amigos, desde aquí os recibo por tales debajo del amparo real como vasallos de nuestro rey; y si otra cosa os parece, tomad el presente que habéis traído, según vuestro designio, con paz o guerra, que yo me habré con vosotros según vuestras obras.»

Con esto acabó su plática habiendo mucho silencio en todos, a lo cual respondió Michimalongo que con todas aquellas condiciones le querían servir y sujetársele, y que, desde luego, se ofrecían a ello, pidiéndole mandase en lo que se habían de ocupar, que estaban prestos de lo hacer; y con esto se despidió del general y de los demás españoles,

cuyo regocijo, aunque se disimuló en presencia de los indios, fué tal cual se puede presumir en gente que salía de tal abismo de trabajos.

CAPÍTULO XIX

*De lo que sucedió después de dada la paz y de una pluma de extraordinaria virtud,
y cómo se dio principio a la labor de las minas*

Habiéndose ya confederado los indios y españoles, procuró el capitán Valdivia acariciar y regalar los indios principales, mayormente al general Michimalongo, al cual agasajó también doña Inés Juárez, de quien diversas veces se ha hecho mención, y le dió algunas preseas, como peines, tijeras, chaquira y un espejo. En recompensa de lo cual sacó él una pluma, y se la dio, diciendo que la tuviese en mucho, porque además de ser de una ave que se engendra y cría en lo más alto de los volcanes de la nieve, sin salir jamás de ella, tiene una maravillosa virtud, que es el no poder quemarse, como lo vería por experiencia. Hízose luego así en presencia de todos, poniéndola en un brasero entre las ascuas y llama, sin quemarse cosa della; antes poniéndose más blanca mientras más tiempo estaba en el fuego. La cual experiencia se hizo otras muchas veces delante del autor don Pedro de Lobera y otros muchos caballeros, y se halló ser verdad loque el indio había dicho. El modo como se descubrió esta pluma fué que un indio que la tenía acaso, se le quemó un día la casa, que era pajiza, sin quedar cosa de las que había dentro della, salvo esta pluma, que la halló entre la ceniza y rescoldo más limpia que estaba de antes; y estando el general Michimalongo buscando con mucho cuidado y diligencia alguna cosa extraordinaria para enviar al rey del Perú por haber recibido dél una muy particular merced una vez que vino a visitarlo a la ciudad del Cuzco, que fué sentarlo a su mesa, cosa que con ningún otro había jamás hecho, llegó el indio que tenía esta pluma y se la dió a Michimalongo para que hiciese della el presente que deseaba.

Viendo el capitán Valdivia a los indios quietos y apaciguados, comenzó a dar orden en el asiento de la tierra y asentar con los indios lo que habían de hacer en el servicio personal, mandándoles que comenzasen luego a cultivar la tierra para que se abasteciese de mantenimientos en abundancia. Y juntamente pidió indios que trabajasen en los edificios y para servicios de sus casas, así hombres como mujeres, lo cual quería que estuviese de sobra, dando a cada español treinta y cuarenta y más indios, no con poco sentimiento suyo, viendo que a los hijos de los principales los ocupaban en la caballeriza y semejantes oficios, y aun lo iban sintiendo más cada día cómo iban entrando mujeres españolas en el reino, las cuales tenían tantas gollerías que la que porhabía de servir en su tierra una casa, ella sola quería treinta indias de servicio que le estuviesen lavando y cosiendo como a princesa.

No paró aquí la carga que los españoles echaron a los indios; mas también se añadió otra de que ninguno se escapase, que fué el visitar el distrito y hacer lista de todos los indios, los cuales hallaron ser cincuenta mil; y repartiéndolos en diversas encomiendas, señaló Pedro Valdivia algunos caballeros por vecinos de la ciudad de Santiago para que cada uno fuese señor de una encomienda de aquéllas, prometiendo a los demás otro tanto en

las tierras adelante, que por ser muchas sobrarían para todos; y así repartieron los indios ... Santiago entre muy pocos encomenderos, echando una cuenta algo larga, porque como en las provincias de adelante hay desde entonces guerra sin cesar punto, quedáronse burlados casi todos los que no gozaron desta primera repartición, por ser muy pocos los indios que hay de paz en las demás comarcas fuera desta.

Con esto quedó desde entonces ajustada la gente y orden principal de los indios y españoles; y comenzó Pedro de Valdivia a tratarse con autoridad y estofa de gobernador, metiendo en su casa las personas más calificadas del ejército para que le sirviesen en oficios concernientes a señor de título, como mayordomos, camareros, maestresala, caballero y lo demás deste jaez; los cuales, que fueron muchos, vinieron después a ser gobernadores, y generales, y a tener hábitos de Santiago, quedando otros muchos de aquellos conquistadores tan miserables que desde entonces hasta ahora no alcanzan un real ellos ni sus hijos; y mucho más desventurados los indios, que se han ido consumiendo a gran priesa con las vejaciones dichas y otras innumerables anexas a ellos, y mucho más con las que diré ahora.

Como el principal fin a que anhelaban los más de los españoles en esta conquista, apenas viéronla suya con la quietud que comenzaba a tener el reino cuando quisieron gozar de la oportunidad, descubriendo rasamente sus intentos a los indios, con persuadirles y aun obligarlos a que comenzasen a labrar las minas poniendo sin dilación manos en la laborlentos de agonía en ver que no habían sido vanos sus temores de que los españoles pretendían ir poco a poco haciéndolos esclavos hasta chuparles la sangre, respondieron que ellos estaban prestos a obedecer habiendo instrumentos para ello; pero que al presente no los tenían, según a todos constaban, a lo que replicaron los españoles diciendo que sesen hacerlo lo mejor que pudiesen aunque fuese con mucho trabajo; pues no era razón que habiéndolo pasado porrey tirano, infiel como el del Perúoro, lo dejasen de pasar por ellos que eran cristianos. A esto respondieron ellos que no era razón que al trabajo excesivo a que les obligaba un rey infiel y tirano, les obligasen ellos que eran cristianos. Mas ni por esas ni por esotras desistieron los españoles de lo que por ventura alguna tenían más ante los ojos que el acordarse que eran cristianos; y así les mandaron trabajar con instrumentos de cobre que para hacerlos y aderezarlos por momentos era menester otra tanta gente como para sacar el oro; el cual se descubría con incomparable trabajo, faltando instrumentos de fierro; pero mal que les pesó, los hicieron irmas amargos que la hiel, sin valerles sus excusas, no poco fundadas en razón; y así se comenzaron a labrar las minas de Malgama, ocupándose en ellas todos los indios que no estaban o sirviendo en las casas o en la agricultura y edificios. Allí era la priesa de andar juntando cada uno los más indios que podía para echar a las minas, yencomendero como fué Rodrigo de Quiroga que tenía en ellas seiscientos indios de su repartimiento, la mitad hombres, y otras tantas mujeres, todos mozos de quince a veinte y cinco años, todos los cuales se ocupaban en lavar oro ocho meses al año por no haber agua en los cuatro restantes que eran de verano, sin otros muchos indios, que entendían en los demás oficios necesarios a tal labranza. Y a este paso iban los demás encomenderos con notabilísimos detrimentos de los cuerpos y almas de los desventurados naturales; porque hombres y mujeres de tal edad que toda es fuego, todos revueltos en el agua hasta la rodilla, bien se puede presumir que ni toda era agua limpia ni el fuego

dejaba de encenderse en ella, ni el lavar oro era lavar las almas, ni finalmente era todo oro lo que relucía; donde ya que no se podía decir a río revuelto ganancia de pescadores, se podía decir a río revuelto perdición de mineros, no sólo indies, pero españoles; no sólo de los señores que lo mandaban, pero también de los sobrestantes que andaban estimulando a los indios por oro, y a las indias por oro, y losino lodo, y pcios de inQue tal era lo que allí pasaba, andando el demonio suelto entre insolencias que aun de los bárbaros eran indignas, cuanto más de cristianos. Con esta nueva prosperidad, se vivía a lo largo, y andaba el oro a rodo, sin haber otra instrucción para los indios más de que sacasen mucho, y apurarlos para que lo trajesen puro, y aunque algunos pocos fueron cuerdos en arrebañar lo más que pudieron, y con ello irse a vivir a sus patrias descansadamente, pero los más o casi todos no se cuidaban de más que dedarse a la buena vida, gozando del tiempo, y gastando largo sin prevención para lo de adelante, teniendo por cierto que aquella riqueza nunca había de faltarles; antes había de ir siempre en mayor aumento. Y así todo era banquetes, saraos, tablajes y semejantes ejercicios, trayendo a los indios tan arrastrados, que si un día sacaba alguno cien pesos de la mina, los había de dar todos al encomendero sin quitar grano. Mas como su vida era de burla quedaron burlados. Porque la grosedad y opulencia se acabó presto con las continuas guerras, y como lo habían todo gastado, quedáronse sin ello hasta hoy, y tan miserables que mueren de hambre ellos y sus hijos sin dejar a sus herederos un tomín, sino es deuda, habiendo entre ellos hombres a quien dieron sus indios trescientos mil pesos de oro fino, ultra de las demás cosas que tributaban. Cosa cierto de gran ponderación; que los que viven en la tierra más templada, más sana, más abundante, más regalada y deleitable de las del mundo, y, finalmente, más famosa en lo que tanto los hijos de los hombres apetecen como es el oro, estén los más desventurados, más pobres, más tristes, y más descontentos de vivir en ella, cuanto se ve por el ansia con que todos huyen de entrar allá, teniéndose ya por poco para amedrentar facinerosos y estando ya introducido por proverbio: guardaos que os enviarán a Chile. De cuya perplejidad y maraña entre cosas tan contrarias como gran riqueza y gran miseria, no sé, ni rastreo, otra causa que pueda dar sino que está Dios en el cielo.

CAPÍTULO XX

De la jornada que el capitán Alonso de Monroy hizo al Perú a llevar gente española a Chile

Viendo el general don Pedro de Valdivia (que así le llamaban ya, y así le llamaremos de aquí adelante) que las cosas del reino se iban asentando como deseaba, y que había aparejo para crecer todo cada día más habiendo hombres españoles que ayudasen a la prosecución de la conquista y poblaciones, le pareció que lo tenían ya todo hecho con tener la virtud más atractiva de hombres que hay en las cosas humanas, que es la del oro; el cual, como a la sazón les sobrase, podía ponerse por reclamo y aun liga para los corazones, más común que el azogue para el mismo oro; determinó enviar al Perú persona idónea para tal oficio de juntar hombres, la cual llevase el señuelo único para atraerlos que es el oro de que tratamos. Para esto puso los ojos en su lugarteniente Alonso de Monroy, persona calificada y apta para tal negocio, el cual, aunque sintió hartos, y se le

hizo demás dejar el descanso y regalos que apenas comenzaba a gozar después de tantas calamidades, con todo eso, por dar contento al general y servir a su rey, y mucho más a Dios en convocar hombres que enseñasen su ley a gentes tan remotas della, se determinó poner por obra lo que por su general le fué mandado. Con la misma prontitud se ofrecieron otros cinco soldados, a los cuales mandó fuesen con el capitán; cuyos nombres eran Pedro de Miranda, Pedro Pacheco, Juan Rasquido, Pedro de Castro, y otro que no sé su nombre. A todos dio el general la cantidad de oro que pudieron buenamente llevar por tierra sin mucho aparato, porque no lo echasen de ver los indios en los caminos, y en particular dio a todos estribos de oro grandes y fornidos para que en llegando a tierra del Perú les quitasen la cubierta de cuero y fuesen haciendo ostentación para mover los ánimos de los que los viesen a ir a tal reino; y por la misma razón dio a cada uno cuatro platos de oro, para que los que viesen que se servían en los tambos tan grandiosamente pensasen que todo Chile era oro, queriendo con solos platos hacer plato a todo el mundo y que todos estribasen en solos estribos. Con este orden se partieron los seis a la ligera llevando cartas al virrey del Perú en que se le daba relación extensa de todas las cosas de la tierra y se le pedía socorro de gente para llevar adelante lo comenzado. Y aunque lo que había que decir así de los efectos destes, como de los trabajos del camino es cosa que pide no pocos renglones, con todo eso por haber sucedido otras cosas en el ínterin; las cuales son deste lugar, guardando el orden de la historia, por esta causa se quedará ahora el fin de esta jornada para su tiempo, y trataremos lo que inmediatamente se fué haciendo después de la partida.

CAPÍTULO XXI

De la población de la ciudad de Coquimbo

Ya que se iba dando asiento a las cosas deste reino de Chile, determinó el capitán ir fundando algunos pueblos en los lugares más oportunos conformándose con el pequeño número de gente española que tenía; habíale parecido bien el valle de Coquimbo, que está en treinta grados de altura, por la mucha sanidad que los naturales dél tenían, y con deseo de ennoblecer aquel valle y su puerto y gran bahía, determinó de enviar a poblar en él una ciudad aunque le constaba que los naturales de aquella comarca no eran tantos que pudiesen hacerla populosa como él quisiera. A esta población envió al capitán Juan Boan con parte de la gente que había en Santiago, la cual estaba distante del valle de Coquimbo setenta leguas y le mandó que en la parte más cómoda que le pareciese fundase la ciudad, y repartiese los naturales de la comarca en las personas que por su distribución iban señaladas. Con este orden se partió luego y en pocos días llegó con su gente al valle de Coquimbo, y visto lo que en él había, asentó su pequeño campo dos leguas del puerto en el remate de una barranca muy cercana a la playa del mar, y de otra parte a un río, por ser el mejor asiento que para fundar ciudad había en toda aquella tierra. Llámase el sitio donde poblaron la ciudad Tequirqui, y aunque comúnmente le llamamos Coquimbo no lo es en rigor; porque el valle que los naturales llamaban Coquimbo está adelante una legua el río arriba y era el asiento donde residían los capitanes del rey del Perú y la demás gente de guerra que con ellos estaba. Y allí tenían casa de fundición, donde fundían mucho oro, y sacaban de allí cerca suma de cristal, y muchas turquesas que labraban. Fundáse, pues,

la ciudad con la solemnidad acostumbrada en semejantes actos, y púsose en ella horca y cuchillo, y cabildo de regidores, señalando sitio para la iglesia mayor, monasterios y hospital, y finalmente un solar para las casas de su majestad. Pusieron al pueblo por nombre la ciudad de la Serena un lunes que se contaron quince días del mes de noviembre del año de 1543 y diéronle este nombre por respeto del capitán Valdivia, que era natural de la Serena en España. Fundada la ciudad, repartió el capitán las poblaciones de los indios en encomiendas, aplicando para sí los pueblos del valle de Copiapó, los cuales después de su muerte, se encomendaron al capitán Francisco de Aguirre, con propósito de removerle de la vecindad que tenía en la ciudad de Santiago de Mapuche, y enviarle a la ciudad de La Serena por lugarteniente de general y justicia mayor, como se hizo después. Y el mesmo capitán Francisco de Aguirre la tornó a reedificar, que la destruyeron y asolaron los bárbaros, como dirá después la historia. Esta ciudad y toda su comarca es maravillosa, no hay montaña de madera sino es muy lejos, aunque junto a la ciudad hay cantidad de madera que llaman el palo santo, y por otro nombre guayacán. Hay en sus términos minas muy ricas de oro, y en especial las que llaman de Andacollo, seis leguas dellales tienen más de tres leguas en circunferencia donde hay tan fino oro como en las más famosas minas del mundo, tan subido en quilates que pasa de la ley, y por falta de agua no se saca tanto como se sacara si la hubiera; mas con todo esto saca un trabajador un día con otro cosa de doce reales de valor, y a veces mucho más. Tienen una propiedad maravillosa estas minas; y es que aunque se saque tanto de ellas que las dejen apuradas y sin rastro de oro, con todo eso si vuelven a ellas a cabo de algún tiempo como de seis meses, se halla mucho de nuevo engendrado, por donde se ve claro que la tierra lo produce ordinariamente, y se cría como en otras tierras las plantas; y hay nacimientos de oro en los cerros y esteros, pero la poca agua es grande falta, y si se dispusiesen a un mediano trabajo nuestros españoles, y a hacer algún gasto, se echaría por toda aquella tierra una gran acequia de agua que sería de gran efecto. Siguen a esta ciudad de la Serena los valles de Copiapó y del Guasco, y el de Limari; y estos solían tener mucha gente de los naturales que pasaban de veinte mil, y han venido en tanta disminución con los trabajos que les han dado en el sacar del oro y otras g... que no han quedado dos mil. Y el que más indios tiene de encomienda en aquella ciudad es el capitán Francisco de Aguirre, y no llegan a doscientos. Será el oro que se saca cada año en este distrito hasta cuarenta mil pesos, y a los principios sacaba solo el capitán Francisco Aguirre de veinte mil pesos arriba y éste es el hombre más rico y principal de la ciudad, y muy estimado en el reino de todos los que en él habitan por su mucho valor, y haber sido gobernador de Tucumán y los Juries con título de señoría, y por ser hombre liberal y magnánimo y amigo de... samente. Mas con toda esta riqueza.... él y todos los encomendaderos por haber gastado el oro sin orden. Hay en esta ciudad muchas plantas y árboles de frutas de España, y vino en cantidad; no llueve en todo el año en todos sus confines, sino muy poco en mayo y junio.

El puerto de mar deste distrito está dos leguas, aunque de la ciudad se ve muy claro, y es el principal en que entran los navíos que aportan a Chile. Corre un río de buen crecimiento por este valle y pasa junto a la ciudad, en la cual hay también fuentes de aguas claras de queverano. Cógese en este valle suma de trigo y cebada, y otros granos de la tierra. Hay muchas huertas, estancias y heredades donde hay manzanas camuesas, membrillos, peras, limas, naranjas, cidras, limones, albaricoques, ciruelas,

granadas, melones los mejores del mundo. Hay aves de diversas especies, en especial grande suma de perdices, tanto que sale uno un día de mañana y vuelve a la noche con más de cuarenta muy grandes y sabrosas. También hay venados y otros animales monteses. Por la ciudad pasan acequias de agua para el servicio de las casas, y riego de las huertas y vergeles. Los moradores que aquí viven (le ordinario serán poco más de cien españoles, de los que hay siete vecinos que tienen indios, y los demás tratan de comprar y vender ycasascon indios, que, o son hurtadascomprándolas por poco preciopoco cargo de sus conciencias, y las de sus gobernadores y justicias, que pasan por ello. Porque apenas hay hombre que atienda a otra cosa que a amontonar lo más que pudiere para sí, sin cuidar de lo demás que viva o muera. Y por haber esta ciudad tenido su principio con siete vecinos encomenderos en tiempo que andaban las cosas en esta anchura, no faltó algún hombre satírico que le puso por nombre la ciudad de los siete pecados mortales; con el cual se ha quedado hasta hoy, aunque no del todo con las obras, porque ya en muchos hay alguna reformación, y en algunos mucha, viviendo cristiana y ejemplarmente. Y algunos han dado en hacer vida hermética, y así hay en el circuito desta ciudad algunas ermitas de hombres que viven en soledad. El temple desta tierra es bueno; dura el invierno tres meses, y el resto del año es verano; son los aires de ordinario templados y sanos, sin vientos desgarrones, ni desabridos, y nunca tiene frío ni calor demasiado; y así es la vivienda sana y apacible.

CAPÍTULO XXII

Cómo el capitán Alonso de Monroy llegó al Perú con su embajada y de lo que sucedió en el camino

En tanto que se iba dando asiento a la ciudad de Coquimbo, caminaba el capitán Alonso de Monroy con los cinco de su compañía, prosiguiendo la jornada del Perú que dejamos de tratar arriba remitiéndonos a este lugar, los cuales, aunque iban tan a la ligera como está dicho, con todo eso no pudieron ir tan disimulados que dejase de llegar a noticia de los indios de Copiapó, que no poco deseaban verla suya para ejecutar el rencor que tenían contra los cristianos. Para esto salieron fingidamente con muy diferente semblante de lo que había en el pecho y recibieron a estos españoles con solemne fiesta y regocijos, mostrándose muy serviciales y dadivosos. Luego que entraron en los pueblos destes bárbaros, hallaron entre ellos un español llamado Francisco de Gásco, que había venido del Perú con otros trece, a los cuales habían muerto los indios, dejando a éste sólo por los respetos que diré luego, y estaba ya tan de asiento que tenía mujeres indias y algunos hijos en ellas, y era de todos regalado sin que ninguno le fuese molesto en cosa alguna. Hallando, pues, los nuestros a este español seguro entre los bárbaros, tomaron motivo de asegurarse en parte también ellos. Y así estuvieron descansando entre aquella gente con no pocos banquetes y regalos, mas ya que estaban los seis de partida hicieron los bárbaros cierto convite entre sí, al cual acudieron dos de los españoles que estaban con el pie en el estribo; y como los más estaban alborotados con la embriaguez, dieron en ellos y los mataron; y luego inmediatamente corrieron con grandes alaridos a los otros cuatro y acometiéronles con gran coraje y saña; los cuales, aunque resistieron por algún rato, quedaron al fin los dos dellos muertos, evadiéndose solos Alonso de Monroy y otro

soldado por tener buenos caballos. Entonces el cacique Andequín despachó a toda prisa un capitán llamado Cateo con mucha gente en su seguimiento, aunque por más priesa que se dio se hubo de volver sin la presa. Hallóse presente el español que andaba entre ellos, harnado Francisco Gasco, a quien reverenciaban porque sanaba cualquier enfermedad, pues nuestro Señor suele concurrir a tales maravillas con hombres de menos santidad por ser la ocasión y necesidad mayor; y esto es comúnmente cuando están entre gentiles los que profesan su santa fe y religión cristiana, debajo de cuyo título trataba Francisco Gasco con estos infieles diciéndoles ser cristiano, y que en nombre de Jesucristo hacía las cosas que ellos veían. Viendo, pues, este cristiano el tratamiento que el cacique hacía a los indios que volvieron sin la presa, le dijo que no se fatigase, pues la ocasión no era perdida, porque aquellos dos cristianos que iban huyendo no sabían por dónde iban, y habían luego de perderse, y que con mandar les fuesen siguiendo por el rastro darían con ellos, y se los traerían presos, las cuales palabras dijo Gasco, advirtiéndole que Alonso de Monroy y su compañero iban sin guía, ni cosa que comer por aquellos arenales secos y estériles, donde era cierta su muerte muy en breve, y que siendo presos estaba remediada o por lo menos dudosa. Salió luego el capitán Cateo enviado de su cacique con mucha gente flechera en seguimiento de los españoles siguiendo el rastro de los caballos, y habiendo caminado algunas leguas los hallaron en unos arenales, donde ya desfallecían y estaban sin esperanzas de remedio humano. Con todo eso no osó llegar el bárbaro, hasta hablar desde fuera, diciendo que se rindiesen luego los dos dejándose de resistencias; donde no, que desde allí los pasaran asaeteándolos sin remedio. Viéndose Alonso de Monroy en necesidad extrema, donde no valían ya bríos de españoles, respondió que él estaba tan lejos de resistir que antes era para él gran contento ser preso por mano de tan valeroso capitán, pues siendo él tan aventajado a todos, no era infamia sino mucha honra dél y su compañero, el ser prisioneros suyos. Agradeció mucho Cateo la respuesta, teniendo a gran negocio que un español se le sujetase, y prometiéndole, interponiendo su fe y palabra, que le favorecería en todo sin que su persona y la de su compañero corriesen riesgo alguno; y juntamente le pidió que dejasen las armas apartándolas de sí, para que él creyese que se rendían; a lo cual los dos españoles respondieron con las obras arrojando las espadas hacia el capitán, las cuales él mandó recoger, y luego llegó con su gente y los prendió sin género de aspereza y muestra de rigor, antes les dio de comer y beber de que estaban muy necesitados; y luego los indios herbolarios buscaron unas yerbas con que los curaron de las heridas que habían sacado de la refriega pasada.

Hecho esto, se fueron todos caminando hacia el pueblo donde estaba el cacique; en cuyo acatamiento fueron presentados concurriendo la canalla del pueblo al espectáculo; y ellos iban tan desfigurados que era cosa para ver. A esta sazón estaba con el cacique el español llamado Francisco Gasco, el cual les dijo: «Señor Alonso de Monroy y Pedro de Miranda, postraos luego en tierra, y besad los pies a vuestro señor el cacique Andequín pidiéndole misericordia, que él es bueno y os la otorgará»; lo que ellos sin dilación hicieron hincando ambas rodillas y besándole los pies. Entonces el bárbaro les hizo muchas preguntas, y siendo informado de todo lo que quiso, les dijo palabras muy feas e insolentes llamándolos bellacos, ladrones, mentirosos y vagabundos, que no tenían otro oficio sino andar robando por tierras ajenas, inquietando a los moradores, tomándoles no sólo las haciendas, más también las mujeres, llevándolas a ellas y a sus hijos presos a otras tierras, como lo había hecho don Diego de Almagro llevándolas en colleras muchas

al Perú. Habiendo dicho esto, los entregó a un indio que hacía muchos años tenía por oficio sacrificar -como aquel Lisimaque, sacerdote de Minerva, que le sirvió deste ministerio sesenta y cuatro años- vestido con una ropa larga que le daba a los pies, y en lugar de bordón traía una hacha de cobre, y lo que sacrificaba este indio eran hombres, como lo hacían los italianos ofreciendo a Júpiter sangre humana, y los cartagineses que ofrecieron doscientos mancebos a Saturno. Este echó mano de los dos, y los llevó presos con mucha gente que los rodeaba, y por el camino les iba diciendo muchos baldones y befas como a hombres infames, amenazándolos con castigos muy crueles y extraordinarios. A poco trecho que anduvieron llegaron a un lugar en el cual estaban unas figuras de ídolos mal formados, donde los puso en prisión con bastantes guardas, y así pasaron aquella noche con harto trabajo y no menos miedo. El día siguiente fué el cacique a verse con ellos, y hacerles nuevas preguntas, y la primera fué cómo se llamaba el capitán principal de los españoles que estaban en el valle de Mapuche; a lo cual respondió Alonso de Monroy que se llamaba don Pedro de Valdivia y que era hermano suyo. Oyendo esto el cacique, sin proceder más en sus preguntas, se apartó de allí, por ventura con temor de que vendría Valdivia a vengarse, pues aquel era su hermano. Estaba en aquel valle de Copiapó una india muy rica y principal, cristiana, llamada doña María, la cual debió de convertirse cuando pasaron los de Almagro o el mesmo Valdivia; ésta era estimada de todos como muy principal: la llamaban Lainacacha. Luego que llegó a sus oídos la prisión de los españoles, les envió un recado prometiéndoles su favor y amparo, y un brebaje sustancial y regalado con que tomaron refección y se consolaron; y también con el favor del capitán Cateo, que cumplía fielmente la palabra que les había dado cuando les prendió, y les tornó a prometer de nuevo su auxilio en todo. Con estos intercesores estuvieron presos muy pocos días, en los cuales se fué mitigando la cólera del cacique; el cual iba ya disimulando con ellos, de suerte que andaban sin prisiones y comenzaban a salir y tratar libremente con el otro español, llamado Francisco Gasco. A este tiempo les ayudó su ventura con dos ocasiones: la una fué que el cacique se aficionó a andar a caballo, y como Alonso de Monroy era muy diestro jinete, ofreciase a imponerle en ello, y así lo hizo sirviéndose de sus caballos y de los demás que tomaron los indios a los cuatro españoles que mataron. La otra fué que había en aquel pueblo una cajuela con dos flautas, que había traído un español de los trece que habían venido con Francisco Gasco, a los cuales los bárbaros mataron, y acertando a topar con ella Pedro de Miranda, que era el compañero de Alonso de Monroy, comenzó a tocar aquel instrumento porque era muy diestro en ello, con el cual tenía abobados a los indios oyéndole repicar la flauta, cual otro Mercurio que con el dulce tocar de su fístula tuvo embelesado a aquel Argos de los cien ojos, provocándole a sueño hasta que los vino a cerrar todos durmiendo, y dormido le quitó la vida, como lo vino a hacer este músico. Estas dos habilidades de los dos españoles fueron principios de aficionárseles los indios principales, y sobre todos el cacique, tanto que los traían en palmas festejándoles con muchos banquetes y regalos. Con todo eso, no faltaban algunos que se recelaban de los dos y acudían al cacique a ponerles mal con él, metiéndole temor, y diciéndole se acordase de sus traiciones y malas obras que habían hecho a los naturales; pero tenía ya el amor del cacique más raíces, y ellos metidas más prendas que todos los dichos de los contrarios. En este tiempo hizo el cacique un banquete solemne, al cual convocó a los principales del valle, entre los cuales vino un cacique de otro pueblo llamado don Diego del Huasco, que era cristiano convertido y bautizado por los españoles que por allí habían pasado; y

queriendo el cacique Andequín solemnizar más la fiesta lo llevó a caballo al lugar de las fiestas con los españoles que allí estaban. Acabado el banquete y borrachera, dijo Pedro de Miranda al cacique don Diego del Huasco que subiese a las ancas de su caballo para ir más a placer; de lo cual él fué contento. Y yendo paseándose hacia la pasada, picó al caballo demasadamente provocándole a dar corcovos para que diese en tierra con el cacique don Diego, queriendo burlar dél, pareciéndole que venía algo tocado de embriaguez. Sintió el indio la treta pareciéndole que el picar al caballo era querer picarle a él, y picado de la burla la tomó muy a mal, diciéndole que no pensase que había de caer primero que él, porque también tenía brío para tenerse; y que se desengañase que si caía que había de ser encima del. No sé yo por cierto en qué ocasión se pudo mostrar la temeridad de un español arrojado más que en semejante coyuntura, pues estando entre gente bárbara con las circunstancias dichas, de modo que estaba su vida en manos de los indios, se ponía a hacer estas burlas con tanto riesgo de su persona. El efecto que tuvo su imprudencia y liviandad fué que el don Diego habló al cacique Andequín con palabras sangrientas, diciéndole cuánto le convenía dar fin a aquellos españoles, pues era gente tan ruin, pues hasta en aquellos lances no tenían vergüenza, y que no se podría esperar dellos sino mucho mal y alguna traición que le costase a él la vida, y a otros muchos de los suyos. Todo esto echó en risa Andequín, diciendo que él se les había dado por amigo y que no tratase de aquello, sino de jugar un rato para pasar el tiempo. Sí jugaré (dijo don Diego) y será el precio dos preseas de mucho valor que serán las dos cabezas de estos españoles a los cuales conviene quitar del mundo, porque de mis enemigos los menos. Entonces Andequín les habló más claramente, diciendo que Alonso de Monroy era hermano de Pedro Valdivia, y que no quería meterse con él para tener más ruidos, pues era cierto que siendo su hermano había de vengar su muerte.

Pasados algunos días, el cacique Andequín ordenó otro solemne banquete para el que convidó a los dos españoles, como al primero. Entonces ellos se comunicaron tratando entre sí de dar orden de salir de aquel lugar, pues no era negocio en que convenía perseverar toda la vida, y así se resolvieron en que en viendo la suya, estuviesen sobre aviso, para que sin más consultas comenzase el uno por donde mejor le pareciese y luego acudiese el otro conforme la ocasión les enseñase. Desta manera concertados fueron con los indios al banquete, y siendo acabado se volvió cada uno por su parte sin haber indio que no fuese embriagado; y el cacique algo tocado, aunque no del todo, llevaba en su compañía a los dos españoles y algunos indios que le seguían, los cuales se iban cayendo por el camino y quedándose arrimados a las paredes hasta que el cacique se quedó con solo cuatro, que también iban tropezando a cada paso. Entonces Pedro de Miranda fingió cierto dolor agudo, y quejándose mucho, intimaba del mal gravemente. El cacique teniéndole compasión se apeó del caballo a darle algún socorro, y como Pedro de Miranda le vió en el suelo y junto a su estribo, sacó una daga que siempre había tenido escondida en lo más secreto de su cuerpo, y dio de puñaladas al cacique dejándole tendido cual otro Joab a su amigo Amasa al tiempo del mayor regalo. Acudió de presto Alonso de Monroy a los otros cuatro indios, y como estaban embriagados fué menester poco para matarlos, y así lo hizo como el compañero del mismo Joab llamado Abisai acometió hacer contra el consorte de Amasa llamado Heba. Desta manera quedaron los cinco muertos sin que pudiesen ser socorridos de los suyos, por ser tiempo en que cada uno apenas sabía de sí, y no es nuevo en semejantes borracheras suceder tales desgracias,

como consta en las historias humanas, y aun de la divina, donde se refiere cómo el bravo capitán Holofernes murió de manos de Judith, con ser una mujer delicada, porque él estaba embriagado y ella muy sobria, como aquella que se daba perpetuamente al ayuno y abstinencia.

Hecho esto, ataron de presto dos caballos a las colas de los suyos, llevando todos sus estribos de oro, que nunca se los habían quitado los indios, y también tomaron los platos de oro que habían llevado al convite y los traían los indios que mataron, y con esto se pusieron a camino a toda prisa. A este tiempo dio con ellos el otro español llamado Francisco Gasco, el cual se escandalizó de la matanza, y comenzó a temblar y argüir de temeridad a los dos matadores, los cuales le dijeron que callase y subiese sin dilación en un caballo de aquellos, yendo en su compañía. Y aunque él comenzó a rehusarlo, le compelieron a ello, diciéndole le matarían si repugnase un solo punto, y así mal de su grado hubo de condescender con ellos mostrándoles el camino, que como más experto y cursado en aquella tierra lo sabía bien. Desta manera fueron caminando sin que los bárbaros les pudiesen dar alcance, porque cuando ellos debieron de volver en su acuerdo ya sería tarde para alcanzar hombres de a caballo. Con todo eso, el Francisco Gasco siempre iba como forzado, al cual quiso matar Alonso de Monroy por verle con tal ánimo, y muchas veces lo deshonoró llamándole hombre infame y más bárbaro que los mismos indios, pues gustaba de estarse entre ellos. Y a la verdad el desventurado sentía mucho el dejar dos indias que tenía de las cuales le habían nacido algunos hijos, y así no asegurándose dél sus dos consortes, lo llevaban siempre por delante, y en efecto mal que le pesó hubo de caminar con harta priesa hasta pasar el gran despoblado de Atacama. No fué pequeño el trabajo que tuvieron con tan largo y áspero camino, donde apenas tenían que comer ni otro refrigerio o ropa con que cubrirse ni aun armas con que defenderse más de las dagas que habían escondido. Pero con todos estos estorbos llegaron al Perú, teniendo por guía en aquel espantoso despoblado, los muchos cuerpos muertos de hombres y caballos que estaban por todo el camino y parecen vivos aun cuando haya quinientos años, que murieron, como arriba queda dicho. Apenas habían puesto los pies en el Perú en tierra poblada, cuando Francisco Gasco se huyó de sus dos compañeros desapareciendo de manera que hasta hoy no ha habido rastro dél, pero lo que fué de los otros dos se dirá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXIII

Cómo el capitán Alonso de Monroy hizo gente en el Perú y fué con ella al reino de Chile

Habiendo pasado innumerables trabajos Alonso de Monroy y Pedro de Miranda, así en los pasos de que se trató en el capítulo pasado como en el valle de Tacama, que también estaba de guerra entonces, aunque es tierra del Perú, llegaron finalmente a la provincia de Tarapacá, que era de indios de paz tributarios a los españoles, de los cuales había algunos en aquella provincia. No se puede ponderar con palabras el gran regocijo que los dos tuvieron en verse entre cristianos y conocidos y fuera de tantos peligros como habían visto a los ojos a cada paso. Fueron allí bien recibidos y alojados, dando a los cuerpos

algún sueño y descanso y refección de manjares, de que venían tan necesitados cuanto las mismas cosas referidas dan a entender. Habiendo descansado allí algunos días, prosiguieron su viaje por tierra de cristianos hasta llegar a la ciudad del Cuzco, que es lo que en el Perú tiene el segundo lugar en lustre y grandeza; allí reposaron despacio conversando con la gente principal, que era mucha, así de las cosas de Chile como de las del Perú, que habían estado algo alborotadas por la muerte de don Diego de Almagro, que murió en la batalla de Chupas, la cual le dio el licenciado Vaca de Castro, gobernador de los reinos del Perú. Dio noticia muy por extenso Alonso de Monroy al gobernador, de las cosas de Chile, y de las muchas esperanzas que había si acudiese gente que llevase adelante la población; con lo cual el gobernador le dio licencia de levantar estandarte y echar a tambor para hacer gente para Chile, cosa que Alonso de Monroy pretendía con toda instancia. Apenas hubo salido el tambor cuando se les comenzó a juntar gente, y muy en particular aquella que había sido en la batalla de parte de don Diego de Almagro, que fué el vencido, y no solamente ésta, pero otros muchos soldados a los cuales ponía el pie en el estribo el ver los estribos de oro que los chilenes traían, y los platos también de oro, de los cuales ellos hicieron grande ostentación para convencer los ánimos a ir a Chile de buena gana. Y fué tanto el ruido que esto hizo, que hubo vecino principal del Cuzco, y con mucha renta en él, llamado Cristóbal de Escobar, que dejando su renta y quietud, se puso debajo la bandera de Alonso de Monroy con un hijo suyo llamado Alonso de Escobar, los cuales dieron al capitán más de veinte mil pesos para ayuda del avío de la jornada. Lo mismo hizo otro vecino llamado Bernardino de Mella, hijo del doctor Beltrán, del Consejo de S. M., inscribiéndose con otro hermano suyo llamado don Antonio Beltrán. Juntásele también un primo suyo llamado Hernando Rodríguez de Monroy, hombre de mucha suerte, y Agamennon, italiano, natural de Sena, hombre valeroso; Luis de Miranda, que había servido mucho a su majestad en el Perú, y era hombre principal natural de Salamanca; Pedro Homepesoa, portugués, y otros muchos hijosdalgo hasta llegar a número de ciento treinta. A los cuales les propuso por maestro de campo a Cristóbal de Escobar como a persona principal y benemérita de la jornada. Puesta ya toda su gente en orden, comenzó el campo a marchar por el mesmo camino que había seguido Almagro y Valdivia, pasando no pocos trabajos en tantos desiertos y páramos; aunque en el despoblado grande de Atacama tuvieron menos pérdida de caballos y otros desastres que otras veces, porque lo pasaron en buena coyuntura. Desta manera llegaron al valle de Copiapó, que es aquel lugar donde Alonso de Monroy y Pedro de Miranda estuvieron presos y mataron al cacique Andequín, para poder huirse sin estorbo. Allí levantaron estandarte de guerra para vengarse de los indios que habían muerto a los cuatro españoles, sus compañeros, queriendo matar también a los dos que se huyeron. Pero el capitán Cateo, que era aquel bárbaro que prendió a Alonso de Monroy y Pedro de Miranda, viendo lo que intentaban, y que Alonso de Monroy era el que tenía el mando absoluto en todo el ejército, juntó algunos indios principales y con ellos se fué a poner en presencia del capitán Alonso de Monroy, representándole las buenas obras que le había hecho cuando le prendió, y el mucho amor que le tenía y había manifestado por los efectos, hasta librarle de la muerte; y suplicóle no hiciese guerra ni alboroto, pues todos estaban con ánimo de servirle; y que pues lo, habían hecho cuando él estaba sólo con su compañero, estando en manos de los indios hacer lo que les diese gusto, mucho mejor le servirían en la ocasión presente. El general le abrazó con grandes muestras de alegría en verle ante sus ojos haciéndole muchas caricias sin dejar significación de amor

que no le diese; y juntamente le dijo que por su respeto alzaba mano de la guerra sin tratar de vengarse, ni dar el debido castigo a los que lo merecían; y así estando en su presencia ordenó al maestre de campo que no consintiese a ningún soldado correr la tierra ni hacer algún género de agravio á los naturales della. Luego mandó que de su parte fuesen a doña María, que era la india que en su prisión lo había regalado, a rogarle viniese allí a verse con él; la cual fué llevada en una litera muy bien aderezada en hombros de indios con gran acompañamiento. El general Alonso de Monroy le salió a recibir al camino con mucha gente española, y la abrazó y llevó por la mano a un estrado, que tenía preparado con una alfombra y cojín que le trajo del Perú para este efecto; y sentándola en aquel lugar se puso él a su lado hablando con ella muy despacio, mostrando el agradecimiento que le tenía por los beneficios que había recibido della, en el tiempo de tan extrema necesidad. Siendo ya hora de comer, la convidó con mucho amor; y aunque ella comenzó a excusarse, hubo al fin de quedarse a instancia suya, y él la sentó a la cabecera de la mesa, y con ella al capitán Cateo, dándoles un suntuoso banquete. Y luego, por sobre mesa, mandó sacar algunos regalos que del Perú traía y se los presentó a ella y a Cateo en remuneración de lo mucho que les debía; después, a la tarde mandó que los caballeros saliesen a algunos regocijos haciendo mal a los caballos; cosa de que ella recibió mucho solaz, y estaba como admirada. Y con esto se despidió, y fué a su pueblo, de donde envió al capitán un gran regalo de cosas de comer para él y los de su ejército. Asimismo, el capitán Cateo trajo algunos de los estribos y platos de oro y las armas que habían quedado en poder de los indios cuando mataron a los españoles que por allí pasaron con Alonso de Monroy a la ida al Perú y se lo entregó enterándole en todo lo que había perdido, y proveyéndole de todo lo necesario para su camino.

Con esto se partió el ejército en demanda de la ciudad de Santiago, a la cual llegaron al cabo de algunos días con próspero viaje y contento de todos. Fueron muy bien recibidos del gobernador Valdivia y los demás españoles que con él estaban, los cuales hospedaron en sus casas a los recién venidos, agasajándolos como se debía a personas que venían de tierras tan remotas a dar ayuda a sus hermanos y aumentar la tierra para que la población fuese adelante. También dieron lugar cómodo en sus casas a los indios de servicio que venían del Perú con los españoles, no muy de su voluntad, sino forzados los mas dellos, y con violencias y aun insolencias indignas de cristianos como se han usado en semejantes entradas destes reinos, porque no solamente llevaban arrastrando a los desventurados indios, sacándoles de sus naturales y haciéndoles servir de balde, sino también a las mujeres dejándolos a ellos, y otras veces a la hija dejando a la madre, y a este son iban las demás cosas, en que se infernaban las almas propias dando ocasión a los naturales para infernar las suyas. Porque demás de ser muy poco el cuidado que hay de instruirlos en la ley de Jesucristo y buenas costumbres concernientes a hombres cristianos, el cual oficio les incumbe de obligación (porque con sólo este título se pueden conquistar las tierras) en lugar de todo esto les dan malos ejemplos, y aun les han enseñado maneras de pecar que ellas no sabían, como es jurar, y hacer injusticias y negaciones, y sacar las mujeres de poder de sus maridos, y ser ministros de maldades, sirviéndose de los yanacunas para sus mensajes deshonestos ultra de otras muchas cosas que se verán y juzgarán el día del juicio universal, aunque ya muchos deben de experimentar el día de hoy las penas infernales debidas a tales atrocidades, y así no hay por qué nos espantemos de ver los castigos que la poderosa mano de Dios hace en estas tierras con pestilencias, terremotos y

enemigos corsarios que nos persiguen, con ser su benignidad tan piadosa en volviendo la hoja. Antes considerando estas desventuras de los pecados tan sin freno cometidos, no hay hombre que no se espante más de que son más tan pesados y terribles estos castigos y de que no llueva fuego del cielo sobre nosotros. Plegue a la majestad de Dios que el día de hoy haya alguna moderación en todo esto con más indicios de que somos cristianos.

CAPÍTULO XXIV

Del primer viaje que se hizo por mar del Perú a Chile

Ya que las cosas del reino de Chile iban tomando algún asiento, les pareció a algunas personas del Perú sería cosa conveniente dar principio a los viajes por la mar, así por excusar tan ásperos y peligrosos caminos, como para que hubiese más frecuente contratación y comercio; el primero que intentó ponerse en este camino fué un extranjero natural de Sicilia, llamado Juan Alberto, hombre que tenía hacienda gruesa. Este armó una nao y la cargó de mercaderías en el puerto de la ciudad de los Reyes llamado el Callao y la envió con algunos pasajeros a la ciudad de Santiago, para la cual tomó su derrota, yendo siempre a la costa sin atreverse a tomar otro rumbo engolfándose en alta mar, y como el viaje es contra el viento Sur, que es el ordinario desta mar y se va siempre a la bolina, era mucha la tardanza que al principio había en estos viajes por tener las costas grandes ensenadas, hasta que de pocos años a esta parte comenzó a navegarse de otra manera, haciéndose mucho a la mar, con lo cual se concluye en un mes el viaje que a los principios duraba seis, poco más o menos, según los temporales. Llegó este na. vío en salvamento al puerto de Valparaíso, que es el de la ciudad de Santiago, y descargándose las mercaderías, tuvieron todas buena venta a precios excesivos o porque los moradores y en particular los que habían ido con don Pedro de Valdivia habían gastado con la diuturnidad del tiempo todas sus ropas, de suerte que andaban vestidos de pieles de perro y otros animales sin haberlos curtido, y algunos traían un trapillo viejo por cuello de camisa, sin haber otro pedazo della en todo el cuerpo, de suerte que parecían todos salvajes o cosa semejante. Pero con la llegada desta ropa desecharon la corambre, y podemos decir que mudaron el pellejo, poniéndose de otro talante con los vestidos que compraron a fuerza de oro que compeljían a sacar por fuerza a los naturales que andaban en cueros dentro del agua para sacarlo. Iba en este navío un hombre muy honrado y rico llamado Francisco Martínez, el cual había dado en el reino del Perú veinte mil pesos al capitán don Pedro de Valdivia y a los españoles de su ejército para aviarse, proveyendo lo necesario para la conquista del reino de Chile, sobre lo cual hicieron un concierto con escriptura pública de que le había de dar al Francisco Martínez gran parte del oro que se sacase y viniese a manos de aquellos soldados señalando en la escriptura la cantidad que, había de ser. Este pidió al capitán Valdivía que mandase cumplir lo que había concertado, pues era razón y él había aguardado tantos años. Recibióle el capitán con aspecto muy grato, agasajándole con mucho regalo y luego le proveyó de una encomienda de un pueblo llamado Colina, tres leguas de la ciudad de Santiago, con lo cual alzó mano de la demanda desistiendo de la paga, y cancelando la escriptura, y así se quedó por vecino de aquella ciudad entre los demás que en ella había.

Desta manera se iban cada día asentando las cosas, y teniendo alguna más quietud los españoles, y con la llegada deste navío tuvieron algún vino que beber, que hasta entonces no tenían sino un poco para decir misa, el cual había Dios reservado muchos años para el efecto, preservándolo de corrupción. Después desde fué otro navío enviado de la ciudad de los Reyes de Lucas Martínez Begazo encomendero de indios, gran amigo del capitán Valdivia, al cual envió este navío cargado de ropa para socorrer su necesidad; tras éste vino otro a la fama del mucho oro, el que también se veía por experiencia con el retorno que llevaban los del primer navío. Este iba tan cargado de gente, cuanto con falta de piloto diestro en estas cosas, y así sobreviniendo un temporal vino a dar consigo en unas peñas junto a tierra, donde padeció naufragio, salvándose toda la gente con pérdida de las haciendas. A esto acudieron los indios naturales de aquella costa con grandes muestras de compasión, y socorrieron a los afligidos, sacando algunas cajas de ropa que la resaca echaba hasta la playa. Mas aunque por una parte hospedaron y regalaron a los cristianos, por otra convocaron a la gente infiel comarcana, con la cual se juntaron, y estando los españoles descuidados de traición dieron sobre ellos a medianoche matándolos, sin dejar hombre a vida, cumpliéndose a la letra lo que el apóstol dice: peligros en la mar y peligros en la tierra. Estaba entre aquellos españoles un negro esclavo de uno de ellos, con cuyo aspecto se espantaron mucho los bárbaros, por no haber visto jamás gesto de hombre de aquel color, y para probar si era postizo lo lavaron con agua muy caliente refregándolo con corazones de mazorcas de maíz, y haciendo otras diligencias para tornarlo blanco; pero como sobre lo negro no hay tintura, él quedó tan negro como su ventura, pues fué tal que lo trajo a manos de gente tan inhumana, que después de todo esto le dieron una muerte muy cruel.

Este naufragio y traición de los bárbaros estuvo por muchos días solapado, sin venir a noticia de los cristianos, por estar la ciudad de Santiago en sola distancia de veinte y dos leguas deste lugar, que era la provincia de los paramocoes. Pero como fué tanta la ropa que estos indios tomaron, así de la que salió a la playa que fué mucha, como de la que despojaron a los españoles que mataron, cundió mucho por la tierra, porque la andaban vendiendo y trocando por otras cosas, de suerte que no pudieron los españoles de Santiago dejar de reparar en la novedad. Tuvo Valdivia sospecha de alguna maldad, y para averiguar la verdad envió al capitán Francisco de Aguirre con suficiente número de soldados que hiciese pesquisa y diese el castigo conforme hallase haber sido el delito. Partióse este capitán al lugar donde el navío se había perdido, y poniendo diligencia en inquirir la verdad, se vino a descubrir todo de plano, y hecha bastante información, mandó fuesen castigados rigurosamente los culpados y, aun algunos levemente indiciados, ahorcando a muchos de ellos sin perdonar a ninguno de quien hubiese rastro de sospecha. Con este castigo quedaron los indios tan escarmentados, que de allí adelante nunca se atrevieron a poner mano en español, aunque fuese solo; y pusieron diligencia en acudir mejor que antes con sus tributos sacando para ellos oro finísimo, que tal es el de estas minas, tanto que hubo soldado que guardaba en un cofre la tierra dellas así como la sacaban, sin ser beneficiada, y cuando había menester doscientos pesos para jugar, no hacía más de lavar un poco de aquella tierra y lo sacaba della: éste se llama Bernardino de Mella y las minas eran las de Quillota. Conforme a esto era la grosedad de estos minerales tan abundantes que venían hombres, con sus mujeres e hijos tan pobres, que aun para los fletes no tenían y se remediaban luego con la grosedad de la tierra y las

limosnas que les daban los mineros, que eran largos para las iglesias y obras pías, aunque esto era remediar a unos pobres a costa de otros pobres, haciéndolos reventar beneficiando los metales.

A este tiempo llegó a la ciudad de Santiago un hombre principal, cuyo nombre era Pedro Sancho de la Hoz; éste había ido del Perú a España con cincuenta mil ducados, y allá se casó con una señora de mucha suerte llamada doña Guiomar de Aragón, con la cual gastó la hacienda que había llevado en poco tiempo, y viéndole el rey necesitado, le poseyó en la plaza de la gobernación deste reino de Chile donde él vino con este nombre, dejando a su mujer en España; pero como don Pedro de Valdivia estaba tan acepto y aposeionado del oficio, no osó el Pedro Sancho de la Hoz ponerse a pleitos, pues era cosa cierta que no podría salir con su pretensión, mayormente que cuando la majestad del emperador don Carlos le proveyó en el oficio no tenía noticia de que estaba en él don Pedro de Valdivia, el cual no se había de remover dél sino fuera para mejorarle, pues era tan benemérito y había ganado la tierra con su sudor para su majestad a quien la sujetaba. Viendo, pues, el gobernador Valdivia que el que venía a su oficio no lo quería llevar por punta de lanza ni hacer género de alteración en la tierra, lo recibió muy honrosamente, favoreciéndole en todo, y ante todas cosas dándole una encomienda de unos pueblos con buena renta de que se sustentase, conforme a la calidad de su persona, en cual él se satisfizo quedando todo el reino muy quieto.

CAPÍTULO XXV

De la vuelta que el capitán don Pedro de Valdivia hizo al Perú precediendo el capitán Alonso de Monroy, el cual murió en la ciudad de los reyes

Aunque en este tiempo tenía va su majestad el emperador don Carlos noticias de los reinos de Chile, pero no había ido persona propia a dar cuenta por menudo de su conquista y disposición hasta entonces, y pareciéndole al gobernador que no se sufría ya más dilación en este punto puso los ojos en el capitán Alonso de Monroy para esta embajada como persona tan aprobada en casos arduos, en los cuales había dado buena cuenta de sí, como se ve por lo que arriba queda referido. Y así le despachó con cartas suyas dándole ocho mil pesos de oro para el camino y poderes para que en el Perú le obligase por más cantidad; si fuese necesario para su viaje. Envió juntamente con él a Francisco de Ulloa para que le acompañase hasta el Perú, y allí hiciese gente para traer a este reino, que todavía era, necesaria, para que del todo se entablasen las cosas más de asiento, y para ello le dio doce mil pesos de oro fino de su parte. Partiéronse los dos en un barco grande de Juan Baptista de Pastén, capitán de esta costa muy diestro en ella, y llevaban todos tres, orden de ir en seguimiento de un barco donde iba huyendo un Luis Hernández con algunos otros, para que donde quiera que diesen con ellos hiciesen justicias de todos procediendo luego adelante en su camino. Partidos los tres del puerto de Valparaíso, fueron en busca del fugitivo, y no hallando noticia dél tomaron la derrota del Perú adonde llegaron en breve tiempo. A esta sazón estaba todo el reino en grande conflicto por el alzamiento de aquel famoso tirano Gonzalo Pizarro, que levantó bandera contra el rey nuestro señor, siguiéndole gran parte del reino, y aunque este tirano había

entonces bajado a la provincia de Quito a dar al virrey Blasco Núñez Vela la batalla donde le quitó la vida, con todo esto tenía en la ciudad de los Reyes a su lugarteniente y maestre de campo Francisco de Caravajal, hombre facineroso y de memorables hechos, los cuales remito a las historias del Perú. Este detuvo allí al capitán Alonso de Monroy sin dejarle pasar a España a su embajada, el cual así por la pesadumbre que recibió de verse impedido para sus intentos como por los grandes trabajos que había pasado, vino a caer en una grave enfermedad con que acabó sus días, habiendo hecho obras de valeroso capitán, como queda referido. Luego Francisco de Ulloa y el capitán Pastén se aderezaron para la vuelta a Chile juntando alguna gente con licencia de Francisco de Caravajal que para ello le dió y aun cartas para el capitán Valdivia con quien había tenido estrecha amistad en Italia, donde los dos fueron soldados de un mismo tiempo y compañía. Con esto se partieron por mar, y llegando al reino de Chile dieron al gobernador Valdivia noticia de todo lo que en el Perú les había sucedido, y algunas quejas de Francisco de Caravajal, así por haber impedido el viaje de Alonso de Monroy como por no les haber dejado traer toda la gente que ellos quisieran.

Ya el gobernador tenía noticia del motín por la relación de la gente que había llegado allí en un navío grueso que vino cargado de mercaderías, pero súpolo más en particular por dicho Francisco de Ulloa y el capitán Pastén y por las cartas del tirano Caravajal, las cuales se sospechaban ser perjudiciales y nocivas para el uno y otro reino, como lo eran las cosas deste atroz tirano. Y aunque la sospecha no era mal fundada por parte de Caravajal, y aun por parte de Valdivia había eficaz motivo para no tenerla muy buena, pero, en efecto, la experiencia mostró no haber de parte del capitán Valdivia cosa que oliese a tiranía, como se dirá luego. Esta nueva fué tan poderosa con él que se resolvió en desamparar este reino de Chile y bajar al Perú con intento de ayudar a la parte de su majestad, pues en ningún lance podía mejor emplearse, mayormente que junto con esta nueva tuvo otra de que venía el presidente Gasca con cédulas de su majestad para componer la tierra como quisiese, el cual estaba ya en Panamá a pique de entrar en el Perú, y pareciéndole que sería su persona de mucho efecto para tratar con él algunas cosas concernientes al orden que se debía dar, por ser el hombre más experimentado en cosas de las Indias, se determinó a poner gran diligencia en apresurar su viaje. Pero tuvo esta determinación tan oculta que no hubo hombre en toda la tierra que se la sintiese ni aun le pasase por el pensamiento presumir dél semejante mudanza, excepto su secretario, llamado Juan de Cárdenas, hombre muy hábil en su oficio, de cuya industria se aprovechó para la ejecución de sus intentos.

Ayudó mucho a ello un lance que se ofreció en aquella coyuntura, y fué que muchos españoles que estaban en este reino, especialmente en la ciudad de Santiago, habían juntado suficiente caudal para vivir descansadamente en sus tierras, los cuales no tenían encomienda ni otras raíces en este reino, y deseaban salir dél para gozar en su patria lo que con tanto sudor habían ganado; y así dieron un tiento al gobernador por ver si podían alcanzar licencia para partirse en aquella nao que allí había aportado con mercaderías. El gobernador, viendo la suya habló públicamente y dijo que él no gustaba de que estuviese al uno en esta tierra contra su voluntad, y que tenía por muy justo que los que habían servido a su majestad fuesen antes gratificados que molestados, y así mandó pregonar que cualquiera persona que quisiese ir a España viniese a pedir licencia, porque liberalmente

la concedería; estos pregones fueron motivo para que muchos que no tenían mucha gana de salir del reino se determinasen a ello, y acudieran a pedir la licencia, sin que él la negase a alguno. Estando ya todos aviados y a pique de partirse, hecho el registro de las partidas de oro que cada cual llevaba, mandó el gobernador Valdivia al maestre del navío que no se hiciese a la vela hasta que él le ordenase, porque había de ir en la nao el capitán Francisco de Villagrán a traer gente del Perú para suplir la falta de la que salía de Chile. Con este achaque salió él mismo de la ciudad fingiendo que iba a acompañar a Francisco de Villagrán hasta el puerto que estaba veinte leguas de ella, y cuando llegó a él halló toda la gente embarcada, que no aguardaba otra cosa sino su licencia para levar las anclas. Luego despachó un batel con mandato de que toda la gente saliese a tierra, porque, pues había llegado allí, era razón verlos a todos y tornarse a despedir de ellos, y como ninguno tenía indicio ni ocasión de sospechar novedad alguna, salieron todos a tierra a su llamado trayéndolos el mismo maestre del navío, al cual también mandó viniese a verle. El gobernador los recibió muy afablemente a todos con grandes muestras de amor diciéndoles las siguientes palabras: «Señores y amigos míos: aunque la causa de mi venida a este puerto ha sido el querer acompañar al señor Francisco de Villagrán, maestre de campo de mi ejército, y persona digna de que yo haga esto por su respecto, pero no ha sido menor motivo el tornar a veros y abrazaros de nuevo, que como ha tantos años que andamos juntos y nos hemos hallado siempre en unas mismas ocasiones, siendo común a todos el bien y el mal de cualquiera de nosotros, tiene el amor echadas tantas raíces en mi corazón que verdaderamente se me parte de ver vuestra partida, porque aquí no hay ninguno a quien yo no tenga por más que hermano muy querido, y la misma satisfacción tengo de todos para conmigo, fundada en la experiencia larga que desto tengo. No me queda otro consuelo sino entender que vais a descansar y gozar con quietud los frutos de vuestros trabajos, lo que mitiga parte de mi congoja. Lo que a todos pido es que si acaso se vieren en la presencia de su majestad (como se verán muchos de los presentes) le informen por entero de los largos trabajos que en su servicio he padecido para ganarle esta tierra poniéndola debajo de su corona, lo cual pido que hagáis en recompensa de lo mucho que a su majestad escribo de cualquiera de vosotros, ponderando mucho lo que le habéis servido, derramado varias veces vuestra sangre por serle fieles vasallos.» A todo esto iba derramando muchas lágrimas cual otro Ulises a la orilla del mar Sigeo, porque procedían de motivo diferente del que exteriormente mostraba. Porque no podía dejar de sentir íntimamente la mala obra que hacía a tantos hombres desventurados, dejándoles destruidos a cabo de tantas calamidades, y así había lágrimas de ambas partes, moviéndose a ellas los miserables creyendo que las de su capitán procedían del amor que les significaba.

Luego llamó al maestre de campo Francisco de Villagrán y le habló aparte secretamente descubriendo con él su pecho y sacando las provisiones y recados necesarios que traía ya hechos y firmados, y se los entregó dejándole en su lugar con el gobierno de todo el reino, y luego, fingiendo que iba a otra cosa, salió de la casa y se metió en el batel donde ya le estaba aguardando su secretario Juan de Cárdenas, Diego García de Cáceres, Jerónimo de Alderete, su mayordomo, Álvaro Núñez y don Antonio Beltrán; y con toda presteza se fué a embarcar sin ser sentido de otra persona, porque los que habían de ir en el navío se quedaron hablando con el maestre de campo como con persona que iba en su compañía, el cual los entretenía para dar lugar a don Pedro de Valdivia. Cuando ellos

salieron de la casa ya él estaba cerca del navío, y al punto que se embarcó en él con los que llevaba, levaron las anclas a toda prisa. Los pobres, que tenían dentro de la nao todas sus haciendas, y se iban a embarcar en ella, viendo el caso no pensado quedaron como pasmados, y comenzaron a levantar la voz clamando a los de la nao, y más al cielo, y a todo correr fueron a unas peñas que estaban más cerca del navío dando voces por el batel, y estando ellos en esta vocería y ruido vieron largar las velas y caminar el navío por la mar abajo. Fácil cosa será de persuadir al lector el grave sentimiento y amargura que hubo en todos aquellos pobres hombres viendo en un punto perdidas las riquezas todas que con tan extraordinarias miserias y calamidades habían allegado, y que al punto que iban a descansar y gozar dellas, se veían en el hospital y necesitados, y comenzar de nuevo a trabajar para sustentarse, quedando en tierras extrañas, y que su miseria llegaba a tal extremo que aun las frazadas de las camas les llevaban, sin que les quedase debajo del cielo otra cosa, ultra de lo que traían vestido, ni aun una estera en que acostarse, pues tenían embarcado todo cuanto tenían en sus casas, sin dejar en ellas más que las paredes. No se pueden encarecer las lamentaciones con palabras algunas, que aquellos miserables hacían llorando su desventura, pues había entre ellos hombre que no había querido comprar una camisa de las que trajo el navío por guardar dos pesos más que llevar a su tierra, y así levantaban alaridos al cielo pidiendo justicia de tal robo y maleficio. Estaba entre estos infelices hombres un trompeta llamado Alonso de Torres; éste, viendo ir a la vela el navío, comenzó a tocar con la trompeta cual otro Míseno que se puso a tocar su clarín a la lengua del agua, y tocó en son lastimoso una canción que decía: «Cata el lobo do va Juanica, cata el lobo do va»; y luego dio con la trompeta en las peñas haciéndola pedazos por no quedar con aquella que era su último caudal. A este tono decían otros hombres diversos dichos lastimosos, y lloraban su infelicidad. Porque muchos dellos tenían en España padres y hermanos pobres; y otros, hijas, mujeres a quien iban a remediar con lo que habían ganado. Y vino la pesada burla a tener tales efectos, que un pobre hombre llamado Espinel, natural de Granada, donde tenía unas hijas que iba a casar con seis mil pesos de oro que valen nueve mil ducados, viendo su dura suerte, hacía excesivos extremos de dolor tanto, que movía a todos a grande compasión, y pudo tanto en él la fuerza del dolor que perdió el juicio, y tras él la vida, porque se vino él mismo a ahorcar miserablemente. Yo no sé, por cierto, entre estos dichos qué pueda decir en esta parte, porque ningunas palabras serán bastantes a ponderarlo tanto que no queden muy cortas a lo que el mismo hecho está diciendo; sólo digo que hay día de juicio, y digo también que como aquel oro era sacado con el sudor de los desventurados indios, y habido por tan malos medios como consta de la historia, no quiere Dios que les luzca a sus dueños (si así pueden llamarse), que mejor les compete el nombre de robadores, y aun otro peor si hay a propósito. Y no es cosa nueva en el mundo perderse desta manera lo que es tan mal ganado, como se ve claro en las historias y aun en las palabras sagradas, que al tiempo que van los malos a gozar de lo que han injustamente adquirido, se les hace todo sal y agua, y aun se lo lleva todo el demonio, que así se puede decir. Ni de parte de Valdivia hay escusa que deba admitirse, pues no lo es el haber dicho al maestre de campo Francisco de Villagrán que pagase a aquellos hombres lo que les llevaba de lo que se fuese sacando de sus rentas y hacienda que allí dejaba, pues este era negocio largo por más que él lo dejase encomendado. Pero aquí más debemos hacer oficio de historiadores que de censores: lo demás quédese para el tribunal supremo de Dios, que todo lo tiene guardado para el día de la cuenta.

El maestre de campo Francisco de Villagrán procuró lo mejor que pudo aplacar aquellos hombres haciéndoles grandes ofertas y dándoles su palabra de pagarles con brevedad, adjudicándoles con la que tributaban los indios puestos en cabeza del general Valdivia, y aun con su misma hacienda y otros aprovechamientos que les buscaría, y, en efecto, lo hizo así. Y después de algunos años el mismo geneneral Valdivia, habiendo vuelto a Chile, satisfizo a todos y dio a algunos de ellos encomiendas de indios. Pero en la presente coyuntura de que vamos tratando luego que el navío salió del puerto pidió el registro y halló ser ochenta mil pesos de oro los que en él iban, los cuales él tomó para los gastos que había de hacer en el Perú, adonde iba. No es razón pasar en silencio un cuento gracioso que sucedió después por donde estos ochenta mil pesos se llamaron los ochenta mil dorados de Valdivia, el cual nombre dura hasta hoy. Y fué así que a cabo de algunos años estando el reino de Chile más poblado de gente española, y el capitán Valdivia vuelto a él y hecho gobernador por el rey, se hizo una solemne fiesta del Obispillo en la ciudad de la Concepción que se había entonces fundado, en la cual se halló el mismo gobernador. Por ser común de la ciudad, y para que más se festejase, encargaron un sermón ridículo, como se suele hacer en fiestas semejantes a un hombre llamado Francisco Camacho, que era gran decididor y tenía especial gracia y donaire en todo cuanto hablaba. Comenzó este buen hombre su sermón, y dijo tantas agudezas que provocaba a todos a risa, y entre otros chistes que dijo, fué no el menos solemnizado éste. Al señor general don Pedro de Valdivia le compete por dos razones y títulos este nombre de Pedro: lo primero, por habérsele impuesto en el bautismo; lo segundo, porque ha hecho el oficio de San Pedro. ¿Quiérenlo ver claramente? Pues acuérdense que San Pedro tendió la red en el mar, y de un lance la sacó tan llena de peces que se le rompía con haber estado toda la noche sin haber tomado uno solo; pues esto mismo le aconteció al señor gobernador, que con no haber podido su señoría acaudalar lo que deseaba en muchos años, echó una vez un lance en el puerto de Valparaíso y cogió más peces que San Pedro, y no de diferentes especies, sino todas de una, porque lo que pescó fueron ochenta mil dorados sin ningún trabajo suyo ni de sus compañeros, aunque no con pequeño de los desventurados que habían andado toda su vida metidos en el agua para cogerlos. Este fué especificando más en particular con tanto donaire y sal que no había hombre que no diese carcajadas de risa, excepto el gobernador, que no le supieron bien los peces con tanta sal, pues ya no estaban frescos, ni quisiera que le acordaran cosa de agua, porque esto era aguarle la fiesta. Pero a más no poder lo hubo de echar a risa. Y de allí salió como proverbio los ochenta mil dorados de Valdivia.

CAPÍTULO XXVI

De la llegada del capitán valdivia al Perú, donde gobernó el campo del rey en favor del presidente Gasca contra Pizarro

Luego que el capitán Valdivia llegó al Perú, tuvo nueva que el presidente Gasca iba a dar batalla a los tiranos que andaban con Caravajal, maestre de campo de Pizarro, y luego se partió en busca suya, y le alcanzó en un lugar cerca del Cuzco llamado Andaguailas, donde el presidente salió de sus reales a recibirle con trescientos hombres de a caballo, y

usó con él de toda cortesía, alegrándose mucho de ver persona de tanta autoridad y experiencia en cosas de guerra en todos estos reinos; y así trató con él largamente de lo que convenía trazar para el bien y quietud de toda la tierra. Y viendo cuán apropósito era su persona para todo, le rogó que admitiese el oficio de coronel de su ejército, a lo cual no quiso Valdivia hacer resistencia por dar contento al presidente y servir a su majestad. Mayormente que de allí adelante él mandaba a todo el campo haciendo cuanto quería, no ayudando poco a esto el haber llevado los ochenta mil dorados, con que cada día hacía banquetes en sus tiendas a los soldados y así los tenía a todos de su mano, y no menos al Presidente, que no cesaba de darle las gracias por haber venido a tal coyuntura a servir a su majestad. Llegando, pues, el campo del rey a ponerse frente a frente de los tiranos, y viéndolo Francisco de Caravajal con tan nuevo y extraordinario orden y disposición, comenzó a temblar, y dijo en alta voz a los de su ejército: «O en el campo del rey anda Valdivia, o el diablo», dando a entender que no podía haber otro en el reino que pudiese tanto como lo que entonces veía; y no habiendo mucha dilación en descubrirse que era Valdivia, dijo Caravajal: «Perdidos somos», como quien de tantos años le conocía. Y fué tanto lo que le dio en que entender, que tomaba de allí adelante las cosas de la guerra con más cuidado; y aun dijo a Gonzalo Pizarro que le convenía retirarse y procurar no venir a las manos estando Valdivia de esotro bando. Pero por no salir de la historia de Chile no diré más, sino que fué este capitán de grande efecto para que el campo del rey venciese al tirano, como lo hizo. Dentro de pocos días, estando ya sosegada la tierra, quiso el de la Gasca gratificar al capitán Valdivia sus servicios y mirar al bien común de Chile, y para esto le dio título de gobernador de este reino, porque para todo traía comisión de su majestad. Aceptó Valdivia el oficio, pidiéndole licencia para hacer gente, la cual le fué liberalmente concedida. No eran pocos los que se ponían debajo de su bandera, entre los cuales acudían muchos de los que habían sido contra el rey y andaban fugitivos, para los cuales pidió licencia nuestro gobernador al presidente Gasca, suplicando a su señoría les conmutase la pena de la vida en destierro para Chile, a título de ser tierra nueva y necesitada de gente para que su majestad la tuviese más segura de los indios. Y aunque el presidente rehusó el dar tal licencia, deseando que se hiciese justicia de los tiranos, fueron tantas las intercesiones de religiosos y otras personas grandes, que lo hubo de conceder con condición que el gobernador tratase a todos aquellos hombres como esclavos de su majestad, haciéndoles servir de gastadores y en otros oficios bajos, lo cual él admitió aunque no fué cumplido, porque en llegando a Chile andaban éstos más entonados y soberbios que los demás, y había hombre entre ellos que públicamente se jactaba de haber sido tirano. A tanto llegaba la insolencia de aquellos reinos. Y aún hubo muchos destes que después de muerto el gobernador Valdivia vinieron a tener encomiendas en este reino de Chile dadas por sus nuevos servicios.

En efecto, el gobernador juntó gran número de gente gastando en el navío lo que le quedaba de los ochenta mil pesos de oro, y tomando prestada otra buena suma de plata, bajó a la ciudad de los Reyes enviando a otros capitanes por diversos lugares a hacer gente, como fué a Esteban de Sosa, al Cuzco; al capitán Juan Jofré a Las Charcas, y a don Cristóbal de la Cueva a otros lugares diversos, de manera que se juntó gran número de soldados. A este tiempo llegó a la ciudad de los Reyes gente de Chile en un navío que surgió en el puerto del Callao, que eran algunas de las personas agraviadas del gobernador Valdivia por haberles quitado su dinero al tiempo que estaban embarcados,

echándoles en tierra, como queda dicho en el capítulo pasado; y aunque vieron que estaba proveído por gobernador, no por eso dejaron de querellarse delante la audiencia real, y aún hubo entre ellos hombres que viendo un día al gobernador hablar con el presidente Gasca, se llegó a él y le dijo: «Vuestra señoría no debe de saber quién es ese hombre con quien está hablando, pues sepa que es un grande ladrón y malhechor, que usó con nosotros la mayor crueldad que ha usado cristiano jamás en el mundo»: y con gran cólera y enojo dijo estas palabras a este tono de las cuales quedó el presidente tan espantado y alborotado, que mandó ahorcar aquel hombre luego. Pero el gobernador Valdivia, riéndose dello, le rogó que su señoría se quietase, por que aquel hombre tenía mucha razón para decir todo aquello y mucho más, y él mismo le aplacó y dio satisfacción de todo el caso. Después desto fué puesta la demanda en la Audiencia, aunque tuvo poco efecto por entonces, así por no haber otros testigos más de los agraviados como por la autoridad del oficio de don Pedro de Valdivia, y así se hubo de apaciguar todo con pagar a algunos de aquellos hombres lo que les había tomado, ultra de que envió a España cuatro mil ducados para casar las hijas de aquel Espinel que se ahorcó de pena, y a los demás rogó que se volviesen con él a Chile donde verían cuán sobradamente les satisfacía, y así lo hicieron ellos, cumpliendo él la palabra con darles buenas reparticiones, entre las cuales hubo alguna que llegó a ocho mil pesos de renta.

Teniendo, pues, estepunto llano el gobernador y capitán general Pedro de Valdivia, partió de la ciudad de los Reyes y caminó por tierra más de cuatrocientas leguas hasta llegar al valle de Atacama, juntándosele mucha gente en el camino. No faltó en este tiempo quien pusiese mal al gobernador con el presidente Gasca, diciéndole que iba con intento de alzarse con el reino de Chile, pues ya daba indicios de tirano robando lo que hallaba por los caminos él y los suyos, y llevando indios del Perú forzados en colleras y que advirtiese su señoría que era hombre inquieto, y revolviere sobre el Perú a levantarse contra el reino como lo habían hecho muchos traidores que iban confederados con él, y estaban indignados contra su señoría, porque les había afrentado sentenciando a unos a galeras y a otros a ser descuartizados. Acerca de lo cual acumularon tantas razones, que, el presidente hubo de mudar parecer y despachó a gran priesa al general Hinojosa con siete españoles, y entre ellos al capitán Francisco de Ulloa, natural de Cáceres, para que el general trajese consigo al capitán Valdivia, quedando Francisco de Ulloa en su lugar con el ejército que llevaba. Partieron estos caballeros con toda brevedad y dieron alcance a Valdivia, el cual, notificado el mandato del Presidente, obedeció puntualmente lo que se le mandaba, aunque con harta contradicción de muchos que le persuadían a que prosiguiese su camino; mas no haciendo caso dellos se volvió con el general Hinojosa; quedando por sustituto de su oficio Francisco de Ulloa, según el orden que llevaba. A este tiempo iban concurriendo al lugar diputado algunos capitanes a los cuales había enviado Valdivia a juntar gente, y en particular el capitán Cristóbal de Sosa, que iba ya delante entrando por el gran despoblado de Atacama, y después el capitán don Cristóbal de la Cueva con cien españoles, y, últimamente, el capitán Juan Jofré que había juntado veinte en el distrito de los Charcas. Este capitán, viéndose con poca gente, determinó confederarse con el ejército que estaba a cargo del nuevo capitán Francisco de Ulloa en Atacama, y con esta resolución fué marchando en seguimiento suyo hasta ponerse dos leguas de su real; y estándose pertrechando para pasar el despoblado grande, casi a la vista unos de otros, le pareció al capitán Jofré que no le sería muy difícil el desposeer del

cargo al, general Francisco de Ulloa; pues todo su ejército le había recibido, acaso le admitirían a él de mejor gana por ser capitán de Valdivia y hechura suya. Y como lo pensó, así lo puso en ejecución, enviando para este efecto al comendador Mascareñas, portugués animoso, del hábito de Cristo; el cual entró en el ejército y tuvo tanta maña que prendió a Francisco de Ulloa y lo llevó a recaudo preso, quitándole lo que él había llevado de su misma hacienda, con poca circunspección y menos conciencia.

Llegado el capitán Jofré fué recibido de todo el campo, y mandaba en él como gobernador absoluto, y así se fué entrando por el despoblado adelante hasta llegar al valle de Copiapó. Quiso su ventura que poco antes de llegar allí dio con el capitán Cristóbal de Sosa y los cien hombres que llevaba, lo cual le valió mucho para resistir al ímpetu de los bárbaros de Copiapó, que estaban a la sazón orgullosos por haber vencido y muerto seis días antes a cuarenta soldados que se habían adelantado con el capitán Juan Boon, y así se juntaron para esta batalla más de doscientos españoles, saliendo contra ellos el capitán Cateo, y se trabó una muy sangrienta batalla, en la cual quedaron desbaratados los indios, muriendo muchos dellos, con pérdidas de nuestra parte de sólo tres españoles. A este tiempo, como estaban incorporados ambos ejércitos en uno fué necesario dar corte en que la cabeza fuese sola una, para lo cual dejó el capitán Jofré el cargo que había tomado, quedando por capitán Cristóbal de Sosa; con esta ocasión fué libre, de los prisioneros, el capitán Francisco de Ulloa, a quien Jofré traía preso, y se le restituyeron sus armas y caballos, yendo con los demás del ejército libremente. Con este orden estaba la gente española descansando en aquel valle de Copiapó, donde es siempre tan necesario hacer alto por haberse pasado el despoblado grande, cuanto es dificultoso por el peligro que hay respecto de ser los bárbaros muy belicosos y nunca acabados de quietar con firmeza en la paz con los españoles. A este tiempo llegó el capitán Pedro de Villagrán con una compañía de veinte soldados, a los cuales les valió no menos que las vidas el llegar a tal coyuntura, porque a pasar solos sin duda alguna no pasaran, por estar los indios puestos al paso para impedirselo dando en ellos con gran furia estando encarnizados con las presentes ocasiones.

CAPÍTULO XXVII

De las cosas que pasaron en Chile en el tiempo que el capitán Valdivia estuvo en el Perú, y la destrucción de la ciudad de la Serena

Después que el gobernador don Pedro de Valdivia partió del puerto de Valparaíso con los ochenta mil pesos, yendo al Perú, como la historia lo ha contado, dió Villagrán la vuelta con brevedad a la ciudad de Santiago porque la ausencia del gobernador no causase alguna novedad y escándalo, como de hecho se iba tramando. Llegado al pueblo mandó luego que se juntase la justicia y regimiento, ante los cuales presentó los recados que tenía del gobernador Valdivia, donde le substituían en su oficio con cuya provisión, presentada en el consistorio, fué recibido pacíficamente. Y como persona a quien le incumbía el mirar por todo, dio luego traza en lo que convenía a la paz y sosiego de la tierra, y en particular el conservar la paz en que los indios estaban. Y fué tanto el beneplácito de todos, que hubo grandes fiestas y regocijos en el reino, por ser conocido

en todo él Francisco de Villagrán, desde su conquista. Mas como Pedro Sancho de la Hoz, según está dicho, tenía ocultamente guardadas las provisiones reales del gobierno de este reino, y vió que el capitán Valdivia era ido de aquella manera, llevando tanta suma de oro ajeno, y que quedaban lastimados los robados de haber perdido sus haciendas, parecióle que era ésta buena coyuntura para su negocio, pues el no haber entrado en su oficio hasta allí había sido por estar en la posesión el capitán Valdivia, que había ganado el reino con su industria y sudor. Y habiendo de recibir nueva cabeza, era razón que lo fuese él, pues el rey le había proveído en el gobierno, y para publicar sus provisiones y cédulas reales, se aconsejó con algunos caballeros y soldados amigos suyos, y en particular con los que estaban agraviados de la toma del oro. Y así secretamente hizo una bandera y vara de la real justicia, y un soldado belicoso y atrevido que se llamaba Francisco Romero tomó el cargo de aperebrar a los que estaban confederados con él para salir con todos juntos a la plaza con mano armada y pregonar sus provisiones, que eran bastantes. Pero uno de los de su bando, y amigo suyo, que se había de hallar en ello, pareciéndole que no saldría Pedro Sancho de la Hoz con su intento, dio parte de ello a un sacerdote que se llamaba Juan Lobo, natural del Puerto de Santa María, en España, el cual por estorbar el daño que dello podría resultar, con celo cristiano se fué a Villagrán y le dijo sin señalar persona que saliese luego a la plaza con las personas de que más se fiaba para impedir un alboroto de que podría resultar grave escándalo en el reino. Oyó esto el mariscal sin alteración alguna, y luego entendió lo que podría ser, y siendo informado de ello, salió a la plaza con su vara en la mano y algunos amigos suyos que le iban acompañando. Luego que llegó al lugar del comercio del pueblo supo más en particular el caso, y sin dilación alguna envió al capitán Diego Maldonado (que era un caballero de mucho valor) a prender a Pedro Sancho de la Hoz, el cual lo cogió de improviso con su bandera enastada, esperando que viniesen el muñidor y confederados suyos para salir a la plaza y dar fin a su deseo, y así lo tomaron con el hurto en las manos. Viéndose Pedro Sancho salteado se cortó de pies y manos, sin saber qué decir en tal caso, y siendo llevado ante Villagrán dio ciertas excusas y disculpas deste hecho, las cuales no admitió el mariscal, porque ninguna era suficiente; y porque constase fundamentalmente haber sido el autor de la sedición, le mandó tomar su confesión, en la cual dijo algunas razones en que mostró grande ánimo y valor, aunque en parte redundaban en menoscabo de Villagrán y Valdivia. Habiendo averiguado la causa, y sustanciando el proceso, dió Francisco de Villagrán sentencia en que le mandó cortar la cabeza, la cual le notificó Luis de Cartagena, escribano de cabildo, y como no había persona a quien acogerse, el sentenciado apeló para ante Dios y su majestad, pero sin aguardar ningún término le cortaron la cabeza y la sacaron a la plaza para que todos la viesan, y escarmentaran en cabeza ajena. Y túvose por cosa muy cierta que se excusaron con su muerte las de otros, que se iban enredando en la plaza.

A este punto llegó allí el solicitador que convocaba la gente y habló algunas palabras de pasión y sentimiento, por las cuales le mandaron cortar la cabeza sin esperar a que alegase razones algunas, y con estas dos muertes cesó el proceder contra los demás culpados y quedó la república quieta. Y después, pasados algunos años, estando el capitán Francisco de Villagrán en la ciudad de los Reyes del reino del Perú, que había ido preso como se dirá a su tiempo, le puso demanda ante el presidente y oidores una hija de Pedro Sancho de la Hoz casada con Juan de Voz Mediano, siguiendo ella y su marido con

todo rigor la demanda de la muerte de su padre. Mas como se pusiese en ello silencio por haber entrado personas graves de por medio, lo remuneró Villagrán, cuando volvió a este reino por gobernador dél, dando a Juan de la Voz un repartimiento de indios en encomienda con el cual quedó satisfecho.

En este tiempo los indios bárbaros del valle de Copiapó, del Guasco, Coquimbo y Limarí estaban deseosos de venganza de los españoles por el daño que de ellos habían recibido. Y viendo que los vecinos de la ciudad de Santiago de Mapuche estaban ocupados en sacar oro y en las demás cosas que habemos dicho, y que en la batalla pasada habían muerto el capitán Juan Boon con cuarenta españoles, aunque con pérdida de ochocientos indios de su parte, según queda referido en el capítulo inmediato a éste, les pareció que podían acometer otra cualquier empresa contra los cristianos. Con esperanza de victorias partieron luego muy orgullosos para dar sobre la ciudad de la Serena, donde los españoles estaban muy descuidados por no haber llegado a su noticia la matanza que los bárbaros habían hecho en los cuarenta cristianos, respecto de no haber quedado hombre dellos que pudiese dar la nueva más que algunos yanaconas que no llegaron a tiempo. Estando, pues, cerca de la ciudad, acometieron una noche con gran estruendo, dando sobre los españoles al tiempo del más quieto sueño, tomándoles las puertas de las casas, de suerte que no se pudieran juntar ni poner en defensa, y así los mataron y prendieron a todos sin perdonar hombre excepto un soldado que se llamaba Juan de Cisternas y un compañero suyo que tuvieron reportación para evadirse, y al fin aportaron a la ciudad de Santiago donde dieron la triste nueva. Habiendo pasado la noche en que hicieron este estrago y llegando el día que lo descubrió claramente, juntaron los bárbaros algunos españoles que habían tomado vivos y los niños pequeñitos con sus madres y las demás mujeres y a todos los despedazaron rabiosamente con grandísima crueldad, como si fueran tigres o leones. A las criaturas las mataban dando con ellas en la pared; a las madres, con otros tormentos más intensos, y a los hombres, empalándolos vivos, y era tan desafortada su saña, que porque no quedase rastro de los cristianos mataban con extraordinario modo a los perros, gatos, gallinas y semejantes animales que habían metido los cristianos en el reino; finalmente, hasta las camas en que dormían las quemaron todas haciendo pedazos la yacija, y luego pusieron fuego por todas partes a la ciudad, y no pararon hasta que no quedó rastro della. Después de haber puesto fin al incendio y ruina, se dividieron los indios yéndose cada cacique a su tierra, con mucho contento en haber hecho aquel daño y venganza contra los españoles, los cuales la tomaron dellos muy por entero antes de pasar mucho tiempo, porque sabido el suceso por el gobernador Francisco de Villagrán en la ciudad de Santiago, despachó desde allí una fragata con los capitanes Diego Maldonado y Esteban de Sosa con treinta hombres, que desembarcaron en el puerto de Tongoi y caminaron a pie siete leguas hasta la ciudad arruinada, donde hallaron más de quinientos gastadores deshaciéndola toda y la fortaleza que allí habían hecho los nuestros. Trabóse allí batalla tan reñida que en trece días que allí estuvieron no hubo alguno en que no peleasen, porque como los bárbaros veían a pie a los españoles se atrevían sin recelo, y mataron dos dellos.

En este tiempo el capitán Francisco de Villagrán venía por tierra desde Santiago hasta la ciudad quemada para edificarla y traía consigo treinta hombres de a caballo, aunque se volvió del camino, enviando quince de a caballo que se juntasen con los demás que

habían venido en la fragata, y mandó al capitán Diego Maldonado que se quedase allí haciendo la guerra. Venido el gobernador por la mar a la ciudad de Santiago, envió al capitán Francisco de Aguirre a poblar y reedificar aquella ciudad, el cual lo hizo, y después fué con los once de a caballo al valle de Copiapó, donde acababan de matar a los cuarenta, con el capitán Juan Boon, y habiendo hecho el debido castigo, lo dejó todo llano y puesto en orden. No dejaré de apuntar aquí cómo los indios deste valle decían ser los cristianos trece, como quiera que ellos no fuesen más que doce con el capitán, lo cual no deja de ser indicio de que andaba entre ellos algún ángel o el glorioso apóstol Santiago. Después de haber estado estos indios de paz algunos días se quisieron tornar a rebelar estando entre ellos un español llamado Cristóbal Martín, que les ordenaba las cosas en que habían de servir, y por aviso de una india que él tenía supo que lo querían matar. Y se anticipó yendo a la ciudad, donde avisó dello y se volvió al valle con gente que castigó a los caciques y señores, y algunos capitanes y otros indios, con cuyas muertes nunca se han tornado a rebelar, por haber sido bravo el castigo que hizo en ellos el capitán Francisco de Aguirre.

CAPÍTULO XXVIII

De cómo fué reedificada la ciudad de la serena, y cómo tomó posesión del Gobierno del reino de Chile el capitán don Pedro de Valdivia

En el ínterin que esto pasaba, el gobernador Valdivia estaba en el Perú desterrado por el presidente Gasca por las calumnias que le habían impuesto. Pero habiendo el presidente hecho bastante escrutinio, y sacando en limpio la verdad, dejó volver libremente al gobernador a este reino, dándole una galera, en la cual llegó a pocos días después de destruida la ciudad de la Serena. Luego que llegó al puerto del Guasco, que está veinte y cinco leguas antes de Coquimbo, mandó saltar en tierra al capitán Diego de Oro con tres españoles que se anticipasen para prevenir al recibimiento que se le debía como a nuevo gobernador. Caminó este capitán de noche por evitar el calor del sol que ardía mucho, y ya que estaba junto a la ciudad, encontró con un escuadrón de enemigos, los cuales como vieron que los españoles venían a pie, dieron sobre ellos con bravo ímpetu por acabarlos como a los demás del pueblo. Pero los cuatro fueron tan esforzados que no solamente se defendieron, peleando gran rato de la noche, pero también mataron muchos bárbaros, quedando, finalmente, dos dellos muertos en la refriega, de la cual procuró escabullirse el capitán Diego Oro con el compañero que le quedaba. Para esto les ayudó mucho la oscuridad de la noche, con que se metieron en una arboleda áspera que estaba cerca, donde no fueron tan presto descubiertos de los enemigos, y así los hubieron de dejar sin hacer en buscarlos mucha instancia. Cuando los dos vieron que los bárbaros se habían recogido, tomaron luego el camino de la ciudad de Santiago, invocando al Señor que los ayudase, el cual no despreció sus oraciones dándoles fuerzas para entretenerse en la montaña.

De allí a pocos días llegó el gobernador Valdivia al puerto que estaba a dos leguas de la ciudad quemada, y como vió que no parecía el refresco y caballos que había enviado a pedir con los cuatro hombres, tuvo al principio mala sospecha, y mayor después, por la

demasiada dilación de la gente que esperaba; y para descubrir alguna novedad, envió otros cuatro hombres a que lo pesquisasen y trajesen caballos y lo demás necesario para ir desde el puerto a la ciudad de la Serena. Cuando llegaron éstos a vista de la ciudad, luego echaron de ver la desventura; porque con haber más de veinte días que había pasado el incendio, estaba todavía humeando, y era tanta la fuerza del humo, que estaba todo el aire como aneblinado caliginoso. Visto el desastrado espectáculo, dieron todos cuatro sin dilación la vuelta a toda priesa hasta informar al gobernador de lo que pasaba. Sintió esto Valdivia íntimamente, y para poner algún remedio, envió al capitán Jerónimo de Alderete con treinta arcabuceros que mirasen por menudo todo lo que pasaba, llevando mucho recato para no dar en alguna emboscada. Salió Alderete a ejecutar este mandato. Y halló tan destrozada la ciudad, o, por mejor decir, no halló la ciudad, ni aun piedra sobre piedra, y juntamente descubrió la matanza de los cristianos y todo lo concerniente al motín de los bárbaros, y con prudencia de buen capitán mandó disparar una rociada de arcabucería, cuyo estruendo oyeron los soldados que habían escapado de la refriega y estaban en aquel bosque, y conociendo ser españoles los que disparaban las escopetas, salieron con gran regocijo como gente que estaba en tal aprieto en aquella espesura muy flacos y desfigurados, teniendo por momentos la muerte al ojo. Informado Alderete más en particular de todo el caso, envió dos hombres que diesen al gobernador aviso dello, los cuales fueron con brevedad y le contaron el caso de la manera que había sucedido. Quisiera mucho Valdivia hacer luego el debido castigo en los bárbaros de aquellos valles, pero no pudo por falta de caballos, que es el principal requisito que hay en la guerra contra esta gente. Mas ya que no pudo efectuar esto, mandó luego que se enterrasen los cuerpos de los difuntos en la que solía ser iglesia, la cual aunque estaba arrasada con el suelo, en fin era lugar sagrado. Hecha esta diligencia, salió el gobernador del puerto con la galera y navío navegando hacia Valparaíso, que es el puerto de la ciudad de Santiago, con determinación de enviar luego gente que hiciese el castigo en los malhechores. No tardó muchos días en llegar a donde llevaba la proa, con gran regocijo de todo el pueblo, cuyos moradores, y en particular los de mayor cuenta, salieron al recibimiento con la mayor solemnidad que el caudal de cada uno permitía. Lo primero que trató en tomando la posesión de su gobierno, fué dar traza en que fuesen algunos soldados a castigar los indios que habían asolado a la Serena. Para lo cual despachó al capitán Francisco de Aguirre con menos gente de la que él tenía determinada, porque supo haber ya partido al mismo efecto el capitán Cristóbal de Sosa y el capitán Maldonado, el uno por mar y el otro por tierra; y así mandó a Francisco de Aguirre que se aunase con ellos y no volviese hasta haber hecho un severo y memorable castigo.

Después desto descansó algunos días, comunicando con el maestre de campo Villagrán las cosas que habían pasado en su ausencia, y estando bien informado de todo, aguardó un día que salían todas las personas principales de misa y, cogiéndolas a la puerta de la iglesia les hizo una plática, donde les significó cuán rato estaba a los caballeros que en su ausencia habían manifestado la amistad que le tenían, entremetiendo promesas y ofertas, así a éstos como a los que traía consigo, y juntamente dijo algunas palabras preñadas, dando a entender que no se descuidaría en hacer el debido castigo en los mal mirados hasta cortar la cabeza al que lo mereciese; y del proceso de sus palabras se coligió estaba informado de que algunos se le habían mostrado contrarios en ausencia. Habiendo hablado largo rato acerca desto, les mostró las provisiones que traía del presidente Gasca,

por las cuales, en nombre de su majestad, le nombraba por gobernador y capitán general, y con esto dio fin a su razonamiento. Y para comenzar a ejercitar el oficio, mandó reedificar luego la ciudad de la Serena, cometiendo esto al general Francisco de Aguirre, el cual lo efectuó, con grande exacción y castigo a los indios culpados, tan severamente que hasta hoy no se han tornado a rebelar. Por otra parte, deseaba el gobernador conquistar las provincias de más arriba, adonde había ya llegado antes de ir al Perú, aunque no pudo conseguir su intento, por ser muy poca la gente que llevaba, y los indios, innumerables. Y aunque a esta sazón tenía quinientos españoles y gran suma de caballos, que se vendían a dos mil pesos cada uno, con todo eso no se contentó con sólo este aparato, teniendo por cosa expediente aumentar el ejército y poblaciones con más gente venida del Perú, para lo cual envió personas que la trajesen, como se dirá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXIX

Del viaje que el maestro de campo Francisco de Villagrán hizo al Perú a juntar gente para este reino

El deseo con que Valdivia anhelaba el aumento de estas provincias le movió aquitar de sí la persona más esencial que tenía en Chile, que era Francisco de Villagrán, por ser el que más exactamente podía mover los ánimos de los españoles que estaban en el Perú a venir en su seguimiento y traerlos con mayor comodidad que otro alguno de sus capitanes. Obedeció Villagrán al gobernador, poniéndose en camino para efectuar lo que pretendía, y dióse tan buena maña que en breve tiempo acabó su curso, y recogió doscientos y cincuenta hombres, los más lucidos, y aunque habían entrado en Chile hasta entonces. Deste número fueron don Miguel de Velasco, hijo de Martín Ruiz deyerno del condestable, casado connatural suya, y cabeza de bando en; Gabriel de Villagrán, tío del mismo; Pedro de Avendaño; García de Alvaradode Alvarado, naturales de la villa deDiego Ortiz de Gatica, veinte y cuatro de..... rez de la Frontera; Juan de Figueroa y Fernando de Morga, naturales de Cáceres; Fajardo de Andújar, Juan de MatiCalindres; y el capitán Alonso de Reinosonombró por maestre de campo, como lo, después en este reino muchos años ymente por Alférez general a Rodrigonoco persona en quien concurrían los requisitos correspondientes a tal cargo. Para despacho, y aeste ejército se ofrecieron muchos mercaderes a dar el dinero y armas necesarias a trueco de que los trajesen a Chile, dejando lo que en el Perú tenían entablado, y aun adquirido, por haber muchos de ellos que tenían veinte y treinta mil pesos de caudal, posponiéndolo todo con la pretensión de que habían de hallar por acá montes de oro, aunque después se hallaron desengañados, o, por mejor decir, engañados los pocos que llegaron con el pellejo, pues la mayor parte de ellos murieron por esos caminos con el rigor del hielo, hambres y calamidades, y algunos, al pasar los ríos en qué bebieron demasiado sin hartar la insaciable sed con que ardían, no contentándose con las haciendas que Dios les había dado, según la sentencia que Él mismo dice: que no se harta el ojo con lo que ve ni el oído con lo que oye. Con esta expedición fué el ejército marchando por los Charcas, tomando el camino que está de

esotra parte de la cordillera, la cual dejaron hacia el Poniente para ir descubriendo nuevas tierras.

Estaba a esta sazón el capitán Juan de Santa Cruz haciendo gente en los Charcas para el reino de Tucumán por orden del gobernador Juan Núñez de Prado, y licencia del presidente Gasca. Y aunque Villagrán tenía mandato del mismo presidente que no pasase por el distrito en que éste capitán estaba, con todo eso, como se vió lejos de quien lo había mandado, no quiso torcer su cainino, y así fué tan frustrado el intento del presidente que los soldados que tenía ya Santa Cruz debajo de su bandera se salieron della por meterse en la de Villagrán dejando la de Santa Cruz, no porque la cruz de su estandarte fuese menos santa que la de Villagrán, sino porque era la otra más dorada y tenía el accidente que muchos hombres ponen ante los ojos en primer lugar. De suerte que aun el mismo maestre de campo de Santa Cruz la desamparó, y aunlos soldados por fuerza enviándole encalzón y sin sombrero, habiendo pocas horasle quitaba la gorra hasta el suelo. Mascortar el hilo a esta materia por no engolfarme en tratado de exorbitancias y desafueroslas deste viaje, que harían tan largoscomo él lo fue, con todo eso no sedejar de tropezar en algunos, que sedo en el camino, cual fué sacar..... muchos indios presos en collera dellamada Caramachica, en pagoextraordinarios regalos con que habían hospedado al ejército por espacio de veinte días, recibéndolos con arcos triunfales y el suelo cubierto de hierbas y flores, enramando aunlas paredes de las calles por donde habían de pasar y desvelándose en aparejar gran suma de mantenimientos para el resto de su camino, sin dejar en cosa de las necesarias para su regaloaderezar los caminos por donde pasaban haciendo ramadas en que descansasen, teniendomuchas cargas de maíz, venados, codornices y otras aves, y muchos linajes de pescados. Y destas y otras semejantes obras hacían muchas los españoles a los indios infieles, llevándolos presos fuera de sus tierras con cincuenta libras de carga cada uno, y algunos más de ciento en lugar de aliviarles el yugo de la iny darles buen ejemplo para aficionarlos a la ley de Cristo. Y para echar el sello a tan galanas hazañas, mandó Villagrán hacer otra que no se podía esperar de los mismos bárbaros, y fué que la noche de su partida se pusiese incendio a la casa del cacique llamado Lindo, donde se quemó él con su mujer, hijos y criados, sin haber otra ocasión más de parecerle que la atrocidad de sacarle del pueblo ochocientos indios en cadenas, dejando solas a sus mujeres y hijos, le había de provocar a tomar venganza mayormente viendo tal remuneración a tales obras, como él y los suyos habían hecho al mismo Villagrán, y todo su ejército. Desta manera fué quemado el cacique Lindo, cual otro Alejandro Milesio por mano de los Lauretes en tiempo de Sila. Pero aquel señor que lo ve todo de lo alto, y ha de venir a juzgar al mundo por fuego, ultra del castigo que reservó para el día de la cuenta, lo comenzó a ejecutar luego por nieves y llamas; porque al pasar de un páramo murieron los ochocientos indios, y más de otros doscientos que venían del Perú, por el poco abrigo y mucha carga que traían a causa de haberlos cogido de repente. Y así se quedaron las cargas tendidas por aquellos campos, y las llevaron los españoles a cuestras mal que les pesó, cargándose también de las cadenas para tornar a coger indios y meterlos en ellas. Dejo aparte el peso y cadenas que llevaban en sus conciencias sin querer doblegar y humillarse con él, por más que les era duro tirar coces contra el aguijón. Y para que se viese que esta mortandad no fué acaso sino con particular providencia del cielo, quiso Dios que todos estos indios muriesen dentro de hora y media

en medio del hielo, y poco después sobrevino el castigo de que fué ejecutor el fuego, como se verá en el capítulo siguiente.

Llegado el ejército al gran río Tucumán asentó las tiendas a su orilla, de donde salieron veinte hombres con don Pedro de Avendaño a correr la tierra. Vino esto a oídos de Juan Núñez de Prado, general de aquella provincia, el cual se halló muy perplejo no pudiendo rastrear qué gente pudiese ser aquella de que le daban relación los indios. Y para sacar esto en limpio salió de noche con treinta hombres de a caballo, enviando por delante al capitán Juan Núñez de Guevara, que era valentísimo y muy determinado, a reconocer la gente de aquel alojamiento. fué este capitán a pie y solo, y llegando a los reales se puso a escuchar la conversación de ciertos soldados, por la cual entendió ser Villagrán la cabeza de todo el bando, y sin temor ni recelo se fué metiendo por entre la gente sin querer decir quién era por más que se lo preguntaban. A este tiempo llegó el general Juan Núñez de Prado, y dio arma por todas partes, con cuyo estruendo se alborotó el ejército y salieron los soldados de sus tiendas para ponerse en defensa. Y fué tanto el ánimo y astucia del capitán Guevara, que dio voces a Villagrán para que respondiese pensando ser soldado suyo el que lo llamaba, como en efecto respondió, diciendo: «¿Quién me llama?» Entonces el Guevara cerró con él y le echó mano diciéndole sea v. m. preso en nombre de su majestad y del general Juan Núñez de Prado; no se turbó Villagrán con esto; antes asió la guarnición de la espada del agresor, y anduvieron luchando por un rato hasta que llegaron soldados de ambas partes trabando una gran refriega donde apenas se discernían unos de otros, y así se salieron los treinta sin lesión alguna habiendo muerto algunos caballos y atropellado lo que pudieron. Venida la mañana fué Villagrán con ochenta hombres sobre la ciudad a vengar la injuria, pero saliendo al camino un religioso que se le puso delante con un Cristo en las manos, reprimió el ímpetu de su cólera como a David con el encuentro de Abigail y su presente, y así se reconciliaron los dos generales y se festejaron algunos días.

CAPÍTULO XXX

De la entrada de Villagrán en Chile con gente española

Llegados a la provincia de Mugalo, dijo un indio a Villagrán que estaba ya cerca de los puelches, que era abundantísimo de todo; dijo también que estaban adelante otras muchas provincias fértiles y ricas, las cuales, con el tiempo, se han ido descubriendo. Oída la relación del indio, le examinó el general más en particular, y le mostró un pomo de espada de oro fino, preguntándole si en aquellas tierras había cosa como aquélla, a lo cual respondió ser gran suma de oro la que había, ofreciéndose a hacer bueno todo lo que había dicho, y pidiendo al general que le mandase llevar en prisiones, para que si saliese mentira se hiciese en él el debido castigo. No fué pequeño el desabrimiento que Villagrán recibió, pareciéndole que los suyos habían de alborotarse con la nueva y pretender gozar de aquellas tierras torciendo el camino que llevaban al lugar adonde él tenía su dirección, pensando ser cierta la nueva de la muerte de Valdivia, a quien tenía por cierto que sucedería él en el oficio de gobernador de todo el reino. Y por esta causa persuadió a toda su gente ser mentira cuanto el indio decía por divertirlos de la codicia en que los había

puesto; y pareciéndole que los desvelaría más eficazmente con averiguar que eran embustes propios de indios, quiso probarlo con darle el castigo que mereciera si ya lo tuviera convencido de mentira, y aun mayor, mandándole quitar la vida sin ser parte para impedirlo los ruegos de todos los de su ejército, de los cuales no faltaba quien le encargase la conciencia, intimándole que aun cuando hubiera cogido al indio en mentira era rigor excesivo y desafuero indigno de la autoridad de su persona. Finalmente el indio fué muerto por su mandato añadiéndose esta crueldad a las pasadas, y abriendo camino a otra siguiente que diré luego; pero si ambición y codicia se unen para tirar de un corazón, nunca deja de brotar semejantes espinas. ¿Qué Herodes dejó de matar a los inocentes? ¿Qué Jugurtha a sus hermanos? ¿Qué Absalón a su mismo padre, ya que no en el efecto a lo menos en el afecto con que acometió a ello? Y concurren estas dos pasiones desordenadas del apetito de mando y de dinero; o ¿qué Vitoldo dejó de echar a los perros los miserables hombres condenados? Digo esto por engarzar el hecho que diré con el precedente, aunque ellos de suyo son tan uniformes, como originados en una misma oficina. Sucedió, pues, el día siguiente, que hubieron a las manos a otro indio, al cual mandó el general llevar a su presencia, y le examinó con muy particular escrutinio sobre semejante materia a la referida; más el indio estuvo a todas sus preguntas tan mudo como si naturalmente lo fuera, sin que sus industrias, regalos y amenazas fuesen de algún momento para desquiciar al indio de su silencio; tanto que hubo de procederse a más rigor, dando al indio excesivos tormentos hasta dejarle tendido en el suelo como muerto; y para experimentar si realmente lo estaba, le mandó el general echar un feroz perro, que embistiendo en él le atravesó un brazo con los dientes, sin que él moviese los suyos travestidos, ni la lengua constantemente enmudecida. Mas como le desamparasen como a difunto, y él viese a los verdugos algo apartados, levantóse con viveza de onza, y dio a correr con ligereza de venado. Y como a tal le echaron de nuevo al perro ya cebado en él y fueron en su seguimiento algunos de a caballo por orden del general, los cuales dieron menos alcance a su corrida que el mismo general a su silencio. En resolución, cuando vinieron a perderle de vista, se hallaron dos leguas del sitio de donde partieron sin poder pasar adelante de puro cansados, no lo estando el atormentado que dejaron por muerto. La admiración en que a todos puso este espectáculo fué la misma que tendrá el lector; y el andar echando juicios entre sí sobre la causa desto fué tan inútil que, dejándome de proseguirlo, pararé en solo una pregunta al autor destas hazañas. Al cual rogara yo que me dijera: ¿en qué estuvo el pecado destes indios? En hablar, o en callar; si en callar, ¿por qué mató al primero? Si en hablar, ¿por qué hizo lo mismo con el segundo? Mas al fin lo que yo conjeturo es que este último no debía de ser hombre, sino algún espíritu en su figura enviado o permitido por Dios para justificar su causa cuando ante su tribunal se diese por excusa de la crueldad el haber hablado el primer indio.

Otro caso sucedió a cabo de pocos días en diferente materia que ésta; y fué que estando asentados los reales en cierto lugar, no muy cómodo, le pareció al mestre de campo Alonso de Reinoso, estando el general ausente, que sería bien mudarlos a otro sitio más oportuno, y así lo hizo, señalando a cada uno el lugar donde había de asentar su tienda. Parece ser que a Rodrigo Jinoco, que era alférez general, no le cuadró el sitio que le señalaron, y con esta ocasión dijo al mestre de campo estas palabras: «Señor mestre de campo, yo no tengo necesidad de que usted me prescriba el lugar donde tengo de alojarme, que yo como alférez mayor que soy me pondré donde me diere gusto.» Destas

palabras vinieron a otras mayores, y de una en otra cundió apriesa la cizaña, como es costumbre donde quiera que a los principios no se atajan las ocasiones, hasta venir a las manos. A este ruido acudieron muchos, poniendo mano a las espadas haciéndose al bando del mestre de campo; y viendo el alférez los que cargaban sobre él, dijo en alta voz: «¿Dónde están mis amigos? ¿Cómo en tal tiempo me faltan todos?» Oyendo esto un soldado, salió diciendo a voces: «Traición, traición, en el campo del general, mi señor». Este soldado fué a toda priesa a dar noticia del caso al general., que andaba paseándose a la ribera de un río allí cerca; el cual, oyendo la nueva, dijo a un hombre que con él estaba, llamado Juan Sánchez de Alvarado, que fuese luego a decirle al maestro de campo que si el alférez se había en algo descompuesto con él le cortase luego la cabeza sin aguardar a que él viniese. Y si el mestre de campo no quisiera cortársela, lo hiciese el mismo Juan Sánchez que llevaba el recado. Llegó, pues, este mensajero, y hallando el campo alborotado y al alférez preso, se fué para él con tanta avilantez y denuedo cuando se puede presumir que tomaría de las palabras del general; y así dijo él algunas al alférez harto pesadas, a las cuales respondió él otras semejantes, dándole a entender cuán mal término era el tener pico contra uno que no tenía manos, pues estaba preso. Estuvo tan lejos de refrenarse el mensajero, que antes sintiéndose agraviado desta respuesta, le dio una lanzada dejándole mal herido. A este tiempo llegó el general sabiendo de raíz el negocio, mandó que el alférez se curase sin salir de la prisión, y estando ya sano de la herida, trató de ejecutar su intento. Mas porque sabia que su tío Gabriel de Villagrán era amigo íntimo del alférez dio traza en que un día saliese a correr el campo con algunos otros, señalando para ello a todos los que eran amigos del alférez sin dejar ninguno en el real, por hacer su voluntad más a su placer, sin impedimento. Apenas hubieron salido, cuando mandó que el alférez se confesase, y le diesen luego garrote, sin ser bastantes para ablandar su rigor los ruegos de muchos caballeros de su campo; desta manera acabó sus días Rodrigo Jinoco. Cuando Gabriel de Villagrán y los demás volvieron al real y supieron la matanza del alférez tuvieron grande enojo, y se dejaron decir muchas palabras de pesadumbre contra el general; pero como a la cosa hecha no hay remedio, y más cuando es muerto, cesó todo el rumor en breve tiempo. Hecho esto, fueron prosiguiendo su camino hasta llegar al sitio donde está ahora poblada la ciudad de Mendoza la que fundó el virrey, que es ahora del reino del Perú, don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, y por ser aquel sitio apacible y abundante de mantenimientos, hicieron alto los españoles en él. Donde, fatigados del calor que suele ser recio, fabricaron unas casillas pequeñas para las cuales se halló buen aparejo, pasando desta suerte algún tiempo. Estando en este alojamiento sucedió que un día se prendió fuego en una casa y fué cundiendo tan ligeramente que los abrasó con todo lo que había dentro, sin dejar alhaja que no se quemase, quedando todos desnudos y con pérdida de muchas riquezas que del Perú habían sacado; tanto, que de los caballos que traían se quemaron algunos. No sé yo si en esta coyuntura se acordaron ellos de lo que poco antes habían hecho o, por mejor decir, hizo su general, que mandó poner fuego en la casa del cacique, llamado Lindo, que tanto los había regalado sin debérselo, quemándolo a él dentro de su casa. Yo a lo menos bien me acuerdo dello, y el señor del cielo no se olvida.

CAPÍTULO XXXI

*Cómo el gobernador don Pedro de Valdivia fué a descubrir las provincias de Arauco,
donde tuvo una famosa batalla*

Desde el primer día que los españoles entraron en esta tierra de Chile, siempre fué su principal intento ganar los estados de Arauco y Tucapel, por ser los más principales de Chile, así por la hermosura y fertilidad de la tierra, como por la grande abundancia de oro que hay en sus minas, y aunque diversas veces lo habían intentado, como se dijo arriba, siempre se volvían antes de llegar adonde deseaban por no ser menor la ferocidad y valentía de la gente araucana y tucapelina que su riqueza y abundancia. Y por esta causa había puesto el gobernador tanta diligencia en que entrase a este reino mucha gente española, teniendo siempre ante los ojos esta conquista, para lo cual juntaba siempre los más soldados que podía. Y así cuando se vió con razonable número dellos, lo puso por obra el mismo día que acabó de sanar del pie comenzando a tratar desta jornada. Dejando, pues, la ciudad de Santiago bien fortalecida con todos los vecinos y mineros y otros moradores, salió con más de trescientos hombres escogidos y fué marchando hasta llegar a un puerto de la provincia de los paramocaes, donde estaba un caudaloso río; el cual pasaron todos en balsas que hicieron de enea. Poco adelante mandó el gobernador hacer reseña de su gente, y nombró por su teniente de general a Jerónimo de Alderete, por maestre de campo a Pedro de Villagrán y por capitán de la guardia a Jerónimo de Barahona, y alférez general a Juan de Zamano, sin nombrar por entonces otros capitanes, por haber entre su gente muchos que lo habían sido en Italia, el Perú y la Nueva España.

No estaban los enemigos dormidos en este tiempo, porque de muchos años antes estaban persuadidos a que los españoles habían de hacer aquella conquista; pues habían visto que su designio no era otro sino gobernar toda la tierra; y así estaban prevenidos habiéndose comunicado y concertado todos los de aquellas provincias, como son la de Ñuble, Itata, Renoguelen, Guachimavida, Marcande, Gualqui, Penco y Talcahuano. De suerte que apenas habían salido los españoles de la ciudad de Santiago cuando ya los bárbaros tenían noticia dellos, cuya entrada les hizo poner luego en armas, acudiendo todos a una a oponerse a ellos haciéndoles resistencia, y para proceder con mejor orden en su defensa, trataron ante todas cosas de elegir cabeza de todo su ejército que tuviese absoluto gobierno de toda la gente, aunque eran de diversas provincias. Para esto pusieron los ojos en un indio llamado Aynabillo, hombre esforzado y de gran prudencia experimentado en cosas de guerra y gobierno. A este cometieron el plenario dominio y potestad de mandar en toda la tierra, sin aguardar parecer de nadie, y para hacer guerra no solamente a los españoles, pero aún a los mismos indios en caso de que entre ellos hubiese algún alboroto o cizaña. Y como a tal señor le fueron todos a mochar, que quiere decir adorar, con las ceremonias que ellos usan poniéndole cierta insignia en la cabeza, y un cinto ancho por el cuerpo cuyos cabos besaron los principales, que entre ellos es lo mismo que besar la mano. Luego que Aynabillo fué electo, mandaron aviso dello por toda la tierra, notificando a todos su elección y ordenándoles que acudiesen a la guerra, y muy en particular a los bravos araucanos y tucapelinos que estaban veinte leguas de aquel lugar donde él fué electo. fué tanta la gente que acudió a su mandato, que llenaban los campos, de suerte que todo parecía poblado sin distinción en lo que eran campo y pueblos.

Ultra desto mandó pagar sueldo a todos los indios que estaban desparramados fuera de los pueblos, si quisiesen venir por paga como en efecto vinieron muchos, así por tirar sueldo como porque también les iba su propio interés y libertad, pues era común a todos la defensa. Con esto juntó en campo más de cien mil hombres y más de otros cincuenta mil que acudieron al tiempo de la necesidad y refriega; los cuales venían bien armados y a punto de pelear, arriesgando sus vidas. Las armas que traían los más eran unas lanzas más largas que picas con unas puntas de cobre en lugar de acero; otros traían lanzas medianas, y otros las que en su lengua llaman macanas de que tratamos arriba; otros traían dardos y otros, finalmente, usaban de armas de diversas maneras hechas a su modo. Toda esta gente era fortísima y membruda, y no menos arrojada que valiente; traía por teniente general a Villineo, indio de extraordinarios bríos, y por sargento mayor a Labapie; capitanes eran Pangué, Curilemo, Millequino, Chibilingo, Lupín, Lebonbin, Alcan, Paraygnano, Pilquenloville, Nabacón, Aibinquilapello y otros de mucha estima. Ya que estos bárbaros estaban aprestados para dar la batalla, distribuyó nuestro gobernador su gente en escuadras, poniendo por capitanes a don Cristóbal de la Cueva, Francisco de Castañeda, Francisco de Herrera Sotomayor, Pedro de Peñalosa y Juan de Cabrera; y asimismo puso en orden un buen número de indios que llevaba consigo de los pueblos conquistados, cuyo capitán era el famoso Michimalongo, que había sido capitán general del ejército contrario a los mismos españoles antes de estar la tierra asentada, pero como había algunos años que estaba ya pacífica, servían los indios a los españoles no solamente de sacar oro y lo demás arriba dicho, sino también de coadjutores en la guerra contra los indios que estaban adelante, cosa no poco notable, mayormente siéndolo con tanta fidelidad, sin hallar jamás traición en alguno dellos.

Ya que los dos campos estaban aprestados para pelear, acordaron los enemigos de dar la batalla de noche, pareciéndoles que desta manera eran ellos mejores; y así acometieron con bravoso ímpetu a los nuestros, los cuales no fueron perezosos en salirles al encuentro, todos a caballo con lanzas y adargas, donde se trabó la batalla, de tal suerte que parecía día de juicio, así por la vocería de ambas partes como por el estrépito de las armas y ruido de los furiosos golpes que sonaban. Anduvo desta suerte la cosa poco rato con grandes ventajas de parte de los enemigos, porque los caballos de los nuestros estaban muy tímidos con la noche y no osaban arrojarse, antes hacían traición, volviendo el cuerpo a cada paso. Comenzaron a desmayar con esto los cristianos y retirarse poco a poco. El gobernador, como hombre experto e industrioso, dijo en alta voz: «Vergüenza, vergüenza de españoles.» Hablando cuatro palabras según la premura del tiempo y lugar, mandó que a toda prisa se apeasen todos y peleasen a pie hasta morir o vencer, pues ni el aflojar era asegurar la vida ni el acometer era arriesgarla más de lo que ella se estaba. Y acudiendo con diligencia el maestro de campo a disponer esto en cuanto daba lugar tal aprieto, volvieron a la batalla los españoles a pie, unos con lanza y adarga, otros con adarga y espada, y algunos con arcabuces, pero todos con tantos bríos como si fueran contra gente ya vencida, tornándose a trabar la pelea con tanto coraje que parecía comenzarse en aquel punto. No era poca la obra que metía el buen capitán Michimalongo, animando a su gente en favor de los españoles, diciéndoles a grandes gritos: «Ea, soldados míos, demos tras estos araucanos en nombre de Santa María.» Lo cual todos hacían con valerosos ánimos y bravoso orgullo, flechando sus arcos y dando sobre los enemigos con no menos fervor que los españoles. Grande rato de la noche anduvo la batalla con espantosa furia y sin

aflojar punto de ninguna parte. Y aunque el capitán Valdivia echaba de ver la multitud de cuerpos muertos que estaban por el suelo y entendía ser de enemigos como lo eran, con todo eso mandaba a los españoles que matasen cuantos más pudiesen, para que de aquella vez quedasen escarmentados. Y así cada cual procuraba esmerarse en echar apriesa indios por tierra sin perdonar lance que le viniese. Al cabo de grande rato comenzaron los indios a aflojar así por el cansancio como porque veían la destrucción que en ellos se iba haciendo; la cual se echaba de ver por la diferencia que hallaban en el suelo en que andaban peleando, pues de campo raso se había tornado en escabroso barranco con los cuerpos muertos, y no menos resbaloso con la sangre que iba dellos y de los heridos. Con este desmayo perdieron el tino, sin divisar cierto sitio que tenían señalado para tomar la huida si necesario fuese; y así fueron forzados a pelear, y hacer rostro, aunque a más no poder y de mala gana. Sintiendo en ellos el gobernador la cobardía, y dando una voz, procuró que los nuestros se recogiesen a un lugar, porque había rato que se habían esparcido; no porque él pretendiese que descansasen, sino para que estando juntos acometiesen con nuevo ímpetu y se hiciese más obra. Acudieron todos a su voz puntualmente, y respirando tantico dieron de nuevo sobre los enemigos con acometimiento tan gallardo, como si fuera gente que entraba de refresco. A este ímpetu pudieron resistir muy mal los bárbaros, porque tenían ya perdido el ánimo y veían notable merma de su gente, así por los que se habían muerto, como por haberse huido muchos por diversos rumbos, y así comenzaron a flaquear y aun a descubrir su flaqueza todos juntos. Animó su desánimo a los españoles a echar el resto en pelear, apurando a los apurados e hiriendo más a los heridos hasta hacerles dar la hiel, como dicen. Entonces ellos, viendo ya el pleito mal parado, aunque no atinaron con el lugar señalado para la huida, con todo eso volvieron las espaldas todos a una sin ver por dónde se iban hasta dar en un espeso bosque con tanto ímpetu que dieron con los árboles en tierra y abrieron camino por la espesura sin más artificio ni instrumentos que la misma fuerza de la gente, que la iba rompiendo con sus mismos cuerpos dejando abierto un camino de más de dos mil pies de ancho. Entonces el gobernador, viendo declarada la victoria, mandó tocar las trompetas a recoger, y postrándose en el suelo dio con los suyos gracias a Dios por tan insigne victoria, aunque brevemente, por no detenerse en seguir a los enemigos, como se hizo luego entrándose por aquel camino que ellos iban abriendo, el cual se iba regando con sangre de los heridos, así en la batalla como en los mismos árboles y espinos por donde iban rompiendo; y muchos que iban huyendo con heridas mortales se iban cayendo muertos en la huida. Este fué el fin de la batalla que como testigo de vista, que se halló en ella y peleó entre los demás que se han dicho, testifica el autor haber sido una de las más memorables que en el mundo se han visto, porque vencer trescientos hombres a ciento y cincuenta mil dentro de su tierra, y más siendo gente de mayores fuerzas que los españoles, y con las armas que se han dicho, y, sobre todo, siendo tan arriscados y animosos, cosa es que parece increíble, si no fueran tantos los testigos y el ver que la misma cosa se lo dice, pues se ve hoy poblado este reino de españoles que, siendo en tan poca cantidad, es argumento evidente de haber sido mucha menos al principio. Y si estas cosas son de suyo causadoras de admiración, qué serán otras que con razón la pondrán mayor que las dichas, como fué el haber peleado dos mujeres que iban en el ejército, que fueron las primeras castellanas que entraron en aquellos estados, la una dellas saliendo con un asador por medio de diez soldados que estaban en su escuadra, y dando tras los indios con tan varonil esfuerzo que mató seis dellos, hazaña tan insigne y estupenda

cuanto desgraciada en no haber muerto uno más, porque si llegara a siete se pudiera igualar con la que, por milagro, se cuenta de la Santa Forneira de Portugal, que mató siete castellanos con una pala de horno. Esta matanza que refiero es certísima, y la testifica el autor como testigo de vista; llamábase esta mujer castellana Beatriz de Salazar, la cual era casada con Diego Martínez, soldado de este ejército, cuya memoria está hoy tan viva en este reino como el primer día.

No quiero hacer aquí lista de los españoles que en esta batalla pelearon por no alargar este volumen, mayormente habiendo contado arriba algunos dellos, sólo digo que todos se mostraron tan españoles, cuanto lo dice el efecto. Y es cosa de gran maravilla que de trescientos que eran, murió sólo uno en la batalla; y éste no a manos de indios sino herido de un arcabuzazo que le dieron los nuestros por yerro, andando la cosa revuelta, con haber muerto más de diez mil hombres del campo de los enemigos, sin los heridos que fueron mayor número aunque esto también tocó a no pocos españoles, que salieron con heridas de que tuvieron que curarse largos días, y no se tuvo por pequeña pérdida la de los caballos, de los cuales murieron treinta, pues en aquel tiempo no se podían recuperar con ningún dinero.

Sucedió esta famosísima batalla y victoria un miércoles, a veinticuatro días del mes de febrero del año 1550, en la provincia de Penco, junto al río Andalien, cerca de los estados de Arauco, y dos leguas del sitio donde agora está la ciudad de la Concepción de la Inmaculada Madre de Aquel en cuyo nombre se consigue toda victoria y cualquier otro bien que viene al hombre.

CAPÍTULO XXXII

De la fundación de la ciudad de la Concepción Inmaculada de la Madre de Dios, Señora nuestra

Muy regocijados y triunfantes quedaron los cristianos con esta memorable victoria y muy obligados a Dios Nuestro Señor y a su gloriosa Madre y Señora nuestra, por haber ganado tal empresa por la invocación suya, y por esta causa, habiendo de fundar alguna ciudad en aquella tierra que iban conquistando, fueron todos de parecer que tuviese de nombre la Concepción. Y para esto echó los ojos el gobernador al sitio más apacible y limpio de enemigos, y juzgó por el más cómodo un lugar que está en la provincia de Penco, junto a una bahía de mar muy hermosa, y para esto mandó que su campo fuese marchando hacia aquel puesto, levantando con diligencia los reales del lugar donde precedió la batalla, porque no sobreviniese alguna pestilencia con el aire corrupto y contaminado del mal olor de los cuerpos muertos, el cual fácilmente pudiera inficionar la gente.

Habiendo, pues, caminado dos leguas, y llegado al sitio que está dicho, puso en ejecución su deseo, edificando una pequeña ciudad con el título de la Concepción de Nuestra Señora, ayudándole no poco a ello los indios de la comarca, que venían a sujetársele atemorizados de la batalla pasada. Con este auxilio, edificó también una mediana fortaleza por ser aquella tierra de guerra, y díóse prisa a poner la última mano antes que

le cogiese el invierno en la labor, lo cual fuera grande inconveniente para las muchas aguas y nieves que en tal tiempo suelen venir en todas estas tierras.

Hízose, en efecto, la dedicación de la ciudad a Nuestra Señora el primer día del mes de marzo del mismo año de 1550, usando de todas las ceremonias acostumbradas en semejantes fundaciones. Pero cuanto más se iban asentando las cosas, tanto más iban sintiendo general falta de mantenimientos, por no estar quietos los indios comarcanos. Y para el remedio desto envió el gobernador un barco grande y una galera que estaba en el puerto para que trajesen vituallas, y lo demás necesario de una isla que estaba enfrente de los estados de Arauco y Tucapel, metida en la mar cuatro leguas, la cual, aunque pequeña por no tener más de dos leguas de longitud, con todo eso se tenía por abastada de comidas, según estaba el gobernador informado. Para esto envió a Juan Baptista de Pasten, que era genovés, hombre de buenas partes y cursado en cosas de la mar, y con él treinta soldados que sacasen los mantenimientos por la vía que pudiesen, los cuales se hicieron a la vela, habiendo primero hecho oración, la cual el gobernador mandó se hiciese, como también él mismo hizo por el felice viaje y próspero suceso.

Yendo esta gente costeano la tierra firme hasta ponerse a vista de la-isla, dieron en un puerto de Arauco, que está junto a un grande pueblo llamado Labapié, y digo pueblo no porque sea fundado ni tenga casas de propósito, sino porque en espacio de una legua de sitio viven más de diez mil indios divididos por sus parcialidades con su particular cacique en cada una, conforme a la relación que arriba queda hecha deste punto. Viendo esta coyuntura, pareció a los españoles que entre tanta gente no podría faltar suficiente mantenimiento para recoger. Y así se determinaron a salir a tierra para este efecto. Lo cual apenas fué sentido por los indios que vieron echar el batel al agua, cuando ya los indios hacían sus prevenciones para saltar a los que saltasen en su puerto.

Es costumbre entre indios araucanos y tucapelinos, en habiendo cualquier novedad, darse aviso unos a otros, lo cual hacen poniendo faroles, que son unos grandes fuegos que levantan en alto grande humareda, con que dan a entender a los indios de más adelante lo que quieren significar. De suerte que a ciertos trechos van poniendo estas candeladas; y así, en medio cuarto de hora, se van dando aviso unos a otros por espacio de muchas leguas, cosa muy usada en las fronteras de levante y costa de África, como consta a todos los que por allí han estado. Desta manera se convocaron en esta ocasión los indios comarcanos, los cuales concurrieron sin dilación con las armas en las manos, de manera que cuando los españoles pusieron los pies en tierra, ya estaban los indios más cercanos puestos en orden para oponérseles. Pero por efectuar mejor su hecho, no quisieron resistírseles a la entrada, sino emboscarse en un lugar espeso de donde divisaban la gente que venía, y lo que iban haciendo en la tierra, para corresponderles ellos según vieses que lo hacían. Los españoles se fueron metiendo por las moradas de los indios haciendo de las suyas, sin respeto a Dios ni a los hombres, no contentándose con robar los mantenimientos, sino también cogiendo las mujeres de los pobres indios por la fuerza, y haciendo otros desafueros semejantes; cosa cierto de gran ponderación, y que descubre mucho la soltura de tal gente, pues en tal trance y coyuntura no querían contentarse con lo necesario. Viendo los indios que estaban emboscados la insolencia y robos de los españoles, salieron a ellos como perros rabiosos en el modo y en la razón como hombres

justamente irritados, y acudiendo a una, acometieron con bravo ímpetu y vocería. A este sobresalto no mostraron los españoles cobardía, antes acudieron con mucho ánimo dejando la presa de las manos y ocupándolas en los arcabuces y espadas, de suerte que se trabó una refriega harto furiosa. Sucedió que un mancebo, llamado Juan de Montenegro, natural de Ávila de Ontiveros, o por no ser amigo de robar, o por sola providencia divina, se eximió de sus compañeros, y subiéndose en un cerrillo, de donde pudiese divisar lo que pasaba en la campaña rasa, estaba vigilante como en atalaya; pero al punto que vió el encuentro que se tramaba comenzó a bajar de presto a dar socorro a los suyos, y al primer paso que dio por la cuesta abajo vió venir de la otra parte del cerro un gran escuadrón de bárbaros, que acudieron más tarde por ser gente de tierras más remotas, los cuales, si no fueran descubiertos antes de llegar a la batalla, sin duda cogían a los nuestros en medio, cercándoles por todas partes, sin dejar hombre a vida. Como este soldado vió el gran número de gente que sobrevenía bajó a toda priesa, dando voces para que se recogiesen los españoles a la marina, como lo hicieron, yendo retirándose poco a poco sin dejar de pelear mientras se iban recogiendo; finalmente cuando llegaron a embarcarse en los bateles, ya tenían cuatro hombres menos, que habían muerto en la refriega, y al punto de embarcar llegó la gente de refresco con bravos alaridos tirando dardos y flechas; y crujiendo las hondas, que parecía rumor del día del juicio, embarcáronse apriesa los cristianos, aunque murieron otros tres dellos en aquel conflicto, saliendo casi todos los demás heridos. Y era tanto el coraje con que los bárbaros estaban encarnizados, que se arrojaron al agua tras ellos tirando flechas y dardos con no menos palabras de oprobio y afrenta, llamándolos ladrones, traidores y embusteros, sin cesar un punto de mover las manos y lenguas hasta que los españoles estuvieron muy retirados de la playa, cuya medra fué sola ésta en aquel puerto. Y pareciéndoles que aún todavía iban tras ellos, tendieron las velas a gran priesa, poniendo la proa en la isla adonde eran enviados, que estaba diez leguas de aquel paraje. Luego que surgieron cerca della concurrieron con gran tumulto los indios de ocho pueblos que en ella había, los cuales, como llegasen a la lengua del agua, y viesen unos hombres armados y con barbas largas tan diferentes en todo de su traje y aspecto, quedaron atónitos y embelesados, mirándolos como a cosa prodigiosa y nueva en el mundo. Procuraron los españoles desatemorizar y atraer a los indios hablándoles por medio de un indio intérprete, para representarles la necesidad suya y de sus compañeros que estaban en Penco, los cuales padecían gran falta de mantenimientos, y así acudían a ellos a que se la remediasen. Apenas hubieron boqueado, que venían los indios así hombres como mujeres cargados de comidas, sin quedar niño que trajese otra cosa que regalos hasta ponerlo todo en los bateles.

A este servicio no dejaron los españoles de dar el retorno que en semejantes ocasiones acostumbraban, y fué que al tiempo de embarcar y recoger las cargas que los indios les traían, los recogieron también a ellos, echando mano de los más hombres y mujeres que pudieron, llevándolos forzados, sin otra pretensión y utilidad ultra de no perder la costumbre de dar mal por bien, ni dejar de hacer de las suyas por no pasar por lugar donde no dejasen rastro de sus mañas. Verdaderamente todas las veces que me vienen a las manos semejantes hazañas que escribir, me parece que esta gente que conquistó a Chile por la mayor parte della tenía tomado el estanco de las maldades, desafueros, ingraticudes, bajezas y exorbitancias. Qué habían de hacer los pobres indios que veían tal remuneración de los servicios de sus manos, sino emplearlos en las armas, acudiendo de

presto a ellas y dando sobre los españoles, como toros, agarrachando, braveando con tal furia, que parecía los querían desmenuzar entre los dientes, como a hombres alevos y fementidos que con tales halagos y trapazas les llevaban sus mujeres, hijos y parientes. Lo que resultó desta bonica hazaña de los españoles fué el quedar los indios tan escandalizados, que hasta hoy están de guerra, y el haber salido muchos dellos en balsas grandes de madera a correr la costa de la tierra firme, dando aviso de las mañas de los españoles, para que se guardasen dellos como de hombres facinerosos y embaucadores; que no poca impresión hizo en los ánimos de todos los naturales de aquellas tierras.

En este íterin llegaron los españoles de la galera al puerto de Concepción, con el refresco tan bien recibido quanto deseado, aunque por alguna mezcla de desabrimiento del gobernador así por los siete españoles que venían menos, como por ver los indios que traían presos sin culpa suya, a los cuales quisiera luego restituir a sus tierras, y trató de ponerlo en ejecución, aunque se fué refriando, de suerte que dentro de tres días quedó puesto en olvido como las demás cosas. Con esto se acabó de dar asiento a esta ciudad, la cual está en 33 grados, cuyos primeros pobladores fueron don Cristóbal de la Cueva, el capitán Diego Oro, Juan de Cabrera, Bernardino de Mella, Hernando Ortiz de Caravantes, Hernán Pérez, Diego Díaz y Luis de Toledo, los cuales tomaron posesión de las encomiendas de indios que el gobernador repartió entre ellos; ultra de otros hijosdalgo que tuvieron encomiendas, como fué Lope de Landa, Ortun Jiménez, Hernando de Huelva y otros pobladores.

Tiene esta ciudad una hermosa comarca de quince leguas; es fertilísima y muy llena de manantiales y ríos; la bahía de mar es muy aparejada para pesquería y dice el autor que vió por sus ojos echar la red y sacar de sólo un lance tres mil lizas de a ocho y más libras cada una. Es admirable puerto el desta bahía y muy capaz para un grueso número de naos, de las cuales se hacen algunas en aqueste lugar por haber gran aparejo de madera muy a propósito para esto. Cógese en esta tierra mucho vino y trigo, y muchas frutas, así de las traídas en semilla de España, como de las de la tierra; había en esta comarcaarriba de cien mil indios cuando se pobló, y al tiempo que esto se escribe no hay diez mil, por los buenos tratamientos que los españoles les hacen, y las continuas guerras de la comarca. Después acá, se han ido juntando ciudades en toda la tierra, de suerte que esta ciudad está en medio del reino, por lo cual se asentó en ella la audiencia real cuando la hubo en este reino, aunque después se ha quitado de todo él. Ha sido esta ciudad muy desgraciada, como se verá en el discurso de la historia, y nunca le han faltado guerras, estando hasta hoy en frontera de enemigos, siendo solos ciento y cincuenta españoles, pocos más o menos, los que en ella residen de ordinario.

CAPÍTULO XXXIII

De una famosa batalla que los indios araucanos y tucapelinos dieron a españoles viniendo sobre la ciudad de la Concepción

Con la aspereza y rigor del invierno que por la mucha altura de la tierra es muy lluvioso, había cesado el edificio del fuerte de la Concepción, pero luego que entró el verano, dio

traza el gobernador en que se prosiguiese, ordenando que los españoles con sus manos trabajasen ayudándose de los yanaconas de servicio y de algunos indios comarcanos que venían de paz, aunque fingidamente, y así en breve tiempo se acabó la obra, que es muy necesaria para la defensa de aquella tierra.

Viéndose los indios de todo el distrito en sujeción tan inusitada en su patria, no podían sosegarse ni contentarse hasta echar fuera a los españoles. Y para esto trataron muy despacio del negocio con los indios de Tucapel y Arauco, comunicándoles sus intentos, y todos a una concordaron en que en ninguna manera convenía dejar arraigarse allí los españoles, si no querían verse toda la vida esclavos suyos, y aún peores. Con este acuerdo se juntaron más de cien mil hombres, y como ya conocían a los españoles, que no eran cosa del otro mundo, sino hombres mortales como ellos, iban tomando cada día experiencia de cómo se habían de haber con ellos; y así pusieron en ejército, muy en orden, distribuyéndolo en cinco escuadrones de gente valerosa, muy bien armada y a punto de pelea. Y desta suerte salieron todos a una marchando por aquel campo con tanta orden que era espectáculo no menos vistoso que espantable, porque demás del grueso número de gente ordenada y el rumor de sus instrumentos de guerra, a cuyo son iban marchando, había mucho que ver en las armas, en cuyas puntas de cobre reverberaba el sol, y no menos lucían los penachos que traían en las cabezas, puestos en las cimeras. Luego que los españoles sintieron su venida, trataron de ponerse en defensa, aprestando lo primero unas piezas de campo que tenían en el fuerte, y después desto se pusieron los más de los españoles a caballo, haciendo los de a pie una manga de arcabuceros, todos los cuales estaban dentro de la fortaleza, sin salir hombre della, según el orden del gobernador.

Ya que los enemigos llegaban cerca del pueblo, echaron por delante cinco mil indios ligeros que a todo correr precedieron el ejército, haciendo ímpetu sobre la ciudad con grande vocería y lluvia de piedras, y flechas que volaban por el aire, y habiendo hecho este acometimiento llegó poco después el ejército muy en orden, viniendo los tenientes en la vanguardia, quedando los capitanes en la retaguardia, y el general el último de todos para mejor gobernar su campo, y también por detener a los que quisiesen volver el pie atrás, si sucediese ir de venida. Apenas hubieron llegado a la ciudad, cuando pusieron cerco a la fortaleza, combatiéndola por todas partes; pero como no tenían piezas, ni escalaban las murallas, era todo como echar armas al aire, y así los españoles, sin género de riesgo, peleaban a su salvo, y aunque el maestro de campo y teniente de general dijeron al gobernador que su señoría mirase que era grande infamia de los españoles pelear desde dentro, en lo cual daban muestra de flaqueza y ocasión a los enemigos de cobrar más bríos, con todo eso no quiso el gobernador que saliese hombre pareciéndole que los enemigos estaban muy industriosos, y el peligro era evidente. Desta manera anduvo la pelea un rato con grande esfuerzo de ambas partes, estando muchos españoles con tanta inquietud, que les comían los pies por salir a lo raso, y muy en particular sentía estos estímulos el teniente general Jerónimo de Alderete, el cual no aguardando licencia del gobernador, salió de tropel con su escuadra de a caballo, y dio con gran ímpetu en los enemigos. Viendo el gobernador el punto en que el negocio estaba, y que ya era forzoso el salir, mandó que todos hiciesen lo mismo, dándoles ejemplos con tomar él la delantera y siguiéndole los demás con varonil esfuerzo, ánimo y coraje; entonces los enemigos

prevenidos ya en lo que habían de hacer en cada coyuntura, cerraron sus escuadrones apeñuscándose los piqueros, y calando las picas, de suerte que los de a caballo no pudiesen desbaratarlos, y desta manera hacían mucho daño a los caballos con poco detrimento suyo. Viendo el gobernador que ya esto era demasiado saber para bárbaros, mandó que la gente de a caballo se hiciese afuera, y que se jugase la artillería, y los arcabuceros diesen una rociada a los enemigos, lo cual se ejecutó al punto. Recibieron mucho daño los enemigos en este lance, pero no por eso se desviaron de sus puestos por no desbaratar los escuadrones, lo cual dio ocasión a los nuestros para tornar a cargar las escopetas y artillería., y tirar a su salvo contentándose los indios con tener su ejército concertado, pareciéndoles que todo el negocio estaba en esto; hasta que, viendo ya su barbaridad, desampararon sus puestos y anduvieron en caracol, desatinados de tanta arcabucería; sintiendo esto los españoles dieron sobre ellos y pelearon largo rato con lastimosa matanza de los bárbaros, hasta que ya ellos echaron de ver su perdición, y no pudiendo resistir el ímpetu de los cristianos volvieron las espaldas todos a una, y dieron a huir por aquellas quebradas y caminos ásperos que hay en aquella tierra, de suerte que no los pudiesen seguir los de a caballo, pero con todo eso, los pocos de a pie juntos con los indios amigos que traían con el general Michimalongo, dieron tras ellos y les fueron haciendo mucho daño, de suerte que el camino estaba regado de su sangre y ocupado de cuerpos muertos, ultra de los muchos que habían caído en la batalla, sin las heridas, que eran tantas, que iba tinto en sangre un pequeño río que corre por la ciudad.

No se puede imaginar el espectáculo horrendo que hubo aqueste día, donde el crujiir de las hondas, volar de las flechas, llover de los dardos entre las muchas piedras que caían y el relumbrar de los aceros y puntas de cobre, ponía espanto y pavor a los que lo miraban, y no menos el ver el bravoso brío con que se daban fieros golpes de ambas partes. Finalmente, con la invocación de nuestro Criador y su gloriosa madre, y del bienaventurado apóstol Santiago, salieron los cristianos con la victoria, en la cual ultra de lo que mataron prendieron también muchos indios principales, y entre ellos algunos de Labapié, que es el lugar donde habían muerto a los siete españoles que iban en la galera, como se dijo arriba. A éstos le pareció al gobernador que convenía justiciar, y queriendo ponerlo en ejecución, les declaró como aquel castigo no se les daba por ser vencidos en la batalla, pues no es costumbre de los españoles matar a los que han rendido, sino por el atrevimiento que tuvieron en matar a los siete españoles que iban en la galera. A esto respondió un capitán famoso de los indios de Labapié, llamado Albaa, con las palabras siguientes:

«Mira, señor gobernador, si tú quieres ponerme de delito el que nosotros cometimos en matar a los que dices, haz lo que quisieres, que tu día es éste; pero yo no sé por qué razón debas tú calificar por maleficio el defender nosotros a nuestras mujeres, hijos y haciendas de tan manifiestos tiranos como los que allí vimos a nuestros ojos. Por cierto, señor, nosotros no acabarnos de entender estas marañas de muchos de vosotros, que no hacéis sino ponderar que es buena la ley de Dios; decís a los indios que ella manda que ninguno robe, ni sea traidor, ni tome las mujeres ajenas, ni haga mal a nadie, y por otra parte vemos que los más de vosotros hacéis todo lo contrario; mas cuando ya dejásemos, aparte esta ley, y solamente se mirase la razón natural, no sé yo cómo tú quieres justificar el partido de los robadores de haciendas y mujeres; más, siendo tan manifiestos y

desvergonzados como éstos de que tratas. Yo te certifico, señor, que estuvimos largo rato a la mira para ver lo que buscaban, y si buenamente nos pidieran de lo que teníamos para vuestro sustento, se lo diéramos liberalmente. Pero si los vimos entrar como lobos carnívoros, haciendo estragos por nuestras casas y llevándonos nuestras mujeres por fuerza, ¿qué habíamos de hacer? Juzga tú mismo si nos tuvieras por hombres el día que nos vieras estar mano sobre mano a la mira de tan atroz maldad. ¿Qué ley hay en el mundo que nos obligue a ver estas cosas a nuestros ojos y callar, habiendo nosotros sido libres y todos nuestros antepasados, sin que en todos estos reinos haya memoria de que en algún tiempo hayan estado nuestros progenitores sujetos a nadie? Y aún más te digo, señor: que si tu misma persona se hallara en aquella insolencia que hicieron los hombres que enviaste, que sin guardarte el respeto que se te debe, hiciéramos lo mismo contigo que con los demás, y lo harán siempre todos estos naturales hasta perder las vidas en la demanda, pues está tan declarada la justicia de nuestra parte; y a esto puedes estar persuadido y hacer corazón ancho, y sabe que ésta ha sido la causa de que hayamos venido sobre esta ciudad; porque tememos con razón que, en dejando a los españoles hacerse fuertes en nuestras tierras, somos más cautivos que los negros, como lo muestra la experiencia en cualquier lance que se ofrece. Por tanto, señor, haz lo que quisieres, que el morir yo por una cosa como ésta no me da pena, ni aún tú tienes mucho de qué gloriarte dello.»

Todo esto oyó el gobernador atentamente, hallándose allí presente el autor desta historia, pero ningún peso parece que le hicieron estas palabras, pues, en efecto, mandó ejecutar lo que tenía proveído, matando a este indio entre los demás de Labapié. Este fué el efecto desta terrible batalla en la cual murieron pasados de cuatro mil indios, los cuales estaban tendidos por el campo tan lastimosamente que era para todos gran compasión. De todo esto vino a resultar últimamente que muchos indios de aquellos estados se comunicaron entre sí, consultando lo que convenía al bien común y sosiego de toda la tierra, y todos unánimes fueron de parecer que era lo más acertado hacer paces, y así lo pusieron por obra desde luego. Es costumbre entre estos indios cuando vienen a la guerra, quitarse casi todo el cabello y quedar con una corona a manera de las de fraile, y acabada la guerra no osan parecer en público por estar trasquilados, hasta que les crezca el cabello como antes, y por este respecto dejan alguna gente por trasquilar para que siendo necesario salir algunos en público, haya de quién echar mano para ello. Y así habían quedado algunos indios con cabello en esta guerra, a los cuales enviaron a dar paz a los españoles, excusándose los demás así con este achaque de estar sin cabello, como por haber entre ellos muchos mal heridos; y para más aplacar a los nuestros, trajeron un presente de ovejas, según su costumbre, y otro de mujeres doncellas de poca edad, las mas hermosas que hallaron, ofreciéndolas a los españoles, no sin gran cautela, porque querían estar a la mira a ver si los españoles las ofendían por ser estos bárbaros muy celosos, y pluguiera a Dios no hubieran hecho esta experiencia tan a costa de las conciencias de los cristianos, que así trataban con ellos como si no lo fueran, soltando la rienda al apetito. Esta era la primera enseñanza y ejemplo con que entraban entre esta miserable gente. Salieron a dar la paz en nombre de todo el reino los hombres de más valor que había a la sazón con cabellos, entre los cuales fueron el cacique Longonaval, Colocolo, Millarapue, Pitumilla, Irque Naval, Longori, Curilemo y otros muchos caciques y señores. De todo lo cuál es testigo de vista el autor, como persona que se halló en esta batalla.

CAPÍTULO XXXIV

De cómo se descubrieron nuevas tierras en los estados de Arauco y Tucapel y, en particular, la provincia de Cauten, donde se fundó la ciudad imperial

Estando ya pacífica la tierra y asentadas las cosas, pretendió el gobernador que se fuese poblando de españoles, en cuanto la posibilidad de la gente alcanzase, y para dar principio a esto, envió a Jerónimo de Alderete, su teniente, con sesenta hombres de a caballo muy bien aderezados, a que viesen lo que había en la tierra adentro, tomando la noticia de las cosas muy por menudo. Apenas habían partido de la ciudad de la Concepción cuando, a dos leguas de camino, dieron en el caudaloso río de Biobío, el cual tiene un cuarto de legua de orilla a orilla, cuya dificultad vencieron pasándole por vados con grande riesgo, porque tiene en partes grandes canales, y así se vieron muchas veces en aprieto y casi perdidos, tanto, que fué necesario asirse de las colas de los caballos para no ahogarse; plugo a Nuestro Señor librarlos de aquel paso, llevándolos adelante, donde también iban hallando ríos tan caudalosos que no tienen que ver con ellos los más famosos de Europa. Iba, pues, esta gente desde que salió de la ciudad, descubriendo tierras de tal fertilidad y hermosura, que parecía casi increíble lo que en ellas hay si se pusiera en historia, porque verdaderamente todas estas tierras de Arauco y Tucapel, y las demás circunvecinas son tan excelentes en todo, que parecen un paraíso en la tierra; los mantenimientos son en tanta abundancia que no hay que comprar ni vender cosa dellas, sino tomar cada uno lo que quisiere de esos campos de Dios, los cuales están ricos de todas las cosas necesarias, como maíz y otros granos, frutas y legumbres; y no es menor la hermosura de los valles, cerros y collados, que no hay pie de tierra perdido, pues todo está lleno de mantenimientos de los hombres, y cuando menos de pastos para los ganados, donde hay ovejas sin número, y otras muchas reses, fuera del ganado vacuno que después de la entrada de los españoles es tan sin tasa, que se lo lleva de balde el que lo quiere.

De esta manera fueron los españoles pasando por aquellas tierras, donde vieron la casa fuerte de Arauco, y después la de Tucapel, que ambas son muy insignes, hasta que al fin llegaron a la fortaleza de Puren, que es el término destes estados. De allí pasaron a la provincia de Tabón, no menos fértil y hermosa que las pasadas, y tan poblada de gente que en sólo un lugar había catorce mil indios sin otros muchos que habían en su comarca. Por todas estas tierras salían los indios, así hombres como mujeres, por los caminos a ver a los españoles, y estaban como abobados de ver tal traza de gente tan nueva y diferente de la de sus tierras, y no menos se espantaban los españoles de ver la lindeza de sus tierras, y multitud de moradores dellas, hasta que, finalmente, llegaron a la provincia de Cauten que era el fin de su designio. Este lugar está a treinta leguas de la ciudad de la Concepción, el cual es en todo lo que se puede desear tan aventajado, que ni yo acertaré a explicarlo, ni aún creo habrá pintor por diestro que sea, que le alcance a pintar la variedad y hermosura destes campos y praderías, ni hay matices tan vivos que puedan del todo significarlos. Toda la tierra parece un vergel ameno, y una floresta odorífera, y es toda tan de provecho que ni en la abundancia de las frutas, ni el número de los ganados es

comparable a ninguna otra de las que los españoles han visto. Y esto digo no con pequeño fundamento, porque muchos otros de los que han estado, y están en ella, han pasado por no pocas partes del mundo, y muchos también son extranjeros, los cuales con haber corrido tantas tierras certifican no haber otra semejante a ésta.

Sobre todo esto, es tanta la gente natural della, que puesto un hombre en un lugar alto, donde puede divisar un largo trecho, no ve otra cosa sino poblaciones. Verdad es que no son los pueblos ordenados, ni tienen distinción uno de otro, de suerte que se puedan contar tantos pueblos, mas solamente está una grande llanada llena de casas, algo apartadas unas de otras, con sus parcialidades distintas, de las cuales reconoce cada una a su cacique, sin tener que entender con el cacique de las otras; las casas son muy grandes, de a cuatrocientos pies en cuadro cada una, y algunas de más, y aún no pocas de ochocientos pies, las cuales dice el autor que por su contento, medía algunas veces. Cada indio de estos tenía muchas mujeres, y así había en cada casa catorce o quince y más puertas para que cada mujer tuviese su puerta aparte; la gente afable y amiga de hacer bien, y tienen por punto de honra no comer solos por mostrarse liberales en convidar a otros. No hay en toda la tierra indio pobre, porque todos tienen ganado, maíz y frutas de sobra. Son los indios muy bien agestados y de linda disposición, de cuerpos muy fornidos y bien hechos, y las mujeres blancas y hermosas; no hay entre ellos hombre flaco, y los rostros son de ordinario muy llenos y redondos, de suerte que en cualquier parte de las Indias se conoce luego el indio que es chilense solo por el rostro y talle, aunque esté entre otros muchos, y sobre todo, su hermosura excede la de los ojos, que son grandes de mucha gracia. Toda esta tierra es muy llana, pero pasada esta provincia de Cauten es por la mayor parte montuosa la que se sigue, aunque no menos poblada y abundante.

En esta provincia de Cauten hay cierta manera de alamedas hechas a la orilla de los ríos pequeños, donde están plantados unos árboles altos a manera de fresnos o cipreses, y a estos lugares llaman los indios aliben y los españoles los llaman bebederos, y por ser estos lugares tan deleitables, concurren los indios a ellos a sus juntas cuando hay banquetes y borracheras de comunidad, y también a sus contratos, a manera de ferias, donde no solamente se venden las haciendas, pero también las mujeres, de suerte que cada uno saca a vender sus hijas para venderlas a los que las quieren por mujeres, quedando, el yerno obligado a tributar al suegro en recompensa de la hija que le da, y así el indio que tiene más hijas es el más rico. Y cuando un indio puede llevar muchas hermanas juntas por mujeres, lo quieren más que llevar mujeres que no sean entre sí parientes, y esto es conforme a sus leyes, y cada mujer destas tiene cuidado de dar de comer a su marido una semana, yendo por su rueda todas en darle mesa y cama por semanas, pero cuantas más sean las mujeres que cada uno tiene, tanto es menor la fidelidad que le guardan. Cacique hubo que tenía dieciocho mujeres, el cual era muy rico, llamado Unolpillan, con quien el autor desta historia tuvo amistad y trabajó lo que pudo persuadiéndole a que las dejase haciéndose cristiano, cuyo intento favoreció Nuestro Señor tomándolo por instrumento para remedio desta alma, porque, en efecto, se bautizó y siendo ya de ochenta años, y se llamó Pedro, como el mismo capitán Lobera, quedando con sola una mujer, y viviendo cristianamente hasta, que murió, con gran consuelo de quien había sido medio para ello, pues vió tales prendas de predestinación de aquella alma. Fuera destas mujeres que se casan, hay otras muchas que tienen por oficio salir en

los días de banquetes a estos bebederos a ganar, como hacen en Europa las meretrices, que llaman rameras, y para esto se engalanan con los más ricos atavíos, usando también de collares, zarcillos y otras joyas de oro con piedras preciosas.

Tienen las casas destos indios ciertos remates sobre lo más alto, a la manera que están las chimeneas galanas en España. Estos remates son unas águilas de madera de un cuerpo cada una, con dos cabezas, como las que traía el emperador Carlos V en sus escudos. Son estas águilas hechas tan exactamente, que no parece habrá pintor que las dibuje con más perfección, ni escultor que acierte a entallarlas más al vivo, y preguntados los indios si habían visto en su tierra algunas aves de aquella figura para sacar tales retratos, respondieron que no, ni sabían el origen dellas, por ser cosa antiquísima de que notenían tradición más de que así las hallaron sus padres y abuelos.

Esta es la disposición de aquesta tierra, la cual tendrá ocho leguas de distrito, en la cual habrá pasados de ochocientos mil indios casados, ultra de los solteros que eran sin número. Todo lo cual consideró el teniente Jerónimo, y quedó tan satisfecho y alegre que les pareció a él y a los suyos que no había más que buscar en el mundo, mayormente por ser todos los ríos que por allí pasan muy ricos de oro; y para dar al gobernador razón de todo por extenso, se volvieron a la ciudad de la Concepción tomando otro camino diferente del que habían traído, arrojándose más a la tierra donde iban hallando la misma fertilidad, riqueza y multitud de gente que en el pasado. Desta manera pasaron sin contradicción de nadie, porque los españoles estaban ya escarmentados de hacer mal, y así, en este viaje no hubo hombre que hiciese agravio a los indios, los cuales acudían con muchos regalos a los nuestros y a sus caballos, dándoles sin tasa cuanto querían y mucho más. Con todo eso, sintieron los españoles que los indios comenzaron a consultar si sería expediente hacerles molestia, no consintiéndolos en sus tierras, y por esta causa alargaron el paso, llegando en breve a la ciudad donde dieron cuenta de todo muy por menudo al gobernador y a los demás, de lo cual recibieron todos gran contento, teniéndose por felices en haber aportado a tal tierra.

Diré aquí la causa de haberse llamado esta tierra los Estados; y fué que al pasar por ella los españoles dijo Jerónimo de Alderete: «Señores míos, bien podemos llamar a esta tierra los estados de Flandes y Alemania», y refiriéndose este dicho al gobernador, dijo él así: «Llámense los estados de Arauco y Tucapel», y con este nombre se han quedado hasta hoy. No mucho después desto, determinó el dicho gobernador ir en persona a ver estas tierras y a posesionarse dellas, dejando primero su ciudad bien reparada, porque como la nueva de la riqueza chilense había cundido por todo el Perú, venían ya muy frecuentemente embarcaciones, con pasajeros que pretendían ser moradores deste reino y lo, cuales eran acogidos con mucha benignidad de los vecinos de Santiago, hasta pagarles los fletes y hospedarlos en sus casas; y a los que deseaban pasar adelante a la conquista los aviaban, proveyéndoles de lo necesario, y con esto vino en poco tiempo a tener buen número de moradores la ciudad de la Concepción. Viendo, pues, el gobernador que había gente para todo, dejó allí parte della, saliendo él mesmo con la gruesa de la gente a fundar poblaciones en los Estados, y pasando por todos ellos, llegó a Cauten sin contradicción alguna de los naturales, y hallando ser verdadera la relación que se le había dado de aquella tierra determinó de edificar en ella una ciudad que fuese cabeza del reino, con el

cual intento le puso por nombre la Ciudad Imperial desde que puso en ella la primera piedra. El sitio desta ciudad es maravilloso: está en el remate de una loma y tiene de una parte un caudaloso río por el cual sube la marea y pasa arriba de la ciudad, y de la otra tiene otro río de menos caudal, muy deleitable y cristalino, adornado de árboles por los dos lados de las riberas, con tan agradable aspecto que le pusieron por nombre el río de las Damas.

Esta ciudad se fabricó de manera que la loma le sirve de fortaleza, la cual está hacia el oriente, y fué no poca traza para la defensa del pueblo como se ha visto en muchas ocasiones. Luego que los indios vieron que los españoles tomaban tan de propósito el negocio y comenzaban a fundar este pueblo, tuvieron dello gran sentimiento, pareciéndoles que venía sobre sus cuevas un perpetuo yugo en lo más florido de sus tierras. Y para deliberar en este caso se juntaron ciento y cincuenta mil indios, los cuales se resolvieron en hacer resistencia, y así vinieron con mano armada a impedir la fábrica de la ciudad; pero con la experiencia que tenían de haber quedado siempre vencidos no osaron llegar a las manos, contentándose con ponerse todos a la vista de los españoles dando grandes alaridos y estrépito con muchos instrumentos para dar molestia a los nuestros y haciendo esto por momentos, sobreviniendo en cada noche a dar rebatos, lo que era para los nuestros gran subsidio, y les obligaba a estar siempre en vela. Con este trabajo y contradicción se fué edificando la ciudad, hasta que estando ya puesta en buen punto, salió el gobernador con razonable número de gente a conquistar y allanar las tierras comarcanas, dejando a su maestre de campo, Pedro de Villagrán, encargado de la ciudad Imperial. Este capitán salía muy a menudo con gente de a caballo a correr la tierra y a limpiarla de aquellos indios que la tenían alborotada, y tuvo con ellos tanta mano con pláticas discretas que con mucha gracia les hacía, que en breve tiempo lo pacificó todo.

Con esta seguridad concurría innumerable gente de los indios de paz a la ciudad cada día, tanto que los españoles temían ya verse rodeados de tan gran multitud de bárbaros valientes y belicosos, y así estaban siempre a punto con las armas aprestadas y los caballos ensillados. En efecto, quedó entonces en paz toda aquella ciudad y comarcas y entró la fe en los estados de Arauco y Tucapel con tanto fervor, que dice el autor haber visto por sus ojos más de cuarenta mil indios, niños y niñas, que andaban con guirnaldas de flores en las cabezas y cruces en las manos cantando la doctrina cristiana, y esparciendo el dulcísimo nombre de Jesús y el de su Santísima madre, la Virgen Nuestra Señora, cosa de gran mérito para los fieles píos y celosos de la honra de Dios y gloria de su Hijo Jesucristo; y cierto, cuando yo veo en medio de tantos desafueros como algunos españoles hicieron en estas entradas, sacó el Señor tan copioso fruto para bien de las almas, no puedo dejar de bendecir su soberana Providencia y admirarme de sus altos y secretos juicios, pues todo redundando en gloria suya y manifiestas señales del amor que a los hombres tiene. Apenas es explicable el regocijo de los que veían tal bendición de Dios a sus ojos, ni tampoco lo es el dolor que hoy tenemos viendo a esta desventurada tierra tan sumergida en el lago de la calamidad y tiniebla, que nos incumbe a todos la obligación de suplicar a Nuestro Señor con instancia ponga por su misericordia remedio a tantos males.

Habiendo, pues, el gobernador poblado la Imperial y señalado los tributos con que habían de contribuir los indios, no quiso hacer encomiendas poniéndolas en cabeza de diferentes encomenderos, sino dejólo así por entonces, pareciéndole que su Majestad le daría a él título de marqués, y habiendo de tenerle eran estos estados lo mejor del reino para ponerlos en su cabeza y fundar en ellos su marquesado. Ninguna utilidad le resultó de aquí al gobernador, antes manifiesto daño, porque como los indios no tenían encomenderos que los gobernasen acudiendo cada cual a su particular repartimiento, vivían más a sus anchuras; y así vinieron con el tiempo a tratar de alzamientos para ponerse en la libertad, como lo han puesto por obra, según hoy vemos, con notable detrimento y miserias, así de los españoles como de los mismos indios, que todos andan en perpetua guerra.

CAPÍTULO XXXV

Del descubrimiento de la provincia de Tolten, y la batalla de la Gran Laguna

Estando en razonable punto la ciudad Imperial y su fábrica, salió el gobernador della como se apuntó arriba, y llevó consigo ciento y cincuenta hombres, los más de a caballo y algunos de a pie, porque entonces no cualquiera hombre alcanzaba un caballo. Llevaba así mismo muchos yanaconas de servicio y otros indios amigos que le ayudasen en la guerra, y desta manera salió con Jerónimo de Alderete, su lugarteniente, cuya industria y valor estimaba en mucho, y no menos el buen consejo y ejemplo de un capellán que consigo llevaba, llamado el bachiller Rodrigo González, el cual hizo un sermón al ejército al tiempo de la partida, donde intimó mucho de cuánto servicio de Dios sea el acudir a propagar la santa fe católica entre infieles y ayudar a la conversión de sus almas, haciéndose con las debidas circunstancias y evitando agravios, de los cuales resultan graves daños a los infieles, y son estorbo para el mismo fin de introducir la fe y doctrina evangélica.

.Hecho esto, se partieron todos muy en orden, y a seis leguas que anduvieron se descubrió una gran provincia llamada Tolten, tomando el nombre del río Tolten, que por allí pasa, el cual es muy caudaloso y corre entre unas peñas tajadas, altísimas, y así va muy recogida el agua y por consiguiente, con gran furia y profundidad; el nacimiento deste río es una laguna tan grande que tiene veinte leguas, o cerca dellas de circuito, de la cual sale el río con todo aquel ramal que lleva. Viendo los naturales deste lugar que los españoles iban a conquistar sus tierras, pareciáles que ninguna cosa les podría ayudar tanto a estorbar sus intentos y atajar sus pasos como este río; porque como no podía vadearse por ninguna parte, era imposible pasarlo los nuestros habiendo resistencia de parte de los naturales, y por esto se pusieron ellos de esotra banda, dando grandes alaridos y diciendo muchos oprobios a los nuestros, tirando juntamente gran suma de flechas, piedras y armas arrojadizas, a lo cual respondieron los cristianos con sus escopetas; y así se trabó por largos ratos batalla muy reñida, sin venir a las manos de más cerca, pues en toda la pelea estaba siempre el río en medio. Viendo el gobernador el negocio mal parado, mandó juntar mucha paja de la tierra y cañas a manera de carrizo, y hacer destas materias algunas balsas en lugar que no las pudieran divisar los enemigos. Efectuose esto con

grande diligencia de manera que apenas estaban hechas cuando a toda priesa las echaron al agua metiéndose todos en ellas y llevando del diestro los caballos, que iban nadando, lo cual se hizo con invocación del divino auxilio y de la gloriosa madre de Nuestro Redentor y caudillo, cuyo nombre se pretendía introducir entre las gentes. Entrando, pues, desta manera por el río, como era tanta la corriente del raudal, fuélos llevando muy abajo, de suerte que descaicieron gran trecho del lugar donde se habían embarcado; pero no poco les valió esta baja que dieron, porque como fueron a salir tan distante de donde los contrarios estaban, por mucha priesa que ellos le dieron para llegar a impedirles salida, ya habían salido algunos de los nuestros, que les hicieron rastro y los entretuvieron peleando mientras salían los demás. Entonces los naturales, como no habían visto semejantes hombres, mucho menos gente de a caballo, perdieron todo el ánimo y dieron a huir pareciéndoles inmenso el trecho que desde allí había hasta la montaña, donde se escondieron y aún allí no se tenían por seguros.

Cuando los nuestros vieron el paso llano y que tenían ya la tierra por suya, salieron a un altillo que era barranca del río, y desde allí descubrieron una gran llanada con gran población de buenas casas, en las cuales se entraron sin resistencia por estar desamparadas de sus dueños, que eran aquellos indios que habían huido por temor, sin quedar hombre que no se escondiese. No fué poco lastimoso el triste lamento que los desventurados indios hicieron a esta sazón, viéndose tan inopinadamente echados de sus tierras y casas que habían heredado de sus progenitores, y despojados de sus haciendas, las cuales dejaron por huir, según cada uno más podía. Con todo eso fué menos este daño que los pasados, porque en haciendo allí noche la gente española, partieron luego otro día, dejándoles desembarazadas sus casas, queriendo proseguir el camino comenzado.

Fue, pues, marchando el ejército ordenadamente, entrándose por una tierra muy llena de espesas arboledas, aunque no de manera que impidiese el andar a caballo sin pesadumbre, y así se pudo llevar adelante el viaje sin topar gente de guerra ni aún de paz, pues de ningún género la había. No se puede dejar aquí de contar de paso la manera por donde vinieron a tener personas que los guiasen por caminos tan fragosos, y sin sendas abiertas, no habiendo persona de las que traían de servicio que conociese la tierra. Sucedió que un indio llamado Aliacán, natural del valle de Marquina, que es un lugar situado diez leguas adelante del gran río Tolten, estaba aficionado a una india llamada Marabuta, que en romance quiere decir diez maridos, y púsole el amor en tal extremo que bebía los vientos por casarse con ella, estando imposibilitado a conseguir el fin de su pretensión por no tener el caudal necesario para comprar aquella mujer; pudo tanto la pasión con él, que oyendo decir que venían enemigos a la tierra, que eran españoles, se determinó a meterse en medio de ellos, como suelen hacer los que salen de sí vencidos de la afición, pues es cierto que el amor cuando es de veras atropella todos los temores sin ponerse dificultad por delante que no rompa, en razón de conseguir su intento. Plugiese a Dios que su divino amor se aposeionase de las almas en tal intenso fuego cuanto se emprende del que las abrasa y destruye con la afición de la lascivia y avaricia; que no estuviera el mundo hecho Babilonia tan lastimosamente como hoy vemos. Llegó, en efecto, este indio a nuestro ejército al tiempo que estaba para salir de la ciudad Imperial, preguntando por el gobernador; se postró a sus pies ofreciéndose por su siervo y juntamente por su guía en todo aquel camino, hasta ponerle en el término que su señoría fuese servido. Estimó esta

oferta el gobernador y mandó que se le hiciese buen tratamiento, dándole luego un galano vestido en señal de amor. Mas como anduviese algunos días en el ejército, no le cabía el corazón en el pecho, hasta desembuchar sus ansias, porque el amor tiene tal condición que descansa el que está preso en sus redes con solamente comunicar sus afectos a otra persona que le dé oído con aplauso; pues como no le dejase reposar la imaginación, vino a resolverse en no esperar más largos plazos, por lo cual se tornó a postrar ante el gobernador dándole parte de la causa de su desasosiego, y suplicándole que en ganando aquella tierra donde le llevaba su señoría, le diese en remuneración deste servicio el más aventajado premio que podría darle y cosa fácil de ejecutar, pues todo estaba en manos de su señoría al punto que entrase en Marquina. El gobernador le consoló dándole firmes esperanzas de su remedio, con las cuales quedó no poco ufano. Y así, de allí adelante andaba más servicial y fervoroso; lo cual fué de mucho efecto para que en este camino tuviesen guía entre aquellas montañas, llevándolos este Aliacán siempre por camino abierto hasta llegar a una hermosa vega, donde había buenas casas con cercas de palizadas a manera de fortaleza. En ésta se alojó el ejército, y por ser el lugar no menos cómodo que deleitable se estuvieron allí los españoles refocilando algunos días.

Con todo eso no faltaban asaltos de los indios y a ratos venían con mano armada haciendo demostraciones y ademanes de querer acometer, significándolo con palabras, y lo mucho que sentían ver sus casas y haciendas usurpadas de gente extraña, estando ellos por esos campos al sol y al agua con ser la tierra suya. Mas al cabo todo paraba en desafíos y bravatas, no osando venir a las manos ni proceder a más efectos que bravear desde afuera, dando alaridos sin morder a nadie. Por esta causa hacían los nuestros poco caso de sus amenazas, no saliendo a ellas ni moviéndose deste lugar hasta que partió el ejército dél sin haber hecho ni recibido daño alguno. De allí a poco llegó a la gran laguna donde nace este río de que habemos tratado, adonde concurrieron muchos indios de paz con grandes presentes de pescado y mayor deseo de pescar a los presentes para hacer en ellos carnicería y comerlos con más afilados aceros que ellos comerían los peces. Estos indios anduvieron en nuestro ejército espiándolo todo fingidamente, y en viniendo la noche se escabulleron a dar relación a los demás que los esperaban, y estando los españoles descuidados vieron venir por la otra parte del río al reír del alba un gran número de bárbaros embijados con diversos colores y fortalecidos con lucidas armas, los cuales, desde allí, alzaban clamores estupendos con que rompían los aires, no cesando de tirar piedras, dardos y flechas que parecía espesa lluvia del cielo. Encendióse en gran coraje el gobernador en no poder pasar de la otra banda, por ser el río impertransible por aquel lugar, y así dio orden en que llegando la noche fuese el teniente general con cincuenta hombres badeando toda la laguna en redondo hasta dar con los enemigos para destruirlos. Púsose este mandato en ejecución, y con la fresca de la noche y clara luna, que ayudaba, picaban a los caballos haciéndoles ir más que de paso. Apenas habían llegado a vista de los enemigos cuando ya la aurora era con ellos, y vinieron a coyuntura a que estaba toda aquella tierra ofuscada con una oscura neblina que impedía el verse unos con otros; pero como los nuestros venían con cuidado, en llegando cerca de los contrarios, partieron de tropel espantándolos con el ruido de los caballos y voces, que decían Santiago, y así los cogieron de repente haciendo riza y estrago lastimoso en ellos. Los desventurados, viéndose cogidos sin prevención, no sabían qué hacerse, y así los unos se iban a meter entre los nuestros, otros volvían las espaldas sin saber dónde iban, y

otros se abalanzaban al río, teniéndose en él por más seguros que en tierra; muchos también que iban huyendo, daban en manos de los yanaconas, que estaban al paso, los cuales les daban con unas grandes porras en las cabezas con extrema crueldad por ser gente ruin que ni aún a los de su patria tienen amor ni lástima, ni menos a sus mismos deudos y hermanos.

De esta suerte anduvieron estos pobrecillos aturridos, sin ver por dónde andaban, hasta que aclaró el día, que les mostró su perdición, pues estaba el río tinto en sangre. A este tiempo acabaron los españoles de coger a las manos algunos dellos que estaban vivos, y hacían en ellos crueldades indignas de cristianos, cortando a unos las manos, a otros los pies, a otros las narices y orejas y carrillos, y aun a las mujeres cortaban los pechos y daban con los niños por aquellos suelos sin piedad; y hubo indio que, habiéndose defendido largo tiempo peleando como un Héctor hasta ser rendido finalmente y preso, vino a manos del teniente general, el cual mandó a un negro suyo que le partiese por medio del cuerpo como había hecho a otros, y diciéndole el esclavo al indio que se bajase, él se puso a recibir el golpe y estuvo tan sesgo y sin muestra de sentimiento ni gemido como si diera en la pared, con ser tal el golpe que le dio por medio de los lomos con una espada ancha que a cercen cortó por medio el cuerpo, haciendo dos del, las cuales crueldades ni eran para manos de cristianos ni tampoco merecidas de los indios, pues hasta entonces no habían cometido delito en defender sus tierras ni quebrantaban alguna ley que hubiesen recibido. El capitán destes miserables indios se llamaba Ulliaipangue, el cual pereció con los demás, haciéndose todo esto a vista de los españoles que con el general estaban a la otra parte del río; al cual presto se volvieron los que habían habido la victoria, siguiendo los mismos pasos por donde habían ido hasta llegar a sus tiendas, donde tuvieron algún tiempo de descanso.

CAPÍTULO XXXVI

Del descubrimiento del valle de Marquina, donde hubo una memorable batalla

Pareciéndole al gobernador Valdivia que allí no había más que hacer echó con su campo por otro rumbo, guiándolos el indio Aliacán hasta ponerlos en el valle de Marquina, cuya vista les dio gran contento con su fertilidad, población y abundancia de aguas que por él corrían tan claras y dulces que manifestaban el rico oro que tan cerca de allí criaba el río que hoy se llama de la Madre de Dios; corre por este valle un río en el cual van entrando otros con que se hace muy caudaloso, en cuyas riberas había grande suma de pueblos y sementeras. Allí asentó el gobernador su campo con determinación de descansar algunos días, como lo hizo, edificando algunos aposentos de paja y ramadas en que se alojó toda la gente. Luego, el día siguiente, mandó el gobernador que todos saliesen a correr aquella tierra, y buscasen mantenimientos, pues los había en abundancia, y los indios naturales no querían traerlos, y juntamente mandó que se hiciese esto excusando todo lo posible el hacer mal a los indios contentándose cada uno con lo moderado y aún quitando algo de lo que parecía necesario. Mandó también que al indio Aliacán se le diese una compañía de indios amigos yanaconas para que fuese a buscar a la india que era su dama, a lo que fué como aquel que sabía bien la tierra y donde la había de hallar, como en efecto la halló y

trajo delante del gobernador tan agraciada como él la había pintado; mas como su padre la viese sacar por fuerza de su casa, y delante del gobernador, alegando de su derecho ponderó la injusticia que se le hacía en quitarle su hija, pues él no había cometido delito, y por más que Valdivia procuró aplacarle, no se satisfacía; antes con toda su barbaridad, le dijo estas palabras:

«Mira, señor capitán, pues eres tan recto que tu fama ha llegado por acá de que vienes publicando que no harás daño a los que estamos en estas tierras, antes nos desharás los agravios hechos por otros; no sé cómo cuadra con esto el quitarme a mi hija sin haberte ofendido ella ni sus padres. Mira que soy indio estimado y rico, y ese indio a quien tú la das no es para ella, pues no es su igual, y si le deseas gratificar el haberte guiado por los caminos, págaselo de tu hacienda y no con deshonra mía, y si quieres saber quién es ese indio y cuánta razón tengo de no darte la lumbre de mis ojos, echarlo has de ver en la traición que ha hecho de ir contra su patria en haberte buscado y traído contra ella, y siendo ese un hombre tan infame, no es razón que se le dé por mujer la hija de Antonabal, que soy yo, a quien obedece toda esta tierra.» Entonces el gobernador se profirió a satisfacerle saliendo a la paga de su hija, y rogándole que lo tuviese por bien, pues él era el casamentero, en lo cual el indio desposado cobraba honra y él no la perdía. Viendo el Antonabal que no podía hacer otra cosa, se fué muy desconsolado de ver su hija en poder de quien él no quisiera sin poder remediarlo.

Poco después llegó la gente que había ido a recoger mantenimientos, con grande abundancia de ellos; con lo cual lo pasaron bien algunos días. Mas para determinar hacia qué lugar se había de tomar el camino, envió el gobernador a su lugarteniente con cincuenta españoles de a caballo que pasasen unos cerros altos que estaban sobre la mar, llenos de arboleda, y que descubriese lo que había de la otra banda, porque según la fama era tierra muy buena. fué a ello el teniente general, y halló una comarca muy fértil, llana y desembarazada de montaña, y de más de veinte mil moradores que estaban en espacio de seis leguas de que no poco se satisficieron todos, especialmente por ver en ella muy buenas y lucidas casas y las sementeras todas cerca de la marina y a la ribera de un hermoso río, que era el de Tolten, que tiene allí su boca a la mar donde todas estas gentes tenían sus pesquerías.

Al tiempo que el teniente general entró en esta tierra de Tolten, le salieron al paso más de doce mil indios en escuadrones puestos en orden de guerra, y los cuales le acometieron animosamente dándole batalla campal con grande ostentación de sus bríos.

Mas con todo eso, fueron tanto mayores los de aquellos pocos españoles con quien peleaban, que hubieron los indios de ir de vencida con pérdida de doscientos de los suyos. Entonces el teniente que iba por capitán, dio muchas gracias a Nuestro Señor, viendo que con tan pocos españoles había vencido a tantos enemigos. Con todo eso, los bárbaros, aunque iban desbaratados, tuvieron lugar de cautivar un cautivo negro que era esclavo de un soldado español llamado Francisco Duarte; a éste echaron mano con más codicia que a otros, porque les pareció cosa monstruosa, y teniendo duda si el color era natural o postizo, no hacían sino lavarle y rasparlo para ver si podían quitar la negrura; como también lo intentaron con otro negro los indios de Mapuche y los paramocaes. Mas

como vieron que no había remedio de quitarle aquel color, lo enviaron libremente a los españoles, no queriendo irritarlos contra sí, antes quedando escarmentados acudieron el día siguiente a dar la paz, trayendo muy gran suma de ovejas, pescado, maíz y otras cosas de mantenimientos de lo que en su tierra había. fué tan de veras esta paz que fundaron, que habiendo ya cuarenta y más años que no falta guerra en este reino, con todo eso han sustentado éstos la amistad a los españoles sin haber jamás intentado cosa en contrario, lo cual ha sido de estimar en mucho por ser gente rica, cuyos caciques y señores son poderosos y valientes. fué tanto el regocijo que recibió el teniente general Alderete en ver así la lindeza de la tierra como firmeza de la paz, que la propuso, luego de pedirla para sí al gobernador, para fundar allí su vecindad y encomienda, como en efecto se hizo, concediéndosela con liberalidad y amor. De suerte que cuando Alderete murió dejó dos encomiendas de indios en este reino, la una en la ciudad de Santiago y la otra en la ciudad Imperial, que es la de estos indios, las cuales heredó doña Esperanza de Rueda, su mujer, y le valían ambas veinte mil pesos de renta cada año, pero han venido en tanta disminución que no valen al presente los tributos más de tres mil pesos al año; y a este paso va todo lo demás, de suerte que ha venido el negocio a tanta miseria, que lo lastan agora los hijos de los que ganaron la tierra con tanto extremo que hay muchas huérfanas hijas de conquistadores y descubridores del reino que andan a buscar de comer por casas ajenas y sirviendo a los que en España estaban por nacer cuando los pobres hombres andaban descubriendo y conquistando estos reinos por muchos años y con muchos trabajos, derramando su sangre.

Mas todo esto no es sin disposición divina, pues allá en la divina escritura, a cada paso amenaza con semejantes calamidades a los que atesoran por medios tan desordenados, pues dice claramente: «Sembraréis vuestras sementeras, y gozarlas han vuestros enemigos.» Y en otra parte dice: «Comieron los extraños su sustancia.»

CAPÍTULO XXXVII

De la llegada del general Francisco de Villagrán a Chile. Y de la batalla que hubo en Marquina entre Valdivia y los indios de aqueste valle

En tanto que el gobernador andaba en este descubrimiento, estaba Francisco de Villagrán con más de doscientos hombres, que traía del Perú, alojado en el valle de Cuyo, donde se le quemaron las casas y hacienda, como se dijo. Y por no tener certidumbre de la muerte del gobernador Valdivia, envió al capitán Diego Maldonado con doce hombres, que fuesen a la ciudad de Santiago a informarse de lo que había, y volver sin detenerse con la respuesta. Estos anduvieron algunas jornadas en que pasaron un helado páramo de la gran cordillera, donde se vieron en gran peligro por el excesivo frío y no mucho reparo de vestidos, por habérselos quemado todos, y con falta de la comida necesaria para pasar tales trabajos. En fin, llegaron a Santiago, donde fueron muy bien recibidos de toda la ciudad proveyéndoles luego de ropas de lienzo, paños, seda y lo demás necesario para vestirse honrosamente, acudiendo a todo esto Jerónimo de Alderete, que no había salido al descubrimiento de que hemos tratado; pero en lo que era dar vuelta a su general Villagrán los doce que habían venido no quiso Alderete darles licencia por entonces hasta

dar aviso al gobernador, como lo hizo. Recibió Valdivia esta nueva en la ciudad de la Concepción, y luego despachó un mensajero con cartas para Alderete, en que le mandaba no volviesen los doce a pasar la cordillera, sino que se viniesen donde él estaba, pues para dar respuesta al general Francisco de Villagrán bastaban indios con cartas, las cuales escribió el mismo gobernador, para que se viniese luego a la ciudad de Santiago. En tanto que se le llevaba esta orden a Villagrán, partió Alderete de la ciudad, llevando consigo al capitán Diego Maldonado y a los doce que con él vinieron a la ciudad de la Concepción, donde fueron recibidos del gobernador con gran benevolencia y muy en particular el capitán Diego Maldonado, de quien se informó el gobernador de todo el ejército que Villagrán traía y lo demás concerniente a esto. Y pareciéndole que ya habría llegado a la ciudad de Santiago, le escribió prosiguiese el viaje con toda su gente para ayudarle en aquel descubrimiento que iba haciendo.

Este mandato recibió el general en Santiago, y en cumplimiento del se partió luego en busca del gobernador, sin parar en su viaje hasta que le dió alcance en el valle de Marquina, que es el lugar donde la historia llega. fué Villagrán muy bien recibido y agasajado del gobernador y los que con él estaban, y en premio de los servicios que había hecho a su majestad en este reino, a los cuales acumulaba el presente trabajo de la ida y vuelta del Perú a traer gente, le dio el gobernador una encomienda de indios que son los de todos los pueblos que hay ente el río Tolten y Cauten, la cual tierra, por estar entre dos ríos, llamaron la isla de Villagrán. Había en ella cuando se le encomendó, pasados de treinta mil indios que le tributaban, y así llegaba la renta a cien mil pesos. Había dejado Villagrán su gente en la ciudad Imperial, adelantándose él para verse con el gobernador en Marquina y entender su voluntad cerca de la disposición de su ejército; y el gobernador, habiéndole dado esta encomienda, mandó que lo trujese a Marquina, donde estaba. En este tiempo andaban los indios deste valle dando traza secretamente en volver por su libertad, tomando armas contra los españoles, que se la defraudaban. Y vinieron a tener su ejército aprestado el día que Villagrán se partió de donde el gobernador estaba a la ciudad Imperial dos horas antes de la noche.

Apenas se había Villagrán despedido, que Valdivia se sentó a cenar en una ramada de muy frescas hierbas adornada con odoríferas y hermosas flores de deleitable fragancia y suavidad, que convidaba a estar el hombre muy metido en lo presente sin cuidado de otra cosa, cuando a lo mejor de la cena se derramaron todos los solaces, apareciendo una multitud de indios de guerra a vista de la ramada, y se fueron llegando poco a poco sin demostración alguna de enemistad ni estrépito de armas, hasta entrarse por nuestro campo sin ser sentidos sus intentos, y disimuladamente fueron cogiendo la ropa de lienzo que estaba puesta a enjugar allí cerca. Comenzaron entonces los nuestros a conocer que eran enemigos y tocando a priesa alarma, salió con gran brevedad gente de a caballo, y dando tras los bárbaros con toda furia. Ellos, que nunca habían visto gente a caballo, quedaron atónitos, y mucho más con el estupendo ruido de los pies de los caballos, que iban corriendo con gran velocidad, y fué tanto su espanto, que todos a una volvieron las espaldas encomendándose a la ligereza de sus pies, y fueron a todo correr tan despulsados, que iban dejando las armas por el camino por ir más ligeros, hasta que llegaron a dar con un grande ejército de indios que venían a socorrerlos muy en orden, con diversas especies de armas muy lucidas y nocivas para los nuestros. Pero apenas

vieron venir para sí a los españoles a caballo, con aquel tropel y bríos cuando, repentinamente, dieron a huir con los demás que iban ya huyendo, imitándolos en ir sembrando armas por el camino, en tanta cantidad, que eran estorbo al curso de los caballos. Pudo tanto en ellos el espanto que, a todo correr, iban ciegos, sin ver a dónde, hasta venir a dar en una barranca que caía sobre un río, la cual tenía diez estados de alto, y con el grande ímpetu que traían, iban cayendo por allí abajo, unos por venir ciegos y otros compelidos de la multitud de gente que venía detrás, de suerte que al caerse iban encontrando los cuerpos en el aire, donde se quebraban piernas, brazos, cabezas y otros miembros, cayendo no pocos al río, donde se ahogaron. No contentos con esta miseria los españoles, iban alanceando los que alcanzaban, sin perdonar a hombre, y mataran muchos más si no fuera porque entonces cerró la noche y les convino irse recogiendo. Serían los indios que vinieron a este asalto cosa de treinta mil, de los cuales murieron en la refriega hasta dos mil y quinientos, sin que de nuestra banda recibiese hombre detrimento alguno. El general del ejército destes bárbaros se llamaba Netical, y venían por caudillos Yaiquetasque, Yatoca, Guenchoalieno, Liques, Aivequetal, Mapolicán y otros muchos de grandes fuerzas y bríos. fué el día en que se ganó esta victoria un jueves, y el año era el de mil y quinientos y cincuenta y uno.

Dentro de treinta días que esto había sucedido, llegó a Marquina Jerónimo de Alderete, que venía de descubrir la tierra de Tolten, que está a un lado cerca de la mar, la cual es tan excelente que le echó el ojo Alderete para pedirla en encomienda; y así, en llegando a dar razón della al gobernador, le suplicó la pusiese en su cabeza, lo cual le fué concedido dél liberalmente, aunque, como después se dirá, la gozó poco, quedando por heredera su mujer, doña Esperanza, la cual, por ser muy cristiana, pagó después de viuda más de cincuenta mil pesos que su marido había dejado de deuda demás de haber gastado gran suma de oro en poner a sus vasallos en policía y doctrina, recibéndola los indios de manera que desde el día que aceptaron la fe de nuestro Salvador Jesucristo nunca han vuelto atrás no se ha visto entre ellos rumor de motín alguno. y así tiene hoy sacerdotes e iglesias bien ornamentadas, con estar de guerra otros muchos que están más cercanos a la fuerza de los españoles. De cuanta eficacia sea, para conservarse los indios en paz el tener quien les doctrine y haga buen tratamiento, atendiendo más a su provecho espiritual que a la codicia del oro; la cual ha sido y es causa de tantas calamidades como hay en este reino, donde los más indios están de guerra por las vejaciones de los españoles, que van como lobos hambrientos a robar cuanto pueden, o por mejor decir, cuanto no pueden.

CAPÍTULO XXXVIII

De la conquista de Mallalauquen y fundación de la ciudad de Valdivia

Teniendo noticia desta tierra de Mallalauquen, el gobernador mandó alzar los reales del sitio de Marquina para entrar allá en prosecución de su descubrimiento, y llegando con su gente a esta tierra, asentó su campo en un sitio que está cuatro leguas de donde está hoy poblada la ciudad de Valdivia; el cual sitio se llamaba Cudapulle, que son unas vegas por donde corre un caudaloso río llamado Maimilli. Aquí estuvo nuestro campo la Pascua de Navidad, con ser en esta tierra tiempo caluroso, cuanto es frío en España; con todo eso,

fué tanta la fuerza de las aguas y tempestades que había, que no pudo nuestra gente salir de allí hasta sentar algo el tiempo. Pero, no obstante esto, envió el gobernador un hombre industrioso y diligente que descubriese lo que había en el contorno; el cual dio en unas grandes llanadas, tan llenas de poblaciones cuanto abundantes de sementeras de maíz, fréjoles, papas, quinua y otros granos y legumbres. Volvió el descubridor con esta nueva, diciendo ser tierra marítima; porque había visto muchas tuninas que subían por el río, de donde coligió claramente estar cerca la mar, como, en efecto, lo estaba. Oyendo esto don Pedro de Valdivia, partió luego con el campo a ver aquella tierra, y apenas había dejado el río, cuando ya estaban los indios en arma de la otra banda tan a pique, que en llegando nuestros yanaconas a la lengua del agua, comenzaron los bárbaros a tirarles piedras y flechas, aunque todas no llegaban a la cuarta parte del río, por ser de gran anchura. A esto les envió el gobernador a requerir de paz, y a persuadirles que no venía a hacerles daño, sino para mayor utilidad suya, pero ninguna razón fué bastante para que desistiesen de llevarlo por punta de lanza. Por esta causa, hicieron los nuestros algunas balsas de enea y carrizo, en las cuales se metió Jerónimo de Aldérete con cincuenta hombres, llevando los caballos a nado, y desta suerte pasaron el río la víspera de la Epifanía del año de mil y quinientos y cincuenta y uno, y luego, el mismo día por la mañana, pasó todo el ejército junto con la misma traza.

No es razón dejar aquí de ponderar que entre las demás hazañas memorables que han hecho los españoles en las Indias, se puede tener ésta por una de las mejores; porque, según vemos en las historias, se cuenta en ellas por gran cosa haber algunos ejércitos pasado tal y cual río, que en comparación de los que hay en Indias son pequeños arroyos. Y vemos que los que descubrieron este reino pasaron no solo uno, ni dos, pero muchos más, y muy caudalosos, con suma dificultad, como se vió desde que entraron en el valle de Copiapó, cuyo río es grande y furioso; y con los mismos estorbos fueron pasando el río de Coquimbo, el de Limari, el de Chuapa, el de la Ligua, el de Concagua, el de Mapuche, el de Maipo, el de Cachapoari, el de Tentererica, y el de Teno gualemo, todos los cuales tienen su nacimiento en la gran cordillera originándose de la nieve que en ella se derrite, la cual también es materia del famoso Biobio y de otros muy caudalosos, como son el río Claro, el río grande de Maule, que es tan caudaloso como Tajo; y después se sigue el río Nuve, e Itata; después destes, están los ríos que no proceden de nieves, sino de lluvias y manantiales, como son el de Palpal, Niviquetén, que se junta siete leguas arriba de la mar con el grande río de Biobio, y es mayor que el de Guadalquivir, en el Andalucía; porque tiene más de media legua de ancho y grandes raudales de corriente, desapoderados; y más adelante, el río de Conguaya, el de Coipo, el de Angol, el de Tomacuta, el de Sor, el de Curazagua, el de Tabón, el de Cauten, el de Tolten, el de Mallalauquen, el de Marquina, los cuales todos son muy poderosos, sin otros muchos de menos cuenta, que no refiero, y sin otros muy grandes que están más adelante deste de Marquina, como son el río Bueno, el de Tanquelén y el grande desaguadero de Chiloé. Todos estos ríos pasaron nuestros españoles, con resistencia y oposición de los enemigos, arrojándose a ellos sin temor, que es cosa notabilísima; y con este mismo peligro pasaron éste de que voy hablando, que se llama Guadalauquen, el cual es poderosísimo, aunque al tiempo que los nuestros le pasaron subía la marea el río arriba, que fué causa de que se reprimiese el natural ímpetu de su corriente.

De aquí podrá el lector colegir algo de lo mucho a que se han expuesto los españoles por ganar estos reinos sujetándolos a su majestad del rey de España, aunque estoy cierto que nadie que no lo haya visto podrá entender lo que es ni con muchas leguas. Mas el autor, como habla de experiencia y tenía tan presentes estos trabajos como si actualmente los estuviera pasando cuando se escribía esta historia, no pudo dejar de decir que no deben de haberse visto cosas semejantes hechas por hombres de ésta o cualquiera otra nación del mundo, por más famosas que hayan sido las de Ciro, que despojó del reino de los persas al rey Astiages y conquistó a Babilonia, y a los lidios con su rey Creso, y, finalmente, a toda la Asia y las regiones orientales; y por más victorias que haya alcanzado Cleómenes, capitán de los lacedemonios, que sujetó en diversos lances a Arato, capitán de los Aqueos, y conquistó a la insigne ciudad de Argos, nunca de otro alguno tomada por combate. Ni tampoco se pueden tener por hechos más valerosos de Demetrio, hijo de Antigone, que libró a Atenas del imperio de Casandro, y Tolomeo ganó a Chipre, rindió a Beocia, reprimió el poder de Pirro, que tenía cercada a Tesalía, y ganó a Babilonia, pasando el río Eufrates; porque si bien se ponderan las ilustres obras de nuestros conquistadores, ni quedan atrás en las victorias, ni en el vencer dificultades así de los ríos como de otros estorbos. Porque la grande multitud, ánimo y fiereza de los enemigos, circunstanciada de tantos contrapesos para las nuestras, claro está que arguye hazañas de más altos quilates que las que suelen los hombres acometer, y mucho más el haber salido con todo hasta poner al reino debajo de la corona real de España, sujeto a nuestro rey y señor della.

En efecto, los nuestros pasaron de la otra banda, y cuando los indios vieron que iba el negocio de veras, tuvieron por bien de amainar las velas a los desafíos y bravatas, y acudieron a sus casas a traer de presto los más regalos que pudieron, y en particular, muchos carneros de la tierra, con que se pusieron a la orilla a esperar a los nuestros; pero como los caballos, por ir a nado hacían ruido y echaban agua como bufeos, fué tanto el espanto que los bárbaros recibieron en verlos, que todos a una dieron a huir, dejándose a la orilla los presentes que traían. Luego que los españoles pasaron a la otra banda, descubrieron un gran pedazo de tierra, algo alta, como una loma, casi toda cercada de aquel río, donde tenían sus viviendas los naturales en razonables casas. Entraron los nuestros por esta loma y viéronla toda tan adornada de arboleda sembrada a mano, que parecía un paraíso, así por la lindeza y orden con que están puestos los árboles, como por el río que va girando en redondo por aquella loma.

En medio desta tierra, estaba una larguísima carrera de cuatrocientos pasos, donde los indios jugaban a la chueca, y entrando el gobernador por ella, siguiéndole los suyos, comenzó a pasar la carrera diciendo a voces con gran regocijo «aquí se fundará la ciudad de Valdivia», cual otro Rómulo que intituló a Roma con su mismo nombre. Luego los indios, habiéndose reportado, acudieron a sus presentes poniéndose a los pies del gobernador, el cual los recibió benignamente y les trató del fin de su venida, que era para propagar en ellos nuestra santa fe y otras cosas al tenor desto, y los regaló con algunas cosillas y en particular con tijeras y cuchillos y alguna chaquira, que es para ellos grande regalo.

Estaba convidando la amenidad del lugar a no salir de allí hombre en toda la vida; y para ver si había las comodidades necesarias para fundar algún pueblo, mandó el gobernador a Jerónimo de Alderete que en una canoa fuese el río abajo a descubrir si había algún puerto de mar por allí cerca. A dos tiros de arcabuz que anduvo, dio en una grande anchura donde se junta otro hermoso río con éste de Guadalauquen, de modo que ambos juntos parecen una mar, y luego tornan a dividirse saliendo un brazo por una parte y otro por otra, haciendo una isla en medio, donde entonces había más de trescientos vecinos que vivían allí apaciblemente. Desde allí corre el uno destos dos ríos hasta la mar por espacio de dos leguas, y el otro va por un rodeo de cuatro leguas, y al fin vienen a juntarse cerca de la mar, donde hacen una gran boca de más de dos tiros de arcabuz. Y es en todo este río tan aventajado, que se puede contar entre los mejores que en el mundo se saben.

Informado desto el gobernador por la relación que le dio Alderete, trató de fundar allí la ciudad de Valdivia, y así comenzó luego a poner mano a la labor fabricando lo primero la iglesia matriz con nombre de Santa María la Blanca, y prosiguiendo los demás edificios hasta poner la ciudad en buen punto, la cual es tal que tiene el segundo lugar en todo el reino. Tenía su comarca al tiempo desta fundación más de quinientos mil indios en espacio de diez leguas, y estaba muy abastecido de maíz, legumbres y frutas de la tierra; y después acá lo está mucho más con las de Castilla, que se dan casi de todo género en grande abundancia; hay también muchas ovejas, vacas, puercos y cabras; y no es menos la abundancia de trigo y cebada que se cogen con maravilloso multiplico. La tierra es algo montuosa, pero de grandes recreaciones; porque tiene cipreses pequeños y otros muchos árboles deleitables; sácase della mucha madera extremada para edificios y gran fuerza de tablas anchas, como de cedro, de que van al Perú navíos cargados. Es la ciudad muy regalada de pescado, y no menos de mucho marisco, que sacan los indios entrando doce brazadas debajo del agua. Es también de grande recreación el ver muchos brazos de ríos que vienen corriendo de diversas partes y llegan a la ciudad, que aunque son pequeños todavía andan a placer las canoas por ellos, lo cual es causa de que esté la ciudad muy bien servida y proveida, porque en las canoas traen los indios todo lo necesario, como es hierba, leña y muchos mantenimientos; y no menos deleite es ver entrar tantas canoas por aquellos ríos hasta llegar a las casas. Fuera desto, por los ríos grandes suben las naos cargadas hasta la ciudad, porque el uno dellos, es el que haciendo más rodeo es más caudaloso y recogido, y así suben navíos grandes por él. Y el otro, que es algo menor, es tan caudaloso que los navíos más pequeños andan por él sin dificultad, y así entran por ambos ríos las mercaderías que se llevan del reino del Perú ordinariamente.

Habiendo, pues, el gobernador comenzado a poblar la ciudad, distribuyó el sitio conveniente a los moradores, señalándoles su solar a cada uno conforme a la calidad de su persona, y no fueron pocos los hombres de suerte que se hallaron a la población, entre los cuales estaban Francisco de Herrera Sotomayor, natural de Valencia de Alcántara; Cristóbal Ramírez, Juan de Montenegro, Pedro Fajardo, Juan de Matienzo, García de Alvarado, Diego Ortiz de Gatica, veinte y cuatro de Jerez de la Frontera, Esteban de Guevara, Martín Gallegos, Gaspar de Robles y otros muchos que no refiero por evitar prolijidad. Luego dio el gobernador orden en que se hiciese lista de todos los indios del

distrito, los cuales estaban repartidos entre sí por cabíes, que quiere decir parcialidades, y cada cabí tenía cuatrocientos indios con su cacique. Estos cabíes se dividían en otras compañías menores, que ellos llaman machullas, las cuales son de pocos indios y cada uno tiene un superior, aunque sujeto al señor que es cabeza del cabí. De todos estos repartimientos, no encomendó ninguno don Pedro de Valdivia, por entonces, a los vecinos, excepto una principal encomienda que dio al licenciado Julián Gutiérrez Altamirano, a quien dejó por capitán y justicia mayor de la ciudad, difiriendo la distribución de los demás repartimientos. Mas en lugar de encomenderos, señaló personas que atendiesen al bien de los indios, las cuales les doctrinasen y sosegasen en la paz y quietud; dejó aparte los indios que venían a la ciudad y todos los del contorno y lugares marítimos, a los cuales aplicó al servicio de su casa y ciudad, por ser parte dellos pescadores, y los que estaban más cercanos y eran aptos para ello los ocupó en la fábrica de la ciudad, la cual está en cuarenta grados de altura hacia la parte del polo antártico, que llaman sur y mediodía.

CAPÍTULO XXXIX

De la fundación de la Villarica y de la visita que Valdivia hizo, dando asiento a las cosas del reino

Fundada la ciudad de Valdivia, deseaba el gobernador pasar adelante en la conquista comenzada, y para esto envió a su teniente Jerónimo de Alderete con alguna gente que descubriese la tierra que estaba más adelante deste valle de Guadalauquen. Salió Alderete a correr la tierra, y lo primero que halló fueron unos llanos de ocho leguas de largo y cinco de ancho, los cuales se llaman de Lirquino, tierra fertilísima a maravilla de todo lo que se puede desear para el humano sustento; y así es taba muy poblada de indios que tenían allí todo lo necesario para sus personas, que eran en grande número. Después desta descubrió otra tierra, que está quince leguas de la ciudad de Valdivia, que es una provincia llamada Rauco, en la cual hay una laguna llamada Arcalauquen, de treinta leguas en diámetro, cuyas orillas estaban muy pobladas de naturales, y aun en medio de la laguna hay algunas islas donde ellos habitan hasta agora. Llegando a esta provincia Alderete, no quiso pasar adelante, sino dar la vuelta a la ciudad a informar al gobernador de lo que había descubierto. Oyólo él todo muy por menudo, y con el apetito que tenía de ir poblando muchas ciudades se partió con algunos, y fué mirando todas aquellas tierras, donde pasó dos ríos tan furiosos que en el uno dellos se le ahogaron dos hombres, como le sucedió a Frederico, emperador Enobarbo, cuando iba conquistando algunas provincias de Armenia, que al tiempo que pasó a Jerusalén se ahogó en un río y aún estuvieron otros de nuestro ejército no con poco riesgo al tiempo del pasar los dos que digo.

Habiendo visto el gobernador todo lo que Alderete había descubierto, quiso pasar más adelante; pero hallando tierras montuosas, le pareció excusado el pasar adelante, y así se volvió no muy contento por no haber hecho en este viaje notable empresa o nueva fundación de pueblo; y porque fué este lugar el último que vió en este reino don Pedro de Valdivia le pusieron por nombre el lago de Valdivia. Luego que llegó a la ciudad, comenzó a distribuir los indios en algunas encomiendas que señaló, aunque no los

entregó por entonces hasta ver toda la tierra, y entre ellas dio una de más de quince mil indios a un cuñado suyo, que acababa de llegar de España, llamado Diego Nieto de Gaete, el cual era hermano de su mujer, doña Marina Ortiz de Gaete, que estaba en España, en Extremadura, en un pueblo llamado La Serena. Estando ya la ciudad acabada de edificar y muy asentada, envió el gobernador a su teniente Alderete a fundar la de Villarica, quince leguas de allí, en un lugar que está junto a la laguna llamada Mallalauquen, de que habemos hecho mención, por ser tierra muy fértil y fructífera, aunque lo que es trigo no se da en tanta abundancia como, en otras partes deste reino, ni tampoco las viñas son de mucha cobdicia, como ni las del distrito de la ciudad de Valdivia, y así se trae el vino de otros pueblos cercanos donde se coge en grande abundancia.

Habiendo rodeado Alderete toda esta tierra, fundó la de Villarica en el sitio que mejor le pareció, y fueron los primeros vecinos della don Martín de Avendaño, don Miguel de Velasco, Juan de Oviedo, Justo Téllez, Juan de Cereceda y algunos otros, que por todos fueron treinta, sin otros muchos soldados que quedaron allí para defensa del pueblo. La causa de ponérsele por nombre la Villarica, fué la gran suma de oro y plata que hay en sus minas, aunque por estar cerca de la ciudad de Valdivia se llama oro de Valdivia el que de aquí se saca para otros reinos; y así vemos cuán nombrado es el oro de Valdivia por ser el mejor que se saca en todo el reino de Chile. Fundada esta villa y dado asiento a las casas della, se determinó el gobernador de dar orden en tener alguna quietud y descanso, y acabar ya con batallas, deseando enviar a España por su mujer, y juntamente dar noticia muy en particular a su majestad de todo el reino y lo que en él se había hecho; para esto puso los ojos en su teniente Jerónimo de Alderete, que le amaba mucho, con designio de bajar con él hasta la ciudad de Santiago, y de allí enviarle a España, y por esta causa no había querido encomendar los repartimientos de indios para tener que dar a los que con él viniesen de Castilla. Y asimismo, dejó todos los indios comarcanos para aplicarlos a su estado, como dijimos arriba; y aún en la ciudad dejó señalado el mejor sitio que había para sus casas con una buena plaza decente a ellas. Había a la sazón en la ciudad de Valdivia más de doscientos y treinta hombres a los cuales llamó sin quedar ninguno, y les comunicó su intento, haciendo un largo razonamiento a todo el pueblo con grandes ofertas de que ayudaría cuanto pudiese a cada uno en particular, así con lo que estoviese en su potestad como con cartas para el rey nuestro señor, donde le avisaría de los muchos servicios que cada cual le había hecho, y juntamente les pidió que cada uno escribiese a su majestad lo que dél sentía y había visto, dándole cuenta por extenso de las cosas que en todo el reino había hecho, pues a todos eran manifiestas. Con esto acudieron todos a él a tratar cada uno de lo que le pertenecía, sin haber ninguno a quien no procurase contentar: a unos con dádivas y a otros con promesas y buenas esperanzas.

Hecho esto, se partió el día siguiente para la ciudad Imperial, a la cual aumentó con mucha gente, y dio nuevas encomiendas a los que señaló por vecinos, y fundó la ciudad con el nombre de Imperial, que hasta entonces no la había puesto en orden y hecho más de poner allí un asiento hasta que él volviese. A Francisco de Villagrán dio treinta mil indios, que ya dijimos que le rentaban cien mil pesos. A Pedro de Villagrán, quince mil indios; a Jerónimo de Alderete, doce mil; a Pedro de Olmos de Aguilera, ocho mil; a Andrés Hernández de Córdova, seis mil; al capitán Juan de Samano, a Andrés de

Escobar, a Pedro Omepesoa, a Francisco Rodríguez de Ontiveros, a Juan de San Martín, a Leonardo Torres, a Juan de Vera y a otros muchos, dio también muy buenos repartimientos, de suerte que dejó allí más de cincuenta encomenderos, fuera de otros hombres de calidad y buenos soldados que pasaban de doscientos, por cuyo capitán,dejó a Pedro de Villagrán, como lo era. Toda esta gente era servida de los indios como si fueran príncipes, gozando de los grandes regalos desta tierra, que como estaba toda en paz, podían hacerlo mejor que agora; y dejándola en este estado, se partió Valdivia para la ciudad de la Concepción, la cual visitó, ordenando en ella lo que le pareció conveniente, y dentro de pocos días se fué a la ciudad de Santiago, que es la mayor de este reino, donde fué recibido con gran regocijo. No mucho después de su llegada, despachó a su teniente Jerónimo de Alderete para España; y con él a su cuñado Diego Nieto de Gaete, para que le trajesen a su mujer y con ella a la mujer y hijos del mismo Diego Nieto y a sus nietos, que viniesen a gozar de lo que con tanto sudor había ganado; y para la expedición de todo esto buscó sesenta mil pesos de oro fino prestados para los gastos del camino, que es largo y trabajoso, como lo experimentan cada día todos los que pasan de España a estos reinos de Chile.

CAPÍTULO XL

Del descubrimiento de las minas de oro de la Concepción, y de la llegada a Chile de don Martín de Avendaño con su ejército

Había en este tiempo en la ciudad de Valdivia algunas inquietudes, porque no todos los indios querían sujetarse; y aunque el capitán de la ciudad había dado orden en que cada español apaciguase a los indios que tenía a su cargo en tanto que se encomendaban, y demás desto tenía diputados treinta hombres con su caudillo que anduviesen siempre visitando al contorno, con todo esto no faltaban desasosiegos de cuando en cuando, y hubo día en que los indios quernaron unas grandes sementeras de los españoles por molestarlos, pero la gruesa de la gente acudía con mucho gusto al servicio de aquella ciudad y de las demás que estaban pobladas; y desta manera estuvo el reino en paz tres años, que fueron desde el de mil y quinientos y cincuenta hasta el de cincuenta y tres y parte del de cincuenta y cuatro.

El gobernador, que veía la tierra puesta en tan buen punto, determinó de tomar de veras lo que era descubrir minerales de oro, como el principal fin de algunas personas que pasaban deste reino. Para esto acordó de ir en persona a la ciudad de la Concepción a poner diligencia en este negocio; y habiendo puesto muy en orden a la ciudad de Santiago y dándole argumento con nuevos encomenderos, se puso en camino con alguna gente de compañía. Estando él con el pie en el estribo, llegó un ejército de ciento y veinte hombres que venían por tierra del reino del Perú con don Martín de Avendaño, que había servido en la casa de su majestad y pasado al Perú por ver a una hermana suya, llamada doña Ana de Velasco, mujer del mariscal Alonso de Alvarado; y el virrey del Perú, que a la sazón era don Antonio de Mendoza, por ocuparle en cosa de importancia, le dio licencia para hacer gente para este reino con título de general, y con él entró en Santiago el año de mil y quinientos y cincuenta y uno. Viendo el gobernador a este caballero en su reino

alegróse mucho, haciéndole el acogimiento debido a su persona, y mostrándole grande amor por ser cuñado del mariscal, con quien él tenía estrecha amistad de muchos años atrás, y no menos por el gran deseo que tenía de ver multiplicada la gente española en este reino para que estuviese más ilustrado y quieto; y como a esta coyuntura estaba de partida para la Concepción, parecióle que había llegado a propósito don Martín de Avendaño para llevarlo consigo, y así lo hizo llevando consigo la más de la gente que del Perú con él venía, Luego que llegaron a la Concepción, trató el gobernador de que con toda diligencia se buscase las minas de oro que por allí había, cometiendo esto a hombres prácticos en este ejercicio; y en el ínterin que se descubrían envió al general don Martín de Avendaño a que visitase las ciudades de arriba hasta llegara la ciudad de Valdivia; pero como él venía hecho al lustre y grandezas de la corte y veía a los hombres deste reino tan pobres y mal tratados, especialmente en las ciudades de arriba, donde llegó, no pudo acabar consigo el perseverar en este reino, y sin aguardar lo que de las minas resultaba, se volvió al Perú, habiendo estado en este reino pocos días sin ser parte para detenerlo los ruegos y ofertas del gobernador, que le daba en encomienda treinta mil indios, que son los de la provincia de Pucoreo. Poco después de su partida se descubrieron unas minas en un lugar llamado Andacollo, que está cinco leguas de la Concepción, cuya riqueza es tan excesiva que solos los indios que sacaban oro para el gobernador le daban cada día cinco libras y más de oro fino.

Hallada esta opulencia tan grande, se hizo un asiento de minas en aquel lugar, el cual se comenzó en el mes de octubre de mil y quinientos y cincuenta y tres, poniendo para ello españoles mineros que gobernasen a los indios, porque pasaban de veinte mil los que venían a trabajar por sus tandas, acudiendo de cada repartimiento una cuadrilla a sacar oro para su encomendero. fué tanta la prosperidad de que se gozó en este tiempo, que sacaban cada día pasadas de doscientas libras de oro, lo cual testifica el autor como testigo de vista cosa de tanta opulencia que quita la vanagloria a los famosos ríos Idaspe, de la India, y Pactolo, de Asia. Viendo el gobernador tanta abundancia, procuró asegurarla más, poniendo gente de guarnición en tres fortalezas, con doce hombres cada una, y en la de Arauco puso por caudillo a Martín Hernández, buen soldado; en la de Tucapel, a Francisco Brito, y en la de Puren a Alonso de Coronas. El oficio a que éstos atendían era dar orden a los indios de cómo habían de ocuparse, y también estar a la mira de cómo vivían, porque no hubiese algún alboroto entre los indios, como le había comenzado a haber, matando aun español minero que, por ventura, los apuraba demasiado. Ultra desto dio el gobernador un conducto de capitán a un mayordomo suyo llamado Francisco de Ulloa, natural de la villa de Cáceres, en España, para que con veinte hombres anduviese por aquellos estados, visitando siempre, sin parar, la tierra y fortalezas que estaban a nueve leguas la una de la otra; y para que en todo hubiese más cómodo y seguridad, se pobló entre la ciudad de la Concepción y la Imperial otro pueblo de españoles que salieron de ambas ciudades para moradores dél. Por esta causa le pusieron por nombre la ciudad de los Confines, el cual se le ha quedado hasta hoy.

Este era el estado de las cosas deste reino en aquel tiempo, donde apenas había hombre a quien no le alcanzase buena parte del oro que se sacaba, y así eran grandes los regocijos que se hacían en la ciudad de la Concepción y no pocos los tejos y barretas que iban y venían en los tablajes. A esto se aplicaba entonces el gobernador no tanto por codicia

como por vía de regocijo, porque todo cuanto ganaba al juego lo daba a los que estaban a la mira, y vestía también mucha gente pobre sin guardar para sí cosa alguna, porque de su condición era muy magnífico y no menos largo en el juego, tanto, que aun cuando no estaba en su prosperidad ni había la riqueza que en esta sazón, le sucedió una vez estando en el Perú el jugar con el capitán Machicao a la dobladilla de poner catorce mil pesos en sola una mano. ¿Qué haría más tarde?

Estando, pues, el gobernador en medio destes regocijos, no por eso se descuidaba de llevar adelante la conquista de toda la tierra, y para la prosecución desto acordó de enviar gente por dos vías: lo primero hizo aprestar dos navíos con algunos soldados, y señaló por capitán de ambos a Francisco de Ulloa, para que fuese a descubrir el Estrecho de Magallanes, que confina con este reino, y esto con intención de hacer por allí paso para España, porque, demás de ahorrarse los dos tercios del camino, evítanse también grandes peligros de la tierra llamada nombre de Dios, sola buena en el nombre; el cual se le debió de poner porque no espantase a las gentes, por ser muy enferma y mala de pasar por la aspereza de dieciocho leguas de camino. Por otra parte envió gente por tierra, lo cual ordenó no tanto por esperanza que tuviese de las minas que mandaba descubrir como para alejar de sí a Francisco de Villagrán, de quien siempre andaba receloso, y por esta causa le encomendó esta empresa, dándole para ello setenta hombres bien aderezados. Partió Villagrán muy a su gusto y tomó la vereda hacia la otra parte de la cordillera, donde él había estado con la gente que trajo del Perú. Y prosiguiendo este camino, vieron sus soldados en cierto lugar unos indios que estaban como descuidados a los cuales quisieron coger para llevarlos por guías, pero, al tiempo de acometer les salió una gran multitud de una emboscada, los cuales mataron dos españoles hiriendo algunos otros, y con esto se fueron a su salvo sin recibir detrimento alguno en sus personas.

Viendo Villagrán las dificultades que se le ofrecían así de enemigos como de un grandísimo río que no pudo pasar por ninguna vía, tomó el rumbo de la ciudad de Valdivia por un camino que nunca se había descubierto donde había grandes poblaciones de bárbaros, entro los cuales fué caminando hasta el valle de Mague, el cual es muy poblado y fértil como los demás que hemos contado. Estando en este lugar le acometieron un grande ejército de indios a dar batalla, y saliendo él con los suyos a hacerles rostro, sobrevinieron por las espaldas otros muchos indios, que saliendo de un fuerte que estaba en un lugar llamado Villen y tomándole en medio, le dieron combate trabándose un encuentro muy sangriento, y aunque los españoles se vieron en grande aprieto y recibieron muchas heridas, con todo eso fué el señor servido que venciesen a los enemigos, quedando el campo por suyo, habiendo muerto no pocos bárbaros y cogido algunos vivos. Con esta victoria se entró la gente en la ciudad de Valdivia, y habiendo descansado algunos días y curados los heridos, dieron lavuelta a la Concepción, donde el gobernador estaba, a darle razón de lo sucedido; pero como su intento era apartar de sí a Villagrán, no quiso que estuviese allí más, tomando por achaque el decir que era necesario visitar la tierra, y con esta hacilla le envió otra vez a los confines de la ciudad de Valdivia con el mesmo cargo que primero: lo cual hacía Valdivia no con el intento que tenía la madrastra cuando enviaba a su entenado Hércules a domar diversos monstruos deseando que se quedase en las uñas de alguno por el rencor que con él tenía y su madre Alcmena, pues nunca Valdivia mostró tenerle con Villagrán, sino porque se recelaba de

que si alguno había de querer ser cabeza era él por ser hombre de mucha sagacidad y estofa, por ser cosa que suele suceder en estas conquistas el levantarse algún soldado valeroso contra su capitán, como lo hizo aquel facineroso Aguirre, que mató a Lope de Orsúa cuando iban a descubrir nuevo mundo por el río Marañón como consta de la historia peruana.

PARTE TERCERA

De la rebelión general, de los indios de Arauco y Tucapel

CAPÍTULO XLI

Del acuerdo que los estados de Arauco y Tucapel tuvieron, confederándose contra los españoles y eligiendo capitán general

No sé qué tienen los refranes antiguos que por más que nos desdeñamos de usar de ellos por tener poco follaje de retórica y tratar las cosas con aquella llaneza de los siglos pasados, al fin, cuando menos pensamos, nos traen las ocasiones a lances en que conocemos ser ellos unas verdades muy macizas y admirables sentencias tanto más comprensivas cuanto más sucintas; digo esto porque en la materia que comienzo a tratar en esta parte, no veo otra cosa desde el principio al cabo sino el cumplimiento de los proverbios que dicen, que quien todo lo quiere todo lo pierde, y que la codicia rompe el saco, y que quien demasiadamente apura saca sangre; a los cuales añado otro, que aunque no es del número de los antiguos en las palabras eslo empero en la sentencia y estilo, esto es, que el no contentarse el hombre con mediano bien le trae a términos en que se contentaría con mediano mal. Por cierto, muy digna de lamentar es la insaciable sed que los hijos de los hombres tienen deste negro más y más sin límite, que no hay riqueza que los harte hasta que, por mucho hurgar, dan con todo al traste. No sé yo qué razón tenían para no quietarse sin buscar gollorías unos hombres que pocos años antes estaban en sus tierras, no como duques ni condes, y se veían ahora gentes de tantas tierras, siendo obedecidos y venerados, como si cada uno de ellos fuera un monarca del Universo. Harto era el callar los indios después de tan irritados con agravios, y aún robos, sin querer apurarlos más con cargas y opresiones hasta hacerlos reventar y dar al fin con todo en tierra; y no era menos el verse ya los españoles libres de batallas, pues habían ya pasado tres años de tranquilidad en que el reino todo estaba de paz sin género de inquietud ni zozobra, sin querer meter en nuevos ruidos los que debieron tener por felicidad el verse fuera dellos con todo el regalo y comodidad que pudieran desear en esta vida. En efecto, el apetito del oro que había sido el postillón en su viaje, estaba tan en su punto, que apenas habían comenzado a gozar la paz cuando comenzaron a dar guerra a los indios porque sacasen mucho oro con notabilísimo dispendio suyo, sin tener otro cuidado sino daca daca, como si se les debiera de derecho, y llegó a tanto la extorsión con que afligían a los pobrecillos, que en sólo las minas de la Concepción echaron veinte mil indios, lo cual era lo mesmo que echarlos a todos, pues así como sacar veinte mil hombres de pelea es necesario que haya más de trescientas mil personas de donde entresacarlos, así el sacar

veinte mil mineros es ocupar medio reino, pues los que restan son sus hijas y mujeres, que ni aun esas dejaban en la ocasión presente, ultra de que es inexcusable el remudarse por sus tandas, por ser el trabajo excesivo y haber ellos de ir a sembrar lo que habían de comer so pena de morir de hambre, de suerte que acudiendo siempre veinte mil, venían a ser más de cien mil al cabo del año que es lo mismo que decir todo el reino; pues los demás que quedaban servían a los españoles de caballerizos, pajes y hortelanos, de beneficiar sus sementeras y guardar sus ganados, si suyos pueden llamarse, que no sé con cuán justo título lo poseen.

Estas molestias y vejaciones y otras semejantes juntas con las que se han arriba referido, provocaron tanto a los indios que va no podían llevarlo; ni me parece hubiera yunque tan recio que con tales golpes no quebrara. Andaban los pobrecillos como atónitos en verse en tan poco tiempo hechos esclavos de señores y admirados de sí mismos en dejarse ir así, pudiendo poner remedio fácilmente. No se juntaban vez en sus rincones, donde no se les fuese todo en tratar desta desventura. Uno decía: «Hermanos míos, ¿de dónde nos ha venido tal infortunio? ¿Quién nos ha traído a nuestras tierras estos verdugos, estos lobos hambrientos, esta plaga tan inopinada, este yugo tan pesado? ¿Qué les hemos merecido o qué les debemos para que se aposeñen de nosotros y de nuestros reinos? ¿Qué provecho nos viene de su venida para no procurar su vuelta? Si es porque nos han hecho cristianos, ya véis que las obras que ellos hacen no son conformes a lo que nos dicen. Por tanto, hermanos míos, ved lo que os parece conveniente, que no es razón dejarnos echar barbuquejos como a bestias, pues no lo somos.» Otro decía: «Por cierto, hermanos, yo estoy corrido y afrentado de ver que nos hayamos dejado engañar como niños y cautivar como cobardes, y sobre todo de que estos españoles deben de estar haciendo burla de nosotros viendo que les bailamos el agua delante como si naciéramos esclavos suyos, teniendo nosotros fuerzas y bríos para muchos más que ellos y otros tantos. No sé quién nos tapa la boca y ata las manos para dejarnos tratar como salvajes o como gente que les sirve a más no poder, como quiera que podamos muy bien por nosotros y nuestra honra.» Decía otro: «Muy ciegos debemos de estar, pues no acabamos de conocer a estos hombres que nos tienen sujetos y avasallados: de que al principio nos espantasen, no me espanto; de que nos admirasen, no me admiro; de que nos rindiesen del todo, no me maravillo, porque entonces no era mucho que la voz del clarín nos erizase los cabellos, siendo cosa que jamás habíamos oído, ni que el ruido de las escopetas nos aterrara pareciéndonos que sólo el tronido era el que nos mataba, pues no sabíamos hasta entonces el secreto; ni que los españoles, puestos a caballo, nos fuesen formidolosos, pues se nos figuraba que el hombre y el caballo eran de una pieza, y los teníamos por monstruos y cosas del otro mundo. Mas agora que habemos entrado con ellos en tantos encuentros y guazavaras, y habemos conversado con ellos tres años estando de paz, en los cuales habemos vivido en sus casas y dormido en sus retretes, y vemos que comen, duermen y caen enfermos y tienen las demás pasiones comunes a todo género humano, y, en efecto, son hombres como nosotros y no dioses, como ellos representan, y vemos que el son de trompeta es aire y el caballo es caballo y el arcabuz es un instrumento a que correspondemos con nuestros arcos y flechas. Y que ya que en esto nos hacen alguna ventaja, se la hacemos nosotros muy incomparable en el excesivo número de gente y en nuestras fuerzas y valentía, yo no sé, por cierto, qué esperamos, ni en qué estamos embelesados, dejándonos estar hechos unos tontos. ¿Qué tenemos? ¿De qué nos

espantamos? ¿En qué ley vivimos? ¿Qué aguardamos, hermanos míos, para no redimir nuestras vejaciones?... Que es vergüenza y confusión del nombre chilense no restaurar nuestra libertad y señorío; que es ignominia el dejarnos tratar al estricote; que es afrenta el no darnos a conocer a los extranjeros.»

Estas y otras pláticas tenían entre sí cada día, de suerte que el año de mil y quinientos y cincuenta y tres, habiendo ya corrido los tres de paz que en él se remataron, vino el negocio a términos en que los que entre ellos eran hombres de sangre en el ojo, como los Araucanos y Tucapelinos, acordaron de volver por sí, procurando recuperar la libertad con que habían nacido y tenían heredado de sus progenitores. Y para salir con esto de todo punto, dieron traza en que el alzamiento se hiciese fundadamente, tomando este negocio de veras, y no con solos asaltos a hurtadillas, sino juntándose todos aquellos estados para acabar con ello de una vez, y convocando gente de otras provincias comarcanas, de las cuales concurrieron las más principales cabezas con poder de los que en ellas quedaban para hacer y deshacer, según les pareciese ser expediente a la universal libertad de sus personas. No podré referir aquí puntualmente el grueso número de señores que se juntaron a esta consulta, por no prolongar nuestra narración. Sólo digo que todos ellos entraron en acuerdo, usando primero de tus ceremonias y ritos que suelen ser comunes entre ellos, donde invocan el favor del demonio y echan suertes sobre las elecciones y adivinanza de los sucesos, como lo hacían los atenienses en las fiestas consuales hechas en honor de Conso, dios de los consejos. Todo lo cual se suele hacer en medio de grandes banquetes y embriaguez, que es el vicio que más predomina en todos los indios universalmente a la manera que lo hacían los griegos en las fiestas bacanales, llamadas orgía. En esta consulta determinaron que se señalasen doce electores, los cuales nombrasen según su arbitrio al que había de ser general de todo el ejército con absoluto gobierno de todo el reino, y así lo pusieron luego en ejecución, nombrando allí doce hombres, los más prudentes y principales que se hallaron; los cuales se conformaron poniendo los ojos en el más idóneo para tan preeminente oficio, por ser personas desinteresadas y que no dejaban llevarse de pasiones y propios intereses y respetos, que suelen ser principios de grandes disensiones, viniendo al cabo a echar mano de alguno que lo destruya todo. En efecto, estuvieron estos doce electores tan unánimes, que sin contradicción alguna, eligieron a un indio noble y rico llamado Caupolican, de tantos bríos cuanto parece significar aun la misma hinchazón del nombre, y de tanto valor, sagacidad y prudencia, que más parecía de senador romano que de bárbaro chilense. No quiero dejar de advertir al lector sobre este punto, que si acaso leyere la historia llamada *Araucana*, compuesta por el ilustrísimo poeta don Alonso de Ercilla, vaya con tiento en el dar el legítimo sentido a las palabras con que pondera el largo tiempo que este Caupolican tuvo en sus hombros un pesadísimo madero, arrojándole después un grande trecho de sí, como cosa en que consistía su elección, por estar determinado que el que más tiempo sustentase aquel madero fuese electo; en lo cual, me refiero a su historia, avisando aquí al lector que entienda que este caballero habla como poeta con exageración hiperbólica, la cual es tan necesaria para hacer excelente su poesía, como lo es para mi historia el ser verdadera sin usar de las licencias que Horacio concede a los poetas. Pues no es menos subido de quilates Virgilio, por haber dicho que Polifemo el de Sicilia tomó en la mano una gran viga y se fué entrando por la mar, llevándola por báculo. Y que cuando se movía el gigante Encelado sepultado en el monte Etna, movía a todo el monte;

ni pondrá alguna tacha en Marcial, por haber escrito que Milon Crotonita tenía tan fuertemente un mástil en la mano que ningunas fuerzas eran bastantes para sacársele de entre los dedos, y llevó a cuestras un toro grande un largo trecho y le mató de una puñada; ni es menos famoso Lucano por haber dicho que Mónico arrojaba en lugar de dardos los árboles, y peñascos en lugar de piedras; ni tampoco Juvenal es de menos cuenta por haber escrito lo mesmo; ni, finalmente, Ovidio, por no haber escrito casi otra cosa en sus metamorfosis, sino fábulas, y así, mientras la exageración es mayor, tanto más se debe alabar a don Alonso de Ercilla; poniendo empero resguardo a que entienda el lector que no por esto deja de ser verdad comúnmente lo que escribe, pues una ficción no quita el crédito a la poesía. Y así verá el lector que en las más concuerda con lo que aquí se escribe, que es lo que pasó en efecto de verdad. Digo, pues, que ni el indio tuvo tal madero tanto tiempo corno allí se refiere, ni tampoco fué éste el negocio en que consistía el ser electo por capitán general, porque no son los indios araucanos y tucapelinos tan faltos de entendimiento que viniesen a reducir todas las buenas partes necesarias para tal oficio a una sola y de tan menuda prueba como era el sustentar un árbol siendo cosa que podía caer en el indio más incapaz de todas para tal cargo, y así se debe entender que esta prueba se hizo no sola, ni como la única que calificaba al general, sino entre otras muchas, como correr, saltar, luchar, blandear una lanza, y otras para que se diese el cargo a aquel en quien más partes concurriesen atendiendo en primer lugar a la sagacidad y prudencia; y por ser Caupolican tan aventajado en todos los requisitos concernientes a tal oficio, fué nombrado y recibido por general. Pues ya que no fué tal como Scinis, que doblégaba a los altísimos árboles juntando las puntas de arriba con las raíces, fué a lo menos tan valeroso y esforzado como Smerdis., hermano de Cambises, que encorbaba un arco que ninguno podía doblegar. Y como Timoleón, capitán de Corinto, que libró a los siracusanos del poder de Dionisio, cuya ciudad tenía tomada por fuerza, vencéndole en la batalla y saliendo con otras no menos insignes victorias.

CAPÍTULO XLII

De algunos encuentros que hubo entre los indios y españoles, por donde fué descubierto el alzamiento de Arauco

Estando el gobernador don Pedro de Valdivia en la ciudad de la Concepción, sin imaginación y sospecha del alzamiento, envió al capitán Diego Maldonado con cinco soldados a la casa fuerte de Tucapel, los cuales caminaron sin género de recelo como por pasos seguros, según lo habían sido hasta entonces; y ya que habían pasado por la casa fuerte de Arauco en prosecución de su jornada, estando una noche descuidados, salieron de través algunos indios armados, y dando en ellos de improviso mataron cuatro antes que pudiesen ponerse en defensa ni aprovecharse de sus armas y caballos. Con todo eso, el capitán Maldonado, con otro soldado de los cinco, tuvo maña para subir a caballo y escabullirse con su compañero, poniéndose en salvamento ayudados de la ligereza de los caballos a que los indios no pudieron dar alcance. Habiendo caminado a todo correr grande rato, vinieron a llegar a la casa fuerte de Arauco, de la cual habían salido, y allí dieron nueva del mal suceso, así con palabras como con las heridas que lo manifestaban. Llegó esta mala nueva a la casa fuerte de Puren, donde estaba por caúdillo Sancho de

Coronas, el cual con gran diligencia procuró hacer escrutinio sobre, el caso, descubriendo de raíz el motín que se tramaba. Para esto mandó que se trajesen ante él ocho caciques, cuyos nombres eran Guaito, Pangué, Lincuo, Guaicha, Paineli, Renque, Llaipo, Toraquín, Millanque, a los cuales examinó con gran cuidado, dándoles un cruel tormento, que fué ponerlos sobre muchas brasas tendidas por el suelo, amonestándoles primero que dijese verdad si querían escusar aquel dolor tan intenso. Pero son los indios de este reino tan hombres en sus cosas, que ni por esas ni por esotras quisieron declarar cosa delante de aquel caudillo. No fué menor el tormento que don Francisco Ponce de León dió a un indio de su repartimiento, que era de la provincia de Nivico donde él a la sazón residía, y fué que hizo derretir mucha manteca, y atando al indio de pies y manos, le mandó asperjar con un hisopo empapado en ella, cuyo ardor fué tan eficaz que el desventurado indio murió en el tormento sin haberle hombre sacado palabra de todo cuanto se le preguntaba. No sé qué me diga acerca destes hechos, pues otros de no mayor impiedad tienen nombre de crueldades entre los antiguos, no siendo cristianos, como el de Quinto Mucio Scévola, que hizo quemar nueve senadores, y el de Tiberio tercero, que a un pescador que dió una mula, sin género de malicia, a otra persona que le maquinaba cierto enredo, hizo refregar el rostro con los mismos peces que sacaba. Con toda esta entereza de los indios, tuvo maña Valdivia para descubrir por el rostro el alzamiento, estando él en la ciudad de la Concepción con no poco regocijo de la grande riqueza de aquellas minas que se acababan de descubrir. Mas como sea maña antigua de la fortuna no dar larga rienda al placer sin acudir presto a echar en todo algún azar con que se vuelva amarga la dulzura, dió al gobernador aqueste tártago; que no fué pequeño el ver lo que se tramaba al cabo de tantas guerras y trabajos, cuando ya se comenzaba a gustar de los efectos dellos. Derramó esta triste nueva los solaces, de manera que el gobernador salió con solos quince hombres de a caballo, de los cuales fué uno don Pedro de Lobera, de cuyos papeles saqué esta historia; y no quiso Valdivia sacar más gente por dejar la ciudad con fuerza, y también por tener muchos soldados en las tres casas fuertes y en la tierra de las minas, de los cuales se pensaba ayudar para la guerra.

Estando, pues, el gobernador cenando dos horas antes de la noche para partirse, llegó el comisario general, fray Martín de Robleda, de la orden de San Francisco, que era recién llegado de España y el primero que entró en este reino, al cual pidió Valdivia su bendición despidiéndose de él no con poca ternura de los dos, y con esto se partió con propósito de ir a la casa fuerte de Arauco aunque, perdiendo el camino con la oscuridad de la noche, llegó al cuarto del alba a las minas donde estaban cuarenta españoles de a caballo haciendo escolta al oro que se sacaba por haber en aquel asiento más de veinte mil indios.

Mas como los españoles llegaron allí a ver al gobernador y saber la causa de su venida y entendieron ser tan infelice y peligrosa, comenzaron a temer viendo que se quería partir luego, dejándolos allí entre tanta gente bárbara en tiempo de alzamiento, y así le hicieron instancia que se detuviese hasta edificar allí un fuerte donde se recogiesen los mineros y soldados en caso de necesidad. Condescendió Valdivia con ellos, quedándose allí por espacio de ocho días, en los cuales se fabricó una fortaleza y en el ínterin ordenó que se diese mandato a los españoles que estaban en diversos puestos para que acudiesen algunos allí a estarse en aquella fuerza, y otros a la casa fuerte de Tucapel, adonde

pensaba partirse luego con su gente. Aquella misma mañana en que llegó a las minas trajo el mayordomo del gobernador, llamado Rodrigo Volante, una fuente de plata con seis libras de oro en polvo, y se la puso delante, diciéndole que aquel oro habían sacado sus indios el día antes, y que cada día le sacaban otro tanto; por otra parte, le trajeron una hermosa fuente llena de diversas conservas, mas él estaba tan amargo que ni lo primero le alegró el corazón ni lo segundo endulzó el gusto, antes mirando el oro dijo: «Yo alabo aquel que tal cría.» Y con esto mandó quitarle de delante, pues era tiempo de tomar las armas y no de cobdicias de riquezas; y de las conservas tomó una tajada de diacitrón, el cual, al parecer, se le atravesó en la garganta, donde parecía tener un nudo que lo impedía. Habiendo estado aquí ocho días, salió con veinte españoles de los que en las minas estaban, quedando los demás en la fuerza; y con éstos fué caminando a Tucapel, en cuyo camino se le juntaba alguna gente hasta que se vió con sesenta españoles, contando entre ellos sus criados. Iban allí algunos caballeros y muchos hijosdalgo, como eran el capitán Diego Oro, el capitán Francisco Gutiérrez Altamirano, Pedro de Valdivia, Juan de Lomas, Antonio de Bobadilla, Juan de Villaruel y otros valerosos soldados. Con éstos llegó aquella noche a dormir a un lebo y república que se dice Labalebo, de donde envió seis corredores con Antonio de Bobadilla, su caballerizo, para que fuesen descubriendo el campo, mandándoles que volviesen allí aquella noche; mas como amaneciese y no hubiesen acudido al real, tuvo mala sospecha de lo que podía ser, y echando, como dicen, la sogá tras el caldero, despachó otros seis con el capitán Diego Oro, pero los unos ni los otros volvieron. Y fué el caso que los primeros seis corredores, y al mejor tiempo que iban su camino, sin hallar cosa que les estorbase, se hallaron repentinamente cercados por todas partes de enemigos, sin poder volver atrás ni pasar adelante, y así fueron forzados a pelear, hasta que cansados y heridos y muertos los caballos, murieron todos, sin escaparse alguno que volviese a dar la nueva; y como los otros seis no sabían el mal suceso, dieron ellos en la misma fosa, de suerte que tampoco escapó hombre de ellos, habiendo peleado tan varonilmente los unos y los otros que dejaron el campo sembrado de cuerpos muertos, haciendo gran matanza en los enemigos como después se supo afirmándolo los yanaconas que llevaban en su servicio, de los cuales escaparon algunos.

CAPÍTULO XLIII

De la memorable batalla de Tucapel entre Caupolicán y valdivia, donde murieron él con todo su ejército, haciéndole traición el famosísimo indio Lautaro

El paso más lastimoso que me parece hay en este libro es éste donde la historia ahora llega; pues se escribe en este capítulo la desastrada muerte de uno de los más valerosos capitanes de nuestro siglo y conquistador de todo Chile, cuyo suceso hace se me caigan las manos de compasión; en tal extremo, que estaba por no prolongar el capítulo más que lo que el mismo título significa. Pero por ser cosa tan circunstanciada de muchos puntos tan notables como el principal de que se trata, no quiero perder punto de los que deben apuntarse, siguiendo el hilo hasta dar en el extremo donde está añudado. Siendo, pues, tan demasiada la tardanza de los unos y otros corredores que corrió el sol en el interior un hemisferio entero y se asomaba ya por encima de los collados a vista del desventurado ejército, causó a Valdivia tantas nubes en el corazón cuanto resplandor y alegría a la

misma tierra en cuyas hierbas y plantas esparcía sus rayos abriéndose un día muy fecundo. Entonces intentó Valdivia volverse a la casa fuerte de Arauco, sospechando el lazo que estaba tendido en el camino, como hombre experimentado en topar muchos lances y romper muchas lanzas. Mas como algunos de los suyos fuesen hombres de poca edad, recién venidos de Europa, de no menos fervorosa que noble sangre, deseaban ocasión en que estrellarse para mostrar sus bríos y ganar fama; y así procuraron animar al gobernador, diciéndole: «Aquí estamos nosotros en servicio de vuestra señoría» y en particular, el capitán Martín Gutiérrez de Altamirano le habló algunas palabras para incitarle a pasar adelante, representándole entre otras razones el manifiesto riesgo de la gente que había mandado le acudiese de la Imperial, que debía ya estar cerca y daría de improviso en manos de los rebelados. No fué menester más de media palabra para que Valdivia subiese luego en el caballo, como hombre que jamás había mostrado rastro de pusilanimidad ni quería hacer cosa que se le atribuyese a ella, y así, les dijo brevemente: «Señores míos, la causa que me movía a intentar la vuelta hágoles saber que no es cobardía ni temor, pues en mi vida me lo puso la demasiada fuerza de adversarios; pues como todos saben, me suelo arrojar entre muy grandes huestes de ellos sin que me ímpida su mucha fuerza, ni la poca gente de mi parte. Mas parecíame a mí agora que el hacer alto en la casa de Arauco para convocar suficiente número de soldados y ordenar el ejército según la oportunidad lo pide, fuera cosa expediente y acertada para dar más al seguro sobre los indios, que ya no son los que solían; pues eran antes conquistados y acometidos y agora son rebelados y agresores. Mas, pues vuestras mercedes son de otro parecer, no hay para qué dilatarlo un punto, pues el llevarme a la guerra es encaminarme a mi centro; y ha días que no peleo. Por tanto, caminemos luego; que aunque estoy viejo, soy Valdivia, y no dejo de ser Valdivia aunque soy viejo.» Apenas hubieron caminado dos tiros de arcabuz, cuando toparon a un indio yanacona muy despavorido y cansado, que les dió la triste nueva de la muerte de los corredores por haber él ido en su servicio, y juntamente un indio llamado Agustín, de mucha razón y experiencia, que servía a Valdivia desde el Perú, y le amaba tiernamente, se hincó de rodillas delante de él pidiéndole con muchas lágrimas que retrocediese, porque los indios que le esperaban eran innumerables y muy bien aderezados y resueltos en morir o vencer, haciendo en ello lo último de potencia. Pero ningunas palabras pudieron ser tan eficaces como aquellas que clavándole el corazón le habían motejado de hombre poco determinado; por las cuales rompiera con todo el mundo antes de volver el pie atrás un solo instante.

A poco trecho que hubieron caminado, se hallaron en un sitio lleno de arboleda por ambas bandas del camino, y no menos de indios belicosos, emboscados en ella, aunque es difícil determinar si las matas cubrían a los indios o los indios a las mismas matas, ni tampoco es más fácil de resolver cuál de los dos números llegó a ser más copioso, el de las matas o el de las matanzas. Pero por más gente que vía el gobernador no interrumpió su viaje, como quien no hacía caso de ellos, los cuales, con no menor astucia, se fueron retirando y cebando a los españoles hasta llegar al sitio donde estaba todo el ejército con disposición como de gente que había trazado sus cosas muy despacio. Eran los indios que se hallaron juntos aquel día poco menos que aquellos que llevó Vectiges, rey de los godos, cuando fué a dar batalla a los romanos; pues (según Volaterrano) eran doscientos mil los que llevaba; y los de Caupolicán pasaban de ciento y cincuenta mil, que aunque no eran godos eran valerosos araucanos.

Estando los dos ejércitos frente a frente a pique de arremeter de ambas partes, se apeó el gobernador, postrándose en tierra en voz alta con hartas lágrimas, profesando y haciendo protesta de nuestra santa fe católica, y suplicando a Nuestro Señor le perdonase sus pecados y favoreciese en aquel encuentro interponiendo a su gloriosa madre, y diciendo otras palabras con mucha devoción y ternura, como lo hizo el rey Josafá cuando vinieron contra él los moabitas y amonitas con opulentos escuadrones, que, según dice el texto sagrado, convirtió todo su corazón a Dios, diciendo: «Si vinieren sobre nosotros todos los males, el cuchillo del juicio, la pestilencia y hambre, estaremos firmes en el acatamiento del Señor, invocando sin cesar su santo nombre y acogiéndonos a él en nuestras tribulaciones.» Hecho esto, ordenó que saliesen veinte de a caballo a un escuadrón donde estaban veinte mil indios que salía a mil indios por un español; éstos tenían gran suma de piquería, por entre la cual rompían los de a caballo, saliendo de la otra parte del escuadrón y revolviendo luego sobre él mismo, sin que dejaran de quedar algunos tendidos en estos encuentros. Y era cosa dever que aún no había bien caído el hombre en el suelo cuando ya estaba sobre él gran multitud de indios que acudían a porfía a ver quién podía cortarle la cabeza. Al mismo tenor, tornó Valdivia a enviar otros veinte hombres por el otro lado; a los cuales sucedió lo mismo que a los primeros, que mataban y morían ganando los indios siempre tierra. Viendo el gobernador el pleito mal parado, procuró animar al resto de su gente, entrándose con ella entre las grandes huestes, donde por gran espacio de tiempo anduvo la refriega sangrienta sin cesar de morir gente de ambas partes. Pero como la fuerza del sol iba creciendo y refrescándose los enemigos, quiero decir entrando siempre gente de refresco, comenzaron a desmayar los pocos españoles que quedaban, de suerte que ya la victoria casi estaba por de los indios. Entonces el gobernador se hizo afuera con los españoles, y en dos palabras les dijo razones de mucha sustancia, esforzándolos con tanto valor y demostración de ánimo y esperanza, que los nuestros sacaron más socorro y refresco de sus mismos ánimos que los indios de la gente que para ello tenían diputada. Y así, acudiendo con nuevo ímpetu, se estrellaron tanto en los indios que les hicieron perder todo el sitio de la batalla sin quedar en él hombre de su bando fuera de los muertos a quienes iban derribando los españoles.

A este tiempo se embistió un espíritu no sé cómo le llame; pero no se puede dejar de presumir haber sido extraordinariamente pernicioso, pues ha sido total causa de que en más de cuarenta años continuos nunca haya faltado guerra dentro de Chile, cosa que dudo haber sucedido en el mundo; pues, dentro de un mismo reino y en unos mismos sitios conservarse tanto tiempo y con tal tesón la guerra que un punto no haya de quietud (excepto un año poco más en que allanó la tierra don García de Mendoza), cosa es cierto que dudo estar escrita en historia alguna antigua ni moderna. Digo, pues, que se revistió este espíritu en un indio llamado Lautaro, que era caballerizo de Valdivia y actualmente le tenía los caballos que remudaba; éste ha sido la total destrucción de Chile, éste la causa de tantas mortandades que deben de pasar de dos millones; éste la ocasión de que se hayan perdido tantas almas, así de los indios, que eran ya cristianos y murieron como bárbaros, como de los que van naciendo y se quedan en su infidelidad sin recibir el santo bautismo; éste el que, viendo el suceso de la batalla en tal punto, se pasó a la banda de los indios, sus coterráneos, y dando una voz, les dijo desta manera: «¿Qué cobardía es ésta,

valerosos araucanos? ¿Qué infamia de nuestra tierra? ¿Qué oprobio de nuestra nación? ¿Qué dirán los que supieren que de cuatro hombres medio muertos váis huyendo ciento y cincuenta mil esforzadísimos soldados? Ya véis que hasta ahora he estado de parte de los españoles y no pensaba mudar propósito si viera que iban vencidos, aunque muriera yo entre ellos, o ya que vencieran fuera a otros tantos como ellos o pocos más, o a lo menos no tantos como vosotros; pero que una infinidad de araucanos se rindan a unos hombres tan desmayados y pocos en número, ésta es como una afrenta, y aún más que ignominia del hombre araucano, y que redunde en mí, que soy uno de los deste apellido; por lo cual, si vosotros queréis admitir mi consejo, yo os lo daré presto en las manos, y si no, aquí están las mías, que bastan para quien ya no puede tenerse en pie; y si Caupolicán no quisiere resolver con el ánimo que la misma cosa nos está poniendo, aquí está Lautaro.»

Y con estas razones diciendo y haciendo, echó mano de una lanza de treinta palmos, y como un león desatado se vino para los españoles, trayendo por secuaces las gruesas catervas que habían retrocedido, lo cual puso en el corazón de Valdivia el concepto que engendró en el de David el ver que Achitofel se había pasado a la parte de Absalón, que fué la cosa que le dió más pena. Pero como ya estaba echada la capa al toro, era el postrero remedio humano el pelear como lo hicieron de ambas partes, trabándose por largo rato nueva refriega hasta que, viendo Valdivia que no quedaban más que cinco o seis de los suyos, volvió las espaldas escabulléndose, lo cual pudo hacer por la polvareda que se había levantado, y llegando a un lugar cosa de un tiro de arcabuz de donde había partido, se halló con el padre Pozo, que era su capellán, y con él y Agustín, el indio intérprete comenzó a huir, aunque luego fué alcanzado de los enemigos, los cuales mataron al sacerdote y cogieron a manos a Valdivia y al intérprete, en las cuales fueron los dos en volandillas, llevados delante de Caupolicán y Lautaro.

Lo que hicieron del gobernador y el género de muerte que le dieron no se ha sabido con certidumbre hasta hoy, porque fué tan desastrado el suceso que ninguno de los sesenta y tres españoles que entraron en la batalla salió con vida del sitio de ella; a la manera que le aconteció al opulento ejército de Ciro, rey de los persas, que, entrando en batalla con los Scitas, no quedó un solo hombre de su parte que pudiese llevar la infelice nueva con haber metido doscientos mil hombres en campo. Pues ya que no fueron tantos los que acá murieron, con todo eso valían por muchos escuadrones, como se había visto hasta entonces, y la pérdida fué la mayor que pudo tener aquel reino. Y aunque el día era propio de historiador y más lleno de coronista que de guerra por ser el propio del glorioso evangelista San Juan a los veinte y siete de diciembre de 1553, con todo eso, no hubo uno que pudiese dar razón del fin último desta desventura ni aún la hubiera dado don Pedro de Lobera, de quien saqué lo que escribo, si no se hubiera quedado en el asiento de las minas el día antes entre los demás que allí dejó Valdivia, donde, por dichos de los indios yanaconas que iban saliendo de la refriega, y huían despavoridos, iban sabiendo por momentos el estado destes infortunios, así allí como en los demás lugares del reino.

Con todo eso se vino a saber con el tiempo todo casi lo que allí pasó, sin quedar cosa, parte por la misma falta de los españoles que no volvieron hasta hoy, parte por el sitio de la batalla, que se halló tan lleno de cuerpos muertos que estaban unos sobre otros; y no menos por haberse pasado Lautaro al otro bando, al cual veían cada día los españoles, pues era el que sustentaba la guerra contra ellos. También se sabe que llevaron los indios

muchos despojos así de las joyas y armas de los nuestros como del bagaje y vajilla del gobernador y los demás caballeros, dejada aparte la pérdida de los caballos, que valían más de doscientos mil ducados, y también es cierto que murieron famosos capitanes araucanos, que se conocieron muertos en el campo, como Triponcio, Gameande, Alcanabal, Manguié, Curilen, Layan, Ayanquete y otros de mucha fama. Y aún lo que toca al modo de la muerte de Valdivia-ya que no se sabe puntualmente, a lo menos tiénese por cierto -fué uno de los dos que diré, en los cuales han convenido todos los indios que se hallaron a su muerte, que aunque a la sazón eran enemigos, han venido en el discurso del tiempo gran parte dellos a manos de los españoles, unos reducidos y otros cautivos, y todos ellos sin discrepar alguno han concordado que el linaje de muerte que le dieron fué uno destes dos, de donde parece que se infiere haber sido cierto el segundo, por ser tal que demás de ser muy conforme a la pasión de los indios y original ocasión de la guerra, no era cosa que los indios podían hallar tan a la mano para inventarla, si no la hubieran visto. Y el haber tantos que conviniesen en el otro que diré primero, debió de ser porque buscaban traza con que la culpa cargase sobre uno solo, y ese algo excusable. Esto fué que estando Valdivia en presencia del general Caupolicán, pidiéndole la vida con promesas de que se iría del reino con todos los españoles, apoyando esto el indio Agustín con darles a entender que desta matanza no medrarían otra cosa más de la venganza de los españoles que, irritados con la muerte de su cabeza, vendrían a dar en las suyas, vino a titubear el general y poner el negocio en consulta y aun a estar inclinado a otorgar la vida al gobernador. Y viendo esto un cacique llamado Pilmaiquen, a quien él había hecho vasallo de una criada suya, que era Juana Jiménez, y tenía pasión con su encomendero, y aun contra quien le había hecho súbdito suyo, sin aguardar más embites levantó una gran porra que tenía en las manos y la descargó con gran furia sobre el infelice Valdivia haciéndole pedazos la cabeza, a cuya imitación el indio Lautaro atravesó la lanza por el cuerpo de Agustín, el intérprete, con quien andaba a malas, como persona que vivía con él dentro de una casa, según es costumbre entre gente de servicio.

Esta manera de matanza refiere don Pedro de Lobera, y va con esta lectura sin hacer mención de otra alguna; pero por ser la segunda tan verosímil y tan digna de saber y proporcionada a las trazas del Cielo, la escribiré aquí, aunque no tengo autor cierto dello, más de que se dice comúnmente. Y es que estando los indios con extraordinario regocijo viendo en sus manos al gran capitán de los españoles, hicieron con él muchas fiestas por burla y escarnio, y por remate trajeron una olla de oro ardiendo y se la presentaron, diciéndole: pues tan amigo eres de oro, hártate agora dél, y para que lo tengas más guardado, abre la boca y bebe aqueste que viene fundido, y diciendo esto lo hicieron como lo dijeron, dándoselo a beber por fuerza, teniendo por fin de su muerte lo que tuvo por fin de su entrada en Chile. Y no es cosa ésta que se deba tener por increíble, pues demás de las circunstancias que la verifican, no es la primera vez que se ha hecho en el mundo cosa semejante, según leemos en las historias, donde se refiere que habiendo el rey Ciro muerto en batalla a un hijo de la reina de los escitas, llamado Thomyris, con todo su ejército y gente de la ciudad, procuró ella, en lugar de lágrimas, derramar la sangre de su enemigo, poniendo algunos escuadrones sacados de otras ciudades de su reino en una emboscada en el territorio Masagético, cuyo suceso fué quedar todos los persas muertos sin escapar hombre, y el rey Ciro entre ellos, cuya cabeza tomó la reina Thomyris y la echó en una odre llena de sangre, diciendo: «Hártate de sangre humana,

pues has sido toda tu vida tan sediento della.» Desta manera acabó en manos de aquellos a quienes tantas veces habla subyectado el valeroso Valdivia; y desta también acabaron los Césares, Marco-Antonios, Pompeyos, Atilios y otros famosísimos capitanes, que, habiendo salido con insignes victorias, vinieron finalmente a morir vencidos.

CAPÍTULO XLIV

De la prosapia y discurso de la vida de don Pedro de Valdivia

El gobernador don Pedro de Valdivia fué hijo legítimo de Pedro de Oncas de Melo, portugués muy hijodalgo, y de Isabel Gutiérrez de Valdivia, natural de la villa del Campanario, en Extremadura, de muy noble linaje; fué casado con una señora llamada doña Marina Ortiz de Gaete, en Salamanca. Después pasó a Italia, dejando a su mujer, y tuvo conducta de capitán con mucho nombre. De allí volvió a España, donde con el rumor que andaba del descubrimiento del Perú y su gran riqueza, determinó a pasar a él, y sirvió a su majestad en la conquista de los Charcas, donde fué maestro de campo del marqués don Francisco Pizarro, el cual le dió una encomienda de indios que le rentaba muchos dineros. Pero como tenía tan altos pensamientos, y vió que don Diego de Almagro había desamparado el reino de Chile, tomó él esta émpresa, haciendo de nuevo su conquista como está dicho. En esta obra, salió con las hazañas y padeció los trabajos referidos en esta historia por espacio de trece años, que fueron corriendo desde el de 1540, en el mes de octubre, que se comenzó la conquista, hasta veinte y siete de diciembre de 53 en que murió. También se ha dicho cómo volvió al reino del Perú y se halló en la famosa batalla donde el cruel tirano Carvajal fué preso por industria suya, pues era tanto su valor, que el mismo día que llegó le entregó el presidente Gasca el campo del Rey, al cual dispuso de manera que el mismo Carvajal, por ser hombre extraordinariamente industrioso, reconoció que no era posible ser traza de otro sino de Valdivia, con saber que estaba en Chile; y así dijo en viendo la disposición del ejército: «O en este campo anda Valdivia o el demonio» tanta era su prudencia, industria y sagacidad. Su estatura era mediana, el cuerpo membrudo y fornido; el rostro alegre y grave; tenía un señorío ensu persona y trato, que parecía de linaje de príncipes. Juntaba con gran prudencia la afabilidad con la gravedad, y el brío con la reportación; no era nada vengativo en cosas que tocasen a su persona, mayormente con quien se le rendía; y mucho menos cobdicioso, ni sabía guardar el dinero por ser naturalmente amigo de dar; y aunque jugaba muy largo, no se reservaba cosa para sí, gustando más de darlo de barato, aun lo que ganó al capitán Machicao, que fué tanto que en sola una mano fueron catorce mil pesos de oro al juego de la dobladilla. Lo cual quiero que no se haga difícil de creer a los que en Europa lo leyeren, pues ha sucedido muchas veces en las Indias, como se vió de seis años esta parte en la villa de Potosí; donde jugando dos hombres ricos paró el uno dellos veinte y cinco mil pesos a una mano, y el otro envidó un ingenio suyo donde se beneficiaban los metales, que valía más de cuarenta mil; aunque estando ya para descubrir las cartas se las quitó de la mano el corregidor que estaba presente, el cual, era don Pedro Zores de Ulloa, que aunque es harto magnánimo y manirroto, no quiso pasar con este lance, pareciéndole que le sería mal contado haberse ejecutado en su presencia. Y por no acabar en cosas de juego la vida de un hombre tan sustancial y valeroso, le doy

remate con decir que toda ella es juego por más estimada que haya sido, por más cosas heroicas en que se haya empleado, por más estatuas que deje levantadas en su renombre, si no se emplea toda en el servicio del señor universal del mundo y en las batallas de los enemigos invisibles del linaje humano, y en las victorias que se premian con la corona de eterna gloria, la cual sea Nuestro Señor servido de dar por los méritos de su hijo Jesucristo, y a nosotros gracia para conseguirla por los mismos.

CAPÍTULO XLV

*De la memorable batalla entre los catorce de la fama y los indios araucanos,
y de la pérdida del fuerte de Tucapel*

En este capítulo me siento por casi necesitado a prevenir al lector con persuasión a la credulidad por ser las cosas que en él se refieren tan grandiosas que podrían tener sonsonete de las que se cuentan en los libros de caballerías, sino zanjásemos bien este punto en un argumento manifiesto, y es que al tiempo que estoy escribiendo estos renglones están muchas personas a la mira que se hallaron a la sazón en los Estados de Arauco, las cuales son fidedignas y concordantes en las cosas que en los papeles de don Pedro de Lobera haya escritas, de los cuales saco yo las que aquí refiero. Estando, pues, el general Caupolicán con su ejército puesto al paso por donde habían de ir concurriendo los españoles de diversas partes a formar el suyo, y teniendo aviso que venía por el mismo el gobernador, acordó de enviar gente que se aposionase de la fortaleza de Tucapel, que era la más cercana, para que los españoles no hallasen refugio en qué acogerse. Y así, el día antes de entrar en la batalla con Valdivia, que fué el de San Esteban, escogió algunos indios de muchas fuerzas, y les dió todas las dagas que halló entre los indios para que las metiesen en algunos haces de hierba, y cargados con ellas se entrasen en la fortaleza entre los demás indios de servicio, pareciéndoles que no se repararía en ello por no estar hasta entonces declarado del todo el alzamiento. Estaba a la sazón por capitán de la fortaleza Martín de Ariza con doce soldados muy bien apercebidos, y no muy seguros por lo que había sucedido en la matanza de los cuatro españoles que habían los indios cogido descuidados cuando mataron a Diego Maldonado; con todo eso, tuvieron oportunidad de entrar los araucanos disimulados, con un capitán muy animoso, llamado Chinchepillán y yéndose derechos a la caballeriza con la yerba, en lugar de dársela a los caballos comenzaron a darles la muerte. Estaba entonces un soldado puesto de centinela, el cual, viendo entrar tanto número de indios, y no de los que solían, que eran siempre muchachones, tuvo mala sospecha y, acudiendo a la caballeriza, echó mano a su espada y comenzó a pelear con los indios dando voces, a las cuales despertaron los soldados que estaban durmiendo la siesta y acudieron con tanta presteza, que hallaron al centinela en la refriega hecho una centella; y dando todos en los indios, mataron muchos dellos, echando a los demás fuera de la fortaleza, en cuyo seguimiento fueron peleando algún trecho. Era tan prevenido el general Caupolicán que, apenas había despachado a los indios con el capitán dicho, cuando envió tras ellos otros dos mil, para que les acudiesen al tiempo de la necesidad; y así lo hicieron en este lance, que viendo a los españoles desencastillados, acudieron de tropel a dar en ellos. Pero fué tanto el esfuerzo de los nuestros que, sin género de sobresalto, pelearon como si fueran muchos

más, y viendo que iban siempre entrando enemigos de refresco se fueron retirando con mucha reportación, sin dejar de pelear un solo punto, hasta entrarse en el fuerte y muchos indios con ellos a continuar la pelea dentro de la fortaleza. Pero alzando los españoles la puente levadiza, dieron en los contrarios, que estaban encerrados, sin dejar hombre a vida; y para destruir o ahuyentar los que estaban fuera, jugaron la artillería y usaron de las escopetas con grave estrago de los indios, los cuales, así por esto como porque cerraba la noche, se retiraron, alojándose en lugar de donde pudiesen acudir a la madrugada.

Viendo el capitán Martín de Ariza el manifiesto riesgo que allí corría, así por la gran fuerza de enemigos como por el mucho temor de los suyos, que flaqueaban mucho y le insistían a que huyese, tanto que temió le habrían de matar si no lo hacía, se resolvió en desamparar la fortaleza, y así lo hizo, dejando toda la artillería bastimentos y alhajas sin sacar cosa más que los caballos en que iban, ni aún indios que los guiasen. Desta manera partieron cerca de media noche con harto temor, invocando el auxilio de Dios Nuestro Señor y su Santísima Madre, con cuyo favor llegaron al amanecer a la ciudad de los Infantes, que era la más cercana de aquel puerto. A la misma hora acudieron los indios al fuerte con muchos tablones y machinas para escalarlo, y con propósito de cegar el foso para entrar más a su salvo; mas como llegasen con sus acostumbrados alaridos y no hallasen resistencia, antes la puente tendida y la puerta abierta, temieron mucho más, sospechando que había algún extraordinario ardid y lazo armado para cogerlos. Mas por no mostrar cobardía se determinaron algunos de los más esforzados, a entrar de tropel, como lo hicieron hasta los últimos rincones de la casa con tanto regocijo por haber hallado mucho en que hacer presa cuanto disgusto en habérseles ido los españoles, en los cuales pensaban esconder los hierros de sus lanzas y descubrir las fuerzas de sus brazos. Mas no poco contentos con los despojos se fueron adonde estaba su general con todo el ejército, dando mil saltos por el camino y llegando a él se solemnizó la fiesta de la muerte de los españoles con su gobernador Valdivia, y la huída y preseas que tomaron de estos doce.

Estando, pues, celebrando estas victorias con grandes banquetes y borracheras, llegó un mensajero a dar aviso de que por el valle de Licura iban entrando algunos españoles, cuya nueva puso en alboroto a todos los que estaban muy metidos en su fiesta y..... Mas el general Caupolicán, como hombre valeroso y reportado, dijo en voz alta que se estuviesen todos quietos y pasase adelante el regocijo; y con mucha serenidad habló aparte a algunos capitanes señalándoles cuatro mil hombres para que fuesen en sus compañías marchando hasta encontrarse con la gente española en sitio donde pudiesen pelear cómodamente. Llegando, pues, a las riberas de la laguna de Licura, divisaron a los españoles que venían hacia ellos, que eran catorce hombres, los cuales salían de la fortaleza de Puren convocados de don Pedro de Valdivia, de cuyo desastrado suceso estaban ignorantes. Estos catorce hombres, luego que vieron la multitud de indios tan adunados, y que por otra parte no habían topado indio en todo el camino como solían, luego tuvieron mala espina, imaginando lo que podía ser poco más o menos. Y comenzando a apercibirse para la pelea, vieron salir un indio del escuadrón contrario llamado Punpun; el cual se fué para ellos y les dió un pliego de cartas, las cuales entendieron ser del gobernador, y abriéndolas a gran priesa, hallaron ser sus mismas firmas, y que era el pliego que ellos habían despachado al mismo Valdivia, el cual no

llegó a sus manos por haber venido a la de los indios, y en particular a las de este Punpun que lo cogió disimuladamente, por ser cosa en que ellos no reparaban. Juntamente con esto, les dió el indio la infelice nueva de los desastrados sucesos que no poco los entristeció, pero el ver la muerte a los ojos les hizo tratar de lo que tenían ante ellos entrando en consulta con los suyos el caudillo, que era Juan Gómez de Almagro, con la brevedad que la ocasión presente requería.

Y aunque les era fácil volver las espaldas y entrarse en su fortaleza sin ser alcanzados por ir ellos a caballo y los enemigos a pie, con todo eso sedeterminaron de acometer abalanzándose al primer escuadrón de indios y atropellándolos sin cesar de pelear y pasar adelante, dando de una en otra escuadra, de suerte que pelearon los catorce como si fueran catorce mil, dejando muchos indios muertos, saliendo todos ellos con vida, aunque algunos con heridas peligrosas. Fué tan extraordinario su valor que los indios se conocieron por vencidos, y como tales despacharon a gran priesa mensajeros a su general pata que enviase gente de socorro, el cual mandó luego salir al capitán Lautaro con treinta mil hombres bien pertrechados de armas defensivas y ofensivas, así de las que ellos usan como de las que habían despojado a los españoles; y marchando a toda priesa, aun que con puntual orden en su ejército, alcanzaron a los españoles en la tierra de Tomé. Cuando los españoles vieron tal espectáculo, ¿quién dirá que no se espantaron y perdieron el ánimo? Mas, en efecto, de las palabras que dijeron, se podrá colegir lo que en tal trance pasó por sus corazones; porque diciendo uno de ellos:

-¡Oh si fuéramos cien hombres, qué matáramos de gente!

Respondió otro más valiente:

-No te turbes ni te asombres con los que tienes de frente; igual fuera ser dos menos quedando en una docena, que así fuéramos más buenos; aunque desta gente ajena fueran los campos más llenos, éste fuera menor daño, antes ventura muy cara, porque el mundo nos llamara los bravos doce del paño, y así en más nos estimara.

Y diciendo y haciendo partió a todo correr hacia los indios, y los demás españoles en su seguimiento; y dieron principio a la batalla tres horas antes de la noche, sin interrumpirla en todo el tiempo que les duró el día, hallándose al fin dél todos los españoles vivos y no pocos indios muertos; pero como la multitud de los enemigos fuese tan excesiva que los tenían cercados por todas partes, no poseían los nuestros más tierra que la que ocupaban con sus caballos. Y como viesan que la noche les desayudaba y los indios se iban cerrando para cogerlos a manos, acometieron de cuando en cuando rompiendo por entre los indios, y tornándose a recoger con el mejor orden que podían. En estos encuentros mataron a Pedro Niño, a don Leonardo Manrique y a Pedro de Neira, y los demás que veían su perdición, acordaron de huir cada uno por su parte, arrojándose a un río, que allí estaba; muriendo en el camino en manos de los enemigos un valeroso soldado, que se llamaba Diego García y otro llamado Gabriel Maldonado, y, finalmente, Sancho de Escalona.

Pasaron los demás el río como mejor pudieron, hallándose juntos cinco hombres de la otra banda, los cuales se fueron a la laguna de Licura, por donde habían entrado, y en el camino hallaron a su capitán Juan Gómez de Almagro, y al capitán Gregorio de Castañeda, que estaban a pie; y todos siete conienzaron a proseguir su viaje sin cesar de encontrar enemigos con quien peleaban, por lo cual se hubieron de quedar en el camino los dos a pie, el uno por no poder tener con los demás, y el otro, que era Andrés Hernández de Córdoba, por haber rodado con su caballo por una ladera abajo, donde quedaba muy lastimado. Los otros cinco que restaban, llegaron con harto trabajo a la fortaleza de Puren, que estaba dos leguas del sitio de la batalla, y hallaron al capitán don Pedro de Avendaño, que había llegado con treinta españoles, pensando ser vivo don Pedro de Valdivia, a quien iba a dar socorro para la guerra. Sabida por todos los de la fortaleza la desastrosa nueva y perdición de la tierra, acordaron de salirse del fuerte y acogerse a la ciudad Imperial, que estaba doce leguas de allí, y así lo hicieron partiéndose luego que salió el sol a punto que llegaba otro soldado de los catorce que no había podido llegar allí hasta entonces. En este ínterin venía caminando por otra parte el capitán Juan Gómez de Almagro a pie y solo, habiéndose escapado de los enemigos en un bosque donde estuvo escondido toda la noche. Y quiso su ventura que a cabo de rato topó a un indio yanacona que estaba escondido con el mesmo temor que él. Y lo envió a la fortaleza de Puren a dar aviso de cómo quedaba a pie, y muy fatigado, para que fuesen a socorrerle. Llegó este indio al fuerte a tiempo que ya se habían ido los españoles, y no había en él más que un cacique llamado Alemanque con algunos indios, el cual mandó al yanacona que fuese luego tras los españoles con el aviso que llevaba; y por otra parte despachó a un hermano suyo en busca del capitán Almagro, para que procurase ponerle en salvo. Apenas habían partido estos dos indios, cuando llegaron algunos escuadrones de enemigos y pusieron fuego a la fortaleza, estando ellos más encendidos en él por no hallar en ella a los cristianos. Cuando los españoles oyeron la embajada del indio yanacona se determinaron en que algunos dellos se volviesen al fuerte a socorrer al capitán Almagro. Pero como hallaron tantas huestes de enemigos que estaban poniendo el incendio, fueron forzados a emplearse en otro asunto, que fué el trabar batalla con ellos, sustentándolos por gran rato hasta que de muy cansados hubieron de dar la vuelta en prosecución de su viaje. Dentro de poco tiempo alcanzaron a los demás españoles que lo estaban esperando, y con ellos el capitán Almagro, que ya había llegado adonde ellos estaban con la buena industria del indio que los guiaba; y todos juntos se fueron a la ciudad Imperial a dar las nuevas de los desastrosos sucesos de aquellos tres días. Murieron en esta batalla siete españoles, que fueron don Leonardo Manrique, Juan Cortés, Escalona, Pedro Niño, Andrés Hernández de Córdoba, Diego García y Andrés de Neira, quedando vivos otros siete, que fueron el capitán Juan Gómez de Almagro, el capitán Gregorio Castañeda, el capitán Juan Morán, que salió con un ojo; Martín de Peñalosa, Gonzalo Hernández, Sebastián Martínez de Vergara y el capitán Maldonado.

CAPÍTULO XLVI

De la destrucción de algunas ciudades de Chile y elección de Francisco de Villagrán por gobernador

La grande novedad del estado de las cosas de Chile dió mucho que pensar asi a los indios como a los españoles, sobre el entablar cada bando sus necios según los sucesos iban enseñando, y hablando primero de los indios, es cierto que casi todos ellos se determinaron en no hacer alto sino seguir con sus ejércitos hasta las ciudades que estaban fuera de Arauco sin alzar mano de la guerra en tanto que quedase en el reino un solo español. Pero algunos indios prudentes y experimentados, como Peteguelen, Colocolo, Villarapue y Labapie, fueron de parecer de que no saliese hombre de Arauco y Tucapel, porque la insigne victoria con que en tres días habían muerto al gobernador y su ejército y destruído dos fortalezas sin dejar español en sus provincias, aunque por una parte convidaba a proseguir la guerra a fuego y sangre, por otra daba que temer, pues era cierto que los españoles habían de echar el resto procurando vengarse con todo su caudal y fuerzas. Cuadró este parecer a todos los demás indios, y así, de común acuerdo, se estuvieron quedos y a la mira hasta ver el rumbo que tornaban los españoles. Había en este tiempo grandes sementeras de trigo en los Estados de Arauco, que pasaban de cien mil hanegas sembradas por los españoles, y como los indios no sabían el modo en que se suele usar del trigo, no hacían más que cocerlo, y así lo comían hartándose luego de agua, lo cual fué causa de gran mortandad en todo Arauco; pero ellos por disimular su barbaridad y por no dar ánimo a los españoles con su menoscabo, lo tuvieron tan oculto que no se supo en los demás lugares del reino hasta haber pasado muchos meses.

La perplejidad de todos los españoles de Chile en esta coyuntura, fué la que se podrá pensar en un negocio que les puso en tanto aprieto. Y el primero que comenzó a tratar del remedio fué el mariscal Villagrán, que a la sazón andaba visitando los términos de Valdivia, el cual acudió luego a la ciudad y trató con los regimientos de ella de que se eligiese cabeza para todo el reino mientras su majestad o el virrey del Perú proveían de gobernador; y que él sería el primero que obedeciese a cualquiera que fuese el electo para tal oficio, y sobre esto hizo un largo razonamiento a toda la gente principal con palabras de tanta ponderación y sentimiento quanto el caso y tiempo lo requería. Juntáronse a esto los regidores, tomando pareceres de los hombres más sustanciales del lugar, y todos unánimes nombraron al mismo mariscal Francisco de Villagrán, el cual, habiendo dado el mejor orden que pudo en las cosas, se partió a la ciudad Imperial, y de allí a la Concepción, siendo en todas partes recibido sin contradicción alguna; por otra parte enviaron a llamar los de las ciudades primeras del reino al general Francisco de Aguirre, que estaba en el reino de Tucumán en pretensión del Gobierno de aquella provincia, el cual acudió luego a la ciudad de Coquimbo, donde tenía su casa, y comenzó a tratar de que se le encargase el gobierno de Chile por estar nombrado para ello en un testamento cerrado que se halló de don Pedro de Valdivia. Sobre lo cual duraron por algún tiempo algunas disensiones en el reino. Mientras se puso esto en ejecución en las ciudades que habemos dicho, estaban en grande aflicción los de la Villarica por ser la gente poca y estar muy cerca de los enemigos. Y así se resolvieron en desamparar la villa, como lo hicieron, acogiéndose a la ciudad Imperial, donde estaba Pedro de Villagrán por corregidor y teniente general. También los del asiento de las minas, viéndose en el mismo peligro, dejaron su población desierta y se fueron a la ciudad de la Concepción, que también estaba en no pequeño conflicto. Y, finalmente, los moradores, de la ciudad de los Confines, que era recién fundada en el Lago de Angol, despoblaron su ciudad y se fueron a la de la Concepción con el temor que tenían a los enemigos, de suerte que pudo

tanto la rebelión de los indios, que al primer lance se despobló medio Chile; cosa que hasta hoy no se ha acabado de restaurar.

CAPÍTULO XLVII

De algunos desasosiegos que hubo entre los españoles sobre el gobierno y una batalla que apercibieron contra ellos los indios araucanos

Luego que se supo la muerte de Valdivia en Santiago, trataron sin dilación los regidores y otras cabezas de la ciudad, de enviar socorro a la Concepción, teniendo por cierto que los enemigos habían de dar en ella de recudida, por ser la ciudad más expuesta a sus tiros que a la sazón había en Chile. Para esto enviaron con gran brevedad al capitán Francisco de Riveros con alguna gente de socorro, el cual, cuando llegó a la ciudad, halló en ella al mariscal Villagrán recibido por gobernador, como las demás ciudades de arriba. Y aunque el capitán Riveros llevaba poderes del cabildo y justicia mayor de Santiago, como de la cabeza del reino, para que recibiesen a Rodrigo de Quiroga por gobernador, nombrado por tal en el mesmo cabildo con harta repugnancia suya, con todo eso no quiso este capitán exhibir los poderes ni tratar de ellos por evitar las disensiones que podrían resultar dividiéndose la gente en bandos contrarios, unos por Villagrán y otros por Quiroga.

En este tiempo llegó a Chile el general Francisco de Aguirre, dejando el gobierno de las provincias en que actualmente estaba de los Diaguitas y Juries, por haber sido llamado de algunos amigos suyos para que entrase en el gobierno de este reino, en cuyo oficio le dejó nombrado Valdivia en un Lestamento cerrado que se halló suyo. Llegado Aguirre a la ciudad de la Serena, donde tenía su casa y había siempre sido cabeza del pueblo, comenzó a juntar alguna gente, que se le llegaba, intitulándose gobernador y dejándose llamar señoría, por ser título consiguiente a tal oficio, de manera que en las tres primeras ciudades de Chile, que eran entre sí inmediatas, había tres gobernadores, comoquiera que no hubiese alguno de derecho. Y pretendiendo Villagrán allanar este barranco, envió a la ciudad de Santiago cuatro personas principales con el capitán Maldonado para que tratasen de este negocio, dando traza en que le recibiesen como en las demás ciudades lo habían hecho. Mas como en esta ciudad habían nombrado por gobernador a Rodrigo de Quiroga, con quien estaban contentos, no quisieron innovar cosa acerca desto, dando por respuesta a los embajadores que no era razón deponer tan presto a Rodrigo de Quiroga sin demérito suyo, habiendo sido legítimamente nombrado en el oficio, por ser las personas que le nombraron a las que derechamente incumbía hacer esto, por ser las del regimiento y poder de la ciudad, que es cabeza de todo el reino. Oyó Villagrán esta respuesta con igualdad de ánimo y sin mudar semblante, por ser hombre de mucha prudencia y sufrimiento, y tenía por mejor disimular todo lo posible en razón de no causar más inquietud que la que el reino se tenía de suyo. Y con grande discreción y miramiento, acordó acudir a los negocios del gobierno como quien tenía cargo dellos, haciendo lo que convenía sin ponerse a deslindar ni sacar en limpio la resolución del caso que se trataba. Y así apercibió su gente para ir en busca de los enemigos, sacando ciento sesenta y dos hombres de a caballo muy bien aderezados y bastecidos de lo necesario, dejando en la

ciudad noventa hombres que la defendiesen. Y asimismo llevó por delante ocho tiros de bronce con la munición necesaria para ellos y todos los demás pertrechos, instrumentos y vituallas que podían ser de momento en la jornada. Y para proceder en todo con más orden nombró por maestre de campo al capitán Alonso de Reinoso, hombre anciano, versado en cosas de guerra, y por alférez general al capitán Juan de Alvarado, haciendo asimismo elección de otros capitanes y oficiales de guerra, con los cuales partió de la Concepción en fin del mes de febrero de 1554.

En este ínterin estaban los enemigos durmiendo, pues tenían por cosa cierta que los españoles habían de volver por sí y vengar la muerte de su cabeza; y en particular un cacique llamado Peteguelen y otro cuyo nombre era Colocolo, que tuvieron noticia de nuestro ejército, procuraron estar con recato apercibiéndose para su defensa y convocando toda la gente que pudieron de las provincias comarcanas. Y aunque los hombres de pelea que tenían en su tierra estos dos caciques pasaban de doscientos mil, con todo eso acudió gente de todo el reino, aun del archipiélago de Chiloé, que es lo último descubierto. Y habiéndose concertado todos estos indios, se distribuyeron por sus escuadrones bien formados y opulentos, situándose en la entrada de Arauco, junto al río de Laraquete, aposesionándose con tiempo en el sitio más cómodo que había para su intento. Pero todo esto no fué parte para que Villagrán se detuviese en la ciudad, que está siete leguas del sitio que ocupaban los indios; antes sabiendo que les esperaban, salió con mayor presteza, dejando por su lugarteniente a Gabriel de Villagrán, habiendo despachado a Gaspar Orense, natural de Burgos, con papeles de importancia para verse con su majestad y darle cuenta de la muerte de Valdivia y del estado de las cosas de Chile.

CAPÍTULO XLVIII

De la batalla de Arauco entre el mariscal Villagrán y los dos capitanes indios Peteguelen y Colocolo

En este tiempo acertó a llegar a la ciudad de Valdivia el capitán Francisco de Ulloa, con los navíos y gente que había llevado al descubrimiento del Estrecho sin haber hallado otra cosa que trabajos y calamidades innumerables de hambre, sed y tormentas, y aun enemigos bárbaros en cuyas manos dió, viniendo desbaratado a tomar refresco en sus pueblos, que están en la misma costa de Chile, aunque muchas leguas más arriba. Y si no fuera por la diligencia que tuvo en recoger su gente a gran priesa, embarcándose con ella antes que se juntara más fuerza de indios, quedara, sin duda, preso en sus manos; porque apenas habían entrado en los bateles cuando ya estaban en la playa innumerables bárbaros, puestos a punto de pelea. Y como supo Ulloa la muerte de Valdivia y sucesión de Villagrán en su oficio, acudió luego adonde él estaba, a verse con él y ayudarle en lo que se ofreciese. Alegróse mucho el gobernador con la llegada de Ulloa y los navíos, para aprovecharse de ellos en tal ocasión que era muy urgente. Y así despachó luego a Gabriel de Villagrán a la ciudad de Valdivia para que cargase un navío de aquellos de todos los mantenimientos que pudiese recoger y los pusiese en el puerto de la Concepción para el sustento de la gente que andaba en la guerra. Efectuó esto Gabriel de Villagrán muy

cumplidamente, basteciendo al campo del rey de las vituallas, munición y gente que pudo recoger para su socorro; poniéndole el gobernador por capitán y justicia mayor de la Concepción, se partió con su ejército en busca de los enemigos. Fué el ejército marchando con mucho orden caminando una legua cada día, hasta el séptimo, en que hicieron alto, no para descansar de las obras de trabajo, sino para poner las manos en la labor acometiendo a los enemigos. Llámase el lugar donde paró el ejército el valle de Chivilingo, donde, siendo informado el mariscal del sitio donde los indios estaban, salió en busca de ellos por la cuesta de Avemán, que es algo montuosa, aunque no de suerte que impida el paso a los caballos. A este punto fueron los enemigos ocupando el camino por donde acababan de pasar los nuestros; los cuales, como le hallasen cerrado al tiempo de dar la vuelta, procuraron de echar por la vereda menos embarazada, recogiénose al mismo valle de Chivilingo para dar principio a la batalla. Y llevando la vanguardia el maestre de campo comenzó el ejército a subir con mucho orden por una loma, de donde se hacían señores de los enemigos, que estaban ordenados en la llanada del valle. Habiendo llegado a lo alto de la loma, se plantó la artillería en ella, estando en guardia suya veinte soldados de a pie con espadas y rodela y algunos con montantes, para que estuviese más segura. Y como los nuestros diesen ojeada al contorno para divisar por qué parte venían los indios a dar batalla, no pudieron discernirlo, por ser tantos, que adonde quiera que volvían los ojos no veían pedazo de tierra que no estuviese cubierta dellos, en todos los cerros y collados, y el gran valle que tenía de largo más de dos leguas. Todos estos fueron llegando poco a poco hacia la loma, y algunos escuadrones comenzaron a subir por ella con grandes alaridos y fieros, blandiendo las lanzas y tirando saetas; ultra de otras muchas especies de armas que meneaban, las cuales eran nuevamente inventadas, sin haberse jamás visto en Chile antes desta coyuntura. Fué el espectáculo más pavoroso y horrendo que se vió jamás en Chile, éste de que tratamos; así por ser el número de los indios mayor que jamás lo había sido antes, ni después acá se ha visto, como por los furibundos bríos y bravatas con que se contoneaban tanto, que muchos dellos desafiaban a los españoles llamándoles por sus nombres para que saliesen uno a uno, al modo que lo hacía Goliath retando a los israelitas, para que saliese con él la persona más esforzada. Comenzóse la batalla a fuego y a sangre, andando por buen rato trabada la refriega con extraordinario murmullo y vocería, y aunque al principio hubo escaramuza por un rato más, viendo Caupolicán que perdían mucho los suyos en este género de pelea, mandó que ninguno saliese de los escuadrones ni se menease del puesto a que estaba diputado. Viendo esto los de nuestro bando, jugaron la artillería con grandísimo daño de los contrarios, aunque no se podía discernir por entonces por la innumerable multitud en que cualquiera mella era casi imperceptible, y por la sagacidad de los indios, que en llevando alguna bala diez o doce o más hombres de un escuadrón, los echaban luego por entre los pies cerrando la escuadra con tal presteza que no se divisaba el menoscabo, y aunque era muy notable, no se notaba.

Con todo eso sentía mucho Caupolicán el grave detrimento y destrucción de su gente, que para él era manifiesto, y pareciéndole que convenía guiar el negocio por otro rumbo, envió gran suma de indios que impidiesen el camino cortando muchos árboles con que cegar las veredas, de suerte que cuando los españoles fuesen a pasar, no tuviesen por dónde y quedasen en manos de sus adversarios. De más de lo cual, les mandó hacer con gran presteza un fuerte en medio del camino en lo más alto de la cuesta de Avemán para

oponerse a los nuestros más a su seguro. Y por estar cierto de que allí tenía más segura la victoria, mandó que los escuadrones se retirasen, dando lado a la batalla. Pero viendo que los españoles tomaban deste motivo para engreírse y dar tras ellos, revolvió otra vez con más cólera, ordenando a los suyos que se acercasen a nuestros reales, no parando hasta lo alto de la loma. Y por la cuesta que bajaba al camino real envió dos escuadras que ganasen la artillería, mientras los demás se entretenían en la refriega. Grande fué la aflicción de Villagrán en este trance; más como era tan brioso y esforzado, procuró animar a toda su gente y en particular a los que estaban con la artillería. Y viendo venir hacia ella un capitán bárbaro llamado Millaren con grande orgullo y denuedo, adelantándose como vencedor y triunfante, dijo Villagrán a un soldado de grande ánimo y conocido por tal: «¡Ah, Diego Cano!, por amor de mí, que abajéis los bríos a aquel capitanejo que viene muy arrogante.» Apenas lo hubo dicho, cuando el soldado arremetió al indio y le atravesó con la lanza de parte a parte antes que acertase a revolverse. A esto acudieron todos los enemigos y se trabó la batalla, cuya furia sentían la tierra y los vientos, señalándose los españoles más de lo que acertare a escribir en esta historia y tanto como los que se leen en cualesquiera otras por memorables que sean, mayormente por haber durado gran parte del día hasta que ya los caballos no podían rodearse encalmados del calor del sol y molidos del cansancio de correr a todas partes, sin serles alivio el pisar siempre en blando, esto es en los cuerpos muertos, que no dejaban tierra descubierta. Y como toda la ansia de Caupolicán era ganar las piezas, que hacían piezas a los suyos, mandó una vez que acometiesen innumerables indios todos a una a la gente que estaba en su guarda, aunque muriesen muchos dellos a trueco de matar aquellos pocos. Y por ser este señor tan obedecido, acudieron todos puntualmente a su mandato y se abalanzaron a los nuestros con tanto ímpetu que con solos los cuerpos, sin usar de armas, bastaron a ahogarlos. Y matando once del primer encuentro, pusieron en huida a los otros nueve, quedando señores de los tiros, que fué el mayor tiro que pudieron hacer a los españoles en castigo de su tiranía, que por tal tenían el haberse aposeñado de sus tierras. Fué grandísimo el regocijo de los bárbaros en ver la artillería ganada con tal arte, y alzaron un alarido que parecía hundirse los cerros y valles del contorno y caerse un pedazo del cielo abajo. Y teniendo el negocio por concluso, comenzaron a pelear sin orden y concierto desbaratando los escuadrones y no dando oídos a la dirección de los capitanes. En este trance, desmayaron los españoles, aunque procuraron recuperar la artillería perdida, acometiendo a ella sin sacar otra cosa que heridas y muerte. Viendo Villagrán el juego perdido, mandó a su gente que se bajase a la marina para probar la mano a ver si les iba mejor que en el lugar alto, lo cual pudieron hacer algunos, quedando los demás sin fuerzas para romper por entre tantas escuadras. Acudieron entonces los indios a cerrar con los nuestros, y llevándolos de vencida, los hicieron subir hasta el remate de la loma, arrinconándolos en un despeñadero que cae sobre el mar de más de dos mil estados de alto, de suerte que fueron forzados a hacer rostro o precipitarse. Ya que Villagrán reconoció la victoria de parte de los enemigos, mandó a los suyos que se retirasen en orden; mas aunque el retirarse fué puesto en ejecución, no lo fué en guardar orden, antes cada uno huía por el lugar que hallaba más desembarazado, sin mirar dónde iba a parar, ni si iba solo o acompañado. Con esta infelicidad volvieron los nuestros las espaldas, muriendo muchos en el encuentro de los indios que hallaban por delante. Y los que llegaban al camino pensando ser mejor librados, hallaron la cuesta de Avemán cuajada de enemigos y cerrado el camino con la multitud de matas que los mataban, y

troncos de árboles que les troncaban las piernas a los caballos. Además de lo cual, estaba ya la fortaleza armada en medio del camino de muy fuertes estacas, fajina y otras muchas albarradas en que iban tropezando los caballos. Y como faltaba ya la fuerza a los españoles, no pudiendo atropellar tantos estorbos, dieron guiñadas muchos dellos, desechando el camino, entendiendo que suele ser la mejor traza para acertar en lances perdidos el ir el hombre perdido y descaminado. Todos estos fueron seguidos y acosados de los indios hasta dar en la altura de un precipicio, donde por ir tan ciegos de temor y furia de los caballos, se despeñaron todos, sin quedar hombre, encontrándose en el aire unos con otros con no poca envidia de los indios, que la tenían al aire, el cual bebían por ver muertos a sus manos los que veían morir en las plumas del viento. Por otra parte, iba Villagrán con solos treinta hombres que seguían el camino real, seguidos de todo el ejército de los contrarios, que muchas veces iban a las colas de los caballos, hiriéndolos a gran priesa. Y ultra desto, llevaban unos lazos armados en las puntas de las lanzas, los cuales echaban a los españoles para sacarles de las sillas tomando los nuestros por remedio el travesar las astas por las celadas para impedir la entrada de los lazos. Ya iban los cristianos tan de caída, que estaban a pie algunos dellos perdidos y desarmados, entre los cuales hubo hombre tan sagaz y animoso, que sacó a otro de la silla, subiéndose él en ella con presteza para valerse mejor con la ligereza de su caballo. Desta manera fueron peleando cinco leguas hasta Andalican, que es lugar muy llano y raso en el cual descansaron los pocos que salieron vivos habiéndolos dejado los indios por codicia de los despojos que volvieron a buscar al sitio de la batalla. Y, en efecto, hallaron muchos de grande precio, como plata labrada, joyas de oro, vestidos ricos, tejos de oro, espadas, lanzas y arcabuces, ultra de los ocho tiros que fué la mayor pérdida de todos. Murieron este día en la batalla y alcance noventa y seis españoles, cosa nunca vista en Chile, entre los cuales fué un sacerdote llamado Pedro de Vades, y el capitán Juan de Samano, el capitán Diego Maldonado, el alcaide Álvaro de Zamora, Alonso de Almaras, Álvaro Núñez, Hernando de Alvarado y otros caballeros de mucha estima. Y de parte de los indios murieron pasado de cien mil y, entre ellos los famosos capitanes Raiveno, Quilán, Millanque, Aliavaro, Ayete, Unpillan, Talcapillilbo, Aillupán y Quinchan, ultra de los heridos, que fueron en mayor número.

CAPÍTULO XLIX

De cómo se despobló la ciudad de la Concepción

Pocas veces sucede contentarse la fortuna con dar un trabajo solo al hombre a quien ha tomado de propósito por torcedor de sus lances. Habíanse escapado algunos estos pobres soldados, que eran sesenta y seis, de las manos de los enemigos con pérdida de su sangre y armas, y cuando llegaron a refrigerarse al río de Biobio, el refrigerio fué no hallar en qué pasarlo por estar la barca rota, siendo tan necesaria la pasada que el quedarse allí no era otra cosa que entregarse a sus contrarios, los cuales, sin duda alguna, habían de sobrevenir dentro de pocas horas habiendo recogido los despojos. Por otra parte, había gran necesidad de curarse todos de sus heridas y alojarse en lugares abrigados, por ser grande el peligro que corrían en aquel campo. No tuvo Villagrán otro remedio sino enviar algún soldado a la ciudad por gente de socorro que acudiese con algunos indios

yanaconas a dar traza en hacer algunas balsas para pasar el río. Más como todos los soldados estaban tan heridos y destrozados, no hubo hombre que se atreviese a pasar el río, ni el general quiso hacer a nadie fuerza para ello viendo la razón que tenían y que no era más en su mano. Finalmente, el capitán don Pedro de Lobera se ofreció a este peligro, cuya oferta no quería Villagrán admitir, por estar tan malherido que corría manifiesto riesgo de la vida; mas viendo que no había otro remedio, hubo de condescender con él, el cual salió a media hora de la noche, y cuando se halló de la otra banda era cerca del alba, habiendo tardado ocho horas en pasarlo; y sin dilación fué a la ciudad que está a dos leguas del reino, y juntando con gran brevedad sesenta indios yanaconas y treinta hombres de a caballo, los llevó a la orilla, donde hicieron balsas de carrizo en que pasó todo el ejército. Aún no habían llegado a esotra banda cuando ya asomaban los indios de guerra, pero como estaba agua en medio quedaron refriados, y así se volvieron a celebrar despacio la victoria.

Cuando los españoles se vieron de esotra parte del río, comenzaron a llorar la pérdida de su gente y hacienda y de todo el reino y a sentir las heridas que habían recibido, porque hasta entonces en nada de eso habían reparado; solamente en poner sus personas en lugar seguro. Pues es cosa ordinaria en los que se ven en algún trance donde predomina alguna pasión con grande exceso, como de cólera o temor, no atender a otra cosa sino al objeto que está delante de los ojos hasta verse libres del tal aprieto. Pero todo este dolor y agonía se dobló al tiempo que estos soldados iban entrando por la ciudad y salían por las calles las mujeres preguntando a voces por sus maridos, hermanos, hijos y padres, y se les daba tan infelice respuesta de sus desastradas muertes. Donde fué espectáculo tan doloroso el de aquel día, que no hay pluma bastante a escribir cosa que le parezca, porque ninguna otra se oía con los oídos ni veía con los ojos, sino eran voces, endechas, lágrimas y mesarse los cabellos, sin cesar los alaridos en todo el día ni la noche. Y fué tanto el pavor que se apoderó de todos los corazones de las mujeres, y, aun de muchos hombres y casi todos, que trataron luego con grande ahínco de salirse de la ciudad, dejándola desamparada, entendiendo que no podrían resistir a tan gran pujanza y fuerza de enemigos. Procuró mucho Villagrán atajar esto a los principios, haciendo todo cuanto pudo por sosegar la gente. Para lo cual mandó a su teniente que pusiese todo su conato en la guarda de la ciudad, ayudándose de las personas que estuviesen para tomar armas, y juntamente puso atalayas por todos aquellos cerros que hay entre la ciudad y el río, sin descuidarse en todas las prevenciones y resguardos convenientes para defenderse de tan opulento ejército de araucanos. Mas estaba la gente popular tan temerosa, que sin dar oídos a ningún género de remedio, se resolvieron en salirse del pueblo, y andaban todos alborotados aliñando sus cargas para sacar las más alhajas que pudiesen. Sintió esto el general íntimamente, y con intención de impedirlo, mandó pregonar que nadie saliese so pena de la vida. Mas como todos la tenían por perdida si se quedaban en aquel asiento, no se curaron de hacer caso de tales amenazas, y así, ejecutando de hecho su voluntad, se comenzaron a salir a gran priesa, cada uno por donde mejor podía. Viendo Villagrán que el negocio iba en derrota batida, envió un capitán con alguna gente que se pusiese en el camino de la ciudad de Santiago para detener a los que por él iban caminando, y que al que resistiese a su mandamiento se ahorcase luego sin más consultas; por otra parte, andaba el mesmo general dando voces por las calles para que la gente no hiciese tal desatino, poniendo todos los medios posibles para impedir ese destrozo y principio de

destrucción del reino. Pero todas sus diligencias fueron de ningún efecto, porque cada cual se fué por su parte, quedando él con sólo los hombres de a caballo sin poder impedir la fuerza de todo el pueblo. Acertaron en este tiempo a estar en el puerto dos barcos grandes de pescar, a los cuales se acogió mucha gente en especial las mujeres y niños, llevando consigo solamente lo que podían sufrir sus hombros, y aun de eso dejaron mucho en la playa por la gran priesa con que se iban a embarcar. Desta manera, se despobló la ciudad, yéndose cada uno por su parte a la de Santiago, dejando los ciudadanos sus casas llenas de muebles y alhajas, los mercaderes las tiendas llenas de ropa, los religiosos y clérigos sus conventos y templos con todos sus ornamentos y riqueza; los soldados gran parte de sus armas, y todos, universalmente, sus moradas y haciendas. Y con esta desventura quedó desierta y desamparada la ciudad que era la flor del reino y estaba en medio de todo él por oasis de su conservación y sustento de la guerra para refrenar a los indios, teniéndole tomado el sitio más conveniente para hacerlos estar a raya. Fué ésta una permisión de Dios por los pecados del reino, tanto más manifiesta cuanto más ciega estuvo la gente deste pueblo en moverse tan arrebatadamente sin considerar lo que hacían. Porque si se detuvieran dos días gozaran del socorro que les venía de la ciudad de Santiago con el licenciado Julián Gutiérrez Altamirano, al cual toparon habiendo caminado solas dos jornadas. Con el cual y la gente que había en la ciudad pudieran muy bien defenderse de los enemigos, con los reparos, fortalezas y baluartes que había hechos y podían hacerse fácilmente. Mas como, en efecto, el mariscal fué forzado a desamparar la ciudad como lo demás dello, no pudiendo quedarse sola, y topó en el camino esta gente de socorro en el valle de Toquigua, mandó hacer alto para comunicar con las personas más calificadas los remedios de que podría usarse para que no se acabase de destruir el reino. Y el que pareció ante todas cosas necesario, fué dar aviso a todas las ciudades del desastre sucedido para que estuviesen alerta, teniéndose por cierto que habían de dar sobre ellas los contrarios. Y habiéndose nombrado doce caballeros, los cuales se ofrecieron de su voluntad a esta jornada, se tomó otro acuerdo, echando de ver que para pelear eran pocos y para llevar la nueva eran muchos. Y así fué la última resolución que fuese un soldado sólo y a pie para no ser sentido, cayéndole la suerte a uno llamado Alonso Chica, al cual dió luego el gobernador una encomienda de gruesas rentas y le metió la provisión della en el seno para que fuese más contento. Caminaba este soldado de noche escondiéndose de día en los lugares más montuosos, aunque por el rastro de las pisadas andaban siempre los indios en su busca y pesquisa hasta que, finalmente, dieron con él, sin que le aprovechase la provisión que llevaba en el seno para que los indios no cenasen usando del casco de su cabeza en lugar de taza. En este ínterin iban caminando los desventurados hombres que habían salido de la Concepción con hartos trabajos y desconsuelo, aunque llegados a la ciudad de Santiago se recuperó en gran parte el bien perdido con la mucha caridad de la gente deste pueblo, cuyos moradores salieron gran trecho a recibir a los que se acogían a ellos como a refugio y albergue, y demás desto los hospedaban en sus casas agasajándolos con tanto amor y regalo, cuanto era necesario para aliviar el peso de la congoja, y alegrar gente con tanta razón desconsolada.

CAPÍTULO L

Del acometimiento que el capitán Lautaro hizo a la ciudad despoblada y la disensión que hubo entre Villagrán y Aguirre sobre la pretensión del Gobierno

Aunque la gente que había salido de la ciudad de la Concepción entró en la de Santiago como queda dicho, con todo eso el mariscal Villagrán se quedó fuera por no poder entrar con la autoridad de gobernador, pues no estaba recibido por tal en el cabildo, y para esto envió personas que tratasen dello con la mayor eficacia que fué posible: pero ningunos medios fueron bastantes para que la ciudad lo admitiese a tal oficio. Por esta causa hubo de entrar sin aparato como persona particular, y pareciéndole que estando dentro fiaría más obra, echó todos los soldados que pudo para su intento, hasta venir a hacer requerimientos a los regidores de que si no le daban doscientos hombres para socorrer con ellos las demás ciudades se perdería todo el reino totalmente. Pero como todas sus trazas se quedasen sin efecto, trató en secreto su determinación con todos sus soldados y otros muchos amigos suyos, que un día a cierta hora estuviesen todos en la plaza a pique para acudir cuando él llamase, y fingiendo que estaba enfermo, envió a rogar a todos los regidores y personas que tenían voto en cabildo, que se juntasen en la casa del capitán Juan Jofré, donde él posaba, para tratar con ellos un negocio de grande importancia. A esto acudieron los del cabildo como él lo pedía, y teniéndolos todos juntos, les persuadió a que acabasen ya de admitirle en el gobierno, pues lo contrario era gran desorden por estar el reino sin cabeza que lo rigiese. Más como ellos no quisiesen condescender con su voluntad, y el maestro de campo, Alonso de Reinoso, que estaba a la puerta, viese que se había pasado gran parte del día en demandas y respuestas sin efectuar cosa, entró en la casa con mucha gente de la que estaba apercebida, y hablando palabras altas y desabridas, les hizo fuerza a que firmasen en el libro de cabildo el nombramiento de Villagrán por gobernador del reino, aunque intervinieron hartas pesadumbres y requerimientos de ambas partes. Y deseando el mariscal poner luego las manos en la obra, mandó sacar de la caja real todo el oro que en ella había para la expedición y avío de los soldados que habían de ir para defensa de los pueblos que estaban en mayor peligro. No quisieron los oficiales reales obedecer a este mandato y, en particular, el tesorero llamado Juan Fernández de Alderete, que era hombre de muchas canas y pecho varonil en cualquier lance. Y viendo el gobernador que no había remedio de convencerlos por otra vía, fué él mismo en persona a abrir la caja, sobre la cual se sentaron los tres oficiales no dando lugar a que la abriese, tanto que Villagrán hubo de tomar un hacha y quebrar la caja a puros golpes, sacando della el oro que había, que eran cantidad de cien mil pesos, con el cual apercibió la gente para la guerra.

Todo esto vino a oídos del general Francisco de Aguirre, que estaba en la ciudad de la Serena en pretensión del gobierno, y alborotándose del caso, se trataba con más autoridad de gobernador que hasta entonces llamándose señoría, y procediendo en todo como quien tenía el cargo deste reino; sobre lo cual hubo dichos de una y otra parte, y le decía al uno que venía el otro sobre él con mano armada interviniendo en esto gran desasosiego por muchos días. Finalmente, teniendo Villagrán formado su ejército de doscientos hombres para subir a las ciudades de arriba, tomó el rumbo contrario bajando con ellos a la Serena, que está setenta leguas de Santiago, para averiguar el negocio con Aguirre; el cual, aunque tenía consigo cien hombres, no quiso ponerse a tiro, y así dejó la ciudad, yéndose a Copiapó, donde estaba su encomienda, que son cincuenta leguas de camino. Con todo

eso, no hubo remedio con los de Coquimbo que recibiesen a Villagrán en el oficio por más diligencias que intervinieron, y así se volvió a Santiago, habiendo caminado ciento y veinte leguas de ida y vuelta. Y como entrasen personas graves de por medio, como fueron Rodrigo de Quiroga y el bachiller Rodrigo González, que fué después obispo en este reino, vinieron por vía de paz a poner el negocio en manos de dos letrados, que fueron el licenciado Julián Gutiérrez Altamirano y el bachiller Antonio de las Peñas. Este no quiso dar parecer en cosa tan grave, si no era con dos condiciones, la una que se le había de pagar muy bien, y la otra que al tiempo de darlo por escrito había de estar metido en un navío que iba al Perú, desde el cual había de enviar el papel firmado después de levadas las anclas y tendidas las velas. Porque siendo cierto que uno de los pretendientes había de quedar frustrado de su intento, también lo era de que había de dar sobre él procurando tomar venganza, y habiendo recibido cuatro mil y quinientos pesos que le dió Villagrán por este dicho, vino a determinar que se estuviesen así las cosas por espacio de seis meses, en los cuales se ordenaría en la audiencia de la ciudad de los Reyes lo que fuese más conveniente acerca desto. Habiéndose hecho a la vela el navío, envió el papel en una chalupa y él se fué a la ciudad de Lima, donde, sabiendo lo que pasaba por información de los que iban en el navío, le quitaron el dinero que recibió por la sentencia, dejándole tan pobre que se hubo de volver a Chile, en cuyo camino le hubo a las manos el general Aguirre, por cuyo mandato le cortaron las narices y le dieron muchos palos y cuchilladas, que fué la última paga que sacó del parecer que había dado.

Por otra parte, el mariscal Villagrán, deseando cimentar su pretensión, usó de los medios más eficaces que pudieron inventarse para consecución de su designio, y fueron granjear las voluntades de todos generalmente, casando huérfanas, favoreciendo a los, necesitados, manteniendo a los pobres y repartiendo las encomiendas de indios que estaban por distribuir en la ciudad de Valdivia, Tucapel y Arauco, que pasaban de seiscientas mil, en que había paño para satisfacer a doscientos vecinos. Lo cual, aunque por haberlo hecho en tal coyuntura lo atribuyeron algunos a industria para tener benévolos a los del reino, pero andando el tiempo se vinieron a desengañar, viendo la continuación con que perseveró en las obras pías.

En tanto que los españoles tenían entre sí estas diferencias, andaban los indios en fiestas y regocijos contando cada uno las hazañas con que se había señalado en la batalla, y blasonando con la memoria de los trofeos de que eran testigos los despojos que gozaban. Y habiendo pasado ocho días en solemnes banquetes, recibiendo favores envueltos en palabras regaladas del general Caupolicán, les pareció conveniente acabar con todo de una vez, destruyendo la infelice ciudad desde los cimientos. Y para efectuarlo así, salió el capitán Lautaro con cinco mil hombres, y recogió todas las riquezas y muebles de que estaban llenas las casas y tiendas, desenterrando muchas cosas de precio que por la prisa habían sus dueños enterrado. Y no dejando cosa de codicia, se puso incendio a todo el pueblo; en el cual estuvo por espacio de tres días, al fin de los cuales no quedó piedra sobre piedra, y como estaban estos bárbaros regustados de la sangre de los enemigos, y no menos de los despojos que les habían tomado, no quisieron parar en negociar, en que veían serles favorable la fortuna, y así habiendo Lautaro descansado pocos días en su pueblo, comenzó a ordenar ejército para dar sobre la Imperial para sacarla del real imperio. Estaba a este tiempo en ella por corregidor el capitán Pedro de Villagrán, el cual

dispuso las cosas con el mejor orden que fué posible barreando la ciudad y previniendo los demás pertrechos necesarios para defenderse de tan innumerables huestes. Y teniéndolo todo puesto a punto, enviaba corredores por el distrito a destruir los rebelados que en él había, para que los demás entendiesen que los españoles ni estaban dormidos ni medrosos.

CAPÍTULO LI

De la batalla que hubo junto a la Imperial entre Pedro de Villagrán y el capitán Lautaro, y cómo los indios se comieron unos a otros

Habiéndose aprestado el campo del capitán Lautaro, fué marchando con mucho orden hacia la ciudad Imperial, pareciéndole que la tenía ya sumergida debajo de la tierra, diciendo algunas bravatas semejantes a las que decían los portugueses que iban con el rey don Sebastián sobre las Molucas, cantando por aquellos caminos al son de las trece mil guitarras que llevaban (si esverdadera la fama): haga Dios otra Morería, que ya está rendida. Y mientras ellos caminaban con este orgullo, estaban los españoles de la ciudad puestos en consulta sobre si sería acertado salir al encuentro a los lautarinos o estarse a pie quedo en defensa de sus casas. Y pareciendo ser mejor acuerdo el aguardar a los agresores, se pusieron en orden de pelea doscientos y cincuenta y dos hombres que se hallaron aptos para ello; entre los cuales había muchos que habían tenido conductas, y otros caballeros de calidad y experiencia en las cosas de consejo y armas, y en particular en este reino. Y estando todos aguardando por horas a los contrarios con deseo de que llegasen para mostrarse, quién era cada uno, sucedió un caso con que fué la obra bien mojada a fuerza de fuego; y fué que estando el ejército contrario cerca de la ciudad, cayó del cielo un copo de fuego, que anduvo un rato por entre los indios con no pequeña admiración y espanto suyo, y comenzando los agoreros a adivinar dando en mil dislates y devaneos, sobrevino un animal de especie incógnita a manera de algalia, que hizo sudar más gotas de algalia a los adivinos, viéndole zarcear entre ellos sin poderle coger a manos, ni aún había hombres que no las tuviesen caídas para cogerle. Con esto se dobló su temor y cayeron en más ansiosa perplejidad, así en acertar con el pronóstico como en lo que dello resultaba, que era determinar si convenía retroceder desistiendo de la guerra o pasar adelante a efectuarla. Y fué tanto el miedo de los hechiceros, que lo pusieron a los demás, persuadiéndoles a que se volviesen a sus casas si no querían ser todos perdidos. Obedecieron los capitanes puntualmente y sin réplica a los hechiceros y sin aguardar más perentorias, se volvieron en el mismo orden que llevaban, sin otro fruto más que el cansancio y gasto que habían hecho. Supo esto Pedro de Villagrán y salió tras ellos con cien hombres de a caballo, por ser tal el temor que llevaban metido en las médulas que un escuadrón de niñas bastara a desbaratarlos. Y alcanzándolos brevemente fué picando en la retaguardia, de suerte que se fué huyendo cada uno por su parte, teniéndose por mejor soldado el que era más ligero en este lance. Con esta victoria se volvieron los nuestros a la ciudad habiendo muerto gran suma de enemigos, y dieron gracias a Nuestro Señor, animándolos a ello tres religiosos de Nuestra Señora de las Mercedes, que fueron los primeros que entraron en el reino, cuyos nombres eran fray Antonio Correa, fray Antonio de Olmedo y fray Antonio Rondón, el cual salía siempre a las batallas a favorecer a los

soldados, y en especial a los de ésta que tratamos, de cuyo número fueron don Miguel de Velasco, don Pedro de Avendaño, el capitán Peñalosa y los capitanes Gregorio de Castañeda, Gonzalo Hernández Buenos años, Alonso de Miranda el viejo, don Francisco Ponce de León y Gregorio de Oña. Los cuales y la demás gente que estaba en la ciudad se sustentaron tres años con grandes calamidades por estar siempre en medio de los enemigos y con las armas en las manos.

De aquí procedió una monstruosidad estupenda, y fué que por andar todo a río vuelto, dejaban los indios de poner las manos en el arado ocupándolas en los arcos, lanzas y macanas. Y así vino la tierra a tanta esterilidad y hambre, que lo lastaban los españoles y también sentían la falta los mismos indios. En resolución, vino la cosa a términos que se andaban matando unos a otros para comer el matador las carnes del que mataba; lo cual duró por algunos meses con tanta fiereza, que causaba no menos lástima que espanto. Y aunque después se comenzó a dar maíz y trigo y otros mantenimientos en abundancia, con todo eso no cesaba el fiero abuso cumpliéndose la común sentencia que dice: «no me pesa de que mi hijo enfermó, sino de las mañas que tomó»; de suerte que todo el año de 1554 y el siguiente de 55, habiendo tanta abundancia que se quedaron por coger doscientas mil hanegas de trigo por no haber quién las quisiese, estaban los indios tan regustados a comer carne humana, que tenían carnicerías della y acudían a comprar cuartos de hombres, como se compran en los rastros los del carnero. Y en muchas partes tenían los caciques indios metidos en jaula, engordándolos para comer dellos. Y tenían ya los instrumentos necesarios para el oficio de carniceros como tajones, machetes y perchas, donde colgaban los cuartos. Llegó la gula a tal extremo, que hallaron los nuestros a un indio comiendo con su mujer a un hijo suyo, en medio, de quien iban cortando pedazos y comiendo. Y hubo indio que se ataba los muslos por dos partes y cortaba pedazos dellos, comiéndolos a bocados con gran gusto. Finalmente, estando un indio preso en la ciudad, se cortó los talones para poder sacar los pies del cepo; y con ser tiempo de tanta turbación por ponerse en huída de los españoles, no se olvidó de los talones; antes lo primero que hizo fué irse al fuego para asarlos en él, aunque con insaciable apetito, los comió antes de medio asados.

Acontecieron en este tiempo cosas extraordinarias y memorables. La una fué, que habiendo en un lugar llamado Peltacavi cerca de la ciudad, una gran junta de enemigos, acudió a dar en ellos Pedro de Villagrán con su compañía, y habiendo dádose de las hastas por un rato, se retiraron los indios a su fortaleza yendo los españoles en su seguimiento hasta entrarse por la puerta a caballo con sus lanzas y adargas. Y habiendo peleado en el petio del fuerte y vencido a los enemigos, quisieron salir por donde habían entrado y hallaron la puerta tan estrecha que apenas cabía por ella un hombre a pie; lo cual se tuvo por manifiesto milagro de la Divina Providencia, que abrió capaz camino a su pueblo por medio del mar Bermejo, cerrándose luego para los contrarios. Y entendiése esto con más fundamenta por estar aquella casa fuerte llena de ollas de carne humana puestas al fuego, y muchas piezas de hombres colgadas para el mismo efecto. También salió otra vez Pedro de Villagrán a las orillas de una laguna llamada Pirlauquen, la cual está a tres leguas de la ciudad y muy pegada con el mar. Está en medio de esta laguna una isleta, donde se habían recogido cinco mil indios de pelea, contra los cuales envió la mitad de su gente quedándose él con el resto en la misma playa, y cuando se acercaban a

la isla los que iban en las canoas, salió delante un caballo a nado, el cual se entró por medio de los escuadrones y fué bastante para desbaratarlos. De suerte que cuando los nuestros llegaron, fué menester poco para rendir a los bárbaros, los cuales se echaron a nado y vinieron a salir donde Villagrán estaba con su gente. Trabóse allí una refriega muy reñida, donde sucedió una cosa de grande espanto; que estando los indios con las espaldas a la mar, salió una ola de sus límites con tanto exceso que arrebató dos mil dellos y los tragó sin que alguno se escapase.

Y el año de 56 llovió en la ciudad Imperial cierto licor a manera de leche, que caía gota a gota, y de cada una se producía luego una rana de manera que vinieron a estar las calles tan llenas de ellas, que no se podía pasar sin hollarlas, por estar cubierto el suelo un jeme en alto por espacio de quince días. Y en cesando esta plaga, vino tanta multitud de ratones que hervían por las casas y calles, de suerte que les pusieron pleito, dándoles su defensor que alegase de su derecho, y habiéndoles convencido en juicio los excomulgaron, y al instante murieron todos sin parecer alguno vivo en muchos días.

CAPÍTULO LII

De un milagro que nuestro Señor obró en casa de Mencia Marañón y las cotidianas guerras de la Imperial y Valdivia

Inexplicables son las calamidades que en este desventurado reino consumían de ordinario así a los indios como los españoles. Porque la hambre era común en todos y la desnudez muy propia de los nuestras en estos años de suerte que las doncellas más galanas no escapaban de muchos remiendos, y los caballeros más pulidos tenían por ornato las cotas que no se les caían de los hombros de día ni de noche, y no era la menor aflicción el miedo de los enemigos, mayormente para las mujeres que se veían cercadas de trescientos mil bárbaros, que tantos eran los que había en el distrito de la Imperial. A esto se acumulaba la grande lástima de ver a sus ojos morir de hambre a muchos indios antes que llegase el tiempo en que dijimos haberse cogido los frutos muy de sobra; más como la piedad de Nuestro Señor es tan cierta en el tiempo de la mayor necesidad, manifestó en esta ocasión los tesoros de su poder, sabiduría y misericordia con una maravilla de las que su prudencia suele en semejantes ocasiones.

Estaba en la Imperial una señora llamada Mencia Marañón, mujer de Alonso de Miranda, que habían venido de junto a Burgos pocos meses antes del alzamiento. Y como gente acostumbrada a vivir según la caridad con que se procede en Castilla, tenían esta buena leche en los labios, y se esmeraban más en obras pías cuanto más crecían los infortunios desta tierra, de suerte que esta señora daba limosna a cuantos indios llegaban a su puerta, y recogía en su casa a los enfermos, curándolos ella mesma con mucha diligencia y cuidado. Y saboreábase tanto en estas ocupaciones, que se metía cada día más en ellas hasta hacer su casa un hospital, y amortajar los indios con sus manos. Tenía demás desto, en un aposento alto, todo el trigo que había podido recoger paradar limosna cada día, no contentándose con acudir a los que tenía de sus puertas adentro, sino también a los que llegaban a ellas afligidos. Y como los indios sintieron su deseo, daban ordinaria batería

en su casa, hasta que no quedó en ella de todo el trigo un solo grano. Mas no por eso dejaron de acudir después de acabado a pedirle con su acostumbrada importunidad y ansia, de suerte que ella se afligió y mandó a su dispensera que escudriñase los rincones por si acaso quedasen algunas reliquias del trigo. Y hízolo ella con diligencia barriendo todo el aposento sin dejar en él un solo grano. Pero cargaron luego tantos pobres, que tornó a mandar a la dispensera que hiciese nuevo escrutinio a ver si quedaban algunas sobras; la cual, habiendo un rato porfiado que no había rastro desto, fué, finalmente, gruñendo y rezongando a puras persuasiones de su ama, y aún no había bien llegado a la puerta del aposento del trigo, cuando volvió dando voces, diciendo que estaba lleno del y que fuesen de presto a apuntalar las vigas, porque con el excesivo peso no cayese el aposento abajo. A esta voz acudieron todos los de casa, y hallaron ser verdadero el dicho de la moza, y que el trigo iba creciendo a gran priesa, de modo que era menester descargar luego el aposento para que no se hundiese, como lo fué en la nave de San Pedro, cuando por la gran multitud de peces estuvo a punto de hundirse. Por donde se ve que el medio más eficaz para todas las aflicciones es tener grato a aquel Señor en cuya mano está todo, y en cuya voluntad hay más bien para nosotros que pedimos ni entendemos. Y también se colige de aquí que si hubiese muchas Catalinas de Sena, habría muchos milagros a éste semejantes; como por haber entrado en Chile muchos hombres esalmados hay tantas desventuras y miserias.

Y viendo que eran tan innumerables, intentó Pedro de Villagrán reducir la ciudad de Valdivia a la Imperial, porque estando la gente junta habría en todos más fortaleza, y estando dividida ni unos ni otros estaban bien seguros. Resistieron los de Valdivia a este mando, aunque no pasaban de setenta hombres, con tanto conato que hubo el mismo Pedro de Villagrán de ir desde la Imperial con doce soldados a efectuarlo. Mas como hallase constantes a los del pueblo y él era tan prudente y enemigo de ruidos, contentóse con que lo reconociesen por teniente general, y ellos se contentaron con recibirlo por tal a trueco de que se volviese a su casa, como lo hizo, no tratando más de la mudanza, que hubiera sido acabar de perderse el reino por ser esta ciudad y su hermoso puerto de grande importancia y utilidad para todo Chile. Y lo que más me admira en medio de tantas calamidades es la inflexibilidad que algunos mostraban en no amansar con tantas amenazas de Dios ni ablandar con tantos golpes de fortuna; largo negocio fuera hacer mención de las muchas crueldades que se usaban con los indios, como se entenderá por el modo en que se había con ellos el capitán Juan de Villanueva, el cual, saliendo a correr la tierra sajaba a los que prendía, y de entre cada dos cuchilladas sacaba una tira de carne y se la daba a comer al indio en castigo de que comían comúnmente carne humana. Y a otros ponía el arcabuz en la boca disparándolo en ella, y dándole a comer la bala por la misma causa. Y mucho más se echará de ver por lo que hizo un soldado del capitán Alonso de Benítez, que habiendo cogido una cuadrilla de indios de guerra, los metieron en una casa para quemarlos con ella, a todos juntos, y como al tiempo de contarlos hallasen noventa y nueve, dijo este soldado (cuyo nombre era Juan Macías): «Voto a tal que han de ser ciento.» Y echando mano de un yanacona de servicio, le metió dentro, donde se quemó con los demás. Por lo cual le dió su amo del yanacona una grandísima cuchillada cuando echó a su indio menos y supo quién lo había metido en el incendio.

Entre todas éstas calamidades y robos cuotidianos que hacían los indios por los campos, hubo algún regocijo en la ciudad de Santiago con ocasión de una mina que se descubrió, cuya veta tenía diez y seis pies de ancho y un estado de profundidad, de donde en diez y seis meses se sacaron mil pesos de oro. Descubrió este mineral Francisco Moreno, natural de Sevilla, en un cerro llamado Lamillo, que está cerca de Santiago. A esta sazón estaba en la ciudad Francisco de Villagrán sin atreverse a salir della a socorrer los de arriba por recelo que tenía no acudiese el general Francisco de Aguirre desde la Serena y le cogiese el puesto y oficio. Más como se hubiese pasado un año sin salir fuera, y las ciudades de arriba estuviesen muy necesitadas, no pudo excusar el viaje. Y así salió con doscientos soldados hasta la ciudad Imperial y visitó la provincia de Moquehua y otras comarcas, haciendo gran riza en los rebelados, y por otra parte envió a Pedro de Villagrán con cincuenta hombres a los términos de Angol y Congoya, donde hizo no menores castigos y matanzas. Demás desto despachó al capitán Juan Alvarado con sólo ocho españoles al sitio de la ciudad de la Concepción, que estaba despoblada, donde le acometieron algunos escuadrones de indios por los cuales rompió, peleando siempre con ellos hasta llegar adonde estaban Pedro de Villagrán con su gente, de la cual fué favorecido, de suerte que los enemigos se pusieron en huída. También fué en este tiempo el licenciado Julián Gutiérrez Altamirano desde la ciudad de Santiago a la de Valdivía, donde era corregidor, y había salido a negocios de importancia, dejando en su lugar a Francisco de Herrera Sotomayor, el cual procedió con gran prudencia, mostrándose hombre idóneo para cualquier negocio de momento.

CAPÍTULO LIII

De cómo el capitán Juan de Alvarado reedificó la ciudad de la Concepción

No fué vano el recelo de Francisco de Villagrán sobre la pretensión que había de tener Aguirre de su oficio en volviendo la cabeza. Porque, en efecto, se puso a ello tan de veras, que intentó entrarse de hecho en la ciudad de Santiago para aposeionarse del gobierno. Y fué menester que Rodrigo de Quiroga saliese de su casa yendo sesenta leguas hasta la Serena para quitar a Francisco de Aguirre rogándole no alborotase la tierra. Mas como no hubiese efectuado cosa alguna se volvió a Santiago, donde casi por fuerza le hicieron capitán, y a don Pedro Mariño de Lobera alférez, para que defendiese la entrada al general Aguirre, poniéndose la ciudad en arma con el mismo intento. En esta ocasión recibió Aguirre una carta de la real audiencia de los Reyes en que le daban relación del alzamiento de Francisco Hernández Girón, con que estaba el Perú en grandes alborotos, y le encargaban mucho la fidelidad que a su majestad debía para no admitir ni ser favorable a los amotinados, ni permitir correspondencia en Chile si alguno se desmandase. De aquí tomó Aguirre asilla para decir que la audiencia de los Reyes suponía ser él gobernador de Chile, pues le encargaba semejante negocio que era propio de la cabeza del reino, y para concluirlo envió a su hijo Hernando de Aguirre con veinte arcabuceros a la ciudad de Santiago, donde los recibieron con las armas en las manos y los desarmaron a ellos, y aún hubiera más alboroto si el obispo don Rodrigo González no se metiera de por medio.

Después desto, llegó a la ciudad de Santiago el general Villagrán, y por otra parte vinieron cartas de la audiencia del Perú con orden de que se tornase a edificar la Concepción, pues era la fuerza del reino, y que se gastasen en ello todos los pesos de oro que se hallasen en las cajas reales. Para cuya ejecución nombró la ciudad al capitán Juan de Alvarado con setenta y cinco pobladores, los cuales salieron de Santiago en veinte de noviembre de 1555, acompañándolos el general Villagrán hasta la concurrencia de los dos ríos Ñuble e Itata, que están siete leguas de la ciudad que había de poblarse.

Luego que llegaron al asiento de la desventurada ciudad, hubo general llanto en ver el grave estrago que en ella se había hecho, y en especial mostraban gran sentimiento los vecinos della, que veían sus casas hechas mostazales y llenas de otras hierbas que habían nacido en aquel año. Mas diéronse tan buena maña con la ayuda de algunos indios, que acudieron pacíficamente, que en breve tiempo hicieron alojamientos en que meterse, y una razonable iglesia en que les decía misa un clérigo llamado Nuño de Obrego, que también les ayudaba en los ejercicios militares, como se verá luego. Demás desto, fabricaron un fuerte con la diligencia de los que iban señalados por capitanes, que eran Hernando de Alvarado, Francisco de Castañeda, y del alférez general, llamado Luis de Toledo. Mas todo esto era edificar sobre arena, y un negocio considerado más apriesa que convenía a la fundación de una ciudad. Porque si cuando había doscientos hombres en ella, y esos muy pertrechados de lo necesario para paz y guerra, la desampararon no atreviéndose a conservarse entre los enemigos, no había nueva razón para atreverse a ello setenta y cinco, que habían de hacer las cosas expedientes que los primeros tenían hechas. Y así tuvo este el efecto que se podía esperar de un acuerdo tan acelerado; porque los indios advirtieron luego esta razón, que de suyo estaba manifiesta, echando de ver que si sólo el temor había rendido a doscientos españoles, mejor los vencerían las armas de los mismos que eran temidos. Y así se resolvió el general Caupolicán en que fuese el capitán Lautaro con veinte y cinco mil hombres a destruir la ciudad y sus pobladores, pues era negocio tan fácil el salir con ello. Y fué ejecutado esto con tanta presteza que dentro de pocos días llegó el ejército al río de Biobio, y lo pasó sin resistencia, poniéndose dos leguas de la ciudad para dar luego en ella. Entonces se vieron perplejos los cristianos, dudando si sería más acertado salir a los enemigos o aguardarlos en el fuerte. Y estando en esta consulta, dijo un caballero llamado Hernando Ortiz de Caravantes que sería acertado meterse en un navío que estaba en el puerto, o por lo menos poner en él todo el bagaje, y pelear con determinación de que en caso que les fuese mal se recogiesen todos a la nao, pues eran tantos los enemigos. A esto respondió el clérigo Nuño de Obrego: «Parécerne, señor, que ya estáis ciscado»; de la cual palabra se picó el Hernando Ortiz y le dijo: «Pues, padre, tened cuenta con mi persona, y conoceréis cómo no lo hacía por mí sino por toda esta gente que está delante». Y la resolución de la consulta fué salir cincuenta de a caballo a oponerse a los contrarios, quedando los demás en guarda de la fortaleza. Fué el capitán Juan de Alvarado en delantera de los que salieron al campo, y a poco trecho divisó huestes muy opulentas de indios que venían marchando en mucho mayor número de lo que Caupolicán había mandado. Porque fueron concurriendo tantos de su voluntad, que llegaron a setenta mil, habiendo sido veinte y cinco mil los convocados; de suerte que para cada español había mil contrarios. Ya aquí no había lugar de huir el cuerpo, sino encomendar a Dios el alma, y acometer a los enemigos, y así lo intimó el capitán a los suyos, diciéndoles que hiciesen estas dos cosas,

poniendo en delantera la memoria del cielo y en segundo lugar lo que traían entre manos. «No es tiempo-dice-, señores míos, de flaquear, pues el volver el pie atrás no será ponerlo en lugar seguro; bien veo que la dificultad es suma, el peligro evidente y el premio humano muy limitado o ninguno, pero pongamos a Dios delante de los ojos con pretensión pura de introducir entre esas gentes su santo evangelio, y con esto será la cosa más fácil, el peligro menos formidoloso y la remuneración más infalible. Y si alguno hay aquí presente que haya entrado en esta tierra con fines diferentes, o contrarios a este, procure ahora enderezarlos a Dios, pues que su clemencia está siempre tan pronta para suplir las faltas que proceden de la fragilidad humana que en cualquier instante que ofrezcamos a su majestad los trabajos que habíamos aplicado a otros blancos o siniestros, los recibe piadosamente, para recompensarlos de contado, poniendo en olvido la ingratitud pasada como aquel que anda buscando asillas para ejercitar su misericordia.»

Con esto partieron todos a una, con gran tropel y estrépito, a los escuadrones de los enemigos, que estaban cerrados por todas partes con las picas caladas, de modo que se les hizo poco daño. Y habiéndose cansado un tanto, comenzaron a picar en algunos indios con los cuales anduvieron a la escaramuza, sin cesar el bando índico de ganar tierra ni de derramar sangre ajena y propia. Era esto como a las ocho y media de la mañana, habiendo comenzado una hora antes; y como Lautaro era tan sagaz y experto, mandó tocar a recoger con intento de esperar a que el sol calentase más la tierra, para que con su ardor se encalmasen los caballos y fuesen menos de provecho, y cuando vió que estaba en su mayor fuerza, acometió con bravoso ímpetu, trabándose segunda vez la refriega más encendida en la entrada de la ciudad, muriendo algunas personas de ambas partes. A este punto salieron los arcabuceros de la fortaleza y con al-unas rociadas hicieron notable daño a los enemigos, aunque no notable merma por la multitud de los que andaban en su ejército. La cual fué tanta, que cerrando con los nuestros, con estupendo alarido, los llevaron dando de ojos hasta la fortaleza, donde se metieron, y a vueltas de ellos algunos indios, que fueron los más mal librados, porque descargaron en ellos los españoles el coraje que tenían contra todos juntos. Todo esto aprovechó poco por ser el número de los bárbaros tan incomparable, y su deseo de acabar con esto resuelto de todo punto. Y así combatieron el fuerte con gran vigor y arrojamiento saltando dentro por diversas partes; donde anduvo la folla tan sangrienta que murieron allí quince españoles, y llegó a tanto el tesón de los indios que vinieron a ganar la alcázar echando fuera a los españoles. A todo esto, estuvo el clérigo Nuño de Obrego con su espada y rodela a la puerta de la fortaleza arrimado a un lado, y al otro Hernando Ortiz, sin apartarse ninguno de los dos un punto de su puesto sobre apuesta más por estar picados entre sí que por picar a los enemigos, aunque, en efecto, hicieron tal estrago en ellos que pudiera cualquiera de los dos aplicarse el nombre de Cid sin hacerle agravio. Mas, finalmente, vinieron los dos a ser del número de los cuerpos muertos que cerraron con su cúmulo el paso de la fortaleza como la habían cerrado estando vivos. Mas andaba ya el negocio tan roto, que no faltaban portillos por donde salir los que iban de vencida; y así salieron a la playa continuando la pelea sin cesar de matar y morir hasta que ya se caían los brazos y aun el ánimo. Y aunque hasta entonces había mostrado mucho el capitán Alvarado, poniéndolo a los suyos como valeroso caudillo, mas cuando vió ser imposible animar mucho a pocos cuerpos, comenzó a retirarse tomando el camino de Santiago, donde ni el cojo, ni el manco anduvo tanto, como dice el refrán, por las muchas albarradas en que iban tropezando y los enemigos

que salían de través ultra de los que seguían al alcance. Por otra parte, acudieron otros españoles a los bateles, que estaban en la playa, metiéndose por la mar a caballo para arrojarse en ellos con harta contradicción de los indios, que se abalanzaban al agua tras ellos, y no dejaban hombre a vida si no fuera por dos soldados de mucho nombres y valerosos hechos, que echaron mano de un batel y lo defendieron favoreciendo a los suyos, que con este socorro llegaron al navío. Éste fué el fin de la batalla, donde murieron cuarenta y un españoles y más de dos mil y quinientos indios. Y los que se escaparon con el capitán Juan de Alvarado fueron Gonzalo Hernández de la Torre, Lope de Landa, Andrés de Salvatierra Narbaja, Diego Díaz, Hernando Ibarra, Francisco Lucero, Francisco de Castañeda y Hernando de Alvarado, los cuales no cesaron de pelear en todo el camino hasta llegar a la junta de los ríos Ñuble e Itata. Y también se escapó por otra vía Nuño Hernández Ragura, habiendo peleado como un César, según acostumbraba en todas las batallas. No cuento aquí los que murieron, por haber sido más que los vivos, contentándome con referir los capitanes de a caballo que fueron don Francisco Tello, don Cristóbal de la Cueva y Juan de Cabrera, que murieron habiendo peleado valerosamente. Los capitanes indios que vinieron a la batalla fueron: Manquecura, Nicoladande, Labapié, Colocolo, Puygani, Guanchoguacol, Pichena, Pivoboro, Piotiman, Pilon y el famoso Lautaro. Y el día de la batalla fué jueves, a cuatro días del mes de diciembre de 1555.

CAPÍTULO LIV

Cómo el capitán Lautaro fué sobre la ciudad de Santiago con un copioso ejército y tuvo dos batallas con los capitanes Diego Cano y Pedro de Villagrán

No se debe tener en poco por ser de poco aparato de palabras aquel proverbio que dice: hoy por mí, mañana por ti, mayormente cuando el hombre se engríe y envanece con el buen rostro que hoy le muestra la fortuna con visita falsa; pues en llegando el día de mañana, habrá dado vuelta su rueda donde mostrará el otro rostro de dos que tiene, pues se sabe ser ella de dos caras. Mucho me alargué, y dije poco en decir mañana, pues siendo la rueda de su vanidad más veloz que la del primer móvil, no ha menester aguardar plazos de un día para otro ajustándose a la medida del curso del sol que causa los días y las noches; pues sabe ella darse tan buena maña en apresurar su rueda, que en un abrir y cerrar de ojos, pone de alegre triste, de sano enfermo, de rico pobre, de vencedor cautivo y, finalmente, de dichoso desdichado. Quién dijera viendo a Mitridates, rey del Ponto, triunfador de los romanos y de toda Asia por espacio de cincuenta años, que había de venir a tanta miseria en un sólo día que pusiese las manos en sí mismo, quitándose la vida de desesperado de verse debajo los pies de sus triunfadores Luculo y Pompeyo. Y quien viera al arrogante Lautaro tan pomposo con sus ilustres victorias, y tan estimado y querido de los suyos, que ponían en él los ojos como en su libertador y toda su gloria, no de otra suerte que los israelitas amaban a David tiernamente por haber sacado a su pueblo del oprobio en que los tenía puestos el soberbio Goliat, contoneándose y blasonando con desprecio de Israel, que había de venir a dar en bajo, o por mejor decir, en manos de aquellos que despreciaba y, finalmente, sus enemigos. Mas, en fin, el que apriesa sube, apriesa cae; pues suele la fortuna entronizar pocas veces a hombres

humildes en su prosapia, si no es para tener mayor espacio por donde vengan cayendo del pináculo donde los había subido, que eran las nubes, sobre las cuales ellos se encaramaron sin fundamento sólido en qué sustentarse. Harto ínfimo de natural era Ventidio Baseo, el cual andaba mendigando de puerta en puerta, y tuvo gran ventura de que le admitiesen en casa de Caio César por mozo de caballos; mas con esta ocasión fué poco a poco cayendo en gracia del emperador hasta venir a ser el mayor del pueblo romano, y triunfar de los partos con excelentes títulos y renombre. No fueron diferentes en todo los pasos por donde subió Lautaro a tanta dignidad y señoría, pues había sido mozo de caballos de Valdivia, aunque no subió a la preeminencia por haber caído en su gracia, antes por haberse desgraciado con él, pues fué principio de su muerte; mas al cabo no se fué alabando, ni le duró el orgullo mucho tiempo, por parecerle que ya era todo el mundo suyo o a lo menos pretender que lo fuese. Viéndose, pues, este Lautaro puesto en tal punto que todos le reverenciaban y servían celebrando sus victorias con solemnes triunfos y banquetes, largó las riendas al apetito del más y más, donde comúnmente anhela la naturaleza deleznable, y queriendo destruir la misma ciudad de Santiago, ofreciendo su persona al general Caupolican para esta empresa, con solos cinco mil indios escogidos de todas las huestes araucanas. No salió el general a esta oferta, teniendo por gran ternidad el pretender ir setenta leguas a buscar a los españoles donde ellos estaban tan de asiento, más fueron tantos los intercesores que interpuso Lautaro, que por no disgustarle a él y a tantas personas principales, condescendió con sus ruegos. Mas no por eso quedó el negocio concluso, porque como habían de ser solos cinco mil los escogidos para esta empresa, hubo entre ellos grandes diferencias, tomando cada uno por punto de honra el no quedar por menos hombre. Y vino a tanto rompimiento, que mandó Caupolican admitir otros tres mil más de los nombrados, y aún esos se sacaron por suertes para que ninguno quedase quejoso.

Comenzó a marchar Lautaro con ejército de ocho mil hombres que lo llevaban en andas, y fué recibido en todos los pueblos por donde pasaba con gran veneración y aplauso, hallando los caminos aderezados a mano y adornados con arcos triunfales, sin faltarle cosa de las que se pudieran prevenir para la majestad del mayor monarca del mundo. Mas cuando llegó a los lugares sujetos a Santiago, comenzó a encruelcerse contra los indios, haciendo en ellos grandes destrozos, de suerte que todos se despoblaron acudiendo los moradores dellos a la ciudad a pedir socorro y ampararse con el favor de los españoles. Y el primer reparo que se puso a este daño fué enviar al capitán Diego Cano con cuarenta hombres de a caballo, los cuales hallaron a los enemigos alojados en Mataquito, donde tuvieron una guazabara con matanza de algunos indios y pérdida de un español, quedando, finalmente. Lautaro con la lanza enhiesta y Diego Carro desbaratado. Bien entendió el sagaz indio que no había de ser ésta la postrera, y así se fortificó más en el mismo sitio, fabricando un castillo y muchas albarradas y baluartes para su defensa. Y para mayor seguridad, mandó atajar los ríos y acequias para que reventasen y se difundiese el agua por todo el campo, haciendo grandes lodazales en que atollasen los caballos. Mas todo esto no fué para impedir a Pedro de Villagrán, que salió de la ciudad con cincuenta hombres, y tuvo algunas escaramuzas con los rebeldes el mismo día en que llegó, hasta que el sol y los brazos iban de caída. Hallóse allí un conquistador viejo llamado Marcos Veas, que había estado en casa del gobernador Valdivia y conocía mucho a Lautaro, siéndole tan familiar como persona que vivía con él de una puerta

adentro; éste pidió licencia a su capitán para carearse con Lautaro y persuadirle con algunas razones a que desistiese de la guerra, entregándose a los españoles fiándose de ellos, pues no habían de hacerle traición como él la hizo a su amo. Concedióle Villagrán esto liberalmente, y poniéndose el Marcos Veas en parte donde pudiese ser oído, llamó a Lautaro, el cual salió a trabar con él plática por un rato, habiendo entre los dos un pequeño intervalo, de suerte que se oían las palabras distintamente. Y cuando el español llegó a tratarle de la traición que había hecho, mudó el indio el tono de las palabras, hablando con gravedad de esta manera: «No puede dejar de maravillarme mucho el ver que un hombre tan anciano y prudente como tú eres, o a lo menos te precias de ello, te hayas dejado de decir palabras tan fuera de concierto, en que has dado a entender que o eres de muy corto entendimiento o me tienes por hombre que lo soy. Porque intitular con nombre de traición a lo que, mirado por-todas partes, es indubitable fidelidad, no sé de dónde pueda proceder, sino de que tú estás ciego o me quieres cegar con palabras fundadas solamente en la vana aprehensión de tu fantasía. Si traición ha intervenido entre nuestra nación y la vuestra, cierto es que está de vuestra parte, aunque se debe llamar más propiamente tiranía, pues estando nosotros seguros en nuestra patria viniste engañosamente a desposeernos de nuestras tierras, despojarnos de nuestras alhajas, quitarnos a nuestras mujeres y enseñorearos de nuestras libertades. En lo cual no se puede negar que haya habido gran mezcla de traición y alevosía, pues entraste con la voz de Jacob y las manos de Esaú, predicándonos ley de Dios, y ejercitando la del demonio para dorar vuestros engaños y cogernos el oro fino de nuestras minas. Y así, aunque a los principios nos hubiéramos dado por amigos vuestros, no tenemos obligación de conservar la amistad para delante, pues el día que falta el fundamento de la cosa ha de faltar la misma cosa. Y siendo la amistad fundada en que pretendíades nuestro bien no debemos tenerla en pie el día que se descubre que es todo envaimientos y traiciones y que toda vuestra pretensión es hacernos el mayor mal que podéis, como se ve por experiencia, y si alguna amistad os debo a vos, señor Marcos Veas, por la buena voluntad que me habéis mostrado, en ninguna cosa os la pudiera pagar tanto como en daros un consejo de amigo, y es que os volváis con Dios a vuestras tierras así por la seguridad de las conciencias como de las vidas, porque las habréis de perder desta hecha, como las perdieron con la punta de mi lanza vuestro capitán y los de su ejército. Mas este consejo no os lo quiero yo dar por ser tan contra mi pundonor y estima, pues si os váis vosotros voluntariamente, no tendré ya ocasión de ganar la gloria que se me ha de seguir en echaros por mis propias manos. Verdad es que no sería para mí menos honroso que me cobrásedes tanto miedo que sólo él bastase a echaros sin venir a las manos, y por esta vía me parece que quizá vendría yo a permitir que os fuédeses vosotros mismos libremente con tal condición que me habéis de servir con treinta doncellas escogidas a mi voluntad para que asistan en mi cámara, y treinta caballos blancos con los mejores jaeces que se hallaren entre vosotros y otras tantas capas de grana fina y una docena de perros grandes de esos conque vosotros soléis aperrear a los indios, y demás destos me habéis de dar esa medalla que traéis en el sombrero; la cual vos soléis llamar la medalla de Quinto Curcio.» No pudo ya Marcos Veas refrenar más la risa oyendo las bravatas de Lautaro, y no aguardando más razones, volvió las espaldas, dejándole con la palabra en la boca sin esperanza de que por bien se había de efectuar cosa. Y estando los dos capitanes contrarios resueltos en llevarlo por punta de lanza, despachó Lautaro un indio principal llamado Panigualgo para recoger dos mil indios de socorro, y Pedro de Villagrán recibió aquella noche veinte españoles que

vinieron a lo mismo, con los cuales llegó el escuadrón a número de setenta. Estos salieron por la mañana a dar batalla a los ocho mil contrarios, donde pelearon tan valerosamente, que con pérdida de sólo dos soldados mataron quinientos indios, desbaratándoles el ejército con victoria reconocida de nuestra parte. Con esto quedó el fanfarrón blasonador humillado, aunque no humilde, antes encendido en mayoría, y echando fuego por los ojos y palabras soberbias por la boca con juramento de no descansar hasta vengarse.

CAPÍTULO LV

De la batalla que el general Francisco de Villagrán y los capitanes Alonso de Escobar y Juan Gudines dieron a Lautaro, donde perdió la vida, en el valle de Mataquito

La conexión de la soberbia y altivez con los desastrados fines en que suele el hombre ser aterrado, ya queda apuntada en el capítulo precedente con ocasión del principio que tuvo el arrogante Lautaro de ir cayendo de su avilantez y demasía y en éste se acabará de probar consumadamente con el miserable remate de su vida. Estando este indio picado de la pasada, en que le fué tan mal como queda dicho, se recorrió de la otra banda del río Maule, donde reforzó su gente que había salido destrozada, y recibió la que de nuevo le trajo el capitán Panigualgo, con que vino a poner en campo diez mil soldados. Y deseando restaurar lo que había perdido en el encuentro último que referimos, se volvió al mismo lugar de Mataquito para que el gozo de la presente victoria borrara la memoria del menoscabo pasado. Digo presente, porque por tal la tenía el bravo capitán, así por el aumento de sus escuadrones como por la fortaleza que de nuevo fabricó con todos los pertrechos y reparos que se podían desear para el menester que entonces se ofrecía. Mas quiso Dios que se contentase con poner muro y antemural en la parte que caía al camino por donde habían de venir los españoles, no asegurando las espaldas por parecerle que de suyo estaban seguras; de suerte que se dejó un gran portillo abierto para salir los suyos cuando quisiesen y entrar los nuestros cuando ellos no quisieron ni pensaron. Y fué así que acertó a venir a coyuntura el mariscal Francisco de Villagrán de la ciudad de Valdivia, y sabiendo lo que Lautaro había hecho y donde estaba encastillado con su gente, se determinó de ir sobre él con setenta hombres que traía para cogerle descuidado por la parte de que él menos se recelaba, ni aún se acordaba della, como si no hubiera Valdivia en el mundo ni Villagrán que viniese de ella. Al mismo tiempo venía de la ciudad de Santiago el capitán Alonso de Escobar, que era valeroso soldado y maravilloso hombre de a caballo de ambas sillas, el cual traía cincuenta españoles y con ellos al capitán Juan Gudinez para dar en la fortaleza por la parte que caía al camino, que era la que Lautaro tenía pertrechada. Mas como Francisco de Villagrán tuviese noticia de su venida, les envió a decir que acudiesen a cierto lugar donde todos se juntasen para hacer la suerte más al seguro. Y habiéndose hecho esto sin que los enemigos lo entendiesen, se pusieron en orden los ciento y veinte españoles de ambas compañías, y marcharon toda la noche a paso tirado, para dar a los contrarios la alborada con un rocío, no del cielo, sino de los arcabuces y mosquetes.

Levantóse acaso al amanecer el capitán Lautaro desperezándose de la carga del sueño, no pudiendo gozar dél con la inquietud que le daba lo que había soñado, y era que moría él y todos los suyos a manos de los cristianos. Y con la angustia que se sentía despertó a una india que tenía consigo para darle parte de su aflicción, por ser esta gente muy crédula y supersticiosa en todo género de sueños y agüeros. Llamábase la india Teresa Guacolda, la cual se había criado, desde muchacha, en casa de Pedro Villagrán, y la había cogido el Lautaro a tiempo que andaba en estos asaltos, tomándola entre las demás que él y sus secuaces hubieron a las manos en los pueblos por donde iban entrando. Esta despertó gimiendo y sobresaltada, porque estaba actualmente soñando que los españoles mataban a los indios de aquel fuerte y a Lautaro entre ellos. Y como Lautaro la oyese referir lo mismo que él quería contarle, alborotóse mucho más, y por saber si el sueño tenía fundamento, llamó a un indio cuyo nombre era Aliacan, famoso en el arte de adivinar, y le dió noticia de lo que pasaba, el cual le metió más miedo que él tenía, diciéndole podría ser que sucediese. Al mismo punto llegaron los españoles, y entraron por el portillo desamparado cogiendo a los tres en medio de su plática, y a los demás cargados con el peso del sueño por ser la hora en que más él predomina en los mortales. Dió entonces Lautaro voces y echó manos a una partesana con que se defendió mientras acudían algunos de los suyos, aunque por presto que despertaron, había ya muchos metidos en sueño más profundo, que es el de la muerte dada por mano de los españoles, que iban entrando y ofendiendo sin perdonar lance. Mas como los indios eran tantos, acudió gran suma de ellos a la refriega, la cual anduvo por largo rato muy furiosa y sangrienta, sin salir hombre de la fortaleza hasta que echaron de ver a Lautaro muerto de una lanzada sin saber quién se la hubiese dado; entonces desmayaron los indios comarcanos de Itata, Ñuble y Renoguelen y se huyeron, saliendo cada uno por donde pudo; pero ninguno de los araucanos volvió un punto el pie atrás, por estar determinados de morir antes a manos de los españoles que volver a su tierra vivos y vencidos. Y cumplieron tan exactamente su propósito, que no cesaron de pelear hasta que todos quedaron allí tendidos sin escapar hombre con la vida, no habiendo muerto de nuestra parte más de un soldado, que fué Juan de Villagrán, deudo del mariscal, en cuya compañía andaba siempre. Fueron capitanes de nuestro pequeño ejército Gabriel de Villagrán, don Cristóbal de la Cueva, Alonso de Escobar y Juan Gudinez, y de los soldados que en él se hallaron, hubo muchos de larga experiencia y satisfacción de sus personas, de cuyo número fueron Juan de Lasarte, Alonso de Miranda, Hernán Pérez de Quesada, don Pedro Mariño de Lobera, Andrés Salvatierra Narvaja, Hernando de Ibarra y Andrés de Nápoles, que era hombre de tantas fuerzas, que tomaba una pipa de vino sobre las rodillas y la levantaba en alto. Sucedió esta felice victoria en el año de 1555 jueves último del mes de abril. La cual, aunque puso algún terror a los enemigos, no por eso desistieron de lo comenzado, antes se embravecieron más y dieron en hacer mayores daños, pareciéndoles gran locura tornarse a rendir a los españoles habiendo alcanzado dellos tres tan insignes victorias y echándolos de la mayor parte de sus tierras despoblando las ciudades en esta historia referidas. Y así estaba la tierra puesta en alborotos y rodeada de miserias, no menos por la rebelión de los indios que por las disensiones que había entre el mariscal Francisco de Villagrán y el general Francisco de Aguirre, aunque con esta victoria, fué admitido con mejor gana Villagrán al oficio de gobernador, que era la piedra del escándalo, y pasara el ruido más adelante si no viniera del Perú quien lo ocupase.

LIBRO II DE LA HISTORIA DE CHILE

De la pacificación del reino rebelde, hecha por don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete y señor de las villas de Argete, habiendo salido con siete insignes victorias y fundado siete ciudades, reedificando las assoladas, con las demás memorables hazañas que emprendió siendo gobernador de este reino, como lo fué después en el del Perú, con cargo de vice-rey y Capitán general de ambos reinos

CAPÍTULO I

De la partida de don García de Mendoza de la Ciudad de los Reyes para Chile

El infelice estado de las cosas de este reino de Chile iba cada día tan de mal en peor con la rebelión general de los Estados de Arauco y Tucapel, y otras provincias, que no solamente congojaba a los pobres que los padecían, más también causaba lástima a los que estaban como a la mira desde afuera, como eran los del Perú, y muy en particular el visorey y capitán general de aquel reino, que era don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, el cual, por ser un príncipe tan sapientísimo como su fama hasta hoy predica, sentía íntimamente las innumerables calamidades de que este desventurado reino estaba rodeado; y no le llegaba menos al corazón el saber que había cisma entre algunos de los más principales españoles, que la guerra hecha por los indios; teniendo por cierto como persona tan cabal y experimentada, que no es tan perjudicial, ni con mucho, el daño que hace el enemigo, que está de las puertas afuera, como el que causa el doméstico; como consta de la razón y experiencia, y aun de las sentencias de los sabios; pues entre otras muchas admirables de Cicerón acerca desto, dijo que en quitando la unión y confederación de los ciudadanos ni habrá casa ni ciudad que pueda quedar en pie, ni aun la agricultura y beneficio de las plantas. Y así se experimentó en Jerusalén en tiempo de los Macabeos, cuando venía el insolente Antíoco sobre ellos; que lo que más destruyó la ciudad fué la disensión de los moradores, haciendo cabeza de bando algunos hijos de Israel perniciosos que se desunían con los demás, lo cual confirma el sagrado evangelio, donde el Salvador dice que todo reino que está diviso en sí mesmo será assolado, y caerá una casa sobre otra. Y así se experimentaron hartos inconvenientes en esta coyuntura, pretendiendo la gobernación del reino el mariscal Francisco de Villagrán y el general Francisco de Aguirre, por laber si o ambos conquistadores viejos, muy vaerosos y beneméritos en esta tierra, y se ofrecía ocasión de anhelar más a esto con la nueva de la muerte del adelantado don Jerónimo de Alderete del hábito de Santiago que, viniendo de España proveído por gobernador, murió en el camino en una isla llamada Taboga, que está en la salida de Panamá, y como el marqués de Cañete eratan proveído en todas las cosas de su gobierno, que hasta hoy no abre hombre la boca en estas partes sino para contarlas con hartas lágrimas por su muerte, no se contentó con remediar lo mucho que tenía ante los ojos en el Perú, mas quiso también favorecer a Chile tan enteramente, que

jamás le ha entrado tal socorro antes ni después como el que le envió en esta necesidad, que era hartamente urgente.

Y para que fuese de tanta estima que no solamente se atribuyese a la sagacidad y prudencia de buen gobernador, sino también a un pecho de hombre que tenía mucho amor a su rey sirviéndole con cosa que le tocaba en los ojos, y aun a Dios Nuestro Señor, cuya gloria pretendía ante todas cosas, se determinó a encarar este asunto a su mismo hijo don García Hurtado de Mendoza, por ser sentencia muy averiguada que el amor verdadero y firme nunca se muestra enteramente, por muchas hazañas que un hombre emprenda, si no es cuando hace o padece alguna cosa que le toca en lo vivo o cuesta mucho. Pues sabemos que el mismo Dios no mostró tanto su amor en la fábrica del universo mundo y creación del hombre cuanto en darnos a su hijo unigénito; pues lo primero le costó un solo hágase, y lo segundo le costó la sangre de su mismo hijo, que es el espejo en que él se mira y la lumbrera de sus ojos. Y así descubrió la fineza del amor e incomparable alteza de quilates en esta dádiva, y aún las que son anexas a ella o todas las demás, que no le costaron más que un simple querer para ser hechas. Acumuláronse con esto algunos otros motivos, como era estar corriendo sangre en el reino del Perú con las guerras que entonces se acababan, levantadas por el tirano Francisco Hernández Girón cuyos secuaces no pudieron ser del todo agotados haciendo justicia de ellos, por ser tantos que era negocio inaccesible el pensar que se habían de pasar todos a cuchillo; y por sacar aquellas nocivas reliquias del reino y enviarlas a Chile sin que allá hiciese desdén alguno, no halló el marqués medio tan eficaz como enviar la persona de su hijo, cuya autoridad los tendría a todos a raya, y cuya benignidad y buen tratamiento los tendría contentos y más atados que con esposas y cadenas. Y consultando este negocio con los oidores de la real audiencia de los Reyes, donde tenía su palacio y asiento, vinieron todos en su parecer, dándole las gracias de parte de su majestad por tan insigne servicio como le hacía; siendo éste el único remedio para apaciguar y reducir, y (por hablar más propiamente) conquistar de nuevo el reino perdido, como en efecto lo estaba, porque, aunque la edad de don García no prometía mucho, por no pasar de veinte y dos años, suplíalo con grandes ventajas la antigüedad de su sangre y la autoridad de su persona, y no menos la mucha aprobación, que en sus pocos años había dado de ella en algunas ocasiones, saliendo de diez y ocho por Italia, adonde le envió su padre porque, desde luego, se emplease en servir a su rey, por verle tan aficionado a ello; y se halló en la guerra de Córcega y en la de Séna, mostrando lo que, después había de ser; también dió la misma expectación en Flandes y Alemania y en la guerra de Rentín, donde estuvo con el emperador don Carlos, de donde se pasó a Inglaterra, donde estaba el rey don Felipe II de este nombre, en cuyo servicio estuvo hasta que pasó a estas partes con su padre, que venía por Visorrey del Perú, como se ha dicho. Y por ser tanta la satisfacción que en estos lances había dado y la prudencia con que procedía allanaba las dificultades que proponía la pueril edad, se resolvió el marqués en su intento, poniéndolo luego en ejecución con el calor posible. Con esta determinación, escribió algunas cartas de un mismo tener a los regimientos de las ciudades de Chile, dándoles aviso del beneficio que les hacía; las cuales despachó desde la ciudad de los Reyes a los veinte y uno de julio de 1556; y poco después envió por tierra a don Luis de Toledo, con gran suma de caballos, que por ser tantos no podían ir por mar, el cual se partió con ellos con oficio de caballero de don García, llevando consigo a Julián de Bastida, que era hombre de

muchas prendas, y que amaba tiernamente a su señor, sirviéndole siempre con gran lealtad. Hecho esto, mandó el marqués aprestar tres navíos de buen porte para los soldados y un galeón para los bastimentos, artillería y munición, que era en tanta suma, que es la que hasta hoy hace la guerra en este reino. Estando ya los navíos a pique y los soldados, que pasaban de quinientos, muy bien aderezados y distribuidos en sus compañías, envió al marqués a embarcar la gente con la recámara de su hijo, que valía más de cuarenta mil pesos; y luego le dió las provisiones de gobernador y capitán general del reino de Chile y su bendición, y abrazó con no pocas lágrimas de sus ojos, diciéndole: «Mira, hijo mío, que te aparto de mí con tanto sentimiento mío, porque te muestras más ser hijo de quien eres a los que te ven puesto a mi lado ante los ojos el temor de Dios, que es el principio de toda prudencia y ardidés y de la mesma magnanimidad y buen gobierno. Y mira que te encargo mucho que el acordarte que eres hijo del marqués sea para advertir las obligaciones que tienes a tus cuestras y no para descuidarte, pareciéndote que tienes en mí quien te haga espaldas; antes debes proceder de manera como si yo no estuviese en el mundo, valiéndote por tu persona y persuadiéndote que no tienes otro favor humano más del que tus mesmas hazañas te acaudalaren. Si en algo quiero que te acuerdes de mí, es en que soy amigo de hacer bien a pobres; y con esos te doy licencia que te extiendas y que en eso pienses que te hago espaldas, enviándote el caudal que yo tuviere, para que socorras tantas necesidades; y para eso también te doy suficiente avío y recámara, con otras muchas preseas para que lo que sacares de Chile sean muchas bendiciones, sin un grano de oro, que no te faltará Dios donde quiera que fueres, si tú le sirves como debes a su majestad y a tu prosapia. Procura conservar en tu persona gravedad y trato afable, porque por lo uno te amen y por lo otro te respeten; pues ambas cosas son absolutamente necesarias para el buen gobierno y paz de las provincias. Y créeme como a más viejo, que el temor conviene que le tengan al oficio, y el amor a la persona, y que sabe el amor mejor ganar las puertas que la fuerza y ardidés de muchos soldados. No seas temoso y vengativo, ni te parezca que el que tiene el absoluto gobierno está obligado a no disimular ninguna cosa, porque es gran error pensar que las leyes de los príncipes derogán a la evangélica. Cuando el príncipe se declara por sabidor de algún desacato o delito y se pone a querer castigarlo, tiene ya el negocio en punto que no ha de consentir que el otro salga con la suya y como triunfado del que gobierna; y para eso es mejor remedio el disimular a los principios antes de entrar en dares y tomares, haciéndose del que no lo sabe, por no venir después a más rompimiento. Esto es en cosas tocantes a su persona como son murmuraciones y quejas, que es cosa común haberlas del más aventajado, porque cuando el negocio es contra Dios o el rey, entonces es menester el brío, pues en tal caso hay título de castigo y no mal nombre de venganza. No des fácilmente oídos a los que te vinieren a dar cuento de lo que de ti dicen algunos; antes has de mostrar el rostro torcido a semejantes revoltosos significando que no gustas de oír chismes, y dando a entender que el príncipe que es prudente ha de estar persuadido a que ha de haber quien hable con pasión; pues lo lleva de suelo aqueste mundo, y por eso no ha de fatigarse mientras él hiciere lo que debe a su oficio. Ten por cosa muy cierta que el primer documento del que tiene el mando es el estar aparejado para sufrir odios y envidias. No te parezca que ha menester poco un hombre de tu oficio para juntar dos cosas tan contrarias como es el procurar siempre ser amado y el no dársele nada de ser odioso; siendo ambas cosas tan necesarias, que en faltando la primera, falta el reino, y en faltando la segunda, falta la justicia; porque la vara que es aborrecida de todos nunca dura

mucho tiempo en la mano, y el que teme ser odioso, no sabe gobernar, porque el autor universal de todo lo criado, que con su eterna prudencia puso a cada cosa de las de esta vida su contrapeso, ordenó que anduviesen estas dos cosas juntas, que son el odio y el gobierno; y para saber dar orden y que juntamente con esto haya amor en los súbditos, es menester prudencia más que humana, y dada de Dios con especial auxilio a los que rigen, como Él lo suele hacer cuando se le pide con humildad y oración continua, sin la cual el gobierno irá perdido. Y no sé qué mejor consejo darte por despedida que el que en semejante ocasión dió el buen viejo Tobías a su hijo, diciéndole que por donde quiera que fuese llevase a Dios en su corazón, y que se guardase de consentir en algún pecado; pues ningunos pertrechos puedes llevar más eficaces para tus negocios que llevar a Dios por amigo, en cuya mano están los fines de la tierra y los corazones de los hombres, y juntamente con esto te encomiendo la misericordia y clemencia como el mismo Tobías la encargó, que en esto creo te habré dado algún ejemplo, aunque no tanto como yo quisiera. Aconséjate siempre con los más viejos y experimentados, y no te parezca caso de menos valer el regirte por pareceres de tus súbditos, pues no es tanto de culpar el no saber por no saber, como el no saber por no querer saber. Procura ser refugio de los afligidos, y aunque tú lo estés con ocasión bastante, procura solapar la tristeza y mostrar buen semblante para consolar al que viniera a ti, a mitigar sus pesadumbres. No te alteres con los malos sucesos, antes con igualdad de ánimo procura recibir de la mano de Dios los bienes y los males, dándole gracias por los unos y por los otros; pues los unos son regalos de esta vida y los otros merecimientos para tenerlos en la otra. Mira que los defectos de las personas públicas que están en lugar preeminente se divisan más que los de la gente plebeya, y que por el mismo caso que tenías más larga mano para hacer cuanto quisieres, has de querer no hacer nada en que te alargues. Muy engañados van los que por verse con todo el gobierno sin haber quién les vaya a la mano piensan que el mayor bien de su estado es el poder ellos hacer lo que otros no pueden. Siendo tan al contrario que lo que es lícito a otro cualquiera, a sólo el que gobierna le es ilícito. En lo que toca defender la rectitud de tu vida has de persuadirte a que no hay otro que lo haga, sino ella misma; y en lo que toca a ser tus censores y malsines, ten por cierto que tienes tantos cuantos son los súbditos de tu jurisdicción. Claro está, hijo, que el que es mayor está obligado a mayores cosas, y esto es ser verdaderamente mayor, no el ser soberbio y arrogante, lo cual está tan lejos del ser príncipe cuanto lo está del ser noble. No ha dado la fortuna aviso más digno de agradecerse que manifestar claramente que el más soberbio viene a estar en el lugar más bajo y abatido. Una cosa quiero que tengas por cierta, que el tener reinos y monarquías, o cualquier otro estado preeminente es caso y lance que no lo hace el hombre, pero el tener virtud es cosa que a sólo el que la tiene se le atribuye. Cuanto más que si los que ganaron tales dignidades las adquirieron con solas sus virtudes, no hay duda sino que para conservar tales potestades es necesario conservar la virtud con que se ganan. Y más te digo, que ninguna cosa aflige más al que tiene tu oficio cuando ve sucesos disgustosos, que el ver que han sido por su culpa; y ninguna le alivia más la pena, que el estar seguro de que hizo su deber en todo, pues el origen de la pena la culpa sola es y no el suceso. Plega al Señor que te lo dé bueno en todo, como yo se lo suplico, y lo haré siempre, aunque indigno.» Con estas palabras, dichas con harta ternura y afecto paternal, abrazó el buen marqués a su hijo con hartas lágrimas de ambas partes, como las hubo cuando se despidieron en el campo, y luego le dió su bendición cual otro Josué a los Rubenitas y Gaditas, cuando los envió a la tierra que les cupo en suerte.

Con este matalotaje de admirables consejos se embarcó don García en el puerto del Callao de Lima, a dos días del mes de febrero de 1557, llevando consigo la gente más florida que hasta hoy ha entrado en Chile y muchos religiosos, por mirar su padre ante todas cosas la instrucción de los indios en la santa fe católica y buenas costumbres, pareciéndole que con ésta se alcanzarían más victorias que con las armas y estratagemas de guerra; pues la palabra de Dios es más penetrante que toda espada de dos filos. Los cuales llevaba don García de poner en ejecución lo que su padre le había encomendado; y muy en particular este punto, honrando mucho a los religiosos como lo ha hecho en toda su vida, tratándolos con gran veneración, como el ejemplo de su padre y su buena educación le había mostrado.

CAPÍTULO II

De cómo el marqués don García llegó a la ciudad de la Serena, y prendió al mariscal Francisco de Villagrán y al general Francisco de Aguirre, y tuvo una sangrienta batalla

Fué tan felice el viaje de don García de Mendoza y sus compañías, que llegó a la ciudad de Coquimbo, llamada la Serena, a diez y ocho días del mes de abril del mismo año de 57; pero mucho más lo fué en ser su llegada en viernes, día a que este caballero ha sido siempre devotísimo, como hasta hoy lo es, haciendo particulaies sacrificios a Nuestro Señor, así todos los viernes del año, como los días de la Cruz. Y ha sido Dios tan liberal en pagárselo, que de muchos prósperos sucesos que ha tenido en el discurso de su vida, apenas se sabe de alguno que no haya sido en viernes o en día de la Cruz. Y dejados otros muchos, diré uno que tiene correspondencia con éste, y es que el día que llegó al puerto del Callao de Lima el año de 90, fué viernes, y en este día tomó la posesión del oficio que había de virrey del Perú, y el año de 93, estando todo el reino en grande apuro por ciertos motines que se rugían en algunas ciudades de él, y en particular en la de Quito, donde estaba el negocio declarado y la ciudad puesta en arma, llegó nueva a la ciudad de los Reyes del general Pedro de Arana, que había sido enviado por don García para apaciguar la tierra y hacer justicia de las cabezas del motín: había entrado en la ciudad de Quito con sus escuadrones de soldados y puéstola toda en paz, haciendo la dicha justicia; siendo día de la invención de la Cruz el que llegó el mensajero de esta nueva al marqués don García, que la deseaba no poco, por ser negocio que si procediera adelante, pusiera en contingencia de perderse a todo el Perú, que comenzaba a alborotarse; y con ver el castigo de los rebelados, amainaron todos los bríos de los que estaban a la mira. Y el mismo día llegó otro mensajero al mismo don García, de que se habían perdido junto al Paraguay tres navíos de ingleses corsarios que iban a costear al Perú, volviéndose uno solo, de cuatro que eran, a su tierra harto desbaratado. Y el año de 1594, estando todo el reino del Perú en no menos aflicción por andar corriendo la costa otro pirata llamado Richarte de Aquines, contra el cual había enviado don García a su cuñado don Beltrán de la Cueva, hijo del conde de Lemos, llegó al mismo virrey un mensajero que fué don Francisco de la Cueva con relación del próspero suceso de haberse tomado y puesto en prisión este corsario con todos los suyos, y el día que llegó con esta buena nueva fué el de

la exaltación de la Cruz, a las diez de la noche: en la cual hora se comenzaron hacer hartos regocijos en la ciudad de los Reyes.

Así que no fué de poca alegría para el nuevo gobernador el llegar en viernes a la primera ciudad del reino que entraba a gobernar, teniéndolo por prenuncio de felices sucesos, como, en efecto, los tuvo sin una tilde de desgracias en todo el tiempo que gobernó este reino. Luego que surgieron sus navíos, salió el general Francisco de Aguirre al recibimiento, llevando consigo a don Luis de Toledo, que había ya llegado con los caballos; y en el camino del puerto encontró al camarero de don García, el cual le dió una carta del marqués, su padre, con que recibió gran contento por la mucha benevolencia que en ella le mostraba. Y en llegando a la lengua del agua se embarcó en una balsa de las que usan los indios pescadores, que son de cueros de lobos hinchados y atados unos con otros; y así se fué al navío, donde estaba el gobernador, mientras que se iba disparando la artillería con mucha música de trompetas y chirimías que había en las naves; y así llegó a la del gobernador a besarle las manos, que no fué poco para la hinchazón y estofa de Francisco de Aguirre, pues demás de ser la persona que había tenido siempre en Chile mayor autoridad y grandeza en sus cosas, estaba nombrado por gobernador en un testamento cerrado de don Pedro de Valdivia, que se halló después de su muerte. Con todo eso, se hizo un poco tardío don García en salir de su aposento, aunque cuando dél salió, mostró muy buen rostro y alegre semblante al general, diciéndole el mucho caso que el marqués, su padre, hacía de su persona; y que la cosa que más aliviaba la pena de haberle apartado de sí enviándole a tierras tan remotas, era el saber que estaba en ellas una persona como la suya de canas, autoridad y experiencia, de cuyo consejo y dirección pensaba él valerse mucho en todas las cosas concernientes al servicio de su majestad. Habiendo salido a tierra y descansado algún tanto, se partieron todos para la ciudad, que está dos leguas del puerto, en la cual tenían aparejado el más solemne recibimiento que su posibilidad alcanzaba, y llegando a la plaza mayor, tomó el general Francisco de Aguirre de rienda el caballo del gobernador, y le llevó hasta la puerta de la iglesia, donde le dijo don García que había consentido en ello por la autoridad real que representaba; y que de otra manera, no pasara por ello, por más instancia que le hiciera. Después desto hospedó Aguirre en su casa al gobernador, donde él se informó de las cosas del reino y recibió algunas cartas de las personas más principales dél, con cuyas relaciones enterado bien en las cosas del reino, envió al capitán Juan Ramón, vecino del Perú, con veinte arcabuceros a la ciudad de Santiago a prender al mariscal Francisco de Villagrán, que por andar en pretensión del oficio de gobernador, era ocasión de alguna inquietud por pretenderlo por otra parte el general Francisco de Aguirre.

Llegado que fué el capitán Juan Ramón a la ciudad de Santiago, se entró en la casa de Villagrán, que actualmente estaba en misa, y mandó que se juntasen luego la justicia mayor y regidores de la ciudad para que recibiesen a don García de Mendoza por gobernador, capitán general y justicia mayor de todo el reino, presentando para ello el capitán Pedro de Mesa del hábito de San Juan, una provisión del nuevo gobernador, donde le nombraba por corregidor y capitán de aquella ciudad, lo cual se ejecutó con beneplácito de toda ella y grandes regocijos por la llegada de don García a tierra de Chile. Hecho esto prendieron al general Francisco de Villagrán, el cual dijo al capitán Juan Ramón estas palabras: «No era menester que el señor gobernador don García de Mendoza

usara de esos términos para conmigo, porque bastara enviar al menor criado de su casa con una letra suya, para que yo le obedeciera puntualmente, sin dar trabajo a Vmd. con esta venida; pero de una o de otra suerte, pecho por tierra, y vamos adonde Vmd. me llevare y su señoría manda.» Embarcaron luego a Villagrán, el cual en breves días llegó al puerto de Coquimbo, donde ya estaba preso el general Francisco de Aguirre por orden de don García, en un navío que estaba vergas en alto para hacerse a la vela en llegando Villagrán. Estaba Aguirre a bordo del navío aguardando a Francisco de Villagrán, que iba a embarcarse en él, y en llegando le tomó de la mano, y Villagrán le dijo: «Mire Vmd., señor general, que son las cosas del mundo, que ayer no cabíamos los dos en un reino tan grande, y hoy nos hace don García caber en una tabla.» Y con esto se abrazaron, soldándose la amistad antigua en que había habido alguna quiebra por sus pretensiones. Desta manera fueron ambos presos al reino del Perú, llevándolos un caballero alemán, natural de Vannes, llamado el capitán Pedro Lisperguer, que siendo en España caballero del conde de Feria y marqués de Priego, pasó a la India por maestresala del virrey don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete. Una de las ocasiones que entre otras hubo de la prisión de Francisco de Aguirre, fué ésta: que el primer día que el nuevo gobernador salió a misa, se puso en la iglesia un sitial para él y una silla algo apartada para el licenciado Hernando de Santillán, su teniente general, que había sido oidor en la ciudad de los Reyes y después nuevo obispo de los Charcas; y un banco grande con una alfombra encima, para don Felipe de Mendoza, hermano de don García, que era hijo natural del virrey don Andrés, y para don Luis de Toledo, su coronel, y don Pedro de Portugal, su alférez general, y el general Francisco de Aguirre. El cual, como viese que no le daban silla, se salió de la iglesia con veinte soldados, a los cuales dijo a la salida de la iglesia: «Señores, si como somos veinte fuéramos cincuenta, yo revolvería hoy el ható.» Ultra de esto le fué ocasión de mucho enfado a don García el ver que, estando ambos comiendo, le sirvió cubierto un criado de Aguirre, llamando señoría a su amo delante dél, sin que Aguirre se lo impidiese. Y, finalmente, se desabrió don García con Aguirre por no haberle mostrado buena gana de irse con él a las ciudades de arriba, adonde quería llevarlo, diciéndoselo expresamente. Por las cuales causas y por el orden que don García traía de su padre, mandó que se ejecutase esta prisión y viaje de Aguirre y Villagrán, demás de tener ambos sus mujeres en España, lo cual se tomó por título de su prisión, diciendo que se enviaba a hacer vida con sus mujeres como su majestad lo tiene mandado.

La primera cosa en que don García dió orden en la ciudad de la Serena fué que se pusiese el Santísimo Sacramento en la iglesia mayor, que hasta entonces no le había por temor de las inquietudes de los indios, proveyendo él de las cosas necesarias y convenientes resguardos para ello. Y mandó dar principio a esto con celebrar la fiesta de Corpus Christi, que hasta entonces no se había hecho, lo cual se efectuó el día de San Bernabé, en el cual salió don García con su guarda de a pie con lucidas libreas y muchos lacayos y pajes con las mismas, que eran de paño amarillo con fajas de terciopelo carmesí y pestañas de raso blanco; y con pífanos y tambores, chirimías y trompetas, salió a la plaza. Y por otra parte, sacó otra guarda de a caballo, donde iba el capitán de la guardia llamado Juan de Biedma, natural de la ciudad de Ubeda, y en su acompañamiento iban muchos caballeros y soldados con muy preciosos atavíos, a todos los cuales y a los mismos de su guarda mandó que fuesen con el Santísimo Sacramento y él se fué sólo con un paje a un

arco triunfal, y al tiempo que había de pasar el Santísimo Sacramento se tendió en el suelo y pasó el sacerdote que lo llevaba por encima dél, lo cual hizo el gobernador por la edificación de los indios, significándoles con aquesto la veneración que a tan alto sacramento es debida, acordándose que el rey David bailó delante del arca del testamento solamente por ser figura de este santísimo sacrificio. Pocos días después, llegaron a la ciudad de Santiago don Luis de Toledo y Julián de Bastida con los caballos, y Jerónimo de Villegas, contador mayor, para proveer las cosas convenientes a la armada y guerra, por ser hombre suficiente para cualquier negocio de importancia. Y don Luis de Toledo con el capitán Juan Ramón, hicieron gente para la guerra, teniéndola aprestada para cuando el gobernador llegase. El cual se fué a desembarcar con toda su gente al puerto de la ciudad de la Concepción, sin haber tocado en otro desde que salió de la ciudad de Coquimbo, por el deseo que tenía de dar luego traza en las cosas de la guerra. Entre los soldados que salieron de la ciudad de Santiago para la Concepción, fueron el capitán Rodrigo de Quiroga, el capitán Alonso de Escobar, Francisco de Riberos, Diego García de Cáceres, Pedro de Miranda y el capitán Juan Gudines, los cuales eran vecinos encomenderos de aquella ciudad, y no compelidos de alguno a ir a esta empresa del servicio de su majestad y del nuevo gobernador, cuya autoridad y buen trato les obligaba a ofrecérsele voluntariamente.

Fué este año de muchas lluvias y tempestades en todo el reino, y las tierras llanas, particularmente las de Maule y Cauquenes, se empantanaron de manera que no podían pasar adelante los caballos. Por lo cual no fué posible llegar esos caballeros a la ciudad de la Concepción al tiempo que estaba determinado. De suerte que hubo de llegar el gobernador primero que ellos, habiendo pasado una furiosa tormenta, tal, que se vieron a punto de padecer naufragio, por ser el temporal tan terrible que el piloto mayor, llamado Hernán Gallego, natural de La Coruña, que era el más famoso del reino, dijo que en sus días tal había visto, con haber andado en la mar desde su niñez. Al cual riesgo se puso don García, por no haber tornado el puerto de Valparaíso, ni entrado en Santiago a causa de evitar los gastos del solemne recibimiento que se le preparaba, estando la tierra muy adelgazada y pobre, y también porque no se le quedase en ella alguno de los soldados que había sacado del Perú para la guerra. Finalmente, habiendo pasado grandes tormentas y rigores del invierno, llegó al puerto de la Concepción surgiendo junto a la isla llamada Quiriquina, donde mandó, so graves penas, que ninguno entrase en las casas de los indios, ni les tomase nada, ni hiciese algún otro género de agravio, como hasta allí se había usado con poco temor de Dios y daño de las conciencias. Antes mandó el gobernador juntar todos los indios, y los acarició y regaló, dándoles algunos vestidos y sobras del matalotaje; con lo cual ellos quedaron muy gratos y no escandalizados y puestos en arma como con los desafueros pasados otras veces habían hecho. No hallaron los nuestros en esta isla alguna leña de que poder servirse; pero como la providencia del Señor es en todo tan copiosa que puede sacar de las piedras hijos de Abraham, ha proveído a esta isla de cierta especie de piedras que sirven de carbón y suplen totalmente sus efectos, y de éstas se sirvieron los nuestros para sus guisados, aunque lo que la tierra les daba para ellos, apenas era más que nabos, de que la isla estaba llena, con haberse sembrado en este reino pocos años antes. Ya que la gente había descansado y recreádose algunos días en la isla, los mandó el gobernador pasar a la tierra firme, donde lo primero que hizo fué buscar sitio cómodo para asentar sus reales, deseando poner luego las manos

en la labor para las cosas de la guerra. Y habiéndose alojado en el lugar que apareció más oportuno, mandó hacer una cava profunda, y su albarrada la más fuerte que se pudo, en la cual obra trabajaban los caballeros más estirados del ejército, unos acarreado faginas y otros sacando tierra del foso, sirviéndose para esto de las fuentes de plata y la demás vajilla del gobernador, por falta dey bateas. Y andaba don García tan diligente en esa obra siendo sobrestante de ella, como si toda su vida no hubiese entendido en otra cosa, sino en ser aparejador o arquitecto. Estando en este lugar los españoles, comenzaron algunos indios de los rebelados a venir allí a dar la paz al olor del buen tratamiento y regalo que don García había hecho a los de la isla, y viendo que hacia con ellos lo mismo y les hablaba con tanto amor, dándoles a entender con palabras y obras cómo venía a sacarlos de vejaciones y favorecerlos en todo lo necesario, fueron tan contentos y con tanto amor a don García, que salió luego la voz por toda la tierra de su benignidad y buenos intentos. Con lo cual iban cada día acudiendo más indios de paz convocándose unos a otros; mayormente por haberles dicho don García que él les perdonaba todo lo hecho, con que de allí adelante se allanasen al servicio del rey y mucho más al de Dios, por ser esta pretensión la que le había sacado de casa de su padre. Fué de mucho efecto el no haber allí caballos para que los indios no se recelasen de algún ardid de los pasados y viniesen muchos de ellos de paz dando crédito a las promesas que se les hacían.

Con todo eso, hubo otros indios que tomaron ocasión de lo mismo para hacer guerra, pareciéndole que estando los españoles a pie, fácilmente los rendirían. Estando, pues, una mañana los españoles bien descuidados de cosas de guerra, se hallaron al cuarto del alba cercados por todas partes de un ejército de veinte mil indios, que venían braveando y blandiendo las lanzas con tantos alaridos y estrépito que parecían cien mil hombres. Y asomándose el gobernador a ver este espectáculo por encima de la trinchera, le dieron una pedrada con una honda que venía zumbando como si fuera bala de escopeta, y le alcanzó en la sien y oreja sobre la celada; y era tal la furia con que venía, que dió con él de la trinchera abajo. Plugo al Señor que don García tuviese prevenidas de la noche antes seis piezas de campaña asestadas hacia la parte por donde vinieron los indios, los cuales reprimieron su ímpetu y furia, que de otra manera sin duda ganaran el fuerte y pasaran a cuchillo a todos los españoles por estar a pie, y ser tanto menor el número que el de los indios que les cercaban. Demás de esto usó de otra estratagema el gobernador para suplir la falta de la munición que aún no había llegado, por venir por tierra con la gente que traía los caballos, y fué recoger la poca pólvora que había, escogiendo veinte arcabuceros los más diestros de su campo, que tirasen de puntería a los principales caudillos y adalides de los enemigos, los cuales se daban a conocer en el traje, así en las armas defensivas de cueros de lobos crudos pintados de diversos colores, como en los penachos de sus cabezas, que por más bizarría eran de colas de zorros y otras divisas que ellos usan. Demás de esto hizo don García otras prevenciones sin ser parte el molimiento de la caída y aturdimiento de la pedrada, para que dejase de andar con grande solicitud y puntualidad en todas las cosas, acudiendo a todas partes con valerosos bríos sin menoscabársele el ánimo con un espectáculo tan feroz cual nunca en su vida había visto, por ser extraordinario el terror que ponen estos indios, no solamente con la gallardía y magnitud de sus cuerpos, sino mucho más con el alarido y alharacas con que acometen. Pero por más diligencias que él hizo y ardidés de que usó en esta coyuntura, no volvieron los indios el pie atrás, pareciéndoles que pues habían poco antes asolado a la ciudad de la

Concepción, que estaba allí junto, con ser los españoles cursados en la tierra y teniendo caballos y las demás prevenciones de hombres que habían estado allí algunos años, con más facilidad vencerían a los chapetones y desproveídos de todo esto, mayormente de caballos, que son los que hacen ser a los españoles mejores que los indios en la guerra. Y con este ánimo se abalanzaron dentro del fuerte peleando en él algunos de los más valerosos indios del ejército, con tantos bríos que bastaran a desanimar a muchos de los nuestros, sino fueran don García tan pródigo, así en los perterchos y otras prevenciones, como en mostrar buen semblante y ningún género de desmayo, para que los suyos cobrasen ánimo como lo hicieron, con tanto coraje que compelieron a los enemigos a retirarse dejando no pocos muertos junto al baluarte y en otros lugares del elegido.

Viendo los indios el pleito mal parado, se recogieron a un puesto donde no pudiese alcanzarles la artillería; y allí consultaron lo que les convenía en esta ocasión, resolviendo finalmente en alzar por entonces la mano de la batalla, para convocar más gente, y venir con más pujanza sobre los nuestros, para no desistir hasta echar por tierra la fortaleza y a los españoles, de su reino. No fué tardío el gobernador en conjeturar la intención de los indios, ni en dar luego traza en los resguardos concernientes a tal conflicto, procurando con toda diligencia reforzar las estacadas y alojamientos con el mejor orden que el tiempo, dió lugar por entonces. Y juntamente hizo a los suyos un largo razonamiento diciéndoles, entre otras cosas: «La satisfacción que tengo, soldados míos, del valor y esfuerzos de vuestras personas, me quita la ocasión y necesidad que la instancia del tiempo requería, por estar cierto, que todos los buenos consejos que en razón del servicio del rey nuestro señor y demostración de vuestras personas yo puedo y debo daros, son los mismos que vosotros tenéis muy en el corazón, como personas que habéis venido a semejantes lances y trabajos, saliendo para esto de vuestras casas y quietud sin otro intento. Para guerras vinistes, y guerras deseastes, y para la guerra os ofrecistes al marqués, mi padre, y así estoy tan cierto de que no se os hará nuevo ni pesado el entrar en guerras, que antes me parece os sería ocasión de disgusto el faltaros la ocasión de ellas hasta haber salido con la victoria y ganado el reino. Y supuesto esto, debéis persuadiros a que estos bárbaros han de venir luego sobre nosotros, porque cuando así no fuere, no habriades perdido nada en estar determinados a resistirles como valerosos soldados. Cosa cierta es que en negocios dudosos es lo más seguro tener siempre sospecha del peor suceso, para usar de las prevenciones conforme al mayor peligro; porque en caso que después no lo hubiese, nada habría perdido por demasiado resguardo, y por una tilde de el que faltase, habría perdido mucho. Bien os acordáis de los ensayos que hicisteis en la ciudad de los Reyes ante el virrey, mi padre, con justas y torneos, y vistosos alardes, y reseñas de guerra con tanta ostentación y gallardía, que al parecer se os levantaban los pies del suelo, deseando ya veros en medio de las batallas. Y quiero que entendáis ser negocio que debe poner os no poco ánimo el haber salido con esta victoria al primer lance; pues es razón que si los enemigos quedan amedrentados, quedéis vosotros muy animosos, de lo mismo, mayormente peleando nosotros por la causa de Dios, como yo entiendo de vuestros pechos, y la propagación de su santa fe y religión cristiana, mucho más que por la codicia del oro ni otro género de interés; pues cualquiera será de muchos menos quilates que este de la gloria de Dios nuestro señor, la cual es principal fin que pretendemos.» Con estas razones y otras más prolongadas que dijo don García, cobraron los suyos tanto esfuerzo, que les parecía ya poco todo el reino de Chile para sus bríos.

En este ínterin venían caminando hacia la playa los bateles de los tres navíos de don García con el resto de la gente que quedaba en ellos; la cual venía a dar socorro a los suyos por haber visto la batalla que poco antes andaba sangrienta. Y apenas habían llegado a la lengua del agua cuando ya los bárbaros estaban con ellos; donde pelearon valerosamente de ambas bandas, rompiendo los nuestros por entre los indios hasta ponerse en salvo dentro de la fortaleza. Finalmente quedó la victoria declarada por de los españoles, los cuales dieron muchas gracias a Dios nuestro señor por haberles dado tan buen principio; y trataron luego de curar los heridos, que eran pocos, con haber salido muchos de los enemigos con heridas de peligro, dejando muertos seiscientos hombres de su campo.

No dejaré de decir cómo habiendo muerto en esta batalla un valeroso indio llamado Pilgueno, vino aquella noche secretamente una india llamada Gualda, que le amaba tiernamente, y lo anduvo buscando por todo el campo, llamándole con voz baja, por no ser sentida; y no hallándole, aguardó hasta la mañana no desistiendo de buscarlo, aunque se puso a riesgo de ser hallada. Y reconociéndole al romper de la mañana, cual otra Tisbe de su amado Piramo, habiendo hecho extremos de sentimiento, se fué al gobernador, don García, a pedirle el cuerpo de su amado, poniéndole ante los ojos por bastante título para concedérselo el haberse puesto a tan manifiesto peligro, siendo mujer y de veinte años. La cual causa tuvo don García por vigente para otorgarle lo que pedía, con tal que añadiese otra de nuevo, que era hacerse cristiana; al cual partido salió ella, recibiendo luego el santo bautismo, que no la tuvo don García por menor ganancia que la victoria de los enemigos; teniendo por mayor empresa la vida de una alma, que la muerte de muchos cuerpos, mayormente viéndola en tan buena disposición, que habiéndose bautizado dijo, que pues ya era cristiana, no quería hacer como gentil llevando a su querido, sino enterrándolo como cristiana. El nombre de esta india fué Beatriz, y el día de la victoria fué miércoles del mes de septiembre de 1557.

CAPÍTULO III

De la llegada de la gente española a donde estaba el gobernador, don García de Mendoza

No era pequeña la confusión en que en este tiempo se hallaba el gobernador, viendo que tardaba tanto la gente de socorro que venía con los caballos cuanto se apresuraba la que acudía en favor de los enemigos de todos los estados de Tucapel. Y para remedio de esto, entre otras prevenciones de que usó en esta coyuntura, despachó un barco en que fué el capitán Juan Ladrillero y Alarcón de Cabrera, con orden de costear la provincia hasta llegar en paraje del río de Maule, y entrar por él en busca de la gente española, para hacerle apresurar el paso según la necesidad lo demandaba. Y juntamente escribió a Julián de Bastida que mandase de su parte al capitán Juan Ramón que volviese al Perú, y no pareciese más ante él, pues había sido tan negligente en tiempo de necesidad tan precisa. Este mensajero llegó al río de Maule cuando el ejército iba vadeándole, cuyo mensaje no les dió vado a hacer alto para descansar; antes sin dilación alguna se partieron

luego cien hombres a la ligera con sus armas y caballos, quedando don Luis de Toledo con otros doscientos para caminar por sus jornadas con el fardaje y caballos que pasaban de dos mil. Y con haber veinticinco leguas desde el río hasta el asiento del gobernador, las anduvieron estos cien hombres en tres días, habiéndose gastado el uno de ellos en hacer balsas para pasar el río Nieblitato. Finalmente llegaron a vista del fuerte un jueves, a trece días del mes de septiembre de 1557, donde se tuvo un arma de enemigos, que eran los corredores de los bárbaros rebelados, los cuales venían marchando para dar sobre el fuerte donde el gobernador estaba, pero viendo la gente de a caballo, no osaron acometer ni descubrirse del todo, antes se volvieron a sus tierras sin ser seguidos de los nuestros, no por falta de bríos y deseos de pelear, sino por respeto del gobernador, que estaba cerca, y no era justo arrojarse a cosa que él no hubiese determinado.

Pero como al tiempo del retirarse los enemigos fuesen vistos de las centinelas de la fortaleza, se tocó el arma, y se puso en ella toda la gente española, entendiendo ser muchos los enemigos, mas después que divisaron ser españoles los que venían algo atrasados, y que los indios habían pasado adelante de huida, se hizo luego la salva con la artillería y otros instrumentos, saliendo el gobernador al campo muy bien armado; donde recibió con mucho amor y buen agasajamiento a todos los que venían, excepto al capitán Juan Ramón. al cual no quiso ver en aquellos ocho días, hasta que fué muy enterado en que no había sido por culpa suya la demasiada tardanza de la gente. Aquella noche entró a hablar al gobernador sólo el capitán Rodrigo de Quiroga y Julián de Bastida, a quien don García y su padre estimaban en mucho, y de ellos se informó por extenso de todo el discurso del viaje. Y poco después llegó don Luis de Toledo con el resto de la gente, con la cual, y la demás que don García tenía consigo, salió del fuerte, y mandó se alojasen todos en el campo, puestos en orden de guerra, con ánimo de no alzar mano de ella hasta haber allanado todo el reino. En este tiempo, unos indios que habían estado rebelados vinieron de paz a donde estaba el gobernador, y le trajeron un caballo que habían tomado a los españoles en el desbarato postrero de los vecinos de la Concepción, con lo cual se alegró don García, y envió nuevos mensajeros a todos los indios de los estados, para que sin temor acudiesen pacíficamente a la obediencia de Su Majestad, como antes lo habían hecho. Recibieron bien a estos mensajeros el general Caupolican y otros capitanes de los más principales del reino, los cuales enviaron un embajador llamado Millalauco, que, aunque era mozo que no pasaba de treinta años, era prudente y bien hablado, y persona de mucha autoridad entre los indios. Este se puso delante del gobernador, y sin género de turbación ni embarazo en sus palabras, le dijo las siguientes: «Valeroso capitán de tu dichosa compañía, que por tal la tengo en ser tuya: yo vengo de parte del bravo ejército Araucano y Tucapelino, y ele los demás señores del reino, los cuales quedan en consulta sobre la determinación de lo que manda. En lo cual aún no están resueltos, por ser negocio en que no mostraríamos la prudencia de buenos capitanes, sino nos arrojásemos en un negocio tan arduo a cosa que no estuviese primero muy considerada. Mas con todo eso vengo por embajador a darte noticia de este punto, para que no haya innovación alguna hasta ver la resolución que sobre él se toma.» Oyó el gobernador atentamente sus razones, holgándose de oírle hablar tan expedita y graciosamente; y recibéndole con mucha benignidad, y mandándole vestir de grana y seda lo mandó volver a donde estaba Caupolican, para que le quitase el temor y persuadiese a la paz con los españoles, como otra vez les había amonestado. Pero como tardase la respuesta de los indios, mandó don

García a aperebir la gente, para hacer alarde, con intento de nombrar capitanes y los demás oficiales de guerra, dando traza en las cosas necesarias para entrar en los estados a hacer guerra a los enemigos. Para esto mandó que toda la gente de a caballo saliese a lo llano de la marina que está delante de la ciudad despoblada, y que cada uno pasase la carrera con lanza y adarga, haciendo después su escaramuza, lo cual se ejecutó con tanta destreza, que don García recibió gran contento de ver tan buenos hombres a caballo como lo son comúnmente los que hay en este reino y muy en particular los nacidos en él, por ser impuestos en ello desde edad de diez años. Y así salen valientes, y con otras buenas habilidades en que hacen ventaja a los demás de las Indias.

Acabada de hacer la reseña, en que se hallaron seiscientos hombres de pelea, nombró el gobernador ministros de su ejército, los que parecieron más idóneos para este asunto. Primeramente dió el oficio de coronel de campo a don Luis de Toledo, hijo del Clavero de Alcántara y vecino en el reino del Perú. Y por maestro de campo nombró al capitán Juan Ramón, y a don Pedro de Portugal por alférez mayor de todo el campo. Por sargento mayor nombró a Pedro de Aguayo, natural de la ciudad de Córdoba, y dió oficio de capitanes de a caballo a Rodrigo de Quiroga; Alonso de Reinoso Rengifo, vecino de la ciudad de la Paz en el Perú, y Francisco de Ulloa, de quien se ha hecho mención en esta historia. Por capitanes de infantería nombró a don Felipe de Mendoza, su hermano y don Alonso Pacheco, caballero muy principal de la ciudad de Plasencia, y Vasco Suárez, vecino de la ciudad de Guamanga, en el Perú; y por sargento mayor de la infantería señaló a Pedro de Obregón, muy diestro en este oficio. Demás de esto, tomó para sí una compañía de a caballo de cincuenta arcabuceros, poniendo por alférez della al capitán Pedro del Castillo, y finalmente nombró por capitán de artillería a Francisco Álvarez de Berrio. Ultra desto mandó aperebir para que entrasen con el ejército algunas personas graves y religiosas, que escogió de entre muchos que había sacado del reino del Perú en su compañía, como lo fué el licenciado Vallejo, maese-escuela de los Charcas, predicador de fama, al cual tenía por su confesor, y lo llevaba por visitador general de todo el reino; y fray Gil González de Ávila, de la Orden de Santo Domingo, predicador insigne en este reino: fray Diego de Chaves, de la misma Orden; fray Juan de Gallegos, de la de San Francisco, que también era predicador, y al sochantre de aquella iglesia catedral, que tenía más de ochenta años; Leonardo de Valderrama, tesorero de la iglesia de Quito, y otro clérigo capellán suyo. Demás de los cuales, metió consigo otros de los que halló en el reino, como fueron fray Cristóbal de Acevanera, de la Orden de San Francisco y predicador de ella con otro compañero suyo, fray Antonio Correa y su compañero dela Orden de Nuestra Señora de las Mercedes; y algunos otros sacerdotes que por evitar prolijidad no nombro. Y por tener también pertrechado su ejército de personas espirituales, había siempre en él sermones y frecuencia de sacramentos, que son las armas más principales para vencer a los enemigos, pues es cierto que ninguna estratagemas ni prevención de guerra es tan eficaz para los buenos sucesos della, como el tener a Dios por amigo. Porque muchas veces acontece perderse ejércitos, cuyas ventajas eran notabilísimamente conocidas, por donde se echa de ver que ninguna industria humana ni fuerzas de hombres hay certidumbre de felices victorias, sino en sólo la voluntad de aquel Señor que gobierna todos los fines de la tierra. Y llega a tanto esta verdad, que estando Dios de parte de no ejército, puede vencer sin menearse; como consta de la divina escritura, que dice, vosotros callaréis, y el Señor peleará por vosotros. Y a este propósito

dice el apóstol San Pablo: «Si el Señor es de nuestro bando, ¿quién podrá prevalecer contra nosotros?»

Juntamente con esto se despachó al capitán Francisco de Ulloa con una compañía de a caballo, para que fuese a la ciudad Imperial a juntar alguna gente que entrase con él en los estados de Arauco, queriendo acabar de una vez este negocio. Con lo cual y las demás prevenciones y diligencias que incumben a cualquier diestro capitán y gobernador, mandó que comenzase a marchar la gente hacia el río grande Biobio, en cuya pasada encontraron a los cincuenta de a caballo que venían de la ciudad Imperial llamados del gobernador, los cuales le besaron las manos, y se le ofrecieron para esta y las demás empresas que su señoría mandase, recibéndolos él muy afable y benignamente. Y por ser este río tan ancho, que tiene en parte dos leguas y por ende menos una de travesía, y ser dificultoso de pasar, le pareció al gobernador que podría haber algún estorbo de parte de los enemigos; por lo cual usó de un admirable ardid para asegurar su campo. Y fué enviar alguna gente cinco leguas más arriba de su alojamiento a cortar madera y a hacer balsas, para que los indios entendiesen que había de ser por allí el paso del ejército, por estar allí el río más recogido, como en efecto lo entendieron, y se hicieron fuertes de la otra banda en el lugar adonde habían de salir las balsas que se hacían. Y en el entretanto que esta gente se ocupaba en esto, y tenía a los indios desvelados, fué el ejército marchando al contrario hacia la marina, para pasar el río por la boca que hace al entrar en la mar; donde mandó don García que todas las barcas y bateles que estaban en aquel puesto subiesen el río arriba cosa de dos leguas, y en ellas pasó toda su gente, caballos, municiones y bagajes con tanta diligencia y buena maña, que cuando los enemigos tuvieron noticia de ello ya estaba nuestro campo de la otra banda del río. Luego, sin dilación, comenzó a marchar el ejército llevando los estandartes enarbolados y toda la gente puesta en orden de guerra, yendo vía recta a los estados de Arauco que están tres leguas adelante; y antes de llegar a ellos se asentó el campo cerca de unas lagunas y cerros que están media legua de este río. Estando la gente en este alojamiento salieron dos soldados sin licencia a ver lo que había por aquellos campos, donde toparon gran suma de enemigos que estaban emboscados para dar de improviso en los reales de los cristianos. Estos indios aún no habían divisado bien a los dos soldados, cuando se abalanzaron a ellos para tomarlos a manos, deseando que no diesen noticia de esta emboscada a los españoles, y aunque el uno se escapó, que se llamaba Román de Vega Sarmiento, el otro, cuyo nombre era Guillen, quedó muerto a manos de los bárbaros. Y no fué poca ventura haberse escapado el uno, para que el ejército no fuese cogido de improviso; porque éste vino dando voces, llamando al arma, a coyuntura en que el capitán Alonso de Reinoso había salido con su compañía de a caballo a correr el campo, donde también topó escuadrones de enemigos, de los cuales se vino retirando hasta un cuarto de legua de los reales. De manera que casi a un mismo punto llegó al gobernador la nueva de dos compañías de bárbaros rebelados. Y lo primero que hizo fué despachar con toda presteza dos capitanes de a caballo que diesen socorro al capitán Alonso de Reinoso, con los cuales y la gente que llevaban hizo rostro a los enemigos sin retirarse, mas como hasta allí lo había hecho. Y estando los dos bandos frente a frente no más trecho que el de una carrera de caballo, salió un soldado atrevido, que se llamaba Hernán Pérez de Quesada, y dijo en alta voz: «¡Ah, señor maestre de campo, ¿a qué venimos aquí?» A las cuales palabras le respondió: «Buena está la pregunta, por cierto, ¿a qué habíamos de venir sino a pelear?» No fué menester

más que esto para que el bueno del soldado, sin aguardar más perentorios, partiese de tropel a toda furia, diciendo: «¡Santiago y a ellos!», y los demás que le vieron ir fueron en su seguimiento hacia los enemigos, desbaratándoles los escuadrones y poniéndoles en huída, quedando el Hernán Pérez de Quesada muy mal herido, de que llegó a punto de muerte. Y como los nuestros fuesen dando alcance a los enemigos y los tuviesen ya casi en las manos, dieron en el camino con más escuadras de indios araucanos, que hicieron espaldas a los suyos cesando ellos en su huída y poniendo a los, españoles en ella. Verdad es que el retirarse los nuestros no fué por desánimo o cobardía, sino por cebar a los indios a que se viniesen tras ellos acercándose a los reales donde estaba el resto de nuestro ejército. Llegaron a él a conyuntura en que estaban todos actualmente peleando con los demás indios de los otros escuadrones que habían descubierto los dos soldados que dijimos, de suerte que se halló nuestro gobernador combatido de enemigos por dos partes, aunque no turbado con ver sobre sí tanta gente determinada de morir o vencer. Antes mostrando buen semblante, dispuso las cosas convenientes con tal orden que sin confusión ni maraña se acudiese a todas partes, animando a los suyos con palabras de valeroso capitán, y con ser él mismo el primero que salió a caballo a trabar batalla con los contrarios. Salió con tal orden la arcabucería por una parte y por otra la gente de a caballo, que solamente el verlos hizo temblar a los bárbaros y no menos el ruido de la artillería, que se jugó a muy buen tiempo, acudiendo cada cosa con la mejor sazón y coyuntura que se podía desear para el efecto. Desta manera anduvo un rato la batalla no poco sangrienta, muriendo muchos de los indios y recibiendo heridas algunos de los nuestros. Pero como el orden con que los españoles procedían era tan puntual, y tan pavoroso el tropel y estrépito de los caballos, y tan nocivo para los adversarios el efecto de la artillería y arcabucería, comenzaron a flaquear, dando indicio de ello, de manera que se lo sintió don García, cobrando él con esto mayores bríos, y dando tras ellos con mayor ímpetu, haciendo volver las espaldas a muchos dellos, que de muy turbados se metían por los pantanos, dando tras ellos don Felipe de Mendoza con su infantería, y haciendo lastimoso estrago, sin poder los miserables evadirse de sus manos. Y en los demás, que aún no habían huido, se empleaba tan diestramente la gente de a caballo, que apenas había bote de lanza ni descargar de espada que no hiciese riza en los contrarios, hasta que ellos, viéndose apurados, volvieron las espaldas todos a una, retirándose con la mayor velocidad que pudieron, sin dejar de ser seguidos de los españoles un gran trecho. Fué éste un día de grande compasión, y un espectáculo muy lastimoso el ver de los campos teñidos en sangre y llenos de tantos cuerpos muertos, que iban los caballos tropezando en ellos; y la muchedumbre de armas que iban los vencidos sembrando por el camino: entre las cuales había lanzas de a treinta y veinte y cinco palmos, dardos, flechas, carcajes de astas, hondas, paveses, capas de cuero, capacetes y otras muchas armas e instrumentos de diversos géneros. Y aunque, por una parte, quedó el gobernador con grande regocijo de tan insigne victoria, y dió muchas gracias a nuestro Señor con todos los suyos, postrándose en tierra y reconociendo que todo el bien le venía de su mano, por otra parte se le quebraba el corazón de ver aquellos pobres indios en tanta multitud muertos de sus manos y las de su gente; no teniendo otro consuelo sino la satisfacción que tenía de su buena intención, que era buscar la paz, con la cual les había convidado tantas veces, dándoles evidentes muestras de seguridad: y que el venir a rompimiento era ya más no poder; mayormente siendo los indios los agresores en estas dos batallas

referidas. Fué esta última victoria de que tratamos a diez del mesde octubre de mil quinientos cincuenta y siete, en el sitio que arriba deja dicho nuestra historia.

CAPÍTULO IV

De la entrada que el gobernador, don García de Mendoza, hizo en los estados de Arauco y la memorable batalla que tuvo con los indios en Millapoa

Otro día después de la felice victoria referida, mandó el gobernador alzar el campo y marchar en orden hacia el valle de Arauco para entablar de propósito las cosas de la guerra. Y habiendo caminado buen espacio de aquella tierra, hizo alto en el lebo de Andalican, legua y media más adelante del sitio de la batalla pasada; donde se asentaron los reales en un cerro grande, que es a propósito para ello; de donde salían a menudo algunos capitanes a correr la tierra haciendo de camino el daño que podían a los indios rebelados, para que con las muchas vejaciones y molestias viniesen a bajar el cuello y rendirse a la corona real de España. Con todo eso mandó don García al maese de campo, que por ninguna vía consintiese poner fuego a las casas de los indios, teniendo por buen medio que ellas estuviesen en pie, para que sus dueños, que andaban amontados por los cerros y quebradas, acudiesen de mejor gana a dar la paz teniendo tantas prendas como eran sus casas y sementeras; y también por parecerle ser esto más conforme a cristiandad y celo del servicio de Dios, que era lo que pretendía ante todas cosas.

De aquí pasó el ejército adelante y se alojó a las orillas del río de Laraquete, que está a la entrada de Arauco; de donde salieron algunos capitanes a correr la tierra sin topar con enemigos en espacio de dos leguas que anduvieron. Otro día fué campo marchando, y se asentaron los reales media legua más arriba del lugar donde había estado la casa fuerte de Valdivia donde hicieron alto por algún tiempo. No fué de poca importancia en esta coyuntura una prevención que había hecho el gobernador ordenando que saliesen dos navíos cargados de bastimentos del puerto de la ciudad despoblada de la Concepción, y los llevasen al puerto de Arauco, por si acaso hubiese falta de ellos en la tierra, no se hallase la gente desproveída: como en efecto se hallara si no interviniera esta diligencia. Saliendo, pues, de este lugar un caballero sevillano, llamado Arnao Segarra, con algunos soldados a correr la tierra, dió en el camino con un gran escuadrón de enemigos, con los cuales vino a las manos, haciéndolos retirar a unos cenagales, a donde los indios se acogieron sabiendo que no podían entrar por ellos gente de a caballo en su seguimiento. Con todo eso fué tan arrojado un español llamado Juan Ralon, que se metió por los pantanos, donde el caballo atolló sin poder ir atrás ni adelante, quedando en manos de los enemigos que le llevaron la cabeza dejando el cuerpo sepultado en el cieno donde él mismo se había metido. Sabiendo esto, don García despachó al punto una compañía de a caballo que fuese a buscar a los enemigos para hacer en ellos el castigo que su delito merecía: mas, aunque los fueron siguiendo por el rastro, no pudieron dar con ellos, por haberse ya desparramado por diversas partes. Pero por no volver con las manos vacías, se fueron a una ciudad despoblada, donde hallaron una pieza de bronce que habían tomado los indios cuando desbarataron al mariscal Villagran. Esta pieza llevaron a los reales, con que se holgó el goberriador añadiéndola a las que él traía: y sin aguardar más en aquel

lugar, pasó a otro llamado Millapoa, que es tierra de gran fertilidad, hermosura y recreación no menos extensa que poblada, mayormente en aquel tiempo, donde los indios no estaban tan disminuidos como ahora. En este lugar tuvo el gobernador noticia de que estaba un gran ejército de enemigos aprestándose para oponerse a sus fuerzas y defender sus tierras sin alzar mano de la guerra hasta morir en su demanda. Y con esta nueva salió don García, él mismo en persona, a dar una ojeada a todo el campo y considerar los sitios más oportunos para asentar las tiendas en tiempo de batalla, como lo acostumbró siempre sin fiarse en estos de tercera persona, por ser negocio en que va mucho para acertar en los encuentros de guerra.

Llegado el día del glorioso apóstol San Andrés, se determinó don García a dejar el lugar que había escogido, para pasar adelante, pareciéndole que tardaban los enemigos y que no debía ser cierta la nueva que le habían dado; y estando toda la gente aprestada para caminar después de oír misa, acertaron a tocar las trompetas y chirimías a la puerta de la tienda de don García, haciendo salva al glorioso santo; y tocaron estos ministriles y un clarín sus instrumentos a tiempo que el grueso ejército de enemigos llegaba cerca de los reales, que por no ser sentidos habían caminado toda la noche a toda prisa, pensando llegar antes del día a dar sobre los nuestros sin que lo sintiesen; como, en efecto, no los habían sentido ni aun los sintieran, si acaso no se tocaran esos instrumentos. Mas como los indios los oyeron a tal coyuntura, tuvieron por cierto que los nuestros estaban ya apercibidos contra ellos y tocaban el arma por haberles divisado; y así respondieron ellos con sus trompetas y bocinas, y mucho más con los alaridos tan pavorosos y estupendos como suelen en semejantes encuentros. Era cabeza de este ejército el famoso general Caupolicán, con el cual venían muchos caciques y señores principales y los capitanes más diestros y valerosos del reino: de cuyo número eran el capitán Rengo, Tucapel, Colocolo... Lincollia, Paicarba, Cañumanque, Yeguati, Lambecho, Guampilcolco, Levo, Lemo, Tomé, Orompello, Ilicura, Leoco, Alonmaca, Caniotaro, Millalermo, Picaldo, Elpoma de Pinal y otros muchos de valor y experiencia en cosas de guerra. Todos estos capitanes traían sus compañías bien ordenadas y prevenidas para acudir cada uno a dar en los españoles por la parte de los reales que le estaba señalada, para que ellos no tuviesen lugar de valerse ni evadirse al tiempo del conflicto. Pero con aquel pequeño rato que la Providencia divina dió a los nuestros para echar de ver a los contrarios, se remedió todo tan suficientemente, que apenas fueron sentidos, cuando ya don García estaba a caballo el primero de todos, como lo acostumbró siempre antes y después de este lance que tratamos. Y en dos palabras acudió a todas partes, y dispuso las cosas con tal traza, como si hubiera estado ocho días en ordenarlas. Y lo primero fué mandar se recogiese toda la gente en la plaza de armas, que estaba señalada, donde se pusieron los escuadrones a punto de pelea, así los de a pie como los de a caballo, sin salir hombre un paso de su puesto. Y estando todos con este orden vieron asomar tres grandes escuadrones de enemigos, el uno de siete a ocho mil indios, que venían por una loma rasa a dar sobre la mano derecha de nuestros reales; y otro de cinco a seis mil, que venía por un camino a media ladera, para dar en la parte izquierda, donde estaba el escuadrón de la caballería; el tercer escuadrón tendría cosa de seis mil indios, que venían en la retaguardia, y éste hizo alto en un cerrillo, donde estaba el general Caupolicán en un caballo blanco y con una capa de grana, como si fuera un español muy autorizado así en su traje como en el

mandar y socorrer desde allí a sus escuadrones, con la expedición y traza que pudiera hacerlo el capitán más diestro de Nápoles o Flandes.

Viendo esto don García, salió sin dilación a trabar batalla; y llevando en su escuadrón seis piezas de campaña y toda la arcabucería, acometió al escuadrón mayor, que venía por la loma sobre la mano derecha de su ejército; mas apenas había hecho el primer lance, cuando, volviendo la cabeza, vió la gente de a caballo que andaba ya en la pelea con el otro escuadrón, que se inclinó hacia donde ella estaba; y echó de ver que habiendo acometido los de a caballo dos veces al escuadrón, no habían podido romperle, por estar tan cerrado y tan bien ordenada la piquería, como si fueran soldados alemanes muy cursados y expertos en semejantes ocasiones. Demás de salir muy ordenadamente sus mangas de flechería y de fundibularios, que tiraban piedras con sus hondas con tanta frecuencia, que parecía llovían del cielo; y otros que tiraban garrotes a los rostros de los caballos para espantarlos y hacerlos retroceder de modo que ellos mismos entre sí se confundiesen sin ser los caballeros señores de enderezarlos donde quisiesen. Advirtiendo esto el gobernador y que el escuadrón aquel se inclinaba con la infantería, se iba deteniendo de suerte que le daba algún lugar; para hacer otro lance, se determinó de repente de socorrer a la gente de a caballo, a quien los enemigos traían a mal andar; y haciendo revolver la artillería asestándola hacia la ladera, donde estaban los enemigos peleando con los de a caballo, se jugó con tanta destreza que a las primeras rociadas se abrió el escuadrón dividiéndose en diversas partidas, dando entrada con facilidad a la caballería, la cual desbarató a los enemigos alanceando a muchos de ellos y poniendo a los demás en huída con toda presteza. Entoces el gobernador, pareciéndole que ya había allanado lo que tocaba a este paso, dió la vuelta para proseguir su camino hacia el escuadrón mayor, que ya estaba muy cercano; y disparándose la artillería y las escopetas, se abrió y desbarató la escuadra de los enemigos; y se comenzó la escaramuza, que anduvo muy sangrienta por largo rato. Y, aunque salieron de ella heridos algunos de los nuestros, y quedaron muertos muchos caballos, con todo eso fué desbaratado totalmente el escuadrón araucano, poniéndose en huída a toda prisa, y yendo los nuestros en el alcance, donde fueron no pocos indios presos, y muchos más alanceados. El general Caupolican, que estaba a todo esto a la mira en la retaguardia, viendo cuán mal les iba a los suyos, y que los bríos de los españoles se estrellaban en ellos con tanto valor y gallardía como si pelearan gigantes contra niños, le pareció temeridad hacer resistencia a gente tan valerosa y presumir de sí que saldría él estando con un escuadrón, con la empresa en que los dos primeros, siendo de mayor número de gente, haban sido rendidos y puestos en huída con tanta ignominia suya y del bravoso nombre araucano y tucapelino. Se resolvió en dar la vuelta y ponerse en salvo a uña de caballo, pareciéndole que no había agujero en que meterse, y todos los demás hicieron lo mismo, teniéndose entonces por mejor no el que tenía mejores manos, sino el que tenía mejores pies. Lo cual visto por los nuestros los incitó a ir en su seguimiento, hiriendo y matando a los contrarios por espacio de media legua: y aun, se fuera siguiendo la victoria por más largo trecho, si no la prohibiera el gobernador así por ruegos de los religiosos, como por ser él de suyo tan piadoso que le era gran compasión el ver derramar a sus ojos tanta sangre de gente tan miserable, y a quien él pretendía no quitar la vida, sino dar trazas en que la tuviesen buena de allí adelante. Mas con todo eso fueron tantos los indios muertos, que estaba el campo cuajado de ellos, y teñido en sangre.

No quiero pasar en silencio las palabras que en esta refriega habló un indio, llamado Galvarino, al cual habían tomado los nuestros a manos en la batalla pasada que se tuvo junto al río de Biobio, y puesto ante el gobernador le mandó cortar las manos para que de esta manera fuese a informar a su general Caupolican del número y calidades de las personas que de nuevo entraban en la tierra, para ponerle algún temor, entre otros medios que se intentaron, para que sujetase sin venir a rompimiento. Este Galvarino hizo, en efecto, su embajada; y dió a Caupolican la relación que él pretendía; y fué tanto el coraje con que estaba emperrado, que ya que le faltaron las manos, peleó más fuertemente con la lengua, la cual suele ser más eficaz para hacer guerra que las manos de los Hércules y las industrias de los Césares. Pues sabemos que las manos pueden poco o nada sin instrumento, mas la lengua sirve de lo uno y lo otro, pues ella mesma es la espada de dos filos, y se sabe menear sin que otro la mueva, de tal suerte que aun muchas veces, queriéndola refrenar el hombre, se mueve ella tan velozmente, que sin poderse parar el tiro ni abroquelarse el que está en frente da sutilmente la herida, que por la mayor parte es incurable. Claro está que todas las manos de ciento y cincuenta mil hombres que peleaban en la batalla donde murió el capitán Valdivia, no habían sido parte para vencerlos, y sólo la lengua de un Lautaro, movida quizá del mal espíritu, fué poderosa para destruirle a él y a todo su ejército. Lo mesmo pretendía este indio Galvarino, el cual venía delante de estos tres escuadrones levantando los brazos sin manos, porque todos los viesan casi corriendo sangre, para incitar a ira y coraje de los suyos; de la manera que lo hacían los del ejército de Eupator, cuando peleaban con los macabeos cerca de Betszcaran, que a falta de sangre con que se encrueciesen los elefantes contra los adversarios, les ponían ante los ojos un licor como sanguíneo, sacado de uvas y moras, juzgando que con la sangre o la apariencia de ella se levanta el ánimo y se remueve el brío, aun de los mismos irracionales. Para esto levantaba las manos este indio, y mucho más la voz con palabras provocativas a venganza, representando a los suyos los graves daños y total destrucción, que por los españoles hasta allí habían sucedido a todo el reino. Y en razón de esto les decía a ellos: «Hermanos míos, ¿qué os detenéis en dar tras estos cristianos, viendo el manifiesto daño que desde el día en que entraron en nuestro reino hasta hoy han hecho y van haciendo? Y aún harán en vosotros lo que veis que han hecho y van haciendo? Y aún harán en vosotros lo que veis que han hecho en mí, cortándoos las manos, si no sois diligentes en aprovecharos de ellos ejercitándolos en destruir esta gente tan nociva para nosotros y nuestros hijos y mujeres.» Fuera de éste hubo otro indio, del cual entre otros mandó el gobernador hacer justicia, por haber sido de los más culpados en la rebelión de esta tierra. Este viéndose ya a punto de muerte, y que le querían colgar de uno de los árboles que por allí había, dijo en voz alta a los circunstantes: «Mirad, cristianos, sólo una cosa os ruego en este trance, y es que me colguéis en lo más alto del árbol más levantado que se hallare, para que todo el mundo vea cómo he muerto por la defensa de mi patria, como verdadero y fiel hijo de ella.» Llamábase este indio Libantureo, el cual dijo otras muchas razones acerca desto, no poco de notar para indio bárbaro como él era.

Fué esta batalla muy notable y reñida, donde se manifestó descubiertamente la gran prudencia, sagacidad y reputación de don García, y el mucho ánimo y fuerzas así del mesmo gobernador como de todos los suyos, sin haber en todos ellos hombre de cuenta y

pundonor que no se señalase mucho aqueste día; de suerte que lo hicieron ser muy famoso en toda la cristiandad y aun fuera de ella. Porque aunque en cuanto al número de soldados no se hallaron aquí aquellos opulentos ejércitos que cuentan los antiguos, como el de Sesostris, rey de Egipto, que llevó contra Arabia y Libia seiscientos mil hombres de a pie, veinte y cuatro mil de a caballo y veinte y ocho mil de servicio; ni como el de Nino, rey de los asirios, que fué sobre los bactrainos con más de un millón de soldados de infantería, doscientos mil de a caballo y cien mil serviciales; ni como el de Jerjes, res de los persas, que habiendo de pelear con los griegos, apercibió setecientos mil de su reino y trescientos mil forasteros; ni se derramó este día tanta sangre como en la batalla de Abia, rey de los judíos, contra Jeroboán, rey de Israel, donde le mató cincuenta mil hombres; ni como en la batalla que hubo entre Benadab, rey de Siria, y Acab, rey de Israel, donde murieron cien mil hombres de ambas partes; ni como en la de Claudio Nerón y Libio Salinator contra los cartagineses, en la cual les mataron sesenta mil hombres junto a Metauro, rey de Umbría; con todo eso no es esto que contamos de menor cuenta, porque la misma pequeñez del número de los españoles engrandece más su fama, pues no habiendo sido más de seiscientos de pelea, vencieron a más de veinte mil indios diestros, determinados y fortalecidos con diversos géneros de armas ofensivas y defensivas, mayormente estando en sus tierras y sabiendo los pasos de ellas, y siendo, por el contrario, los nuestros hombres que jamás las habían paseado. Y lo mismo que es no haberse derramado sangre con matanza de los españoles, excepto cual y cual, que faltaron, y algunos que salieron mal heridos, eso mismo hace más insigne la victoria, por haber resistido y puesto en fuga a unos hombres de tantas fuerzas y temerarios bríos como son los araucanos y tucapelinos, de los cuales quedaren tres mil muertos en el campo y presos, ochocientos, ultra de los que salieron heridos, que fueron no pequeño número. Hubo don García esta felice victoria en los postreros días del mes de noviembre de 1557, habiendo durado la batalla desde el romper el día hasta las dos de la tarde sin cesar punto de pelear valerosamente de ambas partes.

CAPÍTULO V

De la fundación del fuerte de Tucapel, hecha por don García Hurtado de Mendoza, y algunos encuentros entre los indios y españoles

Otro día después de la batalla, habiéndose dado gracias a nuestro Señor con mucha devoción de toda la gente y en particular la religiosa, envió nuestro gobernador ciento y cincuenta hombres a correr el campo, repartidos en tres compañías, en las cuales iba el maestre de campo, que los gobernase. Estos anduvieron algunas leguas hasta llegar al sitio donde se juntaron los enemigos para prevenir la batalla. Y aunque en este lugar se hallaron algunos huesos y cabezas frescas de españoles, cuyas carnes habían los indios comido rabiosamente, con todo eso no pareció alguno de los enemigos, por andar todos amedrentados buscando rincones en que esconderse, y aun allí no se tenían por bien seguros. Y habiendo vuelto esta gente a su campo a dar al gobernador noticias de lo que había, mandó levantar los reales el día siguiente, y fué caminando al lebo de Tucapel, sin hallar resistencia en el camino, por haber los indios tomado acuerdo de que no les convenía andar juntos para dar batallas, sino dividirse en diversas cuadrillas que

anduviesen por los campos, haciendo frecuentes asaltos en los españoles que cogiesen descuidados. Mas era tanta la vigilancia y prevención del gobernador, que no consentía que saliese hombre de su puesto, entendiendo que los indios rebelados no pretendían otra cosa sino coger alanos fuera de su orden. Hallaron los soldados en este camino grande abundancia de mantenimientos, así de los que los indios tenían sembrados como de los que estaban escondidos en asilos y cuevas para sustentarse el tiempo de la guerra. Y habiendo tomado todo lo necesario, llegaron al lugar donde había sido la batalla en que sucedió la desastrosa muerte del capitán Valdivia y de su ejército, donde se enternecieron mucho todos los hombres antiguos en la tierra, que le tenían por padre de todos, como lo era, y arriesgaran de buena gana en esta coyuntura sus personas a trueco de topar los ciento y cincuenta mil indios que lo mataron, para tomar venganza en ellos o morir a sus manos, a imitación de su caudillo. Estuvo dos días en este asiento el campo de los españoles, donde una de las dos noches se tocó al arma al cuarto de la prima, no tanto por fundamento bastante que para ello hubiese, como por estar aquel sitio en posesión de peligroso, y muy fresca la memoria del estrago pasado hecho en Valdivia y sus compañías.

De aquí pasó el ejército al lebo de Tucapel, donde hallaron los rastros del edificio arruinado de la casa fuerte del capitán Valdivia, y se sentaron los reales en el mismo lugar donde don García de Mendoza mandó edificar una fortaleza, dando principio a la fábrica de una ciudad con título de Cañete de la Frontera, a contemplación del virrey, su padre, que era marqués de Cañete, como se ha dicho. Lo cual intentó habiéndolo consultado con su maestre de campo, coronel y capitán y otras personas graves y de consejo y experiencia. En el ínterin que se iba edificando esta fortaleza envió al capitán Francisco de Ulloa con su compañía de a caballo al puerto que llaman del Lebo, para que descubriese lo que había por aquella parte y se fuese la gente haciendo escrutinio en todos los pasos y rincones de los estados de Arauco. Salió este capitán (como fué mandado) y fué caminando con harto recato hacia la costa del mar; en el cual camino pareciéndole a un soldado brioso que podía confiarse en su persona y ligereza de su caballo, se adelantó por buen trecho, y llegando cerca de la marina vió venir un indio solo y al parecer descuidado y seguro de enemigos. Emboscóse entonces el soldado donde el indio no le divisase hasta estar junto a él sin poder evadirse, y en viendo que emparejaba con él, salió de repente a prenderle creyendo ser espía de los contrarios. Procuró el indio no defenderse, desembrazando su arco y tirando una flecha con tanta fuerza que fúé menester todo el brío del español para averiguarse con él en este lance. Mas, en efecto, puso al indio en huída, haciéndole entrar por medio de las olas sin dejar él de seguirle, y no temió entrarse en la resaca por sacarle fuera de ella. Finalmente le asió por los cabellos y le examinó con particular escrutinio, deseando saber quién era y el intento con que venía. Y confesando el indio la verdad, le dijo que él no sabía que hubiese gente de guerra por el contorno, aunque había mucha congregada cerca de allí para bajar a la marina a coger marisco y algún pescado, según lo tenían de costumbre. Llevó este soldado al indio hasta ponerle en presencia del capitán, el cual le dió una gran reprehensión por haberse adelantado saliendo de su orden con tan manifiesto riesgo de su persona. Y siendo bien informado de la gente que estaba junta para el efecto de su pesquería, acudió luego allá y halló más de tres mil personas, de las cuales prendió todas las que pudieron llevar sus soldados, evadiéndose las demás por no haber quien les

echase mano. Y siendo llevados todos los que quedaron al gobernador don García no quiso que se hiciese algún género de daño o mal tratamiento a alguno de los que allí venían; antes les dió libertad para volverse a sus tierras y ejercicios, así por las muchas intercesiones de los religiosos que se lo suplicaron, como por su mucha piedad y clemencia, a que era muy inclinado, como se mostró a cada paso en diversas ocasiones, cobrando en esto tanta fama, que se pudo poner en el número de aquellos varones insignes y nombrados con título de benignos y clementes como fueron Demetrio, que habiendo vencido a Ptolomeo, mandó enterrar los cuerpos muertos de los enemigos dando libertad a los cautivos, de quien había sido irritado y vencido poco antes; y como Jehú, rey de Israel, que mandó honrar con célebres exequias el cuerpo de Jezabel, su contraria; y finalmente Poro, que concedió liberalmente a los romanos que había cautivado que se volviesen a su patria sin detrimento alguno, favoreciéndoles él mismo para ello. Pero por ser muchos los lances en que se manifestó esta benignidad de don García, los dejaremos para sus lugares, donde se tocará cada uno en su ocasión y coyuntura. Por el contrario, la fiereza de los bárbaros estaba tan encarnizada y tenían ya el freno entre los dientes tan rabiosamente, que toda la clemencia de los nuestros la convertían en mayor saña y coraje suyo, ensoberbeciéndose en ver la mansedumbre de que con ellos se usaba sin advertir que se tomaba por medio para rendirlos, como suele usarse con hombres de capacidad, aunque éstos por ser bárbaros no entendían el intento de quien por tal camino pretendía averiguarse con ellos.

A este tiempo llegó una nueva a los reales de que en la tierra de Caiocupil iba concurriendo gran número de indios a un banquete y embriaguez general, según su costumbre; lo cual suele ser comúnmente prevención de las batallas, o (por mejor decir) el señuelo para que acudan todos a tratar de los medios dellas. Y por no dar lugar a que esta junta de bárbaros tuviese estos efectos tan propios suyos, envió el gobernador dos compañías, que eran las de don Felipe de Mendoza, su hermano, y el capitán Alonso de Reinoso, a desbaratar esta congregación en su principio; lo cual es tan necesario como lo muestra siempre la experiencia, pues comúnmente los daños y peligros, que a los principios son una centella, si los dejan cundir y tomar fuerza, vienen a ser un fuego abrasador de campos muy extendidos. Salieron estos dos escuadrones al rendir de la prima acompañándolos don García en la salida un largo trecho, donde les iba instruyendo en cómo se habían de haber en este lance; y habiéndolo hecho como convenía, se volvió a su tienda, yendo los demás en prosecución de su camino. Mas era tanta la obscuridad de la noche, que se perdieron todos en el camino dividiéndose los unos de los otros, sin acertar a ordenarse, hasta que comenzó a apuntar el día. Estaban entonces los indios tan descuidados en sus rancherías, y tan sepultados en el vino que ellos usan y el sueño su acompañado, que no sintieron a los nuestros hasta que los tuvieron sobre sus cabezas, de las cuales fueron muchas abiertas con las lanzas de los nuestros, evadiéndose los demás, aunque harto despavoridos, en algunos lugares ocultos cuyos pasos no sabían los españoles. Pero dejaron gran suma de bastimentos, de que los nuestros se aprovecharon, llevándolos a las tiendas de sus consortes.

En tanto que estos soldados andaban entretenidos en este asalto, acudieron por otra parte algunas escuadras de indios a los demás que estaban en los reales: y poniéndose a vista del fuerte no se atrevieron a acometer, ni aun venían con propósito dello, sino solamente

con pretensión de coger algunos descuidados para hacer en ellos alguna suerte. Y fué así: que en efecto salieron cuatro hombres en busca de sus caballos y fueron paseándose seguramente hasta emparejar con el sitio donde estaban emboscados los enemigos, los cuales salieron de tropel y mataron al uno de ellos, que era el espadero único, que proveía al ejército; y fueron siguiendo a los otros tres, escapándose sólo uno, que llegó dando voces a la fortaleza. Apenas oyeron los gritos cuando ya estaban en el campo hombres de a caballo enviados por don García, los cuales fueron en seguimiento de los indios, y ya que les iban dando alcance, encontraron a los soldados de las dos compañías que venían de hacer el asalto referido. Y aunque se juntaron todos para ir en seguimiento de los contrarios, pero fué a tiempo que estaban muy cerca de una espesa montaña, donde los indios se metieron sin ser posible entrar los españoles a sacarlos. De esta manera se volvieron todos a la fortaleza, donde el gobernador recibió con no buen semblante a las dos compañías que venían de hacer el asalto, porque supo de algunos soldados que habían aquella noche divisado los fuegos de las rancherías, donde estaban los indios que por la mañana acudieron a este asalto, y no llegaron a reconocer la gente que había en los lugares donde estaban los fuegos, para prevenir el daño que se siguió de la muerte de estos tres españoles cuyas cabezas llevaron los enemigos.

CAPÍTULO VI

De la batalla que tuvo el capitan Rodrigo de Quiroga con los indios de Paycaví y Ongolmo

Estando los españoles alojados en la mesma fortaleza de Tucapel, llegó nueva de que en las repúblicas de Ongolmo y Paycaví se iban juntando un grueso número de indios de los cuales eran aquellos que dijimos en el capítulo pasado haber sido presos por Francisco de Ulloa y enviados libremente a sus tierras por don García de Mendoza. Y para certificarse en esto más de raíz, envió el mesmo gobernador al capitán Rodrigo de Quiroga a correr el campo un sábado del mes de diciembre de 1557. Y aunque este capitán tenía en su compañía cincuenta y cinco de a caballo, no quiso sacar más de treinta y dos, y entre ellos un solo arcabucero, siendo tal la oportunidad que no había de dejar hombre de los suyos, pues le había mandado don García correr el campo con su gente. Y así le hubiera de costar muy caro el hacer poco caso de los peligros yendo a poco más o menos, siendo al contrario de esto lo que la prudencia dicta, que el arrojarse el hombre con riesgo de la vida propia, y mucho más de las de otros, ha de ser a más no poder; mas cuando puede asegurar su negocio, es cordura no perder punto del socorro o fuerza que pudiere hallar, mayormente cuando lo tiene a mano. Mas donde falta la advertencia humana suele mostrarse más la Providencia divina, como sucedió en esta coyuntura, donde saliendo esta compañía de soldados a correr el campo, habiéndose apartado tres leguas de los reales, dieron en unos bosques y bebederos de Paycaví y Ongolmo, donde los indios rebelados estaban en las juntas que a don García se le habían referido. Viendo éstos a los españoles, trataron luego de dar en ellos, aunque con astucia y cautela, fingiendo paz, para proceder en la guerra más al seguro. Para esto enviaron mensajeros que dijesen a Francisco de Ulloa como todos ellos estaban con deseo de conocer y servir al nuevo gobernador por la buena opinión que tenía en todo el reino, lo cual hacían por entretener

a los cristianos con demandas y respuestas mientras ellos disponían sus cosas y ordenaban sus escuadrones para cogerlos de sobresalto. En este ínterin andaban los indios yanaconas que servían a los españoles, cogiendo mantenimiento y las demás cosas que podían apuñar en las casas de aquestos naturales, cosa que no poco les incitó a ejecutar sus intentos con más coraje. Volviendo pues los españoles hacia la fortaleza a hora de vísperas por el mismo camino que habían seguido a la salida, aún no habían caminado un cuarto de legua cuando se hallaron cercados de compañías de bárbaros armados, que tenían tomadas todas las veredas para que no pudiesen pasar los nuestros sin dar en sus manos. Viendo el capitán Quiroga la multitud de enemigos que le rodeaban, hizo alto en aquel lugar, desde el cual divisó los contrarios; y distribuyendo con presteza su gente, y aligerando a los que estaban cargados de los mantenimientos y otras presas y alhajas de los pobres indios, que se oponían a la defensa. Hecho esto salió el capitán Alonso de Escobar, vecino de la ciudad de Santiago, con doce hombres escogidos y arremetió contanto ánimo y gallardía que mereció el renombre de tan valeroso capitán cuanto lo han alcanzado los muy celebrados en las historias antiguas y modernas. No se puede creer, ni aun escribir tan enteramente como ello pasó, las bravezas que estos doce insignes soldados hicieron en este conflicto, y en particular su capitán, que era extremado hombre de a caballo y de grande ánimo y robusto brazo en las batallas: pues fué tanto lo que estos pocos soldados se esmeraron, que dejaron cansados a los enemigos para que los cogiesen más mansos los otros veinte que estaban a la mira para acometer al mejor tiempo. Lo cual se hizo con tantos bríos y destreza, que cargando todos a una sobre los contrarios se mostraron tan fuertes y valerosos en las escaramuzas y encuentros, que dentro de hora y media fueron los indios desbaratados y puestos en huída dejando por el camino muchas armas de diversos géneros, las cuales arrojaban de las manos con la turbación y deseos de ir más veloces sin cosa que les estorbase. No fueron los nuestros menos ligeros en dar tras ellos en seguimiento de la victoria; pero habiendo andado dos carreras de caballo, dieron en manos de otros muchos indios que venían repartidos en dos escuadrones marchando con mucho orden a socorrer a los suyos; y así les hicieron espaldas, y animaron con su presencia a los que iban despavoridos, fortificándose los unos con los otros, de suerte que hicieron rostro los cristianos, blandiendo las lanzas y levantando los gritos para aterrarlos con esto y matarlos con los hierros de las lanzas. Fácil cosa es de entender lo que sentirían los pobres españoles, que después de tanto trabajo y heridas, cuando pensaban haberse escapado y aun ganado la victoria, se veían metidos en nueva refriega sin poder casi alzar los brazos de cansancio. Mayormente viendo la multitud de armas que traían los indios, tan afiladas y lucidas, que con sola la vista tenían filos para cortar los ánimos de los contrarios. Mas eran ellos de tan generosos bríos, que una sola voz de su adalid, que resonó diciendo: «Ea, caballeros, morir o vencer, que no hay otro remedio», tuvo más fuerza para avivar sus corazones y renovar fuerzas que todas las armas de los adversarios para cortarlas.

En efecto, se vino a traba de nuevo la batalla con tan desapoderado rompimiento, que lo sentían las mismas yerbas del campo las cuales estando verdes se tornaron de repente coloradas con la abundancia de la sangre, que las cubría de suerte que quien las viera de repente juzgara haber nacido con aquel color rojo que tenían. El aprieto en que se vieron los nuestros en este trance es más para considerar con el discurso de la razón que para ponderar con letras de historia, ni aun de orador por diestro que fuera; mas poniendo

silencio a todo esto, sólo digo en resolución que salieron los nuestros victoriosos llevando cien indios presos, y los contrarios fueron de vencida con cuatrocientos hombres menos que dejaron muertos en el campo, ultra de los ciento que iban cautivos y los heridos, que eran en mayor número. Y muchos menos se puede referir el valor y reportación con que procedió Rodrigo de Quiroga, el cual en el tiempo del mayor peligro animó a los suyos con las palabras que dijo Julio César peleando cerca de Córdoba con los españoles dejando vencido a Pompeyo, las cuales fueron: «Ea, compañeros y amigos míos, hasta ahora hemos peleado por la victoria, agora hemos de pelear por las vidas.» La cual palabra tuvo tanta eficacia, sobreviniendo el auxilio divino que es el que da a todas las fuerzas y sucesos, que no solamente salieron con las vidas, sino también con la victoria, habiendo vencido al capitán Colgomangue y otros de mucha gama con más de cinco mil indios de pelea. Halláronse en esta batalla el capitán Francisco de Rivera, el capitán Juan de Cueva, Luis de Toledo, el capitán Alonso de Escobar y el capitán don Pedro de Lobera, autor de esta historia. Y habiendo todos dando gracias a nuestro Señor por tan insigne beneficio de su mano, se fueron hacia los reales, topando en algunos sitios del camino muchas estacadas y otros estorbos que los indios habían puesto en aquel breve tiempo que los españoles estuvieron entretenidos en el lugar que se ha dicho. Pero rompiendo con todas las dificultades llegaron a la fortaleza, donde el gobernador les estaba esperado por tener ya aviso de que andaban en la refriega, siendo informado por algunos indios que venían por momentos a darle relación del estado en que estaban las cosas que sucedieron este día. Y así, en viendo asomar a tan valerosos soldados, mandó que se les hiciese la salva con la artillería y trompetas, y él mismo la hizo más favorable con las regaladas palabras con que recibió esta compañía diciendo: «Señor capitán Rodrigo de Quiroga, de capitanes tan valerosos como Vmds. No esperaba yo menos de lo que veo. Tengo en mucho el servicio que hoy ha echo a Su Majestad, y lo agradezco como ministro suyo, y no menos a todos esos caballeros que tan generosamente se han empleado según la relación que de cada uno en particular tengo. Yo lo gratificaré con la mayor brevedad que el tiempo y guerras permitiesen, para lo cual quiero que Vmd. haga lista de sus nombres para que ninguno quede sin premio, pues ninguno dellos deja de tener muy grandes méritos». Con estas y otras semejantes palabras y alegre semblante abrazó don García a todos aquellos soldados agasajándolos con mucho regalo, y mandando que se atendiese con mucho descanso a su descanso y refrigerio según su necesidad lo requería. Y en esto fué muy esmerado siempre don García de Mendoza, mostrando benignidad y tratando con palabras graves y regaladas a los suyos sin exasperarse con ello, sabiendo que no hay medio para tener de su mano las voluntades de los súbditos, como tener suavidad con ellos mostrándoles amor y buen semblante, y significándole el que es cabeza que está satisfecho de su servicio y contento de ellos para animarlos a proseguir siempre en otros tales, y aun otros más calificados, dejando en ellos el resto de sus fuerzas. Y así mostró bien la experiencia en todo el tiempo que don García gobernó a Chile, cuan diferente estaba entonces el reino de lo que antes y después ha estado, tanto que parecía otro por el modo de proceder de este gobernador, que plugiera a Dios no hubiera salido dél en muchos años: pues como estuvo el remedio en su entrada, así estuvo su perdición en su salida.

Después de conseguida esta victoria, no faltaron en diversas ocasiones algunos encuentros entre los indios y españoles sin acabar de amainarse la hinchazón y rebeldía

araucana. Hasta que a fuerza de calamidades y prisiones y muchas mortandades que veían a cada paso por sus casas, se fueron amansando poco a poco, acudiendo algunos a sujetarse a don García cuyo tratamiento y halagos los vencía mucho más que la fuerza de las armas.

CAPÍTULO VII

De la memorable victoria que don García Hurtado de Mendoza alcanzó en la quebrada de Puren

En este tiempo estaban los españoles del ejército necesitados de bastimento por haber algunos días que no se metía refresco en los reales, y para provisión de ellos mandó el gobernador que se comprase abundancia de ganado en la ciudad imperial, enviando para esto a don Miguel de Velasco con cincuenta hombres que hiciesen escolta llevándolo al lebo de Puren, donde él ordenaría lo que pareciese más conveniente. Y habiendo pasado los días en que le pareció se habría ejecutado aqueste orden, y habría llegado la gente al lugar definido, llegaron a la fortaleza algunos mensajeros del general Caupolican, y dijeron de su parte a don García, como él había juntado toda la gente del reino para determinar si sería conveniente allanarse pacíficamente o proseguir la guerra, sobre lo cual estaban todos resueltos en rendirse a su señoría y quedaban congregados para ello. Y que pues ellos venían a ofrecerle la paz en nombre de todo el reino, le suplicaban humildemente los recibiese con su benignidad acostumbrada poniendo en olvido sus yerros y durezas, pues ellos proponían la enmienda con tantas veras como el tiempo iría manifestando. Llamábanse estos embajadores Talbachína y Amochehue a los cuales hizo el gobernador algunas preguntas, y oídas sus respuestas volvió el rostro a los suyos, que estaban presentes y les dijo: «Caballeros, ya habéis oído. Y debéis haber considerado la embajada con que vienen estos indios; quiero que lo ponderéis atentamente, y lo confiráis entre vosotros, mayormente los que sois antiguos en esta tierra y tenéis experiencia de la condición y trato desta gente conociéndola mejor que yo, que he tenido pocos dares y tomares con ellos. Y gustaré de que cada uno me dé su parecer acerca desto, pues es negocio de tanta importancia que no es razón perder punto de aviso y diligencia de las que fuere posible hacerse entre vosotros.» Dicho esto se fué a su tienda con los dos embajadores: y en presencia del secretario los examinó con muchas preguntas y escrutinios llenos de advertencia y cautela para ver si hallaba en ellos rastros de mentira o contradicción en sus palabras. Después de lo cual salió a oír los pareceres de los suyos amonestándoles que dijese lo que sentían ser conveniente, pues el bien, o el mal, que resultase había de ser común a todos. Y hallándolos a todos tan unánimes y resueltos que no había hombre que discrepase del común parecer, que se admitiesen los indios a la paz que pretendían, se determinó don García en seguir su resolución, y mandando vestir muy honrosamente a los embajadores, los envió a su general a decir que viniese con los suyos seguramente donde él estaba presto para recibirlo y ampararlos, pues era ésta la intención con que había entrado a Chile. Y despachados los mensajeros se regocijó en su tienda, donde dijo a su secretario Francisco de Ortigosa Monjaraz y a Julián de Bastida estas palabras: «Paz piden estos; plegue a Dios no sea lo que dice la escritura: paz, paz y no era paz.» Y dicho esto se estuvo paseando media hora pensativo sin hablar palabra, y la

primera con que salió a cabo de rato fué ésta: «Que me maten si estos no han sabido como don Miguel de Velasco viene da la Imperial haciendo escolta, y para dar sobre él y quitarle el ganado vienen a entretenerme con esta paz falsa, que por tal la tengo.» A esto le respondió Julián de Bastida que pudiera no haberla admitido si le parecía que era falsa, pues estaba en su mano hacer o deshacer como quisiese. A lo cual replicó don García que no era cosa justa resolverse por sólo su parecer estando en contrario todos los de los suyos. Y en esto mostró bien su madurez de juicio y mucha prudencia, pues muchas veces es más acertado errar por el parecer de todos que acertar por el propio cuando es solo. Porque si el electo es adverso queda el capitán suficientemente disculpado con haber seguido los juicios de muchos, y si alguna vez le sucediese mal por regirse por el suyo, se le echaría a él toda la culpa, mayormente siendo de no mucha edad, pues dicen todos en semejantes desgracias: bien parece que es mozo y se arroja a lo que le dicta su albedrío sin consideración ni madurez. Cuanto más que el haber admitido la oferta de los indios no era inconveniente, aunque fuese de falso; antes lo fuera mayor el declararse por su enemigo, pues con darles a entender que estaba seguro de ellos, los aseguraba para que se fuesen poco a poco en lo que emprendieran con más diligencia si se vieran repelidos del gobernador del reino. El remedio que pudo haber para poner resguardo a lo que se sospechaba, fué el que acordó don García ordenando al capitán Alonso de Reinoso. que con todo secreto apercibiese cien hombres de a caballo, y en siendo media noche se pusiese con ellos a las puertas de la fortaleza; lo cual fué ejecutado puntualmente sin entender algunos de ellos su designio. Y llegando el tiempo determinado salió don García a caballo y mandó que fuesen marchando yéndose con ellos por espacio de un cuarto de legua hasta un lugar donde hizo alto para decirles la causa de su salida, esto es, la sospecha vehemente que tenían de que los indios estaban en la quebrada de Purén aguardando a don Miguel de Velaseo para saltarle de repente cogiéndolo en lugar fragoso y estrecho, donde apenas se pueden rodear los caballos. Y por la relación que le habían dado de que había de llegar al cuarto del alba a esta quebrada, se había él determinado de salir a media noche por llegar puntualmente al tiempo preciso en que era necesario el socorro de su parte. Y comenzando a caminar en este intento, le suplicaron todos que su señoría se quedase, pues era el capitán Alonso de Reinoso, persona a quien se podía encargar este asunto y esperar que daría satisfacción, como siempre lo había hecho. Mas todos estos ruegos no fueron bastantes a que don García desistiese de su propósito, hasta que le hicieron tanta instancia, que le obligaron casi por fuerza a volver a la fortaleza intimándole mucho de cuánta importancia era la existencia de su señoría para el bien del reino. Lo cual era más conforme al servicio de Su Majestad que ponerse a riesgo tan manifiesto en cosa que podría suplir suficientemente con los capitanes que allí tenía para estas semejantes empresas. No fueran parte otras razones, por eficaces que fueran, para que el gobernador dejase el viaje comenzado, si no fuera el haberle puesto ante los ojos que convenía así para el servicio del Rey, pero en oyendo esto, condescendió con las persuasiones de los suyos, volviéndose a su tienda habiendo encargado íntimamente este negocio al capitán Reinoso y a todos los soldados que con él iban de socorro.

Estos fueron caminando con tal paso que llegaron sobre la quebrada al rendir del alba, a tiempo en que don Miguel de Velasco iba entrando por la quebrada, con más de dos mil vacas y otros bastimentos, como harina, bizcochos, quesos y otras cosas necesarias para

provisión de los soldados. Estaba en esta coyuntura el general Caupolican emboscado con toda su gente, que era en gran número; y el capitán Alonso de Reinoso estaba con los suyos en lo alto de la quebrada puesto a la mira deseando ver lo que pasaba sin ser visto de los enemigos. Ya que la gente de la escolta estaba en lo más áspero de la quebrada, salieron de repente los enemigos con gran ímpetu y alaridos, y dieron en los cincuenta españoles, y los pusieron en grande aprieto haciéndoles desamparar el ganado y cargas que traían pareciéndoles que hacían harto en salir con el pellejo de semejante conflicto. Y trabándose batalla muy reñida, anduvieron un rato a la mesapela hasta que estando los indios muy ufanos pareciéndoles que tenían la suya sobre el hito, cargó de repente el capitán Reinoso con los ciento de a caballo dando en los indios de improviso, los cuales, aunque pasaban de quince mil, comenzaron a flaquear viendo sobre sí inopinadamente aquellos hombres sin saber de dónde ni cómo habían venido, pues, los que estaban en los reales vivían seguros y descuidados con la paz que el día antes se les había ofrecido. Mas aunque anduvo bamboleando el ánimo de los bárbaros, les ayudó tanto la disposición del lugar por ser angosto y pedregoso y lleno de montañas por todas partes, que se animaron a pelear valerosamente como lo hicieron por largo rato. Y como el lugar era profundo y lleno de bosque, y la gente que le ocupaba en tanto número, era cosa estupenda oír el ruido así de las voces como de las armas, y el que hacían los caballos con los relinchos y pisadas con que sonaban las herraduras en las piedras, de suerte que parecía día de juicio. Y vinieron los españoles a ser de tanta peor condición por las contradicciones del sitio, que le pareció a Reinoso convenía retirarse hasta llegar a parte más cómoda para valerse de sus armas y caballos. Pero hubo tantos que lo contradijeron, crue no se atrevió a seguir su parecer, sino los ajenos, y así fué continuando lo comenzado sin cesar en la pelea por largo rato. Y vino el negocio a estar en tanta contingencia, que ganaron los indios la parte superior de la quebrada, de donde tiraban piedras y garrotes, y tenían a los nuestros debajo de sus lanzas, y casi ganada la victoria. Pero hubo algunos españoles tan arriscados y valerosos que subieron con fuerza y velocidad de leones por aquellas breñas y riscos asperísimos por entre la lluvia de piedras, flechas y palos que les tiraban: y arremetiendo a los enemigos dieron en ellos con tan bravo ánimo y denuedo, que los compelieron a retirarse ganándoles el sitio, y haciendo el paso llano para los demás de su bando, de suerte que subieron todos trayendo su ganado y otras vituallas sin perder cosa, y fueron tras los enemigos siguiendo el alcance y quitándoles la presa que habían hecho y otros muchos despojos de las armas que traían, y -lo que más es- las vidas de muchos demás de los que habían muerto en la quebrada, cuya sangre dejó teñido el arroyo que por ella corre. Con esta victoria de tanta estima volvieron los nuestros a la fortaleza: y llegando a un lugar que está a una legua de ella, toparon al gobernador que les había salido a recibir con semblante tan regocijado que los alegró tanto a todos como el mismo suceso tan felice y apetecido. Y dando gracias a nuestro Señor, que fué el autor dél, por haberles hecho esta misericordia en coyuntura de tanta importancia, que era eficacísimo motivo para que los indios se rindiesen viniendo a conocimiento suyo y oportunidad de ser instruidos en Él y, ayudados en las cosas de sus almas, dió también las gracias a los vencedores por haberse mostrado tan buenos caballeros en un trance tan peligroso, y les hizo muchas ofertas para gratificación de méritos tan calificados. No sé a quién se deba más atribuir después de Dios este dichoso suceso: si a los que se hallaron en la refriega o al gobernador que les envió previniendo con tan prudente resguardo lo que en efecto se vino a ver por experiencia. Porque en el concepto de todos los capitanes viejos de Chile,

y las demás personas cursadas en cosas de guerra, fué esta hazaña de las más loables y maravillosas de don García, por haber él solo entendido los pensamientos de los indios siendo tan mozo y nuevo en esta tierra, no habiendo dado en ello otro alguno de los seiscientos que con él estaban. Y mucho más se espantaron todos de la arañ puntualidad que tuvo en poner el remedio conveniente enviando el socorro a tal coyuntura, como si los mismos contrarios le hubieran dicho adónde y a qué hora habían de hacer el asalto, sin errar en ello un palmo de tierra ni instante de tiempo, cosa que puso en grande admiración a todos, así a los suyos como a los enemigos, que les pareció negocio de encantamiento el hallar sobre sí a los cien españoles tan puntualmente al tiempo que ellos estaban haciendo la presa, sin saber cómo pudiese ser esto en día que los nuestros estaban confederados con ellos, sin pensamiento de que hubiese de haber más guerra en todo Chile. Y así comenzaron de allí adelante a temer a don García pareciéndoles que tenía juicio más que ordinario, de la manera que los israelitas temieron que el rey Salomón cuando al principio de su gobierno le vieron descubrir tan maravillosa prudencia en aquel juicio que hizo en el pleito de las dos mujeres, que pretendían llevar a un niño recién nacido alegando cada una ser hijo suyo. Y por haber sido el que salió vencido de la batalla el general Caupolican con más de quince mil hombres, dejando pasados de dos mil muertos en ella. Fué esta victoria de más importancia y de más estima en todas las personas graves y versadas en la guerra, y que ponderaban las cosas consideradamente conociendo los quilates de cada una. Fué esta batalla jueves 20 de marzo de 1558.

CAPÍTULO VIII

Cómo el gobernador mandó gente que descubriese el estrecho de Magallanes

Cuando el gobernador don García Hurtado de Mendoza se embarcó en el Perú para este reino, trajo consigo al capitán Juan Ladrillero, al cual le dió el marqués su padre por soldado de los de más fama sabiendo que era hombre de mucha experiencia y sagacidad en todos los negocios que se le encomendaban, mayormente en los de la mar, en que él era muy versado. Y así le mandó traer consigo este capitán para que se diese traza en descubrir por su industria el estrecho de Magallanes conforme al orden de Su Majestad, como el capitán Valdivia lo había intentado, no saliendo con su pretensión por haberle la muerte atajado en este tiempo. Y así luego que don García pudo poner en ejecución este negocio, lo hizo con grande diligencia despachando a Juan Ladrillero con alguna gente del puerto de la Concepción en dos navíos bien aderezados que se hicieron a la vela en fin del mes de julio de 1558. Dentro de pocos días llegó a la ciudad de Valdivia, donde se había de pertrechar del matalotaje necesario para tan largo viaje habiendo mandado el gobernador que no se les tomase cosa alguna a los vecinos, ni se echase derrama para ellos, supliendo con las rentas de los diezmos de aquella ciudad y de la Imperial, que entonces se metían en las cajas reales por no haber obispos que los gozasen. Por lo cual se gastaban en ornamentos de las iglesias y las demás cosas pertenecientes al culto divino, aprovechándose de lo que sobraba para algunas cosas necesarias, a las cuales no se podía acudir por otra vía.

Habiéndose abastecido suficientemente de las vituallas necesarias, se levaron las anclas y tomaron el rumbo hacia el estrecho, y habiendo llegado cerca dél anduvieron muchos días tentando vados como dicen, y barloventeando a muchas partes con diversas entradas y salidas vacilando siempre, sin atinar dónde estuviese la canal por donde se continúan los dos mares, que son el océano y el del Sur. Y fué tanto el tiempo que pasó en dar puntos a una y otra parte, que vinieron a faltar los mantenimientos sin topar persona que les socorriese ni diese noticia de lo que buscaban, de suerte que en lugar de estrecho vinieron a dar en gran estrechura y angustias y aflicciones. Porque los indios que algunas veces hallaron en la costa eran tan silvestres y salvajes que casi parecían bestias, y tan pobres que apenas tenían de qué sustentarse, de suerte que ni podían favorecer a los navegantes con aviso del lugar que buscaban ni con mantenimiento con que se entretuviesen en sus tierras. En este modo o (por mejor decir) sin modo alguno, anduvieron estos hombres desventurados surcando el mar sin saber por dónde se iba, hallándose algunas veces en mayor altura de cincuenta grados hacia la parte del Sur sin hallar rastro del estrecho de Magallanes. Acertó a ir entre esta gente un portugués llamado Sebastián Hernández, vecino de la ciudad de Valdivia, que se había hallado en la primera navegación hecha por el capitán Francisco de Ulloa; y como hombre más experimentado en este viaje, dijo al capitán Juan Ladrillero que le convenía volverse en todo caso; donde no que le certificaba sin duda alguna, que se había de perder con toda aquella gente, si difería la vuelta al reino de Chile. Y aunque el capitán Ladrillero era muy viejo y tenía en el Perú a su mujer, y encomienda de indios con mucha quietud y descanso, con todo eso tenía tanto pundonor y presunción de no volver atrás, ni mostrar pusilanimidad y flaqueza, que determinó de morir antes que volver sin haber conseguido el efecto a que le enviaban. Y en razón de esto trató mal de palabra al portugués, que le persuadía a lo contrario, dejándole indignado de manera que trató de secreto con algunas personas de dar la vuelta a la costa de Chile contra la voluntad del capitán, que para todos era tan pernicioso. No pudo esto hacerse tan secretamente que no viniese a oídos de Ladrillero, el cual mandó ahorcar luego al portugués de una entena porque la inquietud no pasase más adelante.

Dentro de pocos días sobrevino una tormenta tan furiosa, que desbarató los dos navíos, yendo cada uno por su parte sin tornar más a verse hasta hoy los que en ellos iban. Acertó a ir en el uno de ellos un famoso piloto llamado Diego Gallego que iba por almirante, el cual por la mucha industria que usó en el viaje volvió a la ciudad de Valdivia dentro de diez meses, y surgió en el puerto con cuatro hombres habiendo los demás perecido de hambre. Y no fueron estos cuatro los peor librados, porque el navío de Ladrillero no pereció, ni se supo de él si era muerto o vivo, hasta que pasados dos años se entró la nave por el puerto de la Concepción con sólo el capitán y un marinero y un negro de servicio, los cuales venían tan desfigurados que no había hombre que los conociese. Y así por más regalos que les hicieron no fué posible volver en sí alguno de ellos: porque todos murieron dentro de pocos días no habiendo sacado otro efecto de su viaje. No se puede explicar el lastimoso llanto que hubo en la ciudad de la Concepción y de Valdivia en las personas a quien tocaban los miserables que en el degastroso viaje perecieron. Y aun a los que no les tocaban causaba gran compasión el ver salir a las mujeres a la marina a preguntar por sus maridos, y a las hijas por sus padres, y a las madres por sus hijos, y a las hermanas por sus hermanos sin que alguna de ellas recibiese otra respuesta sino que habían perecido de hambre y otros trabajos y calamidades del viaje. Sobre lo que hubo

llanto común en todos, y general dolor en todos los que los veían afligidos con tan justa causa.

CAPÍTULO IX

De cómo el gobernador don García reedificó la ciudad de la Concepción y fundó de nuevo la de Cañete de la Frontera

Ya los indios rebelados de estas tierras andaban tan cabizcaídos y acosados de los españoles, que mermaban mucho sus fuerzas y se disminuían sus ánimos notablemente. De suerte que le pareció al gobernador ser necesario menos gente española que lo había sido hasta entonces para acabar de rendirlos del todo; dió licencia a los vecinos de Santiago para que se fuesen a descansar a sus casas, por ser hombres muy cansados de andar en batallas desde la primera conquista, y los más de ellos de más edad que la concerniente a inquietudes y trabajos de la guerra. Pero teniendo por cosa de grande importancia para poner al reino en orden como deseaba, el ir edificando ciudades en que los españoles fuesen aposeñándose de la tierra, determinó de comenzar por la ciudad de la Concepción, que estaba despoblada desde los cimientos como queda dicho en el primer libro de esta crónica. Y resolviéndose en poner luego en ejecución este intento, le pareció esto buena coyuntura juzgando que las personas que iban a Santiago podrían en el camino ayudar a esto a los demás que iban de propósito a entender en el edificio; y tomando pareceres de letrados mandó dar pregones con trompetas, en que se notificaba a todos que las encomiendas de los vecinos de la Concepción estaban vacas y se habían de repartir en los nuevos pobladores por haber sus propios encomenderos desamparado la ciudad fatigados de los enemigos sin haber en ellos fuerza bastante de echarlos della por punta de lanza, si los vecinos quisieran resistir con la obligación que tenían, conforme lo habían hecho los demás moradores de ésta y de otras ciudades en semejantes coyunturas. No fué pequeña la tribulación y desosiego que causó a los desventurados vecinos el verse despojados de sus haciendas al cabo de tantos años de sudor y derramamiento de sangre entre otras innumerables calamidades de hambre, desnudez y peligros en que se habían visto. Y sobre todo en ver que en la estimación de don García preponderaba una señal de flaqueza que presumía dellos, a las demás hazañas que habían hecho, las cuales eran tantas y tan calificadas que merecían remuneración incomparable a la miseria que le rentaban aquellos desventurados tributos, que además de ser pocos andaban a pleito, por estar los indios de guerra lo más del tiempo sin acudir con un real a sus encomenderos. Cuanto más que el mismo medio que por una parte parecía útil para este intento, mirado con más circunspección y advertencia parecía contrario al mismo fin, pues por el mismo caso que los soldados veían que al primer tris de negligencia desposeían a hombres tan beneméritos de los que a peso de sangre habían ganado, se habían de desanimar entendiendo que vendría por ellos otro tanto. Mayormente que si hubo alguna culpa en la pérdida de la ciudad se debía poner a cuenta de Francisco de Villagrán que la gobernaba, y la desamparó mandando los demás que saliesen de ella, lo cual hicieron por obedecer, como estaban obligados, sin que debiese imputárseles el cargo que podía resultar de ello. Mas el único consuelo que les quedó a los afligidos en este caso fué el entender que tenían refugio en la audiencia real de la ciudad de los Reyes

del Perú, y mucho más en el visorrey, padre del mismo don García, de cuyo consejo esperaban mejor galardón que el que les daba su hijo, aconsejado por ventura por algunos de los que iban con él y querían gozar de lo que otros habían ganado.

En efecto, salieron para esta fundación casi doscientos hombres con el capitán Jerónimo de Villegas, a quien se encomendó este asunto. Y en su compañía iba el licenciado Hernando de Santillán, oidor de la ciudad de los Reyes, para que habiendo asistido al principio con el capitán en el establecer esta fundación, pasase de allí a la ciudad de Santiago a visitar la tierra y poner en orden a los indios haciendo instrucciones y ordenanzas que se guardan en el reino hasta el presente día. Y para que se prosiguiese la fábrica de la ciudad con más fervor, encomendó don García los repartimientos de indios desde luego, poniéndolos en cabeza de don Miguel de Velasco, don Cristóbal de la Cueva, el capitán Villarroel, Pedro Pantoja, Pedro Aguayo y don Pedro Mariño de Lobera, de cuyos papeles saqué lo más de esta historia, y con ser interesado en ello no sintió bien de que se quitasen las encomiendas a sus dueños por causa tan leve. Juntamente con esto mandó don García que todas las personas que habían servido a su majestad en este reino diesen memoriales de sus servicios para remunerárselos, distribuyendo entre ellos las encomiendas de indios que iban conquistando. Acudieron a estos muchos pretenses; aunque otros no quisieron admitir haciendas en los estados de Arauco y Tucapel, entendiendo que no había seguridad en ellos hasta estar las cosas más asentadas, como en efecto no la hubo; pues en volviendo la cabeza don García se perdió todo con su salida, sin haberse podido restaurar en treinta y seis años que desde entonces han corrido. Ultra desto escogió el gobernador cuatro personas de experiencia y antigüedad en el reino, y de buena fama en lo que toca a la entereza de la buena conciencia, que fueron el capitán Rodrigo de Quiroga, don Miguel de Velasco, el capitán Pedro Esteban y el capitán Francisco de Vivero, para que le ayudasen en la distribución de las encomiendas informándole de las personas beneméritas del reino, y poniendo su industria en el modo de encomendar los repartimientos para que tuviese efecto con más comodidad y acierto en todo.

Y para que las cosas fueran siempre en mayor aumento, se resolvió en fundar en aquel asiento de Tucapel una ciudad en el sitio más oportuno que se hallase, saliendo él en persona a considerar los lugares que pudiesen ser para esto más a propósito, y habiendo elegido el que parecía más cómodo, que estaba cerca de la fortaleza, fundó la ciudad con la solemnidad y ceremonias acostumbradas en semejantes poblaciones, y le dió por título la ciudad de Cañete de la Frontera por respeto de su padre, que era marqués de Cañete en España. Dióse principio a esta población en el mes de enero del año de 1558; y habiéndola puesto medio en orden con todos los requisitos concernientes para conservarse, así de moradores como de armas y municiones, se partió della dejando por capitán y justicia mayor a Alonso de Reinoso, del cual se ha hecho mención arriba.

Habiendo concluido esta fundación fué don García a visitar las ciudades de la Imperial y Valdivia, donde fué recibido con gran solemnidad y regocijo así por la autoridad de su persona como por haber estado siempre en el campo no queriendo gozar del regalo de las ciudades a truco de medrar con los trabajos de la guerra. Con todo eso no faltó azar entre estas fiestas, pues nunca la fortuna se descuida de mezclarlo en cualquier regocijo desta

vida. Y fué que estando un encomendero de la ciudad de Valdivia haciendo algunas ramadas y tambos en el distrito de su encomienda para recibir en ellos a don García, que había de pasar por aquel camino, y al tiempo que iba dando fin a su obra, sobrevinieron los indios de sus mismos repartimientos con algunos otros comarcanos y mataron al encomendero y a otro español que con él estaba, poniendo también fuego a las tiendas que habían hecho, quedándose los indios por allí cerca esperando la gente que había de venir, para que en lugar de quietud y descanso hallasen guerra y desabrimiento. A este tiempo llegó allí Diego García de Cáceres con alguna gente de a caballo, el cual se había adelantado para prevenir lo necesario del recibimiento como persona nombrada por don García por justicia mayor y lugarteniente de general en la ciudad de Valdivia. Y como halló los tambos recién quemados, entendió que debía de haber alguna desgracia, y buscó los indios que por allí andaban, los cuales, como vieron ser la gente de a caballo más de la que ellos pensaban, no osaron acometer, antes se volvieron luego a sus pueblos.

CAPÍTULO X

Del descubrimiento de la provincia de Ancud y reedificación de la ciudad Rica hecha por don García Hurtado de Mendoza

Habiendo don García descansado algunos días en la ciudad Imperial, no quiso que fuesen muchos los de la quietud habiendo tantas cosas a que acudir en el reino, y en particular la remuneración de muchas personas beneméritas que iban en su seguimiento por todos los lugares que visitaba. Y teniendo noticia que en la costa del mar hacia el estrecho de Magallanes había muchas provincias ricas de oro, ganados y pesquerías y otras cosas de mucha estima, acordó de ir a descubrirlas para satisfacer con su riqueza a los que al presente no podía por otro camino. Y con este propósito se fué a la ciudad de Valdivia, donde fué recibido con el mayor aplauso que antes ni después se ha hecho a gobernador deste reino. Pero como él iba anhelando al descubrimiento de nuevas tierras, pasó adelante sin detenerse mucho en este pueblo. Y habiendo llegado a un grande lago cerca de la costa donde entra un río muy caudaloso llamado Purailla, anduvo por allí con su gente buscando camino para pasar adelante en prosecución de su intento. Pero es la tierra tan escabrosa y cerrada de montañas, que no fué posible atinar con alguna senda por donde pasasen. Y así se asentaron los reales junto a la boca del río en una loma alta de por donde él corre y se buscaron unas piraguas, que son a manera de barcas hechas de tablas largas cogidas unas con otras con cortezas de árboles de capacidad para diez o doce hombres cada una. En éstas pasó el ejército y el bagaje, con tanto trabajo por ser grave la corriente del río; y los caballos fueron a nado sin peligrar la gente en esta travesía excepto un soldado que por arrojarse a pasar nadando, le atajó la muerte los pasos, siendo mayor el brío del torrente que los que él llevaba si tales pueden llamarse, y no temeridad y arrojamiento. Habiendo pasado el río con hartas dificultades, dieron traza en ir abriendo sendas en la montaña con hachas y machetes que llevaban, haciendo esto a costa de su sangre, lastimándose a cada paso en los espinos y matorrales y pasando grandes pantanos y arroyos de agua sin haber pedazo de tierra que no fuese un lodazal de mucha pesadumbre. Y estaban tan enredadas las raíces de los árboles unas con otras, que se mancaban los caballos, y aún algunos dellos dejaban los cascos encajados en los lazos

de las raíces perdiéndose de esta manera muchos dellos. Por esta causa iban los más de los soldados a pie y no pocos descalzos derramando sangre y haciéndose cardenales y aberturas, que era lástima verlos, sin poder excusar el andar por el agua y lodo gran trecho de este camino. Iba don García al tenor de los demás, esforzándolos con la esperanza del bien que pretendían, aunque no fuera ella bastante para que muchos dejaran de retroceder si no fuera por no tornar a pasar el camino que habían andado, pensando no podía dejar de ser mejor el de adelante. Mas como viesan que todo era de esta suerte, echaron de ver que era maraña de los indios de guía, que los iban enmarañando en aquel bosque porque no llegasen a sus tierras. Y entendida esta traición, mandó don García hacer justicia del cacique llamado Orompello y los demás indios que guiaban, yéndose los españoles por aquel arcabuco a sus aventuras, pero sin saber por dónde ni a qué paradero, hasta venir a dar a una playa del archipiélago, que allí está, adonde llegaron el segundo domingo de cuaresma, por cuyo respecto se le puso por nombre el archipiélago de la Cananea; porque en aquel tiempo se leía en la iglesia el evangelio que trata della en la segunda dominica de cuaresma. Tiene este archipiélago más de ochenta leguas de distrito, cuyas islas estaban entonces muy pobladas de indios que se ocupaban en pesquerías y crías de ganados. Y por ser la tierra muy fría andaban vestidos con más abrigo que los demás del reino, trayendo calzones y camisetas, y en lugar de capas unas mucetas de lana muy finas y sus sombreros de la misma materia, aunque en la forma tiraban algo a caperuzas. Entre estas islas está una muy grande que llega a la costa de la mar brava a la cual llamaban los indios Chilué, donde se pobló después la villa de Castro de la Nueva Galicia, como se dirá en otra parte de este libro. Y aunque vieron los españoles poca disposición para pasar adelante, con todo eso se ofreció al capitán para este asunto el licenciado Julián Gutiérrez de Altamirano como caballero animoso, y que deseaba mucho emplearse en el servicio de su majestad en algún negocio de importancia conforme al beneplácito y dirección de don García. Con cuya licencia y compañía de gente que le dió para ello, se embarcó con algunos soldados arcabuceros en las piraguas que para ellos fueron suficientes, en las cuales anduvieron tres días con sus noches entre grandes peligros de bajíos y borrascas padeciendo todo esto por solo tomar noticia de lo que había en estas islas. Y no habiendo sacado otra cosa más de la relación y noticias de ellas, trató don García de volverse luego por otro mejor camino donde había tierra poblada, hasta que llegó al desaguador del gran lago que habernos dicho, con propósito de poblar una ciudad en el sitio más oportuno que en toda la comarca se hallase.

Para esto mandó visitar aquel distrito el cual, aunque era montuoso, con todo eso estaba muy poblado de indios que tenían mantenimientos suficientes dentro de sus tierras. Y para poner esto en ejecución más fundadamente, mandó llamar a todas las personas prácticas de aquellos confines para informarse muy por menudo de las calidades de la tierra y condiciones de la gente, y en particular de los repartimientos de indios que estaban distribuidos y a qué vecinos estaban encomendados. Y estando enterado en todo esto, habiendo despachado los visitadores para más particular noticia de lo que deseaba, fué prosiguiendo su camino hasta un caudoloso río llamado de las Cinoas por donde había pasado cuando fué a este descubrimiento dejando en él perdida toda su vajilla, que iba en una acémila que se ahogó en este paso, sin poder sacarse una pieza della, de suerte que fué la pérdida de grande cantidad de dineros.

No es razón dejar de advertir el buen ejemplo y edificación que dió don García a este viaje; pues con ser tan excesivos los trabajos que padeció caminando a pie y derramando sangre, en tiempo de cuaresma no dejó de ayunar un sólo día de toda ella, procurando que los suyos hiciesen lo mismo, y vivieren cristianamente, mostrando más devoción que en el demás tiempo del año. Y así le favoreció Dios, sacándole con bien de tantos peligros como hemos dicho, y de las manos de los indios de guerra, que le iban saliendo al encuentro a cada paso. Y tanto más resplandece la clemencia del Señor en haber sacado a los suyos de estos peligros y la tolerancia y la magnanimidad suya en haberlos sufrido, cuanto mayores se entiende haber sido ellos como en efecto lo fueron. Porque ya que las calamidades y hambres de éste y de otros caminos que hicieron no fueron tan extremas como las que hubo en Melo, pueblo de Thesalia, cuando estuvo cercado de los atenienses y su capitán Nizia -de donde salió el proverbio de llamarse por exageración la hambre Nizia- ni fueron tan memorables como las que se experimentaron entre los soldados romanos que estaban en Casilino cercados de las grandes huestes de Aníbal, los cuales llegaron a tanta desventura que se vendió un ratón por doscientos reales, como refiere Plinio, ni como aquella miserable hambre que padecieron los españoles de Sagunto causada del diuturno cerco que le pusieron los cartagineses, apurando tanto a los moradores, que hicieron en la plaza una gran hoguera donde echaron todas sus riquezas, finalmente a sus hijos y mujeres y a sus mismas personas por no vivir de vasallaje de sus enemigos, a lo menos fueron trabajos, hambres y aflicciones de las más grandes que se cuentan en las historias de nuestros tiempos, y tales que apenas podrán ser creídas según todo el rigor que en sí tuvieron.

Pasado este río de las Canoas, asentó don García su campo cerca de sus orillas, y pareciéndole el sitio apacible y bastecido de lo necesario, determinó de fundar allí un pueblo, y así lo puso por obra intitulándolo la ciudad de Osorno, a contemplación de su abuelo el conde de Osorno, por haber ya cumplido con la obligación que tenía a su padre en la población de Cañete de la Frontera que fué la primera que fundó en estos reinos. Fundóse esta ciudad de Osorno en el lebo de Chauracavi, en 27 días del mes de marzo de 1558. Es la tierra abundantísima de pan y carne, y muy regalada de miel de abejas que se da en gran abundancia sin cuidado en beneficiar las colmenas, y no es menor la fuerza de frutas de España, que se cogen a manos llenas, cuanto quiere cada uno, sin haber quien lo contradiga. Tiene también grande abundancia de pescado así del río como del mar, que está muy cerca, y es el distrito que el gobernador le dió al tiempo de la fundación, cinco leguas que corren desde el río hacia la ciudad de Valdivia, y hacia la banda de oriente todo lo que estaba descubierta y después se descubriese, lo cual también le dió por la parte que corre hacia el estrecho de Magallanes. En el cual distrito había más de ciento y treinta mil indios visitados, aunque después acá han venido en grande disminución con las nunca interrumpidas guerras y trabajos. Las calles de la ciudad corren de oriente a poniente, y son muy anchas y parejas; y los edificios de las casas muy grandes, fuertes y de hermosa vista. Está este pueblo en cuarenta grados de altura con invierno y verano en los tiempos contrarios a los que lo son en Europa; porque cuando allá es verano es acá invierno, y cuando allá es invierno acá verano. Fueron los vecinos de esta ciudad, a quienes don García señaló encomiendas de indios al tiempo de su fundación, sesenta hombres poco más o menos, todos de calidad y mérito, cuyos nombres no pongo en esta historia por evitar prolijidad. En efecto, ella quedó muy bien puesta desde su primera

fundación, de suerte que hasta hoy se conserva por las muchas comodidades que tiene así del buen temple y sanidad de aires, como de las granjerías que hay en ganados y paños que se labran de sus lanas, así de los que se gastan en vestidos como de los de tapicerías, las cuales labran los indios con tan perfectas figuras y vivos colores que parecen hechos en Flandes. Hay en esta ciudad una iglesia de clérigos y tres monasterios de religiosos y uno de monjas, y muchas personas principales que viven en ella por la paz que siempre hay en este distrito, sin haber jamás rebeládose contra los españoles; porque los que han acudido a la guerra han salido de sus tierras yendo en socorro de los araucanos, que están muy lejos de este sitio, de suerte que todas estas comodidades y otras muchas, como son las grandes heredades, las amenas huertas, las fuentes deleitables, la hermosura del río, la grande abundancia de cal, ladrillo y maderas de muchas especies, convidan a los que entran en este reino a hacer asiento en esta ciudad, aunque fué la última que hubo en Chile en tiempo de don García; y aún hasta hoy no hay otra después de ella, sino es la de Castro, que está situada en Chilué, adonde llegó el mismo don García como en este capítulo se ha dicho.

Habiendo puesto el gobernador esta ciudad en mucho orden, se partió a la de Valdivia dejando por su lugarteniente y justicia mayor al licenciado Alonso Ortiz, y estando en Valdivia hasta la Pascua de Flores del mismo año, dió orden en repartir las encomiendas de la mesma ciudad de la Imperial, poniéndolas en cabeza de las personas que pareció más beneméritas a juicio de los cuatro consultores que para esto había diputado, como se ha dicho al principio de este capítulo, removiendo algunos encomenderos nombrados por su antecesor Francisco de Villagrán por haber sido gobernador electo sin autoridad real ni nombrado por alguno de los visoreyes del Perú, sino por solo los cabildos del reino. Y así habiendo consultado esto con personas graves, y habido resolución en que no eran válidas las dichas encomiendas, hizo nueva distribución sin atender quiénes eran poseedores, sino solamente quienes eran merecedores.

Estando las cosas en este estado y don García a pique de tomar a Tucapel y Arauco para acabar de concluir las cosas de la guerra, llegó nueva de que su majestad había proveído por gobernador de Chile a Francisco de Villagrán, porque al tiempo que esta provisión se despachó en corte se entendía en ella que Villagrán estaba todavía en el gobierno por no haberse sabido cómo el marqués de Cañete había enviado a su hijo con este oficio. Y viendo los del Consejo que era forzoso nombrar gobernador por muerte de don Pedro de Valdivia, pareció que ninguno sería más apropósito que el que actualmente estaba en posesión del oficio y había tomado el pulso a las cosas dél, teniendo también experiencia y méritos de muchos años como uno de los primeros conquistadores deste reino. Esta nueva fué causa de cortarse el hilo al buen progreso de las cosas de Chile, así por entibiarse y entristecerse casi toda la gente del reino, como por el orgullo o avilantez que tomaron algunos de los que habían sido despojados de sus encomiendas, y en particular aquellos que las tenían de mano de Villagrán, de más de algunos apasionados que nunca faltan donde quiera por muy agestado que viva el que gobierna. Y sobre todo por ser condición del mundo el apoyar los hombres al que actualmente tiene la vara mientras dura en el oficio, y en viniendo otro de nuevo acudir todos a su bando conforme al común refrán: viva quien vence. Con todo esto no se inmutó don García, ni dejó de acudir a las cosas del Gobierno y guerra como hasta allí lo había hecho ni aun hizo caso de los

alborotos y dichos de sus adversarios acordándose del consejo de su padre que le dió al tiempo de la despedida: que se persuadiese que a ninguno por justificado que esté en sus cosas le han de faltar émulos; y que habiendo hecho el hombre de su parte lo que es conforme a justicia y buen gobierno, no se ha de fatigar mucho por las pasiones y dichos ajenos, pues es cosa que la lleva el mundo de suelo, haberlas donde quiera.

Y además desto era causa de no fatigarse don García el ver el extraordinario amor y afecto con que todo el reino le amaba, y no abría la boca hombre que no fuese para echarle mil bendiciones, teniéndole todos sobre los ojos y mirándole cada uno como si fuera cosa propia suya, excepto los que hemos dicho, que eran cual y cual persona lastimada por la innovación de los repartimientos.

CAPÍTULO XI

De la entrada del gobernador en la Imperial, y la insigne victoria que alcanzó en la memorable batalla en que fué desbaratado el fuerte Quiapo y la que hubo en la ciudad de Cañete. Y la prisión de Caupolicán en la quebrada

Con el deseo que el gobernador tenía de dar fin a las cosas de la guerra, determinó de irse llegando a los estados dejando la ciudad de Valdivia y entrando en la Imperial que está más cerca de Arauco. Habiendo entrado en esta ciudad tuvo nueva de que los indios rebelados habían dado batalla al capitán Alonso de Reinoso en la ciudad de Cañete de la Frontera, cuya fortaleza tomaron los españoles por refugio por haberla fabricado don García con gran cuidado toda de piedra de mampostería, fortaleciéndola con los más pertrechos que pudo. En este fuerte estaba un indio yanacona de servicio de los españoles, llamado Baltasar, que era natural del mismo distrito. Este habló con los indios de su patria secretamente exhortándolos con largos razonamientos a que procurasen recuperar la libertad en que habían nacido, no dejándose hollar de extranjeros, pues eran hombres que podían volver por sí soldando la quiebra que había habido en su honor y reputación, y restaurando los daños que de los españoles habían siempre venido a todo el reino. Y con esto se ofreció a darles entrada en la ciudad y fortaleza al tiempo que hubiese mayor oportunidad para dar en los nuestros, cogiéndolos descuidados 'para hacer el lance más a su salvo. Por otra parte, acudía este indio al capitán Reinoso y comunicaba con él todo lo que había concertado con los indios, para que estuviese alerta y puestó en armas al tiempo que ellos acudiesen a la batalla, y habiéndose prevenido todo esto persuadió el yanacona a los indios rebelados que la hora más a propósito para hacer presa sin riesgo suyo era la de la siesta, cuando los españoles dormían profundamente, por haber estado de noche en vela entendiendo que los indios no se atreverían a acometer de día. Fiáronse los indios del yanacona, y juntándose grandes huestes acudieron un día a la hora concertada llevando sus escuadrones con grande orden y concierto, pensando que no habría más de entrar y cortar cabezas sin resistencia de los de dentro. De todo esto estaba ya avisado el capitán Reinoso, el cual mandó que toda la gente estuviese armada a punto de pelear dentro de la fortaleza sin quedar hombre fuera della. Y de propósito mandó que se dejase abierta la puerta principal del pueblo, para que los indios entrasen más a gusto y pensando que los de dentro estaban descuidados. Sucedió, en efecto, como él lo había

pensado; porque se entraron los enemigos de tropel por todo el pueblo, y estando ya en la plaza dél cerca de la fortaleza, salieron de ella de repente los españoles: por una parte los de a caballo y por otra los arcabuceros, y dando con gran furia en los adversarios, causando en ellos grande espanto en ver tan despiertos a los que pensaban estar dormidos, según Baltasar les había dicho. Y fué tan grande el estrago que se comenzó a hacer en ellos, que luego comenzaron a desmayar viéndose cogidos de aquellos a quienes ellos pensaban coger de sobresalto, y sin poder sufrir el ímpetu de los españoles se comenzaron a retirar con el mejor orden que pudieron, yendo los nuestros en su alcance sin dar paso en que no hiciesen riza en los innumerables indios, los cuales hubieron de huír a toda prisa con gran pérdida de los suyos, queestaban tendidos por las calles y campos causando, gran compasión a todas las personas pías, que veían a sus ojos un espectáculo tan lastimoso. Murió en esta batalla el capitán Quapolicán, el capitán Ayangaclín, Torelmo, Pari y otros muy valerosos capitanes de los bárbaros, quedando todos los nuestros con la vida, aunque heridos muchos dellos.

Y la causa de tan insigne victoria fué después de Dios la gran prudencia y vigilancia de don García, al cual daba el Señor tan felices sucesos en todo, que siempre le ponía en corazón las cosas al mesmo punto que era necesario acudir a ellas. Y así, estando en la Imperial se le asentó en la imaginación que la ciudad de Cañete estaba ocasionada para grandes peligros. Y como si ya los viera con los ojos, envió con gran presteza al capitán Gabriel de Villagrán con ochenta hombres de lanza y adarga, los cuales llegaron a Cañete la noche antes de aquel día en que los enemigos dieron la batalla, cuyo socorro fué de tanta importancia que a no haber llegado a tal coyuntura, perecieran todos los de dentro, que eran muy pocos respecto de la multitud de bárbaros que acometieron; y consta haber sido esto de mayor momento para toda la tierra, de los efectos que se siguieron desta victoria, los cuales fueron a acabar los indios de persuadirse que les iba mal por esta vía con los españoles, y quedar tan constreñidos a buscar paz que, aunque no les salía del corazón, tampoco se les alzaban las manos para bravear como solían. Verdad es que no quedaron quietos del todo, ni daban seguridad a los españoles, aunque cesaron en la guerra por algún tiempo. Y así Alonso de Reinoso enviaba siempre gente que corriese la tierra para que los indios no se atreviesen a desmandarse: los cuales ya que no hacían guerra al descubierto, con todo eso mataban al español que cogían descuidado por los caminos, y hacían semejantes asaltos sin perdonar lance en que viesen la suya. Y aunque don García estaba a la sazón en la Imperial esperando a que pasase el invierno para poner manos en la labor, con todo -eso no se dijo- andaba pronto en la previsión y resguardo necesario para prevenir y contrastar las astucias y máquinas de los indios, estando siempre corno en atalaya la barba sobre el hombro, acudiendo a todas partes para evitar inconvenientes y asegurar más su partido.

A este tiempo, hubo noticia de que el general Caupolicán estaba invernando en una sierra que llaman Depilmaiquel, alojado con los suyos en unas quebradas muy ásperas, adonde se iban recogiendo algunos capitanes y otros indios amigos suyos de quien él más se fiaba, para estar todos como a la mira de lo que el tiempo fuese mostrando que les convendría poner por obra acerca de su vida. Y deseando don Pedro de Avendaño encontrarse en esta ocasión, se ofreció a desbaratar esta gente; para lo cual salió con cincuenta hombres los más de ellos vizcaínos, los cuales primeramente corrieron la tierra,

y cogieron algunos indios que les sirviesen de guía, gustando ellos de servir en este oficio porque les diesen libertad en acabando su viaje. Desta manera partieron a prima noche de la fortaleza de Cañete, y habiendo caminado a toda priesa por tan ásperos pasos que aún de día dieron mucho en que entender a los caminantes, llegaron sobre la quebrada donde vieron los fuegos de las rancherías en que estaba alojado el general y sus escuadras. Y queriendo efectuar su hecho con más certidumbre, se apearon todos los soldados, así por la dificultad de aquel paso que aún a pie no se podía andar sin mucho trabajo, como por ir más sin ruido a coger los indios descuidados, que lo estaban harto por entonces. Y llegando antes del amanecer al alojamiento de los indios, dieron en el galpón de Caupolicán, abalanzándose a la gente que estaba dentro, matando unos y cogiendo a manos otros, según podían. Apenas había oído Caupolicán el estruendo, cuando salió por una puerta falsa con una alabarda en la mano pensando escapar sin ser sentido o cuando mucho topar algún soldado, con quien se tuviese bueno a bueno. Mas como al salir por la puerta falsa hallase falso su pensamiento por estar cercado de españoles, comenzó a bravear como toro agarrochado saltando a todas partes, y echando espumarajos por la boca con tanta fiereza y valentía, que hacía campo con la alabarda jugando della como quien tenía la vida vendida. Pero por más bravatas y ostentación que hizo de su persona, quedó cogido en el garlito, yendo preso en manos de los españoles con otros capitanes que con él estaban.

No se puede explicar el regocijo con que volvieron don Pedro de Avendaño y los de su compañía trayendo tal presa y tan deseada de todo el reino, por ser este bárbaro cabeza de todo él entre los indios y el que había muerto a Valdivia con su ejército y alcanzado las demás victorias desbaratando a Villagrán y otros capitanes y destruyendo ciudades echándolas por tierra, de suerte que todo el daño y calamidades de Chile habían sucedido por el valor y gobierno de este indio; y así el haberle atado las manos se estimó por el más felice suceso que a la sazón podía apetecerse. Llamábase el soldado que le prendió Juan de Villacastín, hijo de español y de india natural de la ciudad del Cuzco del Perú, donde él mismo nació, y era buen soldado y de mucha estima por su grande ánimo y valentía. Este traía al general por prisionero con el contento que podrá pensarse; y caminando con él desta manera llegó una india corriendo tras él a toda priesa con un niño en los brazos de edad de un año, hijo del mismo Caupolicán; la cual, arañando su rostro y mesando sus cabellos daba gritos rabiosos y dolorosos gemidos sacados de lo más intenso del alma. Y haciendo largo llanto por la prisión de su esposo, le reprendía por haberse dejado prender debiendo morir antes que rendirse; y entre otras palabras rabiosas acerca desto, dijo que, pues había venido a tanta infamia y desventura, no quería ella quedar con prenda suya por no acordarse dél más en su vida; y diciendo esto, tomó la criatura y dió con ella en un peñasco haciéndola pedazos cruelmente, y así se volvió llena de congoja dejando a Caupolicán en manos de los vencedores.

Llegada esta compañía a la ciudad de Cañete, fué recibida con el mayor regocijo y fiesta que fué posible. Y luego trató el maese de campo de hacer justicia de Caupolicán para poner temor a todo el reino. Y fué su muerte celebrada con más solemnidad por haberse hecho cristiano llamándose Pedro, el cual murió al parecer con muestras de viva fe y verdadera penitencia pidiendo a Dios perdón de sus pecados, y a los españoles de los agravios que él y otros por su causa les habían hecho; aunque muchos menos que ellos

pensaban, porque en muchos lances que habían visto en detrimento suyo, no había él sido causa dellos como primer motor que los inventaba; antes acudía de mala gana y por cumplir con su oficio, pues era elegido para que guardase fidelidad a su patria, siendo siempre leal a ella; no como el indio Baltasar (de quien tratamos en este capítulo), que engañó a los mismos de su nación poniéndolos en manos de extranjeros con maraña y astucia no pensada. De la manera que lo hizo Silicón, natural de Mileto, que entregó a traición a su patria en manos de los enemigos. Y como también se refiere en muchas historias haberlo hecho Eneas y Antenor, que vendieron a Troya su patria poniéndola en manos de los griegos, que la destruyeron.

Sabida esta nueva por don García, trató de poner en ejecución la partida que ya estaba apercibiendo para los estados. Y estando con el pie en el estribo llegaron cartas de España de que el príncipe don Felipe, hijo del emperador don Carlos V, de felice memoria se había coronado por rey de las Españas renunciando en él su padre todos sus reinos, por dejarle entablado en el gobierno antes que muriese. Y respecto de esto se hicieron en la ciudad algunos regocijos; y entre ellos uno a que salieron ciertos caballeros armados, a la cual fiesta salió don García, por ser el motivo tan alegre. Y saliendo con él dos caballeros, entre otros el uno llamado don Alonso de Ercilla, y el otro don Juan de Pineda, tuvieron ciertas diferencias sobre quién había de ir en mejor lugar en este acto. Y de palabra en palabra se vino a encender la cólera de suerte que vinieron a poner mano en las espadas, y en consecuencia desto desenvainaron las suyas para meter paz todos los demás de a pie y de a caballo, y andaba la refriega a los ojos del gobernador sin entender él el origen de ella. Y como ha sido cosa tan frecuente en estos reinos haber algunos motines buscando siempre los traidores semejantes coyunturas para descubrirse, alborotáse don García en ver sobre sí tantas espadas recelándose no fuese alguna traición de las que en estos lances se han experimentado en las Indias. Mas como vió que era don Alonso de Ercilla el primero que había puesto mano a la espada, fajó luego con él y dándole en las espaldas un furioso golpe con una maza de armas que tenía en la mano, le postró del caballo abajo y mandó al capitán de la guardia le llevase preso a buen recaudo. Por otra parte, acudió el coronel don Luis de Toledo a echar mano de don Juan de Pineda, el cual se retiró a la iglesia y se metió en ella con el caballo en que iba, aunque le valió poco el no haber apeádose fuera de ella, porque el coronel le sacó por fuerza llevándole a la plaza a ver lo que mandaba el gobernador hacer de su persona. Pero como don García estuviese ya en su casa, le pareció al coronel que sería justo hacer el debido castigo de los dos caballeros cortándoles las cabezas, así por el desacato que tuvieron ante el gobernador como por la presunción y sospecha que él tuvo de que siendo los dos tan amigos no debía ser la pendencia con ánimo de ofenderse, sino alguna maraña y ardid concertado entre ellos para matar a don García. El cual como tuvo nueva de que ya los dos estaban a pique para ser ajusticiados, envió a toda priesa a don Pedro de Portugal que lo impidiese hasta mirarlo más despacio y hacer la información de lo que entre ellos había pasado. Porque aunque la sentencia sea muy justa, no por eso es justificada, y aunque sea muy buena, será muy mal fulminada si se pronuncia precipitadamente donde puede tener lugar la cólera, que con la pasión ciega al entendimiento; de suerte que es circunstancia necesaria para que sea loable, el mirarse con reportación y acuerdo, mayormente cuando el juez averigua causas que tocan a su persona. Y tuvo por tan necesario esto el glorioso San Ambrosio, que por haber el emperador Teodosio

pronunciado apresuradamente una sentencia rigurosa, le prohibió por muchos meses el entrar en la iglesia obligándole a penitencia pública, con ser el emperador tan esmerado en cristiandad cuanto se vió por los efectos, pues estuvo tan sujeto al arzobispo, que no discrepó un punto de su mandato. Y así mandó don García hacer información muy despacio, y viendo que de lo que de ella resultaba no se podía presumir traición de parte de estos caballeros ni otra culpa, más de lo que llanamente parecía de haber sido repentina pasión que entre sí tuvieron, los mandó llevar al reino del Perú ante el marqués, su padre, para que él determinase en este caso lo que pareciese más conveniente. Y aunque el virrey dió a don Alonso de Ercilla provisión para ser uno de los lanzas con mil pesos ensayados de sueldo y le hizo otras mercedes, con todo eso le quedó muy arraigado en el corazón la memoria del aprieto en que se vió en este día, y el golpe que le dió don García le estaba siempre dando golpes en él, de suerte que nunca mostró gusto a sus cosas, como se ve por experiencia en el libro que escribió en octava rima intitulado *La Araucana*, donde pasa tan de corrido por las hazañas de don García, que apenas se repara en alguna dellas, con haber sido todas de las mas memorables y dignas de larga historia que han hecho famosos capitanes en nuestro siglo, así en salir con victorias de las batallas, edificar ciudades y volver a su estado las assoladas, como en las demás cosas tocantes al gobierno y en particular el apaciguar a los indios y granjearse las voluntades de suerte que en dos años que estuvo en Chile no solamente los dejó en paz y quietud pero tan afectos a él, que lo miraban como a su oráculo y que lo llamaban San García, como hasta hoy le llaman con haberlos hallado cuando entró en el reino tan bravos y encarnizados, cual nunca jamás habían estado. Y así se ha visto por experiencia desde el punto que salió del reino; pues no aguardaron tres días para tornarse a rebelar como de antes, sin haber hasta hoy remedio de restituirlos a la paz de los españoles y aunque se han intentado muchos para ello, a ninguno jamás han salido, sino a uno sólo: y es que vuelva don García al reino, a cuyos pies vendrán cruzadas las manos. Y así, después que don García ha entrado por victoria en el Perú sin llegar a Chile, se han ido allanando los indios de este reino solamente por entender que le tienen cerca, y que es gobernador de esta tierra, aunque no ha llegado a ella él mesmo en persona.

Acabadas las fiestas de la coronación del nuevo rey, se partió don García de la Imperial al principio del mes de octubre de 1558 llevando consigo la más gente española que halló a mano, con la cual llegó a la ciudad de Cañete donde estuvo algunos días dando asiento a las cocas necesarias al buen progreso de la tierra y en particular de la quietud de los indios tucapelinos. Y pareciéndole que para asegurar más los estados de Tucapel y Arauco sería de grande importancia reedificar la casa fuerte de Arauco que el capitán Valdivia había fabricado y estaba arrasada por tierra desde que comenzó la rebelión general de los estados, determinó de ir él mismo en persona a poner esto en ejecución para que se hiciese con más firmeza y diligencia. Vino luego esta determinación a noticia de los indios, los cuales, entendiendo que era tenerlos a raya el fundar tantas fortalezas y alojamientos españoles dentro de sus tierras, salieron luego a la demanda juntándose catorce mil de ellos a impedir el paso a don García en un lugar llamado Quiapeo por ser paso áspero y estrecho, donde por más seguridad suya edificaron un fuerte con la mayor diligencia y traza que pudieron. Apenas habían comenzado a poner manos a la labor, cuando ya estaba don García informado de ello, el cual tuvo esto por estímulo para apresurar el paso llevando doscientos españoles muy bien aderezados, entre los cuales

eran ciento arcabuceros y los demás de lanza y adarga y otros géneros de armas de las que usan los españoles. Cuando esta gente llegó a vista del fuerte. ya los indios estaban encastillados con las armas en la mano para resistir con todas sus fuerzas con determinación de perder la vida antes que rendirse. El gobernador asentó luego sus reales media legua del fuerte delante de una densísima montaña en la cual hay una gran ciénaga por donde no es posible pasar hombre. Y habiendo salido él mismo a reconocer el sitio dispuso el orden del ejército con el mejor modo que fué posible, dividiéndolo en dos escuadras, poniendo por caudillo de la una al capitán Gonzalo Hernández Buenos Años y tomando el mismo don García la otra para acometer con ella. Demás de lo cual puso algunos soldados en frontera de la fortaleza donde estaba asentada la artillería para que mientras ella se jugaba acudiesen los dos escuadrones por los dos lados de la fortaleza. Llegado el día de Santa Lucía se tocó al arma buen rato de la noche que era harto oscura, y se echaron dentro del fuerte gran suma de bombas de fuego y alcancías arrojadas desde afuera antes de acometer los soldados, que para ello estaban prevenidos. A esto respondieron los indios con gran estruendo de alaridos, trompetas y tambores mostrando más ánimo del que tenían aunque muchos de ellos se huyeron aquella noche sin atreverse a esperar más embates. Luego mandó el gobernador hacer puentes de varas de avellano para pasar un barranco que estaba delante del fuerte, las cuales se hicieron con tanta diligencia y secreto que al cuarto del alba estaban ya puestas en sus lugares. Hecho esto se comenzó a jugar la artillería con muy poco daño de los enemigos por ser muy alta su palizada y las piezas tan pequeñas que apenas había alguna que pasase de diez quintales. Puso esto avilantez a los indios para salir a campo raso, acometiendo algunas mangas dellos con flechas y gorguces hacia la parte donde estaba don García con solos veinte hombres de a caballo, por haber dejado la demás gente en guarda de los reales y artillería, ultra de la que estaba en el escuadrón de esotro cuerno en compañía de Gonzalo Hernández. Y comenzando a trabarse la escaramuza fué tanto lo que se encolerizó don García, que estando ciego del coraje se arrojó tras los indios yendo en su seguimiento sin mirar por dónde caminaba, de suerte que se metió con el caballo por aquel áspero barranco que aun a pie se pasaba dificultosamente, y sin temor de un peligro tan evidente, se abalanzó tras los indios dentro de la fortaleza entrando por un estrecho portillo por donde ellos se metieron, en cuya entrada se le quebró la lanza hallándose solo y casi sin armas dentro del fuerte de los bárbaros en medio de todos ellos. No sé si se le pueda apropiarse a este hecho el nombre de temeridad o el de valentía, si no es que queramos intitularlo con ambos nombres. Porque si no es el atrevimiento de Bellorafón, que se arrojó a caminar por el aire con el caballo Pegaso, y el de Jason y Tifis, que intentaron caminar por la mar de pie enjuto, no sé yo qué hecho pudiera ser más precipitado que este de don García, mayormente estando con tan pocos soldados y sin advertir si le seguía alguno de ellos. Y, en efecto, de verdad estuvo gran rato solo en medio de los contrarios peleando con sólo su espada sin haber hombre a su lado que le ayudase. Verdad es que todos sus soldados se arrojaron tras él, mas hallaron cerrado el portillo y así estaban acometiéndole por todas partes para entrar a dar socorro a don García. Y plugo al Señor darles santa industria y esfuerzo que entraron con brevedad a socorrerle, lo cual hicieron todos valerosamente. Y en particular un soldado genovés llamado Andrea, que arrojándose a entrar por la palizada, se quedó encajado entre dos palos sin poder ir atrás ni adelante, y con la rabia de verse en tal agonía meneaba la espada con tanta furia que peleaba mejor que los que andaban muy sueltos, hasta que llegaron a sacarle de aquel

estrecho. Y como estaba tan metido en coraje de haberse visto en tal aprieto, entró como león desatado por la fortaleza adelante dando en los indios sin perder lance hasta llegar a ponerse al lado de don García. No se puede explicar la gran refriega y alboroto que hubo en este trance, porque como el lugar era estrecho sin tener los soldados de ambos campos en qué esparcirse, estaban tan apiñados que a cualquier parte que se revolvía cualquiera de ellos hallaba a la mano a quien dar y quien le diera. Y lo que más admiraba en este caso era ver dos cosas tan contrarias en don García, como son la ceguedad de cólera y la reportación y advertencia en todo, porque así mandaba y acudía a prevenir las cosas sin cesar un punto de pelear, como si en cada cosa de por sí tuviera empleada enteramente su persona. Y aunque todas estas cosas parecen grandes, con todo eso lo fué tanto más el suceso en que pararon, que casi parecerá increíble. Porque llegó a tal extremo la fuerza y brío de los españoles, que echaron de la palizada a los contrarios que pasaban de doce mil, con ser ellos tan pocos, como está dicho. Y no contentos con esto fueron en seguimiento suyo por lugares asperísimos y casi impertransibles, por los cuales se iban los indios metiendo de propósito teniendo por cierto que no podrían ir caballos por donde ellos iban. Pero con todo eso no dejaban los nuestros de ir tras ellos, así los que estaban con don García como los demás que habían quedado fuera en las demás escuadras, que eran la de Gonzalo Hernández, y la que estaba en guarda de las piezas.

Halláse en esta batalla don Miguel de Velasco, don Simón Pereira, don Felipe de Mendoza, don Francisco Manrique, don Martín de Guzmán, don Pedro de Godoy, Gabriel Gutiérrez, Francisco Peña, Alonso de Miranda, Pedro de Aranda Valdivia y otros valerosos soldados de tanto esfuerzo y ánimo, cuanto predica el hecho de este día. Y del bando de los indios se hallaron muchos capitanes de los más nombrados de este reino, entre los cuales estaban Talcahuano, Tomé, Orompello, Ongolmo, Licura, Leocotán, Talcomara, Ancotaro, Mollalermo, Picoldo, Lipomandi, Rengo y Anauillo. De todos estos y otros de mucha fama salieron muchos heridos, y quedaron algunos muertos con gran multitud de soldados de su ejército, con no haber perdido la vida alguno de los nuestros, que fué cosa de grande espanto en todo el reino. No fueron pocos los despojos que se hallaron en el fuerte, así de las vituallas que eran en gran suma, como de las armas de todos géneros usadas entre los indios y aun algunos arcabuces que habían tomado en las victorias pasadas y mucha munición que habían rescatado a los indios yanaconas, aunque esto les aprovechaba poco por no saber usar de los arcabuces, porque al tiempo que van a ponerles fuego no tienen ánimo para tener el ojo firme en la mira, y así es lo ordinario asestar el arcabuz hacia bajo con particular providencia divina, pues a saber aprovecharse deste instrumento no hubiera hoy cristiano en todo Chile. Halláronse también cinco piezas de bronce que habían los indios ganado al mariscal Villagrán en el desbarate de la cuesta de Alaraquete, que no fué cosa de poca estima en este reino, pues lo fuera en cualquier otro donde hay más aparejo para hacerse. Y aunque de lo que resulta de las victorias de don García referidas, lleva la historia consigo más puntual ponderación que los comentarios pudieran atribuirle, con todo eso me parece haber sido ésta tan insigne que cualesquier alabanzas que en este lance se acumulasen no deberían tenerse por exageraciones, pues cuanto más quisiésemos subirlas de punto no habríamos llegado a ponerlas en el que ellas están de suyo, ni sería exceder de los límites de la moderación el contar a este caballero en el número de aquellos famosísimos vencedores que cuentan las historias antiguas, como Ciro, triunfador de los persas y babilonios, y Darío, hijo de

Histaspis, que venció a los Yonas en batalla naval, y Arsaces, que con gran ejército de scitas venció a los partos y al rey Seleuco de Siria y, finalmente, a los hircanos, y Cleómenes, capitán de los lacedemonios, que rindió al adalid de los aqueos, llamado Arato, y a los de la inexpugnable ciudad de Argos. y el famosísimo Demetrio Poliorete, hijo de Antígono, rey de Macedonia, que alcanzó victoria de los babilonios y chipriotas, y Epaminondas, príncipe de los tebanos, que alcanzó ilustres victorias de los lacedemonios en diversos encuentros. Porque si lo que hizo a todos éstos ser famosísimos fué el haber conseguido triunfos sobre ellos con opulentos ejércitos, ¿cuánta mayor gloria será haber vencido tan ilustremente y con tan extraordinarias circunstancias tan gran número de enemigos, teniendo tan pocos hombres de su bando? Y sí eternizó tanto su nombre el espartano Leónidas por haber acometido al opulentísimo ejército de Jerjes con sólo cuatro mil soldados, saliendo finalmente victorioso, no sé yo en qué predicamento se podrá poner el nombre de don García, que se abalanzó con sólo veinte entre tan excesivas huestes de bárbaros araucanos. Mayormente habiendo hecho él una hazaña tan aventajada a la de Leónidas, como fué entrarse no solamente el delantero, pero sólo, sin mirar quién le seguía, el cual hecho o caso semejante fué tan eficaz para ennoblecer en el mundo la fama de Arquidamo, príncipe de los lacedemonios, que solamente por haber saltado el primero de todos sus soldados en la galera del contrario, en la batalla naval que tuvo con Pílón, sin haber perdido el escudo ni recibido herida, se celebró tanto su nombre que está hoy tan fresca la fama de este hecho como si ayer hubiera sucedido. Por lo que se puede muy lícitamente inscribir don García en el número de aquellos famosísimos triunfadores: Lucio Atilio Calatino, que triunfó de los sardos; Libio Salinator, de los ilirios; Marco Atilio, de los salentinos; Paulo Emilio, el menor, de los ligurios; Mecenio Agrippa, de los sabinos; Marco Antonio, de los armenios; Marco Aquilio, cónsul, del rey Aristónico; Marco Curio, de los samnitas y otros semejantes que refieren las historias antiguas. Y, en consecuencia de esto, se le debería dar a este tan excelente caballero un y aun muchas de las coronas con que la república romana y algunas otras honraban a los vencedores. y en particular la corona que llamaban castrense, la cual se daba al soldado que entraba primero que los demás en los reales de los enemigos. Y por el consejo se le debía dar la corona llamada mural que se ponía al primero que escalase el muro o entrase por fuerza de armas en el alcázar de los contrarios. Mas ya que nuestros siglos no son de aquellos en que estaba en uso este género de premios para los triunfadores, se debe siquiera procurar que no estén escondidas en la oscuridad del silencio hazañas tan memorables y dignas de ponerse en historia. Ni es razón que consintamos que los indios sean tan arrinconados en todo que aun las cosas que tienen para salir en público en todo el mundo y ponerse delante de la provincia o reino más felice, las dejemos por sólo descuido estar debajo de la tierra, y más resultando esto en honor de los españoles, que por gran negocio y nobleza de nuestra prosapia traemos en la boca a cada paso al Cid y a Bernardo del Carpio, de los cuales no sabemos haber hecho con la espada en la mano lo que en este trance hizo don García. Y lo que más es de alabar en este caballero, fué el haber hallado tan en la manga la benignidad y clemencia que al tiempo de su mayor coraje, aun no se había bien dado fin a la batalla, cuando usó della mandando quitar de los palos ciertos indios, de los cuales estaba haciendo justicia el maese de campo Alonso de Reinoso por haber sido autores desa sedición y alboroto. Y en particular usó de esta su piedad acostumbrada con un indio llamado Peteguelen, de edad de veinticuatro años, de muy linda disposición y gallardía, hijo de Cayo Mangue, cacique del valle de Arauco, el cual estando con la soga

a la garganta, como vió pasar al gobernador se asió de un estribo de su caballo sin haber traza de dejarlo hasta llegar al sitio de la casa fuerte, donde le sirvió de lo que se dirá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XII

De la reedificación de la casa fuerte de Arauco hecha por don García, donde le intentaron matar a traición los indios. Y de una batalla que hubo entre dos caciques por causa de una mujer

Lo primero que don García hizo habiendo conseguido este felice victoria, fué dar gracias a Nuestro Señor por tan excelente beneficio recibido de su mano, procurando que todos los suyos hiciesen esto con la mayor solemnidad y devoción que fué posible. Así lo acostumbraron en semejantes ocasiones los santos macabeos y en particular cuando se vieron libres de las manos de Demetrio y Jasón, que así como habían acudido a Dios en la tribulación para que los socorriese, así también cuando se vieron favorecidos de su majestad tuvieron cuidado de darle las gracias diciendo que pues habían tenido diligencia en acudir a Dios en el tiempo de la necesidad ofreciéndole sacrificios, también era razón no descuidarse en hacerle las debidas gracias por haberlos librado de tan evidente peligro. Y lo contrario es cosa muy vituperable y aun vituperada en la divina escritura, como se escribe en el libro de Ester, donde se pondera mucho la fealdad de la ingratitud, mayormente de aquellos que, olvidados de los beneficios, ofenden al autor dellos, y así dice expresamente estas palabras: por no ser dignos ni capaces de tanta gloria, se vuelven contra aquel que la puso en sus manos. Y no se contentan con dejar de darle gracias por los beneficios, quebrantando los derechos entre los hombres, mas también se persuaden a que se escaparan de la sentencia de Dios, que ve todas las cosas. Por lo cual los hombres circunspectos y bien mirados no solamente tienen advertencia de dar gracias a Dios por sus misericordias, pero también las dan a los hombres de quienes han recibido algún beneficio, y aun a los que han hecho cosas que resultan en provecho suyo. Tanto que oyendo decir Thou, rey de Emath, que David había ganado por las fuerzas de armas a Siria de Damasco destruyendo a Darecer, envió a su hijo Jorán a que le diese las gracias de su parte, con haber hecho David su negocio solamente porque redundaba en utilidad del mismo Thou. Y llegó el negocio a tanto que aun por las buenas obras que uno hace a su mesma patria suelen los amigos della rendirle las gracias, como lo hicieron los romanos recibiendo a Clominio, embajador de Jerusalén, con la buena nueva de la victoria que Simón Macabeo había ganado para aquella insigne ciudad, por lo cual se sintieron ellos obligados a Simón como si hubiera arriesgado su persona por el mismo pueblo romano diciendo entre sí mismos estas palabras: «¿Qué acción de gracias será bastante de nuestra parte para Simón y sus hijos, pues ha restituido a sus hermanos y destruido a sus enemigos?»

Hecho esto llegó el gobernador al valle de Arauco, donde alojándose en el sitio donde había estado la casa fuerte, trató muy despacio con el indio Peteguelen, el cual iba con él asido de su estribo, que enviase mensajeros a su padre y a los demás señores de los estados para que acabasen ya de allanarse reconociendo las ventajas de parte de los

españoles, pues ninguna vez habían entrado con ellos en juego que no volviesen con las manos en la cabeza, con ser los bandos tan desiguales como ellos mismos veían por sus ojos. Y que debían de juzgar ser ternidad de bárbaros el querer resistir más a gente por quien peleaba Dios, favoreciéndoles tan manifiestamente por ser cristianos que profesaban y guardaban su santa ley a la cual estaba obligado todo el mundo. Ultra de que con esto se acabarían sus inquietudes y trabajos y vivirían muy a gusto con los cristianos por ser hombres de razón, políticos y de buenos respetos. Y que él en particular se ofrecía a tenerles por hijos favoreciéndolos y regalándolos sin permitir que persona alguna les hiciese agravio. Y sobre todo esto que mirasen les iba en ello la salvación, la cual se alcanza viviendo cristianamente y no como ellos en su gentilidad y ritos antiguos en que los tenía instruídos el enemigo del linaje humano para llevarlos al fuego del infierno eternamente. Fueron tan eficaces estas y otras persuasiones de don García para convencer a los indios, que casi todos los circunvecinos a los estados acudieron pacíficamente a sujetársele, y primeramente Cayo Mangué, padre de Peteguelen, y tras él el cacique Colocolo, Longonabal, Petumilla, Carilemo y otros capitanes de mucha estima con todos sus vasallos y secuaces. Todos los cuales se allanaron con verdad y sin fingimiento, quedando la tierra con casi total seguridad, de suerte que se caminaba de una ciudad a otra sin algún riesgo o muy extraordinario. Y viendo don García el felice estado en que se iban entablando las cosas del reino, edificó la fortaleza poniéndola por presidio de los estados, la cual fabricó con gran firmeza aprovechándose de la mucha gente que tenía a mano de la que había venido de paz para servirle. Y así la fortificó con altas murallas y le dió dentro suficiente aposento para muchos soldados y grandes caballerizas para sus caballos. Y porque en todo estuviese cómoda y sin inconvenientes, mandó cubrir los techos de teja y hacer pozos de agua muy profundos y bien labrados y tomó esto tan de propósito que no quiso salir de allí en mucho tiempo hasta dejar la tierra segura de todo punto. Para lo cual enviaba a menudo corredores del campo que limpiasen la tierra de enemigos si acaso quedaban algunos y les talasen sementeras y haciendas para que, compelidos de la necesidad, viniesen a sujetarse.

No fueron pocos los trabajos que don García padeció en este tiempo, porque demás de no comer otro pan sino de cebada, teniendo los demás regalos a este tono, le apegaba mucho la máquina del gobierno cargada en hombros de persona tan tierna en la edad, habiendo de contentar hijos de tantas madres y averiguarse con todos conservando su autoridad sin faltar en mostrarles buen semblante, y sucedióle un día que salió de la fortaleza a pasearse con cincuenta de a caballo, que llegó un indio de los rebelados y mostrándose en su presencia le pidió la mano para besársela y cogiéndola de repente le metió en ella con gran disimulación un grano de oro que pesaba más de veinte pesos. Entendió luego él que aquel indio venía con alguna demanda, pues hablaba con obras de antemano. Y así fué, como lo suele ser comúnmente, porque explicando el indio su petición dijo que ciertos corredores de la ciudad de Cañete le habían llevado a su mujer con un hijo, por lo cual estaba muy afligido y no sabía otro remedio sino acudir a su señoría por la pública fama que de su benignidad volaba por la tierra. Respondióle el gobernador que ya su dureza dellos era tan inflexible y demasiada que cerraba las puertas a la clemencia, mayormente porque jamás cogían españoles a las manos que no les despedazasen viendo que los españoles perdonan cada día a muchos de los que cogen con el hurto en las manos. Mas

con todo esto quería concederle lo que demandaba para que echase de ver la diferencia que había de la nobleza de los cristianos a su dureza y villanía. Y juntamente le volvió su grano de oro para que entendiese que no lo hacía por codicia sino por hacer como quien era. Habiéndole despachado con gran contento, ponderó el gobernador delante de los suyos cuánta verdad sea lo que comúnmente se dice que todo el mundo es uno, pues había tomado aquel bárbaro por medio para negociar a gusto el cohecharle con dinero, siendo este el medio más eficaz que suele hallarse para todos los negocios y no menos en los de guerra que en otros de cualquier género. Y así cuando la codicia se había arraigado más en los pechos de los romanos, le pareció a Jugurta que tenía llano el camino para salir con la suya a fuerza de dineros y así cuando salió de la ciudad para poner en ejecución sus intentos, que eran de rebelarse, volvió la cabeza hacia ella y se la puso a mirar diciendo: «Ciudad vendible, poca dificultad tenemos en efectuar nuestro negocio.» Lo cual se experimentó después trayendo él su ejército por Numidia, que siendo enviados diversas veces algunos cónsules por emperadores del ejército romano, no salían con cosa que el senado pretendiese porque luego entraba el dinero de por medio con el cual cerraba los ojos y tapaba las bocas Jugurta a los cónsules, y así se hacía todo noche.

En este tiempo sucedió que, reparando algunos indios rebelados en que por fuerza de armas iba su negocio perdido, acordaron de guiarlo por otra vía intentando matar a don García a traición. Habiendo elegido para efectuarlo la persona que parecía más sagaz y astuta, lo quisieron poner en práctica desta suerte: que el indio electo llamado Mecial, que era muy valiente y animoso, llevase al gobernador un presente de fruta para que al tiempo de recibirla cerrase con él y le matase. Y para esto le ofrecieron gran suma de oro en recompensa y premio de tal hazaña. Mas como Nuestro Señor guardaba a don García con particular providencia, movió el corazón del cacique Colocolo a que enviase un hijo suyo a dar aviso a don García de la traición que contra él se tramaba secretamente. Agradeció mucho don García este aviso remunerándole como noble caballero, y poniendo resguardo a la maraña, previno algunos soldados que estuviesen a punto para coger a manos al traidor al tiempo que él quisiese poner las suyas en su persona. Y llegando el indio con su canastilla de fruta a coyuntura que el gobernador se levantaba de dormir la siesta, le echaron los soldados mano y le hallaron un puñal escondido para matarle como él luego confesó, descubriendo todos los autores de la traición interrumpida, en lo cual se manifestó la astucia y sagacidad de los indios, que intentaron usar de la traza con que entregó Judas al Salvador dándole beso de paz al tiempo que le ponía en manos de sus enemigos, donde se descubre claramente lo que ha poco dijimos acerca de la fuerza que tiene el oro para mudar los corazones haciéndolos acometer maldades y, traiciones no sólo contra los extraños, pero también contra los suyos. Bien claro se vió esto mismo cuando Mirtilo, coligado de Pelope, entregó a Hippodamia, hija de Oenomas. Y con la misma codicia mató Polimnester, rey de Tracia, a Polidoro, y, finalmente, alude a esto la traición de Aníbal, hijo de Asdrúbal, que mató a Cornelio cónsul con achaque de tratar con él los medios de paz entre los cartagineses y romanos. Habiendo don García sacado en limpio la mala intención de los indios, mandó traer ante sí a los más principales de ellos y les habló con razones graves y prudentes intimándoles mucho la dureza de sus corazones y cortedad de sus entendimientos. Y sobre todo les dió a entender cuán favorecidos y amparados de Dios son los cristianos, pues en cosa que ellos trataban tan ocultamente, no quiso Su Majestad que se encubriese tan pernicioso fraude por guardar

sin lesión al que era cabeza de su pueblo, para que acabasen ya de conocer que el pensar de prevalecer contra los cristianos era quimera indigna de hombres de entendimiento. Y con esto los despidió perdonándolos a todos y entre ellos al indio Metical, que venía por, ejecutor de la traición ordenada entre ellos.

En este tiempo era capitán de Cañete de la Frontera Gonzalo Hernández Buenos Años, el cual tuvo noticia de dos grandes escuadrones que venían de diversas comarcas a juntarse en un lugar, y entendiendo que era su intento coadunarse para dar sobre la ciudad como era costumbre, se alborotó en gran manera y salió luego con ochenta hombres a ponerse en defensa della. Mas como entre los indios fuese manifiesto el motivo de aquella gente armada, acudieron muchos dellos a sosegar al capitán informándole de que aquellas escuadras eran de capitanes encontrados entre sí por haber el cacique Marcomán hurtándole su mujer al cacique Aynaval, y a esta causa salía el ofendido con mano armada a vengarse del adúltero y él defenderse del agresor con toda la gente de su distrito. Y estándole certificando desto los indios yanaconas, llegaron mensajeros de los capitanes desafiados cada uno por diverso rumbo a rogarle que no saliese de su casa, pues era negocio que a ellos solos incumbía el mirar por su honor y volver por sus personas. A esto respondió Gonzalo Hernández que viniesen luego ante él los capitanes a representarle sus quejas, donde no que iría sobre ellos a destruirlos. Parecióle ésa buena coyuntura al agraviado para alcanzar justicia, y así obedeció acudiendo sin réplica, y lo mismo hizo el cacique Marimán creyendo que libraría mejor poniendo su negocio en manos de juez que no era parte en el negocio que el avenirse con quien tan justamente se tenía por injuriado. Y viniendo los dos a la presencia del capitán Gonzalo Hernández, fueron reprendidos de él asperamente por haber intentado averiguar la causa por sus mismas personas sin hacer caso del juez a quien competía desagraciar y hacer justicia desapasionadamente. Y hecha información sobre el caso, mandó traer a la india, llamada Crea, que era muy blanca y hermosa de las que andan entre holandas, y en presencia de todos la entregó a su marido Aynaval con intento de proceder en la causa contra el robador Marimán, el cual dió por excusa solamente la flaqueza de la carne inclinada al mal. Y juntamente suplicó al capitán que le adjudicase la india, pues Aynaval tenía tantas mujeres que no le podría ésta hacer falta alguna. Y para esto ofreció gran parte de su hacienda al indio agraviado rogándole que le vendiese a Crea, pues era de tan poco crédito para con él. A lo cual respondió Aynaval que no lo creyese ni esperase tal cosa en los días de su vida aunque le diese el oro de todo el reino. Y como el capitán Gonzalo Hernández puso la india en manos de su marido, las ensangrentó él luego en ella cortándole la cabeza en presencia de todos con tal presteza que cuando acudiesen a quitársela estaba ya la cabeza quitada de los hombros. Y no es nuevo en el mundo haber disensiones y batallas por mujeres; que la prolongada guerra de la famosísima Troya y la total destrucción de ella, no tuvo otro origen sino una mujer, que fué Elena, la cual sacó París troyano de casa de su marido Menelao. Y la guerra entre Pelope y Oenomas sucedió por haber negado él, Oenomas, a su hija Hippodamia al rey Pelope, que se la pedía en casamiento. Dejo aparte la historia infalible que refiere la muerte y estrago de Sansón y los filisteos, originada de la hermosura de Dalila. Esta fué la causa de la sangrienta guerra entre Piritoo y los Centauros, que hurtaron mañosamente a Hippodamia, hija de Atracio y mujer de Piritoo. Y también refiere Volaterráneo haber sido muerto Arquelao, rey de Macedonia, a manos de un mozo llamado Craliba por no haberle concedido el rey su hija

en matrimonio. Y no es menos sabida la guerra que hizo Pericles a los Amios por Aspasia, de quien estaba Pericles aficionado. Pero mucho más notoria es la famosa guerra entre Turno y Eneas por haber pretendido ambos casarse con Lavinia, hija del rey Latino. Y si se ha de dar crédito a algunas de las cosas que cuentan los poetas, fué notable el desafío entre Hércules y Neso por causa de Yanira, por la cual tuvo el mismo Hércules otra batalla con Arquelao. Y no me quiero detener en referir la guerra entre Tolomeo y Alejandro, rey de Siria, por causa de Cleopatra, hija del mismo Tolomeo. Ni el incendio que Alejandro puso a Persépolis instigado por Thaidis, su amiga. Ni el alboroto que se levantó por causa de Lucrecia. Ni la destrucción de Antíoco, que al tiempo que traía guerra contra los romanos fué vencido y desbaratado por dejarse llevar del amor y regalos de Calcidene. Ni la muerte de Antonio Commodo, emperador, por mano de Atleta, instigado de Marcia, aficionada más al Atleta que al emperador Antonio. Solamente, quiero hacer memoria del calamitoso suceso que todos saben ocasionado del amor que el rey Rodrigo de los godos tuvo a la hija de Juliano prefecto de Tingitania cayendo con ella en adulterios, por lo cual convocó su padre grandes huestes de moros que le ayudasen a tomar venganza trabándose guerra tan sangrienta que murieron sesenta mil de ambas partes. A esto alude la historia de la guerra que Luchino, conde de una parte de Italia, hizo a Ugolino Gonzaga por haber cometido adulterio con su mujer, Isabel, según cuenta Volaterráneo. Y aun el santo Gandulfo mártir fué entregado a los enemigos por haber reprehendido a su mujer, a quien cogió en adulterio, poniéndole ella en manos del adúltero que lo matase. Y no puede dejar de ponderarse el demasiado celo que hubo en el corazón de un bárbaro como éste, al cual aun no llegó aquel celo de Fano, que se dice haber sido muy estrecho a causa de haber puesto todas las puertas de su casa enquistadas y engoznadas de suerte que al abrir y cerrar hiciesen ruido, rechinando y crugiendo en los quicios, para sentir desde lejos el ruido y atalayar a la persona que entraba o salía de su casa solamente por ciertas sospechas que tenía de su mujer no muy mal fundadas, pues ella estaba tan adelante en su maleficio que para remediar esto abrió un portillo en el tejado, del cual sabían todos si no era el marido, que estaba muy seguro en nunca oír el rechinar de las puertas. Y apenas se sabe de hombre cuyo celo haya llegado a tanto encendimiento que se atreviese a un hecho como el que acometió este bárbaro delante de una persona de tanto respeto como era el capitán de la ciudad y otros muchos españoles y naturales de la tierra, si no es alguna mujer por ventura cuyo celo suele ser incomparable al de los hombres en furor y saña, como se cuenta de Dirse que puso en los cuernos de un toro clavada en ellos a una mujer llamada Antiope teniendo sos. pecha que andaba en malos pasos con su marido Lico. Y finalmente Elena fué ahorcada en un árbol por mandato de Poliza, mujer de Hipolemo, que tuvo celos de ella, siendo llevada a la isla de Rodas.

No me quiero detener en ponderar el sentimiento que tuvo el gobernador de que Gonzalo Hernández hubiese estado tan remiso en castigar al indio Aynaval dejándole ir con su gente como se vino. De lo cual resultó tornarse a encontrar los dos escuadrones y darse de las hastas de suerte que murió no poca gente de ambas partes, lo cual se evitara con haber cortado sólo una cabeza o a lo menos detenido alguno de los dos contrarios hasta que se hubiese la cólera asentado.

CAPÍTULO XIII

Del descubrimiento de minas de oro de la Madre de Dios y la fundación de la Ciudad de Mendoza y partida de don García para España

Habiendo estado el gobernador nueve meses en la casa fuerte de Arauco, no queriendo desampararla por tener a los indios más a raya y conservarlos en la paz en que había intervenido, tuvo nueva de que Francisco de Villagrán estaba nombrado por gobernador de este reino con provisiones de su majestad que tenía en su poder. Y aunque había ya don García oído algo de esto, como está dicho, pero en esta coyuntura se enteró en ello por cartas de su padre, en las cuales le mandaba que se embarcase luego para el Perú donde él estaba gobernando. Y en cumplimiento de esto se partió luego, habiendo padecido muchos trabajos en estos nueve meses, mostrando en todos ellos sereno ánimo y alegre semblante por esforzar a los suyos, sacándolos cada día a festejarse en juegos de cañas y otros ejercicios semejantes holgándose mucho con los que eran señalados hombres de a caballo, y en particular con el capitán Hernando de Aranda Valdivia, por ser extremado en este ejercicio y de mucha nobleza en su trato y costumbres. Luego que llegó a la ciudad de la Concepción, no quiso pasar sin dejar hecho algo bueno y así dió principio a una iglesia catedral juntando veinte mil pesos de oro de limosna con lo cual la dejó comenzada y es hoy el mejor templo que hay en este reino. Y para dejarlo todo puesto en orden mandó llamar al general Rodrigo de Quiroga, que estaba en la ciudad de Santiago, y le nombró por gobernador en el ínterin que Villagrán llegaba, y con esto se partió a la ciudad de Santiago para proseguir el viaje comenzado. Y como los indios vieron que se iba alejando con ánimo de salir del reino, comenzaron luego a malear volviéndose a la inquietud pasada, haciendo siempre de las suyas. Por lo cual fué forzado don Pedro de Avendaño, que era el capitán de la ciudad de Cañete, a correr el campo y dar tras los indios según su costumbre apurándolos hasta meterlos en los rincones más ocultos sin dejarles alzar cabeza ni lugar seguro. Porque demás de ser valiente y animoso, era tan gran trabajador que no cesaba de noche ni de día de andar en batallas, y era para él dar trasnochadas como si saliese a pasear por dilatación del ánimo. Estando este caballero un día en la provincia de Puren, de la cual era encomendero, teniendo consigo solos cuatro españoles, le embistieron de repente los mismos indios que le estaban sirviendo y le mataron con otros dos españoles de los que con él estaban, escapándose los otros dos mientras los demás andaban a la mesapela. Túvose ésta por muy grande pérdida por ser este caballero de grande importancia para la guerra y muy afable, liberal y comedido, y así lo sintieron todos íntimamente y mucho más el general Quiroga, que era su suegro y lo tenía sobre sus ojos.

Por otra parte, andaban afligidos otros muchos indios araucanos por ver que se alejaba don García, y así se determinaron dos caciques de Arauco y Tucapel de irse tras él a la ciudad de Santiago, que está más de sesenta leguas de sus casas, a quejarse de que los dejaba sabiendo cuánto ellos le amaban y todos los demás de aquellas provincias. Y demás de eso le representaron el temor y angustia en que estaban por haber entendido que Francisco de Villagrán había de sucederle en el oficio, el cual tomaría venganza dellos por haberle vencido y desbaratado dos veces con tanta destrucción y pérdida de su gente y menoscabo de su presunción en cosas de guerra. Admiróse don García de que hubiese

tanta lealtad en corazones de indios que les hubiese sacado de sus casas haciéndoles caminar tantas leguas; y agradeciéndoles mucho el amor que le mostraban, los apaciguó y procuró quitarles el temor que tenían certificándoles del intento de Villagrán que era favorecerles en todo y gozar de la paz en que el reino estaba sin acordarse de las injurias pasadas mientras ellos no diesen nueva ocasión con que irritarle. Y con eso los despidió dándoles muy buenos vestidos para ellos y sus criados y muchos regalos para su camino, pues se habían puesto en él por su respeto.

En este tiempo se descubrieron unas minas de oro en un río que llamaron de la Madre de Dios siete leguas de la ciudad de Valdivia, cuya riqueza fué tanta, así por la mucha cantidad como por la fineza, que llegaba a veinte y tres quilates, que acudió mucha gente del reino a ocuparse en su labranza. Dió esto a don García mucho contento viendo que su entrada y salida en Chile había sido con buen pie, y alegrándose de que la gente tuviese con qué salir de su pobreza. Y fué tanta la gravedad de estos principios respecto de haber indios de paz que labrasen las minas, que envió la ciudad de Valdivia a ofrecer a don García buena cantidad de oro para los gastos del viaje. Mas como él estaba tan desinteresado de todo esto que aun lo que le había quedado de lo que sacó del Perú lo fué repartiendo entre personas necesitadas, dejando el resto en la ciudad de la Concepción por ir más ligero, respondió que les agradecía mucho la voluntad y oferta que le hacían y se alegraba mucho de que en su tiempo se hubiese descubierto tal tesoro para remediar sus necesidades.

Estando ya don García de Mendoza para partirse, llegó nueva de que el marqués, su padre, virrey del Perú, había fallecido muriendo a la manera que había vivido, dejando a estos reinos grandes prendas de su salvación por la mucha cristiandad notoria a todos particularmente en limosnas y obras pías en que fué muy señalado. Y habiendo en la ciudad universal sentimiento por la noticia que del tenían y por los indicios que se veían en su hijo, se juntaron dos causas de dolor para todos: la una, la partida del marqués al otro mundo, y la otra, la de, su hijo a otro reino. Y aunque don García tuvo el sentimiento y dolor concerniente a la obligación filial a tan buen padre, de quien había sido amado con más muestras de afición que a esotros hijos, con todo eso no se entibió entre el luto, lágrimas y exequias de emplearse en las obras que siempre acostumbra. Y así quiso por fin de su viaje fundar una nueva ciudad para que con ésta fuesen siete las pobladas por su mano. Y para esto puso los ojos en el capitán Pedro del Castillo, natural de Villalva del rey en la Rioja, encargándole este asunto como persona de quien tenía satisfacción por muchas experiencias en que se había mostrado. Y dándole la instrucción del lugar, traza y circunstancias del pueblo que había de edificarse, lo despachó con alguna gente enviándolo a esotra parte de la cordillera, donde quería que la ciudad se fabricase. Partió este capitán de la ciudad de Santiago con intento de poner en ejecución puntualmente lo que el gobernador le mandaba. Y llegando a la provincia de los Guarpes, fué recibido del cacique Ocoyunta y otro llamado Allalme con algunas que ocurrieron de aquellos valles, cuyos nombres eran Gueimare, Anato, Tabaleste y otros, obedecidos de todos los indios del contorno. Todos éstos son indios de pocos bríos y consiguientemente muy quitados de cosas de guerra, y así recibieron a los españoles sin resistencia permitiéndoles no solamente hacer asiento y edificar pueblos a su gusto, sino también se dejaron sujetar dellos, así en el servicio personal como en los tributos, que desde luego les impusieron.

Viendo el capitán Castillo esta comodidad tan apacible, buscó el sitio más oportuno para fundar la ciudad según le era mandado, y habiéndolo considerado atentamente la edificó en la provincia de Cuyo en un valle llamado Guentota, por ser lugar fértil y bastecido, no menos sano en sus aires que apacible en su contorno. Y habiendo comenzado la fábrica de esta ciudad, le puso por nombre la ciudad de Mendoza por respeto de don García de Mendoza, que había reservado este título para echar el sello a las fundaciones de las ciudades que edificó en Chile, queriendo primero cumplir con los dictados de sus padres y abuelos que con su propio renombre, por el cual era conocido. Habiendo salido con esta obra el capitán Pedro del Castillo, nombró luego los vecinos de la ciudad, señalando a cada uno la parcialidad de indios que habían de tributarle, lo cual se ejecutó sin contradicción de parte dellos. Antes están tan sujetos a los españoles, que siendo enviados dellos suelen ir a servir a otras ciudades, como son Santiago y la Serena, que cualquiera dellas está distante de sus tierras más de sesenta leguas, en cuyo camino está interpuesta la grande cordillera nevada. Está esta ciudad de Mendoza en la misma altura que la de Santiago, que son treinta y tres grados; cógese en su distrito mucho trigo y cebada y gran abundancia de frutas de Castilla trasplantadas en esta tierra. Hay también mucha abundancia de viñas, ganados de todas especies y peces de ríos y lagunas. Y lo que en esta tierra es de más fama entre las cosas de comidas son las granadas, las cuales son muy grandes y sin pepita, lo cual fuere gran falta con otras que no son granadas ni aun merecen tal nombre por estar sin pepita, antes les estuviera muy bien tenerla.

En tanto que el capitán Castillo andaba ocupado en esta obra, puso don García en ejecución su viaje repartiendo entre pobres las pocas alhajas que le quedaban, habiendo dado la mayor parte dellas en la ciudad de la Concepción -como poco ha dijimos-, teniendo por uno de los mayores blasones de sus hazañas el haber entrado con mucho carruaje y salir tan desnudo que por más extremo se embarcó con sólo un vestido de bocacé, que suele servir de aforros y no de materia principal del ropaje, queriendo, por ventura, manifestar en esto que no llevaba cosa metida entre el aforro y lo exterior de la ropa, teniéndose por muy rico en llevar los corazones de todos y la buena fama de un gobernador mozo y viejo, pobre y rico, novel y experimentado, grave y afable, que había estado dos años en el reino y dejaba hechas obras que parecían haberse hecho en ciento,

Resumen de las obras memorables que el gobernador don García Hurtado de Mendoza hizo, en Chile con algunas de las calidades de su persona y origen de su prosapia

Don García Hurtado de Mendoza fué hijo de don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, y de doña María Manrique, y nieto de Diego Hurtado de Mendoza, marqués del mismo estado y de doña Isabel de Bobadilla; segundo nieto de don Honorato y doña Francisca de Silva; tercero nieto de Juan Hurtado de Mendoza, señor de Cañete, y de doña Inés Manrique; cuarto nieto de Diego Hurtado de Mendoza, señor de Cañete, y de doña Teresa de Guzmán; quinto nieto de Juan Hurtado de Mendoza, alférez mayor y ayo del rey don Enrique tercero, y de doña María de Castilla, hija del conde Tello, hermano del rey don Enrique; sexto nieto de Juan Hurtado de Mendoza, señor de Mendibil; séptimo nieto de Hurtado de Mendoza y de doña María de Mendoza, señores de Mendoza y Mendibil; octavo nieto de Lope Díaz de Mendoza y doña María de Haro y Salcedo; nono nieto de Diego López de Mendoza; décimo nieto de Lope González de Mendoza;

undécimo nieto de Gonzalo López de Mendoza; duodécimo nieto de Lope Íñiguez, señor de Lodio; treceno nieto de Íñigo López; catorce nieto de Lope Íñigo; quince nieto de Íñigo López, diez y seis nieto de Lope Sánchez, mayordomo mayor del rey don Sancho el Mayor; diez y siete nieto de García Sánchez, señor de Lodio; diez y ocho nieto de don Sancho, señor de Vizcaya; diez y nueve nieto de Lope, señor de Vizcaya; vigésimo nieto de Íñigo, señor de Vizcaya; vigésimo primo nieto de Íñigo López, señor de Vizcaya; vigésimo segundo nieto de Zuria, señor de Vizcaya, de donde consta ser el linaje de don García por parte de su padre de los de mayor antigüedad que hay en España, pues apenas hay algunos de quien se sepa veintitrés generaciones por los propios nombres de las personas como se sabe de éste. Y vista la genealogía por parte de su madre es poco menor la diuturnidad del tiempo, porque se viene derivando esta sucesión por nombres conocidos. Porque su madre fué doña María Manrique, hija de don García Hernández Manrique, conde d Osorno, y de doña María de Luna y su bisabuelos por parte de madre fueron don Pedro Manrique, conde de Osorno y comendador mayor de Castilla, y doña Teresa de Toledo, y es tercero nieto de don Gabriel Manrique, conde de Osorno y comendador mayor de Castilla, y de doña Aldarza de Vivero; cuarto nieto de don García Hernández Manrique y de doña Isabel de Haro; quinto nieto de don García Hernández Manrique, Adelantado mayor de Castilla, y de doña Teresa de Toledo; sexto nieto de don García Hernández Manrique, señor de Ávia, y de doña Urraca de Leiva; séptimo nieto de don García Hernández Manrique; octavo nieto de don Pedro Manrique y de doña Teresa de Sotomayor; nono nieto de don García Hernández Manrique; décimo nieto de don Hernando Pérez Manrique y de doña Teresa García de Braga; undécimo nieto de don Pedro Manrique el viejo; duodécimo nieto de Aymeric de Narbona, descendiente de los antiguos condes de Barcelona y de los condes de Tolosa.

Era don García de buena estatura, aunque no muy alto, algo metido en carnes cuando yo le conocí, que fué en el reino del Perú en tiempo que le gobernaba y era de más de cuarenta y nueve años; tenía el rostro grande y lleno, blanco y de lindas facciones. Y mirado todo él, así pieza por pieza como todo junto, era hombre de tan ilustre persona y tanta gravedad en su semblante, que cualquiera hombre que le topara, aunque no le conociera, le guardaba el respeto que se le debía. Porque juntaba admirablemente extraordinaria gravedad con alegría y buen semblante, según era menester para su oficio y estado, que era de gobernador, el cual incluye en sí la autoridad de la justicia y la afabilidad de protector y refugio de los suyos. Era hombre loable a maravilla en sus costumbres, porque jamás le vieron jugar viejo ni mozo, ni en esta coyuntura en que tuvo tanta mano en Chile, usó de ella para descomponerse en cosa menos honesta ni injuriosa a las cosas de los moradores; antes se vió en él una perpetua circunspección con que edificaba a todos universalmente. Era muy amigo de no negar a nadie la puerta para negociar con él, porque no le pusiesen la calumnia con que acusaba Absalón a su buen padre David, notándole de hombre retirado que no daba patente puerta y audiencia a los suyos, y procuraba consolarles a todos trazando las cosas de manera que los contentase a todos dando a unos y entreteniendo a otros con suavidad de palabras hasta ofrecerse cosa con que contentarlos. Gustaba mucho de acudir a las cosas pías, como a sermones, fiestas de templos particulares, procesiones generales, edificios de iglesias, hospitales y semejantes obras, a las cuales puso siempre el hombro así en este reino de Chile como en el Perú, siendo virrey en él por espacio de más de seis años. Y era para él día de grandes

júbilos aquel en que se consagraba a Dios algún templo de las ciudades que edificaba o cualesquiera otros que fabricaba en otros pueblos, donde con grande exaltación levantaba las manos diciendo las palabras del rey Salomón: «Poned, Señor, los ojos en este tabernáculo, para oír en él con piadoso oído los unísonos cantos, devota oración y humildes ruegos de vuestros siervos, de suerte que estén vuestros ojos abiertos y vuestros oídos atentos a ésta, de la cual dijistes: «Estará mi nombre en ella.» Y a este tono iba prosiguiendo su oración por las mismas palabras y otras semejantes a las que en el sagrado texto se refieren. Y procuraba que se hiciese la dedicación con gran solemnidad y músicas de voces e instrumentos como se usaban en los tiempos del rey Ezequías, cuando se postraban todos con gran veneración mientras duraba el sacrificio, humillándose el mismo rey señaladamente, dando ejemplo a los demás con palabras y obras, persuadiéndoles a que alabasen a Dios con las palabras de David y Asaf profeta, en los cuales días eran extraordinarios los júbilos de este rey y todo su pueblo viéndose empleados en cosas de Dios y su divino culto. Y procuraba autorizar mucho con su persona los sermones en estos y otros semejantes días imitando a los príncipes del tiempo de Esdras, que se esmeraban mucho en este punto. Mas lo que sobre todo resplandecía en este príncipe era la caridad y clemencia no sólo en limosnas y benignidad con que se inclinaba siempre a lo menos riguroso, sino muy en particular en lo que toca a no exasperarse ni desabrirse con alguno, de suerte, que jamás se vió en él espíritu de venganza ni hacía caso de las injurias aunque viniesen a sus oídos las palabras descompuestas de algunas personas, que nunca faltan en el mundo por más justificado que sea el que gobierna. Y yo supe de boca de una persona muy grave que trataba con él en particular las cosas de su conciencia, que en toda su vida se fué a dormir noche alguna con rencor o desabrimiento con su prójimo, lo cual mostraba bien su trato y modo de proceder en todas las ocasiones ocurrentes. De manera que ni se alteraba con repentina cólera como otros suelen, ni tampoco guardaba las obras o palabras que eran en su ofensa, mas echándolas por las espaldas no hacía más caso de ellas que si tocaran al gran turco. Y esto no sólo era para con gente vulgar, sino también en muchos lances que se ofrecían entre personas graves, donde tuvo grandes ocasiones para mostrar los dientes y romper con todo muy lícitamente según convenía a su oficio, y con todo eso era tanta su reportación y su sufrimiento, que pasaba por todo disimulando y aun perdiendo algo de su derecho por no venir en rompimiento. Porque tenía por cosa de grande importancia el sufrir algo a los principios, aun en negocios que podía no sufrirlo, en razón de no oponerse en quintas obligándose a salir con la suya con notable baja y detrimento de otro y escándalo de todo el pueblo. Y aun en las cosas que rastreaba, antes que sucediese, que se había de ofrecer ocasión en que hubiese algo desto, prevenía él, ganando por la mano en convidar de su voluntad a lo que aguardando al punto crudo había de ser condescendencia. De lo cual soy yo testigo que hice en esto particular reflexión muchas veces, advirtiendo la grande reportación y prudencia de don García. Y si hubo algo en que murmurasen de él comúnmente, era esto de sufrir demasiado y el no estrellarse y atropellar personas graves en cosas concernientes en su oficio.

Mas viniendo a tratar de su entendimiento y juicio, me parece que atasco en este caso por no saberlo describir, según él era y el concepto que yo tenía dél, con mucho fundamento. Cosa cierta es que en un ingenio, por claro que sea, hay diversas habilidades y talentos, de suerte que unos son agudos y sutiles por cosas delicadas y metafísicas, otros llenos de

elocuencia, de la cual procede la que se expresa por la lengua, otros dotados de grande inventiva y discurso, con multiplicidad de conceptos sabrosos y galanos, otros fáciles para dichos salados y graciosos, otros para cosas artificiosas que proceden a las obras exteriores, y otros, finalmente, de grande peso y profundidad para penetrar las cosas prudentiales y dar buen orden y traza en todas ellas sin faltar punto en la prevención y resguardo conveniente; y habiendo de explicar en cuál de estas habilidades y excelencias tenía don García conocido caudal, me hallo tan llenas las manos de todo esto, que casi estoy perplejo viendo que en todo ello tenía eminencia. Porque de lo que es dichos agudos a propósito de cualquier materia, no hay persona de las que le conocieron a quien no le conste cuán corto quedo para haberlo de referir, no teniendo suficiencia para otros semejantes a los suyos. Y en lo que es elocuencia y maravillosa labia era un Demóstenes, hablando siempre con tanta retórica y natural artificio que era superior a todos los que le veían, aunque fuesen muy letrados, como si fueran niños delante de su maestro. No era menos lo que cabía en él acerca del dar juicio en las cosas ocurrentes, y como se hallaba ordinariamente en los acuerdos de los oidores como presidente dellos, estaba a la mira cuando conferían algunos pleitos, y al tiempo de querer resolverse en sus votos para sentenciarlos les decía: «Yo apostaré que sale sentenciado esto y esto acerca destes artículos propuestos», y de diez pleitos en que decía esto acertaba nueve, según a mí me dijeron algunos de los mismos oidores, y lo decían comúnmente cuando en conversación venían en plática de don García. Pero sobre todo esto fué eminente en la capacidad y comprensión de cosas de gobierno, tomando en breves días el pulso a las cosas y penetrándolas con gran prudencia y señorío. Y juntamente con esto sabía dar tales medios y expedición a los negocios, que en nada se ofuscaba y confundía, antes con gran facilidad daba a todo tan buen despacho que dejaba admirados a todos los que les parecía que eran enredos y marañas bastantes para atajar al hombre más prudente del mundo. Y así se vió esto en los buenos sucesos que siempre tuvo en las siete batallas que están referidas en este libro, por las cuales mereció ser contado entre aquellos famosísimos vencedores que escribimos en el capítulo undécimo y entre los insignes triunfadores que allí contamos y entre otros muchos de no menor fama, como Quinto Fabio Máximo, que triunfó de los ligurios; Marco Fulvio, de los ambracienses; Lucio Lucrecio Tricipitino, de los volseos; Mario, de los Teutones; Quinto Metello, de los númidas; Lucio Munio, de los aqueos; Marco Horacio, cónsul, de los sabinos; Pompeyo el Magno, de Yarva; Mitrídates y Antígono rey, de los judíos; Scipión Africano, de Aníbal; Lucio Valerio, de los sabinos; Marco Atilio Glabrio, de Antíoco y de los etolios; Aurelio, emperador, de Zenobia, reina de los palmirenos; Septimio Severo, emperador, de los de Arabia; Dagoberto, rey de Francia, de los de Sajonia; Papirio Nason, de los corsos; Baccho, de los indios; Gordiano, de los persas; Antonio Commodo, de los germanos. Y si Julio César, que fué el más famoso de los triunfadores, alcanzó cinco triunfos, que fueron de los franceses, de los alejandrinos, de los del Ponto, de los africanos, y, finalmente, de los españoles, ¿en qué lugar será razón poner a don García, que alcanzó siete con tan ilustres victorias, como parece por el discurso de este libro? No dudo de que si estuviéramos en tiempo de los romanos o griegos, donde se remuneraban con más aplauso las heroicas obras de semejantes capitanes, se le pusiera a don García alguna de las coronas que apuntamos en el capítulo XI, y aun todas juntas, pues todas eran correspondientes a sus hazañas. Y también estoy cierto de que se le hubieran levantado las estatuas acostumbradas en aquellos siglos a las personas tan dignas de ellas: como se le puso a Cononio ateniense

por haber usado loablemente el oficio de capitán. Y a Títo Corozano, como refiere Plinio; y a Marco Atilio Glabrio, por haber vencido al rey de Asia; y a Horacio, capitán, por haber detenido él solo a un escuadrón de los etruscos al paso de una puente; y a Claudio Marco Marcelo, por haber rendido a los franceses, siracusanos, y a Aníbal, finalmente. Y si los atenienses levantaron estatua a Foción, su príncipe, por haber hecho muchas buenas obras a la república, ¿que oiremos del que hizo tantas cuantas refiere su historia, y muchas más que ejerció en otros cargos de mayor estofa? Pero ya que las estatuas faltan, podríamos decir lo que dijo Demetrio Falerio a quien por haber gobernado a los atenienses diez años muy loablemente, le pusieron trescientas y sesenta estatuas, las cuales fueron después echadas por tierra, no pudiendo sufrirlas el ansia de los envidiosos sin que Demetrio se fatigase, porque dijo acerca de este caso: «Si derriban las estatuas, no podrán derribar las virtudes por cuya causa fueron levantadas.»

Y porque hemos tocado materia de beneficios hechos a la república, no me quiero olvidar de los que don García hizo, entre otros muchos fundando ciudades no solamente en Chile, mas también, en Tucumán, cuyo gobierno estaba en aquel tiempo anexo al chilense. Para lo cual envió al capitán Juan Pérez de Zorita a las provincias de Juries y Diaguitas a fundar tres ciudades, que son Santiago del Estero, la ciudad de Mérida y la de San Miguel. Estas son fuera de las siete que pobló en Chile, de las cuales o las más dellas se ha tratado en este discurso dejando para este resumen la fundación de la ciudad Rica y la de los Infantes, a quien puso este título por los Infantes de Lara, de quien él mismo descendía. Y porque he tocado en esta ciudad, diré un punto tocante a ella por donde se verá claramente el amor y estima en que en este reino era tenido don García. Y fué que intentando algunos llamar esta ciudad con nombre de los Confines por haber sido fundada antiguamente por Valdivia con este título, se opusieron todos los principales del pueblo a defenderlo respecto de haber sido la fundación de aquella ciudad en un sitio algo apartado de este donde está al presente la de los Infantes edificada en el valle de Angol, habiéndose arrasado por tierra la de los Confines por mano de los enemigos. Y con haber veinte años que don García estaba en España y actualmente en la guerra de Portugal sin pensamiento de volver a estos reinos, como en efecto no volvió en aquellos dos años, se juntó el poder de la ciudad a determinar lo que está escrito en un papel cuyo tenor es el que se sigue:

«En la ciudad de los Infantes de las provincias de Chile, martes, día de Santa Lucía, trece de diciembre de 1580 años, el ilustre cabildo, justicia y regimiento de la dicha ciudad se juntaron en su ayuntamiento según costumbre conviene a saber: el ilustre señor capitán Miguel de Silva, corregidor y justicia mayor, y el capitán don Cristóbal de la Cueva y Bernardino de Arroyo, alcaldes ordinarios, y el capitán Juan Morán de la Cerda, y Juan López del Barrio, y Diego de Loaisa, regidores, porque los demás que lo son están ausentes desta ciudad, y Juan Baptista Maturano, procurador y mayordomo de la dicha ciudad, por ante mí, Martín de Argarain, escribano del dicho cabildo, y público, y del número de esta dicha ciudad por su majestad. Habiendo tratado cosas tocantes al servicio de Dios Nuestro Señor y al de su majestad y bien y pro y acrecentamiento de la dicha ciudad, unánimes y conformes de un parecer y voto ordenaron lo que se sigue:

Lo primero, Nos, los dichos consejos, justicia y regimiento de la dicha ciudad de los Infantes, decimos que el gobernador don Pedro de Valdivia, primer descubridor, pacificador y poblador de esta gobernación, entre otras poblaciones que hizo, pobló este pueblo y le puso el nombre de los Confines porque señaló el sitio de él en los confines de los términos de las ciudades de la Concepción e Imperial sin le señalar ni dar términos, mas de que ordenó que tuviesen por pastos comunes las tierras y baldíos de las dichas ciudades según que todo consta y parece más largamente por los recaudos dellas, a que nos referimos, y que así es; que después se alzaron y rebelaron contra el real servicio la mayor parte de los naturales de este reino y en una batalla que con ellos hubo el dicho gobernador Valdivia le mataron y a todos cuantos con él se hallaron sin que ninguno escapase, por lo cual fué en tan gran crecimiento la dicha rebelión, que a fuerza de armas y guerra vencieron batallas campales y hicieron despoblar las casas fuertes de Arauco, Tucapel y Puren y la dicha ciudad de la Concepción y este pueblo que así se llamaba entonces, y unos se recogieron a Santiago y otros a la Imperial, y mataron muchos españoles y robando sus haciendas y asolado, quemado y destruido, y despoblado las dichas tres fortalezas y dos ciudades mediterráneas tan necesarias e importantes y se cerraron los caminos de arte que las ciudades de arriba no se podían comunicar ni socorrer con las de abajo ni sabían los unos de los otros y no contentos con tanto mal, muertes y daño como hicieron, alborotaron la dicha ciudad de Santiago, cabeza de esta gobernación, y hicieron alzar mucha parte de los naturales de sus términos y en ellos fué desbaratado y muerto el capitán Lautaro, que iba sobre la dicha ciudad y a los vecinos y moradores della pedía tributo y doncellas, capas de grana, caballos y halcones y otras cosas. Y otra vez estándose haciendo gran junta de gente en Arauco y Tucapel para vengar la muerte del dicho capitán Lautaro y su gente e ir sobre la dicha ciudad de Santiago, do había harto temor y rumor de armas por sospechase que había alianza y conformidad entre los que así habían de ir y los naturales de los términos de la dicha ciudad y por ello estar puesto todo el reino en notable peligro y necesidad. Y a esta coyuntura vino por gobernador capitán general y justicia mayor dél don García Hurtado de Mendoza, hijo segundo del marqués de Cañete, con trescientos soldados, entre ellos muchos nobles y principales bien armados y encabalgados con cantidad de artillería y municiones, aderezos y pertrechos de guerra y sin parar en tierra de paz ni llegar a la dicha ciudad de Santiago ni su puerto, en lo más recio del invierno pasó de largo a la isla de la Concepción do inverno y proveyó que la gente de a caballo llegase por el mes de agosto, que es como el de febrero en Castilla, y en este mes saltó en tierra firme y cerca de la dicha ciudad de la Concepción hizo un fuerte que llaman el de don García y una mañana amanecieron sobre él gran número de indios rebeldes y le cerraron por todas partes y le combatieron y los venció y desbarató y castigó y dende pocos días le llegó la gente de a caballo por tierra y formó ejército de cuatrocientos y cincuenta hombres y con ellos personalmente fué a conquistar y castigar los indios rebeldes y andando en ello demás de la dicha batalla le dieron otras seis, que son la de Andalicán, Millarapue, quebrada de Puren, Ongolmo, fuerte de Tucapel y la otra última la de Quiapo, en todo lo que llaman el Estado y la gente más belicosa y rebelde del reino sin otros muchos reencuentros y trasnochadas y correrías que hizo en la prosecución de la dicha guerra sin perdonar a peligro trabajo ni costa. Y hecho esto fundó y pobló en el dicho Tucapel la ciudad de Cañete de la Frontera, y asimismo pobló la dicha ciudad de la Concepción en el sitio que solía y luego subió a visitar las ciudades de arriba y pasó el lago que llaman de

Valdivia y descubrió un gran archipiélago de islas que llaman de Ancud, do después pobló en una dellas el señor gobernador Martín Ruiz de Gamboa la ciudad de Castro, y hecho el dicho descubrimiento volvió el dicho don García y en Chauracaví fundó y pobló la ciudad de Osorno, muy principal, e invernó en la de la Imperial, y a la primavera volvió a la dicha ciudad de Cañete y pasó a la provincia y valle de Arauco, y en el camino le dieron los rebeldes la dicha batalla de Quiapo, en la cual los venció, desbarató y castigó y pasó al dicho valle de Arauco, do pobló e hizo de nuevo la casa fuerte de aquel valle, y estando en ella acabaron de tomar asiento y dar la paz todos los guerreros; y de la dicha casa de Arauco envió a poblar esta dicha ciudad y la pobló de vecinos muy principales en linaje y calidades así de antiguos como de los con que la acrecentó y porque fuese ciudad y tuviese nombre correspondiente a tan principales vecinos, la nombró ciudad de los Infantes. Y demás de las batallas que venció y pacificación, descubrimiento y poblaciones dichas, envió dos navíos con capitanes y gente al descubrimiento y navegación del estrecho de Magallanes y lo descubrieron y tomó la posesión y razón de su navegación. Y demás desto el dicho don García siempre de ordinario personalmente residió en la dicha casa fuerte de Arauco los veranos, y el invierno en la dicha ciudad de la Concepción sin ir a la de Santiago ni a otras partes de recreación, aunque su edad se lo podía pedir, porque en aquel tiempo sería como de veinte y dos años, y con su gran prudencia y valor sustentaba a los soldados con mucho contento partiendo con ellos su hacienda y teniendo gran cuenta y buena orden con los heridos y enfermos, y mediante sus grandes y señalados servicios y mucha cristiandad con vida y ejemplo puso todo este reino así de españoles como naturales en tanta paz y quietud como lo suele estar Castilla la Vieja. Y se andaba y caminaba de unas ciudades a otras con toda seguridad porque de cuatro a cuatro leguas había tambos, y en los ríos, balsas y canoas, y en su tiempo se descubrieron grandes riquezas de Chuapa y las minas de la Madre de Dios de Valdivia, de do se ha sacado y saca oro innumerable. Y demás de haber reducido, poblado y pacificado este reino, envió al de los Juries que lo trajo a su cargo al capitán Juan Pérez de Zorita por su teniente general, el cual halló aquel reino tan perdido y despoblado como éste el dicho don García; y lo pobló y pacificó y se caminaba de éste a él como de una ciudad a otra, y demás de todo lo susodicho el dicho don García servía a Dios y a su majestad en la administración y ejercicio de la real justicia y buen tratamiento, doctrina y conservación de los naturales, y al cabo de tanto trabajo, peligro y gasto, dejando esta gobernación en paz y sosiego y tranquilidad y grandísima riqueza salió della, porque así lo quiso su majestad y fué muy pobre y gastado, porque sustentó ochenta criados, cien caballos y casa tan grande como cuando un señor en España se quiere señalar en algún viaje que su majestad le manda hacer. Y para que se entienda su gran valor y merecimiento, se ponga esto en el libro de cabildo y se envíe a su majestad y su real consejo de Indias un traslado con aviso del peligro y extrema necesidad, gran pobreza y inquietud con que se vive, porque después que así se fué el dicho don García, en tiempo de los demás gobernadores que ha habido se han alzado muchos naturales y se despobló la dicha ciudad de Cañete y casa fuerte de Arauco, y ésta y la de la Concepción están en notable peligro. Y con haber la mitad de los indios menos de los que dejó el dicho don García, porque se han muerto y menoscabado, y haber tres tantos de españoles en el reino de los que había en tiempo del dicho don García y muchos caballos y más mantenimientos, y con haber todo esto y los gobernadores viejos y de propecta edad, no tan solamente no pudieron sustentar la paz y quietud que el dicho don García dejó, mas se

han alzado y rebelado y han muerto muchos españoles y han puesto todo el reino en armas y se gasta la hacienda real y la de los particulares. Por tanto, pedimos y suplicamos a su majestad que al dicho don García como a tan merecedor, pues dos reinos perdidos conquistó y redujo a su real servicio, le haga merced conforme a tan grandes servicios, y mandamos que esta dicha ciudad se llame de los Infantes como él la nombró y pobló, y no de otro nombre, y que así se pregone y se le envíe un traslado de este auto en respuesta de la carta que nos escribió, y poder general para todo lo que puede esta república con facultad de sustituirlo, como a quien tanto bien hizo, y desea a esta dicha ciudad, y lo firmaron Miguel de Silva, don Cristóbal de la Cueva, Bernardino de Arroyo, Juan Morán, Juan López del Barrio, Diego de Loaisa, Juan Baptista Maturano. Pasó ante mí, Argaráin. Y yo, el dicho Martín de Argaráin escribano público y del cabildo de esta dicha ciudad de los Infantes y del rey nuestro señor, hice sacar el traslado de los autos de suso en estas dos hojas incorporadas del libro de cabildo que está en mi poder, según en él están, en la dicha ciudad de los Infantes, en 17 de septiembre de 1589 años, estando presentes por testigos el regidor Hernando Ortiz de Argaráin y Juan López del Barrio, vecino de la dicha ciudad, en fe de lo cual hago aquí mi acostumbrado signo que es tal, en testimonio de verdad, Martín de Argaráin, escribano público y cabildo.»

Hasta aquí llega el auto proveído en la ciudad de los Infantes, el cual está autorizado al tiempo que le tengo en mis manos para trasladarlo, como aquí lo he trasladado por el mismo tenor *de verbo ad verbum*. De lo cual consta primeramente cuanta verdad haya sido lo que acerca de esta historia dejó escrito don Pedro de Lobera y otras personas fidedignas de cuyos papeles, información y pláticas me he aprovechado para lo que aquí se escribe. Y también se ve con la misma claridad cuán bastantes causas dió este gobernador de ser amado, pues a cabo de veinte años de ausencia, que suele causar olvido, estaba tan fresca su memoria, mayormente no habiendo presunción ni indicio de que hubiese de venir a estos reinos, como en efecto no vino en aquellos dos años y, finalmente, consta ser verdad lo que en ésta se contiene, porque si don García tenía émulos no se habían de poner personas tan grandes a escribir en libros de sus cabildos y pregonar por las plazas cosas de que podían ser argüidos de mentirosos, y si no tenía émulos, por tanto consta más cuán querido era de todos y por consiguiente cuán suficientes motivos tenían para ello.

Esto se ha escrito con ocasión de las fundaciones de ciudades que hizo este caballero, en lo cual no le echaron el pie adelante César Augusto, fundador de Nicópolis en memoria de la victoria alcanzada de Antonio y Cleopatra, ni Darío, que fundó a Susa, ciudad de Persia; Alejandro, a Heraclea; Antíoco, a Lodicea; Boromeo, a la de Argos; Nino, a Nínive; Sichen, a Sidón; Ocuo, a Mantua; Ajeno, a Tiro; Amiclas, a la ciudad de Miclas; Neleo, a Pilón; Rómulo, a Asilo; Perano, a Masilia, y, finalmente, Manucio Placio, a Lugduno. Porque si todos éstos fueron famosos en haber fundado una ciudad cada uno dellos, mucho más debe serlo el que fundó a tantas, que ya que no son tan grandes, tampoco fueron esotras en sus principios.

Y por concluir con todo esto sólo diré la cosa más notoria que hubo en don García por no haber persona que la ignore, que es el haber sido felice en todo cuanto puso mano, así en este gobierno como en el que tuvo del Perú, donde jamás perdió victoria, ni tuvo suceso

que no fuese cual él podía desear, como se vió en la batalla naval que tuvo con el pirata inglés Richarte de Aquines, en la cual le rindió tomándole sus bajeles y prendiendo su persona por mano de don Beltrán de la Cueva, su cuñado, hijo del conde de Lemos, a quien cometió este asunto. Y en la pacificación del reino del Perú, que se iba alborotando por las alcabalas que su majestad el rey católico don Felipe puso en él, que fué negocio en que fué menester la sagacidad y prudencia de don García para que no se perdiera todo el reino, estando ya algunas ciudades inquietas y en particular la de Quito, que se hubo de allanar por fuerza de armas. Y en todas las demás cosas que le sucedieron, así en estos reinos como en España, Italia, Inglaterra, Flandes y otros lugares por donde anduvo sirviendo a su majestad siempre con felices sucesos. Por lo cual se puede comparar con aquellos varones a quien el mundo llama bienafortunados en lances de fortuna, de cuyo número fueron Diágoras, Rádano, que vió en un mismo día dos hijos suyos coronados de victoria, y Edipo, rey de Grecia, cuyo escudo era llevado por toda la ciudad cada año con grande honor y aplauso. Y Mario, que después de siete consulados murió en su casa con gran tranquilidad después de muy anciano. Y Quinto Metello, que fué el más diestro entre los guerreros, más prudente entre los gobernadores y más dichoso entre los felices. Pero porque mi asunto no es escribir la vida de don García, sino solamente en cuanto pertenece a esta historia, no he querido poner aquí más que este breve resumen dejando las demás cosas suyas, aunque estoy cierto que tenía tan aventajada materia para ello como cualesquiera otros historiadores insignes que han escrito hechos de monarcas, aunque entren en ellos Cornelio Tácito, Mario Máximo, Tulio Cardo, Tranquilo Suetonio, Optaciano, Gargilio, Marcial, Fabio Marcelo, Julio Capitolino, Elio Lampridio, Flavio Vopisco, Eutropio, Orosio, Herodiano y Apiano. Pues ni en lo que es lustre y grandeza de hazañas, ni en lo que es puntualidad en tratar verdad en lo que escribo, tengo ocasión de confesarme por atrasado, aunque lo estoy harto en los requisitos convenientes para no quitar los quilates que las cosas tienen de suyo. Y si en algo hay diferencia de aquellas historias a la mía, es en tener tantos testigos de lo que escribo cuantos fueren los lectores que en este tiempo vieren esta historia, sin que alguno me pueda argüir de otra cosa sino de muy corto en materia amplísima, donde el no ser el libro cual debe ha quedado por el autor y no por la materia.

PARTE SEGUNDA DE ESTE SEGUNDO LIBRO

En la cual se contiene el estado de las cosas de Chile en el tiempo que le gobernó el mariscal Francisco de Villagrán

CAPÍTULO XIV

De la entrada del gobernador Francisco de Villagrán en Chile y de la pérdida de algunas ciudades, las cuales restauró el capitán Francisco de Aguirre

Habiendo el valeroso don García Hurtado de Mendoza gobernado estos reinos con las ventajas que se ha dicho en la primera parte de este libro, habiendo de salir dél para

España por respeto de la partida que el marqués de Cañete, su padre, había de hacer del Perú, al cual había gobernado, quiso su majestad el rey católico don Felipe II de este nombre proveer para Chile nuevo gobierno a instancia del dicho marqués, que deseaba irse a descansar a su estado dejando hechas en el Perú memorables obras, así pías como grandiosas, mal acabadas de loar por comenzadas heroicamente, mas comenzadas a llorar por no acabadas, hasta que el mismo don García Hurtado de Mendoza, hijo suyo, vino a conseguirlas con el mismo tenor como loHabiendo, pues, de elegirse nuevo gobernador para Chile, encomendó su majestad este cargo al mariscal Francisco de Villagrán, persona en quien el dicho visorey puso los ojos por haber sido de los primeros conquistadores del reino con oficios calificados como de teniente de gobernador y general del ejército. Este caballero recibió las provisiones de su majestad estando en la ciudad de los Reyes, de la cual salió con la expedición, avío y gente que para ello le dió el marqués, virey del Perú, como persona cuya jurisdicción de oficio se extendía hasta los reinos de Chile.

Mas como en aquella sazón era anexo al gobierno de Chile todo el distrito de Tucumán, Juries y Diaguitas, parecióle al mariscal cosa expediente enviar persona que atendiese al gobierno de aquellas provincias como teniente suyo, nombrando para esto a Gregorio de Castañeda, hombre no menos prudente en las cosas de gobierno que valeroso y cursado en las de guerra, por haber sido uno de los más antiguos conquistadores. Partiósese este capitán por tierra, y el mariscal por mar dentro de pocos días, y por ser en aquel tiempo difícil y prolija la navegación del Perú a Chile, a tiempo en que había llegado mucho antes su teniente a Tucumán donde ya andaba la cosa revuelta por hacersele muy de mal a los moradores el quedarse sin Juan Pérez de Zorita, que al presente asistía en aquellas provincias por teniente puesto por el gobernador don García Hurtado de Mendoza. Luego que llegó Villagrán a Coquimbo y tuvo noticia de la refriega que en Tucumán andaba, despachó luego a un vecino de aquella ciudad de la Serena; llamado Pedro de Cisternas, natural de Valencia, para que hiciese espaldas al teniente. Y aunque llegó en breves días a la ciudad llamada Villagrán, recién poblada por el capitán Castañeda, y se dió buena maña a apaciguar la cisma poniendo al capitán Juan Pérez de Zorita a punto de partirse para Chile estando todo el cabildo de la ciudad preso por evitar ruidos, con todo eso estaba tan bien quieto que aun hasta los indios se alborotaron, matando cuatro españoles en la ciudad de Calchaquí, sin ser bastante para castigarle el nuevo teniente, que aunque fué a ello en persona con alguna gente, se hubo de retirar a toda priesa dando sobre él los naturales.

En este tiempo había en aquella provincia cuatro ciudades, que eran Nieva, Mérida, Villagrán y San Miguel, a las cuales mandó a nuevos sitios el teniente Gregorio de Castañeda, por tomar achaque de mudar también los nombres de algunas dellas de suerte que entrase allá el de Nieva y Villagrán, pues se llamaba antes Londres la ciudad a quien después se puso este nombre del mariscal y gobernador de nuevo electo. Y por ser esta mudanza contra la voluntad de los vecinos y llover sobre mojado, vino el negocio a tanto rompimiento que fué necesario apoderarse el capitán Pedro de Cisternas de una fortaleza en la ciudad de Villagrán con veinte hombres de presidio, yendo el capitán Castañeda a la ciudad de San Miguel a poner resguardo a los inconvenientes que se iban tramando. Pero las cosas iban ya tan de mal en peor que por más prevenido y sagaz que anduvo Pedro de

Cisternas en descubrir el motín que entre los indios se rugía y en dar aviso dél a todos los lugares comarcanos, con todo eso hubo de faltar en la ciudad de Mérida la fuerza necesaria para resistir a los indios, los cuales dando en ellos la asolaron con tal vigor y coraje que no solamente mataron a los hombres, mas también a las mujeres y niños, llevándolo todo tan a fuego y sangre que no quedó hombre a vida, excepto el justicia mayor, llamado Alonso Díaz Caballero.

Quedaron de esto tan atemorizados los moradores de las ciudades que viendo por una parte el atrevimiento y bríos de los indios y por otra reconociendo su poco caudal de fuerzas y pertrechos, fueron desamparando las ciudades con tanta diligencia que dentro de un mes estaban todas cuatro despobladas. Ya en este tiempo gobernaba el Perú el conde de Nieva.

A cuya noticia vino la desgracia destas provincias, el cual, deseando ponerles eficaz remedio, envió por gobernador y capitán general de aquel distrito al capitán Francisco de Aguirre con buen número de soldados españoles cuya jornada fué de grande efecto para allanar la tierra, castigar los amotinados y reparar las ciudades. En este ínterin iba el mariscal Villagrán tomando la posesión del gobierno en todas las ciudades de Chile donde llevó consigo a su mujer, doña Cándida de Montesa; y el primer día que puso el pie en este reino en la ciudad de la Serena, fué el postrero del mes de mayo de 1560 años. No faltaron algunos que tomaron mal su venida, así porque había estado muchos años en Chile con cargos de importancia entre los cuales apenas hay hombre que deje tener aficionados y enemigos, como por estar hechos a la suavidad de don GarcíaHurtado de Mendoza, que tan amado era de todos universalmente en cualquier parte, y no podían dejar de sentir mucho el ver que el día que él salió del reino comenzaban las cosas a alborotarse y tener sucesos desastrados. Y conjeturando él mesmo los disgustos que habían de resultar de la entrada del nuevo gobernador, escribió una carta de favor, la cual dió en el puerto de la ciudad de los Reyes al mismo mariscal Villagrán para los regimientos de las ciudades de Chile, donde les encargaba mucho la conservación de la paz y buen orden que él dejaba puesto, pues su salida era no para que hubiese inquietud en el reino por su ausencia, sino para hacer mucho más por todos los que en él vivían cuando se viese con su majestad, en cuya presencia esperaba en Dios verse presto para suplicarle hiciese merced así al general del reino como a los particulares dél.

CAPÍTULO XV

Del asiento que el conde de Nieva y los comisarios de su majestad intentaron poner en las cosas de Chile

A este tiempo habían llegado a la ciudad de los Reves del Perú el licenciado Biribiesca de Muñetones, Burgos de Carvajal y Ortega de Melgoza, enviados por el rey con ciertas comisiones para que asistiesen con el virrey del Perú, que era el conde de Nieva, en todos los negocios de importancia concernientes al buen progreso y utilidad destos reinos. Y como andaban entonces tan alborotadas las cosas de Chile, pusieron luego los ojos en el remedio dellas dando en todo el mejor corte que posible fuese. Para esto escribieron una

carta con firmas de todos cuatro a todos los cabildos de las ciudades de Chile, en la cual les mandaban que confiriesen entre sí con toda diligencia las cosas que pareciesen expedientes al bien del reino y fin de tan calamitosas guerras, y que habiendo común acuerdo sobre todo, lo envasen escrito para que ellos, vista su información, resolviesen lo que pareciese ser más acertado. Y como a este tiempo era teniente de gobernador el licenciado Joán de Herrera, juzgaron todos los regimientos que ninguna relación sería tan copiosa como la que él daría en viva voz, siendo enviado personalmente a este efecto. Y así, viniendo todos en este parecer, se partió este letrado a la ciudad de los Reyes, en la cual trató todas las cosas necesarias para el bien del reino con el virrey y comisarios, intimándole mucho las grandes miserias que todos padecían, así españoles como indios, para que se procurase dar traza en poner algún remedio a tantos males.

En tanto que el teniente se ocupó de su aviamiento y viaje, iba el gobernador Villagrán visitando las provincias de su distrito, y deseando pasar aun a otras no conquistadas, se determinó de enviar a un vecino de la ciudad de Santiago llamado Joán Jofré a que con alguna gente fuese descubriendo y conquistando las tierras que hay de la ciudad de Mendoza en adelante. Partió este vecino con título de capitán general, y habiendo marchado con su ejército por medio de las provincias descubiertas, vino a dar finalmente a un valle llamado Tucuma, que está algunas leguas adelante de la tierra de Cuyo, donde está poblada la ciudad de Mendoza. Este le pareció sitio a propósito para fundación de algún pueblo, así por la abundancia de mantenimientos de la comarca como por las ricas minas de que tuvieron prenuncio. Y resuelto en este propósito, fabricó allí a la ciudad de San Juan de la Frontera, poniendo la primera piedra en el mes de julio del año de mil quinientos y sesenta y dos.

No dejaré de referir en este lugar un caso digno de admiración y memoria, y fué que un indio de esta ciudad que tenía un algarrobal cinco leguas della, salió un día con su mujer a beneficiar su hacendilla. Pero como la mujer fuese muy preñada, vino a parir en el camino quedando la criatura viva y ella muerta. No fué poco el sentimiento del pobre indio que veía a sus ojos a su mujer muerta, y a su hijo padeciendo por no haber quién le amamantase en aquel campo. Y fué tanta su simplicidad, por una parte, y por otra el paternal amor y natural afecto, que puso la criatura a sus pechos probando a darle el derecho lado a ver si mamaría. Pero como ni el olmo suele dar peras, ni uvas el espino, así era por demás la diligencia que hacía para que el pecho del viril sexo diese leche. Mas como el amor cuando es de veras no deja experiencia que no intente, volvió la criatura al otro lado poniéndole a la boca el pezón izquierdo a ver si aquél por ser lado del corazón supliría la esterilidad del primero. Mas ya que naturalmente él por sí solo no podía, supliólo aquel Señor que suele manifestar su clemencia en semejante coyuntura, al que al niño Ismael, que en el desierto de Bersabé no tenía otra agua ultra de la destilada por los ojos de su madre Agar, le socorrió con un poco della, enviándole un ángel que se la mostrase; el que en el desierto sacó las corrientes de las aguas no de un pecho de carne blanda, sino del duro pedernal, para satisfacer a la sed de todo el pueblo; el que a su profeta Elías, que iba perseguido huyendo de la inicua reina Isabel hasta quedarse dormido debajo de un junípero de muy cansado, le socorrió en la mayor necesidad por mano de un ángel con el pan subcinericio y un vaso de agua con que tuvo fuerzas para caminar cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte Oreb sin detrimento; el que al

profeta Daniel, que estaba por la confesión de su nombre echado en el lago de los leones para ser comido y comida de ellos, le envió comida que él comiese, enviándole un ángel que cogiese al profeta Abacuc, que iba cargado con la olla para sus segadores, y le llevase por un cabello de la cabeza hasta Babilonia poniéndole en el lago donde comiese Daniel lo que el profeta de Dios había guisado para los suyos; el que al protoeremita Paulo enviaba cada día medio pan para su sustento con un cuervo que era el proveedor de su providencia, y el día que tuvo por huésped al gran Antonio le envió la ración doblada mandando al cuervo que llevase el pan entero; este Señor que a ninguno olvida ni desampara, acudió al padre de aquel niño con consuelo y al hijo con alimento haciendo que de aquel pecho izquierdo manase leche en tanta abundancia que no solamente satisfizo a la necesidad instante, pero continuó la maravilla hasta que el indio puso a su chicuelo en estado en que no había ya menester ama. Y aunque don Pedro de Lobera, de cuyos originales me aprovecho en lo que escribo, acumula grande almacén de palabras para persuadir al lector la credulidad deste caso diciendo ser muchos y todos verídicos sus testigos, y sobre todo el pezón del indio, que le quedó hasta la muerte tan grande como de mujer que ha criado; pero para mí bástame por argumento más eficaz y urgente que todos los humanos, el conocer la condición benignísima de nuestro Dios, sus entrañas paternas, el abismo de su clemencia para tener por cierto que de su pecho había de proceder el raudal de misericordia con más abundancia que la leche del de la madre, pues él es el manantial y fuente de donde vienen arrollados todos los bienes a los hijos de los hombres, y si hubiese en ellos tanta fe como un granico de mostaza, por momentos gozarían de semejantes misericordias del archivo de su magnificencia. Y así su hijo Jesucristo, para confusión de los hijos deste siglo que tan solícitos anhelan a los bienes temporales y agregación de cosas para el sustento deste miserable cuerpo, nos dice en su evangelio que acabemos ya de conocer la benignidad de su padre que aun a los pajarillos que se flocean por los aires- al ver un canario, chamario, ruiseñor y jilguero con las cuadrillas de las cigüeñas, grullas y zorzales- los enriquece y hermosea con variedad de colores y matices de su ropaje y ornato queno solamente no les apega a sus cuerpos antes los aligera para pasearse sobre los aires sin haber escarmenado ni tejido la lana de sus vestiduras, ni labrado las sedas con que están bordadas y los bastece de mantenimiento sin haber ellos sembrado, ni arado, ni pasado las noches en vigilia guardando las sementeras de los pájaros. Tanto que ni aun Salomón en medio de la pujanza de su gloria se vió tan abastado de todo aquello que podía apetecer la naturaleza humana, cuanto una destas avecillas, o luciérnaga, o mariposa con todo el resto de semejantes sabandijas. Por cierto, grande torpeza arguye en el corazón humano la poca correspondencia que de su parte hay a un señor tan bueno que no parece sino que es él mismo el que está necesitado de nosotros según vela en que estemos siempre sin falta de cosa necesaria para nuestra vida. Bien se echa de ver la vigilancia con que en esto se esmera cuando por ver las turbas que le seguían por los campos necesitadas de manjares corporales, dijo expresamente que se enternecían sus entrañas, las cuales no permitieron dilación en el remedio acudiéndoles luego con multiplicar en sus divinas manos los cinco panes y dos peces con tanta abundancia que satisfizo a cuatro mil hombres, pudiendo otros muchos sustentarse con los gajes y relieves de aquel día. Y porque su amor no para en pan a secas, tornó de allí a poco a convidar a aquellas compañías y al resto del mundo haciendo un espléndido banquete en el campo, donde dió bebida a los que en el campo había dado de comer, proporcionando el licor a los manjares en sólo el número, aunque en la

cantidad y calidad añadió infinito exceso, porque si los panes habían sido cinco, cinco fueron también las fuentes con que los abrevó suavemente, las cuales manaron de cinco agujeros de la preciosa piedra fundamental corriendo hermosos raudales de vino tinto de sus pies, manos y costados para medicina, hartura y consuelo cordial de todo el orbe. Quien ve a este buen padre sacar tan a costa suya de su divino costado y amoroso pecho el suavísimo licor con que endulza y regala a los pecadores hartos de ofenderle, ¿por qué tendrá duda que acudiría con la leche del paterno pecho a una criatura que nunca había cometido pecado excepto el original que todos contrajimos de nuestros padres? Mas porque no me arguya el lector por no haber yo contado más de cinco fuentes para cinco panes habiendo también peces que suelen poner mayor sed, comúnmente responderé que para éstos dió bebida en tanta abundancia que los arroyos no solamente fueron tantos como los peces, sino tantos como las espinas dellos, pues si muchas fueron éstas, muchas más fueron aquellas espinas que hicieron tantos manantiales en su soberana cabeza de donde manaron los raudales donde bebe y se baña el hombre para remediar la sequía, no digo la que dejó el pescado, sino el pecado.

CAPÍTULO XVI

Del nuevo alzamiento de los indios araucanos y tucapelinos

Como el gobernador Francisco de Villagrán fuese prosiguiendo la visita del reino, llegó finalmente a la ciudad de los Infantes que está en el valle de Angol. Esta había sido fundada por don García de Mendoza, al cual querían y respetaban los indios, como se ha dicho, tanto que le llamaban San García, y como vieron al nuevo gobernador a quien ellos habían vencido en algunas batallas, por una parte tuvieron por caso de menos valer el verse sujetos a su dominio y por otra cobraron grande temor pareciéndoles que venía a tomar venganza de ellos. Con estos motivos trataron entre sí de amotinarse y lo pusieron en ejecución haciendo rostro a los españoles. Viendo el gobernador lo que se tramaba, trató de formar ejército nombrando para ello oficiales de guerra, entre los cuales salió por su lugar teniente el capitán Pedro de Leiva, natural de la Rioja, con cuarenta hombres de a caballo, entre los cuales iban Joán de Losada y Quiroga y Julio Morán. Pero como los indios rebelados aún no hablan acometido declaradamente parecióle a Villagrán que se podía emplear por entonces aquella gente en ir descubriendo nuevas tierras, y así los envió a este intento. Habiendo, pues, caminado veinte leguas hacia la parte de la sierra, vinieron a subir a lo más alto de la cordillera nevada de donde descubrieron unas llanadas muy extensas que van a dar a la mar del Norte, de suerte que mirando al Sur veías a la mano derecha las tierras y costa del mar llamado del Sur y a la mano izquierda veían los confines de la mar del Norte. Y para ver todo esto más de cerca se fueron bajando hacia el mar del Norte por la tierra llana, donde hallaron muchas poblaciones de indios de diferentes talles y aspectos que los demás de Chile, porque todos sin excepción son delgados y sueltos, aunque no menos bien dispuestos y hermosos por tener los ojos grandes y rasgados y los cuerpos muy bien hechos y altos. El mantenimiento desta gente casi de ordinario es piñones sacados de unas piñas de diferente hechura y calidad así ellas como sus árboles. Porque ellas son tan grandes que viene a ser cada piñón después de mondado del tamaño de una bellota de las mayores de España. Y es tan grande el número

que hay de estos árboles en todos aquellos sotos y bosques que bastan a dar suficiente provisión a toda aquella gente, que es innumerable, tanto que de ellos hacen el pan, el vino y los guisados. Y por ser la principal cosecha a cierto tiempo del año, tienen grandes silos hechos debajo de tierra, donde guardan los piñones haciendo encima de la tierra en que están escondidos muy anchas acequias de agua para que ellos no puedan engendrar, porque a no haber agua encima luego brotaran haciendo nueva sementera y quedando ellos corrompidos. Y no para la utilidad de estos árboles en dar fruto, mas también se destila de ellos grande abundancia de resina blanca muy medicinal para diversas enfermedades, especialmente para sacar frío y hacer bizmas y es tanta la altura destos árboles que viendo los españoles tal grandeza les pusieron por nombre líbanos, por ser tan altos que viniendo a medir algunos que estaban caídos en el suelo hallaron algunos de doscientos y setenta pies de largo. Esta tierra corrieron los españoles algún trecho, y aunque había en ella algunos prenuncios de oro, les pareció dejarla por entonces por estar muy lejos de los demás españoles, teniendo en medio la gran cordillera nevada. Y así dieron la vuelta a la ciudad de los Infantes donde el gobernador estaba guardando el suceso de su viaje.

Ya en este tiempo se iba rugiendo con más frecuencia el alzamiento de los indios araucanos, por lo cual se puso Villagrán en camino para los estados, y llegando a la ciudad de Valdivia se embarcó en un navío con cincuenta soldados llevando todos sus caballos hasta la mar y embarcándolos consigo para aprovecharse dellos luego que saliesen en tierra de guerra. Mas como caminase algunas leguas, sobrevino una tormenta que les obligó a arribar hasta los últimos términos de Chile, viniendo, finalmente, a dar en una isla llamada Chilué, que es la última tierra que hoy se halla poblada de españoles. Apenas habían visto los indios al navío desde lejos, cuando ya estaban cincuenta mil apercebidos para la defensa de sus tierras. Y así, en saltando en tierra los españoles se estuvieron a la mira aquel día aguardando la noche, en la cual dieron sobre ellos juntando gran quietud de silencio con ímpetu grande de acometimiento. Y aunque los españoles no se habían descuidado en poner centinelas, fué de manera que las pusieron hacia la parte de tierra estando satisfechos de que ningún enemigo les podría venir por la parte marítima, pero fueron los indios más sagaces en conjeturar la prevención que los españoles según buen orden habían de hacer y hicieron, y así se fueron arrimando a la mar y por aquella parte dieron en el alojamiento de los españoles, aunque, por otra parte, fueron tan bárbaros que echaban a perder toda su industria contentándose con dar de palos en las tiendas a gran priesa sin hacer mal a hombre. A esto salieron los españoles con los bríos que suelen, y trabándose la refriega anduvo hasta la venida de los prenuncios del sol con gran coraje de ambas partes y mortandad de muchos indios, cuyos cuerpos se echaron de ver tendidos por tierra con la claridad de la aurora. Entonces reconocieron los bárbaros su destrucción dando a huir a toda priesa muchos menos de los que habían venido, quedando muerto de parte de los españoles sólo un soldado que se llamaba Solís, el cual había salido el primero de todos, y peleado valerosamente vendiendo muy bien su vida, como también se pagaron algunos otros que salieron heridos de este encuentro.

Viendo el gobernador que en aquel lugar no podría medrar mucho, trató de embarcarse luego con su gente, mas cuando llegaron a bordo del navío hallaron que había hecho

asiento en tierra, por ser cosa ordinaria en aquella bahía crecer y menguar la mar como en otras muchas. No fué la aflicción de aquella gente fácil de consolar, ahogándose todos en poca agua mientras no veían mucha en que el navío pudiese vandearse. Y en tanto que él no podía correr por el agua acordaron ellos de correr la tierra hasta que viendo la creciente se menguó su angustia con volverse a embarcar y dar las velas hasta dar consigo en el puerto de Arauco donde estaban en vela por haberse los indios rebelado.

En tanto que Villagrán andaba en estos pasos, se iba tramando en la ciudad Imperial un torbellino que pudiera venir a descargar con mucha pesadumbre. Y fué que muchos de los encomenderos, así de aquella ciudad como de otras, andaban con no poca inquietud porque el nuevo gobernador hacía muchas innovaciones de encomiendas quitándolas a las personas que las tenían por mano de don García de Mendoza, su predecesor, porque -según comentan algunos -había dado el Villagrán en deshacer lo que don García había hecho acordándose de que había sido preso por su mandato y enviado al reino del Perú, como se dijo en la primera parte deste segundo libro. En particular llevaban esto muy malos dos hombres de suerte, llamados el uno el capitán Peñalosa y el otro Francisco Talaverano, a los cuales había honrado don García, en especial el primero ocupándolo en negocios de importancia, en que dió buena cuenta de sí mostrándose valeroso soldado. Estando estos dos en la ciudad Imperial muy sentidos de los comunes agravios, se determinaron de hacer cabeza de bando juntando alguna gente no con intento de levantar género de motín o alboroto, sino de irse huyendo donde no viesen a sus ojos al gobernador, pasándose de la otra parte de la cordillera a una provincia por conquistar llamada Frapanande, de cuya riqueza habían oído decir por ventura, más de lo que ello era. No pudieron aviarse tan secretamente que no viniese a oídos del justicia mayor de la ciudad, que era el capitán Gabriel de Villagrán, el cual, azorándose de lo que oía, levantó bandera y juntó gente como contra hombres amotinados, con tanto ruido que llegó el rumor hasta la ciudad de Osorno, donde estaba por justicia mayor Juan de la Reinaga, el cual también salió con su escuadra, como también lo hizo el capitán Juan de Matienzo, que estaba en la ciudad de Valdivia, saliendo todos con tanto alboroto y algazara como si se trastornara la tierra. Viendo los dos soldados por cuya causa andaba tanto ruido que estaba el negocio mal parado, se escondieron con tanto secreto que no pudieron ser en muchos días descubiertos, por más que los andaban a buscar por toda la tierra algunas escuadras de españoles y muchas más de indios yanaconas. Finalmente, un soldado que se llamaba Antonio Díaz de Vera vino a dar con ellos en la tierra de Lichaco, de donde los llevó presos a la ciudad de Valdivia hasta ponerlos en manos del capitán Juan de Matienzo. Entonces él, queriendo sustanciar bien el proceso, los metió en un navío con guardas y prisiones hasta que, habiéndolo todo averiguado, los mandó sacar a tierra y darles garrote, y por no darle yo al lector en prolongar más este capítulo, lo dejaré en este punto pasando al siguiente.

CAPÍTULO XVII

De dos batallas famosas que tuvieron los indios araucanos: la una, con Arias Pardo Maldonado, y la otra, con Juan Gutiérrez Altamirano, donde murió Pedro de Villagrán, hijo del gobernador

Luego que llegó Francisco de Villagrán al puerto de Arauco se fué en desembarcando a la casa fuerte, donde halló a los soldados ocupados en frecuentes encuentros con los indios, que ya estaban declarados por enemigos con palabras y obras. Lo que más sintió en esta coyuntura fué el verse impedido para salir en persona a darles el castigo que deseaba, por ser su edad mucha y su enfermedad grave, mas ya que no pudo salir a esto ordenó dos compañías de soldados, la una con treinta, poniéndole por capitán a Lorenzo Bernal de Mercado, por ser hombre que hasta allí había dado buena cuenta de su persona, y cada día la iba dando mejor hasta venir a ser el más valeroso y temido de los indios que hubo en todo Chile en su tiempo. Este envió a la provincia de Puren, que estaba muy necesitada de socorro, para que presidiese en la fortaleza que allí estaba. Para la otra compañía puso los ojos en Arias Pardo Maldonado, caballero de Salamanca y yerno suyo, al cual dió cincuenta españoles para que fuese a la provincia de Mareguano, que está tres leguas de la ciudad de los Infantes por ser lugar a donde concurrían en gran número. Estaba a la sazón en aquel puesto un indio valeroso llamado Meuco, en un alto cerro que todo él era un bosque que le servía de fortaleza, ultra de una que él edificaba con tanta diligencia que no cesaba la gente de día ni de noche en proseguir la fábrica por tenerla acabada cuando los españoles llegasen a buscarle. Llegando, pues, el capitán Arias Pardo y reconociendo el fuerte en que había gran suma de bárbaros, le pareció ser cosa inaccesible con solas fuerzas y almas humanas, porque demás del fuerte y gente innumerable, había también otros pertrechos, como eran estacadas y fosas y otros hoyos disimulados, donde cayeron los caballos y sus dueños. Porque como los indios no eran ya bozales, sino hechos a tratar familiarmente con españoles y cursados en las batallas donde aprendían dellos diversas estratagemas y ardidés, sabían aprovecharse de la industria de los contrarios usando ellos de las artes y máquinas que habían visto. Mas como todas las fuerzas y prevenciones humanas son más débiles que de pequeña hormiga puestas ante las del Altísimo, no desmayaron los cristianos confiando que las tendrían de su parte: diez hombres a mil adversarios, llevándolos de vencida como El mismo promete por palabras expresas y lo ha cumplido con todos aquellos que devota y humildemente invocan su santo nombre. Ayudó mucho a que sus bríos se aumentasen la oportunidad del día, porque era aquel felicísimo en que en el vientre de la abuela del mejor nieto que hay en el cielo ni en la tierra se concibió sin sabor de la herrumbre del manzano la immaculada Reina de los Ángeles a los ocho de diciembre, aunque él no fué el de mil y quientos y sesenta y dos. Y como fué día de tan solemne victoria suya en que rompió la cabeza al dragón antiguo con quien tenía pregonadas enemistades y guerra, persuadiéronse que en tan felice día no podían dejar de rendir a sus enemigos los que se abroquelasen con su amparo diciéndole: *Sub tuum presidium confugimus*, Sin llevar otro para espugnar al de los bárbaros. En efecto, se les avivó el ánimo, animó la vida, revivió el esfuerzo y esforzóse el corazón en tal día que siempre sale tan alegre y ameno que gloriosamente derrama en el corazón humano una finísima grana de alegría y un aliento y regocijo que lo aligera para salir atropellando dificultades sin hallar estorbo en que tropiece. Al fin, con este orgullo, pareciéndoles poco el desnudo contrario, pusieron cerco a la fortaleza combatiéndola por largos ratos en que la iban desportillando hasta que se determinaron a hacer ímpetu y entrar todos a una por las bardas con más fineza de coraje que copia de gente. Y fué tanto el que encendía al capitán Arias Pardo Maldonado como mozo gallardo y a quien hervía la sangre, que al tiempo de entrar al fuerte apenas se hubo puesto de pies sobre la

trinchera cuando se quedó parado como una estatua, hiriendo de pie y de mano, y tan yerto como un hombre embelesado que parece pasó como dicen hora por él con tanto detrimento de su persona que le quedaron las reliquias por todo el resto de su vida, que fué hartos años. Mas no por esto desmayaron los españoles, de los cuales algunos acudieron a socorrerle sacándole de la refriega procediendo a adelante la gruesa de la gente y entrándose en aquella cerca como leones que están fuera della metidos entre los que no eran menos que tigres en la hazaña y arenas en el número. Gran rato anduvo la folla con ostentación de valor español y osadía araucana hasta que los indios vieron la mayor parte de su gente herida y mucha muerta, con que se cayó de ánimo y levantaron los pies para saltar las trincheras y dar a huir con más ligereza quien más podía dejando su puesto desamparado y a los españoles heridos casi todos.

Habida esta victoria lo primero que hicieron los españoles habiendo dado gracias a Dios y a su gloriosa madre, fué irse algunos a la ciudad de su santo nombre, que está siete leguas de este lugar, llevando al capitán con la dolencia que se ha dicho, quedando en su lugar el capitán Gómez de Lagos para proseguir adelante en la victoria. Pero fué él y los suyos tan demasiados en perseguir a los pobres indios sin perdonar a indio que es viniese a las manos, que no solamente les mataban los hijos y mujeres, más aún, les quemaban las casas y sementeras. Y fué tanto lo que apuraron a toda la gente de la comarca, que irritada con tantas injurias tornó a convocar gente de nuevo en mucho más grueso número que primero. Lo cual como fuese entendido por el capitán envió luego aviso de ello al gobernador, que no poco le comían los pies por salir él en persona a las batallas, mas hizo lo que pudo enviando a su maestre de campo que recogiese cincuenta hombres en la ciudad de la Concepción y a su hijo Pedro de Villagrán entre ellos para llevarlos al lugar de la batalla pasada a oponerse al atrevimiento y furor de los enemigos. Llegaron todos con brevedad a aquel monte de Mareguano, donde incorporando en su ejército a los cuarenta españoles que allí estaban, vino a llegar el número a noventa hombres no menos animosos que valientes. Con todo eso hubo diversos pareceres entre los hombres prácticos en la guerra sobre el dar la batalla juzgándola muchos por cosa temeraria respecto de ser los indios en excesivo número. Y aunque el maestre de campo estaba casi inclinado a estarse quedo por ser hombre muy cuerdo y reportado, pero el hijo del gobernador, que era mozo poco experimentado y deseaba mostrarse para que de allí adelante hiciesen caso dél encomendándole semejantes empresas como a cabeza, estuvo muy porfiado en que en ninguna manera se había de dejar de acometer a los enemigos. Fué su arrojamiento tan perjudicial a todos cuanto se vió por los efectos, y tan malo de resistir como de hijo de gobernador que todo lo mandaba. Porque aunque él era un simple soldado sin género de cargo en el ejército, con todo eso por ser hijo de gobernador se le tuvo respeto, sin tenerle al bien común ni aun a la voluntad de su padre que lo pretendía más que el acudir al indiscreto gusto de su hijo. Mas no es cosa nueva en el mundo el estar los hombres mayormente pretensores colgados de la voluntad de aquellos que tienen mano y privanza con los príncipes, aunque en razón dello se pierda lo demás que toca a todos. En efecto, se puso cerca a la fortaleza y comenzaron a escalar las albarradas donde los indios estaban fortalecidos y amparados. Y como era tanta la multitud de ellos también lo era el de los dardos y flechas que tiraban y el de las hondas que lastiman las cabezas exteriormente con las piedras y en lo interior con el ruido, y juntamente echaban grandísimos peñascos de lo más alto concurriendo a ellos muchachos y mujeres, mientras

los indios más valientes estaban en la trinchera poniendo las lanzas a los pechos de los que subían a alancearlos. No fué aquí poderoso el brío de los españoles para desanimar a los indios valientes e irritados por más acometimientos y ademanes que hicieron; antes los más arrojados libraban peor en este conflicto, y por ser Pedro de Villagrán el primero de este número y el que subió primero en la trinchera, fué también el primero que cayó dena sin levantarse más, pues quedó muerto. Finalmente, el negocio anduvo ten sangriento que en largo rato no cesaron heridas y matanzas de ambas partes hasta verse los bárbaros a pique de volver las espaldas viéndose apurados. Mas como también lo estaban los españoles hubo algunos de ellos que flaquearon perdiendo el ánimo y dieron a huir a caballo o a pie, según cada uno hallaba la comodidad y coyuntura. Reconocieron los indios la flaqueza con la cual fortalecieron la suya sacando fuerzas della y revolviendo con más denuedo sin ser bastantes a resistirles los pocos españoles que quedaban en el fuerte, los cuales, como por una parte veían que de los suyos había muchos muertos y algunos también puestos en huída, perdieron totalmente el ánimo, viendo que había de ser dellos lo que de los demás, que era huir o morir, y por no venir a lo segundo eligieron lo primero dando todos a una a huir por las bardas y siguiéndoles sus enemigos con notable estrago y destrucción de muchos dellos. Y si no fuera por los indios amigos que ayudaron mucho así a reprimir el ímpetu de los contrarios entreteniéndolos peleando como en socorrer a sus amos y ponerles a pique los caballos, no quedara hombre a vida. Entonces el maestre de campo, que hasta allí había hecho todo lo posible por animar la gente y solapar la pérdida de los suyos, viendo la cosa en tal trance sin esperanza de remedio, mandó tocar a recoger y retirarse a gran priesa, dejando muertos cuarenta y cinco y llevándose otros tantos consigo, de los cuales ninguno iba sin herida grande y fatigoso molimiento. Destos que escaparon con el pellejo se fueron algunos a la ciudad de los Infantes, que está a trece leguas, y otros a la Concepción, teniéndose todos por felices en verse lejos de los bárbaros, que quedaban triunfantes con sus despojos de mucha ropa, joyas, armas, plata labrada y caballos y mucho más con los cuerpos de los difuntos. Sobre todos éstos quedó lozano el capitán Talcamavida, gloriándose de haber muerto al hijo del gobernador dando por señas evidentes la saeta que tenía atravesada por la boca, que era muy conocida y de la misma traza de las demás de su aljaba, la cual le pasó un barbote acerado y toda la cabeza, saliéndole por el cerebro. Y por esta hazaña alegaba que se le debía a él el cargo de capitán general, sobre lo cual tuvo muchos dares y tomares con el general Meuco, entre palabras muy pesadas, viniendo tal rompimiento que faltó poco para venir a las manos y haber bandos en su ejército con mayor estrago que el pasado.

CAPÍTULO XVIII

De la batalla que hubo entre don Miguel de Velasco y los bárbaros que vinieron sobre la ciudad de los Infantes

Luego que llegó la desastrada nueva a la ciudad de los Infantes sospechó el capitán de la ciudad, que era don Miguel de Velasco, lo que los indios habían de intentar. Porque habiendo quedado tan ufanos de la victoria era cosa cierta que habían de querer llevarla adelante no solamente defendiéndose, pero aun dando sobre las ciudades de los

españoles, por lo cual le pareció necesario poner la ciudad a punto de guerra y convocar toda la gente de socorro que pudiese, y como el lugar más cercano era la fortaleza de Puren, despachó un mensajero al capitán Lorenzo Bernal, que allí estaba, con cartas en que le daba la mala nueva y le pedía que en todas maneras viniese con sus treinta hombres a socorrerle, pues el riesgo de la ciudad era evidente, y el que estaba más cerca de la, ciudad para darte auxilio era él por no haber más que seis leguas desde Puren a los Infantes. Oyendo el capitán Bernal esta nueva y la demanda de don Miguel puso luego en consulta lo que más convendría, y fueron todos de parecer que se dejase aquel sitio en que andaban haciendoguerra y se acudiese a la defensa de las ciudades pues en caso de tan urgente necesidad deben los hombres contentarse con defender y conservar lo ganado sin querer ganar tierras de nuevo, en cuya ocupación se pierde lo uno y lo otro, pues - como dice bien el refrán- quien todo lo quiere, todo lo pierde; y quien mucho abarca, poco junta. Mas como el riesgo era común en todos aquellos estados de Arauco y Tucapel, parecióles a muchos que el socorro no se había de dar a quien lo pedía, sino a quien más lo había menester, que era lugar donde estaba la cabeza, esto es, la fortaleza de Arauco, donde estaba el gobernador Villagrán. En resolución acordaron que el tercio de la gente, que eran diez soldados, acudiesen a la ciudad de los Infantes y el capitán Bernal con los veinte hombres fuese a la casa fuerte donde el gobernador estaba. Con este designio se dividieron tomando el camino cada escuadra que tenía determinado. Y fué tanta la priesa que se dió Bernal a caminar, que habiendo partido después de haber pasado gran parte del día, no durmió aquella noche antes de llegar a la casa fuerte, con ser largas diez y ocho leguas. Y como los indios de toda la comarca andaban rebelados y de revuelta y no habían sabido la victoria, estaba el camino cuajado de escuadrones dellos que iban a la fortaleza de Catirai, que era el cerro donde estaba la fortaleza de su victoria situado cuatro leguas arriba de Mareguano. Con todos éstos iba topando Bernal, el cual, aunque se vió muchas veces cercado y acometido de ellos, con todo eso procuró siempre no detenerse, hurtando unas veces el cuerpo y otras atropellando al enemigo y abreviando con solos encuentros, peleando y andando hasta que llegó a la fortaleza, donde dió a Villagrán la triste nueva de la pérdida de su gente y muerte de su hijo.

Ya en este tiempo andaban los indios tan triunfantes y llenos de avilantez que les parecía todo suyo, y así no trataban otra cosa sino a qué lugar acudirían primero, pero como es costumbre entre ellos el congregarse en gran número, así cuando han de festejarse celebrando alguna victoria como cuando han de determinar las cosas de la guerra, quiso el general vencedor, Meuco hacer esta junta con solemne fiesta por regocijo de la victoria y prevención de la batalla. Por esta causa concurrieron al fuerte Catirai todos los indios de aquellos contornos, y aun muchos que estaban ya para dar sobre la casa fuerte de Arauco, desistieron dello por acudir a la solemne borrachera, donde suelen beber con los cascotes de las cabezas de los hombres señalados que han muerto. Después de haber muy bien comido y bebido a su placer, fué la conversación de sobre mesa el deliberar a qué lugar convenía acudir para hacer guerra, y después de muchos dares y tomares sobre el caso, se resolvieron al destruir a la ciudad de los Infantes, hallándose en este consejo de guerra los capitanes Canionel, Queenlapilla, Inaí, Arquimango y otros muchos prácticos en cosas de guerra.

Ya en este tiempo estaba don Miguel de Velasco con las armas en la mano y la gente a punto, aunque por no ser más de cincuenta hombres de guerra los que había en la ciudad y el estar ella sin género de fortaleza o vallado era todo poco y el temor mucho. En efecto, dió traza en que todas las mujeres, niños y enfermos se recogiesen en la iglesia poniendo por guarda della a diez españoles con el capitán Juan de Baraona, natural de Burgos, aunque tenía ella mejor guarda en el Señor de la casa, que es Dios, el cual si no guarda la ciudad en vano vela el hombre que la guarda. Los demás españoles, que eran treinta, fuera de los enfermos, se pusieron a pique, y don Miguel con ellos, en espera de los enemigos. Juntamente aprestó una compañía de indios yanaconas bien armados y puestos a punto de pelea, ordenando que también hubiese noche y día centinela y atalaya. Estando todo puesto en orden con la prevención y resguardo que la poca gente permitía, veis aquí asoman los adversarios con escuadras muy gruesas y bien formadas, las cuales ocuparon diversos sitios del campo, haciendo alto en ellos a vista del pueblo, poniéndose el escuadrón que llegó más cerca, de la otra parte de un pequeño río que entra a pocos pasos de la ciudad. Entonces, comenzándose en ella a tocar alarma, acudieron todos a sus puestos, siendo la mayor gruesa de gente la que acudió a la iglesia a negociar con Dios mientras los soldados peleaban. Y como don Miguel saliese con sus dos compañías y se pusiese fuera del lugar frente a frente de los enemigos, ellos estuvieron tan sesgos que no hubo hombre que saliese de su puesto esperando a ser acometidos. Estaba en el ejército de los españoles una india cristiana llamada Juana Quinel, la cual por su gallarda disposición y apariencia, era recuestada de muchos indios principales y aun de algunos de los españoles de aquel campo. Esta, por hacer una bravata y mostrar más su garbo, tomó un arco en la mano y colgó de los hombros una aljaba de flechas muy galanas, y saliendo en la escuadra de los indios yanaconas se puso a la vanguardia como capitana. Y comenzó a hacer un parlamento provocatorio a pelear, no prometiendo por premio el que suelen otros capitanes cristianos, que es la gloria de Cristo y exaltación de nuestra santa fe, o por lo menos la gracia y remuneración de los reyes y el honor que consigue a las victorias, sino una remuneración tan torpe como ella era, con promesa de que quien hiciese más gentilezas alcanzaría más favores de la suya. Cosa cierta que descubre harto la miseria humana, o, por mejor, la malicia, pues muchas veces se hallan hombres tan delicados que no hay que tocarles el pelo de la cabeza y si les dicen que estén un cuarto de rodillas, que den algunos pasos, que usen de alguna aspereza corporal o, finalmente, aventuren algo por Dios y por su alma, luego os dirán que no tienen fuerza para ello; y si les dice una dama no solamente con la palabra, mas con solo un guiñar de ojo que le daría contento verles expuestos en una plaza echando mano contra un toro, les parecerá que les hace gran favor en mandárselo y acudirán a ello contanta ligereza cuanto liviandad. Y aun ellos a veces se ponen a peligros a que no se pusiera un Roldán en razón de mostrarse a lo que desean, aunque, en efecto, se muestra lo que es: bien estoy en el lance que agora escribimos, pues a un corazón femenino, cual el de esta india, le movió semejante vanidad a hacer bravuras que avergonzaban a los hombres exponiéndose a tan evidente peligro y a ellos el querer serle gratos, a cobrar bríos de Héctores, metiéndose como leones entre los enemigos. Porque como don Miguel viese que le esperaban, mandó que la gente de a caballo saliese de tropel por una parte a desbaratar el escuadrón más cercano, y por otra, los indios con la flechería, a la cual acudieron por obedecer a su voz, y mucho más a la de la mujer, que iba diciendo: «Ea, hermanos míos; demos en estos perros indios enemigos de Dios y sus santos.» Con esto se trabó la batalla peleando valerosamente de ambas

partes, pero como los bárbaros querían imitar a los españoles no arrojándose como solían, sino guardando, orden de guerra, parecían que todo el negocio estaba en guardar sus puestos en que estaban las escuadras distribuidas. Y así, cuando don Miguel acometió al primer escuadrón se las hubo a solas con los que en él estaban, con lo cual se pudo bandear bien llevándolos de vencida para poder acudir a otro escuadrón cogiéndole también a solas. Desta manera fué rindiendo a los indios de las escuadras más cercanas, los cuales viéndose perdidos dieron a huir a toda priesa. Viendo los indios de las escuadras de la retaguardia que venían huyendo vencidos los que habían comenzado la pelea, desmayaron luego todos ellos. Y aun antes que llegasen los vencidos, volvieron también las espaldas, como el que ve a otro que viene huyendo del toro da él también a huir sin aguardar a que empareje con él aquel que le dió el aviso con su huída. Cobraron con esto tanto ánimo los españoles cuanto les faltaba a sus contrarios, y así fueron tras ellos alanceando a unos y prendiendo a otros, ayudando no poco a esto los indios que llevaban consigo. Finalmente, quedó la victoria por los españoles con merma de más de dos mil indios del campo contrario, sin los heridos y los presos, que fueron muchos, de los cuales se hizo justicia por haberse rebelado y muerto en Catirai a los cuarenta y cinco que se dijo en el capítulo pasado. Y por parecerles a los indios yanaconas que la india Juana Quinel había sido gran personaje en esta obra, así por lo mucho que los había animado, como por haber ella misma peleado valerosamente por su persona, determinaron de remunerar sus hazañas con grande honra y celebridad, trayendo para esto unas andas muy bien aderezadas en que la pusieron, y así la metieron en la ciudad, llevándola en hombros a la manera que en tiempo de los romanos entraban en la ciudad los ejércitos que habían vencido, llevando al capitán en un carro triunfal con gran trofeo y regocijo. Con esto echaron el sello muchos de los vencedores atribuyendo esta victoria a la diligencia de la india tan bárbaramente cuanto ellos eran y cuanto los demás, que eran los hombres píos, y aun todos aquellos que siendo tales leyeron esta historia. Cuántas veces sucede que los hombres de semejantes conciencias, en viéndose en algún conflicto, o de cerca de enemigos, o de tormenta y bajíos del mar, o de enfermedad grave o, finalmente, de otro cualquier peligro de los que cada día rodean a los hijos de los hombres, se ponen tan contritos y devotos que todo es plegarias y propósitos de servir a Dios y aun promesas y votos de que si su majestad los libra de tal aprieto han de hacer y acontecer entrando en procesiones y aun de rodillas en los templos y dando tales y tales limosnas, y en viéndose fuera de aquella tribulación y congoja, lo primero que hacen es olvidarse de todo esto cumpliendo con algún juego de cañas y sortija y aun llevando quizá consigo a la compañía infernal no solamente por tierra, mas en la mejor cámara del navío, aunque no haya otra sino el camarote de popa, por más que el pobre piloto lo padezca y laste. Sea el Señor servido que acertemos a dalle gracias por las mercedes que nos vienen de su mano reconociéndolas por tuyas y de remediar tan lastimosa confusión como hoy vemos en esta grande Babilonia del mundo. Con todo eso nunca faltan muchos buenos que tienen Dios donde quiera de su iglesia, que acuden a la obligación de cristianos, y así los hubo en esta coyuntura, en especial las señoras que estaban en la iglesia en oración, las cuales con otros muchos continuaron por muchos días el dar muestras de gratitud y reconocimiento de las misericordias de Dios e intercesión de su santa madre; fué también motivo para esto el dicho de algunos indios que habían sido presos en la batalla, los cuales dieron por causa de haber huido su ejército, con pasar de diez mil indios, el haber visto a una señora muy hermosa y resplandeciente que saliendo de la iglesia les iba

echando tierra en los ojos y también un caballero armado puesto en un caballo blanco que yéndose a ellos con aspecto terrorífico les hizo volver las espaldas con grande pavor y espanto, como está dicho.

CAPÍTULO XIX

De cómo se despobló la ciudad de Cañete de la Frontera y de la muerte del gobernador Francisco de Villagrán

Andaba tan suelta yala os adía de los indios que ni ellos entendían en otra cosa sino en considerar qué pueblo estaba más flaco para acometerle ni los españoles otra más de pensar en el remedio que le pondrían. Y como la ciudad de Cañete de la Frontera estuviese en el valle de Tucapel en medio de la fuerza de los indios, pareció al gobernador que había de ser su perpetuo terror día y noche sin poder conservarse entre tan ordinarios asaltos. Y así, habiéndolo encomendado a Dios y consultado con los suyos, envió a mandar a los regidores de la ciudad que se saliesen luego della, trayendo consigo toda la gente a la fortaleza de Arauco, donde él estaba. Fué este mandato de tanto júbilo para todos, que les pareció se les abría e cielo; y así, apenas se les había intimado, cuando ya iban caminando con sus mujeres, hijos y alhajas, porque ningún avío es más eficaz ni hay espuelas que tanto aligeren como la buena gana de hacer una cosa. Quedó con esto despoblada la ciudad, y ellos llegaron a la casa fuerte de Arauco donde el gobernador estaba, el cual, por estar enfermo y sin traza de poder curarse con quietud en aquel lugar, determinó de irse a la ciudad de la Concepción donde estaban las cosas más de asiento, y porque de la gente que había desamparado a Cañete era gran parte mujeres y niños y personas ineptas para la guerra, dejó solamente en la fortaleza los que hacían al caso para su defensa, llevando consigo a los demás a la ciudad de la Concepción, que está nueve leguas de aquel puesto. Quedó en él por capitán Lorenzo Bernal de Mercado, cuya reputación iba creciendo más cada día. Y por teniente de gobernador Pedro de Villagrán, de quien se tratará después más largamente. Llegado el gobernador a la Concepción, se puso luego en cura como deseaba, pero yendo la enfermedad cada día de mal en peor, acordó de disponer las cosas de su alma, recibiendo los sacramentos y haciendo llamar a su presencia al capitán Pedro de Villagrán, al cual encargó mucho las cosas del reino, nombrándole por gobernador en tanto que viniese otro señalado para su oficio. De esta manera acabó sus días Francisco de Villagrán a los veinte y dos días del mes de junio del año de 1563, con muchas muestras de devoción y sentimiento de sus pecados, dejando en su testamento solas deudas, con haber ido y vuelto al Perú por gente pasando tan intolerables trabajos en los caminos por las ásperas sierras y despoblados ultra de los viajes que también hizo por la mar, y habiendo sido general, teniente de gobernador, vecino de cien mil pesos de renta y finalmente gobernador, y, sobre todo, de los primeros conquistadores que pusieron el pie en Chile en la entrada de don Pedro de Valdivia. De aquí colegirá el lector cuáles estarán las personas de menos grueso, pues la que era tan calificada dejó estas reliquias en su muerte; que tal es Chile y tales sus cosas, las cuales a mi ver no son de poca consideración, pues en el reino más abundante del metal más rico y codiciado del mundo, se vive y muere de esta manera. Fué este caballero hijo de Álvaro de Sarriá del hábito de San Juan muy estimado en su orden, y tuvo entonces una galera

suya, y después comendador de la encomienda de Villena. Llamábase su madre Ana de Villagrán, natural de Sancte Ervás, de España. Era Villagrán de cuerpo mediano y abultado, de rostro largo y alegre, muy valiente por su persona y prudente en cosas de guerra, aunque siempre desgraciado en cualquier cosa que puso mano; está enterrado en el monasterio del glorioso patriarca San Francisco, de la ciudad de la Concepción, llevando pocos días de ventaja a su mujer, doña Cándida de Montesa, que le siguió hasta la tierra donde todos hemos de parar y el que más tarde será temprano.

CAPÍTULO XX

Cómo el capitán Pedro de Villagrán comenzó a gobernar a Chile y cómo los indios de Arauco pusieron cerco a la casa fuerte

Luego que se abrió el testamento de Francisco de Villagrán y se halló en él nombrado en su lugar a Pedro de Villagrán, como está dicho, fué admitido a tal oficio con beneplácito de todo el reino. Y como empezase a dar orden en disponer las cosas concernientes a él, lo primero que hizo fué tratar de ar socorro a la fortaleza de Arauco, que estaba a la sazón en grande aprieto. Para esto ante todas cosas envió dos barcos grandes cargados de bastimentos, y por capitán dellos a Bernardo de Huete, que por allí pasaba de camino para el Perú con un navío suyo en que iban ciento y cincuenta mil pesos de oro de los mercaderes que en él iban. Este capitán, obedeciendo al gobernador, dejó allí su nao surta y fué con los barcos del socorro; pero quiso su ventura que antes de llegar al puerto de Arauco diese en una isla llamada de Santa María, que está dos leguas de su puerto y diez de la Concepción. Los indios de este lugar serían entonces hasta trescientos, los cuales estaban de paz hasta entonces; mas como vieron el socorro que iba a los españoles en detrimento de los indios araucanos, acordaron de impedirlo, alzándose también ellos y matando a los que iban en los barcos, como lo intentaron. Viendo los españoles el alboroto procuraron al principio defenderse, pero como eran hombres de guerra, quedaron al fin vencidos, quedando muerto el capitán con otro español y algunos negros, huyendo los demás en un barco a dar al gobernador noticia de este caso. Apenas hubo llegado a sus oídos, cuando se embarcó al punto en el navío que allí estaba surto, y se fué en él a la isla a castigar a los rebeldes. Mas por mucho que madrugó se habían anticipado los indios en convocar gente de la tierra firme, de suerte que cuando el gobernador llegó estaban ya juntos más de seis mil puestos en la playa para impedirle el saltar en tierra. Con todo eso, por ser los españoles setenta y llevar alguna artillería menuda y todos sus escopetas, pudieron irse llegando con el batel y ahuyentando a los enemigos en parte, aunque quedaron muchos que se opusieron a los españoles, trabándose muy gran refriega con tanto aprieto de los españoles, que iban ya casi de vencida, y algunos dellos quedaron muy mal heridos y uno muerto, llamado Juan de Villalobos. Pero fué tanto el coraje de los nuestros y el esfuerzo con que muchos se señalaron, en particular Alonso de Miranda y el capitán Rodrigo de Sande, que finalmente quedaron los indios rendidos, y aun tan atemorizados de los castigos, que hasta hoy no han tornado a mostrar señal de inquietud o motín alguno. Pelearon en esta batalla muchas indias isleñas con más bríos que los hombres, tanto que los animaban a ellos. Mas como en efecto siempre en semejantes coyunturas se podía con verdad decir que a río revuelto ganancia de pescadores, no sirvió

de otra cosa la gallardía y donaire que las mujeres mostraron sino de que los soldados victoriosos les echasen primero mano a ellas que a sus maridos, cautivándolas algunos que estaban cautivos de ellas y de la ciega pasión, que en lugar de dar a Nuestro Señor gracias por las victorias, hace que la victoria y campo quede por el vicio con miserable cautiverio de las almas.

En este tiempo andaban los indios araucanos con gran deseo de quitar de una vez la casa fuerte de Arauco del medio de sus tierras, en las cuales eran esclavos todo el tiempo que no se defendían por fuerza de armas. Y así se determinaron de acabar con ello venciendo o muriendo todos, aunque no quedase piente ni mamante, pues habiendo de ser siempre tal su miseria que no podían escapar de ser peores que cautivos, o andar corridos en perpetuas guerras, o morir a manos de sus contrarios, tuvieron por mejor elegir esto último, cuando más no pudiesen, o asolar a todos los españoles o a lo menos echarlos de su reino. Juntó, pues, el general Longonaval muchas compañías de bárbaros con valerosos capitanes, los cuales hicieron juramento al modo que ellos usan de no volver el pie hasta haber arrasado con la tierra la casa fuerte, ni que hombre alguno los sacaría de sus puestos si no fuese después de muertos, y con esta determinación comenzaron a caminar hasta llegar a la vista de la fortaleza a cuatro días del mes de febrero de mil y quinientos y sesenta y tres, poniéndose al amanecer sobre una loma, de donde fueron divisados de los espías y atalayas. Cuando el capitán Lorenzo Bernal vió venir sobre sí tan poderosas huestes, parece que cobró nuevos bríos para estrellarse en ellos con mejor gana, mas no consintiendo que llegasen a poner cerco al fuerte, salió a gran priesa con su gente, que serían ciento y veinte soldados, y acometió con tanta furia que desatinó a los enemigos. Mas como ellos pasaban de veinte mil y habían hecho juramento, no quisieron volver el pie atrás, sino dejarse matar haciendo el daño que podían, el cual, aunque fué mucho menor que ellos recibieron, con todo eso como eran unos había para todo: para morir y para pelear sin faltar en todo el día volar de flechas, llover de dardos, botes de lanza y bravoso descargar de macanas. Viéronse los nuestros tan cansados y los más tan heridos, que no pudierondejar de retirarse apurados de los contrarios, los cuales fueron en su seguimiento hasta encerrarlos en la casa fuerte. Luego que los españoles estuvieron dentro, aunque hartos menos de los que habían salido, pusieron los indios su cerco muy en orden combatiendo a la fortaleza por todas partes con tanta saña que en sólo un lienzo della abrieron tres portillos, y tras esto le pusieron fuego. Mas no en balde dijo Séneca el trágico que muchas veces hierro y fuego sirve de medicina, porque los mismos que le pusieron se hubieron de retirar huyendo dél dando lugar a los de dentro para salir a pelear haciéndoles que se retirasen más lejos de lo que estaban. Y con esto tuvieron lugar de apagar el fuego y cerrar los portillos, aunque no fué pequeña pérdida la muerte de don Juan Enríquez, que por estar en la cama pasado de una flecha pasó también de esta vida quemado en el incendio sin haber hombre que en tal conflicto se acordase de socorrerle.

Aquella noche hicieron los indios grandes fiestas y regocijos pasándola toda en música y bailes cantando con grandes júbilos la victoria. Viéndolos Bernal metidos en danza le pareció buena coyuntura para que los suyos también saltasen, aunque no danzando, sino haciendo asalto en ellos, y para esto señaló cincuenta hombres que estuviesen a pique para picar a los caballos al tiempo que los adversarios dejasen de repicar sus músicos instrumentos. Y al resto de la gente dejó en guarda de la fortaleza, para que la guardasen

aguardando lo que la oportunidad les enseñase. Ya que se acercaba el cuarto del alba, quedaron los indios tan cansados de los muchos bailes y no menos beber, que cayeron dormidos sin acordarse de que tenían a la mira enemigos que no dormían. Apenas hubo cesado el canto de su parte, cuando cargaron los españoles a darles la alborada con músicas de instrumentos de guerra, que levanta más los corazones y los pies de los belicosos, la cual los despertó despavoridos. Mas, en efecto, el que duerme en tiempo que está muy metido en alguna cosa que le da gran cuidado, mayormente si es de temor y pesadumbre, a cualquier mosquito que se menee salta luego tan listo y despierto como si estuviera puesto en atalaya. Así les sucedió a éstos, que al primer arcabuz que se disparó despertaron con gran acuerdo y se pusieron cada uno en su puesto de donde pelearon animosamente, aunque mientras ellos se rebullían habían ya los nuestros hecho en ellos grave destrozo cubriendo en breve tiempo el suelo de cuerpos muertos. De esta manera se fué trabando en reñida batalla, que no cesó hasta después buen rato del sol salido, en el cual tiempo, así por estar los españoles muy fatigados como por la gran desigualdad del número de la gente, mandó el capitán que todos a una saliesen corriendo y se fuesen derecho a recoger a la fortaleza, lo cual ellos ejecutaron rompiendo por medio del escuadrón de los indios atropellando los que podían de camino. Parecióles entonces a los indios que ya estaba sin duda su victoria, y cantándola a grandes gritos, dieron a correr tras ellos hasta darles alcance en la misma puerta de la casa fuerte. Entonces el capitán mandó a sus españoles que revolviesen súbitamente sobre los indios, que llegaban ya a las colas de los caballos, lo cual hicieron con tal presteza que se quedaron atónitos los indios viendo vuelta tan repentina, dándola ellos con la misma ligereza corriendo poco trecho, donde los españoles iban alanceando los que alcanzaban. Mas volviendo sobre sí y reparando en lo que hacían, pararon y volvieron haciendo rostro a los españoles, trabándose por un buen rato hasta que los nuestros se evadieron del conflicto entrándose en el fuerte no poco fatigados y heridos.

Con esta ocasión tornaron los indios a poner de nuevo el cerco en cumplimiento de su juramento, estando allí seis días sin apartarse punto de las paredes de la casa. No fueron pocas las aflicciones en que los nuestros se vieron en este tiempo, porque las estratagemas y máquinas de los indios nunca cesaban de ejercitarse saliendo a cada hora con nuevas invenciones. Y hubo vez que habiendo juntado gran suma de haces de carrizo y paja lo arrimaron a la fortaleza por todas partes poniéndole fuego para ahogar con el calor y humo a los de dentro, sino que fué el Señor servido que sobreviniendo un aire algo recio lo esparció todo al lugar donde estaba la fuerza de los contrarios. También atajaron todas las vías por donde entraba agua dentro del fuerte, tanto que aun hasta un pozo que en él había tuvieron traza para secarlo haciendo por de fuera otro tan profundo como él, en cuyo suelo iban cegando todos los veneros por donde le iba el agua que lo conservaba. Y aun otros dos que había cerca de la casa los macizaron con cuerpos muertos, porque no pudiesen los españoles aprovecharse de aquel agua saliendo a cogerla con mano armada. Pusiéronlos con esto en tal extremo, que habiendo pasado tres días de sed intolerable vinieron los otros tres a no beber otra cosa que orines, y aun éstos por tasa, y con harto deseo de tener fontana de donde manase aquel arroyo. No pocas veces salieron los españoles a darse de las astas con los adversarios; pero ni por éstas, ni por esotras, había traza de que ellos se retirasen, y aunque dejaban siempre algunos muertos también volvían menos de los que salían. La multitud de flechas que los indios echaron

dentro de la fortaleza fué tan excesiva que no solamente fué suficiente leña para guisar de comer quince días enteros a toda la gente que en ella estaba, pero aun ultra destas y muchas otras que royeron los caballos, sobraron otras poquillas, que, antojándoseles a los soldados de contarlas por su entretenimiento, hallaron ciento y setenta mil.

No se pueden explicar los ardidés que los indios usaron en estos seis días, pues aun hasta buscar hojas de árboles amargos y ponzoñosos para inficcionar las aguas de los charcos más cercanos llegaba su rencor y coraje. Y juntamente usaban de astucia en el defenderse cuando se jugaba la artillería o venía la rociada de bolas de escopetas, arrimándose a las paredes del mismo fuerte por estar más seguros cuanto más cercanos. Finalmente, hicieron los bárbaros lo último de potencia para acabar con los españoles, no quedándoles por corta ni mal echada; pero la astucia de los nuestros fué tal que sólo se valían de mostrar ánimo haciendo poco caso de los indios y dándoles a entender que todo aquello eran para ellos saetas de niños y que les sobraba todo lo necesario, con estar en tal extremo que ya estimaban más a los caballos por los orines para beberlos que por los brios para pelear con ellos. ¡Oh cuánto importa en todas las cosas, así de paz como de guerra, la reportación y sosiego sin alborotarse la persona ni desmayar, aun cuando parece que faltan todos los remedios humanos y que para ello está cerrado todo el mundo! Pues cuando falte todo, la misma reportación y serenidad de ánimo suele engendrar frutos de medicina usando de sagacidad y artificio, lo cual no permite el ánimo inquieto y alborotado. Cuanto más cuando llega el enemigo a caer en corazón de hombre cristiano, el cual tiene ya experiencia que muchas veces ordena Dios que todos los remedios del mundo estén tan alejados, que el hombre esté sin género de fuerza y con tal desengaño de que si alguno viene ha de ser el del cielo. ¿Qué fuera de Betulia si no se hallara en ella un corazón de semejante valor y fortaleza, y qué fuera de Jerusalén si no tuviera a un Judas Macabeo? Bien sabemos la resolución que los betulianos tenían de entregarse si Judit no lo prohibiera, así con el ardid que inventó, llamado justamente ardid de guerra, siendo de total paz en la apariencia, concurriendo el auxilio de la divina Providencia en quien ella fundaba su esperanza, que al fin no le salió vana, teniendo tan sólido fundamento.

Llegó a tanto el buen rostro que Bernal mostraba, que desesperados los indios de rendirle si no intervenía alguna innovación en sus trazas y máquinas, se recogieron a un lugar alto que está a la vista de la fortaleza para tomar desde allí la corrida y dar sobre ella con mayor ímpetu para batirla y arrasarla por tierra con el mismo golpe de la gente. Y como poniendo este intento en ejecución viniesen a postrarla con tanto coraje como perros encarnizados y rabiosos, estando a la mira los encastillados, vieron todos que en medio de la carrera volvieron los enemigos todos a una las espaldas con no menor tropel del que traían, dando a huir despavoridos, y para correr más ligeros dejaron tendidas por el suelo todas las armas que traían desapareciéndose todos en un punto. Cuando el capitán Bernal vió tan repentina mudanza, tuvo presunción de que era maraña de los indios y no quiso que saliese hombre de la fortaleza hasta tomar acuerdo más despacio, pues del apresurarse en semejantes lances suele ser causa de perderse todo. Mas después que los indios estuvieron muy alejados salió él con su gente a recoger las armas de los enemigos por despojos suyos, las cuales eran suficientes para pelear más de diez y ocho mil soldados. Y habiéndolas juntado todas y cogido algunos indios que no pudieron tener con

los demás, los cuales siendo examinados vinieron a confesar que la causa de tan repentina y estupenda mudanza en su huida fué el haber salido un caballero con un caballo blanco, el cual se les puso delante con horrífico aspecto y comenzó a dar en ellos con tan bravo coraje que los dejó absortos, y mucho más una señora muy hermosa que salió echándoles en los ojos una espesa niebla con que los cegaba, y con que dió vista a los españoles para que reconociesen ser ella la soberana Madre de Dios y el caballero el glorioso Santiago. Plegue a Nuestro Señor de dárnosla a todos para que advirtamos que todo el bien nos viene de su mano, y reparando en ello le demos las debidas gracias.

CAPÍTULO XXI

De otro cerco que los indios pusieron a la casa fuerte de Arauco

Quedaron los españoles tan escarmentados de la tormenta pasada, que dieron orden en poner prevención y resguardo a todo lo que pudiese suceder en adelante. Y como lo que más les había apurado era la sed, pusieron su mayor conato en que la fortaleza estuviese proveída del agua necesaria para muchos días. No estaban los indios en este tiempo descuidados de prevenir las cosas concernientes al ejercicio militar, y así, tornáronse a congregar de nuevo convocando muchos más bárbaros que primero para tornar a probar la mano o perder la cabeza en la demanda. Y habiéndose juntado veinte y cinco mil hombres, se distribuyeron en tres ejércitos situándose el uno en el llano del cacique Peteguelen; el otro, en la tierra del general Longonaval, y el tercero, en la de Urilemo para acudir todos a una al cerco del fuerte y retirarse a sus reales cuando pareciese. Ya en este tiempo no tenía Lorenzo Bernal más de noventa hombres; mas tenía por cierto que estaba de su parte Dios, en cuya mano está todo el poder del cielo y de la tierra, y así no faltando un punto en la generosidad de ánimo cristiano, dispuso las cosas lo mejor que pudo, teniendo siempre cuarenta hombres de a caballo puestos a punto para salir cuando hubiese coyuntura el general con los contrarios. Pero ellos queriendo tomar el negocio más de propósito hicieron en sus tres sitios todos los géneros de artificios defensivos y ofensivos que supieron, fabricando fortaleza, fosos, trincheras y cavas torcidas y hondas que iban de un campo a otro por donde pasaban los indios a comunicarse sin ser vistos de los españoles por llevar todo el cuerpo metido en aquella abertura que era de más profundidad que estado y medio. Con esto se defendían también de los tiros de arcabuces y piezas, cuyas balas, aunque pasaban muy adelante de lo que ellos estaban, con todo eso no podían hacerles daño alguno en tanto que ellos no salían a campo raso. Mas éstos no dejaban de hacerlo muchas veces saliendo todos a una de los fuertes y acometiendo a la casa fuerte, a quien cercaban y daban batería acudiendo a esto por horas, pues por entonces no tenían otro oficio. En estas salidas no medraban ellos mucho, porque como la artillería y escopetas les cogían desencastillados, nunca dejaban de morir muchos en semejantes acontecimientos. Por otra parte, los mismos españoles salían algunas veces a ellos a caballo, por no mostrar cobardía esperando siempre a ser combatidos como gente que no pretende más que defenderse. Pero como todas esas salidas no fuesen más de breves y repentinos acontecimientos no ponían mucho temor a los adversarios, y así determinó una vez de romper con todo saliendo a pelear sin volver al fuerte hasta haber puesto en huida a los bárbaros o morir él y los suyos en la demanda. Para esto hizo a su

gente un largo razonamiento con más lágrimas que palabras, incitándolos con las unas y las otras a poner la vida por la honra de Dios y de su rey, y también para eximirse de tan frecuentes molestias como aquellos indios les hacían, sobre lo cual dijo muchas razones dignas de buen caudillo y cristiano pecho, con que no poco se enternecieron sus soldados, así los que sacaba al campo como los que dejaba en guarda. En efecto, habiéndose puesto en manos de Dios hicieron oración por largo rato, donde cobraron tanto esfuerzo que salieron sin género de temor rompiendo el aire con la furia de los caballos, y dando en los enemigos los iban alanceando sin levantar casi media vez el brazo en que no sacasen sangre. Fué tal la mortandad de aquel día que con ser tantos los enemigos se echaba de ver notablemente la merma que habían hecho en ellos los cristianos.

En esta refriega sucedió un caso digno de gran ponderación, el cual escribo yo de muy buena gana por ser tan edificativo como verdadero. Y fué que en cierta coyuntura en que se retiraron ambos bandos a tomar un poco de aliento para respirar, estando puestos frente a frente para tornar a acometer con nuevos bríos salió un indio del campo de los bárbaros y poniéndose en lugar donde pudiese ser oído de los nuestros comenzó a hablar palabras y echar desgarros semejantes a los soberbios retos que el gigante Goliat hablaba insolentemente en deshonor y oprobio del pueblo israelítico. Este indio se llamaba Gaspar, el cual había sido criado de un religioso que se había esmerado en doctrinarle desde niño enseñándole a leer y a escribir y ayudar a misa y poniéndole en el mayor grado de policía que la capacidad podía recibir y acomodarse. Estando, pues, este indio rebelado con otros muchos, como era más bachiller que los demás, tomó la mano en hablar no solamente contra los cristianos, mas también contra el mesmo Dios usando de palabras bárbaras a la manera que lo hacía Rapzases, capitán general del opulento Senacherib, rey de los asirios, el cual blasfemaba de Dios con tal irreverencia y arrogancia mofando de los confiados en su auxilio que de solamente oír referir tales insolencias, el rey Ezequías rasgó sus vestiduras con amargo llanto. Pero no eran solas blasfemias las que decía el indio Gaspar, mas también muchos desatinos hablando en alta voz desta manera: «Vosotros, cristianillos, no penséis que me habéis de engañar agora como cuando era muchacho, que ya que soy hombre he remediado el daño en que caí por vuestros embustes lavándome el rostro y cabeza y refregándolo mucho con mucha fuerza para quitarme el olio y crisma que me habiades puesto y cortándome los cabellos para que no quedase algo en ellos. Por tanto, dejadnos vivir en nuestra tierra y caminad a la vuestra con vuestro Dios, que si es tan rico como decís bien se puede ir a su tierra, pues no ha menester la nuestra.» Oyendo estos disparates un soldado vizcaíno llamado Pedro González de Andicano, no pudiendo sufrir tan insolente descaro, arremetió a él y le dió una lanzada con tanta furia que le tendió al punto muerto en tierra. Y queriendo Dios volver por su honra hizo manifiestísima evidencia de su poderío semejante a la que por palabras expresas dice la sagrada escritura haber hecho en castigar al malvado rey Antíoco. Porque habiendo los españoles salido vencedores en esta refriega, sucedió que mucho después salieron algunos a correr el campo llevando consigo cuatro feroces mastines como es costumbre. Y llegando a aquel lugar que estaba lleno de cuerpos muertos en gran número, se abalanzaron todos cuatro perros a dar en el cuerpo del desventurado indio Gaspar, y aferrando en él sus carniceros dientes le despedazaron con furiosa rabia dejando dél solamente los huesos no deotra manera que los de la inicua reina Jezabel, según refiere la sagrada escritura. El cual milagro no se puede calificar con

menos ilustre nombre mirado por todas partes, porque de la una sabemos que los cuerpos eran muchos, y por otra que los perros eran cuatro, y haberse arrojado todos ellos a solo aquel cuerpo dejando a los demás, es cosa que no admite duda de haber sido milagro manifiesto. De esta manera se ejecutó en el miserable indio el castigo como en el soberbio Rapzases y el arrogante Goliat, cuyas carnes dijo David que había de entregar a las aves del cielo y bestias de la tierra.

Grande era la aflicción en que los españoles se vieron en este cerco por estar ellos sin género de socorro humano, por estar la gente de la Concepción metida en otros negocios con la enfermedad y muerte del gobernador Francisco de Villagrán, lo cual iba allá sucediendo mientras acá estaba puesto el cerco, de suerte que se comenzó a poner aun siendo él vivo, y así duró cuarenta y cinco días continuos en los cuales veían cada día los nuestros asomar sesenta y cuatro de enemigas sin haber día sin sangrientas refriegas. Y ya que estaban los bárbaros cansados, vinieron un día tres mil dellos con un capitán llamado Colocolo con grandes ansias y júbilos mostrándose triunfantes con dos cabezas de españoles, que eran los que habían muerto en la isla de Santa María, las cuales traían en dos muy altas lanzas y con ellas andaban alrededor del fuerte, poniéndolas a los ojos de los españoles como haciendo burla dellos. A esto se asomó Bernal bien armado en lo alto de la fortaleza y preguntó a Colocolo cuáles eran las cabezas por las cuales mostraban tan alegres triunfos. El indio respondió que el trofeo era porque habían asolado de todo punto la ciudad de la Concepción sin haber dejado hombre a vida en ella ni en todo el valle, para cuya muestra traían las dos cabezas de las dos cabezas de aquel reino, y que lo mismo venían a hacer de ellos por más encastillados que estuviesen. Entonces el capitán Bernal, no mostrando semblante demudado con tan desastrada nueva, respondió que ya él sabía haber muerto todos los españoles del reino; pero que los que allí estaban eran bastantes para conservar en todo él la prosapia española conservándola y dilatándola con más aumento y restaurando con ventajas lo perdido. Dijo entonces el indio: «¿Pues qué mujeres tenéis vosotros para poder llevar adelante vuestra generación, pues en la fortaleza no hay ninguna?» A lo cual respondió el capitán español: «No importa, que si faltan mujeres españolas ahí están las vuestras, en las cuales tendremos hijos que sean vuestros amos.» Fué tanta la vergüenza que el indio tuvo de oír esta palabra, que arrimando a la pared la lanza con la cabeza que en la punta traía, abajó la suya yéndose confuso de tal respuesta.

Ya los indios habían intentado todos los medios y máquinas posibles para echar de sí a los españoles sin dejar stratagema que no probasen, hasta procurar ahogar con humo a los nuestros, cual otro Mario que atormentó a Quinto Luctatio Catulo encerrándolo en un aposento y ahogándolo a fuerza de humo; como si estos bárbaros supieran el refrán que dice que de las tres cosas que echan al hombre de su casa, la una es el humo. Pero la tolerancia y magnanimidad de los nuestros en todas estas dificultades se mostraba más extremada haciendo lances maravillosos. Y hubo vez que saliendo a pelear a campo raso se metieron tan en coraje dos soldados, cuyos nombres eran Francisco Ronquillo y Gaspar Juárez, que apartándose de la compañía se vinieron a hallar los dos solos cercados de enemigos, donde peleaban con tantos bríos como si fueran ciento de a caballo. Donde no sé cuál hazaña sea más digna de alabanza: o la destos dos valerosos soldados, o la de su capitán, Lorenzo Bernal, que por acudirles como buen caudillo, se expuso al mismo

peligro que ellos metiéndose entre los enemigos con su escuadra a sacarlos de sus manos; como otro Lucilo, que se puso a riesgo de la vida por escapar a su capitán Bruto de poder de los filipenses metiéndose él entre ellos para darle lugar a que huyese. Largo negocio sería contar por extenso las cosas notables que en estos cuarenta y cinco días sucedieron, donde la hambre de los caballos fué tan cruel que cayendo sobre ellos muchas saetas que venían de fuera, arremetían unos a otros a sacárselas con los dientes para comerlas, después de haberse comido las colas y crines sin que quedase alguna en todos ellos. Finalmente, vinieron antes los indios a fastidio que los españoles a desmayo, tanto que de puro enfadados hubieron de desistir de sus intentos alzando el cerco y retirándose a un lugar bien apartado para deliberar de nuevo lo que pareciese ser más conveniente. Fué tal el rastro que dejaron de la continua batería de aquellos días, que en sólo las flechas que cayeron dentro de la fortaleza hubo siempre leña suficiente para guisar de comer todos los soldados y aun sobran después de alzado el cerco quinientas y ochenta mil sin otras muchas que destruyeron los caballos.

CAPÍTULO XXII

De cómo se despobló la casa fuerte de Arauco y de la victoria que el capitán Lorenzo Bernal alcanzó del general indio llamado Quiromanite en la ciudad de los Infantes

No era poco el cuidado que el nuevo gobernador tenía de ver la tierra puesta en tal estrechura, que era imposible conservarse todo, antes no habría cosa segura mientras se acudía a muchas. Y teniendo por el más acertado acuerdo el tener la gente recogida, se determinó a desamparar algunos puestos para que los soldados dellos acudiesen a los mejor parados, pues es cierto, según filosofía y experiencia, que la virtud unida es más fuerte y se excede a sí misma cuando atiende a diversas cosas. Y para dar principio a esto, mandó ante todas cosas que se alzase mano de la casa fuerte de Arauco, lo cual se hizo saliendo los españoles della a los quince del mes de julio del año de mil y quinientos y sesenta y tres. Mas como al salir Bernal con su artillería y bagaje llevando consigo los ochenta hombres que había de presidio no faltó quien puso fuego a la fortaleza por despedida, no pudo el humo que procedía del incendio dejar de ser un cierto y veloz correo de la novedad que había, a la cual concurrieron muchos indios de diversos lugares con las armas en la mano, de suerte que llegaron a dar alcance a los nuestros cerca del río Longonabal obligándoles a pasarle a nado, abalanzándose a él con manifiesto riesgo y aun pérdida de Francisco Gómez de Ronquillo, que quedó tan ronco con la demasiada agua fría, que ni habló más palabra ni bebió más gota en toda su vida, sucediéndole este ejército poco menos que lo que acaeció al de Federico emperador Enobarbo, cuando habiendo tomado por combate algunos pueblos de Armenia pasaba a Jerusalén, que al vadear un río le encaminó el torrente por otra parte llevándoles más apriesa y más leguas de las que él quisiera, si pudiera querer, que no pudo, aturdido en el raudal que le sirvió de andas y sepultura. Con todo eso no dejaron los indios de picar algo en la retaguardia desistiendo dello a poco trecho para acudir a echar por tierra la casa fuerte, que a pocos lances no fué fuerte si la tierra debe llamarse no fuerte sino débil.

No fueron pocos los encuentros que fué teniendo Bernal en el camino con los enemigos hasta llegar a la ciudad de la Concepción, donde dejando la gruesa de su gente, pasó con veinte hombres a la ciudad de los Infantes por capitán y justicia mayor della. Y no fué en vano el consejo del gobernador en favorecer al pueblo con este socorro, porque como es el lugar más cercano a los enemigos, los tenía cada día a la vista con diversas amenazas y ademanes. Y como ellos anduviesen sin otro cuidado ultra de desarraigar a los españoles de su tierra, juntáronse una vez más de ocho mil para venir sobre la ciudad, lo cual no fué primero dellos intentado que entendido de Bernal. Y para poner resguardo a lo más necesario, fortaleció el pueblo lo mejor que pudo con una manera de baluarte donde se recogiese la gente no guerrera, y apercibiendo, por otra parte, para hacer rostro a los adversarios, cincuenta hombres de a caballo. Cuando ellos llegaron a la vista de la ciudad y entendieron estar en ella el capitán Bernal, no se atrevieron a acometerla, antes haciendo alto junto al río estuvieron a la mira sin pasar adelante. Y queriendo asentar reales de propósito, se alojaron en faldas de un cerro que estaba sobre el mismo río por ser el sitio más fortalecido de todo el valle. Reconoció Lorenzo Bernal la falta de ánimo de los indios, y para mostrar el mucho suyo, salió con su escuadra de a caballo echando por otra parte otro escuadrón de indios amigos en conserva de unos pocos soldados de infantería, acometiendo por dos partes con tal denuedo, que los indios no pudieron resistirle por largo rato, aunque lo intentaron al principio; mas en efecto se vieron tan apurados, que hubieron de salir de la guarida al cerro huyendo por diversas partes arrojándose los más dellos al río, yendo el resto, que serían dos mil, corriendo como venados por la llanada. Pero como los españoles se dividieron en dos escuadrones por ir en seguimiento de uno y otros rendidos, diéronles tanto en que entender, que los que iban por una parte quedaban ahogados en el río, y los que huían por otra hacían río de su sangre muriendo pasados de dos mil sin los heridos, que eran en mayor número: con cuya huída quedó el campo por los españoles, y la victoria declarada en aquel día, que era jueves veinte y cinco días del mes de marzo de mil y quinientos y sesenta y cuatro, que es el día en que el hijo de Dios ocupó el sitio donde tenía pregonada guerra a fuego y a sangre contra el enemigo del linaje humano de quien alcanzó victoria, por la cual le dieron todos gracias, y por la que tuvieron aquel día en su propia ciudad, por cuyas puertas salieron los niños y doncellas con palmas en las manos y guirnaldas en las cabezas a recibir los vencedores celebrando sus triunfos con alegres cánticos y danzas.

CAPÍTULO XXIII

Del cerco que los indios de Arauco y Penco pusieron a la ciudad de la Concepción, y desbarataron a dos capitanes con muerte de don Pedro de Godoy, caballero sevillano

Estaban en estos tiempos los indios araucanos y tucapelinos tan resueltos en no parar hasta dar con los españoles fuera del reino, que acudían por momentos a dar rebato en la ciudad de la Concepción, donde el gobernador estaba con más de 300 hombres de pelea, a los cuales inquietaban los indios cada día: y cuando más no podían, se vengaban en sus haciendas, quemándoles las sementeras, derribando las caserías de las estancias, llevándoles los ganados y matando los pastores. En efecto, estaba la tierra de suerte que ninguno podía salir de la ciudad un tiro de arcabuz seguramente, por estar siempre los

enemigos en espía haciendo estrago al que podían haber a las manos, la cual tormenta dura hasta hoy, que no hay hombre que ose salir de la ciudad media legua por ser el riesgo manifiesto. Particularmente fué más grave este trabajo por espacio de 60 días continuos en que los indios tuvieron cercada la ciudad con notable detrimento de los moradores della, por no pasarse día sin alboroto con calamitoso estrago y matanzas de ambas partes. Pero como después de muy enfadados los indios de tanto pelear y estarse sin punto de quietud de día ni de noche acordasen de alzar el cerco, fuéronse a diversos puestos deseosos de sus acostumbrados banquetes y borracheras.

Dentro de pocos días se tornaron a convocar muchos dellos en la provincia de Itata para tratar de nuevo los medios expedientes para recuperar su libertad, echando a los nuestros de sus tierras, de que se habían aposeñado a fuerza de armas. Llegó esta voz a oídos del gobernador, que estaba en la ciudad de la Concepción, que es siete leguas de Itata, el cual para obviar los designios de los contrarios, envió allá cincuenta españoles que procurasen impedir los intentos de los indios tentando primero los medios de paz, y cuando no bastasen, llevándolo a punta de lanza. Salió el capitán Francisco Vaca con esta escuadra de soldados, y poniendo su gente en un lugar cercano a los enemigos, se estuvo a la mira tomando el pulso a las ocasiones, aunque algo remiso y con menos resguardo que ellos pedían, confiado en el valor y destreza de los suyos. Pero los indios, que no dormían, dieron sobre él con mano armada, y aunque les hizo rostro peleando con ellos animosamente, con todo eso fué vencido y se hubo de retirar con pérdida de diez soldados y sacando otros muchos heridos, se fué con todos ellos huyendo hasta la ciudad de Santiago, que está cincuenta leguas del sitio donde se tuvo la-batalla.

Estaba este tiempo en la ciudad de los Infantes un caballero llamado don Pedro de Godoy, natural de la ciudad de Sevilla, hombre de poca edad, pero de mucho valor y prudencia y otras buenas partes y gracias de que Dios le había dotado. Este, oyendo decir la aflicción en que estaban los españoles de Penco, se concertó con el capitán Juan Pérez de Zorita para ir con él a dar socorro a los que estaban en tal aprieto. Y saliendo el capitán con alguna gente española, trajo consigo a este don Pedro de Godoy, estando satisfecho de lo mucho que podría ayudarse de su industria y fuerzas. Mas como no pasaba un mosquito por el aire sin que los indios lo divisasen, supieron luego cómo esta gente venía de socorro, y así se atravesaron en el camino en un mal paso de la tierra de Levocatal, cosa de dos leguas de la ciudad de la Concepción. Como los españoles llegaron a este paraje y se vieron cercados de enemigos, inopinadamente comenzaron a defenderse como mejor pudieron, de tal suerte que hicieron notable riza en los contrarios. Mas como los indios habían cobrado tal orgullo y avilantez de la victoria pasada, no perdieron punto de sus bríos peleando animosamente, de suerte que por ser muchos hubieron de cansar a los españoles hasta ponerles en extremo trabajo; mayormente cuando dieron los nuestros alguna muestra de estar fatigados y comenzaban algunos a caer muertos y heridos. Pudo tanto el tesón que los indios tuvieron en pelear, que algunos de los españoles flaquearon y comenzaron a escabullirse a uña de caballo, con lo cual se animaron más los indios a ejercitar sus fuerzas y fiereza. Fué tanto el coraje en que se encendió don Pedro de Godoy de ver que tenían los indios la suya sobre el hito y los españoles desfallecían, que se metió entre los contrarios haciendo gran estrago en ellos hasta que, vencido del grueso número, quedó muerto en la batalla habiendo vendido muy

bien su vida antes de perderla. Entonces los pocos españoles que había perdieron el ánimo de todo, y huyendo los más de ellos dejaron a su capitán con muy poca gente en los cuernos del toro huyendo por diversas vías, tanto que el capitán hubo de hacer lo mismo dejando cinco hombres muertos en la batalla. No fué poco el regocijo que los indios tuvieron en verse vencedores en dos encuentros sucesivamente, y mucho más en haber muerto a don Pedro de Godoy, cuyo valor ellos conocían como gente que había experimentado lo que valían sus manos, así en otros lances como en éste, en que se había mostrado tan valeroso que no lo fué más aquel nombrado Ubbo Fressico soldado del rey Harald, que por gran cosa se dice dél haber herido a once hombres y muerto a veinte y cinco en una batalla sin que alguno se atreviese a acometerle de cerca, sino todos de lejos asaeteándole de suerte que primero tuvo clavadas en su cuerpo ciento y cuarenta y cuatro flechas que cayese en tierra. Porque aunque las saetas que pasaron a don Pedro de Godoy no fueron tantas, fué mucho mayor el número de enemigos que él dejó muertos y heridos. Y para celebrar los indios más esta victoria le cortaron luego la cabeza, sacando el casco de ella para que les sirviese de taza en los banquetes y borracheras.

Pasados algunos días después de esto, salió Pedro de Villagrán de la ciudad de la Concepción para la ciudad de Santiago en seguimiento de Martín Ruiz de Gamboa, que por ciertos disgustos que con él tenía por no hacer el gobernador tanto caso de su persona como él quisiera, se salió de la ciudad evadiéndose sin ser sentido. Y cuanto más sin sentirlo salió de ella, tanto más lo sintió el gobernador, con tal extremo que él mismo fué en su seguimiento aunque pretendió también visitar de camino aquella tierra. Y después de pasados algunos encuentros en la ciudad de Santiago, en que el gobernador puso en aprieto a Gamboa por haber salido de la girerra sin licencia y por temas y pasiones manifestadas, finalmente reconciliados los dos se volvieron juntos llevando ciento y veinte soldados para nuevo socorro de la Concepción. Cuando comenzó a caminar con esta compañía, ya los indios estaban puestos en arma para atajarle los pasos, haciendo un fuerte en Renoguelen, que estaba en medio del camino. Y mientras los nuestros iban marchando, se iban juntando muchos más indios de pelea convocados por el valeroso capitán Quintorome, hijo del cacique de Renoguelen, acudiendo también a ello los capitanes Punpun, Bispange, Aliman, Joan Quin y otros de mucha fama. Apenas había llegado la compañía española a la llanada de Maulí cuando los indios comenzaron a representar batalla, a cuyo ademán acudieron los nuestros como leones estrellándose en ellos y trabando tan reñida batalla, que en espacio de tres horas no hubo instante de interrupción, hasta que al fin de ellas se declaró la victoria por los nuestros, los cuales batieron por tierra la fortaleza habiendo huido los enemigos con harto menoscabo de los suyos.

Habida esta victoria prosiguió el gobernador su viaje hasta la Concepción metiendo en ella la gente que tenía de refresco, con la cual quedó la ciudad más fortalecida y bien parada. No hago aquí particular mención de muchas cosas notables que iban sucediendo en este tiempo porque sería cosa larga; basta decir que en todo él nunca faltaban frecuentes alborotos, y con no parar los españoles corriendo la tierra para limpiarla de enemigos aunque no faltaban por momentos; y como Pedro Villagrán diese buena cuenta de su persona esmerándose en no faltar a su oficio, vínole cédula del conde de Nieva, virrey del Perú, en que le confirmaba el nombramiento de gobernador hecho por su

predecesor Francisco de Villagrán, mientras su majestad lo confirmaba o proveía otro de nuevo. Con esto se animó más Villagrán a tomar el negocio más de propósito y las cosas de gobierno, y entre otras muchas hizo una, que fué enviar a un deudo suyo, llamado Gabriel de Villagrán, para que fuese a las ciudades de arriba con título de general a hacer gente y traer provisión para la ciudad de la Concepción donde él estaba. Y por ser el capitán Lorenzo Bernal tan valeroso y bien afortunado, lo envió con él para que le hiciese espaldas ayudándole con obediencia y consejo, lo uno para hacerle respetar, y lo otro para que se hiciese respetar él mismo. Llegó el general a la ciudad de Valdivia donde, no contento con juntar para la guerra los hombres aptos para ella, obligó también a los demás a ir en persona o contribuir con sus haciendas sin dejar mercader ni oficial a quien no sacase más de lo que podía dar, y recogiendo también todo cuanto pudo de ropa, armas y comida para sustento de los que andaban en la guerra. No escribo este punto en la ocasión presente porque sea sólo una vez, pues son muchas las que se hacen semejantes vejaciones porque es cosa ordinaria y tan introducida y entablada que dura hasta hoy el mandar los gobernadores echar derramas por todo el pueblo para sustentar las guerras y mantener los soldados. Y no hay más que salir al campo y coger una manada de ovejas o vacas, o entrar en las bodegas, o una partida de botijas de vino, y así la lo demás en el maíz y trigo y las demás vituallas diciendo esto para la guerra, esto otro para la guerra, tomándolo a los pobres indios y españoles fiado y dándoles libranza para la caja real de donde se pagará cuando nuestro señor fuere servido que caiga algo en ella, que por ahora con la continua guerra no alcanza a un grano. Tanto que después que vino al Perú por visorey don García de Mendoza, que fué el año de 69, ha enviado de la ciudad de los Reyes algunas veces socorro de dineros, con lo cual lo han pasado algo mejor los pobres soldados que suelen andar hechos pedazos los cuerpos y los vestidos, y aun morirían de hambre si no tomasen los bastimentos por el orden que digo, si orden llamarse puede. Viendo pues los de Valdivia lo que Gabriel de Villagrán había hecho, quedaron tan fiscados, que cuando volvió de la ciudad de Osorno de hacer otro tanto, no le quisieron recibir en la ciudad, poniéndose todos en armas antes que llegase a ella, con tantas veras, que en muchos días y noches no se les caían las cotas de los hombros a los soldados. Y era tanto el tocar de la campana al arma, que finalmente se puso a tocarla por su misma mano el alcalde del pueblo llamado Pedro Fajardo, que era vecino y persona de estofa, y fué tanta la priesa que se dió que o por haberse tocado tanto la campana, o porque no era cursado en el oficio, se vino a quebrar con ser harto gruesa, cayendo también la lengua de la campana y dando un buen porrazo en las manos del pobre alcalde, que por poco le diera en la cabeza. Y no faltó quien fajó con Fajardo riñéndole porque se había metido en oficio ajeno, como también lo fuera de mi historia si se reparara en este punto, si solamente atendiera a que lo hallé escrito en el autor, pues a cada paso voy dejando otras muchas cosas en que él se cansó escribiéndolas por extenso; pero escribo ésta para que se entienda cuánto daño hace una lengua cuando se desconcierta y cae de golpe. Porque si cuando estaba ésta concertada en su campana se oía en toda la ciudad, y no fuera de ella, y después por haberse desconcertado da tal estampido que llega el rumor a donde llegase la historia, ¿qué hará una mala lengua cuando se desmanda y sale la madre? Y también escribo esto porque me cuadra la similitud; que había días que andaba a buscar cosa a que comparar la mala lengua y no he hallado tan apropiado. Porque si la del escorpión inficiona con escupir, también hay lenguas de hombres, y aun de mujeres, que con sólo escupir concierto ademán o

sonsonete dan a entender según subjeta materia mucho más que con palabras pudieran, contaminando a un linaje entero; mas la diferencia es que la del escorpión es remediable con ponerla encima de la mordedura o parte inficionada, pero el daño que hace una mala lengua raras veces se puede soldar, aunque la misma se ponga a remediarlo, pues el estrago es irreparable y no en balde la comparo a la lengua de la campana, pues -si bien se advierte- la lengua del hombre cuelga de la campanilla, y si no acierta ser cuerdo el que la tiene, no es más que una campanilla de un muñidor que anda todo el día convocando gente. Tampoco me parece que la puedo comparar a la espada de dos filos o a la escopeta o verso, si ya no fuese el verso de David, que pidiendo a Dios que le libre de los libros inicuos y lengua dolosa le responde Dios: «¿Qué remedio quieres que te dé?», o qué medicina quieres que te ponga para defenderte de tal lengua; porque estos instrumentos para herir y otras semejantes solamente son nocivas al enemigo mas no al amigo, ni al mismo que usa dellos: mas la mala lengua no solamente a los émulos, sino también a los amigos y hermanos suele ser perjudicial, y mucho más a sí misma, pues mientras está diciendo mal de otros, está pregonando que ella es mala. Y así me resolví en compararla a cualquier instrumento séase cual se fuere, aunque no sea de guerra, con tal que esté desconcertado, pues la pieza de artillería, que es muy útil al que la dispara si va con orden, vemos que cuando revienta no perdona a los mismos de su bando ni aun al mismo condestable que le pone fuego. Y muy más frecuentemente se ve esto en una espada cuando está descompuesta como si estuviese sin contera y la punta descubierta, que por donde quiera iría picando; y así- no habría hombre que osase parar cerca del que la llevaba por el manifiesto riesgo que habría en no huir de hombre que por donde quiera que pasa pica. Desta suerte me parece a mí que la lengua mordaz o detractora va haciendo este oficio por donde quiera; que aquí pica y allí pica y acullá pica, sin perdonar estado ni sexo, secular, clérigo o religioso a quien no pique. Y así cuando las gentes ven un hombre deslenguado que pica, de aquí suelen decir: «Guardaos dél», como lo dicen del que trae espada o estoque desconterado. Y lo peor es que al que procede desta suerte no hay remedio de echarle contera en la lengua, y cuando mucho tendrá en ella no contera, sino cuento, y ése no de lanza o sargenta, sino cuento que contar, que hace más enconada la herida que el de la lanza o partesana. Y porque, dije, que cuando está desconcertado el instrumento no es menester que sea de guerra para herir, lo doy a prueba en un vidrio, que con ser para el regalo del hombre, con todo eso en quebrándose suele dar muy buena herida al que no se rescata dél; cuanto más la lengua si es vidriosa y empieza a quebrar con alguien soltándola maldita. Y no sólo esto, mas aun el instrumento diputado a cosas sagradas cual es la campana, vemos que en desordenándose hace también daño con su lengua, como ahora consta por este ejemplo de la que cayó sobre el alcalde Fajardo. Mas como Gabriel de Villagrán fuese hombre cuerdo y desease evitar desasosiegos, oyendo el que en Valdivia lo levantaba, no quiso pasar adelante, sino echando por otro camino se fué a la ciudad Imperial. Aunque después hizo el gobernador las pesquisas y castigos que le incumbía de oficio, con el menos dispendio de hacienda que fué posible.

En este tiempo estaba la ciudad de la Concepción tan combatida de los indios, que era necesario el bajar a ella gente de todas las ciudades de arriba, como se ha dicho; mas como se juntasen todos en la ciudad Imperial en el corazón del invierno, donde era peligroso el paso de Arauco y Tucapel, así por la aspereza de los caminos como por la multitud de indios puestos en arma, pareciéndole al capitán de la ciudad, que era Juan

Ortiz Pacheco, que no convenía aventurar la gente a tanto riesgo, la mandó volver a sus puestos mientras no se allanaba más el paso. Sucedió entonces, que los indios rebeldes se convocaron para cierta junta en un lugar cerca de Moquegua, y queriendo este capitán desbaratarlos antes que el negocio fuese adelante, envió alguna gente y por su capitán a Juan de Vera que la llevase a la casa fuerte de Moquegua, que está siete leguas de la ciudad. Fué este capitán donde le era mandado, mas con algún descuido, menos prevención que el tiempo requería; y así dando en él los enemigos le hicieron ir más que de paso con pérdida de siete hombres que le mataron y sobreviniendo a la ciudad Imperial, que estuvo en no pequeño riesgo de perderse. Después deste suceso salió el gobernador Pedro de Villagrán para Santiago no en romería como peregrino, sino como hombre que iba a esperar más de cerca las provisiones reales del oficio de gobernador, cuyo suceso, por ser negocio tan largo que haría serio el capítulo demasiadamente, lo reservaremos para el que sigue.

CAPÍTULO XXIV

De la entrada de Jerónimo Costilla; en Chile con un ejército de soldados y del nuevo gobierno de Rodrigo de Quiroga

Ya en este tiempo era muerto el conde de Nieva, virrey del Perú, y había sucedido en su lugar el presidente Castro, que gobernó el reino algunos años. Este, sabiendo que había muerto Francisco de Villagrán y estaba el reino sin gobernador propietario, acordó proveer en esta plaza a Rodrigo de Quiroga que era de su tierra, que es Galicia, por ser hombre principal y de los primeros conquistadores que entró con Valdivia. Y así por esto, como por fortalecer más a Chile, envió al comendador Jerónimo Costilla con pocos más de doscientos soldados para que diese socorro al reino, y juntamente metiese en posesión del gobierno a Rodrigo de Quiroga conforme a las provisiones que llevaba. Esta nueva llegó en parte a oídos de Pedro de Villagrán, el cual supo solamente la partida del ejército sin constarle a lo que venían. Y aunque al principio se alborotó algo, pero mucho más después que supo que había llegado a la ciudad de la Serena y no le enviaba Jerónimo Costilla siquiera una carta de comedimiento. Y sospechando lo que podría ser, tuvo presunción de que si venía nueva provisión de gobierno era para Rodrigo de Quiroga; se congojó grandemente y procuró poner diligencia en obviarlo. Para esto juntó a los regidores en cabildo tratando con ellos del negocio y calificando por negocio sospechoso el entrarse así aquella gente de guerra sin querer dar a nadie parte de sus intentos, y que por tanto les incumbía el resolver si sería expediente impedirles la entrada hasta que estuviesen más declarados sus motivos. Y recelándose de que Rodrigo de Quiroga debía de estar ya sobre aviso, mandó a los alguaciles que tentasen las corazas a todos los presentes escudriñando si algunos venían armados, porque le constaba ser Quiroga bien quisto y amistado en el reino, y por consiguiente estarían pertrechados los de su bando. Comenzóse a ejecutar esto en presencia de Quiroga que era alcalde ordinario, el cual entre el alboroto y murmullo se escabulló disimuladamente y se fué a la casa de Alonso de Escobar, donde se hizo fuerte con algunos amigos suyos, lo cual sintió mucho Villagrán, mayormente porque enviándole un mensajero llamado Juan Álvarez de Luna echó mano dél Rodrigo de Quiroga y le encerró en un aposento por haberle dicho algunas

palabras de parte del gobernador con demasiada libertad en mucho deshonor suyo. Y aunque el mismo gobernador entró en la casa donde estaba Quiroga hablando a voces desde el patio, intimándole la exorbitancia que hacia en no rendirse a la justicia, con todo eso él no quiso salir; mas respondió desde los altos que él no pretendía más de librar su vida, la cual estaba en manifiesto riesgo por los indicios que su señoría había dado de querer quitársela sin causa, y en lo demás estaba sujeto a lo que él mandase, y lo estaría siempre como era razón; y con estas palabras se quedó en su casa y el gobernador volvió a la suya. No eran pocos los dichos de todo el pueblo notando al gobernador de algún menos brío del que su oficio requería y atribuyéndolo a diversos fines con el comento que a cada cual le parecía. En este interín se escabulló de la ciudad Martín Ruiz de Gamboa, que era yerno de Quiroga, y se fué al puerto que está diez y ocho leguas, donde recibió al general Jerónimo Costilla con muchos regalos de refresco y le dió cuenta del cisma que había en la ciudad, con lo cual le estimuló a marchar aprisa con su gente sin responder a una carta del gobernador Pedro de Villagrán que le alcanzó en aquel puerto, lo cual él tuvo por gran desprecio de su persona, como en efecto parece que lo era.

Entró Jerónimo Costilla con su ejército en la ciudad de Santiago pasando la calle a manera de alarde, llevando delante cuatro piezas de bronce y mucha arcabucería viniendo a parar en la plaza principal al romper el día con estandarte tendido como si fuese a entrar en alguna batalla. De allí envió luego a Rodrigo de Quiroga y le entregó en presencia de todos la provisión metiéndole en posesión del oficio el mismo día, que era en el mes de junio de mil y quinientos y sesenta y cinco. Viendo los de la ciudad lo que pasaba, hubo diversos pareceres sobre el caso, porque así Villagrán como Quiroga tenían muchos amigos en el reino, y cada cual era del bando de aquel con quien tenía más prendas. En efecto, juntándose los regidores en el cabildo, vino a ser recibido Rodrigo de Quiroga por sólo un voto que tuvo de ventaja, y con esto quedó la ciudad quieta; y fueron bien hospedados los recién venidos, de los cuales había muchos que eran personas principales, como era Gutiérrez Laso de la Vega, el capitán Gaspar Verdugo, el captan Diego Varaona y otros muchos. Poco después mandó el gobernador prender a Pedro de Villagrán, su predecesor, y lo tuvo con guarda en poder del capitán Juan de Quirás, hasta que finalmente lo mandó embarcar para el reino del Perú, donde llegó en breves días.

Fué Pedro de Villagrán natural de Colmenar de Arenas, hijo de Juan de Villagrán, escribano de cabildo, hombre bien nacido y de respeto; entró en Chile con don Pedro de Valdivia, fué maestre sala suyo y después capitán y maestre de campo. Hallóse en la población de la ciudad Imperial, fué puesto por capitán de ella, en el cual oficio estuvo cuatro años sustentándola con harto trabajo; tuvo una encomienda de indios llamada Tirua, dada por el gobernador Valdivia con veinte mil indios tiburarios. Dejó a Chile por ver la tierra tan inquieta, acogiéndose al Perú donde se casó con una señora de mucha suerte llamada doña Beatriz de Santillán, vecina del Cuzco, donde tenía diez mil pesos de renta. De allí volvió a Chile sabiendo que Francisco de Villagrán, deudo suyo, era gobernador del reino, en el cual quedó en el mismo cargo por muerte suya. Y finalmente volvió al Perú desterrado, por quitar los alborotos que pudieran resultar entre sus amigos y los de Quiroga sobre el gobierno y los desabrimientos referidos.

En tanto que en la ciudad de Santiago iban sucediendo estas cosas, estaba la ciudad de Valdivia no menos desasosegada por una cosa que tenía dependencia del gobernador pasado. Y fué que Pedro Fernández de Córdova comenzaba a hacer pesquisas sobre los ruidos precedentes de la visita de Gabriel de Villagrán, que -según dijimos- llegaron a tanto que hubo de quebrarse la campana de la iglesia. Y como la comisión que este pesquisador traía era dada por Pedro de Villagrán, y llegó la nueva de que estaba desposeído del gobierno, comenzaron a intervenir dificultades sobre esta comisión de Pedro Fernández de Córdova pareciéndoles a algunos que estaba en su vigor, y a los más, o casi todos, que había expirado. Hubo sobre esto muchos dares y tomares y pareceres diversos de letrados, hasta que finalmente se juntaron todos los regidores con el mismo pesquisador. Le tuvieron tan apretado y a pique de aprisionarlo, que él echó mano a la espada para defenderse de todos ellos. Con esto hallaron causa suficiente para echarle mano, y así lo hizo el alguacil mayor, que era Francisco de Redondo, el cual lo llevó preso quitándole la vara de las manos. No había pasado muchos días cuando él se salió de la prisión por entre tres hombres de guarda que allí estaban, dando una cuchillada al uno de ellos que era regidor de la ciudad, y se acogió a la iglesia mayor de ella con catorce hombres amigos suyos; y aun Álvaro de Mendoza, que era capitán de la ciudad de Osorno, dejando su función salió con gente y bandera tendida comenzando a marchar para darle socorro en este trance. Fué tanto el alboroto de la ciudad de Valdivia, que cercaron la iglesia no sólo con escuadrones de gente, más también con palizadas y otros paramentos, y aun cerraron las puertas a piedra, todo para que la hambre y sed, que es persuasora de la bajeza, constriñese a los encerrados a que se rindiesen a los regidores. Y llegó a tanto la aflicción en que se vieron por falta de agua, que hubieron de acogerse al remedio de que usó David cuando iba perseguido de Saúl en la ciudad de Nobe, donde apurado de hambre comió los panes santos de proposición que estaban en la iglesia dedicados al culto divino como cosa sagrada, los cuales le dió el sacerdote Achimelec a falta de otros. Pues ya que Pedro Fernández de Córdova y sus secuaces no comieron el pan bendito porque no lo había, a lo menos bebieron el agua bendita, pareciéndoles que no era mucho quitársela a los de la ciudad estando en aquella agonía, pues ellos sin necesidad habían quebrado la campana de la iglesia; finalmente se metieron por medio personas religiosas y se vino a dar por medio de paz que el pesquisador dejase la vara y desistiese del oficio y los regidores le dejasen ir libremente, lo cual se ejecutó por entonces, aunque después que entró en Chile la real audiencia fué el pleito a ella, donde salieron por libres los unos y los otros.

CAPÍTULO XXV

De la batalla que Martín Ruiz de Gamboa tuvo con los indios de Turay y la que tuvo el gobernador Quiroga con los indios de Talcamavida. Y otros encuentros habidos en Arauco

La primera cosa que el gobernador Quiroga puso ante los ojos para entablar bien su oficio, fué el tratar del orden de las cosas de Arauco, para lo cual señaló lo primero a Lorenzo de Bernal de Mercado por maestro de campo de todo su ejército, por ser hombre que cada día iba creciendo en opinión y obras de hombre valeroso y bien afortunado; por

otra parte envió a su yerno Martín Ruiz de Gamboa a las ciudades de arriba a recoger gente y bastimentos para la guerra, a lo cual se dieron tan buena maña Bernal por una parte y Gamboa por otra, que en pocos días se juntó gran cantidad de bastimentos, munición y armas, que se pudiera emprender cualquier viaje de lago tiempo. Habiendo, pues, congregado Gamboa ciento y veinte hombres en las ciudades de Valdivia, Osorno y los Infantes, se vino marchando hacia la parte de Arauco, donde había de juntar su gente con el campo del gobernador que iba a salirle al encuentro como estaba concertado. Mas como en la prosecución de su camino se alojase un día en un lugar que está a ocho leguas de la ciudad de los Infantes, que es un lebo llamado de Turaupe, salieron a él gran suma de indios repentinamente cogiéndolo casi descuidado. Mas fué tanta la diligencia de los españoles, que en dos palabras salieron sesenta de a caballo, y Martín Ruiz con ellos con tantos bríos, que los indios desaparecieron con más velocidad que habían venido sin atreverse a entrar en fuego con los nuestros. Aquella noche les pareció a los de nuestro campo dar una trasnochada sobre los indios del lebo de Puren, los cuales estaban ya esperando con las lanzas en las manos; pero hallaron la entrada tan montuosa y áspera, que no eran señores de sí ni de sus caballos, y así hubieron de desistir prosiguiendo en su viaje hasta dar con el ejército de Quiroga. Ya en este tiempo llegaba él al río grande de Biobio, el cual pasó la gente en balsa y los caballos a nado un jueves quince de diciembre de 1566. Apenas estaban de la otra banda cuando llegó la compañía de Martín Ruiz y todo el bagaje que traía, con lo cual se aumentó mucho el ejército, llegando a casi quinientos hombres, cosa que después de la entrada de Almagro no se había visto en Chile hasta entonces. Y por estar tan propincua la Pascua se alojó al campo vera de un río cerca de los Infantes donde hicieron alto con grandes regocijos, así por celebrar la fiesta, que los pedía, como por verse tantos españoles juntos y tan pertrechados y abastecidos para la guerra. En este lugar ordenó Quiroga su campo disponiendo las cosas concernientes a todo su ejército y nombrando los primeros oficiales de guerra, entre los cuales salió por coronel Martín Ruiz de Gamboa; por alférez general, Gabriel de Zúñiga; por sargen

to mayor, Agustín de Paredes; por capitanes de a caballo, Diego Baraona, Baltasar Verdugo, Joan Gudines y Francisco de Caravajal. Pasadas las Pascuas, mandó el gobernador a su maestre de campo Lorenzo Bernal que alzase luego los reales y comenzase a marchar el ejército hacia el cerco de Catirai, que está en la tierra de Mareguano, donde ya los enemigos se habían juntado en grueso número, reparando el fuerte en que habían muerto a Pedro de Villagrán, hijo del gobernador pasado. Habiendo, pues, caminado pocas leguas, le salieron al camino algunos escuadrones de indios araucanos, contra los cuales envió Bernal al capitán Verdugo con su compañía de a caballo, de quien fueron acometidos con tanto ímpetu, que se hubieron de retirar hacia el fuerte, yendo poco a poco para llevar cebados a los españoles adonde se hallasen cercados de todo el ejército araucano. Y aunque el gobernador hizo demostración de querer dar sobre la fortaleza y lo ordenó así resolutamente, con todo eso con sola una palabra de Bernal, que dijo no ser conveniente, retrocedió de su parecer diciendo que él tenía por bien el seguir lo que él trazaba. Cosa por cierto digna de alabanza y en que mostró el general más valor, señorío y prudencia que si insistiera en su parecer mandando se ejecutase lo que una vez se había ordenado; porque cuando las cabezas que tienen poder absoluto ponen ministros diputados para los oficios necesarios al asunto de su

gobierno, tanto más señores se muestran cuanto más están dependientes dellos, dándoles mano para sus ministerios sin quererse regir en todo por su juicio, pareciéndoles que por ser cabeza pierden de su derecho en no dar de cabeza y ser cabezudos, como quiera que ninguno por aventajado que sea puede saberlo todo. En efecto, el gobernador dejó el fuerte y llevó su campo a unas lomas, que estaban adelante poco trecho, donde mandó asentar sus reales por ser el lugar cómodo, así para seguir los enemigos como para recreación y sustento de su gente. Viendo los indios del fuerte que los españoles se les habían puesto allí tan de propósito, salieron a ellos con su ejército muy ordenado haciendo ademanes y representaciones de batalla; mas como los nuestros comenzasen a jugar la artillería y saliese una manga de arcabuceros y por otra parte una escuadra de gente de a caballo, tuvieron por bien de retirarse a su fortaleza aunque no sin harto menoscabo de su gente, que murió en el encuentro antes de poder ponerse en salvo.

Después de esto comenzó el gobernador a correr la tierra con algunos de los suyos topando siempre lugares deleitables y enfadosos enemigos que iba atropellando, volviendo siempre al alojamiento de las lomas, donde estaban las tiendas armadas y situada la gruesa del ejército. Y por estar los indios metidos en un lugar montuoso a donde no les podía entrar refresco ni socorro que no pasase registrado por medio de los reales de los nuestros, no quiso Quiroga levantar de allí su campo hasta apurarlos, así con hambre como con fuerza de armas. Finalmente se determinó un día de acometerles con toda su gente, a lo cual se pusieron los adversarios para hacerle rostro, no tanto con ánimo de ponerse en pelea cuanto por hacerle inclinar a la parte que ellos le estaban desafiando, y dejar la otra desocupada para ponerse ellos en huida. Cuando el gobernador los vió estar braveando, abalanzóse entre ellos con gran coraje, llevando consigo doscientos españoles que eran otros tantos leones; pero antes que llegasen al sitio de los indios, estaban ya ellos puestos en salvo dando a correr por el lugar que los nuestros dejaron desocupado, como también ellos dejaron su fortaleza. Mas como el intento de los españoles era no parar hasta apurar a los indios del todo o reducirlos a la paz y obediencia, primero fueron marchando al lebo de Talcamavida, tierra a maravilla fértil y abundante de todo lo necesario para su sustento. Estando alojado allí el ejército, comenzó el general a subir por una serranía por donde se entraba al Estado de Arauco, y entendiendo que tenía tres leguas de camino, no quiso pasar adelante sin llevar todo su ejército puesto en orden de guerra y muy a pique de pelear con los enemigos, que tenía por cierto que saldrían de travesía; y así mandó al ráaestrede campo que llevase la vanguardia, poniéndose él en la batalla, y en la retaguardia su yerno Martín Ruiz con cien soldados. Desta manera subieron un buen trecho de la sierra, y llegando a un paso angosto y áspero, dieron con grandes huestes de indios belicosos que salieron de través con mano armada para impedir el curso a los españoles y hacer allí estrago en ellos; porque en semejantes angosturas y montañas pueden mejor bandearse los indios que van a pie desarmados y aun desnudos, que los hombres de a caballo que van armados, y por pasos cuyas entradas y salidas no han conocido ni experimentado. Con todo eso fué tal el ánimo de los nuestros, que hicieron de la necesidad castillo de refugio y culebrina irrefragable, como suele suceder muchas veces a un gato manso, que en viéndose en lugar espacioso, anda por toda la casa sin ofender a nadie, y si le encierian en lugar estrecho y le apuran demasiadamente, se enciende en tanto coraje y furor que por una parte está con la aflicción sudando como gato de Algalia, y por otra ensañándose como león con tanta

furia que salta a la cara al más valiente, y con dientes y uñas hará estrago en media docena de hombres que se ponga por delante. Así que el estrecharles a los nuestros el paso fué ensancharles el corazón; el salir a matarles, fué ponerles delante gente que matasen, como lo iban haciendo, y llevando a los enemigos trompicando por la cuesta arriba hasta llegar a lo más alto della, donde en una como plaza harto capaz, tenían su fortaleza donde se fueron recogiendo más presto quien más podía. Allí se tornó a trabar la batalla más sangrienta por haber más oportunidad para bombardear a los indios, haciéndoles salir a pelear en campo raso con gran dispendio de su gente sin cesar un punto la refriega, con haber ya entrado tanto el calor del día, que bastara a encalmar en media hora así a los hombres como a los caballos. Fué tanto lo que los nuestros dieron en qué entender a los contrarios que finalmente, de muy apurados, hubieron de volver las espaldas huyendo cada cual sin ver por donde iba con tal que se quitase de la vista de los españoles, y así dejaron el campo cubierto de cuerpos muertos, y no hallando hombre dentro, quebraron su coraje en las paredes, batiéndolas en breve espacio, porque no fuesen otra vez refugio a los enemigos.

CAPÍTULO XXVI

De la nueva fundación de la ciudad de Cañete y fortaleza de Arauco, y la batalla de Puren entre Lorenzo Bernal y los indios de la ciénaga

El día que se dió fin a esta batalla referida, se contaron veintiocho días del mes de enero de mil y quinientos y sesenta y seis, cuando por acercarse el invierno no pudo la gente española detenerse mucho tiempo en esos pasos, y así por despedida se contentaron con hacer algunas salidas a correr la tierra y destruir la sementera y ganados de los indios para cogerlos por hambre, ya que no podían por otro medio. Después de esto se vino todo el ejército marchando al puerto del lebo, donde le pareció cosa conveniente fundar una ciudad a donde recurriesen todos los soldados que salían diversas veces por aquel distrito a correr la tierra. Y así como lo pensó, lo comenzó a poner por obra edificándola con nombre de la ciudad de Cañete, que era el que don García de Mendoza había puesto a la que él fundó, la cual se había despoblado por orden del gobernador Pedro de Villagrán, como se ha dicho; y aunque esta nueva fundación se hizo siete leguas del sitio de la primera, con todo eso no quiso Quiroga mudarle el nombre poniéndole alguno con que autorizase el suyo, por guardar el debido respeto al marqués de Cañete que tan insigne benefactor era de todo Chile. Púsose la primera piedra en esta fábrica en el febrero siguiente del mismo año de 66, edificando en ella una buena fortaleza por ser lugar que está en frontera de enemigos y necesitado de pertrechos. Estando el gobernador en este pueblo comenzaron a acudir algunos a dar la paz aunque muy pocos, y éstos tibiamente sin haber muestra de amistad firme y segura. Y queriendo el gobernador no perdonar oportunidad que no intentase, envió a un soldado portugués llamado Gómez de Acosta edificar de nuevo la casa fuerte de Arauco, cometiéndole este cargo por ser hombre inteligente y experimentado en semejantes ministerios. Mas no por eso dejó Quiroga de ir en persona dentro de pocos días a poner más fervor a la obra con su asistencia, añadiendo más gente para hacer fosos y otras máquinas necesarias y usadas en los lugares donde están situadas las fortalezas y castillos.

Por otra parte despachó a Lorenzo Bernal con buen número de soldados a la provincia de Puren, donde según la fama se iban congregando muchos indios de diversos puestos para fortalecerse con la comodidad del sitio, que es muy apropiado para ellos. Estaban estos indios alojados en un lugar cenagoso de espacio de dos leguas, que casi todo ello es un pantano cuya incomodidad y arcábucos cuanto más impide a los españoles la entrada y el poderse rodear en tan fragosos lugares, tanto más los fortalecía a ellos, por ser gente suelta y ligera y sin vestidos ni armas que los embarazase. Era ésta entonces como una cueva de ladrones, de donde salían a hacer asaltos a los caminantes, y a veces a dar rebato a la ciudad Imperial, obligándola a estar siempre en arma; y aun a la ciudad de los Infantes no causaron poca inquietud con algunos acometimientos que hacían. Por esta causa se resolvió Bernal en romper por cualesquiera dificultades entrándose por aquel bosque con ciento y cincuenta arcabuceros y cincuenta hombres de a caballo, sin otra compañía que indios yanaconas, hasta dar con los retretes más interiores de aquella espesura, donde halló en un sitio harto cenagoso hecho un pueblo donde los indios tenían sus hijos y mujeres, y todas sus haciendas recogidas, y una fortaleza edificada, no contentándose con la misma del lugar, que no era de poca cuenta para ellos. Y era tan grande el número de las personas, que solamente los que estaban a punto de pelea pasaban de 6.000, que para aquel tiempo no eran pocos. Apenas se habían careado ellos y los nuestros, cuando se trabó una batalla de las más reñidas que se han visto en Arauco; donde por ser el lugar aparejado para resonar mucho el eco y hacer grande estruendo el boato, así de los alaridos como de los tiros de bronce y escopetas, parecía día de juicio y mucho más por las muy lastimosas matanzas que se hacían a causa de estar tan a la mano no solamente gente que podía matar y morir como los de pelea, sino otros muchos que estaban entre los pies de los caballos para ser muertos, como eran niños, viejos y mujeres; de suerte que entre todos hicieron al campo una hermosa, aunque horrenda vestidura de grana, y matizaron los habitables árboles del bosque, no faltando hartas perlas para su adorno con las muchas lágrimas de las desventuradas mujeres y tiernos niños cuyos sollozos y lamentos bastaran a poner terror, cuando más no hubiera. Desta suerte se hizo aquel día un estrago harto lastimoso en aquellos desventurados indios que pocos años antes habían sido señores de todas las praderías, montes, collados, valles y dehesas, y por decirlo en una palabra, de toda la tierra, y así habían venido en tanta miseria, que aun una ciénaga, a que se acogían para ampararse, no se la dejaban, ni a ellos en ella, hasta que muriesen o sirviesen. Apenas habían los nuestros salido con la victoria, no quedando indio en todo el circuito que no hubiese huido, cuando dieron en tierra con la fortaleza, dejando asoladas las cacerías por desarraigar del todo a los contrarios de aquella ladronera: pues ninguna cosa es más eficaz para haber a las manos la caza, cuando los monteros la siguen, que el hallar la liebre la madriguera desbaratada al tiempo que se va a guarecer en ella. Hallóse en esta batalla el autor de quien saqué esta historia, el cual afirma que, así por la disposición del lugar como por la mucha matanza de la gente, fué un espectáculo no menos estupendo que doloroso, el cual ocupó el tiempo dedicado a las exequias anuales de la pasión del Hijo de Dios; andando toda la Semana Santa semejantes estaciones donde sólo hubo que tuviese apariencia de Semana Santa pavorosa voz de clarín, y mucha efusión de sangre. En este tiempo le pareció al gobernador dar una vuelta por la tierra en busca de los enemigos, los cuales usando de maña acordaron de dar sobre la ciudad de que él salía, que era la de Cañete nuevamente fundada, donde estaba por

capitán y justicia mayor Agustín de Ahumada, hermano de una señora que andaba entonces en harto diferentes cuidados, que era la bendita madre Teresa de Jesús, cuyas hazañas ocupan otro libro de más insignes victorias que éste, por haber sido todas despojando al demonio de muchas almas y con fundaciones de casas más fuertes que la de Arauco y Cañete, las cuales no han podido contrastar las serpentinadas horribles del enemigo ni los remolinos de los vientos, que suele mover levantando gran polvareda; por ser edificio fundado sobre la tierra: que si así fueran los de Chile, a buen seguro que no se hubiesen arruinado tantas veces. Mas como están fundados sobre oro, no tienen tanta fortaleza, porque si hay muchos que lo defiendan, hay muchos también que lo pretenden. Con todo eso en lo que toca a Agustín de Ahumada me contentara yo a lo que acá podemos rastrear verosímilmente que nunca otro fuera más mal librado: porque el año de 91 murió en esta ciudad de los Reyes muy quitado de ruidos, por haberlos dejado muchos años antes, dando con su vida y muerte esperanzas muy vivas de la gloria que Dios le tenía aparejada. Estando, pues, este capitán en Cañete de la Frontera al tiempo que sobrevenían los enemigos, ordenó que todas las mujeres y gente menuda se recogiesen a la fortaleza, y él con la gente idónea para la pelea, salió a oponerse a los enemigos ayudándose de la industria y consejo de un encomendero llamado Alonso de Miranda, natural de la Ciudad Rodrigo, y del capitán Gabriel Gutiérrez, por ser hombres prudentes y versados en el ejercicio militar. Con esto se trabó una refriega donde se metieron en harta cólera los de ambas partes, en la cual se señaló mucho una mujer mestiza llamada Mari Sánchez, cuyo marido, que era Antonio Díaz, andaba en la pelea, porque ya que ella no echó mano a la espada como otras habían hecho, supliólo con tomar dos talegones, el uno de pólvora en una mano y el otro en otra lleno de balas, con los cuales andaba animando a los soldados y acudiendo a socorrer a su marido, como otra Hysicratea, mujer de Mitrídates, que andaba siempre a su lado en las batallas; y se cortó el cabello por encajar mejor la celada en la cabeza. Mas como los indios excediesen en número incomparablemente a los españoles, fué forzoso el retirarse al fuerte dejando la ciudad a los enemigos por suya, los cuales la pusieron fuego, comenzando también a dar batería a la fortaleza. Grande fué el aprieto en que los nuestros se vieron en este trance, donde sin duda perecieran todos si Nuestro Señor no proveyera enviando el auxilio de su mano. Y fué que estando la refriega en su mayor coraje, acertaron a llegar nueve españoles que venían a ver el estado de las cosas, enviados por el gobernador, los cuales como divisaron el incendio acometieron a los enemigos cogiéndolos dentro de la ciudad por las espaldas: y como los de la fortaleza los columbraron, comenzaron a dar voces diciendo: «¡Aquí, aquí, señor Martín Campo!», para que los enemigos pensaran que venía Bernal, y con esto dieran a huir, como solían.

Quiero decir aquí la significación de este nombre Martín Campo y el origen de ella por ser cosa digna de notar y muy divulgada en estas Indias. Y es que Lorenzo Bernal de Mercado fué tantos años maestro de campo en todo Chile, que ya los indios no le sabían otro nombre sino el maestro de campo; y por no llegar la pronunciación de algunos a expresarlo exactamente, corrompían algunos el nombre llamándole Martín Campo. Y el primero que le puso este nombre fué un indio llamado Ampillan, el cual iba caminando por el lebo de Talcamavida con una muchacha de doce años llamada Duna, a la cual había comprado para su mujer casi desde los pechos de su madre, según es costumbre entre estos indios, y había servido a su padre que era el cacique de aquel lugar otros

tantos años, como Jacob a Lavan por Rachel, su esposa. Y quiso su ventura de este Ampillan que el día que le entregaron a su mujer y la llevaba a su casa estando doncella diese en manos del maestro de campo, que le iba a quitar la vida, como es costumbre hacerlo en Chile con todos los indios que se topan en los caminos como sean de los que están rebelados. Viéndose el pobre Ampillan con el cuchillo a la garganta rogó a Bernal que le oyese sólo una palabra, diciéndole: «Mira, señor Martín Campo: has de saber que pasa esto y esto...» refiriéndole la historia de su casamiento, y haciendo grandes lástimas y extremos porque le concediesen sólo un día de vida para gozar el fin de sus trabajos, haciendo luego dél justicia o lo que más gustase; con lo cual movió tanto a todos los presentes, que le dejó Bernal ir libremente, a cuya merced correspondió Ampillan con tantas veras, que todo el resto de su vida no empuñó lanza contra español aunque saliese a las batallas, de las cuales se escabullía para darles aviso de los intentos de los suyos, y muy particularmente a Bernal como a persona a quien tenía el amor y gratitud que le debía. Fué este indio divulgando entre todos los que topaba el beneficio recibido, y repitiendo tanto el nombre de Martín Campo, que se le quedó hasta hoy; por el cual es conocido en estos reinos, así de indios como de españoles. Pero no para el negocio en ser conocido por tal nombre, mas también llega a ser temido por él de tal manera que de sólo oírle, aunque sea burlando, se les erizan a los indios los cabellos, y es tan formidable este nombre de Martín Campo entre los chilenes, que de la manera que las mujeres de nuestra tierra espantan a los niños y los hacen callar cuando los destetan amedrentándoles con el nombre de Santanton, o con decir: «Mira: que viene el Coco»; así atemorizaban las indias a sus hijuelos diciéndoles: «Cata, que viene Martín Campo.» Y no es mucho de maravillar que este nombre fuese entre ellos tan pavoroso, pues sus obras lo eternizaban por ser de las heroicas que se leen en las historias. De muchos capitanes sabemos grandes industrias y destreza en el gobierno, y de muchos soldados grandes fuerzas de sus personas; pero concurrir ambas cosas juntas en un sujeto, aunque se haya hallado en muchos, pero quizá en muy pocos o ninguno con tantas ventajas. Porque el estar actualmente peleando entre tantos bárbaros que apenas podía revolver el caballo entre ellos alanceando a unos y atropellando a otros, no le estorbaba a él acudir al gobierno, como si no atendiera a otra cosa, diciendo acudan Fulano y Fulano a tal puesto, y a tal encuentro Zutano y Zutano con tanta reportación, que no discrepaba punto de lo que era más acertado. Y era tan eminente en ambas cosas que lo que era pelear por su persona no solamente lo ejercitaba con las manos, sino también con los pies: porque era tan fuerte en el caballo y tan firme en los estribos, que con un puntillazo daba en tierra con el más fuerte; y le sucedió vez con sólo un puntapié dar con un hombre muerto en tierra, y lo que es quebrar costillas, quebrar cabezas, deslomar hombres y dejar a muchos mancos y contrahechos, eso cada día se experimentaba, de lo cual estoy informado de muchos testigos de vista, y el que me informó del indio que había muerto con un puntillazo era persona principal y fidedigna y que me lo afirmó con juramento, con la cual concuerdan así los dichos de otros con sus mismas obras excelentes; no sé por qué se deban tener por más aventajadas las fuerzas de Telamón ni las de Teseo; ni menos las de Rusticelo, que llevaba su mula a cuestras; ni las de Aristómenes mesenio, que mató por su mano trescientos lacedemonios, ni, finalmente, las de Cleomedes Astipaleo, que mató de un golpe a Laccho Epidamnio que estaba armado, pues cualquiera destes se señaló en una o dos hazañas semejantes, pero ninguno que yo sepa (dejadas las fábulas que tratan de Hércules y aun de algunos de los referidos) ha llegado a señalarse en tan frecuentes

hazañas como Bernal en el reino de Chile. Y en lo que es destreza en el gobierno del campo, no fué menos señalado que en las fuerzas, pues le acontecía ponerse frente a frente de los enemigos poco más de un tiro de piedra, y estando acercado con ellos, y todos a punto de remeter con gran furia, dar él una ojeada al campo y decir luego: «Ea, quiten los frenos a los caballos y denles de comer», y sentarse él muy despacio a hacer lo mismo; y preguntándole Hernán Carrillo de Córdova a la mesa qué motivo tenía para hacer aquello, le tomó por la mano y le mostró el sitio dándole las razones por las cuales entendía que los indios no habían de acometer; y así fué que no vinieron a las manos hasta el día siguiente. Y le sucedió alguna vez estar peleando actualmente y retirarse un poco afuera, diciendo: «En matando a aquel indio está la victoria por nuestra.» Y diciendo y haciendo acometió a él y le mató de una lanzada, con cuya muerte volvieron al punto las espaldas los adversarios dejando el campo desocupado. De suerte que el haber concurrido en él ambas cosas con tanta eminencia, como la valentía y el gobierno es negocio tan raro que no se aventajaban en él aquellos famosísimos capitanes Agesilao, Brenno, Cambises, Evandro, Pacoro, Trasíbulo y Mitrídates. No le faltó otra cosa sino haber caído en el rincón de Chile; que a caer en Nápoles, Flandes o San Quintín, sin duda ninguna el nombre de Martín Campo campeara más y diera mayor campanada en el mundo, de suerte que ni Aníbal fuera más famoso que él, ni más nombrado Adrasto, rey de Grecia: pues ni Atilio cónsul se halló en más batallas ni Seleuco Nicátor alcanzó más victorias. En efecto, en oyendo los indios el nombre de Martín Campo dieron todos a huir por el campo temblando de miedo, mas como luego echasen de ver que no venía allí, quedaron corridos de haber corrido y de correr con la primera nueva: y así quisieron volver a batir la fortaleza; mas como se juntaron los nueve de socorro con los demás que allí había, pudieron entretenerlos hasta que otro día llegó el general con su ejército, con cuya vista comenzaron a bravear viendo que no habían salido con la suya y estaban encendidos en coraje por no haber encendido la fortaleza, aunque con el fuego que por de fuera le habían puesto, dejaron ahumado al capitán Ahumada, que estaba con hartos humos de cólera mientras no podía salir a vengarse. Podría ser que reparase el lector en que habiendo vencido Lorenzo Bernal tantas batallas antes desta y muchas más después, así de las que iremos contando como otras en mayor número que se quedaron porque no llega nuestra historia al tiempo que él vivió en Chile, parece fuera de propósito el tomar de propósito tratar de sus proezas y hazañas en esta ocasión en que él no se halló personalmente. A lo cual respondo que en ninguna de sus victorias fué su apellido más insigne que en ésta: pues es mucha mayor grandeza vencer con sólo el nombre estando ausente, que vencer con la presencia de su persona. Y, pues, esta victoria fué conseguida con sólo su nombre, razón es que el tratar de su nombre sea en esta oportunidad donde fué él el victorioso.

CAPÍTULO XXVII

*De la fundación de la ciudad de Castro de la nueva Galicia en el sitio de Chilué,
hecha por Martín Ruiz de Gamboa*

Poco después que Rodrigo de Quiroga dió el socorro a los de Cañete, se volvió a la casa fuerte de Arauco, donde, aunque le daban bien en que entender las cosas de la guerra, con

todo eso le pareció conveniente no dejar de descubrir nuevas tierras, como lo habían hecho sus predecesores. Para esto envió a su yerno Martín Ruiz de Gamboa con poder para ir recogiendo gente para el camino, lo cual él hizo no con pequeño desabrimiento de los pobres hombres de la ciudad de Valdivia y Osorno, que apenas habían comenzado a gozar de la quietud de los pueblos nuevamente fundados, cuando los sacaron para otros nuevos descubrimientos y poblaciones. Habiendo, pues, juntado 130 personas, fué con ellas hasta la bahía de Chilué, que está 30 leguas adelante de Osorno, la pasaron con grande dificultad y trabajo visitando la tierra inmediata a ella, la cual era bien poblada de indios que acogieron a los nuestros sin género de alboroto por ser gente que ya conocía a españoles desde el tiempo de don García de Mendoza, que había llegado a este lugar él mismo en persona. Y habiendo mirado bien todos los sitios, vinieron finalmente a fundar una ciudad en el que pareció más oportuno, poniéndole por nombre la ciudad de Castro de la nueva Galicia, por respeto del presidente Castro, gobernador del Perú, que era galiciano; el cual había proveído a Quiroga por gobernador de Chile, que también era gallego como él. Hízose esta fundación el mes de febrero de 1567, siendo nombrado por capitán y justicia mayor Alonso Benítez, que era maestre de campo de Martín Ruiz de Gamboa. Asimismo se nombraron encomenderos, señalándosele a cada uno su repartimiento de indios tributarios que serían por todos veinte mil; la cual distribución hizo Gamboa en un papel secretamente, el cual dejó cerrado y sellado, dando la vuelta a la ciudad de la Concepción, donde el gobernador estaba. Mas por ser ésta la última población que hasta hoy se ha hecho en Chile, y también por haber entrado a esta sazón nueva manera de gobierno en este reino, pondremos fin a ésta segunda parte diciendo en breve la prosapia y partes de Rodrigo de Quiroga. Lo primero, era natural de Galicia, de un lugar cerca de la villa de Monforte; fué hijo legítimo de Hernando de Camba y María López, los cuales lo pusieron por paje del conde de Lemos, siendo de doce años. Habiéndoles servido algunos, pasó al Perú donde fué soldado de don Diego de Almagro, y se halló en la famosa batalla de las Salinas y en la entrada de los indios chunchos, y, finalmente, pasó a Chile con el capitán Valdivia, a quien sirvió de maestre sólo en el tiempo que fué gobernador, y entonces se casó con doña Inés Suárez, que había sido mujer tan valerosa como consta desta historia, la cual tenía un repartimiento de donde sacó Quiroga más de cuatrocientos mil pesos en treinta y dos años que fué casado. Después, el gobernador don García de Mendoza le hizo general en su ausencia, y al fin le nombró por gobernador el presidente Castro.

PARTE TERCERA DEL SEGUNDO LIBRO

En la cual se trata del asiento de la real Audiencia en Chile y del gobierno del Dr. Saravia

CAPÍTULO XXVIII

De cómo se puso tribunal de Audiencia real en la ciudad de la Concepción

Y estando su majestad el rey don Felipe II deste nombre informado de las cosas de Chile, acordó de enviar oidores que atendiesen así las cosas de justicia como al gobierno del reino. Porque como los gobernadores pasados eran hombres que habían conquistado la tierra, habían siempre opositores, y no faltaban por una parte émulos, y por otra demasiadamente parciales. Y para poner remedio a todo esto y autorizar más la tierra, proveyó su majestad nuevo orden en el gobierno, enviando para esto tres oidores llamados el uno el licenciado Torres de Vera y el otro el licenciado Egas Vanegas, y el licenciado Sierra, el cual murió en el camino en la ciudad de Panamá, por lo cual no hará la historia más mención dél, acabando con *requiescat in pace*. Llegados los dos oidores de Chile, pusieron su tribunal en la ciudad de la Concepción por estar en medio de todo el reino, usando para esto de las ceremonias ordinarias en semejantes coyunturas. Para lo cual hicieron un cadalso en la plaza principal, adonde llevaron el sello real en un caballo ricamente aderezado y debajo de palio, como es costumbre, y allí lo recibieron los oidores con el aparato y gravedad que para tal caso se requería. A todo esto estuvo Quiroga en el suelo y en pie, entre los demás, no poco sentido de que no se hiciese caso de su persona, no faltando quien le estuviese incitando a que no pasase por ello y persuadiéndole a volver por sí, y a que su majestad gustaría de ello; pero él, como hombre cuerdo, no quiso hacer otra mudanza más de irse a su casa, saliéndose de allí con algunos amigos suyos. Otro día, yendo los oidores a la iglesia mayor a misa solemne acompañados de todo el pueblo, llegaron algunas personas a suplicarles señalasen lugar honroso a Rodrigo de Quiroga, pues acababa de ser gobernador y era razón hácer caudal de su persona; a lo cual respondieron que se podía sentar en un banco con el corregidor, adonde mejor le pareciese. Sintió esto Quiroga en tal extremo, que no quiso ponerse a tiro tercera vez, y así se salió al punto de la ciudad para Santiago, acompañándole más de trescientos hombres que se salieron de la iglesia mohinos de lo que pasaba, dejándola casi vacía, y a los oidores solos en ella. Luego comenzaron a dar órdenes en las cosas del reino, y muy en particular en las de la guerra, enviando al capitán Alonso Ortiz de Zúñiga a las ciudades de arriba a notificar a los vecinos que acudiesen a la guerra, y juntamente a recoger bastimento, armas y ropa para los soldados; y por otra parte, enviaron a otro capitán a ciudad de Santiago, de Coquimbo, para el mismo efecto, nombrando para esto al capitán Joan Álvarez de Luna. No fué poco el sentimiento que hubo en todos los antiguos del reino, viendo que después de haber conquistado la tierra les mandaban trabajar de nuevo y les sacaban sus haciendas, y aun la de los pobres cada día, para sustentar la guerra, ocupándose los que venían de Europa con sus manos lavadas en oficios de corredores y otros semejantes, y no pocos en ser proveedores con harto detrimento de todo el reino: pues por ser muchos los que para esto se disputan, hay algunos que con achaques de proveedores suelen arrebatar cuanto pueden y no pueden. Demás de esto nombró el Audiencia por capitán de la ciudad y corregidor de ella al maestre de campo Lorenzo Bernal por tener allí al hombre más experimentado y valeroso que había en el reino, de cuya experiencia y consejo podían ayudarse en muchas cosas, mayormente en las de guerra.

También dieron el cargo de capitán de la casa fuerte de Arauco a Gaspar Verdugo, en la cual estaba con ochenta hombres mientras don Miguel de Velasco andaba con sesenta corriendo la tierra por todos los Estados de Arauco y Tucapel, corno hasta allí lo había hecho. En este tiempo vino Longonaval con gran número de bárbaros sobre la casa fuerte

de Arauco, dando primero en los indios de paz, que estaban en servicio de los españoles, sin que fuesen favorecidos de ellos por ser noche muy oscura cuando dieron el asalto. Mas como saliese por la mañana el capitán Verdugo con treinta de a caballo, halló muchos indios muertos y quemadas sus pobres casillas sin poder él tomar venganza por haber vuelto las espaldas los bárbaros antes que amaneciese. Al cabo de algunos días sucedió que dos caciques principales que estaban encontrados, vinieron a tal rompimiento que hicieron bandos, juntando cada cual la más gente que pudo para salir en campo contra su contrario. La causa deste desafío entre los dos príncipes fué una mujer con la cual pretendía cada uno casarse, no queriendo desistir ninguno de ellos de su propósito. Y no es cosa nueva en el mundo levantarse semejantes disensiones por causa de mujeres, pues están las historias llenas de esto; ni fué otra la causa del encuentro entre Turno y Eneas, sino querer ambos casarse con Lavinia, hija del rey Latino y su mujer Amata. Tuvo el capitán Verdugo noticia deste desafío y pareciéndole que granjearía las voluntades de estos dos señores, fué a Talcamavida, donde los halló metidos en batalla y algunos de ellos mal heridos; y poniéndose un rato a la mira, envió al capitán don Pedro de Lobera, autor de esta historia, a que reconociese más de cerca las personas que peleaban; el cual como conociere que eran Alicoyan y Turcopangue, entró de por medio a meterlos en paz, y tuvo tan buena mano, que los confederó e hizo amigos, cosa con que ellos quedaron muy gratos y afectos a los españoles.

Después de esto hubo noticia que en el lebo de Lincoya fabricaban los rebelados una fortaleza, para cuyo remedio enviaron los oidores al maestro de campo Lorenzo Bernal, el cual fué con alguna gente y se dió tan buena maña, que desbarató a los indios matando muchos de ellos sin alzar mano de la obra, hasta dejar postrado por tierra el fuerte. Después de lo cual fué enviado el capitán Verdugo a la ciudad de Valdivia a hacer gente, juntar municiones para la guerra, lo cual hizo como la primera vez, volviendo a los Estados de Arauco y Tucapel con buen número de gente de socorro.

CAPÍTULO XXIX

De cómo el general Hernán Carrillo de Córdova fué electo por corregidor y capitán de la ciudad Imperial

Una de las cosas que los oidores pusieron ante los ojos desde el día que entraron en Chile, fué dar asiento a la ciudad Imperial por haber sido fundada con título cabeza del reino: y conociendo que lo más esencial para esto era el poner persona de autoridad y las demás partes necesarias que asistiese así a las cosas de justicia y orden del pueblo como a las de la guerra, que entonces estaban en su punto, echaron mano del general Hernán Carrillo de Córdova, por ser hombre con quien se hallaban en no mucha edad todos los requisitos y buenas partes que para tales oficios eran convenientes. Y digo que fué general, no porque hasta entonces lo hubiese sido, sino porque tiene ahora este nombre al tiempo que se escribe esta historia por haber sido después acá general del mar del Sur constituído por don Fernando de Torres y de Portugal, conde del Villar, que fué virrey del Perú desde el año de 1584, el cual cargo encomendó a Hernán Carrillo de Córdova en tiempo que menudeaban los ingleses piratas, y era menester la calidad de su persona para limpiar el

mar destes corsarios, la cual elección hizo en él estando en la ciudad de los Reyes casado con una señora muy principal vecina de la ciudad llamada doña Leonor de Carabajal, hija de Gonzalo de Carabajal, que la había pasado a Indias, y yendo con su hermano, el licenciado Carabajal, que iba proveído por Oidor de la real audiencia de Panamá. Así que por esta causa le llamo aquí general, aunque en esta ocasión no lo era, aunque había sido capitán el año antes, que fué el de 68, de la casa fuerte de Aranco, donde había mostrado mucho valor en sosegar a los naturales, que estaban rebelados en aquella provincia, con no poca dificultad y trabajo suyo. Mas porque el oficio que intentaban darle era muy preeminente, y su edad apenas pasaba de treinta años, no se contentaron con lo que habían visto a sus ojos los oidores, por no dar muestra de menos circunspección en dar tal cargo a hombre tan mozo; mas haciendo escrutinio por menudo de su vida, hallaron que aun siendo de menos edad había dado tan buena cuenta de su persona, que sin género de recelo se le podía encomendar cualquier empresa. Porque demás de la mucha calidad de su persona, que era hijo de Juan de Valenzuela Carrillo de Córdoba y de doña María Carrillo de Córdoba, naturales de la misma ciudad y descendientes de los que la ganaron por ser deudos muy cercanos de los condes de Cabra, marqueses de Priego y Comares, y casa de Baena, era también por su persona hombre de mucho asiento y prudencia, la cual suele suplir la diuturnidad de los años: pues dice el Espíritu Santo que las canas de mayor ancianía y madurez es el seso de la persona; aunque se había también mostrado no poco en cosas de guerra sirviendo al rey en la toma de San Quintín, en Picardía; y en Milán, en la que hizo el duque de Sesa al francés: y no menos en el mismo reino de Chile, donde habla entrado el año de 66 con el general Jerónimo Castilla hallándose después en muchas batallas y pacificación de los indios, entrando para ello en los Estados de Arauco y Tucapel donde había sido señalado: y en particular en la batalla de la cuesta Talcamavida, y en el desbarate de aquel fuerte, y en los reencuentros de la provincia de Mareguano, en los cuales se había señalado mucho, dando muy buena cuenta de su persona. Y no menos el año siguiente de 67 en la población de la ciudad de Cañete, donde había trabajado mucho porque los indios de aquel distrito viniesen de paz, como lo hicieron. Y finalmente el año de 68 en la reedificación de la fortaleza de Arauco, donde pasó muchos trabajos, y se vió hartas veces a riesgo de la vida, sin otras muchas ocasiones donde sirvió a su majestad siendo perpetuo compañero de Lorenzo Bernal de Mercado, que como conocía bien el valor y sagacidad deste Hernán Carrillo de Córdoba, nunca lo dejaba de su lado: y así le llevó consigo a apaciguar los naturales cuando se rebelaron segunda vez los de Tucapel, y cuando se hicieron fuertes en Ducapilan. Y así mismo cuando fué a quitar el cerco de la ciudad de los Infantes, y cuando los indios estuvieron encastillados en la quebrada de Lincoya, a donde acudió haciendo lo que debía a valeroso soldado que en aquella ocasión era del general Martín Ruiz de Gamboa. Y atendiendo los oidores a todo esto y a lo mucho que se le debía por haber siempre sustentado en la guerra a un soldado criado suyo sin haber recibido jamás algún género de pago ni tirado sueldo, antes sustentado a su mesa muchos soldados, resolvieron en cometerle tal cargo como a persona de quien se tenía satisfacción y se esperaba que henchiría bien la capacidad de tan preeminente oficio, como en efecto lo cumplió haciendo obras de muy valeroso capitán, saliendo a frecuentes encuentros que cada día se le ofrecían, por estar la ciudad en frontera de enemigos, a los cuales no solamente rindió diversas veces, pero aun trajo muchos de paz, de suerte que aumentó tanto los pueblos,

que se vinieron a poner nuevos repartimientos encomendándolos a personas beneméritas, que están sin ellos hasta entonces.

CAPÍTULO XXX

De la entrada del doctor Saravia por presidente y gobernador de Chile, y de don Antonio de San Miguel obispo de la ciudad Imperial

Ya las cosas de Chile iban cada día tan adelante, que su majestad el rey don Felipe acudía también a levantarlas más, al paso que el reino iba creciendo. Y por no haber a la sazón otra cabeza más de los dos Oidores que hemos dicho, envió el doctor Bravo de Saravia por presidente de la real Audiencia y gobernador y capitán general de todo Chile por ser hombre que demás de sus canas y muchas letras estaba en posesión de buen juez y persona muy apta para el gobierno como lo era. Alegróse mucho todo el reino con su llegada, la cual solemnizaron con grandes fiestas, y en particular en la ciudad de la Concepción donde asistía la real Audiencia: en la cual entró a cuatro de noviembre de 1568. El recibimiento que en esta ciudad se le hizo fué tan solenne que salieron los Regidores con todas las personas principales del lugar, con los dos Oidores que en él había, y le metieron debajo de palio hasta llegar a la iglesia mayor, donde se ejecutaron las ceremonias que con los virreyes suelen usarse, tomándosele el juramento con la solemnidad acostumbrada.

Mas como este caballero trajese tan encomendadas del rey las cosas concernientes a la guerra, nombró luego por general de ella fuera del Estado de Arauco y Tucapel a don Miguel de Velasco, saliendo él por otra parte a los Estados con más de trescientos hombres muy bien aderezados, así de los que había traído consigo como de los que le acudieron de todo el reino, llevando muy buena artillería, que él había metido en el reino. Y porque las cosas estuviesen más en orden proveyó por su lugar teniente al general Martín Ruiz de Gamboa para las provincias de Arauco dejando en la Concepción al maestre de campo Bernal que acudiese a correr la tierra, de manera que él estuviese con todo su ejército de la una parte del gran río Biobio, y Lorenzo de Bernal de la otra con cincuenta hombres, para que desta manera pudiesen haber mejor a las manos a los enemigos.

En este tiempo entró en el reino don Antonio de San Miguel obispo de la Imperial, que había sido provincial de la Orden del glorioso patriarca San Francisco en el Perú. Este era natural de Salamanca, hijo de Antonio de Avendaño y de doña Juana de Paz, cuyas buenas partes naturales y mucho más las sobrenaturales eran de tanta estima que no pudiera venirse cosa al reino de mayor regalo, ni le ha venido antes ni después otra alguna más aventajada. Porque verdaderamente era hombre tan cabal y de tanta entereza, que cuando yo le veía en el reino del Perú, a donde bajó dos veces, se me representaba uno de aquellos santos obispos antiguos: Ignacio, Basilio, Martino, Crisóstomo, Atanasio, Paulino, Remigio, Buenaventura y Agustino. Porque solamente ver su persona, que era muy alta y corpulenta, con tanta gravedad y modestia, que no había parte en su cuerpo que no pareciese andar regida a nivel, era de tanta eficacia para todos los que le veían,

que con sólo su venerable aspecto los componía induciéndolos a mesura con la mucha que él tenía consigo. Jamás le vi alzar los ojos del suelo, aunque estuviese hablando con personas de cualquiera calidad y estado, ni hablar palabra que no oliese a santidad, la cual representaba su aspecto donde quiera, y sus obras eran manifiestos indicios de ella. Y así era en todo el reino juntamente amado y temido; y no fué poco el provecho espiritual que de sus obras sacaron todos, así por la maravillosa doctrina de sus sermones, que eran de hombre santo, como del buen ejemplo de su irrepreensible vida y gobierno, y su prudencia. Llegó a la ciudad Imperial cabeza de su obispado en 18 días del mes de mayo del año de 1568. Y el siguiente de 71 se comenzó a entablar la iglesia catedral con nombre de San Miguel habiendo hecho elección de dignidades, canónigos y las demás prebendas y otros beneficios eclesiásticos, cosa que dió mucho ser a todo el reino, así por ser nuevamente erigida esta iglesia catedral como por tener en sus días un varón tan insigne en santidad y prudencia, que hacía felice a todo el reino. Señaláronse en su diócesis algunas ciudades principales de Chile como la de Valdivia, los Infantes, Cañete, Osorno, la Ciudad Rica, la ciudad de Castro, la de San Bartolomé de Chillan y la de la Concepción, que era la primera de su distrito; aunque el de su santidad era harto más extenso y requería historia por sí de mayor volumen que la presente.

CAPÍTULO XXXI

De algunas batallas que tuvieron el doctor Bravo de Saravia, don Miguel de Velasco y Lorenzo Bernal contra el indio Millalermo y otros capitanes bárbaros de mucha fama

Mientras el nuevo gobernador andaba poniendo en orden las cosas de la guerra, no estaban los indios dormidos en hacer otro tanto por su parte. En particular un indio llamado Millalermo, no menos animoso que corpulento y de grandes fuerzas, convocó cuanta gente pudo de los lugares circunvecinos, con la cual se retrajo a un lugar donde está un gran risco que cae sobre el gran río Biobio, donde se encastilló haciendo una fortaleza sobre el mismo risco para salir de allí a hacer asaltos cuando viesen la suya y recogerse en viéndose apretados. Contra estos bárbaros salió luego el maestre de campo Bernal con cincuenta hombres; mas reconociendo ser la fortaleza inexpugnable, se hizo afuera contentándose con quemar las sementeras de los indios, ya que no podía dar en las personas. A este tiempo llegó un grande escuadrón de bárbaros que iban convocados de Millalermo, a los cuales se abalanzaron los españoles con tantos bríos, que el escuadrón indio se fué a toda priesa retirando hasta llegar al fuerte donde los demás estaban, sin ser ofendidos por ser lugar muy montuoso. Pocos días después salió Bernal a correr la tierra y puso veinte hombres, en una emboscada apartándose él con la demás gente, por tener sospecha que andaban por allí cerca indios de guerra por lo cual se apartó él de industria para descubrir mejor la cosa. Apenas se hubo retirado cuando salió un gran escuadrón de indios a buscar despojo en el sitio de los españoles, y estando muy metidos en su codicia, salieron los de la emboscada y dando en ellos hirieron y mataron muchos y aprehendieron a otros, los cuales llevaron al capitán Bernal que los mandó castigar cortándoles los pies de la mitad para adelante enviándolos desta manera a ser espectáculo de sus compañeros. Y aunque los indios de aquel distrito andaban apurados por no dejarles Lorenzo Bernal a sol ni a sombra, con todo eso acudían allí más quea otra parte atemorizados por la mucha

gente que veían de la otra gente del rey en el ejército del gobernador Bravo de Saravia, que aunque era viejo casi de 70 años, era en efecto bravo, no menos en los hechos que en el nombre. Y extendíase ya el suyo por la tierra con tan ilustre fama, que aun los mismos bárbaros le temían porque ya que no era ejercitado en cosas de guerra, era lo mucho en las de gobierno, por haber sido Oidor en la ciudad de los Reyes del Perú, en tiempo que no había en la Audiencia más que él y otro Oidor, y así los dos mandaban la tierra. Por esta causa se acogían los indios a la banda del río que está hacia la Concepción, donde pretendiendo librarse de Caribde, caían en Scila dando en manos del valerosísimo Bernal. Y así, como él anduviese una vez corriendo la tierra, se le pusieron a la vista repentinamente grandes huestes de bárbaros, a los cuales él se arrojó con 50 hombres, que fueron tan formidolosos a los indios, que comenzaron a retirarse a toda prisa. Entendió Bernal la treta y quiso también retirarse como ellos imitando sus pasos para ejecutar mejor lo que pretendía; y no fueron vanas sus sospechas, porque viéndole volver las espaldas, tornaron a dar sobre él los mismos indios y otros muchos escuadrones que estaban aguardándolo para cogerlo descuidado. Viéndolos Bernal puestos en campo raso, revolvió sobre ellos con tanta furia, que les hizo ir dando manos hacia su madriguera, sin cesar un punto de seguirlos, ni su lanza y la de los suyos de emplearse de derramar sangre, hasta que llegaron a los reales de los enemigos. Tenían ellos una muy buena fortaleza arrimada a una breña, que está sobre el famoso río, y para mayor defensa tenían en lugar de foso un brazo de río de 40 pies de ancho y un estado de profundidad. Y así, cuando iban huyendo de los españoles, se abalanzaron al agua, como gente diestra en nadar por momentos, y en viéndose de la otra banda comenzaron a flechar los arcos apriesa y arrojar gran suma de piedras donde el crujir de las hondas y rumor de los alaridos y murmullo de la gente menuda que estaba dentro del fuerte era bastante para aterrar a un copioso ejército. Mas aunque el de los nuestros no lo era en el número, supliólo enterísimamente con el ánimo, de suerte que sin dilación se arrojaron a nado con los caballos y salieron prestamente de la otra banda trabando batalla tan reñida, que el arroyo de la sangre casi era poco menor que el del agua. Viéronse allí los indios tan apurados, que tuvieron por buen medio el arrojarse al grande río que estaba de la otra parte en el cual se ahogaron mujeres y niños en gran suma y no pocos de los mismos bárbaros belicosos. Finalmente los que salieron mejor medrados fueron los que cayeron en manos de Lorenzo Bernal, porque con sólo reprenderles su rebeldía y exhortarles a la enmienda en adelante, se contentó por entonces sin hacerles otro género de lesión en sus personas. De allí a pocos días tuvo el gobernador noticia de que se juntaban grandes escuadrones de indios en la provincia de Mareguano, y para descubrir más de raíz lo que había, envió al capitán Alonso Ortiz de Zúñiga con ochenta hombres a darles una trasnochada, la cual les salió muy bien, porque habiendo andado tres leguas, hallaron a los indios descuidados en un cerro montuoso, donde mataron muchos de ellos ahuyentando a los demás, sin que parase hombre por delante. Con todo eso algunos indios que pudieron ponerse en lugar do por la mucha espesura no podían ser cogidos de españoles, comenzaron a dar grandes gritas, diciendo que si viniese San García (que así llamaban ellos a don García de Mendoza), se le sujetarían todos de buena gana, como lo habían hecho en su tiempo, mas que un hombre tan chiquito como el doctor Saravia no era honra suya el rendirse unos hombres tan grandes y esforzados; y esto decían porque el presidente era en efecto de estatura muy pequeña.

Viendo los indios cuan a mal andar los traían los dos ejércitos de cristianos, acordaron de acogerse al cerro de Catirai, donde siempre habían salido victoriosos, y concurriendo de toda la comarca y otras provincias próximas a ella, se juntó un grueso número en aquella fortaleza, reedificándola con la mayor presteza que pudieron. Contra esto envió el gobernador a don Miguel de Velasco con noventa hombres de a caballo, los cuales llegaron cerca de una montaña donde oyeron un gran murmullo como de gente que andaba cortando árboles; y sin hacer caso de ello se volvieron a los reales, donde fueron muy bien recibidos del gobernador, que con palabras ásperas y coléricas reprendió a don Miguel el haberse vuelto como se fué diciéndole que cuando no hallara enemigos, que había de pelear con los árboles, por no hacer viaje en vano; lo cual sintió harto don Miguel aunque disimuló, no dando respuesta a quien tanto respeto se le debía. Y para tomar el negocio más de propósito, envió el doctor Saravia a mandar al capitán Gaspar de la Barrera, que estaba en la casa fuerte de Arauco con cuarenta hombres, que le enviase doscientos indios amigos, los cuales acudieron con el indio don Pedro Levalican, y por otra parte vino de la ciudad de Cañete el general Martín Ruiz de Gamboa, sin ser llamado, con algunos hombres bien aderezados ultra de otros quince que envió Lorenzo Bernal por mandato del gobernador, quien juntamente envió su parecer con Pedro Fernández de Córdoba, que los llevaba, el cual era que su señoría no acometiese por entonces, por ser aquel fuerte de Catirai desgraciado para los cristianos, como siempre se había experimentado. Y que en caso que se resolviese de acometer, le diese licencia para que él fuese a servir a su señoría, como quien sabía bien aquellos pasos, y pudiera ser de alguna utilidad para el efecto. Mas como algunos de aquellos caballeros que estaban con el gobernador eran nuevos en la tierra, deseaban salir con empresa que se les atribuyese a ellos, y no se entendiese que sólo Bernal era el que lo hacía todo; y también el don Miguel gustaba de darse sin socorro ajeno, y así no faltó quien persuadiese al gobernador a que no esperase más largos plazos, condescendiendo él con los pareceres de los presentes, que se inclinaban a ello. Estando, pues, alojado el campo sobre las haldas del cerro una legua de la fortaleza, mandó el gobernador que fuesen marchando don Miguel de Velasco en la vanguardia y el general Gamboa en la retaguardia, quedando él con ochenta hombres, situado a la vista del fuerte. Y como por la aspereza de la subida, que es muy escabrosa y llena de montaña, fuese la gente muy poco a poco, subió el gobernador a caballo yéndose casi a la vista dellos echando delante de sí veinte hombres por otra ladera más angosta. Estos dieron con un grande escuadrón de indios emboscados, los cuales por asegurar las vidas huyeron de tropel a su fortaleza sin hacer allí principio de batalla. Y ya que el sol se iba levantando y picando a los caballos tanto como las espuelas, encalmándolos con picar, más que ellas los avivaban con picarlos, se halló la compañía de don Miguel cerca del remate del monte al cual envió Martín Ruiz un mensajero induciéndole a que no acometiese hasta su llegada, para que hiciesen ímpetu todos a una; pero como don Miguel estaba picado de las palabras del gobernador con que le dijo había de pelear con los árboles, no quiso mostrarse allí remiso, y así acometió con la gente que llevaba con el mayor estrépito que pudo. Pero como la fortaleza era inexpugnable y el calor excesivo, por más briosos que se mostraron los españoles vinieron a ser vencidos no solamente de los indios, mas también de la grande polvareda que se levantó en medio de la refriega. Fué notabilísimo el encuentro de aquel día, así por razón del sitio tan levantado y montuoso como por los grandes alaridos, crujir de ondas, rechinar de aceros, volar de flechas y derramar de sangre. En efecto, halló aquella

compañía tanta resistencia, que casi hacían menos daño con los arcabucee, que recibían de las flechas. Y aunque se veían menoscabar, pues ya los muertos de su parte eran veinte, y los escuadrones indios estaban muy apiñados haciendo resistencia con grande suma de piquería, con todo eso no desistían los nuestros de batir el fuerte y acudir a los escuadrones, peleando valerosamente en tiempo donde todo les era contrario, aun el retumbar de las voces, que hacían un eco por aquellos boscajes que parecía atronar el mundo. En este punto se estaban comiendo las manos los veinte soldados que iban por la otra ladera en ver una gran quebrada que les impedía el paso para dar socorro a los que no veían con el polvo, aunque reconocían el daño en los alaridos. Por lo cual envió el gobernador otros veinte pensando serían parte para el socorro, pero como diesen en las misma quebrada hallaron un indio amigo, que les avisó del bajo que allí había más hondo que la misma quebrada, que era una gran suma de indios que en ella estaban que pasaba de diez mil; con lo cual los entretuvo mientras llegaron esotros veinte, que andaban buscando paso sin saber desotros. Apenas había acabado de hablar cuando vieron salir del fuerte una cuadrilla de españoles corriendo con gran tropel por la cuesta abajo, y un opulento ejército de indios que venían tras ellos haciéndoles no menos daño que la maleza de las matas y cañeral, donde se embarbascaban los caballos. Y si no fuera por los cuarenta de a caballo cuyo paso impidió Nuestro Señor para que ellos impidiesen el de los bárbaros, que venían siguiendo el alcance tras los vencidos, sin duda fuera muy grave el estrago de aqueste día, aunque no fué pequeño para este reino, donde se tiene por gran desgracia morir un español en la guerra, el haber muerto en este lance cuarenta y cuatro, de los cuales muchos eran caballeros y otras personas de calidad, como don Alonso de Torres, natural de Cáceres, que era el alférez general; Diego de Aguilera, natural de Córdoba; Juan de Pineda, natural de Sevilla; Sancho de Medrano, natural de Soria; Pedro de Montoya, del mismo pueblo; Francisco Jofré, Alonso Ortiz de Rojas, don Diego de los Ríos, Federico de Peñalosa, Diego López de las Ruelas, Joan Sarmiento y otros que dejo por evitar prolijidad. Destos quedaron algunos agonizando tendidos en el suelo, en los cuales ejecutaron los indios su crueldad más que en los que murieron a punta de lanza, como lo hacen siempre descargando toda la rabia que sienten en cualquier español que han a las manos. Y aunque es verdad que entre los nuestros hay muchos que usan con ellos de semejantes crueldades, matando mujeres y cortando los pechos a algunas de ellas, dando con los niños por los árboles, cortando pies, manos y narices a los indios que cogen por los caminos y en sus casas, con todo eso hay soldados píos que disimulan con los indios, no solamente cogidos desta suerte, más aún en la misma batalla dejan de hincar la lanza a los que tienen debajo cuando ven que van de vencida. Demás desto, recogieron los indios las cabezas de los españoles y las enviaron luego por toda la tierra para animar a los demás y darles con que hacer fiesta como suelen; mayormente en un lance como éste, que apenas se ha visto tan lastimoso en Chile, excepto aquel en que murió Valdivia con toda su gente como está dicho, aunque en parte se tiene por mayor desgracia la presente. Porque Valdivia llevaba setenta hombres con pocas armas contra más de ciento y cincuenta mil araucanos, y el doctor Saravia llevó trescientos hombres con dos cotas cada uno y sus barbotes y grebas con sobra de arcabuces y munición y los demás requisitos en un campo bien ordenado. De todo esto es testigo don Pedro de Lobera, de cuyos papeles me aprovecho para lo que escribo, el cual se halló presente y tuvo por gran dicha el haber escapado de tal conflicto. El general de aquestos indios

vencedores fué Longonaval el mozo, el cual ha sido de mucha fama en todo el reino, y salió con esta victoria un día después de los Reyes, que fué a siete de enero de 1569.

CAPÍTULO XXXII

Del cerco que los indios araucanos intentaron poner a la ciudad de Cañete, y de dos batallas que tuvieron con dos indios el capitán Gaspar di la Barrera y el general don Miguel de Velasco

Grande fué el sentimiento que en el campo de los españoles, y muy en particular en el corazón del gobernador Saravia, hubo en el día que tan infelice suceso de su parte, y regocijos extraordinarios de parte de los indios. Y para que no se acabase de perder todo, hubo luego consejo de guerra sobre el tornar a acometer o levantar los reales para lugar más apartado. Y aunque estaban todos casi resueltos en que no les cogiese allí la noche y comenzaron a poner por obra su intento en la expedición del bagaje, con todo eso no pudieron darse tanta prisa que no se diese más el sol en dejarlos a buenas noches. Porque algunos de los soldados suelen ser tan mal contentadizos que no se contentan con una petaca de sus vestidos Sin llevar otra petaca vestida, que así se llaman las que a manera de petaca van a las ancas a la guerra. Pero luego que amaneció la aurora no poco deseada de los cristianos, se levantaron los reales y se retiraron tan apriesa que caminaron siete leguas aquel día, yendo siempre los enemigos en pos de ellos sin perderlos de vista, hasta situarse los nuestros a orilla de un estero que está dos leguas de los Infantes. Luego que se asentaron los reales para descansar y curar los heridos, sobrevinieron los indios al primer cuarto de la noche, y pusieron fuego a las tiendas y en los rastrojos del campo, con lo cual dieron mala noche a los españoles sin aguardar a venir a las manos con ellos. Venida la mañana, hizo el gobernador consulta de guerra, y estando escarmentado del mal suceso, dijo que habían todos de firmar de sus nombres sus pareceres como personas experimentadas en la tierra; y aunque cada cual daba el suyo, y algunos sin pedirselo, pero en llegando a punto de firmarlo ninguno se atrevió a hacer tal cosa, porque (según dicen) necedad firmada es necedad doblada. No fué poco el ruido que aquel día hubo en los reales, mostrándose algunos más destacados de lo que una persona tan grave como el gobernador debiera permitir, pareciéndoles que con la pérdida pasada estaba algo confuso y amilanado. Mas él hizo aquel día un no menos discreto que largo razonamiento adornado de admirables sentencias y razones graves, que trataban así de los lances de fortuna acerca de lo pasado como de la paz y unanimidad para lo futuro. Y teniendo por cierto que los enemigos, como hombres que estaban muy orgullosos con la victoria, habían de dar sobre la ciudad de Cañete y fortaleza de Arauco, resolvió en socorrer aquellos puestos con ciento cuarenta hombres que sustentasen la guerra en Arauco y Tucapel, aunque al tiempo de la ejecución no fueron más que ciento diez por los muchos alborotos que hubo aquel día, que obligaron al gobernador a salir de su tienda, mostrar los dientes; que aunque por ser tan viejo no sé si los tenía, a lo menos no le faltaban los requisitos de hombre de valor y pecho en semejantes ocasiones.

Para esto señaló al general Martín Ruiz de Gamboa por caudillo de toda la compañía, y envió con él a su mismo hijo Ramiriáñez de Saravia, que ya que él por su edad y por

acudir a las cosas del reino estaba legítimamente impedido para aquella jornada, lo quería suplir con enviar a su hijo por soldado de Martín Ruiz de Gamboa como también envió a don Miguel de Velasco debajo de la misma bandera. Muchas personas suplicaron al gobernador que no pusiese a su hijo en aquel riesgo por ser de menos edad que la que puede sufrir el rigor e incomodidades de la guerra; mas ningunos ruegos fueron bastantes para que el presidente desistiese de su propósito. Y así se partieron con instrucción y orden de pasar parte de la artillería de la fortaleza de Arauco a la ciudad de Cañete, que estaba desproveída de munición y armas. Habiendo caminado aquel día sin querer hacer alto, después de venida la noche dieron con un lugar áspero, principio de los estados de Arauco, al cual llaman Cayopil, donde algunos salieron de camino con la escuridad de la noche; y así quedaron algo atrasados y embarbascados en la montaña. Entonces comenzaron a levantar el alarido muchos indios araucanos que estaban aguardando el paso, y se arrojaban ya a los que estaban casi perdidos; mas fué el Señor servido que saliesen de presto al campo raso, donde ya estaba el cuerpo del ejército puesto en arma, con lo cual se refrenaron los indios, no osando acometer a tanta gente. Con todo eso acudió el indio cristiano don Pedro Levolicán, que iba en el ejército con doscientos indios amigos, y dió aquella noche algunos rebatos a los araucanos sin dejarlos reposar, hasta que al amanecer volvieron las espaldas quedando presos cinco de ellos, que eran espías, de los cuales se supo que estaba todo Arauco puesto ya en escuadrones formados para dar sobre la ciudad de Cañete. Con esta nueva picaron más los españoles, y mucho más cuando llegaron a la vista de la ciudad, cosa de una legua, viendo salir de ella grande humareda que les dió indicio de haber incendio hecho por los contrarios. Mas como entrasen en ella y la hallasen casi quemada, supieron que el capitán de ella, que era Vasco Saval, había mandado recoger toda la gente a la fortaleza, metiendo en ella todas las alhajas por la nueva que tuvo de que los indios venían sobre él, y el incendio era puesto por los mesmos ciudadanos solamente a la paja con que las casas estaban cubiertas. Aunque no por esto podremos inferir que los nuestros se movieron a humo de pajas; pues, en efecto, de verdad venían sobre la ciudad grandes huestes de enemigos, que se detuvieron con la llegada de los españoles, la cual fué a nueve días del mes de enero de 1569.

Dentro de tres días se puso Martín Ruiz de Gamboa en camino para la fortaleza de Arauco con casi cien hombres, dejando veinte en la ciudad con los demás que halló en ella; y mientras él se apercibía, andaba allá el capitán del fuerte, que era Gaspar de la Barrera, natural de Sevilla, metido en no menos alborotos que los del pueblo. La ocasión fué el haber llegado al puerto de Arauco un barco cargado de bastimentos, para lo cual salió con veinte hombres a hacer escolta; y halló tantos indios de guerra puestos al paso, que si no fuera aprovechándose de su industria, no pudiera escaparse por fuerza de armas. Pero usó de una estratagemata que fué echar por un camino dando a entender que pretendía seguirle para que los indios le siguiesen a él, como lo hicieron, dejando desembarazado el paso que ocupaban, y así, en viéndolos en campo raso, partieron los españoles a todo correr, entrándose por la angostura donde los indios habían estado para impedirles, y así evadió de sus manos.

Por otra parte, caminaba ya Martín Ruiz de Gamboa con su ejército, llevando en él doscientos indios amigos cuyo capitán era don Pedro Levolicán, el cual le dió aviso de

que en un fuerte de Quiapo, que estaba cerca del sitio donde él estaba alojado, había gran suma de enemigos para impedir el paso a los caminantes de Cañete a la casa fuerte; por lo cual era de parecer que en ninguna manera pasasen adelante, o por lo menos se buscara otro camino, porque en el que llevaba era el riesgo manifiesto. Por esta causa tomaron otro rumbo tan lleno de ciénagas y espesura que casi se tuvo por mayor detrimento que si pasaran por entre los adversarios. Mayormente por haber topado lo uno y lo otro; porque después de haber pasado aquellas montañas con gran trabajo, hallaron al fin de ellas con grande ejército de enemigos, que les obligó a detenerse a tomar acuerdo sobre lo que pareciese más expediente. Entonces los indios, pensando que los nuestros querían dar la vuelta, representaron batalla, a la cual se opuso Gamboa ordenando que don Miguel, con algunos soldados, volviese atrás para aderezar el camino, de suerte que cuando se retirasen no hubiese estorbo que los detuviese. En esta coyuntura estaba el cielo muy cerrado, de modo que no se podían divisar las personas sino muy de cerca, y en aclarando algo más, que fué al cabo de dos horas, se descubrieron por todas partes escuadrones de indios, los cuales acudieron a una a la compañía de don Miguel, que estaba más metida en la montaña, para cuyo socorro se evadió Gamboa de los que tenía a los ojos acudiendo a favorecer a don Miguel, el cual iba ya corriendo de huída, y se adelantó tanto que se hubo de poner en salvo, quedando Gamboa con los suyos metido en la refriega, retirándose poco a poco y matando de camino no pocos indios; porque unas veces iban los españoles todos a una huyendo a media rienda, y luego revolvían de repente dando sobre los indios que iban ya en las colas de los caballos; y con un breve ímpetu mataban los que había más a la mano, y luego se fornaban a retirar del mismo modo ganando siempre tierra hacia el sitio de donde habían salido.

En este punto acordaron los doscientos indios que iban con los nuestros de rebelarse, poniéndose del bando de sus conterráneos, y haciendo más urgente guerra a los españoles que todos los demás, excepto su capitán don Pedro Lavolicán y dos deudos suyos, que siempre guardaron lealtad a los españoles sin apartarse del lado del general, peleando en su favor valerosamente. Desta manera, corrieron los unos y los otros espacio de dos leguas sin dejar de pelear un punto hasta llegar a un río que está junto a Cañete, donde estaba don Miguel de Velasco con su gente; con cuya vista, y con advertir que habían muerto muchos de su bando sin hacer daño a español ninguno, se retiraron los indios, volviéndose por donde habían venido sin otra medra más que su menoscabo.

CAPÍTULO XXXIII

De las batallas que hubo entre los indios araucanos y los españoles de Cañete y la casa fuerte

Apenas habían entrado los dos generales, que eran Gamboa y don Miguel de Velasco en la ciudad de Cañete, cuando los enemigos trataron entre sí de venir con mucha más fuerza sobre Cañete y la casa fuerte; y así lo pusieron por obra, distribuyéndose en muchos escuadrones con que formaron dos ejércitos, viniendo el uno sobre la fortaleza de Arauco y el otro sobre la ciudad de Cañete. Y aunque los españoles del fuerte lo pasaron mejor portener mucha artillería, munición y bastimentos, y por la mucha industria y valor del

capitán Gaspar de la Barrera, que se defendió muchos días con sólo cincuenta hombres saliendo no pocas veces al campo, pero a los de la ciudad de Cañete les fué muy mal por estar muy faltos de vituallas, y muy acosados de la mayor parte de los indios. Tenían estos ciudadanos algunas sementeras y frutales en el circuito de su ciudad, de que solían mantenerse, todo lo cual era dar de comer a los enemigos sin poder ellos aprovecharse de cosa alguna, estando tan arrinconados que no podían salir al campo sin dar de manos a sus contrarios. Y si no fuera por un barco que enviaron los Oidores desde la Concepción cargado de comida de la poca que ellos tenían en su pueblo, pasaran los de Cañete excesivo trabajo, como lo pasaron después que se les acabó la provisión por ser la gente mucha.

Viendo Martín Ruiz de Gamboa cuán despacio tomaban los indios de estarse en frontera, salió un día primero, martes, del mes de hebrero de 1569 con sesenta hombres muy bien aderezados a recoger mantenimientos donde quiera que los hallasen; y vinieron a dar a un valle llamado Paillataro, que está en un lugar más bajo que la ciudad, donde para hacer esto más a su salvo envió cincuenta hombres a coger un buen golpe de comida que los indios habían dejado en su alojamiento de propósito para cebar a los españoles. Y estándola cogiendo con sus yanaconas, asomó el ejército de los indios que serían como trece mil todos puestos en mucho orden con sus escuadrones de piqueros y flecheros y otros con lanzas, cuyos hierros eran medias espadas, dagas y puñales, según ellos usan, donde reverberaba el sol, de suerte que era un espectáculo no menos vistoso que estupendo. Había quinientos indios sueltos que precedían al ejército, los cuales corrieron a gran priesa a tomar el paso por donde habían de salir los españoles, en el cual estaban los diez que habían quedado a la mira con quien se entretuvieron hasta tanto que todos los que estaban en la profundidad del valle llamado Pallaitaro, cogiendo la comida, llegaron allí sin ella, y sin ser alcanzados del ejército; y así los unos y los otros se pusieron en lo alto sin recibir género de daño alguno en sus personas.

Ya que se vieron todos los españoles en lugar cómodo para hacer rostro a los indios, le pareció al general Gamboa no era razón volver las espaldas mostrando cobardía, con la cual sólo cobraban los indios tanta avilantez como si hubieran vencido muchos ejércitos. Y así ordenó el suyo lo mejor que pudo aguardando a los contrarios, que venían a paso tirado, aunque sin desconcertarse de sus escuadrones; y no ponían poco pavor con su apariencia por traer los rostros y brazos pintados de colores, con muy buenas celadas en sus cabezas adornadas de vistosos penachos, estando el resto del cuerpo muy bien armado hasta la rodilla con aderezos, que ellos hacen de cueros y otras cosas, que la larga experiencia les ha mostrado. Desta manera se trabó la batalla, aunque no muy reñida, porque al primer encuentro cayeron muertos cuatro españoles, con lo cual se desanimaron tanto los demás, que fueron a toda priesa retirándose hacia la ciudad aunque sin cesar de pelear en el camino; pero juzgando algunos que habría mayor seguridad en echar por otra vereda que estaba oculta, lo hicieron así caminando un buen rato por ella, hasta que, viéndose sin salida, dieron la vuelta al camino real, donde dieron en mano de los contrarios, muriendo tres buenos soldados heridos de sus lanzas, de los cuales fué uno el capitán Joan de Alvarado, que era muy antiguo en la tierra y benemérito en ella como consta de esta historia. Desta manera se evadieron los demás, cada uno por su parte,

llegando muy maltratados a la ciudad, y el general Gamboa herido en una pierna con no poco orgullo y fiestas de los indios, que quedaron muy ufanos de esta victoria.

Luego que entraron en la ciudad, dieron orden en curar los heridos sin otros cirujanos más que los mismos soldados, por ser todos los de este reino tan diestros en ello como si no tuvieran otro oficio, teniendo por maestra a la necesidad, la cual les ha instruido en otras muchas semejantes facultades, y así apenas se hallará soldado que no sepa curar un caballo, aderezar una silla, herrar sin yerro como otros suelen, sangrar a un hombre y a un caballo; y aun algunos saben sembrar y arar, hacer una pared, cubrir un aposento, echar una vaina a su espada y rellenar una cota, con muchos otros oficios semejantes que no los aprendieron en su vida.

Habiendo curado los heridos, salieron algunos a ver si podían recoger algunos cuerpos muertos, y hallaron a los tres que murieron con el capitán Alvarado, aunque sin brazos, piernas ni cabeza, porque los indios se las habían cortado, haciendo casi anatomía de ellos, con tal extremo, que con los cascotes de las cabezas bebían en sus fiestas, y de las canillas usaban en lugar de trompeta, como suelen hacer en semejantes ocasiones, diciendo que aquellas canillas tienen las voces muy claras por ser de españoles. Desta manera llevaron a enterrar los cuerpos en la ciudad, recogiendo sus pobres alhajas para decir las misas, que fueron bien pocas, como siempre suelen, por haberse en este reino un abuso tan introducido que en muchos años no ha cesado, y es que cuando un hombre quiere salir de esta tierra, no le dejan sin que primero pague todo el dinero que le han dado de sueldo o socorro para la guerra, mandándole pagar lo que le habían dado por paga, y sucede que intentando salir hombres que han servido quince o veinte años, viendo que su caudal no llega a lo que en ellos se ha recibido de estipendio, por poco que les hayan dado, vinieran a quedar en la tierra otros tantos si los vivieran. Y este mismo estilo se guarda con los difuntos, cuyas haciendas se toman en cuenta de lo que han recibido. Lo cual me da tanta pesadumbre que no puedo pasar adelante con ello, y así lo quiero dejar, pasando a otra cosa de menos lástima aunque parece más desastrosa.

CAPÍTULO XXXIV

Cómo se despobló la casa fuerte de Arauco

Grande era la aflicción en que se vían en este tiempo los de la ciudad de Cañete, así con el cerco que habían puesto los enemigos como por la hambre que ya picaba demasiado, y aunque vinieron dos barcos con bastimentos el uno de la isla de Santa María y otro de la ciudad de la Concepción, donde ya el gobernador Saravia estaba, quiso su infortunio que se perdiese el que venía de la isla, que traía más cantidad de vitualla, porque el otro que llegó en salvamento, traía casi la mitad de la carga de papeles del gobernador en que animaba a los moradores, los cuales le cobraban mayor con un bocado que con mucha cantidad de tapasales. Pero sirvió el barco de que se saliesen algunos en él de puro aburridos y muertos de hambre, llevando por respuesta de todos los papeles, una sola carta con sesenta firmas de los que allí quedaban, en la cual pedían licencia para desamparar aquel pueblo y salir de tanta desventura, la cual fué tanta, que un solo

sacerdote que había en el lugar se salió de él, entrándose en el barco para ir a la Concepción; dejando a los demás tan puestos de lodo que apenas tenían otra cosa, por estar todos metidos en el fuerte, que era muy pequeño, y con las muchas yeguas y caballos que en él había, estaba hecho un pantano. No poco se afligió el gobernador con tantas calamidades, viendo que el estado de las cosas iba cada día de mal en peor, y que no recibía papel de hombre que no fuese un cuchillo para su corazón por las muchas lástimas que le contaban todos sin haber otra nueva que de miserias. Con esta ocasión hizo consulta general con la Audiencia y las demás personas cuyo consejo era de estima, y después de haber ponderado las razones ocurrentes por todas vías, se resolvió en que se despoblase la casa fuerte de Arauco, pues apenas podía sustentarse en medio de la fuerza de los enemigos. Con esta determinación, envió un barco grande para que se viniese la gente que allí estaba, que eran cuarenta hombres como se ha dicho. Recibió esta orden el capitán Gaspar de la Barrera, el cual la ejecutó con mucha reportación y prudencia, echando por delante la gente de servicio, sin otro aparato ni bagaje más que la artillería por no hacer ruido, pues ella iba callada. Esto hizo porque su salida no fuese manifiesta a los enemigos ni diese grande estampido, como lo diera si salieran todos juntos; pues con quedarse todos los soldados dentro desvelaron a los contrarios. Mas llegada la noche, salieron todos a caballo sin otra cosa más que sus armas, y así se fueron a embarcar con el mayor silencio que pudieron; aunque cuando más descuidados iban, dieron en manos de los enemigos. Pero como era de noche, y los caballos eran escogidos, no hicieron más de alancear los que pudieron de un lance, rompiendo por entre ellos de tropel y pasando adelante hasta llegar a la playa, donde se dieron tanta priesa a embarcar que dejaron los caballos ensillados, los cuales cogieron los indios con los demás que dejaron en la fortaleza, que por todos llegaban a trescientos, sin otras muchas alhajas y bastimentos que allí había; todo lo cual tomaron por despojos como de gente vencida.

CAPÍTULO XXXV

Cómo se despobló la ciudad de Cañete de la Frontera

El mucho orgullo y avilantez que se infundió en los indios de la pasada (según ellos llamaban) victoria, les levantaba los pies para acometer a los españoles en cualquier parte que estuviesen; y como no que dasen más en Arauco que los que residían en Cañete, acordaron de dar sobre ellos, como lo hicieron, juntándose grandes escuadrones en un ejército formado para poner cerco en la ciudad. Pero antes que lo hiciesen, enviaron a dar un tiempo al cacique don Pedro Levolicán y los dos indios que con él estaban entre los españoles, persuadiéndoles que se volviesen al bando de los suyos pues era tan manifiesta traición ser contra ellos en favor de los extranjeros. No fué, en efecto alguno, este recaudo para que don Pedro desamparase a los cristianos; pero solamente el ver que se le enviaba engendró en el corazón de Martín Ruiz de Gamboa tan demasiada sospecha que los metió en ásperas prisiones contra el común parecer de los suyos, y al fin los envió al gobernador, el cual, con sólo este indicio los desterró a provincias muy remotas. Viendo los enemigos que no tenían que esperar más acerca desto, acudieron a poner cerco a la ciudad con tanto concierto en sus escuadrones, tanta prevención en sus ardidés, tanta puntualidad en sus ordenanzas, tanta fortaleza en sus armas y bizarría en sus vestidos y

penachos, que ningún espectáculo, que ningún opulento ejército de los turcos pudiera ser más vistoso y estupendo. Desta manera asomaron por encima de una loma muy próxima a la ciudad, y bajaron por una ladera, marchando muy en orden al son de los instrumentos que ellos usan en las batallas, que son muy a propósito para ello. Pero antes que viniesen a las manos, bajó un escuadrón a lo llano hasta la orilla del río, que está entre la ciudad y la loma, y desde allí hablaron a un español que estaba de la otra banda, requiriéndole que se saliesen todos de su tierra en un navío que estaba en el puerto, pues ellos no pretendían otra cosa sino verse señores de ella como, en efecto, lo eran y habían sido. Mas como los españoles no hiciesen mudanza, bajó todo el ejército muy en orden y pasó el río sin contradicción alguna, viniendo a representar la batalla, y desafiando a los que estahan en la ciudad dentro del fuerte. No tardaron ellos mucho en salir al campo, pero como se comenzase el negocio con disparar una pieza de dos que había en el fuerte, dieron los indios guiñada subiéndose por otra loma más cercana al pueblo, que está cercado de ellas, excepto el camino, que era a la marina.

Desta manera se estuvieron por aquellos cerros, poblándolos todos con la multitud de gente sin acometer a la ciudad ni tener otros encuentros más que algunas escaramuzas de cuando en cuando con los indios yanacunas que salían de la ciudad a desafiarlos. Estando las cosas en este estado, llegó un barco de la Concepción con un pliego en que venía orden del gobernador para que la ciudad se despoblase según estaba ordenado en la consulta arriba referida, y aunque la disposición y oportunidad de las cosas impedían tanto la salida cuanto necesitaban de ella, con todo eso se pusieron a ello los ciudadanos pareciéndoles que el camino del puerto estaba más desembarazado de enemigos que todo el resto del contorno. Y así, sacando la gente menuda con la artillería, todas las mujeres que había en el pueblo con algunos soldados de guarda, se quedó el general haciendo rostro a los indios poniendo dos escuadrones en los repechos de las dos lomas más cercanas para entretener a los contrarios, que sabía casi sin duda habían de acudir a dar en su gente. No fué vana su presunción porque a poco rato acudieron grandes huestes de indios por todas partes, con cuya vista se recogieron luego los españoles en una escuadra caminando a toda priesa hasta embarcarse sin llevar otra cosa ultra de los dos tiros, porque los caballos se hubieron de quedar ensillados por no dar el tiempo más largo, ni aun casi el necesario para las personas. Este día representaba el espantable estruendo, del que ha de haber en el del Juicio, porque fué tan grande el alarido con que las gruesas catervas de los indios acudían unas a la playa y otras a la ciudad a saquearla; el aullido de los perros y las voces de los instrumentos, que todo junto aterraba aun a los que ya estaban fuera de tierra y levando las anclas con tanta priesa como si fueran tras ellos. Serían las personas que se embarcaron pasadas de quinientas, tras las cuales se echaron a nado los perros de sus casas mostrando el sentimiento y amor que el instinto natural destes animales suele manifestar en semejantes coyunturas. Cumplíase también lo que el Apóstol dice, que hay peligros en la mar y en la tierra sin haber lugar privilegiado, porque fué mucho mayor el peligro en que esta gente se vió en una tormenta que sobrevino tan furiosa, que estuvieron a punto de padecer naufragio, con lo cual llegaron al puerto con el agua a la garganta, donde no habían bien desembarcado cuando el navío se fué a fondo sin escaparse más de las personas

CAPÍTULO XXXVI

De un espantable terremoto y tempestad que hubo en la ciudad de la Concepción y de la guerra que el licenciado Torres de Vera hizo a los indios rebelados

Ya las calamidades de este desventurado reino de Chile iban cada día en mayor aumento y la gente en más disminución; los Estados de Arauco y Tucapel sin hombre español ni género de edificio en su comarca; la ciudad de la Concepción puesta siempre en arma y tan rodeada de calamidades, que para referir solamente las de este tiempo era menester mucho más, fuera de las que siempre ha padecido, que son innumerables, pues ha sido assolada tantas veces y nunca se ha visto sin grandes desventuras; la gente, ya casi desesperada de verse en una tierra que si no es calamidades no llevaba otra cosa de cosecha, de la cual se veían imposibilitados de salir sin perder por ello la cabeza. En medio de sus infortunios se veía muy al vivo aquella edad de hierro que dicen los poetas, en la cual todo era robos, enemistades, disensiones, perjurios y otros ramos que proceden de tan mala raíz como es nuestra naturaleza plantada en tierra de hambre, guerra y flaqueza de justicia. El pobre gobernador no estaba poco afligido viendo que desde el día que puso pie en el reino no le había sucedido otra cosa sino desastres con haber ido él mismo en persona a la guerra al cabo de su vejez y usado de todos los buenos medios que su prudencia le dictaba, que era mucha y muy aprobada en el tiempo que había sido Oidor en la ciudad de los Reyes del Perú. Y por entrar ya el invierno, acordó irse con su mujer y casa a la ciudad de Santiago a ver si de allí gobernaba con más felicidad que hasta entonces. Estando en ella puso por Corregidor y capitán de la ciudad a Gaspar de la Barrera, por ser hombre en quien concurrían los requisitos para tal oficio, como cada día lo iba mostrando la experiencia.

No dejaré pasar en silencio un caso digno de memoria en que se ve lo que hace el demonio cuando anda suelto, o un hombre que se le parece cuando alza su manutención. Estaba en la ciudad de Santiago un vecino muy de buena suerte llamado Pedro de Miranda, casado con una señora principal llamada doña Esperanza de Rueda; éste tenía una hija mestiza casada con un Bernabé Mejía, vecino de la Concepción, la cual estaba siempre en la casa de su padre por andar su marido ordinariamente en la guerra. Sucedió que viniendo éste una vez a su casa mostraba mal rostro a su mujer, llamada Catalina de Miranda, de suerte que ella vivía con el recato posible por desvelar al marido de las sospechas que a lo que se entiende eran vanas, y como un día la llamase su madrastra doña Esperanza para llevarla a vísperas, que eran de los finados (aunque para ellos no fueron vísperas, sino día), comenzó la moza a rehusarlo diciendo que su marido se disgustaba de verla salir de casa, a lo cual sobrevino el marido diciendo que lo dejase por entonces, pues ella no arrostraba la salida. Encolerizáse doña Esperanza y dijo algunas palabras de las que suelen las mujeres cuando están bravas, cuya ira dice el Espíritu Santo ser tan encendida que ninguna otra echará el pie adelante, con las cuales palabras se encendió también la ira del Bernabé Mejía, tanto que, poniendo mano a la espada, la dió de estocadas, y acudiendo su mujer a aplacarle la tendió también a ella muerta junto a su madrastra: salió al ruido Pedro de Miranda, que estaba durmiendo la siesta, con el cual arremetió el matador y le atravesó dejándole muerto como a su mujer e hija; estaba en aquella casa un huésped llamado Francisco de Soto, el cual salió al estruendo, y con éste

también embistió el que tenía embestido el espíritu de homicidio, y le postró en tierra, saliendo con su espada teñida en sangre, que aunque de seis personas era casi toda una por ser de padres e hijos, pues murieron a las vueltas dos cristianos que estaban en los vientres de las desventuradas señoras, cuya casa quedó regada con su sangre. Apenas acabó la matanza cuando murió él, siendo arrastrado por la ciudad y después hecho cuartos a la puerta de la misma casa, cumpliéndose siete muertes con la suya: que parece andaban sueltos los siete pecados mortales.

En este tiempo mandó el gobernador que el licenciado Torres de Vera, oidor de la real Audiencia, saliese a sustentar la guerra con nombre de su lugar teniente de general; y así lo hizo bajando a Santiago y a Coquimbo, donde recogió muchos pertrechos y juntó cosa de cien hombres, con los cuales fué a los términos de la Concepción donde anduvo todo aquel verano desbaratando los ejércitos de los indios y derribando sus fuertes sin cesar de ordinarios encuentros hasta que comenzando el invierno se recogió a la ciudad de la Concepción a servir su plaza en la real Audiencia.

Sucedió entonces una calamidad harto más estupenda de ver, que fácil de escribir ni pintar. Y fué que se levantó un terremoto tan furioso que parecía se asolaba el mundo, donde apenas se podía discernir cuál hacía mayor ruido: o el llanto y grito de la gente o el mismo estruendo del temblor que era horrible. Fué tal la fuerza con que vino, que dejó la ciudad arruinada sin quedar edificio que no cayese todo o la mayor parte, y lo que estaba por caer, que era bien poco, no faltó otro infortunio que lo acabase, porque salió la mar de sus límites bramando más que leona y entrándose por la tierra hizo estrago en los rastros de las fábricas, y a la misma tierra dejó hecha laguna no queriendo perdonar lo que ella había perdonado. Con esto quedó perdida la desventurada ciudad que por tantas vías lo había sido sin haber quien no le diese combate: mar, tierra y enemigos, y aun su misma gente doméstica que la habitaba. Fué esto miércoles de ceniza.

CAPÍTULO XXXVII

De como Ramiríañez de Saravia y don Miguel de Velasco dieron batalla a los indios rebelados en el valle de Tomelmo, y de cierta derrama que se echó en el reino

Estando el gobernador en la ciudad de Santiago no aflojaba un punto en el cuidado de las cosas de la guerra, y para esto envió capitanes que hiciesen gente en todas partes, encargando esto a Joan Álvarez de Luna, que tomó el camino de la Serena, y a su hijo Ramiríañez de Saravia, al cual envió a las ciudades de arriba con título de general, dándole por coadjutor al capitán Gaspar de la Barrera que asistiese a su lado y le industriase en todo dándole la dirección que su edad había menester, que era muy poca. Llegó este general a la ciudad de Valdivia, que es el terreno de todos los necesitados, y recogió todo cuanto pudo de vestidos, armas, caballos, munición y bastimentos, llevándolo pesadamente todo el pueblo, viendo que cuanto estaban afanando todo el día se lo llevaban al fin de él los proveedores de la guerra. Demás desto, echó el gobernador nueva pensión sobre el oro que se sacaba de las minas, aplicando la octava parte para la guerra, lo cual no pudieron sufrir los vecinos y regidores pareciéndoles que sacado el

quinto de su majestad y la sexta parte que llevan los indios y el gasto de las herramientas, que es mucho, si se echaba esta nueva pensión no les quedaba nada. Para esto se concertaron todos de alzar mano de las minas por no trabajar de valde, y juntándose en un lugar donde estaban convocados firmaron todos de su nombre este concierto. A esta causa vino el licenciado Egas Vanegas, Oidor de la real audiencia, y procedió haciendo pesquisa contra los culpados, y tuvo harto apretados a muchos sobre el caso hasta que mal que les pesó hubieron de rendir la cabeza al yugo, y por haber vehemente presunción de que el autor de esta historia lo había sido de aquel acuerdo, y el instrumento de las firmas, les pareció que satisficiese encargándole este asunto de que juntase el oro de la derrama que estaba echada.

Hecho esto salió el general Ramiriáñez de Saravia de la ciudad de Valdivia con buen número de gente, muy bien aderezada, con la cual se fué a la Imperial, donde acrecentó la compañía con los soldados que allí se le llegaron. Después de algunos días fué marchando hacia el lebo de Purén, donde estaba don Miguel de Velasco con alguna gente que había venido del Perú, haciendo guerra a los indios comarcanos. Y para que se hiciese esto con más cómodo redujeron sus escuadrones a un solo ejército, aunque por haber dos cabezas nunca faltaban desabrimientos, como suele suceder en cualquier parte que hay muchos mandones. Pero en efecto, el ser el Ramiriáñez hijo del gobernador era freno de las disensiones, y así andaban todas las escuadras hechas un cuerpo en que había doscientos cincuenta hombres muy bien apercebidos y acomodados con todos los pertrechos que según la necesidad podían desearse. Estando, pues alojado el campo en una llanada de más de cuatro leguas llamado Tomé, vieron venir un gran escuadrón de enemigos tan apresurados, que mostraron determinación de querer embestir, cosa que puso espanto, porque nadie pudiera persuadir que en lugar tan llano donde los españoles campean sin estorbo, se atrevieran los indios a venir con ellos a las manos. Pero viendo que iban de veras, salieron los nuestros dejando gente en el cuerpo de guardia para defensa de los reales; en comenzando a inclinarse hacia los indios, hicieron ellos alto en el lugar que los cogió la vista de los españoles. Y como don Miguel viese que cerraban el escuadrón, no quiso que se cometiese hasta mirar bien primero lo que sería más expediente, lo cual le pareció a Gaspar de la Barrera mucha dilación, y no pudiendo sufrirla, acometió con su escuadra, aunque por estar el escuadrón de los contrarios muy cerrado y ser mucha la piquería, no pudo romper ni desbaratarlo, y así hubo de dar la vuelta dejando muerto uno de los suyos llamado Luis de Villegas, que había sido muy animoso y valiente soldado.

Viendo esto don Miguel de Velasco, quiso probar la mano a ver si echaría mejor lance, para lo cual salió él con todo el resto del ejército y arremetió con gran furia sin hallar más entrada que los primeros por tener los indios gran tesón en el no menearse de sus puestos con las picas caladas sin haber hombre que un punto se desconcertase. Por esta causa se retiraron los españoles y se comenzó a jugar la artillería y disparar las escopetas sin ser parte para desbaratar a los indios; antes se venían muy en orden llegando a los reales sin ponerles horror el ver los que iban cayendo heridos de las balas. Fué tanta la determinación con que acometieron, que los españoles comenzaron a flaquear y se fueron huyendo muchos de ellos, unos a la Imperial y otros a los Infantes, quedándose el don Miguel con muy poca gente, y ésa no poco amedrentada, de suerte que los enemigos se

entraron a su placer por los reales, donde mataron cuatro españoles y todos los yanaconas y mujeres de servicio, haciendo presa en las alhajas de los cristianos, que casi eran toda su hacienda, y lo repartieron muy despacio, y aun hubo entre ellos mesapela sobre los despojos sin atreverse los españoles, que estaban a la mira desde afuera, a demandárselo: antes se iban retirando a toda priesa sin poder detenerlos el general don Miguel por más que lo procuraba; y aun les iba diciendo palabras ignominiosas, llamándoles gallinas, aunque en el valor eran más que gallinazos. Y quedó aquel caballero tan escarmentado, que propuso de alzar mano de la guerra, como lo hizo, viniendo el gobernador en ello, que caminaba ya con buen número, de gente hacia la ciudad de los Infantes y llegó a ella dentro de pocos días. Y viendo cuan infelices sucesos tenía su ejército cada día, acordó de echar mano del maestro de campo Lorenzo Bernal, eligiéndolo por general y dándole la absoluta administración de las cosas de la guerra, pues el tiempo iba mostrando y aun necesitando dar en sus manos siendo éste el postrer remedio. Y así se echó luego de ver cuánto convenía hacer caso de su persona, porque saliendo al mismo lugar de la batalla, que era el valle de Tomelmo, en compañía del gobernador, comenzó a hacer de las suyas restaurando la honra de los españoles en diversos asaltos y encuentros que tuvo con los indios, y aun parte de los despojos y pillaje que les habían quitado en la batalla ultra de algunos bastimentos, como fueron vinos y conservas, que hallaron en el mismo lugar donde hablan estado los reales, lo cual dejaron los indios sin tocar en ello por mandado de su general, llamado Chungo Turco, que con pregones lo mandó notificar so pena de la vida; lo cual hizo recelándose que los españoles lo habían dejado de industria echando en ello algún veneno para efectuar con él lo que con hierro no podían. Comenzó luego a meter miedo en los corazones de los indios el famoso nombre de Martín Campo, cuyos sucesos eran tan felices que el gobernador le dejó con cargo de la ciudad de los Infantes y de todo lo concerniente a guerra, yéndose él a la ciudad de Valdivia: que no era poco para un hombre de setenta años andar tantos y tan ásperos caminos sin descansar, como su vejez lo requería, por acudir personalmente a las cosas del reino.

Dentro de tres meses determinó de volver a la ciudad de la Concepción embarcándose el mes de setiembre de 1571 con algunos de los españoles que con él salieron, los cuales demás de la mucha provisión que de la ciudad sacaban, llevaban también muchos indios contra su voluntad, y aun sin delecto, pues dejaban las mujeres sin los maridos y a los maridos sin sus mujeres, y lo mesmo hacían con los padres y hijos, sobre lo cual hubo grandes alborotos pretendiendo impedirlo la justicia seglar, y aun interviniendo la autoridad del obispo de la Imperial, que lo prohibió con censuras, pues estaban tan estragadas las conciencias de algunos, que ni por esas ni por esotras dejaron los indios ni las indias.

CAPÍTULO XXXVIII

De la visita general que hicieron en toda la tierra el licenciado Egas Vanegas y el licenciado Torres de Vera, Oidores de la real Audiencia de la Concepción

Habiendo estado la gente de este reino, y en particular los señores de indios tan demasidamente señores desde que se descubrió la tierra, que vivía cada uno como quería,

fué necesario hacer visita general para poner las cosas en orden y poner en cuenta y razón las encomiendas de los indios desagraviándolos y eximiéndolos de muchas vejaciones que se les habían hecho y hacían. Para lo cual se distribuyeron las ciudades entre los dos Oidores, comenzando Egas Vanegas por las ciudades de arriba el año de setenta y uno, entrando por la Imperial, y prosiguiendo hasta Valdivia, donde puso en harto aprieto a todos los encomenderos haciéndoles pagar todo lo pasado; y como los desafueros habían sido tantos y ellos tenían ya tan poca costilla, era gran compasión ver lo que padecían, porque muchos de los ministros como escribanos y alguaciles y otros semejantes apuraban tanto a los miserables por tener de dónde sacar su salario, que quitaban las cobijas de las cunas de las criaturas con hartos clamores de las madres; y aun algunos eran como gatos golosos que estando puestos para guardar la casa de los ratones, come uno de ellos más en un día, que cien ratones en un mes. Halláronse en el distrito de la Imperial cuatro mil y cuatrocientos indios tributarios, que son los que pasan de diez y siete años y no de cincuenta y uno, sin los que estaban de guerra, que no llegaban a catorce mil con haber hallado cuando entraron los españoles pasados más de quinientos mil en este distrito. Y así mismo se habían hallado más de doscientos mil en los términos de Valdivia, y los numerados en esta visita fueron poco más de doce mil; y el día de hoy hay hartos menos: tanta es la disminución que ha venido por estos desventurados indios por espacio de treinta años. Hizo el visitador grandes condenaciones a los vecinos aplicados a los indios por las demasías y negaciones que se habían usado con ellos sacándolos con diversos medios y extorsiones mucho más de lo que estaba señalado de tasa; y así le mandaron ciento y cincuenta mil pesos y once mil hanegas de trigo y maíz, ultra de diez mil pesos, que se aplicaron para la Cámara de su majestad y salarios de visitas, y otros muchos que llevaron los oficiales de ella; aunque no se ejecutó la condenación por entonces respecto de la apelación que se les admitió para la audiencia real, excepto lo que tocaba a los salarios, que esto se exigió luego sin remedio.

En este tiempo había llegado a la ciudad de la Concepción otro oidor llamado Martínez de Peralto, con cuya asistencia se podía suplir la ausencia del licenciado Torres de Vera, que estaba señalado para visitar la ciudad de Santiago y Coquimbo; aunque fué necesario el dilatarse por entonces para acudir a ciertos alborotos que había en la ciudad de Valdivia y Osorno. El uno fué que un mestizo platero llamado Juan Fernández tramaba una manera de motín incitando a algunos soldados a que se fuesen con él de la otra parte de la cordillera, lo cual fué entendido y descubierto por otro mestizo natural del Cuzco, llamado don Pedro del Vazco. Sobre lo cual hizo el Oidor diligente escrutinio y pesquisa, y tuvo apretadas a muchas personas a las cuales encartó el Juan Fernández en su confesión metiendo entre ellos muchos hombres graves, que estaban libres de tal nota; y así se remedió con hacer justicia del inventor poniendo su cabeza en una jaula para perpetua memoria, y los demás fueron libres después de haber pasado no pocos trabajos y aflicciones. El otro caso fué que un encomendero de la ciudad de Osorno, llamado Arnao Segarra, natural de Sevilla, escribió una carta a la Audiencia real dando aviso cómo el capitán Alonso Ortiz de Zúñiga, que a la sazón era Coregidor de aquella ciudad, intentaba pasarse a otras tierras, que están de la otra parte de la cordillera, con alguna gente que iba juntando de secreto para salir con ella con calor y achaque de visitar su distrito pretendiendo no parar en él, sino pasar a la dicha provincia por la gran fama que había de su riqueza. Cometiése este negocio al licenciado Egas Vanegas, que andaba muy cerca de

Osorno en su visita, el cual por quitar inconveniente envió a este Corregidor a la ciudad de la Concepción donde estaba la Audiencia. Con esta ocasión fué proveído por Corregidor de Osorno un vizcaíno llamado Antonio de Latur, el cual no fué bien acepto, y cada día lo estaba menos entre los encomenderos, los cuales frecuentaban mucho las peticiones al Gobernador sobre este negocio suplicándole les diese otro juez más a gusto. Pero como él disimulase y ellos lo llevasen tan mal, tuvieron sufrimiento por sólo aquel año; pero al fin dél quisieron quitarlo de hecho tomando asilla de su nombramiento y provisión, que era dada por sólo un año. Y juntándose la justicia y gente principal del pueblo para hacerle dejar la vara, apellidó él a algunos amigos suyos, con los cuales se hizo fuerte en su casa levantándose no pequeño alboroto en el pueblo, hasta que entrando de por medio personas desapasionadas se dió corte en que las cosas quedasen como estaban de antes, hasta ver lo que el gobernador ordenaba acerca desto. Y lo que resultó dello fué que acudiendo el licenciado Torres de Vera a la averiguación y castigo que el delito requería, hizo riza en muchas personas que se hallaron culpadas poniendo a algunos en ásperas prisiones y condenando a muchos a diversas penas, como azotes, destierros y privación de oficios, penas pecuniarias y otras semejantes.

Volviendo este Oidor a la ciudad de la Concepción, pretendió ponerse luego en camino para su visita, la cual quiso impedir por entonces el Gobernador, pareciéndole cosa expediente llevar algo más blanda la mano y no apurar a la gente tan de golpe. Pero como los salarios eran gruesos y el Visitador era como un rey por donde quiera que pasaba, no quiso Torres de Vera dejar la visita; antes sin aguardar el beneplácito del Gobernador salió a media noche de la ciudad dejando en la audiencia sólo un Oidor, que era el licenciado Martínez de Peralta, y al Presidente, que no estaban muy bien avenidos; sintió esto mucho el doctor Saravia, y sobre ello dijo el día siguiente algunas palabras harto pesadas, hasta decir en presencia de muchas: «A hombre que tal ha hecho no le llamo yo oidor, sinohuidor.» Era cosa de lástima ver cuán desventurada estaba la ciudad de la Concepción estos días: que podía decir si tuviera boca: «De una parte me cerca Duero y de otra Peñatajada», porque los rebates con que cada día la inquietaban los enemigos eran muy frecuentes, y las disensiones de los mismos que gobernaban no eran menos pesadas. Finalmente los de la ciudad pidieron por capitán della al general Fernán Carrillo de Córdova, que a la sazón lo era de la Imperial puesto por mano del mismo gobernador, que a petición de los vecinos lo puso por corregidor como lo había hecho antes la real audiencia. Y por ser su persona tan importante a esta ciudad de la Concepción en tiempo de tantas calamidades y alborotos le encargó el doctor Saravia este oficio, del cual dió tan buena cuenta; lo había hecho en los demás que había servido saliendo diversas veces a encuentros con los enemigos que molestaban a la ciudad muy a menudo, con cuya asistencia y buenos medios iban las cosas teniendo alguna más prosperidad que hasta entonces. Todo esto fué el año de setenta y tres, en el cual se pone fin a la materia deste capítulo.

CAPÍTULO XXXIX

De la batalla entre el capitán Joan Ortiz de Zárate y el famoso bárbaro Olvera. Y otra entre el mismo indio y el capitán Joan Morán; y la de Gregorio de Oña en Tamalén,

y la que hubo en la ciudad de la Concepción

En tanto que estas cosas iban sucediendo en la ciudad de la Concepción, no le faltaban hartas desventuras a la ciudad de los Infantes, donde estaba Lorenzo Bernal por capitán general, como se ha dicho. Tuvo a esta sazón nueva de una gran multitud de indios que se iba congregando para dar sobre la ciudad; y como estaba ya tan pesado por haber embamecido mucho, no podía acudir a todas las cosas por su persona, y a esta causa envió al capitán Joan Ortiz de Zárate, que era hombre menos versado en las cosas de Chile por haber poco que estaba en el reino, aunque muy señalado por su cristiandad, prudencia y otras buenas partes que fué manifestando el tiempo, mayormente en el reino del Perú, donde tuvo oficios tan calificados que ninguno los tuvo más, del virrey abajo. Este salió con cincuenta y cuatro hombres, los veinte y cinco arcabuceros y los demás de lanza y adarga, con los cuales en llegando aviso a los indios les acometió con grande ímpetu mostrando el ánimo y esfuerzo que a tan buen capitán era conveniente. No fué lerdito el capitán bárbaro Olvera en defender su ejército con el cual hizo resistencia a los españoles trabando con ellos sangrienta batalla en el valle de Malloco, cuyo sitio era muy perjudicial para los de a caballo, así por ser la tierra muy fofa a manera de ceniza, como por estar muy llena de sartenegas. Lo cual y la multitud de los indios que peleaban, obligó a los españoles a volver las espaldas con pérdida de catorce hombres, aunque eran muchos más incomparablemente los que ellos dejaban muertos de los contrarios.

Sintió esto Bernal entrañablemente, y para ver si podía restaurar parte desto envió al famosísimo capitán Juan Morán, que fué de los catorce de la fama de la batalla de Puren, y le dió trece hombres para que con él fuesen catorce, pues en este número era también afortunado. Salió luego con ellos a correr la tierra haciendo siempre algunas presas, y estando en la República de Unquelemo dió sobre el capitán della, que estaba descuidado en gran borrachera y regocijo, haciendo grave estrago en muchos de los suyos. En este lugar tuvo nueva de que el capitán Olvera iba sobre la ciudad talando de camino los campos y destruyendo todo lo que topaba con no poco detrimento de los indios de paz de la comarca. Acudió a esto el capitán Morán y dióles alcance junto a la ciudad de los Infantes, donde trabó con ellos batalla tan sangrienta, que duró gran parte del día; finalmente él salió con la victoria dejando muertos muchísimos enemigos y llevando presos no pocos volviendo con sus catorce hombres buenos y sanos, a los cuales repitió el dicho memorable que se había dicho en semejante ocasión: «Si como somos catorce fuéramos doce, nos llamaran los doce de la fama.» De estos fueron Francisco Gómez, Andrés de Villasinda, Francisco Muñoz, Diego Díaz, Joan Martín *el Galán* y Rodrigo Vásquez.

En este tiempo sucedió que yendo otros catorce hombres con el capitán Gregorio de Oña a la ciudad Imperial y durmiendo en el lebo de Tarmalén, junto a Tomelmo, sobrevinieron grandes huestes de enemigos, y dando en los españoles mataron siete de los, entre los cuales murió el mismo caudillo Gregorio de Oña y los demás salieron huyendo a ña de caballo.

También en los confines de la Concepción hubo en este tiempo otra batalla harto reñida, porque demás de acudir los indios con mucha frecuencia a diversos robos y asaltos y

haber muerto tres españoles que caminaban descuidados, llegó a tanto su atrevimiento que el miércoles de ceniza del año de mil y quinientos y setenta y cuatro se alojó un grande ejército un cuarto de legua de la ciudad. No pudo el doctor Saravia reprimir la cólera queriendo él salir por su persona contra todas las reglas que su edad le amonestaba, y llevando consigo toda la gente de la ciudad que podía ser útil para la pelea, trabó sangrienta batalla contra los enemigos, de cuyos cuerpos muertos quedó el campo lleno, huyendo los demás por ser vencidos, aunque de los nuestros no fueron pocos los que sacaron heridas trabajosas.

CAPÍTULO XL

De cómo se quitó la real Audiencia del reino de Chile y dejó el doctor Saravia su gobierno

Era en este tiempo vicerrey del Perú don Francisco de Toledo, que le gobernó largos años, el cual teniendo esto por cosa expediente escribió una carta en que mandaba de tal manera estuviese el gobierno de Chile, a cargo del doctor Saravia, que no fuesen excluidos los Oidores de ayudarle en él cuando se ofreciese. Esta carta fué ocasión de grandes escándalos en todo el reino, interviniendo muchas pesadumbres sobre la interpretación della entre el Gobernador y los Oidores. De suerte que no solamente en la Concepción había grandes dísensiones, pero también en las demás ciudades a cuyos cabildos iban y venían cartas por horas, y estuvo el negocio tan a canto de rompimiento, que hubo de venir el general Lorenzo Bernal de la ciudad de los Infantes con algunos soldados a impedir con su asistencia los alborotos y desastres que pudieran resultar desta maraña. También enviaron un mensajero llamado Diego de Chaves Tabladapara que tratase en el Perú este negocio con el Visorey, el cual respondió no ser su intención innovar cosa de las del reino; y así ordenó se estuviesen las cosas como de antes, teniendo el gobernador jurisdicción absoluta sin irle a nadie a mano. No pasaron muchos meses después de haberse concluido esta embajada cuando llegó a este reino orden de su majestad para que se quitase el audiencia de todo él por estar la tierra muy flaca para tantos gastos, y por otros justos respetos que intervinieron; y así se hubieron de entablar nuevos estrados en la ciudad de los Charcas del Perú con los mismos Oidores que dejaron los de Chile. Y juntamente llegaron provisiones para nuevo Gobernador, con cuya instrucción se salió también el doctor Saravia al mesmo tiempo que los Oidores, que fué al principio del año de 1575.

Fué el doctor Saravia natural de la ciudad de Soria, de España, hijo de principales padres y muy docto en el Derecho, graduado de doctor con mucha aprobación de todos. Fué primeramente Oidor en el reino de Nápoles y después lo fué en la ciudad de los Reyes del Perú más de veinte años, de donde pasó a Chile por Gobernador y Presidente de la Audiencia real. Era muy menudo de cuerpo, muy sano de complexión, muy templado en el comer, muy recto en las cosas de su oficio al dicho de todos, muy celoso en el servicio de su majestad y aumento de su real hacienda; gobernó este reino cinco años, teniendo en él a su mujer doña Gerónima de Sotomayor, y a su hijo Ramiriáñez de Saravia, y a un yerno suyo, que era el general Alonso Picado, vecino de Arequipa, el cual tenía

trescientos mil ducados en barras de plata demás de su renta cuando se casó con la hija deste Gobernador, llamada doña Mayor de Saravia; es una señora de las más cabales de estos reinos. Sirvió el doctor Saravia a su majestad en Chile así en las cosas de justicia como en las de guerra, ocupando en ella su persona y la de su hijo y yerno, que por ser tan rico y extraordinariamente gastador y dadivoso, salió este general Alonso Picado con menos dinero que metió en Chile...

PRIMERA PARTE DEL TERCER LIBRO

Trata del gobierno de Rodrigo de Quiroga. Desde el año 1575 hasta el de 1595

Al fin deste mesmo año de 1575, estando la ciudad de Valdivia en la mayor prosperidad que jamás había estado y la gente a los principios de su quietud y contento, quiso nuestro Señor que les durasen poco los solaces acumulando nuevos infortunios a los pasados. Sucedió pues en 16 de diciembre viernes de las cuatro témporas de Santa Lucía, día de aposición de luna, hora y media antes de la noche, que todos descuidados de tal desastre, comenzó a temblar la tierra con gran rumor y estruendo yendo siempre el terremoto en crecimiento sin cesar de hacer daño derribando tejados, techumbres y paredes, con tanto espanto de la gente, que estaban atónitos y fuera de sí de ver un caso tan extraordinario. No se puede pintar ni describir la manera de esta furiosa tempestad que parecía ser el fin del mundo, cuya priesa fué tal, que no dió lugar a muchas personas a salir de sus casas, y así perecieron enterradas en vida cayendo sobre ellas las grandes máquinas de los edificios. Era cosa que erizaba los cabellos y ponía los rostros amarillos el ver menearse la tierra tan apriesa y con tanta furia que no solamente caían los edificios, sino también las personas sin poderse detener en pie, aunque se asían unos de otros para afirmarse en el suelo. Demás desto mientras la tierra estaba temblando por espacio de un cuarto de hora, se vió en el caudaloso río, por donde las naos suelen subir sin riesgo, una cosa notabilísima, y fué que en cierta parte dél se dividió el agua corriendo la una parte de ella hacia la mar y la otra parte río arriba, quedando en aquel lugar el suelo descubierto, de suerte que se veían las piedras como las vió don Pedro de Lobera, de quien saqué esta historia, el cual afirma haberlo visto por sus ojos. Ultra desto salió la mar de sus límites y linderos corriendo con tanta velocidad por la tierra adentro como el río del mayor ímpetu del mundo. Y fué tanto su furor y braveza, que entró tres leguas por la tierra adentro, donde dejó gran suma de peces muertos, de cuyas especies nunca se habían visto otras en este reino. Y entre estas borrascas y remolinos se perdieron dos naos, que estaban en el puerto, y la ciudad quedó arrasada por tierra sin quedar pared en ella que no se arruinase. Bien excusado estoy en este caso de ponderar las aflicciones de la desventurada gente de este pueblo que tan repentinamente se vieron sin un rincón donde meterse, y aun tuvieron por gran felicidad el estar lejos dél, saliendose al campo raso por estar más seguros de paredes que les cogiesen debajo como a otros que no tuvieron lugar para escaparse, y no solamente perdieron las casas de su habitación, mas también todas sus alhajas y preseas, estando todas sepultadas, de suerte que aunque pudieron después descubrirse con gran trabajo fué con menoscabo de muchas y pérdidas de no pocas, como eran todas las quebradizas con lo que estaba dentro, y otras muchas que cogían los indios de servicio y

otra gente menuda, pues en tales casos suele ser el mejor librado aquel que primero llega. Y demás de esto se quedaron tan sin orden de tener mantenimiento por muchos días, en los cuales padecieron hambre por falta de él y enfermedades por vivir en los campos al rigor del frío, lluvias y sereno y -lo que es más de espantar- aun en el campo raso no estaban del todo seguras las personas, porque por muchas partes se abría la tierra frecuentemente con los temblores que sobrevenían cada media hora sin cesar esta frecuencia por espacio de cuarenta días. Era cosa de grande admiración ver a los caballos, los cuales andaban corriendo por las calles y plazas saliéndose de las caballerizas con partes de los pesebres arrastrando o habiendo quebrado los cabestros, y andaban a una parte y a otra significando la turbación que sentían y acogiéndose a sus amos como a pedirles remedio. Y mucho más se notó esto en los perros, que como animales más llegados a los hombres, se acogían a ellos y se les metían entre los pies a guarecerse y ampararse mostrando su sentimiento, el cual es en ello tan puntual, que en el instante que apunta el temblor lo sienten ellos alborotándose tanto, que en sólo verlos advierten los que están delante que está ya con ellos el terremoto. Este mismo sentimiento hubo en todos los animales, generalmente tanto que se revolcaban por la tierra, y cada especie usaba de sus voces acostumbradas, como aullidos, relinchos, graznidos, cacareos y bufidos, con modo en algo diferente del suyo representando el interno sentimiento y pavor con que se estremecían imitando a la misma tierra. Mas, ¡oh providencia de Dios, nunca echada menos en ninguna coyuntura, aunque sea en las que se muestra Dios más bravo y celoso de echar el resto en afligir a los hijos de los hombres, nunca cansados de ofenderle! Que al tiempo que la tierra está atribulando a los afligidos, manda a los montes que dejada la natural alteza de sus cumbres se arrasen por tierra para remedio de lo que mirado desde abajo parece contrario, como quiera que lo dé por medicina el que lo mira desde arriba. Cayó a esta coyuntura un altísimo cerro que estaba catorce leguas de la ciudad, y extendiendo la máquina de su corpulencia, se atravesó en el gran río de Valdivia por la parte que nace de la profunda laguna de Anigua, cerrando su canal de suerte que no pudo pasar gota de agua por la vía de su ordinario curso, quedándose la madre seca sin participar la acostumbrada influencia de la laguna. ¿Quién dirá que hubo aquí aquellos efectos de la Providencia eterna experimentados en tiempo de Josué, cuando las aguas del Jordán retrocedieron contra su natural curso a la manera que dijimos poco antes haberse dividido las aguas de este río, y en tiempo de Moisés, cuando se abrió el mar Bermejo para dar paso a pie junto a los israelitas? Pues antes parece haber sido contrario todo lo que aquí sucedió este día porque ¿cómo entran en esta gran laguna cinco ríos originados de otras de a veinte y treinta leguas de circunferencia cada una, con cuyo concurso era forzoso reventar este gran lago hallando cerrada la puerta por donde suele desaguar, que es este caudaloso río de Valdivia? Mas en efecto de verdad fué la traza de Dios tan importante, que a no caer este cerro tan a punto cerrando el paso de las aguas que corrían velocísimamente, se anegara toda la ciudad y sus confines con la salida de la mar, la cual como halló la madre del río desocupada tuvo lugar de recogerse allí subiendo por ella arriba, lo cual no fuera posible si se encontrara con el torrente ordinario que le impidiera el paso con su furia. Y fué tan grande la máquina del cerro, que tuvo cerrada la boca del desaguadero por más de cuatro meses, represándose siempre el agua en la gran laguna hasta que reventó, haciendo los efectos que se dirán a su tiempo.

Y porque a las personas que han visto y leído poco desto se les podría hacer difícil de creer siendo testigo el reino entero, les quiero avisar de otros muchos prodigios de mayor admiración que se han visto en el mundo, los cuales hallarán escritos en historias auténticas escritas en romance, latín y otras muchas lenguas diferentes. Cosa fué muy notoria la ruina de la mayor parte de Antioquía, Damasco y Trípoli, causada de un terremoto semejante al que referimos, y lo mesmo sucedió en Sicilia, donde en semejante ocasión murieron más de quince mil hombres, habiendo en ello la circunstancia de la salida del mar con grande daño de toda la costa. Y también se sabe que en otro tiempo cayó en Italia gran fuerza de granizo tan grueso como huevos de avestruces, y hubo frecuentes eclipses del sol con otras señales de grande temor y espanto de aquellas provincias. Y en el año de 1012, cuando los turcos de Persia tomaron la santa ciudad de Jerusalén, precedieron a la desastrada pérdida estupendas señales y pronósticos, como salir la luna de color de sangre y temblar la tierra con gran frecuencia, donde también cayó una columna de fuego a manera de una grande torre, y salió la mar de sus límites tan desenfrenadamente, que destruyó muchas ciudades cercanas a la costa. Y en el año de 985 hubo en Roma y su distrito un terremoto tan furioso que se hundieron muchas ciudades, de cuyo número fué la de Capua. Y en la ciudad de Bresa de Lombardía llovió sangre fina tres días enteros. Y así mismo el año de 974 cayó en Roma una piedra de extra ordinaria magnitud, y se vieron muchas cruces en las capas de los hombres, y en el año de 850 hubo extraordinarios terremotos en la mesma ciudad, de cuyos edificios se arruinó gran parte lastimosamente, y caían pedazos de nieve de a quince pies y algunos mayores, y hubo cometa que echaba rayos tan fuertes que mataban los hombres, lo cual duró por espacio de cuatro meses. Y al tiempo que murió el Papa Silvestre II y el emperador Oton, hombre cristianísimo, hubo señales monstruosas: y señaladamente un día del mes de diciembre del año de 1003 cayó del cielo un grandísimo copo de fuego que ardió por largo rato, y después parecía que estaba abierto el cielo en el lugar de donde había caído; y del punto que se cerró apareció en el mesmo lugar una espantosa serpiente que aterraba al mundo con sólo su aspecto. También es cosa cierta haber aparecido muchas estrellas juntas al sol descubierto, al tiempo que Augusto César tomó la posesión del Imperio por muerte de su padre. Y en tiempo del consulado de Spurio Posthumio y Quinto Minucio se vieron tres soles juntos en el cielo, y semejantemente tres lunas en tiempo de Domicio y Lucio Antonio, y en el consulado de Marco Acilio y Cayo Porcio se escribe que hubo lluvia de leche y sangre, y otra de pedazos de carne en tiempo de Lucio Volumnio y Servio Sulpicio. Y en el principado de Tiberio hubo el más memorable terremoto que se sabe haber sucedido en el mundo con cuya violencia cayeron una noche veinte y una ciudades de las más populosas que había en Asia, y en el pontificado de Nicolás V hubo temblor en la ciudad de Nápoles, en que perecieron muchos millares de personas.

Y porque no sean las historias antiguas concluiré con una cuyo suceso es aún más moderno que éste de Chile que contamos. Porque acaeció el año 1580 en las Terceras en una isla llamada de San George. Y si no fuera tan cierta y sin género de duda la relación que de ello tengo, no me atreviera a referirlo en este lugar. Estando, pues, harto descuidada la gente de esta isla en el dicho año de 1580, postrero día del mes de mayo, comenzó a temblar la tierra con furor que entraba a capa y espada con zumbido que a los pavorosos oídos de los moradores parecía que hablaba diciendo echa y derrueca; y así lo

hizo, porque a pocos vaivenes dió con todo en tierra; pero no he dicho nada, ni lo es esto en comparación de lo que resta, aunque fué tanto que hizo a pocos remesones no ser ciudades las que tres credos antes lo habían sido. Luego inmediatamente reventó un cerrillo, abriéndose en él una gran boca por donde comenzó a salir fuego, y tras esto salían piedras encendidas revueltas en una corriente de metal ardiendo, lo cual corrió hacia lo llano haciendo una manera de muro o baluarte espantoso al ver y al decir inexplicablemente. Dejo de entretenerme ahora en los llantos y sentimientos de los isleños y sus fervientes oraciones y plegarías, remitiendo esto a la ponderación del que leyere las causas de ello. Y prosiguiendo con la historia, digo que tornó aquel boquerón a lanzar piedras encendidas con tanta fuerza y estruendo como las bombardas arrojan sus balas; y habiendo subido por el aire gran trecho, caían a manera de plomo derretido entre espesísimo humo de diversos colores. Abrióse esta boca hacia la parte austral, y habiendo echado de sí tan estupendo espectáculo por espacio de más de tres horas, se abrió otro boquerón hacia la parte del Este, el cual tenía quince varas de travesía; comenzó a brotar fuego con gran priesa y arrojar por el aire piedras encendidas, todo lo cual se amontonó en lo llano cerca del otro montón que salió por la boca austral, y con su grande fuerza atrajo hacia sí toda aquella máquina incorporándola en sí misma con crecimiento y cúmulo estupendo. Después desto se abrieron otras tres bocas, las cuales se fueron ensanchando hasta hacerse una de todas tres, y escupió piedras mayores que una gran casa, cada una de las cuales y el fuego que de ella manaba se fué haciendo un cerro, el cual tuvo fuerza para sacar al primero de su lugar uniéndole a sí mismo. Y hecho todo un cuerpo, produjo de sí un río de fuego que fué talando toda la tierra; y abriendo con su fuerza una profunda canal enderezada al desventurado pueblo, fué corriendo por ella como amenazando que quería tragarlo con toda la gente que por allí estaba. Pero llegando a una cruz que estaba delante de la ciudad, al tiempo de embestir con ella le tuvo el respeto que se le debía a la que había tenido en sí al fuego infinito y consumidor, que es Dios, para apagar el fuego que destruye a los hombres no solamente en las almas, cual es el de la concupiscencia, sino también los cuerpos, como éste que ahora vamos contando. El cual, como no pudiese proseguir su camino prohibiéndoselo la cruz, que es el único remedio de los hombres, se dividió en dos brazos, que corrieron el uno hacia la mar, en cuyo curso topó una roca y embistió en ella con grande furia; mas como ella era muy fuerte, hízole resistencia de modo que el río batía, en ella como suelen las olas del mar estrellarse en semejantes riscos, y con los golpes que en ella daba saltaban chispas con que salpicaban el contorno. Y demás desto salían de aquella lucha unos relámpagos que espantaban la gente de la isla. Mas como fué tanto el licor que se iba represando en esta peña, vino a crecer de suerte que la excedió en altura y fué corriendo por cima de ella hasta dar en el agua de la mar, donde perdió su furia vencido de sus olas; el otro brazo del río se fué entrando por las huertos, viñas y sementeras destruyéndolo todo aun hasta el mismo terreno. Lo cual duró toda la noche entera. Y cuando salió el aurora con cuyo refrigerio esperaba la gente tener alguno, se abrió otro boquerón como los pasados exhalando de aquéllos humos gruesos que hacían a los aires no ser líquidos. Y con esto lanzó de sí centellas o ascuas de a cien pies de largo y ancho, y algunas mayores. Y habiendo volado en tanta altura que se perdían de vista, venían a caer un cuarto de legua del lugar donde salieron, y se hallaba ser a manera de piedras encendidas, lo cual duró hasta la puesta del sol de este día, que era tercero de la calamidad y segundo de junio. Y no paró aquí la monstruosidad -que así me parece puede llamarse-, porque se abrió otra

boca tan grande, que todas las referidas quedaron dentro della haciéndose todas una, y salieron della escuadrones muy bien ordenados de piedras a manera de metal ardiente, las cuales fueron en orden por el aire, a manera de cuadrillas de zorzales, grullas, cuervos, hombres y otros animales descabezados; y algunas como bolos redondos poniendo en tanta perplejidad a cuantos las veían dudando si eran demonios transfigurados en tales bultos, mayormente por venir envueltos en nubes blancas, negras, verdes, moradas, rubias, azules, colorados y amarillas. Era ya tres de junio y no tenía talle de ir a menos el tempestuoso torbellino, y juntándose la gente del pueblo en procesión por aquel campo regándole con hartas lágrimas, vieron salir una nube a manera de exhalación encendida que iba a embestirlos, con cuyo aspecto quedaron tan despavoridos, que huyó cada uno por su parte dejándose allí una cruz que llevaban y una imagen puesta en sus andas, y acudieron a la playa a meterse en las balsas entrándose desatinados por el agua que les daba a la cinta por escaparse del fuego. Mas como llegase la nube cerca de la imagen y cruz, halló tanta resistencia, que manifestando la violencia con que estaba reprimida, estuvo una hora rechinando con un estruendo mayor que el de muchas bombardas juntas, hasta que se vino a deshacer en presencia de la cruz e imagen, por respeto de aquel Señor con cuyo poder se desvanecen como humo las potestades de las tinieblas con más facilidad que se derrite la cera puesta al fuego.

Todo questo se echaba de ver en otro pueblo donde estaba un hombre muy caritativo y fervoroso, el cual acudió con alguna gente en un batel bogando a toda priesa para dar socorro a los afligidos con tantas causas, y al tiempo que llegaba a desembarcarse tembló la tierra y mar desaforadamente, y se oyeron truenos más furiosos que nunca; juntamente disparó aquel volcán gran suma de balas encendidas y arrojándolas hacia el batel como cuando se juega el artillería de algún castillo marítimo contra los enemigos que entran en el puerto, y menudeaba la lluvia de pelotas de suerte que parecía estaban en el volcán cien condestables y mil culebrinas y basiliscos. Mas era aquel buen hombre de tan varonil pecho, que por entre aquellos peligros saltó de presto en tierra, y recogiendo toda la gente se fué con ella hacia el volcán en procesión de sangre y lágrimas; y habiendo andado algún trecho toparon otra procesión de la misma forma, y alzando todos a una el alarido pidieron a Dios misericordia. La cual alcanzaron de su benignidad, que oyó sus clamores y puso en olvido- según píamente se espera- los pecados de aquellos pueblos, como lo ha hecho siempre apiadándose de aquellos corazones rendidos, y lo hará todas las veces que el hombre se convirtiere a Su Majestad de veras, no solamente con poner estanco al fuego semejante al de esta tempestad referida, sino también al eterno a que estaban condenados los que con sus iniquidades se habían aprovechado mal de su clemencia.

CAPÍTULO II

Del alzamiento de los indios circunvecinos a la ciudad de Valdivia y a la paz a que se redujeron por algún tiempo

Ya que los moradores de Valdivia pensaban haberse acabado sus trabajos, se les comenzó a tramar otro nuevo casi de mayor pesadumbre que el pasado. Y fué que los indios de aquel distrito que jamás habían tomado armas contra españoles intentaron en esta ocasión

dar en ellos por afligir más a los afligidos, y la ocasión con que se movieron a esto fué haber salido algunos días antes cuatro mil dellos en favor y servicio de Martín Ruiz de Gamboa que los llevó en su ejército a pelear con los araucanos y tucapelinos, satisfecho de la fidelidad que ellos guardaban como gente nacida y criada entre cristianos y doctrinada en la policía y costumbres de la religión evangélica. Y como éstos se enseñaron a tomar armas y estaban ya saboreados en ellas, quedaron en tan mala maña, que cuando volvieron a sus tierras las quisieron ejercitar contra los mismos cristianos de quien habían recibido la doctrina de la ley que profesaban y los primeros que pusieron esto en ejercicio fueron los de Renigua y Lame y Quinchiba, donde por principio de la rebelión mataron a dos españoles que estaban seguros de semejante traición y desafuero. Luego que vino el caso a oídos del Corregidor, que era el capitán Pedro de Aranda Valdivia, despachó con toda presteza un caudillo con algunos soldados que atajasen el daño antes que cundiese más adelante, y por otra parte envió mensajeros a los pueblos de su distrito para que estuviesen con centinela y atalaya, la barba sobre el hombro, para prevenir los inconvenientes a que suelen dar entrada los descuidos. Y por tomar esto más de propósito, salió él mismo en persona con el mayor número de gente que halló a mano; pero halló tan fortalecidos y pertrechados a los indios, que juzgó ser temeridad el acometer por entonces hasta aumentar más su compañía. Y para esto envió a dar aviso a un caudillo que andaba corriendo la tierra enviado del Corregidor de la Ciudad Rica, para que acudiese luego a socorrerle según la necesidad lo demandaba; mas como éste era de otra jurisdicción, no se atrevió a hacer mudanza sin comunicar primero a su Corregidor, que era Arias Pardo Maldonado, el cual no solamente condescendió con esta petición tan justa, mas también salió él mismo en persona con estar medio tullido y llevó consigo veintidós hombres, que fueron los más que pudo juntar en tiempo de tanta priesa. Y como le cogiese la noche junto al desaguadero de Renigua, no pudiendo pasar adelante, envió doce hombres con su capitán, los cuales llegaron al amanecer donde estaba el capitán Pedro de Aranda a coyuntura que los indios intentaban acometerle, mas como vieron gente de socorro, se detuvieron algún, tanto hasta que aclarase más el día, en cuyo intervalo se fué juntando más gente de a caballo, con la que dieron los nuestros en los indios haciéndolos retirar desamparando su alojamiento. Verdad es que se iban retirando con tal orden, que no cesaban de pelear, echando espesa lluvia de piedras sobre los nuestros por ser muy pocas las armas que tenían a causa de no ser gente ejercitada en batallas. Estando en este conflicto llegó el capitán Arias Pardo Maldonado, con cuyo socorro se animaron los españoles y dieron a huir los enemigos, desapareciéndose en breve tiempo. Y pareciéndole al capitán Valdivia que se negociaría mejor con éstos por otro término respecto de ser gente criada en paz y ejercitada en ella, determinó de ir en persona a hablar con los capitanes del bando indio tratando con ellos de su remedio, que era dejarse de alborotos y asentar el pie viniendo en paz y quietud como hasta entonces, pues eran cristianos bautizados y sabían bien cuánto les convenía no innovar las cosas tan importantes al bien de las almas y sosiego de sus hijos y mujeres. A lo cual respondieron ellos que el haber muerto a los dos españoles no se debía atribuir a rebelión, sino a cólera encendida con millones de causas, injusticias y opresiones que les hacían por momentos por ser el uno griego, llamado Dimo, y el otro de tan mala condición como él, cuyo nombre era Pero M. Redondo. Y que cuando hubieran salido de medida pretendiendo alzar bandera contra los españoles no se les debía atribuir a deslealtad, pues eran tantos los motivos que tenían para ello viéndose llevar por fuerza a manadas como carneros, o

entender en cosas de excesivo trabajo y totalmente contra su natural, como eran la guerra, y labor de las minas y otras ocupaciones en que los trataban como a jumentos, cargándolos de noche y de día después de haberlos apartado muchas leguas de sus casas, hijos y mujeres. Procuró el capitán apaciguarlos diciendo que ellos tenían la culpa en no haberle dado parte de ello representándole los agravios de que justamente se quejaban. En lo cual él protestaba de poner remedio de allí adelante si querían rendirse luego; donde no los daría luego por rebeldes ejecutando el castigo que merecen los que están declarados por tales. La respuesta que ellos dieron a estas palabras no fué con otras palabras, sino con obras, tirando muchas piedras y saetas entre grande murmullo de alaridos y amenazas hechas a los nuestros. Los cuales aunque pelearon valerosamente no pudieron resistir la lluvia de piedras que los cubría, por ser tan espesa como granizo en tiempo de grande tempestad. Por esta causa se retiraron, no pudiendo hacer otra cosa hasta que dentro de pocas horas llegaron los españoles de socorro con algunos indios amigos. Y a esta sazón se habían los indios encastillados otra vez en su palizada, que era muy alta; y no pudiendo los nuestros acometerles fácilmente, salió el capitán con veinte de a caballo subiendo a lo alto de la cordillera para cogerlos por las espaldas dando en ellos desde un lugar que estaba más alto que su fuerte, mas halló en medio del camino un paso muy escabroso y, tomado de enemigos, cuya dificultad le obligó a retirarse a su alojamiento topando en el camino otros españoles de la ciudad de Valdivia con algunos indios amigos para socorrerle.

En el ínterin que el capitán Aranda andaba en esto le pareció al capitán Arias Pardo Maldonado probar la mano en tratar con los indios de los medios de paz, llegándose para ello a la entrada de su fortaleza. Era este caballero muy discreto, prudente y bien hablado, cuyas razones fueron de tanta eficacia para con los indios, que los vino a convencer de modo que condescendieron con él con tal que les asegurase la vida. Volvió Arias Pardo muy contento con esta respuesta y trató con el capitán Aranda, que había ya llegado al real, este caso, el cual se puso luego en consulta entre todos los vecinos y hombres prácticos que allí había. Y habiendo pasado hartos dares y tomares y considerado el negocio atentamente, fué la resolución que los indios se admitiesen a la paz con tal que dejasen el fuerte y restituyesen todo el ganado y herramientas de mina con el oro que habían tomado a los dos hombres que mataron, y que sirviesen en adelante como hasta allí lo habían hecho fiándose de la cristiandad de los españoles que soldaría la quiebra que había intervenido en su buen tratamiento y justicia que se les debía. Y habiéndose declarado a los indios la determinación de los españoles, enviaron a un cacique hermano del capitán general con cuatro indios al real de los españoles como por prenda y seguridad de la paz, y los demás desampararon el fuerte aquella noche yéndose a vivir a sus pueblos, como solían. Y así mismo los españoles, habiendo paseado y desbaratado el fuerte, se volvieron seguramente yéndose cada uno a su casa por el camino que había venido.

Dentro de quince días tornaron los indios a inquietarse, o por temor de que habían de ser castigados por la rebelión, o por querer restaurar su libertad, como ya lo habían intentado, y confederándose todos los que habían en el distrito de cuatro ciudades, que eran Valdivia, Osorno, la Imperial y la ciudad Rica, salieron todos a una declarándose por rebeldes y corriendo la tierra mataron los españoles que pudieron haber a las manos, y

quemaron las sementeras, chozas y caserías de los españoles, cogiendo todo el ganado que había por los ejidos y haciendo otros muchos daños semejantes. Y prosiguiendo en esta destrucción llegaron a la laguna de Ranco, donde estaban ocho españoles con gran número de indios domésticos, los cuales por tener allí sus casas y haciendas se pusieron en defensa de ellas no osando los agresores proceder adelante por hallar en ellos tanta resistencia, y echando de ver que tenían necesidad de más gente para llevar adelante la guerra contra los españoles, convocaron a unos indios llamados puelches, que es gente muy apartada de la demás del reino y vive en unas sierras nevadas con gran pobreza sin traza de pueblos ni orden en su gobierno, sino como cabras monteses, que donde les toma la noche allí se quedan, y por ser esta gente muy diestra en el arco y flecha y deseosa de tener dinero, los convidaron estos rebelados prometiéndoles estipendio porque les ayudasen en la guerra. En tanto que ellos andaban haciendo gente, envió el capitán Aranda un caudillo con alguna gente a los llanos para impedir a los enemigos sus correrías, y otro a la provincia de Ranco, y fué Hernando de Aranda Valdivia, pariente suyo y muy versado en las cosas de guerra. Acertaron los indios a dar con una de estas cuadrillas, que tenía sólo ocho hombres, y dando en ellos los hicieron retirar escapándose a uña de caballo, excepto uno, que quedó en las suyas, cuya cabeza pusieron en medio del camino en la punta de una lanza por triunfo de su victoria y temor de los españoles. Y fuera el negocio muy adelante si no concurriera prestamente mucha gente española, entre ellos el capitán Juan de Matienzo con doce hombres, que fueron de mucho efecto para refrenar a los indios algún tanto, y mucho más los que después llegaron con el corregidor Pedro de Aranda Valdivia, que salió con cincuenta hombres a la provincia de Ranco, donde estaban más de 4.000 indios de guerra con propósito de no pasar hasta echar a los españoles de su tierra. Estos no entendían que dieran tan presto con ellos los españoles, y así se alborotaron por no estar aún fortalecidos, y así se fueron a gran priesa a lo alto de un cerro asperísimo que tiene por una parte la gran laguna de Ranco y por la otra un caudaloso río, y por la subida una piedra tajada por donde no podían subir hombres sino yendo uno a uno. Era el lugar inexpugnable, y tan lleno de piedras, que con tres hombres que las arrojaran impedirían la subida a un gran ejército. Y así no fué posible acometerles por entonces hasta que estuviesen en lugar más acomodado para los nuestros. Por lo cual acordaron de dar sobre otro gran escuadrón de dos mil indios que estaban encastillados junto a un río por donde les entraba el mantenimiento del valle de Maque, que está de la otra banda. Tuvo el capitán Juan de Matienzo deseos de hacer suerte en esto, y embarcando la gente que pudo en las canoas, que fueron treinta hombres, se quedó con cincuenta por no haber más en ellas, y viendo que era poca gente, se determinó a pasar el río a vado aunque con gran peligro arrojándose él delante de todos, con lo cual los obligó a ir en su seguimiento. Y fué tan bueno el lance, que los indios de aquella tierra se encogieron y arrinconaron no osando ponerse a brazos con los nuestros; y los puelches, que eran noveles, y por no saber de aquel achaque salieron muy orgullosos flechando sus arcos y crujiendo sus hondas, hubieron de volver sus espaldas a la segunda instancia, y sin más dilación salieron renegando de la tierra y acogiéndose a la suya con propósito de no trabarse más con los españoles en los días de su vida.

CAPÍTULO III

De la salida que hizo la laguna de Renigua y desbarate del fuerte de Liben y Mangue

Ya queda dicho en el capítulo II la represa que hubo en la gran laguna de Renigua a los seis días del mes de diciembre de 1575. Habiendo, pues, durado por espacio de cuatro meses y medio por tener cerrado el desagadero con el gran cerro que se atravesó en él, sucedió que al fin del mes de abril del año siguiente de 76 vino a reventar con tanta furia como quien había estado el tiempo referido hinchándose cada día más, de suerte que toda el agua que había de correr por el caudaloso río la detenía en sí con harta violencia. Y así por esto como por estar en lugar alto, salió bramando y hundiéndose el mundo sin dejar casa de cuantas hallaba por delante que no llevase consigo. Y no es nada decir que destruyó muchos pueblos circunvecinos anegando a los moradores y ganados, mas también sacaba de cuajo los árboles por más arraigados que estuviesen. Y por ser esta avenida a media noche cogió a toda la gente en lo más profundo del sueño anegando a muchos en sus camas y a otros al tiempo que salían de ellas despavoridos. Y los que mejor libraban eran aquellos que se subieron sobre los techos de sus casas, cuya armazón era de palos cubiertos de paja y totora, como es costumbre entre los indios. Porque aunque las mismas casas eran sacadas de su sitio y llevadas con la fuerza del agua, con todo eso por ir mucha., de ellas enteras como navíos, iban navegando como si lo fueran y así los que iban encima podían escaparse, mayormente siendo indios, que es gente muy cursada en andar en el agua. Mas hablando de los de la ciudad de Valdivia, había tanto que decir acerca de esto, que excediera la materia a lo que sufre el instituto de la historia. Estaba en esta ciudad a esta coyuntura el capitán don Pedro de Lobera por corregidor de ella, el cual temiendo muchos días antes este suceso, había mandado que la gente que tenía sus casas en la parte más baja de la ciudad, que era al pie de la loma donde está el convento del glorioso patriarca San Francisco, se pasase a la parte más alta del pueblo, lo cual fué cumplido exactamente por ser cosa en que le iba tanto a cada uno. Con todo eso, cuando llegó la furiosa avenida puso a la gente en tan grande aprieto que entendieron no quedara hombre con la vida, porque el agua iba siempre creciendo de suerte que iba llegando cerca de la altura de la loma donde está el pueblo; y por estar todo cercado de agua no era posible salir para guarecerse en los cerros si no era algunos indios que iban a nado, de los cuales morían muchos en el camino topando en los troncos de los árboles y enredándose en sus ramas; y lo que ponía más lástima a los españoles era ver a muchos indios que venían encima de sus casas y corrían a dar consigo a la mar, aunque algunos se echaban a nado y subían a la ciudad como mejor podían. Esto mismo hacían los caballos y otros animales que acertaban a dar en aquel sitio, procurando guarecerse entre la gente con el instinto natural que les movía. En este tiempo no se entendía en otras cosas sino en disciplinas, oración y procesiones, todo envuelto en hartas lágrimas para vencer con ellas la pujanza del agua, aplacando al Señor que la movía, cuya clemencia se mostró allí como siempre poniendo límite al crecimiento a la hora de medio día, porque aunque siempre el agua fué corriendo por el espacio de tres días, era esto al paso a que había llegado a esta hora que dijimos, sin ir siempre en más aumento como había ido hasta entonces. Y entendiérase mejor cuán estupenda y horrible cosa fué la que contamos, suponiendo que está aquel contorno lleno de quebradas y ríos y otros lugares tan cuesta abajo, por donde el agua iba con más furia que una jara; que con estos desagaderos no podía tener el agua lugar a subir a tanta altura si no fuera tan grande el abismo que salió de madre. Finalmente fué bajando el agua a cabo de tres días, habiendo muerto más de

mil y doscientos indios y gran número de reses, sin contarse aquí la destrucción de casas, chácaras y huertas, que fuera cosa inaccesible.

Y pareciéndole a don Pedro de Lovera que podía haber a río vuelto ganancia de pescadores, tuvo recelo de algún desmán que podía suceder en el valle de Maque y en el fuerte de Lliben por donde andaba el capitán Pedro de Aranda veinte leguas de la ciudad. Envió a Hernando de Salazar, vecino de ella, a visitar aquel distrito, dando por él una vuelta a ver si el capitán Aranda estaba necesitado de su socorro. Caminó este caudillo con algunos soldados con gran trabajo por estar la tierra muy mojada y llena de troncos de árboles y viscosidad, que hacía el camino impertransible. Por lo cual cejó por otra vereda de un camino poco usado, y a una legua poco más fué a dar en un pueblecillo, donde se iban juntando los indios de guerra en tanta suma que había ya diez y siete caciques con sus escuadras; mas como no les pasaba por pensamiento haber de llegar español allí en toda la vida, estaban tan descuidados de tal suceso que aquellos pocos de españoles con no pasar de doce fueron bastantes a desbaratarlos por dar en ellos tan inopinadamente. Y aunque algunos acudieron a las armas y se defendieron un breve rato, fueron muchos más los que huyeron por diversas partes, procurando quitarse delante de los ojos de los españoles. Y fueron éstos lo mejor parados aunque anduvieron, porque los demás que se pusieron a hacer resistencia quedaron mal heridos, y algunos muertos y no pocos presos en manos de los yanaconas, que iban en compañía de los españoles. A todos éstos, que eran más de doscientos, mandó Hernando Salazar poner a recaudo en una casa que allí estaba en la encomienda de Esteban de Guevara, de donde envió aviso al capitán don Pedro de Lovera, el cual acudió a ello con veinte hombres y hizo justicia de los principales cabezas de los rebelados, y con esto se volvió a su casa dejando orden al capitán Salazar de que fuesen prosiguiendo el castigo en los demás, que eran sus secuaces, aunque menos rigurosamente.

Poco después acudió el capitán Aranda a poner cerco al fuerte de Lliben, donde había gran suma de enemigos, y habiendo estado veinte días sin poder hacer suerte por estar muy trincheados y fortalecidos con todo género de pertrechos, se vino a meter en cólera cansado de tanto esperar, de modo que quiso aventurarse por no perder más tiempo sin sacar fruto; para esto llevó su gente a un lugar que caía sobre la fortaleza para entrar por un paso harto peligroso, por no haber otro descubierto, y aunque los enemigos les arrojaron menuda lluvia de piedras y saetas, se abalanzaron por entre ellas en razón de acabar de una vez con esta empresa. Acudieron los rebelados al lugar por donde eran acometidos, dándole a los españoles que estaban fuera para arrojarse por entre las albarradas mientras ellos estaban entretenidos con la escuadra en que el capitán andaba, y desta manera les dieron trato por tres partes, de suerte que los desatinaron no dándoles vado a tomar acuerdo, y aunque acometieron a todas partes peleando por un rato, cayendo y levantando, hubieron luego de dejar las armas y desamparar la fortaleza poniéndola toda en los pies, y aún quisieran tener para ello alas de ave. Mas con todo eso quedaron más de quinientos en el lazo: unos que murieron en la batalla y otros de quien se hizo justicia por haber sido causa della. Mas el efecto fué un gran temor que se metió en los corazones de los indios, con el cual se fueron rindiendo poco a poco a los españoles, acudiendo a dar la paz y pedir perdón de lo pasado.

CAPÍTULO IV

De la batalla y desbarate del fuerte de Renigua y otros encuentros que tuvo el capitán Pedro de Aranda con los indios

Con estos servicios que el capitán Pedro de Aranda Valdivia iba haciendo a su majestad, sin cesar noche ni día de andar allanándole la tierra, iba cobrando mucho crédito y animándose a proseguir semejantes obras y otras mayores, ofreciéndose ocasiones para ello. Y habiendo salido con la victoria pasada, salió de allí a poco a otro encuentro del mismo tenor, dejando en el sitio de Ranco a un capitán con veinte hombres por acudir él mismo a desbaratar el fuerte de Renigua, a donde se partió con treinta soldados y buen número de indios a 8 días del mes de mayo de 1576. Y habiéndole acudido alguna gente de la ciudad de Valdivia, formó un escuadrón de setenta de a caballo y otro de indios amigos, con que acometió el fuerte de Guaron, donde había poco más de 2.000 enemigos encastillados. Estos estaban con las armas en las manos aguardando a los nuestros; pero viendo que eran más que ellos habían pensado, desampararon el fuerte y se metieron en un sitio algo más retirado, que tenía por una parte la gran laguna y por otra una serranía muy escabrosa, y lo que estaba en la parte interior era un espeso bosque; de suerte que por todas partes estaba el lugar fortalecido. Demás de lo cual hicieron sus trincheras y baluartes, de donde salían cada día a escaramuzar con los nuestros, retirándose presto sin aguardar largos embites. Y como no fuese posible estar los de a caballo donde ellos estaban, mandó el capitán hacer cuatro canoas, en las cuales entró alguna gente, y fué navegando por la laguna para hallar entrada más fácil y para que otra escuadra que iba por tierra tuviese también lugar para entrar en el fuerte con el amparo de los que iban en las canoas a facilitarles el paso. Y acometiendo al fuerte por ambas partes se trabó una sangrienta pelea en jueves 7 días del mes de abril (*sic*) del mismo año de 1576. Y fué tal el aprieto en que se vieron los indios en este trance, que el mayor cuidado que finalmente tuvieron fué el mirar cada uno por donde podía evadirse por estar tan difícil la salida para ellos como lo había estado la entrada para los nuestros o poco menos. Mas con todo eso quedaron muchos muertos y otros presos, de los cuales se hizo justicia con ejemplares castigos para escarmiento de los demás rebelados. Fué de mucha estima esta victoria en toda la tierra, y en particular en Valdivia, donde se hicieron devotas procesiones dando gracias a Nuestro Señor por ella, y alegres regocijos en significación del contento que de ella procedía. Halláronse en este encuentro, y los pasados, Rodrigo de Sande, Hernando de Aranda Valdivia, Francisco de Herrera Sotomayor, Juan de Matienzo, Juan de Alvarado *el Mozo*.- Alonso Domínguez de Blanca y don Alonso Mariño de Lobera entre los demás caballeros que están arriba nombrados.

Y aunque el capitán Arias Pardo Maldonado se había hallado en algunos de los lances referidos como está dicho, mas en este último estuvo ausente por permisión divina, acudiendo a la Ciudad Rica, donde era corregidor, para evitar una maraña que se iba tramando entre los indios. Y fué que uno de ellos llamado don Juan Vilinando, cacique principal y gran hechicero, tanto que era tenido de los indios por inmortal, intentó destruir a la Ciudad Rica matando en una noche a todos los moradores de ella. Para esto envió mensajeros a los pueblos comarcanos, y con ellos un collar suyo de piezas de oro y perlas

y turquesas, que por ser muy conocido en la provincia lo envió por señal para que los indios viniesen seguramente certificados de la victoria con la palabra de una persona de tanta autoridad entre todos ellos. Y habiéndose juntado hasta doce mil poco más o menos, se conjuraron de matar a los españoles sin dejar hombre a vida so pena de perjuros y de ser tenidos por infames. Para efectuar esto tomaron ocasión de las procesiones de la Semana Santa, con cuyo achaque metió este cacique a los doce mil indios en la ciudad para ejecutar sus intentos el último día de la Pascua, que era el de San Marcos, y pretendiendo hacerlo más a su salvo, se confederaron con los yanacunas de servicio, los cuales habían de coger las sillas y frenos a sus amos para que no fuesen señores de sus caballos, que era lo mismo que dejarlos sin pie y manos. Estando el negocio tan a pique que no faltaba sino llegar la hora señalada, plugo a Nuestro Señor de descubrir la conjuración por medio de un indio del Perú, yerno del mismo don Juan Vilinango, el cual por ser de otra nación más noble y tener más arraigada en su alma la ley de Cristo que los chilenes, no quiso permitir tan gran traición, pudiendo fácilmente desbaratarla con dar el aviso que dió al corregidor Arias Pardo Maldonado. Este, por ser hombre discreto y buen cristiano, acudió ante todas cosas al remedio más eficaz, que fué mandar que se dijese una misa solemne con invocación del Espíritu Santo, a la cual hizo que se juntase la mayor parte de la ciudad, hallándose él allá con la mayor devoción y lágrimas que pudo. Y comunicando allí lo que se tramaba, con algunas personas secretamente, se fué luego, derecho al lugar donde estaba el general Vilinango con el capitán Antequin, Coninango, don Francisco Quembo Talmavida, Juan Reque y los demás, que por todos eran doce, y los prendió y mandó poner a recado, donde los examinó haciendo escrutinio de sus intentos, los cuales descubrió manifiestamente por confesión de muchos de ellos, y en particular por la de un cacique muy ladino llamado don Martín Vilinango, que declaró de plano todo lo que se tramaba. Y por ser negocio en que iban tantas cabezas, lo consultó el corregidor con algunas personas graves, y llevó algunos religiosos que dispusiesen para morir a los presos, estando él mismo toda aquella noche a caballo con alguna gente armada por prevenir con bastante resguardo el alboroto que podría haber entre los indios. Y cuando quería ya amanecer, mandó ahorcar los caciques presos en la Plaza de la ciudad para que saliendo la luz del día fuesen vistos de los suyos y tomasen escarmiento con tan doloroso espectáculo para ellos. Y cuando vió que había gran número de indios puestos a la mira llorando a sus capitanes, salió él mismo a la plaza y les hizo un largo razonamiento, intimándoles cuán mal les estaba intentar ocultamente cosa contra los cristianos, teniendo experiencia de que siempre Dios descubría sus lazos al tiempo que ellos pensaban tenerlos asidos en ellos.

Con todo esto estaban los indios tan obstinados y con el freno entre los dientes, que aunque por algún tiempo no osaron descomponerse, finalmente vinieron a brotar la ponzoña, congregándose como primero en un lugar que estaba seis leguas de Valdivia. Y por haber allí muchas casas de mita a donde solían acudir españoles, las quemaron todas dejando sólo una, donde ellos se iban recogiendo para la guerra. Tuvo el capitán Arias Pardo Maldonado noticia de este desconcierto, y despachó con gran presteza a un capitán llamado Juan de Almonacid con alguna gente que lo remediase. La cual habiendo caminado toda la noche llegó antes de amanecer a la casa donde estaban los indios totalmente descuidados y dormidos. Y aunque al punto que los nuestros llegaron a la puerta comenzaron algunos indios a alborotarse, pero valióles muy poco por haberla

cerrado el capitán por de fuera sin dejarles portillo por donde pudiesen evadirse, y por acabar de una vez con ellos puso fuego a la casa, queriendo quemarlos con ella como lo hizo, sin escapar hombre de los ciento y setenta que dentro estaban. Al alarido que éstos levantaron con la agonía de la muerte, y mucho más al resplandor del fuego y volar del humo, acudieron los indios que se hallaron más cercanos, y juntándose quinientos de ellos trabaron furiosa refriega con los nuestros, arremetiendo como tigres con la rabia que tenían de ver quemados a los suyos tan lastimosamente; mas lo que medraron en la feria fué dejar allí las vidas los más de ellos, escapando muy pocos, y éstos con harta ocasión de quedar escarmentados.

Andaban en este tiempo las cosas tan revueltas en los términos de Valdivia, Osorno y la Ciudad Rica, que parecía la misma tierra brotar enemigos, pues apenas se habían allanado en una parte cuando salían por otra en mayor número. Esto sucedió en particular con achaque del desbarate referido en el fuerte de Lliben, de donde salieron los indios de vencida como está dicho, y el capitán de ellos fué preso por mano de un cacique de los confederados con los españoles llamado Mellid, que vivía cerca de estos indios rebelados. Los cuales, por tomar venganza del cacique por haber puesto a su capitán Tipantue en mano de españoles, acudieron poco más de dos mil de ellos al distrito de Mellid, donde le mataron con muchos de los suyos y ejecutaron su crueldad en destruir sementeras y ganados, llevándose de camino los que podían. Y así por esto como por ver que les llevaban las mujeres, se pusieron en defensa los indios de aquel repartimiento del capitán Juan de Matienzo usando de una estratagema para poder valerse, que fué echar fama que llegaba cerca gente española en su defensa, diciendo a voces: «Aquí, aquí, señores», como si los tuvieran a la vista. Rétiráronse con esta voz los enemigos creyendo ser verdad lo que se decía; pero después que entendieron haber sido burla y fingimiento de esotros indios, tornaron a revolver sobre ellos a tiempo que llegaban españoles de los llanos, tan a punto como si hubieran medido el número de los instantes de tiempo y pasos de camino. Y como los vieron los contrarios al tiempo que se abalanzaban sin tal pensamiento, dieron la vuelta con tanta velocidad como habían tomado la corrida para dar en los otros indios. Dióles esto mucho que pensar y mucho más sus mismos agüeros, por los cuales tienen por cierto que nunca les podrá ir bien en alguna fortaleza donde una vez fueron vencidos, y por esta causa se apartaron un poco de aquel lugar acogiéndose a otro de una llanada que está entre la laguna y el río, fortalecida de una y otro, para no ser acometidos fácilmente. Mientras andaban ellos en estas mudanzas despachó el capitán Pedro de Aranda Valdivia doce hombres con un caudillo llamado Francisco de Pereira Sotomayor, que a la sazón era alcalde de la ciudad, persona muy benemérita en este reino y en el Perú, donde había servido a su majestad, y poco después envió a su hermano Hernando de Aranda Valdivia con otra compañía de soldados, saliendo él mesmo a acompañarle hasta una loma que llaman de Curaca, desde la cual tomó él otro camino hacia los llanos para llegar a la ciudad de Osorno a recoger gente, con que llegó dentro de tres días a la provincia de Lliben a ordenar el campo con los que había enviado adelante y algunos otros enviados del corregidor don Pedro de Mariño de Lobera con la munición y arcabucería. Tenían los indios ya hechas sus trincheras y baluartes y un foso muy malo de pasar por el mucho lodo y agua que había con la aspereza del invierno, que era entonces 3 de julio del dicho año. Mas con todo eso se arrojaron los españoles a pasar aquella cava tan dificultosa, tomando para ello la madrugada, a la sazón que los más de los indios

estaban algo retirados en un lugar donde se habían juntado a sus borracheras dejando solos trescientos en guarda del foso y albarradas. Y aunque estos que estaban en custodia y centinela quisieron al primer ímpetu defenderse, fué tanta la fuerza de los españoles que les hicieron ir más que de paso habiendo alanceado muchos de ellos. Y no contentos con esta presa prosiguieron, en rompiendo el día, por la tierra adentro, corriéndola a todas partes hasta dejarla limpia de enemigos, tomándoles el ganado que ellos habían robado a los indios de paz de la comarca.

CAPÍTULO V

De la batalla que hubo entre el capitán Arias Pardo Maldonado y los indios de la Ciudad Rica y otros encuentros

Nunca faltaban en estos tiempos frecuentes desasosiegos en todo el reino, y muy en particular en los lugares circunvecinos alas ciudades de arriba, tanto que aun el día de la fiesta de Corpus Cristi no dejaron los bárbaros de inquietar a los que se habían recogido en la Ciudad Rica a celebrarla, juntándose ellos dos días antes a fiestas de embriaguez y bailes, según sus ritos, en un cerro muy escabroso para sustentar en él guerra contra los nuestros. Y así la víspera de esta festividad hubo de salir la mayor parte de la gente de pelea que había en el pueblo, que fueron hasta treinta hombres con su capitán Arias Pardo Maldonado, llevando consigo hasta dos mil indios yanaconas. Y habiendo caminado todo el día, llegaron a la noche a la vista del fuerte de los enemigos, para cuyo encuentro y asalto se dividió la gente en dos escuadras, que acometieron por diversas partes según la disposición del sitio permitía. Y aunque a los principios se tuvieron los indios en buenas con la primera cuadrilla que acometió por la frontera, mas después que vieron otro escuadrón que cargaba por las espaldas perdieron luego el ánimo y desampararon el fuerte con disminución de su gente, y aun los que salieron huyendo no todos se fueron alabando, por el gran coraje con que los indios yanaconas iban siguiendo el alcance sin perdonar a hombre que pudiesen coger debajo de su lanza. Con esta victoria se vino a celebrar la fiesta del Santísimo Sacramento con mayor solemnidad que se había pensado, añadiéndose la acción de gracias que por tal merced se debía al Señor, a quien aquel día estaba dedicado.

No se descuidaba en este tiempo el capitán Pedro de Aranda Valdivia de correr la tierra y enviar gente que hiciese lo mismo por todas partes, señalando adalides que capitaneasen los corredores, y en particular a Gaspar Biera, vecino de Valdivia, hombre de calidad, animoso y de buenas costumbres, a quien puso por caudillo de la provincia de Mangue. Este usó de los medios posibles para traer a los indios de paz, aunque también era riguroso con los que hallaba rebeldes, y así redujo a muchos de ellos en el tiempo que tuvo este cargo hasta que le sucedió en él Salvador Martín por estar él necesitado de algún descanso. Empleóse siempre este caudillo en correr el campo, que a sazón estaba mal seguro por andar en él los indios puelches haciendo suertes en los naturales, dándoles su merecido por haberlos ellos convocado contra los españoles cuando se rebelaron, según está arriba referido. Dióse este capitán tan buena maña, que venció dos veces a los puelches en batallas que con ellos tuvo, y limpió el distrito de estas sabandijas, que

andaban robando a los naturales de él no solamente las haciendas y ganados, sino también los hijos y mujeres. A esta coyuntura llegaron a este reino trescientos setenta y siete españoles enviados de su majestad con el capitán Juan de Losada, del hábito de Santiago, para aumento de las ciudades y persecución de la guerra comenzada. De éstos envió al gobernador Quiroga setenta hombres a la ciudad de Valdivia con el capitán Gaspar Verdugo, que los llevó por mar y los entregó al mariscal Martín Ruiz de Gamboa, que había ya llegado con poderes del gobernador, su suegro, para asistir a las cosas ocurrientes en los términos de las ciudades de arriba. Fué esto de mucho efecto para impedir una conjuración de indios convocados por un cacique de Renigua y Guaron llamado Ripillan, contra el cual salió el mariscal Gamboa con los soldados que habían venido de refresco, con cuya salida cesó el daño que se iba tramando por el temor que los indios tuvieron de oponerse a esta gente, y así se hubo de quedar solo el cacique promotor del alzamiento. Y lo que resultó de la maraña fué el venir los indios cruzadas las manos a los pies del mariscal, rindiéndose a él con grandes ofertas y servicios y dando excusas de las sospechas que de ellos había tenido. Admitióles Gamboa con buen semblante con tal que le trajesen a su presencia al indio Ripillan, causador del desasosiego, dándoles palabra de poner en olvido todos sus delitos si se le ponían en las manos. Juntáronse para esto cincuenta caciques con toda la gente de sus pueblos, y echaron todos los rodeos que al parecer de ellos podían para cogerlo, aunque se entendió ser de cumplimiento, pues al cabo de ocho días volvieron al mariscal sin la presa que deseaba. El mostró entonces mucho enojo y los persuadió a que le diesen contento, donde no que esperasen de él poca amistad, pues andaban tan fuera de su gusto. Con esta amenaza y otras en que les mostraba más los dientes, tomaron los indios el negocio de veras, sin dejar rincón donde no le buscasen hasta dar con un cuñado suyo que murió a puros tormentos por no querer confesar donde estaba; como también lo negó su mismo hijo, que murió después en el tormento por guardar a su padre la lealtad que le debía; mas, en fin, donde entran mujeres de por medio no hay que hacer mucho caso de secreto. Después de haber muerto el hijo y el cuñado por no descubrir el lugar donde Ripillan estaba, vino su misma mujer a caer en manos de los indios que andaban en la pesquisa, la cual con temor femeníl, que suele ser casi tan grande como sus bríos y coraje cuando se enciende, los llevó a un risco donde su marido estaba metido entre unas peñas, donde apenas acertara el mismo diablo de la peña. Y como los indios intentasen persuadirle a que fuese de su voluntad y pidiese perdón del crimen cometido, pretendió él, por el contrario, inducirlos a proseguir el alzamiento sin querer rendirse por bien ni por mal, hasta que un cacique llamado Chao le atravesó la lanza por el cuerpo, cuya cabeza, quitada de los hombros, fué llevada en la punta de la misma lanza al mariscal Gamboa acompañada de otras dos, que eran de un hijo y una mujer que consigo tenía, demás de los referidos. Mas no es de espantar que una persona que era india y mujer, las cuales son dos cosas que arguyen pusilanimidad y falta de firmeza, entregase por temor a su marido, mayormente no siendo ella sola su esposa, ¿pues no sabemos haber hecho lo mismo Eriphila por sólo el interés del oro que le dió Adraastro en un collar, entregándole a su marido Anfiaro, que estaba escondido en un lugar oculto? Y también se lee haber caído en la misma nota la famosa Helena, que vencida del amor, puso a su marido Deiphomo en manos de los griegos al tiempo que estaba durmiendo. En efecto, con este castigo de Ripillan y la riza que iba haciendo Gaspar Viera en el valle de Mangué, donde venció tres

veces a los puelches, se vino a pacificar la tierra por entonces dando algún vado a los ejercicios militares.

CAPÍTULO VI

De una batalla que hubo en la ciudad Imperial y otra en el valle de Congora entre el mariscal Gamboa y los indios

Habiendo pasado algunos meses sin alborotos, salió el mariscal Gamboa de la ciudad de Valdivia para Villa-Rica, donde se habían descubierto unas minas, y envió por otra parte a su sobrino Andrés López de Gamboa a la ciudad Imperial con gente de socorro por tener noticias que se percibían los indios para combatirla. Este capitán llegó a tiempo que estaban ya los enemigos en una loma a vista de la ciudad, en cuyo medio está una quebrada y el hermoso río, llamado de las Damas por su amenidad y frescura. Y como los ciudadanos se vieron favorecidos con tal refresco, salieron a dar en los indios, trabando con ellos batalla en que los desbarataron y vencieron, matando a muchos de ellos sin que hubiesen llegado a la ciudad, como ni otra alguna vez lo han podido poner por obra habiendo venido con tal determinación a destruirla.

Apenas se había ganado esta victoria cuando llegó el mariscal con toda la más gente que había podido recoger en los lugares por donde había andado, y habiendo hecho alto allí pocos días, fué marchando con ciento y ochenta españoles y muchos indios yanaconas a encontrarse con el gobernador que venía con su campo a entender en las cosas de la guerra; y llegando Gamboa al valle de Congora una legua de la ciudad de los infantes, tuvo aviso de que andaban por allí cerca algunos indios inquietos hacia la parte de la sierra, por lo cual hubo de dejar su camino metiéndose por la serranía hasta dar en los escuadrones de los indios, con quien tuvo una refriega muy reñida. Mostróse mucho en este conflicto Rafael Puerto Carrero entrándose el primero de todos en medio de los enemigos, que estaban con su capitán Mellicande, los cuales serían obra de quinientos. Y con este capitán cerró con grande ímpetu el Rafael Puerto Carrero, peleando valerosamente hasta rendirle con muchos de los suyos, ganando mucho nombre entre los soldados. Finalmente, los enemigos fueron desbaratados con pérdida de muchos de los suyos muertos y presos en labatalla, la cual duró poco rato por haber tan conocidas ventajas de parte de los nuestros.

Concluido esto retornaron al camino real, prosiguiendo por sus jornadas hasta llegar al campo del gobernador, que estaba con buen número de soldados, con los cuales y los de Gamboa se formó un ejército de quinientos, ultra de los indios yanaconas, que eran de tres mil arriba. Estaba el campo en este tiempo muy hastecido de vituallas, munición y armas y mucho más de caballos, que pasaban de diez mil los que habían de guerra y de servicio. El efecto que imprimió en los indios el ver un campo tan opulento y ordenado no fué acobardarse ni rendirse, sino cobrar más orgullo para oponerse, convocándose unos a otros, en particular los del valle de Congora, que con esta ocasión se resolvieron de dar sobre la ciudad de los Infantes por ser como terreno y blanco donde siempre han asestado sus tiros, dándole batería sin que se pasasen mucho tiempo libre de zozobras e

inquietudes. Estaba a esta sazón el capitán Pedro Fernández de Córdova por corregidor de la ciudad, el cual sabiendo el alboroto que se rugía salió con veinte hombres muy armados a cogerlos antes que se reforzasen para venir sobre el pueblo con más pujanza. Pero por mucha priesa que se dió venía ya el capitán Guacaya con su ejército formado precediendo veintiséis indios escogidos para corredores del campo, los cuales como vieron a los españoles se subieron en tatanquera enviando a toda priesa un mensajero que diese aviso al capitán bárbaro de la gente que le salía al encuentro. Y aunque ellos quisieran volver las espaldas acompañando al embajador, no se atrevieron a hacerlo pareciéndoles que se les había de dar alcance con la ligereza de los caballos, y así hubieron de hacer rostro a los nuestros viniendo con ellos a las manos, donde pelearon como hombres desesperados de la vida. Apenas hubo soldado en ambos bandos que no saliese herido, y entre los demás no fueron los mejor librados los dos capitanes, por que el de los indios llamado Arruay recibió algunas lanzadas y el Pedro Fernández deCórdova, una que le pasó la mano habiéndola ejercitado valerosamente en este trance. Finalmente se hubo de volver cada escuadra por su parte quedando algunos indios muertos y un español entre ellos cuyas canillas sacaron después para hacer flautas, como suelen para tocarlas en las batallas.

Quedaron con esto los indios llenos de avilantez y orgullo viendo que se habían tenido los de su nación con los nuestros casi tantos a tantos con haber ventaja en los españoles, que es la de los caballos y armas en que exceden a los contrarios. Y así tomaron motivo para convocar más gente y acudir a esto con más veras, lo cual hicieron con eficacia poniéndose a punto de dar sobre la ciudad sin faltarles cosa para ello. Pero fué Nuestro Señor servido que en esta coyuntura sobreviniese desgarrón y borrasca con una manera de oscuridad tan espesa que en cuatro horas no se vieron los unos a los otros. Hallose allí un indio principal y tenido en opinión de discreto, el cual dijo al capitán Guacaya que le parecía mal agüero salir en tal ocasión a un negocio de tanta importancia en que siempre los capitanes prudentes atendían con grande vigilancia a los prenuncios y pie con que entraban. Mas era tanto el señorío y gravedad de Guacaya, que mostrando semblante muy airado de oír tales palabras, respondió al consejero, llamándole de cobarde y supersticioso, no contentándose con sólo esto sino con hacerle matar en su presencia. Viendo la gente de Calboqueo originada de haber dado consejo sin pedírsele, procuraron cerrar sus bocas por no caer en las manos de Guacaya, el cual, considerando mejor el negocio, desistió por entonces del acometimiento que intentaba.

Dentro de ocho días se tornaron a congregarse más de cuatro mil indios con el mismo capitán Guacaya y comenzaron a marchar a 2 de febrero de 1577, día de la Purificación de Nuestra Señora, con intento de dar en la ciudad antes que amaneciese, por coger a los moradores de sobresalto. Pero quiso Nuestro Señor que antes que llegasen a vista de ella comenzó a asomar la aurora, de suerte que se vieron perplejos y muchos de ellos se resolvieron de no pasar adelante viendo que habían de ser vistos necesariamente. Mas era el Guacaya tan animoso, que dijo en voz alta: «El que fuese hombre venga en mi seguimiento.» Y prosiguiendo su viaje sin dilación con mil quinientos que le acompañaron, se puso media legua de la ciudad en una estancia de Nuño Fernández Rasura, vecino del mismo pueblo. Estaba a esta sazón el famoso General Lorenzo Bernal de Mercado en esta ciudad de los Infantes donde tenía su casa de asiento como vecino

della, y viendo lo que pasaba, no pudo sufrir la insolencia de los indios porque no estaba hecho a sufrir gasquetas; y armándose como solía, subió a su caballo y fué derecho a donde estaba el corregidor y capitán de la ciudad, que era Pedro Fernández de Córdoba, dando traza en recoger las mujeres y gente menuda, y prevenir lo necesario para la defensa del pueblo, y se le ofreció para esta empresa rogándole que le dejase salir al encuentro antes que los enemigos llegasen a poner cerco. Admitió el capitán esta oferta, y diále solos catorce hombres quedándose él con setenta en guarda del pueblo, porque no diesen los enemigos en él mientras los demás andaban peleando. Salió este pequeño escuadrón de Bernal, aunque grande en los bríos y experiencia, y en llegando a lo alto de un pequeño collado fueron vistos de los indios que venían marchando muy en orden sin pensar que hallarían estorbo en el camino mas como reconocieron ser poca gente, hicieron rostro con muy buen ánimo ordenando su ejército en forma de media luna con un escuadrón muy bien dispuesto en cada cuerpo para coger los españoles en medio. Pero como Bernal era tan eminente en conocer las trazas y ardidés de los indios, dijo a sus soldados que acometiesen con él a desbaratar una de las dos alas descuidándose de la otra, porque ella misma se desordenaría, y que al punto que él revolviese la dejasen todos y fuesen en su seguimiento. Y como si lo hubiera visto efectuado, así sucedió puntualmente porque al tiempo que acometió al cuerno derecho acudieron los indios del otro cuerno a favorecer a los suyos, y viéndolos Bernal fuera de sus puestos, dejó a los de aquel lado que iba acometiendo y revolvió sobre los otros que estaban desconcertados, y trabó con ellos la batalla. Viendo los del cuerno derecho que los españoles lo habían burlado dejándolos con las picas caladas y blandiendo las lanzas para dar en sus consortes, acudieron con grande ímpetu desamparando el puesto en que estaba el escuadrón formado, y así se desbarataron ambas escuadras, y anduvo la refriega de revuelta. Dos cosas solas ocurren que decir en este lance que bastan para que se entienda lo que intervino en este encuentro; la una haber sido catorce estos solaados que parece es número encantado en este reino, pues siempre han sido de catorce sus más memorables hazañas que se han visto; la otra ser Lorenzo Bernal el que guiaba la danza, el cual aunque cayó con el caballo por habersele muerto con bravas heridas, se levantó ligeramente poniendo mano a la espada, con que hizo de las suyas sin perder golpe ni cimbrarla en parte donde no fuese muerte. Y eran tan nobles los pocos secuaces que llevaba, que apeándose algunos a ponerse a su lado, le hicieron instancia a que subiese a caballo, quedándose a pie el soldado que se le ofreció. De esta manera estuvo un rato sangrienta la pelea en la cual se señaló extraordinariamente Nuño Fernández Rasura matando por sus manos gran número de indios, y ejercitando sus fuerzas y ánimo, que era mucho y muy conocido, por las presentes ocasiones en que se probó con gran ventaja. Mas aunque el esfuerzo de los nuestros era el que se ha dicho, no dejaban de recibir heridas y sentir el cansancio por ser excesivo el número de los contrarios, los cuales no andaban lerdos en ofender y en defenderse, y se vieran en mayor aflicción si no les acudiera el auxilio primeramente de Dios y su gloriosa Madre, a quien era el día dedicado; y después de éste el de algunos indios amigos y tal cual español que venía del pueblo, con cuyo socorro comenzaron a desmayar los indios y a poco rato volvieron las espaldas con pérdida de trescientos hombres y el capitán Guacaya entre ellos, quedando los nuestros con gran regocijo reconociendo lo mucho que a la Virgen se le debía, a cuyo templo acudieron todos a celebrar la victoria y dar las gracias a ella y a su Hijo.

CAPÍTULO VII

De la batalla que hubo en Mague entre los indios puelches y el capitán Cosme de Molina, en donde él fué desbaratado.

Entre otros nombramientos de corregidores y capitanes que el gobernador Quiroga hizo cuando salió a visitar la tierra, proveyó al licenciado Hernando Bravo de Villalba por Corregidor de Valdivia, que entró en ella a tomar la posesión con el mariscal Gamboa. Estaba en la ciudad en este tiempo un vecino llamado Cosme de Molina, en cuya casa se hospedó el mariscal los pocos días que allí estuvo, y al cabo de ellos le dejó nombrado por capitán del pueblo y su distrito para los lances que se ofreciesen. Y no tardó mucho uno que le obligó a salir a ponerle remedio; y fué que en el valle de Mague andaban hasta quinientos indios puelches haciendo asaltos en los demás indios robándoles sus haciendas y llevándoles sus hijos y mujeres. Para castigar estos salteadores juntó Cosme de Molina treinta hombres no muy diestros ni apercebidos de los requisitos para la guerra, y con ellos se fué en busca de los enemigos, que estaban encastillados en un lugar alto de la serranía donde apenas pudieran recibir daño de un gran ejército que los buscara. Mas con todo eso se puso el capitán al pie de la sierra, y de allí envió a un caudillo con algunos españoles de a pie por no ser lugar apto para andar caballos, y poco después mandó subir otro caudillo que hiciese espaldas al primero con cuatrocientos indios amigos que le siguieron con sus armas y flechas. Cuando los puelches vieron esta gente, comenzaron a subirse más arriba para llevarlos cebados hasta una punta donde hicieron rostro a los nuestros y comenzaron a echar tan espesa lluvia de piedras, flechas y dardos de caña brava tostada, que en breve tiempo hirieron y mataron muchos indios y con ellos a un vizcaíno llamado Pedro Solórzano y un genovés cuyo, nombre era Juan Nativio. Viendo los cristianos que les llovía en la cabeza el acometimiento de su osadía, volvieron más que de paso por donde habían subido, dando en ellos los enemigos tan victoriosos, que les hacían ir rodando por lacuesta abajo hasta llegar al pie della, donde estaba su capitán Cosme de Molina, en cuyas manos dieron tan molidos que no les pudo poner otro remedio sino sacarlos a toda prisa de aquel distrito llevándolos a la ciudad de Valdivia. Pocos días después de este desastre envió el gobernador a Luis de Toledo, vecino, de la Concepción y conquistador de los primeros del reino, a la ciudad de Valdivia por corregidor della, en lugar del licenciado Hernando Bravo de Villalba. Este comenzó a disgustarse en hallar la tierra tan revuelta que le daba mucha inquietud sin algún provecho habiendo dejado el sosiego de su casa, donde vivía descansadamente con su mujer e hijos, y no pudiendo sufrir tal vida se volvió a su casa dentro de seis meses dejando el oficio al capitán Cosme de Molina consintiéndolo el mariscal Gamboa que a la sazón estaba en Valdivia. Y pareciéndole ser suficiente este capitán para tal cargo, se fué con su campo a la Imperial, habiendo visitado las ciudades comarcanas. Y como los indios vieron que se había recogido a descansar con su gente, comenzaron a hacer de las suyas, y en particular un cacique llamado Andinango, que fué el que salió con el trofeo del encuentro y retirada de que salió desbaratado el capitán Molina. Vino esto a noticia del mariscal con relación de que este indio andaba con otros muchos destruyendo los pueblos que estaban de paz, talándoles sementeras y haciendo otros robos y daños con que los naturales de Mague estaban demasadamente apurados. Y como el Gamboa no

era amigo de parar cuando había lances de importancia, no quiso tomar el reposo a que había entrado en la ciudad, antes saliendo luego della se fué con la más gente que pudo en busca de los enemigos. Y para tomar esto más de propósito, despachó un mensajero a la Villa-Rica donde estaba el maese de campo Juan Álvarez de Luna con orden de que saliese luego con cuarenta hombres bien, aderezados al valle de Llangague a refrenar los indios, que andaban desbocados, haciendo en ellos ejemplar castigo, y que le esperase allí, porque él llevaba su designio hacia el mismo lugar para concluir de una vez con los rebelados. Mientras el maese de campo se aprestó para ejecutar este mandato iba el mismo Gamboa haciendo gente a orillas de la laguna de Rodrigo Alonso y Vitalauquen, que es la que desagua en la laguna de Renigua. Y habiendo juntado buen número de soldados entró en el valle de Llangague, donde ya andaba Juan Álvarez de Luna metido en obra; y haciéndose un ejército de ciento treinta donde se incorporaron ambas compañías, se fueron entrando por unos valles que están entre las sierras nevadas, donde pasaron innumerables calamidades por ser el camino de los más ásperos que pueden imaginarse, así en cuestas agrias y cenagosas como por los muchos ríos que bajan de la cordillera; y en particular corre uno por una quebrada de una peña viva, tan recogida y derecha que parece hecha a mano, por donde va el agua con extraordinaria furia por ser mucha y el lugar estrechísimo. Y habiendo corrido dos leguas con este ímpetu, por la parte alta de la montaña viene a dar en vago y cae toda de golpe por el aire más de dos mil estados, con tal velocidad que quita la vista de los ojos. Y aunque va la canal a este río, tan angosto que se pasa por una puente de veinte y cuatro pies de largo, con todo eso apenas había soldado que se atreviese a ir por ella por ser tan angosta que no pasa de una vara, y tan alta respecto del río, que dista de él más de veinte lanzadas. Y así se hubo de atravesar en ella el capitán don Pedro de Lovera con una lanza en una mano, y con la otra iba pasando a los flacos de cabeza por que no cayesen desvaneciéndoseles con la mucha altura. En este camino iban los nuestros topando muchos indios rebelados en quien se hacían ejemplares castigos para que los demás escarmentasen, y demás dentro se echaron al agua en la laguna dos canoas que se habían traído por tierra con grandísima dificultad, en las cuales se embarcó el capitán don Pedro del Barco para escudriñar una isleta que está en la misma laguna de Vitalauquen, donde halló alguna gente que envió a la ciudad de Valdivia para ser castigada según la culpa de cada uno. También envió Gamboa por otra parte al maese de campo Juan Álvarez de Luna a coger la gente de otra isleta; la cual viendo se les acercaban los españoles, desampararon la isla y se fueron a la tierra firme, dejándolos burlados.

Estando los unos y los otros en medio de grandes trabajos, sobrevino una gran tempestad con tanta fuerza de nieve que les cubría a todos, poniéndolos en gran peligro por el poco reparo del lugar y aderezos que ellos llevaban. Y en especial se vieron a punto de perecer los que iban con el maese de campo por cogerles el torbellino en parte donde no tuvieron otro amparo sino una peña en que se acogieron. Y así no aguardaron los unos y los otros más perentorias, dando vuelta a los reales, a donde llegaron primero los que iban con Martín Ruiz, y prepararon algún regalo y abrigo para la escuadra del maestre de campo, que llegó después con harta necesidad de todo esto. Y por que estaba ya el gobernador aguardando a su yerno Gamboa con gente de socorro para entrar en Arauco, se fué luego el mismo Gamboa a la ciudad de Valdivia a ordenar sus escuadrones dejando en aquellos

reales del valle de Llangague al maestre de campo para correr la tierra y al capitán Hernando de Aranda Valdivia que asistiese en ellos con alguna gente.

Llegado el mariscal a la ciudad, echó derrama entre todos los vecinos y mercaderes para que contribuyesen con ropa, armas y caballos con que aderezar los soldados, y así mesmo con munición y vituallas y los demás requisitos a propósito. Lo cual causó gran desabrimiento a todos los moradores generalmente, por ser ya como ley en Chile el echar semejantes derramas cada año en esta ciudad más que en otras, como si por particular sazón fuera subjeta a pechos y tributos. Y teniendo ya el mariscal su gente a punto, supo que un indio llamado Andinango andaba haciendo estrago en el valle de Mague, y había pervertido a otro cacique cuyo nombre era Netinangue, que le hacía espaldas en sus insultos; y como era tan puntual en acudir a donde quiera que se ofrecía ocasión de castigar enemigos, dilató la jornada para que se iba aprestando y fué a dar orden en remediar este alboroto por ser grave el detrimento que los indios de paz recibían de los rebelados. Y habiendo estado allí veinte días haciendo algunos castigos sin poder haber a las manos al autor del alboroto, se volvió a la ciudad para proseguir su designio dejando en este valle de Mague al capitán Gaspar Viera al cual entretuvieron los indios tratando algunos medios de paz sin tener efecto cosa de las que prometían. No estuvo mucho el mariscal Gamboa en sacar la gente de Valdivia, por tenerla ya apercebida antes de salir a este castigo. Y así comenzó luego a marchar con su campodejando por capitán de la ciudad a Juan de Matienzo, por ser persona experimentada y suficiente para ello. Y teniendo este capitán relación de la cautela de los indios que traían en palabra a Gaspar Viera, y de una pesadumbre que intervino entre los dos caciques rebelados por lo cual murió Andinango a manos de Nitinangue, se partió luego de la ciudad con setenta hombres con deseo de allanar el valle de Mague, que de tantos días antes estaba en frecuentes desasosiegos. Y habiendo hecho de su parte las diligencias posibles para coger a Nitinangue, que retaba cada día a los cristianos con demasiada soberbia y orgullo sin poder asirlo como se deseaba, fabricó un fuerte en que puso veinte españoles con Juan de Montoya que los acaudillase, teniendo esto por importante para que los indios no se desmandasen como solían.

No quiero dejar de apuntar aquí cómo apareció en este tiempo aquel famoso cometa de extraordinaria magnitud que dió vuelta a todo el universo por espacio de cuarenta días según es notorio en todas las naciones, y está escrito en muchos libros, y así no quiero detenerme en esto contentándome con haber apuntado que comenzó el primero día de noviembre de 1577, y tuvo fin cerca del remate del mismo año. Causó este espectáculo grande admiración en los indios, y muchos dares y tomares en adivinaciones y agüeros, como se podía presumir de gente tan amiga de ellos, pues aún los que están muy lejos de semejantes supersticiones, escribieron espantosos pronósticos, de los cuales salieron algunos verdaderos como es de la muerte de don Sebastián rey de Portugal en la batalla que dió a los moros en las Molucas, y la peste general del sarampión y tabardillo, que corrió desde cabo Verde hasta el estrecho de Magallanes, con extraordinaria y presurosa mortandad de la gente nacida en las mismas tierras, la cual sucedió desde el principio del año de ochenta y ocho hasta el fin del ochenta y nueve. Cuyas circunstancias, así de las calidades de la gente y tierra en quien la enfermedad caía como las demás de los dolores, hinchazones de garganta y mal olor que traía consigo con otras muchas menudencias, se

escribieron en un libro impreso en Aragón más de ocho antes de que la peste sobreviniese.

Estando pues los indios amedrentados con esto, se volvió el capitán Matienzo a la ciudad de Valdivia por acercarse la Pascua de Navidad, donde estuvo muy pocos días con sosiego, porque el segundo día de la Pascua tuvo nueva de que iba gran fuerza de indios sobre la fortaleza nuevamente edificada, para cuyo socorro comenzó a apercibir gente con harta pesadumbre del pueblo que veía no solamente cumplirse el dicho del Espíritu Santo que a los fines del gozo los ocupa el llanto, más aquel que dice que la misma fiesta se torna en lloro. Mas porque segundó otra nueva de que los contrarios tenían tomados todos los caminos sin dejar paso seguro, se atrevió Matienzo a salir en tal coyuntura por ser el riesgo manifiesto; pero no faltó la Providencia divina con el auxilio necesario a los que lo esperaban en el fuerte; porque acudió el capitán Hernando de Aranda Valdivia que andaba corriendo la tierra con algunos soldados, y por otra parte el capitán Rodrigo de Sande con su pequeño escuadrón, que todo junto fué motivo de ánimo para los que estaban en la fortaleza hartos faltos de él y de ella, y para el capitán Matienzo a que saliese de la ciudad rompiendo por entre los enemigos, que por estar ya desmayados del socorro ajeno, no le hicieron mucha resistencia hasta que se encastilló en el fuerte con los demás que llevaba. Entonces el caudillo que estaba con los veinte hombres, viendo flaquear a los indios salió a dar en ellos con grande ímpetu y los puso a todos en huída hiriendo y matando a los que alcanzaba sin dejar de seguir la victoria hasta haber hecho grande riza en ellos. Y pareciendo que ya estarían escarmentados de esta y las pasadas, se volvieron los capitanes españoles a sus puestos quedando en la fortaleza los veinte hombres con su caudillo.

CAPÍTULO VIII

De la ruina del fuerte de Gualqui, donde el general Lorenzo Bernal de Mercado venció a los enemigos, y otra victoria que alcanzó en Millapoa del ejército de Anguilemo

No fué pequeña la inmutación que causó en los indios araucanos y penquinos el ver que venían por diversas partes dos ejércitos de españoles para reducirse a uno, mayormente viniendo en el que salía de Santiago el mismo gobernador Quiroga con quinientos hombres, y en el otro el mariscal su yerno con ciento treinta; y para imitar ellos en algo de esto a los nuestros, se dieron buena maña a convocar gente de su bando, y habiendo juntado gran suma de ella pusieron su campo en los términos de la ciudad de la Concepción, donde fabricaron una fortaleza en un lugar llamado Gualqui para irse recogiendo allí todos los confederados para la guerra. Mientras andaban ellos en esta obra, llegaron los dos ejércitos de españoles al lebo llamado Quinel ocho leguas de la Concepción, donde se juntaron en un solo campo para acabar de una vez con las cosas de la guerra. Y viendo el gobernador que tenía tan a mano gran suma de enemigos, para comenzar por ellos, envió a llamar a Lorenzo Bernal de Mercado queriendo aprovecharse de su valor, industria y fuerzas tan notorias en todo el reino, y muy en particular en el tiempo que el mismo Quiroga tuvo la gobernación por nombramiento del licenciado Castro. Acudió Bernal a este mandato con gran presteza, con buen número de soldados

escogidos de todo el ejército, con los cuales puso cerco a la fortaleza de Gualqui donde estaba ya gran suma de indios con las armas en la mano. Mas acometió Bernal con tanta gallardía, que con solo ver su persona comenzaron a temblar los indios, y aunque a los primeros encuentros se defendieron, no lo llevaron adelante vencidos de los españoles, de suerte que desamparando la fortaleza fueron huyendo casi sin ver por donde hasta dar consigo en el caudaloso río de Biobio a donde se abalanzaron, teniéndose por más seguros en medio de su raudal que en el de la cólera de los españoles, y así se ahogaron muchos de ellos y otros quedaron alanceados en el camino sin los que fueron presos, que por todos fueron en gran suma.

Habida esta victoria puso en orden el gobernador su ejército basteciéndole de mucha arcabucería, lanzas, dardos y armas defensivas con mucha munición y vituallas, y sobre todo con más de diez mil caballos, y lo demás anexo a lo que toca al bagaje. Y queriendo marchar hacia los estados distribuyó los oficios del campo entre las personas más aptas para ello, nombrando por coronel al mariscal Gamboa, su yerno; por maese de campo al general Lorenzo de Bernal de Mercado; por alférez general, a don Antonio de Quiroga Losada; por capitanes, a Gaspar de la Barrera, Tomás Pasten, Antonio de Avendaño, Gregorio Sánchez, Gaspar Verdugo, Francisco Jofré, Campo Frío de Carabajal, Alonso Ortiz de Zúñiga; por sargento mayor, a Juan Martínez Palomeque, y, finalmente, a Basco Zabala por capitán de la artillería. Con esta disposición pasaron el río de Biobio por la parte que cae hacia Talcamavida, donde es su anchura de media legua, y habiéndole pasado todos en salvamento, entraron en Arauco donde asentaron los reales muy despacio con propósito de invernar allí para tener a raya a los enemigos.

Viendo los indios araucanos tan grueso ejército de españoles en medio de su tierra donde se enseñoreaban de ellos no dejándoles alzar cabeza, comenzaron a tratar medios de paz, más por temor y necesidad que por gana que tuviesen de ella. Y en particular en el distrito del cacique Colocolo se trató de darla fingidamente por industria de un mulato facineroso que andaba entre los rebelados, y de un mestizo que también estaba con ellos habiendo huído de entre cristianos por un delito de los más enormes que se pueden imaginar en el mundo, y fué que estando prendado excesivamente del amor de una india con quien vivía en mal estado, vino a morir ella en medio de sus ilícitos deleites, y el desventurado hombre estaba tan captivo en los lazos de la lascivia, que embalsamó a la india no queriendo dar a la india sepultura por estarse él sepultado en ella estándolo también en las tinieblas de la muerte, pues hacía vida con la difunta con el mismo estilo, o por mejor decir, desorden que cuando estaba viva. En lo cual se manifiesta la muy lamentable miseria de los que viven en semejante ceguedad, pues llega a tanto su torpeza que los confunde en tan profundo abismo de inmundicia. ¿Qué males han sucedido en el mundo en que no haya intervenido ocasional o principalmente algún rastro de esta ceguera? Notorio es, y muy cierto por la gravedad del autor que lo refiere -que es Tertuliano- haber muerto Espensipo en el mismo acto de lujuria en que se estaba deleitando. Y no menos lo que refiere Plinio de Quinto Heterio, que despidió el alma estando encenagándose en el mismo pantano, enviándola de un infierno de culpa a uno de pena. Y aun en los siglos más propincuos a los nuestros, le sucedió lo mismo a un barcelonés llamado Beltrando Ferreiro, como lo refiere Juveniano Pontano. Dejo aparte los que murieron en el mismo ejercicio detestable a manos de otros, que cosieron con sus

espadas a los que estaban irritando a la de la justicia divina, como le aconteció al ateniense Alcibíades, que al punto de que estaba en esta abominación con Tirandra murió a manos de Lisandro. Siendo pues los autores y guías de los indios tan buenas dos cabezas como éstas, ¿qué se podía esperar de la paz procurada por consejo suyo sino que toda era fingida para asegurar a los nuestros con intento de proceder más libremente en sus insultos? Con todo eso no quiso el gobernador recibirlos tan rasamente que dejase de mostrar enojo por lo pasado, y hacer alguna manera de castigo desterrando algunos a Coquimbo para que sirviesen en las minas y los demás entendiesen que habían de estar sujetos a la disposición de su gobierno. Y experimentóse luego cuanta razón tenla de ir con ellos con la rienda en la mano, pues en son de paz andaban por los caminos salteando y cogiendo lo que podían, en especial armas y caballos, de los cuales llevaron más de dos mil en pocos días. A este tiempo tuvieron los nuestros oportunidad de haber a las manos a los enemigos con ocasión de una trama que había entre unos indios naturales de Millarapue. Y fué que un indio llamado Nilandoro andaba en malos pasos con una india llamada Quida, mujer de un cacique muy poderoso cuyo nombre era Anguilemo. Y como viniese a noticia del marido el mal recado en que su mujer andaba, determinó matar al adúltero tomando en él venganza con un género de muerte cruelísimo. Supo esto la india malhechora, y por evitarlo eficazmente, dijo a Nilandoro que no había otra puerta para su remedio sino irse a poner en manos de los españoles ofreciéndoles su persona con protestación de que les entregaría al cacique su marido con toda la gente rebelada, que estaba debajo de su bandera. Ejecutó el indio este consejo dando al gobernador noticia de la ladronera donde estaban los enemigos, ofreciéndose por guía de los escuadrones que fuesen en su busca: y admitiéndolo el gobernador envió a Lorenzo Bernal con doscientos arcabuceros que diesen cabo de tal gente. Y habiendo llegado donde los indios estaban en su junta, dió el indio la traza en distribuirse los soldados para acometer por los lugares más oportunos, lo cual se hizo según su dirección y consejo. Y dando todos a una en los enemigos, se trabó batalla muy sangrienta en que murió el cacique Anguilemo, y los demás de su bando fueron desbaratados con pérdida de muchos de ellos quedando la india en manos de Nilandoro, que la tomó por mujer por haber muerto su marido como ambos deseaban. Consiguieron los nuestros esta victoria el octavo día de setiembre de 1577.

Con estos sucesos estaban ya los indios tan apurados que a más no poder mostraban algún resentimiento, de suerte que cesaron por algunos meses las inquietudes de Arauco, aunque sin salir de él el gobernador, no contentándose con cualquier muestra de paz por la experiencia que tenía, que no siempre era verdadera. Mas envió a su yerno Gamboa a las ciudades de arriba pareciéndole que en Arauco no había por entonces tanta necesidad de su persona como en otros distritos que estaban algo desordenados. Y en el entretanto mandó al maese de campo Bernal correr la tierra hasta no dar lado a los enemigos si acaso intentasen menearse. Y como anduviese corriendo los lebos de Ongolmo, Paicabí, Tucapel y Millarapue, se le antojó de hacer un chaco de indios como de ordinario se hace de ganado. Y para que se entienda el vocablo que es propio del Perú, es de saber que muchas veces se juntan seis mil o más indios en campo poniéndose todos en rueda o cerco a manera de corrillo cogiendo en medio gran distrito, y luego se van juntando poco a poco de suerte que todo el ganado que anda en aquel espacio del cerco se va recogiendo hacia el medio huyendo de los indios, que se van acercando y cerrando más la rueda hasta

venir a acorrallar tanto las reses, que las cogen a manos sin dejarles resquicios por do evadirse: y esto es lo que propiamente llaman chaco. Y pareciéndole a Lorenzo Bernal que era buena la traza para cazar hombres, juntó gran suma de indios amigos de todos estos lebos, y disponiéndolos como está dicho, cogió en medio más de cuatrocientos enemigos a los cuales desterró el gobernador a Coquimbo como a facinerosos y alborotadores.

Después de esto alzó el gobernador los reales de aquel sitio y los situó dos leguas de la Imperial con intento de aguardar al mariscal Gamboa y a su alférez general don Antonio de Quiroga, que había ido a traer gente de la ciudad de Santiago. Y al tiempo que entraba por el valle de Puren, cargaron de improviso algunos escuadrones de enemigos que le dieron en la retaguardia, la cual llevaba el capitán Rodrigo de Quiroga *el Mozo*. Y por ser la entrada muy estrecha pusieron a los nuestros en aprieto, aunque no se detuvieron mucho, contentándose con hacer suerte de primer ímpetu, por no llevar la medra que solían. Mas habiendo los nuestros salido a lo llano, se hizo castigo ejemplar en algunos de los rebelados aunque algo de paso porque pretendía el gobernador llegar presto al lebo de Tomelmo, donde asentó sus reales para proseguir las cosas de la guerra. No estaban los adversarios leídos en convocarse unos a otros y ponerse en más de ocho mil de ellos para defender su partido no dejándose sujetar de los españoles. Y por esto se pusieron en emboscada en las lomas de Longonaval por donde había de pasar el gobernador con su ejército. Mas como Lorenzo Bernal les penetraba sus intentos, dió luego alcance a su designio y para sacarlo de rastro mandó echar un caballo cerca de donde ellos estaban para que entendiesen que daban sobre ellos los españoles, y con el alboroto descubriesen la emboscada. Y como si lo hubiera visto por sus ojos así sucedió: de suerte que los indios hubieron de desamparar aquel lugar por ser ya notorio a los nuestros, habiendo sido ya su pretensión cogerlos repentinamente; y aunque la escuadra en que venía el mestizo llamado Alonso Díaz por la república de Colocolo, y la de Miguel Caupe, que entró por el lebo de Codico se fueron retirando, con todo eso tuvo ánimo para acometer un indio llamado don Juan, el cual con solos cien indios dió una noche cerca del cuarto del alba en los reales de los españoles poniendo fué o a algunas tiendas con harto daño de las alhajas que en ellas había, aunque plugo Nuestro Señor que el fuego no cundiese más adelante. Tuvo el gobernador tanto coraje de esto, que salió él mismo, en persona a correr la tierra para castigar este atrevimiento, y habiendo hecho escrutinio por espacio de una legua lo cometió a su sobrino Rodrigo de Quiroga para que no parase hasta dar con los contrarios. Dióse tan buena maña este capitán que a pocas vueltas dió con los indios agresores, de los cuales mandó el gobernador matar algunos empalando al capitán de ellos que había en otras ocasiones sido preso y perdonado.

CAPÍTULO IX

De cómo los capitanes Juan de Matienzo y Hernando de Aranda Valdivia redujeron a la paz algunos pueblos de indios puelches

Ya queda dicho en el capítulo séptimo cómo el capitán Juan de Matienzo dejó en el fuerte de Lluen sólo veinte hombres de pelea por haber otras muchas partes que socorrer con la

demás gente que le seguía. Pues como los indios de estos términos eran tan inquietos y vieron la poca fuerza de los españoles, juntáronse en un copioso número para dar sobre el fuerte con mano armada. Y para hacer esto más a su salvo tomaron los pasos del camino por donde podía entrar socorro, aunque no por eso lo impidieron por la mucha presteza que el capitán Matienzo tuvo en acudir a esto con setenta hombres. Con esta venida acordaron los indios de mudar lugar subiéndose en un alto risco donde no podían recibir daño de los agresores por ser grande la suma de piedras que de allí arrojaban, y algunas tan grandes como de molino, que una sola bastaba a desbaratar un ejército por la furia con que iba dando saltos dividiéndose en diversos pedazos en cualquier punta que tocaba; y ultra de esto llovía gran fuerza de flechas enherboladas con una hierba tan ponzoñosa que mataba dentro de veinticuatro horas irremediablemente, con la cual murieran todos los heridos si no se atinara con el remedio que es echar sal en la herida, con que no ha lugar el efecto de la ponzoña. Y experimentando los nuestros lo poco que podían con los indios por fuerza de armas, acudieron a las sementeras y ganados destruyéndolo todo hasta que los indios desaparecieron por no incitar con su presencia a los españoles para proseguir este destrozo.

Y por no volver con las manos vacías, se fué el capitán Matienzo entrando por la sierra nevada en busca de los indios puelches, teniendo noticia de que se iban congregando en un lugar de aquella serranía para bajar con grandes huestes a trabar guerra con las ciudades de Valdivia, Osorno y las demás comarcas. Y cuando estaban cerca unos de otros, precedió el capitán Hernando de Aranda con treinta hombres, los cuales dieron de improviso en los indios a tiempo que estaban en un solemne banquete, derramándoles los solaces y obligándolos a tornar las armas, aunque con la turbación pudieron hacer poco daño con ellas, teniendo por mejor remedio volver las espaldas para ponerse en la punta de un cerrillo escabroso donde no podían llegar caballos; y como el intento de los nuestros era pacificar la tierra, llegóronse a un lugar de donde pudiesen ser oídos de los indios, y les intimaron cuánto les convenía dejarse de guerra y allanarse con los españoles si no querían ver perpetua inquietud por sus casas. A esto respondió su capitán llamado Irpantue que ellos no tenían intención de meterse en guerras, y así lo mostrarían desde luego sujetándose a los cristianos si les daban palabra de seguro. Y habiéndola Hernando de Aranda interpuesto debajo de la fe de caballero con grandes promesas de regalo y buen tratamiento, bajaron los indios a donde él estaba y prosiguieron su compañía hasta el valle donde había quedado el capitán Matienzo, el cual recibió a los suyos y a los nuevamente reducidos con salva de arcabucería y otras muestras de regocijo, y se fué con ellos a la ciudad de Valdivia.

CAPÍTULO X

De la entrada que hizo el gobernador con su ejército en la provincia de Mareguano

De la segunda parte del libro segundo de esta historia, consta ser los indios del distrito de Mareguano los más difíciles de allanar que se han hallado en todo Chile así por la aspereza del famoso cerro de Catirai, donde se fortalecen con grandes ventajas, como por las memorables victorias que han conseguido de los españoles. Por esta causa determinó

el gobernador de entrar en estos términos por ser mucha la gente y aparejo que a la sazón tenía para valerse con estos indios, que estaban demasiadamente orgullosos y soberbios. Y lo primero con que toparon los nuestros fué una cuadrilla de gente desarmada que andaba con otros pensamientos entendiendo en cosas concernientes a su hacienda. Echó mano de esta compañía un capitán que dió con ella, lo cual fué de grande pesadumbre para un cacique llamado Upillan, que tenía prendas entre los presos de algunos parientes y mujeres suyas, y viéndose afligido con esta desgracia, procuró valerse de un español llamado Juan de Fuentes a quien él había cautivado en una batalla, el cual le consoló con firme promesa de su remedio escribiendo una carta al gobernador en un pedazo de cuero con un palo en lugar de pluma, la cual llevó un indio enviado del cacique con más miedo que vergüenza. Y aunque el gobernador cuando recibió la carta ríó entendió la letra, a lo menos entendió al punto lo que era escribir en cuero por falta de papel, y para remediarlo dió al indio papel y tinta que llevase a la persona que lo había enviado. La cual escribió por extenso su cautiverio suplicando a su señoría lo rescatase en trueco, de aquella gente que habían tomado. Salió el gobernador a este partido tanto con más voluntad cuanto más entendió haber sido el tratamiento que el cacique había hecho a Juan de Fuentes era como de hermano, y no como de enemigo. No fué poco, venturoso este soldado en haber sido cautivo hasta entonces por ser costumbre de los indios despedazar luego al español que han a las manos de suerte que son contados los que han sido libres habiendo caído una vez en ellas. De las cuales fué el primero Antonio de Rebolledo que estuvo dos años, preso en la isla de la Mocha, y Juan Sánchez que había sido preso en una de las batallas del gobernador Valdivia, y don Alonso Mariño de Lobera que estuvo cinco días preso entre los adversarios con tres heridas peligrosas y fué libre de las prisiones por la buena diligencia de su padre don Pedro Mariño de Lobera, que con el amor paternal se atrevió a sacarle con solos nueve de a caballo y catorce arcabuceros que llevaba el capitán Lamero, los cuales dieron a los indios batalla campal y libertaron al capitán con otro compañero suyo hijo del capitán Rodrigo de Sande.

Efectuado el sobredicho rescate anduvo el ejército español corriendo todos aquellos campos de Mareguano, Millapoa y Talcamavida por todo el mes de febrero del año de 1578, sin cesar de destruir sementeras, huertas y ganados para oprimir a los indios con estas vejaciones con intento de reducirlos a la paz, que sólo ésta se deseaba.

Ya que los indios de este distrito no se atrevían a manifestarse por enemigos, escarmentados de los frecuentes asaltos que ordinariamente habían en ellos los corredores que salían de nuestro ejército, le pareció al gobernador que se podían levantar los reales para acudir a otros lugares más accesitados de su presencia y fuerzas de sus capitanes, y sin detenerse más dió una vuelta por las provincias más alteradas entrándose por la de Puren, y prosiguiendo por la de Guadaba, Tomelmo, Quiaupe, Coipo y las tierras que están a la falda de la serranía y llanos de los Coyuncos. Y habiendo hecho algunos castigos por donde quiera que pasaban, se tornaron a juntar las compañías que el mariscal Gamboa traía de la ciudad de Valdivia con las demás que el gobernador tenía en su campo. También llegó a esta coyuntura el capitán don Antonio de Quiroga con los soldados que había recogido en Santiago y la Serena. Todos los cuales vinieron a hacer un copioso ejército respecto de los españoles que hay en Chile. Y sin descansar muchos días, tornó a salir el mismo don Antonio de Quiroga a correr las tierras de los Coyuncos

acompañado de cien hombres bien aderezados, los cuales hallaron gran resistencia en los escuadrones que tenían los indios apercebidos, viniendo a darse con ellos de las astas con efusión de sangre de ambas partes y muerte de muchos de los indios, hasta que fueron de vencida quedando el campo por los españoles.

En este tiempo se fueron recogiendo los indios de Mareguano y algunos otros que apellidaban, al escabroso cerro de Catirai, donde siempre habían probado bien la mano. Vino esto a noticia del gobernador, el cual mandó alzar sin dilación alguna los reales y se fué marchando a Mareguano donde los asentó una legua del mismo cerro. No fueron pocos los pareceres que allí hubo entre todos los capitanes sobre el acometer al lugar tan dificultoso y desgraciado para españoles y en especial tuvieron sobre ello larga contienda el gobernador y el maestro de campo, aunque con gran resignación y modestia de parte de Lorenzo Bernal que se profería a seguir el mandato de su cabeza, lo cual obligaba al mismo gobernador a proceder con más recato cargándose todo a él para tener excusa si algún desastre sucediese. Mas como Bernal era experimentado y sabía bien lo que le convenía, dijo que él estaba presto de ejecutar la orden de su señoría con tal que se la diese firmada de su nombre para que después hubiese claridad de la persona a quien se había de atribuir el suceso. Seguía en esto el parecer de Bernal Martín Ruiz de Gamboa, como quien había probado la dificultad de este cerro volviendo con las manos en la cabeza según se dijo en la segunda parte del segundo libro. Y finalmente era de esta opinión el alférez general y el capitán Alonso Ortiz de Zúñiga, y Antonio de Avendaño a las cuales contradecían otros pareciéndoles que no se podría después hallar tan buena oportunidad como la presente para acabar de una vez con la guerra, cuyo fin consistía en ser los indios vencidos sólo una vez en este fuerte, en que tenían toda su confianza; pues sería muy malo de juntar en otra ocasión la multitud de gente española que se hallaba en ésta con grande abundancia de armas, caballos y vituallas con todo lo demás que podía desearse para provisión del ejército. Y apoyaban más esta sentencia con el orgullo que los indios cobrarían de ver tantos españoles temerosos para entender que ellos eran inexpugnables, y podían tenerse en buenas en todas las demás ocasiones que se ofreciesen. Las cuales razones y otras muchas acumulaban Alonso de Alvarado, el capitán Baltasar Verdugo, Gabriel Gutiérrez, Juan de Torres Navarrete, el capitán Cortés y Hernando de Alvarado, todos los cuales se ofrecían a venir con la victoria o poner las cabezas al cuchillo para pagar su atrevimiento. Con todo esto no quiso el comendador Quiroga resolverse por entonces por mirarlo más despacio, contentándose con hacer reseña de toda su gente con ostentación del número, galas y bizarría, para causar temor a los indios que estaban a la mira. Y el día siguiente, habiéndolo encomendado a Dios con mucho cuidado, envió al mariscal y al maestro de campo con doscientos hombres que marcharon por una loma contraria a la que ocupaban los enemigos, más por hacer aspavientos y quitarles la sospecha de cobardía, que por venir a las manos. Mas como Bernal era tan amigo de no perder lance, no pudo acabar con su condición el contentarse con lances echados al aire. Y así se adelantó con veinticinco hombres con que dió alcance a un escuadrón de contrarios, que estaban disimulados en defensa de aquel paso. Y arrojándose en su seguimiento hasta lo alto de la loma, se vino a carear con todo el campo de los contrarios que estaba en la otra punta sin haber lugar de darse de las astas por no haber paso por aquella parte. Por esta ocasión se volvieron los nuestros a los reales, de donde partieron luego sin haber acometido a los enemigos, y se fueron marchando la

vuelta del río grande de Biobio sin cesar de hacer lances en el camino, cogiendo indios y destruyendo sementeras hasta pasar de esotra banda por la provincia de Talcamavida, donde también se hicieron algunas presas. No pasará en silencio una cosa que sucedió en este lugar, y fué que estando más de cuatro mil caballos junto al ejército, parte atados y parte sueltos paciando por el ejido, se alborotaron todos de repente como si hubieran visto algún espectáculo estupendo, y partieron de carrera sin haber cabestro que no quebrasen por huir de lo que nadie entendía qué cosa pudiese ser, y con el mismo pavor se alborotó el ganado que era en gran suma, de suerte que por espacio de una legua no hubo animal que parase, obligando a sus dueños a ir en su seguimiento, como lo hicieron, corriendo gran trecho sin poder dar alcance a los caballos y ganado. Antes en lugar de cogerlos fueron cogidos de algunos indios, con quien pelearon valerosamente aunque iban desapercibidos. Acabada esta refriega y recogidos los caballos, se distribuyó la gente del ejército para acudir a diversos puestos entrándose el mariscal en la Concepción con buena parte de la gente y llevando al capitán Rafael Puerto Carrero casi todo el resto a las ciudades de arriba, que a la sazón estaban necesitadas. Mas como estos soldados fuesen a tan diversas partes, hubo de quedar el capitán Puerto Carrero con solos tres, y esos mal apercibidos y desarmados, y sucedió que llegando a los llanos a orillas del río Nibiqueten, que es poderosísimo, se determinó a pasarlo, y aunque en efecto le pasaron, no por eso les quedaba poco por pasar, pues en la salida dieron en un escuadrón de cien indios que los esperaban con las lanzas en las manos. Y viendo el capitán tan manifiesto riesgo de la vida, no por eso se olvidó del fardaje con que iban algunos indios, y por asegurarle más dijo a sus tres compañeros que se fuesen a favorecerlos porque los enemigos no los robasen, ofreciéndose él mismo a entretenerlos a todos confiado de sus fuerzas y buen caballo y las lucidas armas que tenía. ¿Quién dirá que al primer encuentro no quedó este capitán en manos de los contrarios? Como quiera que haya sido tan al contrario que peleó tres horas enteras sin flaquear punto hasta que vino a cansar los cien hombres con quien tenía la contienda, los cuales viendo un caso tan extraordinario hincaron las lanzas en tierra y le preguntaron qué hombre era y dónde había nacido pues nunca habían visto cosa semejante. A esto respondió ser él uno de los conquistadores primeros del reino y un hombre muy hecho a matar indios, y así lo haría en esta coyuntura si no se le sujetaban de su voluntad. Y aunque ellos no vinieron en ésta, a lo menos dejaron la pelea y se fueron de su presencia dejándole solo, herido, y merecedor de diuturna fama.

CAPÍTULO XI

De la batalla de Guaron, donde murió el capitán Cosme de Molina

Llegado el mes de abril de 1578, hubo nueva en la ciudad de Valdivia de que los indios de Mague habían vuelto a su pertinencia tomando armas contra los que estaban en paz, y asaltando a los españoles que iban descuidados. Para remediar este daño comenzó el capitán Juan de Matienzo a juntar algunos soldados, entre ellos a un vecino que por resistir a su mandato fué puesto en prisiones contra voluntad del corregidor, que era Cosme de Molina, y vino a proceder tan adelante la disensión que hubo sobre esto, que estuvieron a canto de venir a las manos con grande alboroto de la ciudad que tenía hartas guerras de los de fuera sin que hubiese otra entre los domésticos. Finalmente vino a parar

el negocio en que el mismo corregidor tomó la mano en hacer gente y salir a los enemigos, aunque la tuvo tan mala, que no juntó más de siete hombres con los cuales salió en busca de los contrarios. Y aunque le persuadieron muchos que no pasase del lugar de su encomienda, donde había alguna más seguridad que en la tierra que está más adelante, con todo eso hizo poco caso de admoniciones y se dejó ir hasta el sitio de Guaron, orilla de la gran laguna de Renigua. Apenas había sacado el pie del estribo cuando los rebelados dieron sobre él arremetiendo con gran coraje, y fué tal la triste suerte del capitán Molina que al primer encuentro cayó de su caballo en medio de los enemigos, los cuales se cebaron en él aunque se levantó de presto, y procuró zafarse de sus manos. Viendo sus compañeros el pleito mal parado, picaron a los caballos volando por el campo raso, sin socorrer al desventurado capitán, que les daba voces corriendo tras ellos a pie hasta emparejar con un monte donde se metió a buscar remedio aunque lo halló poco, porque le cogieron luego los indios, y le sacaron del bosque y el alma del cuerpo. Y era tanta su rabia y barbaridad, que por tomar en él toda la venganza que quisieran haber de esotros siete, le cortaron los brazos y piernas por todas sus coyunturas habiéndole quitado el cuello de los hombros, y así lo dejaron como a un tronco, donde fué hallado al cabo de pocas horas y llevado a la ciudad que hizo no menor llanto en ver un cuerpo tan deforme, que sentimiento en ver a su corregidor muerto a manos de sus contrarios.

Y aunque la huida de los siete consorte fué tan a tiempo que no aguardaron a segundo lance, con todo eso murieron dos de ellos, a quienes siguieron los enemigos hiriendo otros tres con saetas enherboladas, de cuyas heridas vinieron a morir dentro de veinticuatro horas. En este alcance se mostró muy animoso y esforzado un mancebo llamado Juan de Padilla, que había pretendido hacer rostro a los indios ayudando a su capitán, y lo puso por obra por un rato hasta que vió que lo dejaban solo obligándole a retirarse, aunque siempre peleando sin volver las espaldas como los demás de su compañía.

CAPÍTULO XII

De la entrada del gobernador en los estados de Arauco donde tuvo algunas batallas con los indios

No poco orgullosos quedaron los indios de Catiray de la pusilanimidad que los españoles mostraron en no querer acometerles según se refirió en el capítulo décimo. Y teniendo entre sí larga consulta con ánimo de dar sobre algunas ciudades del reino, hizo el general un largo razonamiento a todos sus capitanes y las demás personas de su campo, que pasaban de quince mil, animándolos a esta empresa y juntamente haciendo dejación del cargo de general por estar ya muy viejo y cargado de enfermedades. Sintieron todos mucho la mudanza de gobierno por ser Longonaval hombre de grande autoridad entre ellos y muy probado en las cosas de la guerra. Mas por el mismo caso que él tenía esta opinión entre ellos, tuvo por necesario para conservarla el no proseguir en el oficio donde la falta de los pasados bríos le había de disminuir la opinión y autoridad ganada. Y midiendo el cargo con sus fuerzas, como viese la desigualdad tan patente, es persuadió

que admitiesen en su lugar al capitán Antimangue, así por la satisfacción que sus obras daban de su persona, como por un sueño que su madre había tenido de que no podría ser vencido de cristianos, antes los rendiría a todos quedando por señor del reino. Y así por esto corno por la autoridad de Longonaval que lo mandaba, fué electo por general con aplauso de todo el ejército y regocijo de los Estados de Arauco.

Y como entendiese el gobernador Quiroga los nuevos bríos que habían cobrado los araucanos, se puso luego en camino para los Estados comenzando a marchar con su campo hasta el valle de Chivilingo, que es paso peligroso y desgraciado para los españoles, como se vió en la pérdida del ejército del mariscal Villagran y otros encuentros referidos en esta historia. Y por estar el gobernador tan enfermo y viejo que le llevaban en una silla, no quiso el maestre de campo que pasase adelante, sino asentando los reales en el lugar donde estaba actualmente el ejército, salió con ciento ochenta hombres de a caballo y mil indios amigos a reconocer el campo de los contrarios. Y aunque su intento no era pelear por entonces, sino solamente tomar noticia de lo que había del bando araucano, con todo eso no pudo dejar de venir a las manos por la presteza con que los indios acudieron a trabar escaramuza por un rato con la gente de a caballo, y después con los indios de nuestro ejército que pelearon valerosamente. Más en pudiéndose evadir de esta refriega, volvió Bernal a ordenar sus escuadrones con los quinientos españoles que allí tenía, estando toda aquella noche en vela por estar cercado de los adversarios, que dieron tres armas falsas en los tres cuartos que se suelen velar en los reales. Venida la mañana se puso nuestro ejército en orden subiendo el mismo gobernador a caballo para tomar el tercio de la batalla, y poniendo al maestre de campo en la vanguardia con cien arcabuceros y ochenta de lanza y adarga y en la retaguardia al mariscal Martín Ruiz de Gamboa con ánimo de romper por medio de los enemigos sin volver el pie atrás por más resistencia que hiciesen. Y habiendo hecho un breve razonamiento para alentar a sus soldados con palabras que procedían de pecho cristiano y prudencia de valeroso capitán, mandó acometer en nombre de Jesucristo Nuestro Redentor y su gloriosa madre. Y fué tan buena la suerte del primer encuentro, que murió en él el nuevo general Antimangue de un arcabuzazo que atravesó los corazones de los suyos. Acudió luego su sargento mayor llamado Polican a usar oficio de cabeza, y para mejor bandearse envió a llamar a uno de sus capitanes, el más diestro y estimado del ejército, el cual estaba peleando con los soldados de la retaguardia del nuestro, y cuando llegó el mensajero donde él estaba le halló muerto con otros muchos que estaban tendidos en tierra. Viendo esto los enemigos perdieron el ánimo, y se fueron retirando sin salir de orden dándoles batería los nuestros sin cesar de seguir el alcance hasta pasar toda la cuesta. Fué extraordinariamente lastimoso el estrago que se hizo en los indios este día, que fué jueves a 20 de marzo de 1578 una semana antes de la santa.

Sintió el general viejo Longonaval esta pérdida entrañablemente, acordándose de la victoria que había alcanzado en aquella misma cuesta del mariscal Villagran; y para restaurar algo de lo perdido, quiso él tomar la mano en volver por su tierra usando de su antiguo oficio de general. Y se pusiera luego a ello si no lo impidiera un cacique llamado Anguilande, que era entre ellos de mucha estima, el cual hizo una larga plática a todo su ejército persuadiéndoles ser total destrucción del reino andar haciendo asaltos donde no medraban otra cosa que volver con las manos en la cabeza y que el remedio estaba en

juntarse todas las provincias de una vez y dar en los nuestros para matarlos todos, o morir todos.

CAPÍTULO XIII

De la entrada que el capitán Diego Maso de Alderete hizo en el archipiélago de Chiloé, y algunas batallas que tuvieron con los indios el mariscal Gamboa y otros capitanes

En tanto que la gruesa de la gente española andaba con mucho contento de haber vencido a los enemigos en Arauco sin cesar de destruirles las sementeras y ganados y despojarlos de sus haciendas, hijos y mujeres en frecuentes asaltos, le pareció, al capitán Diego Maso de Alderete corregidor de Castro de Chiloé que sería acertado seguir el descubrimiento de aquel archipiélago, como se había hecho en tiempo de don García de Mendoza y el doctor Saravia. Y metiéndose en un bergantín con nueve españoles y treinta indios, embocó por un brazo de mar de cien pasos de ancho, y vino a dar en la anchura del archipiélago, donde halló más de mil quinientas islas, y parte de ellas tan pobladas, que pasan de doscientos mil indios los que en ellas habitan de ordinario. Halló también gran suma de piraguas hechas de tablas cosidas con cortezas de árboles y calafateadas con hierbas molidas en lugar de estopa y betumen. De éstas acudieron a dar muchas en el bergantín para matar los que, en él estaban, aunque les salió tan al revés que los mismos agresores tiñeron el piélago con sangre por arrojarse sin orden y concierto y por tener los españoles dos tiros de campo, cuatro arcabuceros y tres alabardas, ultra de sus espadas y las flechas de los indios de su compañía, y aunque los contrarios arrojaban gran fuerza de dardos y piedras y peleaban con lanzas y macanas, no pudieron hacer daño a los del bergantín por falta de experiencia y destreza, la cual tenían valerosamente los nueve españoles, que fueron Maso de Alderete, Leonardo Rosa, Hernán Rodríguez de Gallegos, Andrés Aguado, Francisco González, Manuel Álvarez, Diego Muñoz, Juan Hernández de Cepeda y Pedro de Porras, los cuales volvieron a sus casas al cabo de dos meses sin haber hecho otro efecto más de descubrir islas y derramar sangre.

Pasáronse algunos días después de las batallas referidas, sin que los indios tomasen armas contra los nuestros cansados de tanta desventura como veían por sus tierras causada de las continuas guerras, y en especial los indios de Arauco que veían a nuestro ejército alojado en medio de su comarca junto al río de Pangue y una laguna donde él entra, por ser sitio que dejaba sólo un portillo para entrar los enemigos y muy cómodo para salir a correr la tierra y traer bastimentos en abundancia para la gente que estaba allí invernando. Y por no haber rumor de enemigos, envió el gobernador a su yerno Gamboa con treinta hombres a visitar las ciudades de arriba, el cual llegando al camino de Ancapel, que está junto al valle de Angol, dió con una gran junta de indios de guerra, que estaban preparados para dar batalla a nuestro ejército, y acometiendo repentinamente los desbarató y mató muchos de ellos, y les quebró cuatro mil cántaros y más de mil tinajas de vino y chicha de la que ellos beben, que lo sintieron más que la efusión de sangre de sus heridas.

Habiendo conseguido esta victoria, se entró en la ciudad Imperial, de donde envió cincuenta hombres al valle de Langague para socorrer al capitán que allí estaba, que era Juan Álvarez de Luna, y él se fué por otra parte a castigar la muerte de Cosme de Molina, y para ello se alojó con sus soldados a orilla de la laguna por ser sitio cómodo para acudir de él a todas partes. Con esta novedad despertaron también los enemigos para defender sus tierras y personas, y se juntaron más de tres mil de ellos en una fortaleza donde tenían mucha provisión de vituallas y armas de diversos géneros, y no menos de piedras para tirar de lo alto del fuerte, y muchas tinajas de hierba ponzoñosa molida para enherbolar las flechas, cuyo número era excesivo. Con esta preparación estaban los indios a pique para acometer a los reales del maestre de campo Juan Álvarez de Luna, pero viendo el mariscal tan cerca que le hacía espaldas con cien españoles y muchos indios amigos, no usaron desmandarse por entonces, y con esta ocasión hubieron de volverse a sus casas sin aprovecharse de las prevenciones que con tanta solicitud habían acaudalado. Con este tenor estuvo la tierra en continuo desasosiego, porque en llegando el mariscal se enfrenaban los indios, y en apartándose de aquel distrito llevando la gente a los estados de Arauco, tornaban los indios a rebelarse. Y para poner resguardo a esto, no quiso Gamboa levantar esta vez los reales hasta llamar a su presencia al capitán Juan de Matienzo, dándole instrucción para quedar en aquel lugar favoreciendo a Juan Álvarez de Luna, por ser necesaria más fuerza que la que él tenía. Hecho esto se fué Gamboa a la ciudad, de Valdivia donde juntó alguna gente y mucho mantenimiento, para ir con ello a los estados de Arauco donde estaba el campo del gobernador esperando a que pasase el invierno.

CAPÍTULO XIV

De la batalla que hubo en el fuerte de Lipingueda entre los indios y españoles y el cerco de la Villa Rica

Muchos días había ya que el capitán Juan Álvarez de Luna estaba con noventa hombres en el valle de Llangague padeciendo innumerables trabajos por estar en mano de los enemigos, y así mismo estaban ellos irritados con los nuestros por los frecuentes asaltos que les hacían destruyéndoles las haciendas y empalando a los que topaban descuidados, por lo cual se recogieron a un fuerte, que fabricaron en un lugar alto y muy áspero en la subida, donde se enseñoreaban de los españoles, que estaban en lo llano. Y para darles socorro en tal coyuntura, acudió el capitán Juan de Matienzo con alguna gente de la ciudad, formándose de los unos y de los otros dos razonables escuadrones. Mas por haber un río entre la fortaleza de los indios y el real de los españoles, fué forzoso que los nuestros le vadeasen para acometer a los contrarios, que estaban de la otra banda. Pero como ellos estaban tan a la mira y puestos a punto de pelea, en viendo a los nuestros en el vado no aguardaron a dársele un solo punto, mas acudiendo con furia y ligereza de leones, los cogieron a tiempo que ya la mitad de la gente había salido del agua. En esta ocasión se trabó una batalla de las más reñidas y sangrientas que se han visto en este reino, donde así los españoles y los indios de su compañía como los contrarios, pelearon sin cejar por espacio de medio día con el mayor ahínco y braveza que puede encarecerse. Y estaban tan encarnizados los de ambos bandos, que vinieron a quebrar la mayor parte

de sus armas, que eran lanzas, picas, dardos, macanas y espadas y otras de diversos géneros, tanto que por falta de ellas echaban mano de las cabezas, que estaban por el suelo cortadas y se las tiraban unos a otros. Tanta era la rabia con que peleaban los de ambos ejércitos. No se puede explicar la furia y efectos de ella que se vieron en este conflicto, donde corría la sangre por el suelo como si hubieran allí degollado algún gran número de reses. Y no quedara español a vida si no proveyera nuestro Señor de la industria y ánimo de un mulato llamado Juan Beltrán, que con otros tres hombres acometió a la fortaleza mientras los indios andaban fuera de ella, y mató algunas de las mujeres y gente de guardia, cuyo alarido descompuso a los indios que andaban en la refriega tan encarnizados, que a falta de armas tiraban puños de tierra, y con el grande estruendo de los de dentro estuvieron algo aterrados y comenzaron a retirarse para socorrerlos. Mas por presto que lo acordaron, habían ya muerto de su bando pasados de mil quinientos, siendo los de nuestro ejército solos cuatro, ultra de los heridos que fueron veinticinco. Y así quedó el campo por los españoles, y la victoria declarada por suya en este día, que fué el de San Agustín a los 28 de agosto de 1578.

No quiero pasar en silencio un caso donde el mulato Juan Beltrán manifestó su valentía, y fué que al tiempo de entrar en el fuerte, se abrazó con él un indio de grandes fuerzas, muy alto, membrudo y animoso, y viendo Beltrán que le tenía impedido para defenderse de la gente que, venía sobre él, se arrojó con el indio por una ladera y lo llevó abrazado rodando con él casi un cuarto de legua sin descalabrarse en el camino por la defensa que le hacía la celada, y en llegando allugar donde hizo pie, hizo también lo que convenía de sus manos poniéndolas en el indio con tal vigor que le mató al primer golpe. Después de lo cual se fué la gente recogiendo a la ciudad de Valdivia quedando por capitán de los reales Juan de Almonacid en compañía de algunos españoles.

Al cabo de algunos días tuvo nueva el capitán Juan de Matienzo de que se apercebían indios de guerra en grande número, para dar con mano armada sobre la fortaleza de Lleven. Y para obviar esto puse, a punto algunos soldados para acudir él con ellos, y así mismo envió un caudillo, a recoger gente a la ciudad de Osorno y valle de Linquino. Con esta prevención fué acudiendo alguna gente a la fortaleza, aunque sin necesidad ni efecto, y muy a gusto de los enemigos cuyo intento era apuntar allí y acudir a otra parte que era la Villa Rica. Con todo eso no se fueron alabando de este lance porque el capitán Hernando de Aranda, que estaba en la fortaleza de Mague, recelándose de que habían de dar en él de recudida, mandó ahondar las cavas y abrir un pozo por si acaso los enemigos le atajasen el agua, que entraba de fuera, ultra de otras cosas de que se previno. Y por ganar por la mano, salió en busca de los contrarios, y mató algunos de ellos de cuyo número fué el capitán Licapillan quedando también presa su cuñada, mujer del capitán Netinangue, y su hijo Unecauro con algunas otras mujeres. Habiendo hecho grande estrago en sus sementeras y ganados, y no contento con esta presa, salió segunda vez y mató al capitán Chaniande, y un hijo del capitán Panguetareo llamado Chepillan, cuya cabeza fué cortada por no haberse querido rendir a los nuestros.

Con todo eso no desistieron los indios de su intento, que era dar sobre la Villa Rica, para cuyo cerco se alojaron tres leguas de ella aguardando ocasión oportuna. Entendió esto el capitán Juan de Matienzo, que tenía ya gente apercebida para el socorro con la cual se

partió luego de la ciudad de Valdivia. Y por otra parte salió de la Iniperial Martín Ruiz de Gamboa con los soldados que halló a mano como persona que estaba acostumbrada a no aguardar segunda voz para acudir a lo necesario. Pero como los enemigos estaban más cerca de la Villa, no quiso el capitán Gaspar Verdugo aguardar a que le pusiesen cerco, por lo cual salió con veinte hombres al valle de Caton, donde, se alojó en un pueblezuelo de indios hospedándose en cada casa tres o cuatro soldados según la capacidad que había en ellas. Y a deshoras de la noche llegaron en su seguimiento otros veintiséis españoles, que por todos vinieron a ser cuarenta y seis los que estaban en el lugarejo día de San Cipriano y Justino, que era viernes a 6 de septiembre del año 1578. Y aunque la llegada de esta gente era con el solo fin de coger a los enemigos descuidados, lo estuvieron ellos tanto que se pusieron a dormir muy despacio como si no tuvieran quien les buscara la vida o por mejor decir la muerte. Mas no fué así, porque llegado el cuarto de la modorra, acometieron los indios y pusieron fuego a las casas en que estaban alojados para quemarlos en ellas si no saliesen, y si saliesen cogerlos a la salida, como en efecto lo ejecutaron dando en la cabeza a los que salían huyendo del fuego. Murió en este rebato Diego Pérez Payan de una lanzada, y algunos indios yanaconas ultra de los que se quemaron no acertando a salir a las puertas. Pero como los que tuvieron algún tino acudiesen a ensillar los caballos y tomar las armas, reconocieron los contrarios ser más gente que ellos habían pensado, y así se fueron retirando contentos con dejar muchos heridos con flechas enherboladas, y algunos muertos como se ha dicho. Con todo eso salieron los nuestros a tiempo que pudieron dar alcance a los indios en los cuales hicieron grande riza alcanzando a los menos ligeros, a quien dieron con mano más pesada.

Poco después acudieron los indios a vengarse haciendo algunos asaltos en los términos de la Villa, aunque no muy a su salvo porque luego salía contra ellos el mulato Juan Beltrán con otro compañero de su linaje y algunos amigos que le seguían, y mostraba tanto valor en esto, y el buen ejemplo que con su vida y obras daba a la república, que vino el mariscal a poner en él los ojos para encargarle empresas de honra y le hizo merced en nombre de su majestad.

CAPÍTULO XV

De la batalla naval que tuvo el capitán Julián Carrillo con los indios en el río de Ancud

En volviendo la cabeza el mariscal Martín Ruiz de Gamboa para acudir a donde estaba su suegro el gobernador, se comenzaron a inquietar los indios de los términos de Valdivia y Osorno. Y en especial los de Guaron y Renigua hicieron cierta junta donde se hallaron tres caciques llamados Carollanga, Languche y Pinquenal a un solemne convite y embriaguez. Estos convidaron a otro cacique llamado Picolican, y le persuadieron a tomar armas contra los españoles como los demás lo habían determinado. Este había recibido buenas obras del mariscal Gamboa mayormente en haberle perdonado la muerte de su encomendero Pedro Martín Redondo, dándole vara de justicia en el distrito de sus pueblos por justos respetos que le movieron, pareciéndole que por aquí granjearía las voluntades de los indios para venir a dar la paz. Por esta causa no quiso Picolican quebrantar la fidelidad interviniendo en la rebelión, por lo cual le mataron los tres

caciques, siendo el primero que le puso las manos un hermano suyo llamado Quetemilea. Y sin aguardar más embites, se fueron entrando por los términos de Valdivia robando y destrozando cuanto hallaban sin guardar respeto aun a sus mismos parientes.

Contra estos rebelados comenzó el capitán Juan de Matienzo a convocar gente de todas partes. Y teniendo nueva de que los enemigos llegaban a la tierra de Quinchileo, envió al capitán Salvador Martín con veinte de a caballo, el cual despojó a los foragidos de la presa que habían cogido, habiéndolos desbaratado con la poca gente que llevaba.

Por otra parte salió el capitán Julián Carrillo, corregidor de Osorno, en busca de unas cuadrillas de indios que habían muerto a dos españoles que les habían hecho hartos agravios. Y llegando al lago de Valdivia con treinta hombres muy bien aderezados, halló al corregidor de la ciudad de Castro, y juntos los dos trataron del remedio y pacificación de este alboroto. Y fué la resolución de su consulta que Bartolomé Maldonado, corregidor de la ciudad de Castro, fuese a preparar bastimentos y piraguas, y el otro capitán tomase a cargo el castigar el atrevimiento de los indios. Lo cual se efectuó como lo concertaron, embarcándose Julián Carrillo con toda su gente en cincuenta piraguas, con las cuales entraron por un brazo de mar a nianera de estero, tomando el rumbo hacia la cordillera donde estaban los rebelados. Y habiendo surgido en la tierra de Lincar, despachó dos indios que tratasen con los rebelados algunos medios de paz dejándose de andar montaraces, pues eran cristianos, y tenían obligación de acudir a donde había doctrina y modo de vivir según la ley de Cristo, y no andar amontados como cabras, y con esto les prometió el corregidor perdón de la muerte de los españoles mayormente por haber dado ellos tantas causas con sus desafueros. Pero como la intención de los rebelados era llevar la suya adelante, no dejaron volver los embajadores, antes se pusieron a punto de pelea nombrando por general al cacique Beliche, y convocaron mucha gente de los cabies y pueblos, Ralon, Purailla y otras provincias comarcanas. Y habiéndose juntado gran número de gente, se embarcaron en sus piraguas viniendo el río abajo por el cual habían ya subido los nuestros un largo trecho. Y al tiempo que habían de toparse las armadas, quiso su fortuna que la de los indios se fuese entrando por una ensenada sin que se echasen de ver los unos a los otros con la oscuridad de la noche, de suerte que los nuestros fueron navegando más arriba dejando por las espaldas la armada de los contrarios. Y ya que salía la aurora, llegaron a la tierra de Pudoa, donde saltaron los indios amigos que iban en las piraguas a saquear las casas de aquellos naturales yendo por capitán el cacique Quintoia, que era valeroso y muy amigo de españoles. Y diéronse tan buena maña, que mataron al cacique del pueblo, que había quedado para guarda de las mujeres y gente menuda con algunos flecheros, que estaban en su compañía. Y habiéndose trabado una batalla, donde murieron algunos indios de ambos bandos, salieron vencedores los del nuestro trayendo presas muchas mujeres y gran suma de ganado y ropa, con que se recogieron a las piraguas.

Por otra parte iban los indios de la otra armada desatinados en no topar a los nuestros de quien sabían estar mucho más arriba, mayormente cuando llegaron a la tierra de Lincar y se informaron de ello más de raíz de los indios que habían allí quedado. Y teniendo sospechas de lo que podría ser, enviaron algunos corredores a toda prisa que se informasen de lo sucedido, los cuales volvieron con la triste nueva del estrago que los

españoles habían hecho en sus tierras por medio de los indios amigos. Por lo cual, encolerizados y aun rabiosos como toros agarrochados, comenzaron a bravear, y sin detenerse un solo punto, se embarcaron en sus piraguas y bogaron a toda prisa con grande ansia por verse ya trabados con los que les habían hecho tales obras. Y fué tanta su diligencia, que en poco tiempo se vinieron a poner a la vista ambas armadas estando más de diez leguas de la costa metidos el río arriba. Con esta coyuntura se pusieron los nuestros en oración, la cual acabada, se apercibieron para la batalla, que era ya inexcusable por la angostura del río que sería de un tiro de escopeta, ayudando a los unos y los otros la tranquilidad del tiempo, que era muy claro y sereno, y la subida de la marca que impedía al agua su corriente. Pero antes de acometer mandó el general de la armada indica distribuirse las piraguas en tres escuadrones, tomando él el medio del río y ordenando que los otros dos estuviesen cerca de las orillas. Y puestos con esta traza, fueron acometidos de nuestra armada con tanto ímpetu que a poco rato se fueron todos retirando hacia la tierra, aunque antes de llegar a ella fueron alcanzados y se trabó batalla de las más sangrientas que se saben en este reino, donde por espacio de cuatro horas anduvieron revueltas las piraguas saltando los que iban dentro de unas en otras, y lloviendo continuamente piedras, dardos, balas y saetas con matanza de muchos indios, los cuales eran tan astutos que tenían instrumentos para asir las piraguas de los nuestros no dejándolas gobernar ni menearse. Mas con todo eso, fueron finalmente vencidos con pérdida de veintisiete piraguas y quinientos hombres que murieron, ultra de ciento setenta que fueron cautivos. Sucedió esta victoria en el mes de octubre de 1578 por la cual dieron luego los vencedores las, debidas gracias a nuestro Señor, y se fueron a la ciudad de Osorno para hacerlo más despacio.

CAPÍTULO XVI

De una, famosa batalla que tuvo el comendador Rodrigo de Quiroga en Guadaba con los indios araucanos

Estaba en estos tiempos tan calamitoso el estado de las cosas de Chile, que andahan en él actualmente cuatro ejércitos por diversas partes. El uno, en los términos de Valdivia que está a cargo del capitán Juan de Matienzo; y, otro que traía el mariscal Gamboa en la Villa Rica, ultra de las compañías con que salió el licenciado Calderón a socorrer al gobernador desde la ciudad de Santiago, y finalmente el de Rodrigo de Quiroga que estaba en los estados de Arauco. De éste salían muy a menudo algunos capitanes a correr la tierra entre los cuales tenía el primer lugar el maestre de campo Lorenzo Bernal de Mercado, que entre otros lances hizo uno en Ongolmo donde prendió un viejo llamado Andimapo hombre de mucha estima entre los indios. Tenía éste un hijo, cuyo nombre era Anquepillan, el cual se fué a la presencia del gobernador, y le suplicó diese libertad a su padre sirviéndose de él misnio en trueco y rescate pues era mozo y podía servirle más enteramente. Condescendió Quiroga con esta petición con grande repugnancia del viejo porque anduvieron porfiando un largo rato el padre y el hijo sobre quién había de quedar preso queriendo cada uno de ellos tomar la peor parte, por dar la mejor el padre al hijo y el hijo al padre, y procedieron tan adelante en la contienda como antiguamente Pílates y Orestes, que siendo el Orestes el culpado decía Pílates que él era Orestes por librar del

castigo al que lo era, y el mismo Orestes, declarando la verdad, decía constantemente que él era el que buscaban y Píldes estaba libre de aquella nota. Finalmente fué el viejo libre de la prisión quedando el hijo en ella, el cual fué enviado a la ciudad de Santiago con otros cuatrocientos cautivos con guarda de nueve españoles y algunos indios. Supo esto el viejo Andimapo, y juntando con presteza quinientos hombres fué en seguimiento de los presos y los alcanzó junto al río Paepal, donde los libertó de las prisiones desbaratando al escuadrón de los nueve españoles yanaconas que con ellos iban.

Llegó nueva en este tiempo a los reales de la muerte de la mujer del maestre de campo llamada doña María Monte para cuyas exequias acudió Bernal a su casa, que estaba en la ciudad de los Infantes. Y como los enemigos sintieron que estaba fuera del ejército, acudieron luego más de ocho mil de ellos distribuidos en cuatro escuadras, y vinieron sobre él a tiempo que estaba alojado en un lugar llamado Guardaba. No consintió el gobernador que se echase menos la persona del maestre de campo estando él en los reales. Y olvidado de, su vejez se puso a caballo muy bien armado y salió con su gente a defenderse de los contrarios. Mas ellos por mostrarse muy diestros en la guerra, enviaron por delante un escuadrón solo para acudir luego los otros tres a dar por todas partes en las tiendas. Y plugo a nuestro Señor que se dieron los nuestros tan buena maña en pelear con los primeros, que aunque se vieron en grande aprieto y recibieron muchas heridas, salieron al fin con la victoria de suerte que, cuando las otras tres compañías acudieron, ya iban los suyos de vencida, y les hicieron perder el ánimo volviendo las espaldas como sus compañeros sin cesar los nuestros de seguir el alcance con gran matanza de los contrarios, cuya sangre regó aquel día el sitio de la batalla y del camino por donde huían que estaba lleno de cuerpos muertos, muriendo también de nuestra parte Rodrigo de Quiroga el mozo; y se vió a punto de lo mismo don Antonio de Quirogo de una flecha que le dió en la boca, la cual acertó a topár en los dientes, y aunque ella venía muy furiosa, con todo eso viendo que le mostró los dientes, reprimió su braveza no pasando más adelante.

Por esta victoria que sucedió en 27 de noviembre de 1578, quedaron los indios amordazados y con propósito de vengarse para lo cual tornaron a confederarse en más grueso número que primero. Y para hacer mayor ostentación de su opulencia, trajeron consigo dos mil mujeres en hábito de hombres y con sus lanzas en la mano, para poner espanto a los españoles con la multitud de gente de su campo. Mas previno esto la divina providencia con traer a coyuntura al licenciado Calderón teniente de gobernador con la gente que había recogido en Santiago para aumento de los escuadrones españoles. Y demás de esto sucedió que estando los enemigos emboscados aguardando ocasión de hacer suerte, salió un español en busca de su caballo, y viendo ellos que eran descubiertos, salieron a él con su acostumbrado alarido, y fueron con grande estrépito a dar en los reales para coger a los nuestros de improviso. Acertó a llegar en esta ocasión Lorenzo Bernal de Mercado, que venía de poner en orden su casa, el cual apeándose del caballo en que venía, subió a otro descansado y salió sin dilación alguna a ordenar su gente con tanta reportación como si los hubiera prevenido muy despacio y trabándose una sangrienta batalla tuvo el mismo efecto que la pasada, quedando el campo por nuestro aunque poseían gran parte de él los cuerpos de los indios que murieron en este conflicto.

Habida esta victoria y habiendo dado los vencedores las debidas gracias al autor de ella por tan frecuentes beneficios de su liberalidad y munificencia, llegó nueva al gobernador de un galeón de ingleses corsarios que había llegado al puerto de Valparaíso. Y recelándose de la peste de su herejía -que es más perniciosa que la infidelidad de los bárbaros- salió luego de su alojamiento con setenta hombres y se fué a la ciudad de Santiago, aunque no fué necesaria su asistencia porque no aguardaron mucho los piratas por acudir a la isla de la Mocha a buscar refresco, aunque no hallaron otro sino el de las rociadas de flechas que les dieron seiscientos indios, matando al primer encuentro dos soldados, no saliendo el capitán de ellos, que era el famoso pirata Francisco Draque, alabándose de la fiesta, porque sacó una flecha travesada en el rostro sin hallar consuelo para tanto daño hasta que después cogió en la misma costa en los términos del Perú al navío de San Juan de Antona con millón y medio de pesos de oro, con quien se olvidaron todos los males, habiendo él hecho muchos a estos reinos.

Combatían en estos tiempos al desventurado Chile golpes de mar y tierra, sin haber cosa que por todas partes no estuviese en un perpetuo desasosiego. Los indios estaban cada día más ladinos, más diestros, más saboreados en la guerra, más encarnizados en sus contrarios. Los españoles estaban cada día más pobres, más codiciosos, más desesperados y más amigos de hacer molestias a los indios usando con ellos de extraordinarios desafueros y crueldades. Y así era todo inquietudes y todo alborotos, todo guerras y todo mortandades. Porque los indios, demás de las ocasiones que les daban, es gente de su natural bárbara y de tal calidad, que ni el temor de Dios los retrae, ni el del rey los reforma, ni la conciencia los reprime, ni la vergüenza los impide, ni la razón se señorea de ellos, ni la ley los tiene a raya, ni aun la hambre y sed los apura, ni hace bajar la cabeza el yugo. Y es gente tan precipitada que lo que quieren eso dicen, y lo que no pueden osan acometer, y lo que osan llevan adelante sin desistir de aquello en que afirman si no es a fuerza de armas.

Especialmente los indios que habitan junto a los lugares y cordilleras, andaban tan desvergonzados que dieron una trasnochada en Ranco, donde mataron muchos indios de paz, y quemaron sus casas, imágenes y cruces sin respetar las cosas sagradas y venerables. Salió contra éstos el capitán Juan de Matienzo a 5 de diciembre de dicho año y con la mucha diligencia que puso en perseguir los rebelados, cogió algunos de ellos en quien hizo ejemplares castigos. Y corno después de esto llegase el mariscal Gamboa a la Villa Rica y anduviese corriendo sus términos, se vino a juntar con el escuadrón del capitán Juan de Matienzo, y haciendo un cuerpo de guerra de ambas compañías, dieron en el fuerte de Guarón un lunes cinco días del mes de enero de 1579. Pero como los indios habían entendido que les querían poner cerco, habían ya desamparado la fortaleza metiéndose en la tierra adentro para fortalecerse más con la aspereza de una quebrada que está delante del sitio donde hicieron sus baluartes, pareciéndoles que no podría llegar allí gente de a caballo. Mas como Gamboa era hombre de sangre en el ojo, no pasó hasta dar fin de ellos. Para lo cual envió al capitán Matienzo dentro de siete días, que se contaron doce del mismo mes, a dar caza a los encastillados, y aunque la quebrada era totalmente contraria, con todo eso no fué bastante a quebrar sus bríos ni a que dejasen de quebrar su cólera los que iban llenos de ella a estrellarse en los adversarios, ni el ser paso incómodo para los caballos les hizo aprovecharse de la comodidad de sus pies para ponerse en

salvo, antes arrojándose a mayor riesgo se apearon, y pasando de la otra parte, vinieron a las manos estando a pie los unos y los otros. No me quiero detener en ponderar cuán furiosa y sangrienta fué la batalla de este sitio, pues duró desde medio día hasta que el sol se traspuso, y aun procediera mucho más adelante si el general de los indios llamado Tipantue no echara de ver el grande menoscabo de su gente, y que le convenía no insistir más en las armas pudiendo evadirse seguramente. Y para esto comenzó a dar voces jactándose de que había cautivado un español, al cual había de matar luego si no cesaba la batalla. Por esta causa le pareció a Juan de Matienzo cosa acertada el alzar mano de ella pues quedaba ya por los indios, y así se recogió por entonces con ánimo de recudir el día siguiente con más fuerza. Era el cristiano que habían cautivado los indios un mestizo llamado don Esteban de la Cueva, hijo de don Cristóbal de la Cueva, mancebo de 22 años que se había señalado mucho en otras batallas particularmente en esta que contamos. Y aunque los indios trataron aquella noche de darle libertad por un buen rescate que ofrecía el capitán Matienzo, con todo eso lo impidieron algunos principales viendo que habían muerto muchos capitanes de su bando en el conflicto, de los cuales fueron Calmavida, Aullanga, Pelebei, Aimango, Contanaval, Manqueibu, Raldican, Liquepangue, Purquen, Arigachon, Llanquepillan. De más de esto se aficionó al don Esteban la hermana del general, llamada Lacalma, que era doncella y de gran fama entre los indios, y de tanta gravedad que no quería casarse sino era con español de mucha estofa. Pero como don Esteban tenía temor de Dios, vivió con ella con recato sin querer usar del matrimonio hasta que se hiciese cristiana, y la procuró atraer a ello con persuasiones y halagos. De todo esto dió noticia la mujer a sus parientes diciendo que aquel hombre le trataba de cosas del cielo, por lo cual le cogieron los indios, y atándole en un palo le desollaron todo el cuero dejándole como el rey Artiages dejó al glorioso apóstol San Bartolomé, que había convertido al rey Polimio con doce ciudades.

CAPÍTULO XVII

Del cerco que los españoles pusieron al fuerte de Pochunco, y el que fundó el mariscal en Llangague, donde tuvo una batalla

El mismo año de 1579 a 26 de enero, aparecieron en el cielo cerca de la hora de vísperas dos soles colaterales al sol natural, los cuales se apartaron un poco poniéndose a manera de arco, y después se tornaron a juntar más, cogiendo al natural en medio mudando los dos el color resplandeciente en otro que tiraba a sangre. Que fué un espectáculo muy manifiesto a todo el ejército, y muy formidoloso a los indios, que tiemblan en viendo estas cosas, echando los juicios al arco en diversas adivinanzas y pronósticos. Con todo eso no desistieron de la guerra, aunque dejaron el fuerte de Puchunco metiéndose la tierra adentro a fortalecerse en un peñón inexpugnable. Y deseando darles caza, mandó el mariscal al capitán Juan de Matienzo que fuese abriendo camino con los gastadores que había en el campo, lo cual se ejecutó con presteza acudiendo todos a poner cerco al peñón donde estaban los enemigos. Pero como el lugar era de tal traza que un solo hombre era bastante a defenderse de un ejército con sólo dejar caer piedras desde arriba, no fué posible hacer los nuestros otra cosa más de estarse quedos impidiendo el paso a los que acudían con mantenimientos a los indios para tomarlos por hambre. En estos días hubo

muchos dares y tornares entre los indios y españoles sobre los medios de paz, alegando los indios las injusticias que se les había hecho obligándoles a ponerse en arma, y prometiendo el mariscal de poner estanco en tales vejaciones tratándoles de allí adelante con otro tenor que hasta entonces. Y para resolver esto les envió un indio de mucha capacidad que lo tratase con ellos más por menudo, al cual cogieron los enemigos y lo hicieron pedazos comiendo sus carnes a bocados y bebiendo su sangre con ansia de beber la de los españoles. Y para dar respuesta a su embajada, pusieron los capitanes de su bando los ojos en un indio llamado Naupillan muy sagaz y discreto, con quien estaban mal muchos de ellos pareciéndoles que era enviarlo al matadero, pues los españoles habían de pagarles en la misma moneda la matanza de su embajador; y teniendo por cierto que no había de volver con la respuesta, le dieron un compañero que se quedase un poco más afuera acechando lo que pasaba para dar noticia de ello. Mas como el Naupillan penetró la traza de sus émulos, usó en aquel lance de su astucia para matar dos pájaros con una piedra: y fué matar en el camino a su compañero a traición cogiéndole descuidado, y cortándole la cabeza la llevó en una mano, y en la otra una cruz muy enramada, con que entró por medio de los reales de los españoles diciendo que le llevasen ante el mariscal. Y puesto en su presencia dijo que él era cristiano natural de Renigua, y se había escapado de manos de los enemigos, saliendo disimuladamente con uno de ellos que iba a buscar mantenimientos cuya cabeza traía por testimonio de este hecho, y aquella cruz por insignia de la ley que profesaba. Recibióle Gamboa con buen semblante, aunque de allí a poco tuvo pesadumbre sabiendo que los enemigos habían desamparado el fuerte dejando a los españoles burlados, los cuales aunque fueron en su seguimiento y el mariscal en delantera, no pudieron darles alcance por la aspereza del lugar, que no era para caballos.

Viéndose Martín Ruiz frustrado de esta presa, pasó su campo al valle de Llangague, donde fabricó una fortaleza poniendo por capitán de ella a Salvador Martín con sesenta soldados que saliesen de ordinario a correr el campo, y con esto se fué a la ciudad de Valdivia. Apenas había sacado el pie del estribo, cuando le dieron nuevas del cerco que los enemigos habían puesto a la fortaleza de Mague donde estaban trescientos indios amigos de los españoles para presidio con dos capitanes muy leales y afectuosos a los cristianos llamados Talcahuano y Revo, no menos esforzados que prudentes. A estos dieron rebato los rebelados al cuarto del alba, siendo los principales adalides de su ejército el capitán Tipantue, Niupangue y Netinangue, los cuales traían muy buenas cotas de malla y otras armas de las que usan los españoles, con que se animaron a dar batería a la fortaleza por la parte más flaca arrimando tablones y vigas para escalarla. A todo esto hacían gran resistencia los de dentro echando gran lluvia de piedras, flechas y dardos, con que se defendieron valerosamente matando a muchos de los contrarios. Y mientras ellos sustentaban el cerco, acudió el capitán Gaspar Viera, que estaba dos leguas de allí en el fuerte de Lliven, llevando consigo quince de a caballo, con cuyo aspecto se retiraron los enemigos, yendo tras ellos los indios que estaban en la fortaleza siguiendo el alcance sin perdonar hombre que pudiesen haber a las manos.

No faltaban en este tiempo ordinarias batallas en los estados de Arauco donde andaban el maestre de campo Lorenzo Bernal con el principal ejército de este reino sin cesar de día ni de noche de perseguir a los indios, dándoles siempre guerra para obligarlos a darse de

paz, y en particular estando una vez alojado en la ribera del río Niniqueten, fué acometido del cacique Tarochina, que venía con gran suma de indios a dar en los reales a media noche; y aunque los nuestros no estaban prevenidos para este lance, era tanta la puntualidad de Lorenzo Bernal, que lo dispuso todo con gran presteza y salió al campo con toda su gente, trabando batalla tan sangrienta, que murieron más de seiscientos indios del bando contrario y algunos yanaconas del nuestro, entre los cuales también cayeron tres españoles. Y aunque los indios salieron de vencida, quisieron dentro de pocos días tornar a probar la mano viniendo a dar batalla a los nuestros en un sitio muy cercano al pasado, a orillas del mismo río, de donde volvieron también con las manos en la cabeza como siempre lo habían experimentado en todos los lugares donde venían a las manos con Lorenzo Bernal de Mercado. El cual, vista su rebeldía, no cesaba de apurarlos haciéndose temer de ellos en todo el reino.

Mas con todo eso, comenzaba ya a ir el negocio algo de caída por estar los soldados aburridos de andar dos años y medio por aquellos campos comiendo mal y durmiendo peor, pobres, desnudos y melancólicos, y sobre todo sin esperanza de remuneración de las tejas abajo. Y, en efecto, era negocio pesadísimo y casi intolerable para todos, y mucho más para la vejez del gobernador, que no quiso salir de Arauco en dos años continuos; pero cuando vino a salir para acudir a otras cosas, no quiso que los demás estuviesen lastando lo que él había visto por sus ojos y sufrido en su persona. Mayormente por ser la entrada del invierno, donde no se podían esperar sino muchas enfermedades y congojas. Y así se resolvió en que el ejército se descuadernase, de suerte que los soldados se distribuyesen por las ciudades y estuviesen en ellas fortalecidos sin buscar a los araucanos que estaban en su tierra, pues no se podía acudir a tantas partes enteramente. Recibió el maestre de campo Bernal la orden del gobernador, y en cumplimiento de él, hizo una plática a todo el campo el Domingo de Ramos del año de 79, donde los consoló con las más eficaces razones que él pudo, y les señaló las ciudades a donde había de acudir cada uno a descansar tomando algún aliento.

CAPÍTULO XVIII

De algunas batallas que tuvieron con los indios el maestre de campo Álvarez de Luna y el capitán Gaspar Viera y otros caudillos

La diligencia que el capitán Juan de Matienzo tenía en visitar siempre las ciudades y fuerzas que estaban a su cargo era tanta que, muchos años, apenas paró mes entero en un lugar a tomar descanso, y como los enemigos andaban con vigilancia acechándoles los pasos para acudir donde él no estaba, luego que vieron que se había apartado de la fortaleza de Renigua aderezaron sus armas y ordenaron sus escuadrones con ánimo de arrasarla por tierra. Y para esto sobrevinieron un domingo primero día de marzo del mismo año de 79, y le dieron tanta batería, que eran menester muchos más hombres que los que estaban dentro para defenderse. Mas como el valor y sagacidad suplía la falta del copioso número, no desmayaron los españoles, antes salieron al campo los sesenta que allí había con el capitán Gaspar Viera, y desbarataron a los enemigos matando gran parte de ellos y cautivando muchos, de los cuales empalaron algunos para escarmiento de sus

consortes. Supo el capitán Matienzo este suceso, y pareciéndole que eran demasiados encuentros los que por momentos había en la comarca, fué allí con algunos soldados, y sacó la gente que allí estaba con su capitán Viera llevándola al desaguadero de Vitalauquen para defensa de la Villa Rica y todo su contorno; y para asegurar más este lugar puso por adalid al capitán Arias Pardo Maldonado, el cual tenía gracia particular para tratar con los indios induciéndolos a la paz, como se experimentó en esta ocasión en que redujo algunos.

Mientras este capitán andaba pacificando a los indios, se desavinieron entre sí algunos españoles en la ciudad de Valdivia, porque entrando en ella por corregidor Gaspar de Villarroel, comenzó a dar traza en las cosas de la guerra y a atender a ellas como anexas a su oficio. Lo cual pretendió impedir el capitán Juan de Matienzo por estar a su cargo todo lo tocante a guerra en las cuatro ciudades comarcanas que eran Valdivia, Osorno, la Imperial y la Villa Rica. Y estuvo el negocio en contingencia de rompimiento si no llegara a coyuntura Juan Álvarez de Luna proveído por maestre de campo en lugar de Lorenzo Bernal de Mercado, que estaba ya molido de batallas y muy metido en carnes. Con esta entrada del maestre de campo, y los soldados que metió consigo, cesó la ocasión de las diferencias y se comenzó a tratar de cosas de la guerra por ser ya el mes de agosto y andar alborotados muchos indios de aquellos términos. Y Porque el gobernador deseaba hacer alguna buena suerte en los araucanos, dió traza en que se les acometiese por dos partes, entrando el ejército que traía Juan Álvarez de Luna por la ciudad Imperial y el mismo gobernador por el río de Biobio cogiendo en medio los araucanos: para lo cual se aprestaron los dos ejércitos, y llegó el del maestre de campo a la Imperial el mes de noviembre de 79, y el del mismo mariscal, que era de cien españoles y muchos indios, llegó a los términos de la Concepción al principio del año 1580. Y por asegurar más los pasos por donde andaba, fabricó Gamboa un fuerte en Chillán correspondiente a su condición, que era inclinado a edificar fortalezas donde quiera que veía oportunidad para ello. En el ínterin que él se ocupaba en esta obra, andaba el maestre de campo corriendo los términos de la Imperial con ochenta hombres, en especial los lebos de Moquegua, donde habiendo un día corrido siete leguas, se confrontó con las huestes de los enemigos y acometió a ellos haciendo lastimoso estrago en muchos y poniendo en huída a los demás hasta que se reconoció la victoria por suya. Y volviendo hacia la ciudad a celebrarla, se pusieron a descansar en el camino en un lugar que está cuatro leguas del sitio de la batalla, donde por el mucho calor se desnudaron algunos de ellos poniendose a dormir muy despacio, y otros a jugar con mucho gusto como si no hubiera enemigos en el mundo; mas engañoses tanto su concepto, que apenas se habían puesto en sus lugares cuando estuvieron sobre ellos los indios vencidos con pretensión de salir vencedores. Y por su mucha presteza y el descuido con que estaban los nuestros, hubo muy pocos que pudiesen enfrenar los caballos y aún algunos que apenas pudieron armarse, mas en efecto mal o bien hubieron de salir todos a darse de las astas supliendo con el ánimo y bríos la falta del aderezo necesario, hasta que tornaron a vencer a los indios matando más de quinientos de ellos. Verdad es que los nuestros salieron muchos heridos y lastimados, en particular el maestre de campo que llegó a punto de muerte, habiendo mostrado grande valor en animar a los suyos y ejercitar su ánimo en la refriega. También quedó mal herido y lisiado de una mano Rui Díaz de Valdivia, y don Fernando de Zaina, natural de la frontera, salió con un ojo menos, sin otros muchos que no refiero por evitar prolijidad.

De todo esto resultó que los indios rebelados de las ciudades de arriba, como vieron que los españoles de guerra andaban cerca de Arauco, y los que habían quedado entre ellos eran viejos o impedidos con otros oficios, tomaron avilantez para hacer de las suyas. Y juntándose dos mil de ellos dieron en los pueblos de los indios de paz, que estaban a las orillas de la laguna de Ranco haciendo grandes robos y matanzas sin dejar cosa que no talasen. Contra éstos salieron los españoles, que estaban legua y media de allí en la frontera de Lliven, y aunque no eran más de treinta hicieron todo lo que pudieran hacer quinientos trabando batalla con los enemigos sin interrumpir la pelea en todo un día hasta que de puro cansados se recogieron a su fortaleza. Entonces se animaron los contrarios, y pusieron cerco a los nuestros con ánimo de destruirlos o impedirles la entrada del sustento. Supieron esto dos capitanes de los indios de paz llamados Tecagnano y Relio, los cuales vinieron con sus compañías a favorecer los españoles, y aunque del principio tuvieron los nuestros algún recelo no fuese además falso para sacarlos a plaza y ponerse al lado de sus connaturales, mas luego se desengañaron viendo el recio combate que trabaron con los que tenían puesto el cerco, y con esto salieron a darles socorro y desbarataron a los enemigos con pérdida de muchos de ellos.

En este tiempo fué por capitán de las ciudades de arriba y corregidor de Valdivia, un vecino de la Imperial llamado Juan Ortiz Pacheco, el cual acudió luego a castigar la osadía de los rebelados que no cesaban de hacer asaltos así a los indios como a los españoles. Y demás de esto andaban incitando a los pacíficos a que se amotinassen. Y lo acabaron con muchos de ellos, con los cuales acometieron con gran pujanza al fuerte Vitalauquen un lunes del mes de enero del sobre dicho año, donde mataron algunos indios y dos españoles, teniéndose en buenas con los demás que defendían la fortaleza, hasta que acudiendo gente de socorro de la Villa Rica, alzaron el cerco y se volvieron a sus tierras para reforzarle más y convocar gente de nuevo para la guerra.

CAPÍTULO XIX

De la batalla de Codico en que murió el capitán Gaspar Viera y otros españoles, y cómo desampararon los fuertes de Lliven y Quinchilca

Andaban en estos calamitosos tiempos las cosas de la guerra tan sangrientas que no había lugar seguro, y en particular la tierra de Quinchilca donde estaba el capitán Gaspar Viera; el cual por tener poca gente en la fortaleza la dejó desamparada, pasando su pequeña escuadra al valle de Codico, donde se alojó en ella en una casa de la encomienda de don Pedro de Lobera, que era capaz para su gente. Sintieron luego los indios su mudanza, y sin que él los sintiese a ellos, acudieron una noche y le cogieron de sobresalto, de suerte que salió con los suyos despavorido y mal pertrechado a defenderse. Y habiendo andado un rato dándose de las astas, vinieron a morir seis españoles y el mismo capitán Viera entre ellos, y fué preso don Alonso Mariño de Lobera, hijo del capitán don Pedro Mariño de Lobera, habiéndole dado primero tres heridas mortales. Sintió mucho esto su padre que estaba en la ciudad de Valdivia, y con deseo de hacer el castigo por su mano, se ofreció al corregidor que era Francisco de Herrera Sotomayor a ir él en persona a

ejecutarlo. Aunque era tan poca la gente de la ciudad, que no fuera posible darle soldados si no acertara a llegar un navío del capitán Lamero, que había salido del Perú con muchos soldados. Porque yendo el mismo Lamero con trece de ellos en compañía de don Pedro de Lobera que tenía otros doce, llegaron a la tierra de Parea, por donde los enemigos iban marchando con intento de hacer otros asaltos. Y acometiendo a ellos con gran ímpetu, los pusieron los nuestros en huída, y les quitaron la presa de que estaba don Pedro de Lobera bien descuidado, porque halló a su hijo vivo aunque peligroso, y con él a un hijo del capitán Rodrigo de Sande que también había sido preso en la batalla.

No era sólo este lugar el que estaba lleno de enemigos; antes apenas había alguno que no lo estuviese cuajado de ellos. Y andaba ya la cosa tan de rota batida que no dejaban iglesia, cruz, ni imagen que no quemasen. Estaba con esto en gran peligro Martín de Santander con treinta españoles que guardaban el fuerte de Lliven. Y no teniendo esperanza de remedio humano desampararon la fortaleza un sábado a 20 días del mes de febrero del dicho año, caminando hacia Valdivia con el silencio de la noche por pasos harto dificultosos; y habiendo andado legua y media toparon con algunos indios que les dijeron estar de paz toda la gente comarcana y ser falsa cualquiera fama contraria a ésta. Por lo cual se tornaron los españoles a su alcázar, donde hallaron a los dos capitanes indios Relio y Teguanó, que eran grandes amigos de los españoles y residían en un fuerte tres leguas de este de Lliven con los indios de paz de sus pueblos, atreviéndose a esto animados con las espaldas que les hacían los españoles. Estos dos mostraron gran sentimiento de que los nuestros los hubiesen desamparado dejándoles como ovejas entre lobos en lo cual les aseguró el capitán Santander diciéndoles no ser su intento dejar la fortaleza, y así los despidió sin darles a entender lo que había intentado. El día siguiente tuvo nueva de que un español llamado Pedro Vaez, que le había enviado a la isla con algunos yanacónas, había muerto a mano de los rebelados. La cual relación le dieron los dos capitanes referidos Teguanó y Relio trayendo con gran tropel a un indio embajador de los rebelados que venía a persuadirles de parte del general que estuviesen a pique para ayudarles aquella noche, en la cual ellos habían de venir con toda su fuerza de gente a poner cerco a la fortaleza. Y que mirasen la obligación que tenían a su patria y connaturales, y los muchos agravios que les hacían los cristianos para dejarse de favorecer a hombres extranjeros contra sus mismos amigos y parientes. De lo cual informaron los dos capitanes a los nuestros mostrando su fidelidad de muchos días antes aprobada. Pero como Santander viese que no había traza de entrarle entendimiento y que sin duda había de perecer allí con toda su gente, dijo a los dos capitanes que si ellos querían traer luego sus hijos y mujeres del asiento donde estaban, gustaría mucho de llevarlas consigo para librarlas de los enemigos. A lo cual respondieron los capitanes que ellos no podían aprestar su gente con tanta brevedad como él quería, pues estaba ya con el pie en el estribo; pero que le suplicaban fuese servido de no ir por el camino real, sino por otro de mucho rodeo donde estaba el fuerte de los capitanes para llevar de allí a sus hijos y mujeres con las demás gente de presidio. Y prosiguiendo por la tierra de Renigua tuvieron nueva de algunos asaltos que los indios rebelados habían hecho en los españoles quitándoles luego las vidas, y de que toda la tierra por donde habían de pasar estaba tomada de los contrarios. Con esta voz mostraron los españoles grande pusilanimidad, como lo habían hecho antes a cada paso, de suerte que el capitán Teguanó salió de medida dejando caer la lanza de la mano, fijando los ojos en el cielo con hartas lágrimas

que destilaba por ellos entendiendo el triste suceso a que habían de venir los que le seguían por la flojedad de los españoles en quien tenían su confianza, los cuales considerando que su remedio estaba en caminar apriesa, comenzaron a picar los caballos dejando atrás a los pobres indios que por llevar mujeres no podían caminar tanto, sobre lo cual hicieron ellos grande llanto en ver que les dejaban en medio de la fuerza de sus contrarios. Y aunque los españoles derramaron hartas lágrimas, así de lástima como de ver que dejaban doscientos flecheros de a caballo, con todo eso venció el temor a la razón y pasaron adelante. Apenas se habían apartado, cuando los dos capitanes indios vieron, venir uno de los suyos dando voces y mordiéndose las manos porque dejaba hecho un gran destrozo por manos de los enemigos, los cuales habían dado en la fortaleza y echándola toda por tierra, y demás de esto venían ya en su seguimiento donde habían muerto a sus hijos y mujeres y toda su gente que había quedado algo atrasada mientras los dos capitanes iban hablando con los españoles con deseo de detenerlos algún tanto, pues los habían sacado de sus casas.

Viéndose los pobres capitanes perdidos, se subieron en lo alto de una roca con la poca gente que les quedaba, donde luego fueron cercados de los enemigos, los cuales procuraron, persuadirles con palabras blandas a que se entregasen en sus manos, pues eran su propia sangre y no tenían por qué recelarse de sus hermanos. Y pareciéndole el capitán Teguanó que por mal no podría medrar mucho, se entregó a don Cristóbal Alos, que era un indio harto ladino y astuto, el cual lo llevó a su pueblo haciendo grandes fiestas por el camino; pero antes de esto procuró inducir al capitán Relio a que se rindiese siguiendo el ejemplo de su compañero, el cual no quiso condescender con él, hasta que a cabo de tres días, le vino, la necesidad a obligar a ello. Fueron los indios muy contentos con esta presa, y habiéndola solemnizado en su pueblo ahorcaron a los dos capitanes con voz de pregonero que declaraba haber sido traidores a su patria y los condenaba a ser comidas sus carnes en un solemne banquete y borrachera. Este fué el fin de los desventurados caciques; y casi hubieran de venir a lo mismo los treinta españoles que pasaron adelante, los cuales fueron rompiendo por grandes escuadrones de enemigos matando muchos de ellos con pérdida de un solo, soldado, hasta que llegaron al río del pasaje donde estaba el capitán Baltasar Verdugo con cuarenta hombres de a caballo con los cuales recibieron extraordinario consuelo.

CAPÍTULO XX

De las batallas que los capitanes Lamero y Juan Ortiz Pacheco tuvieron con los indios de Codico, y otra que tuvo Gaspar de Villarroel con don Cristóbal Alos y la .. .del maestre de campo contra Toqueande

A cabo, de cinco días de la batalla que tuvo don Pedro Mariño de Lobera, donde sacó a su hijo de poder de enemigos, iba caminando en compañía del capitán Juan Ortiz Pacheco y el capitán Lamero un sábado a 26 días del mes de febrero de 1580. Y llegando a un bosque toparon al mestizo Juan Fernández de Almendras casi para morir de pura hambre por haber estado tres días escondido en aquella montaña. Y pasando más adelante hallaron así mismo a Hernando de Herrera, que había salido la misma batalla, y estaba

emboscado sin sabor del mestizo que andaba en el mismo arcabuco. Y habiendo regalado a estos dos soldados por espacio de dos días, llegó este pequeño escuadrón al sitio donde habían muerto los enemigos al capitán Viera, los cuales viendo la gente que venía, salieron a ella con grandes alaridos y se trabó una batalla muy reñida que duró más de tres horas, donde murieron muchos de los rebelados poniéndose los demás en huida, que serían hasta dos mil cuyo general era don Pedro Guayquipillan, que se intitulaba rey de toda la tierra, habiendo sido tributario de don Pedro de Lobera que lo crió desde su niñez. Habiendo salido con esta victoria, se alojó la gente española a las faldas del cerro de Ruypulle donde el día siguiente revolvieron los enemigos con tanta presteza como el sol y en mayor número que el día pasado, aunque sin ningún estruendo ni pretensión de él, antes del silencio posible para coger a los nuestros descuidados. Mas, como en efecto no lo estaban, tocaron a arma prestamente y se fué encendiendo la batalla con mayor coraje, que la pasada, de la cual plugo a Nuestro Señor sacar a los nuestros con victoria con muerte de más de quinientos indios, y fuera mucho mayor el estrago si quisieran los españoles seguir el alcance, el cual desistieron a poco trecho por ser los indios de las encomiendas de algunos soldados que allí peleaban y les llegaba al corazón ver que se disminuían tanto sus rentas faltando los que habían de acudir con los réditos. Señalóse en esta batalla particularmente Juan de Alvarado, y el capitán Hernando Lamero que anduvo animando a los suyos valerosamente. Pero con todo eso dijeron después los indios que había sido mucho más eficaz la fuerza que los había rendido afirmando que el glorioso Santiago había peleado en la batalla con un sombrero de oro y una espada muy resplandeciente. Y aunque esto es verosímil y no se debe echar por alto, pues es cierto que este glorioso santo ha favorecido en otras ocasiones a los conquistadores de este reino, con todo eso se debe proceder con mucho tiento en dar crédito a indios ladinos, que son por extremo amigos de novelas y cuentos semejantes. Mayormente sabiendo muy bien todos éstos lo que se lee en las historias de este glorioso patrón de España y oído mucho de ello en sermones, demás de las imágenes de su figura que veían cada día por los templos. Finalmente pasaron nuestros españoles por entre otros muchos escuadrones de contrarios que estaban en pasos estrechos, sin volver pie atrás, animándolos mucho sus caudillos y el capitán Pedro Ordóñez Delgadillo, que era de los principales de este número, hasta que finalmente llegaron en salvamento a los llanos, donde estaban algunos soldados de presidio.

Estaba en este tiempo la ciudad de Osorno en grande aprieto porque se aprestaban para venir sobre ella cinco mil indios que se juntaron en la isla que está entre los dos ríos. Contra éstos envió el corregidor Juan de Montenegro al capitán Gaspar de Villarreal con treinta y tres hombres de a caballo y algunos indios amigos, de quien tenía satisfacción que guardarían fidelidad a sus soldados. Apenas habían visto los rebelados a los nuestros que iban hacia ellos, cuando salieron campo raso metiéndose trescientos de ellos en una emboscada para salir en viendo la suya y darles por las espaldas, y sin aguardar más consultas arremetió el general don Cristóbal Aloe, y en su seguiriendo los demás de su campo, los cuales habiendo peleado por largo rato se pusieron a descansar en un sitio a donde no podían llegar caballos.

No quisieron los nuestros otra cosa para dar de recudida en las emboscadas, lo cual hicieron con tantas veras que no dejaron vivo ninguno de ellos, y cuando salieron los

demás a proseguir la batalla, ya eran menos los enemigos, los cuales fueron finalmente vencidos con pérdida de cuatrocientos hombres habiendo durado la batalla desde las nueve del día hasta la puesta del sol, la cual fué en primero día del mes de marzo de 1580. Cuya memoria es de tanta fama, que la pequeña montaña llamada Coipue mudó de nombre desde aquel día, y le dura hasta hoy el nombre de la montaña de la Matanza. No se puede pasar en silencio el valor que en esta ocasión mostraron los nuestros siendo los más de ellos tan ancianos que tenían de 60 años adelante, de cuyo número fueron Juan de Figueroa de Cáceres, Hernando Moraga, Antonio de la Torre, Gaspar de Robles y Juan de Sierra. Los cuales y los demás triunfadores fueron recibidos en la ciudad de Osorno con grandes júbilos y fiestas saliendo los nuestros con palmas en las manos, cantando alabanzas al autor de la victoria, la cual estaban actualmente pidiendo a su Majestad todas las mujeres pías y devotas sin salir del templo ni interrumpir la oración desde que entendieron se comenzaba la batalla hasta que tuvieron nueva de la victoria.

No escarmentaron con todo esto los forajidos, antes con la rabia que sentían de verse tan ultrajados, andaban por las tierras de los indios de paz talando cuanto hallaban por delante, en particular un cacique principal llamado Toqueande que envió un mensajero al maestre de campo que estaba en la Villa Rica con ochenta españoles, para que le intimase de su parte que se saliese de sus tierras contentándose con los daños que en ellas había hecho, donde no que se aparejase para el día siguiente en que él iría con su ejército a darle el castigo que merecía con la crueldad que él acostumbraba darlo a los indios sin culpa suya. Y tuvo este cacique tanto pundonor en cumplir su palabra, que fué marchando el día siguiente que se contaron 5 de marzo del dicho año, en el cual vinieron a las manos los de la ciudad y los indios de este ejército con tanta cólera que parecía no estimaban en nada las vidas en razón de quitarla a sus contrarios. Mas al fin prevalecieron los españoles con tantas ventajas que muchos de los indios se arrojaron al río por evadirse de sus manos, y se ahogaron los más de ellos en el pasaje ultra de otros ochocientos que se hallaron muertos en el sitio de la batalla. No contento con esto el maestre de campo procedió adelante corriendo la tierra y haciendo terribles castigos en toda ella hasta haber pasado el río grande del Pasaje, donde halló al almirante Juan de Villalobos de Figueroa con veinte arcabuceros que había traído de la ciudad de Valdivia. Este había traído a su cargo la nao almiranta de las que fueron del Perú a descubrir el estrecho de Magallanes, la cual aportó al río de Valdivia, de donde él salió con esta poca gente a dar socorro al maestre de campo para el conflicto referido. Lo cual él le agradeció mucho como era razón aunque dió muchas más gracias por no haber necesidad de auxilio humano, habiendo vencido con el divino de su providencia. Mas con todo eso no le faltó al Villalobos ocasión para no haber venido en vano, pues estaba la tierra tan abundante de enemigos que aunque no quisiera había de topar con ellos como se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXI

Del desbarate del fuerte Indico que estaba en los llanos de Valdivia, y la batalla de la isla que está en el río Bueno

No habían caminado mucho los escuadrones del maestre Juan Álvarez de Luna y el almirante Juan Villalobos de Figueroa, cuando al pasar por los llanos de Valdivia dieron en una gran junta de enemigos que estaban atravesados en la cuesta de Palpalen, con los cuales entraron en algunas escaramuzas en que murieron dos capitanes de los indios con algunos otros de su campo, retirándose los demás no pudiendo resistir a las fuerzas de los españoles. Después de esto se juntó a nuestro campo la compañía del capitán Juan Ortiz Pacheco que lo estaba esperando con cuarenta hombres de a caballo para acometer a un fuerte donde estaban encastillados los enemigos en un lugar montuoso y difícil para los caballos. Pero como ya los españoles eran ciento cuarenta y estaban bien pertrechados de lo necesario, animaronse a romper con cualesquier dificultades en razón de ganar el fuerte a los contrarios. Y para hacerlo más a su salvo, se dividieron en dos escuadras para acometer por las dos partes opuestas de la fortaleza acudiendo a cada una setenta hombres a un mismo tiempo cogiendo en medio a los indios descuidados. Y por ser el lugar tan cerrado de bosque que no se veían unos a otros, fué el concierto que al tiempo del acometer se disparase un arcabuz del escuadrón que llegase primero a vista de la fortaleza, no acometiendo hasta oír respuesta de la otra compañía. Acertó a estar entre los indios uno ladino y experto en cosas de guerra, el cual oyendo el tiro, que se disparó en la escuadra de Juan Ortiz Pacheco, respondió él con su escopeta aunque sin saber el provecho que se hacía. Porque entendiendo Juan Ortiz que era la respuesta concertada con el maestre de campo, acometió con cuarenta hombres pasando un riachuelo que estaba delante la fortaleza, y anduvo un rato en la refriega con los indios sin tener el socorro que esperaba. Pero no tardó mucho la otra escuadra en llegar, a punto donde oyó el ruido que al parecer llegaba al cielo, y sin esperar más intervalo acudieron con gran presteza a dar a los indios por las espaldas haciéndoles perder el ánimo, de suerte que a pocos lances desampararon su alcázar huyendo cada uno por su parte con pérdida de muchos de su bando, y de todas sus alhajas, y otras muchas que habían hurtado en diversos asaltos, demás de las mujeres que habían quitado a los indios de paz, que eran muchas y quedaron todas en poder de los españoles con no poco consuelo por verse en manos de gentes cristianas que las restituyesen a sus maridos.

Quedaron los nuestros tan saboreados de esta victoria, que propusieron luego trabajar por otra semejante, pues había buena ocasión en la isla que está entre los dios rebelados teniéndose por casi seguros ríos donde residía gran suma de indios con el amparo de los dos ríos que los cercaban. Y para acabar con ellos de una vez, aumentó el maestre de campo su ejército metiendo cuarenta hombres de fresco, con que el número de españoles llegó casi a doscientos, ultra de los indios amigos que eran en mayor suma, y con la industria y valor de los dos capitanes Juan Ortiz Pacheco y Juan de Villalobos de Figueroa emprendió el maestre de campo este asunto con tantas veras que al fin salió con su intento desbaratando los escuadrones contrarios, cuyo capitán era don Pedro Eposomana que peleó medio día entre los suyos antes que se rindiese a los españoles. Páreceme a mí que tendrá el lector por cosa incompatible haber tan frecuentes victorias sin acabar de allanarse los rendidos. A lo cual respondo que también me pusiera a mí en harta admiración si no entendiera ser juicios del cielo para castigo de las ordinarias exorbitancias que en este desventurado reino se han visto en sus principios, y aún ahora no faltan algunas. Y si hubiera de escribir todos los encuentros de estos tiempos, aún diera mucho más que pensar a los lectores cansándome yo también en escribirlos, y así

concluyo con un caso notable que sucedió en esta isla de río Bueno, y fué que estando don Cristóbal Aloe preparando a los suyos para la batalla referida, se entró el demonio en medio de ellos y les dijo que él era un indio puelche deseoso de que saliesen con la victoria y poderoso para dársela en la mano como lo verían por experiencia; y para que desde luego la tuviesen por cierta, travesó con la lanza un grueso tronco de un árbol que allí estaba, de donde salió un grueso cañón de sangre que no cesó de correr por espacio de media hora, de lo cual se admiraron tanto los indios como el caso lo requería y anduvieron con grandes pronosticos sobre el vencer o ser vencidos, viniendo finalmente al desastre referido en el suceso de la batalla. De donde se pudo colegir queandaba el demonio suelto con tanta ansia por sacar sangre, que cuando cesaba de derramar la humana la sacaba de los árboles.

Recopilación

Del discurso que tuvo el comendador Rodrigo de Quiroga en su gobierno

El gobernador Rodrigo de Quiroga fué natural de un lugar de Galicia llamado Souber, hijo de Hernando de Camba y María López de Souber. Salió muy mozo de casa de sus padres para servir al conde de Lemos, el cual le encaminó al Perú, donde se halló en las famosas batallas del tiempo de los Pizarros y Almagros. Después de esto fué a la entrada de los indios chunchos, donde pasó innumerables calamidades, y no habiendo esperanza de su conquista, pasó a la de Chile con el capitán Valdivia, como consta del primero libro de esta historia en su segunda parte; y habiendo servido al rey en todos los lances que por largos años se ofrecieron, casó con doña Inés Suárez que fué la primera mujer que entró en Chile, como en diversas ocasiones se ha referido. Y andando el tiempo vino a ser gobernador de este reino por nombramiento que en él hizo el licenciado Castro, gobernador de los reinos del Perú, y después lo fué más de propósito por provisión de su majestad, por espacio de cinco años que fueron desde el de 1575 hasta el de 80 en el cual pasó a mejor vida, según las prendas que dejó a los que le conocieron y fueron testigos de sus obras, cuya muerte sucedió en la ciudad de Santiago a los 25 de febrero del año referido. Fué hombre de muy buenas partes como fueron sobriedad y templanza y afabilidad con todos. Por lo cual era muy bien quisto, querido y respetado en todo el reino, y por no descender en particular a todas las muestras de mucha cristiandad que eran manifiestas a todos sus conocidos, las reduzco a una sola, que fué las muchas limosnas que hacía de ordinario, gastando con los pobres y los soldados descarriados, treinta mil pesos de oro que tenía de renta cada año, de suerte que se amasaban en su casa de ocho a doce mil fanegas de pan para los pobres entre otras semejantes obras pías, que iban a este paso. Y así se lo remuneró Dios dándole el fin que tiene prometido a los que se esmeran en hacer bien a sus pobres, pues murió en su cama habiendo recibido todos los sacramentos como persona que los había frecuentado en vida, a lo cual corresponde la muerte de ordinario. Sucedió a Rodrigo de Quiroga en el oficio de gobernador y capitán general de este reino el mariscal Martín Ruiz de Gamboa su yerno, que había sido general muchos años antes y dado mucha satisfacción de su persona en todos los lances que se ofrecieron, tanto que aun en vida descuidaba con él de muchas cosas del gobierno el comendador Rodrigo de Quiroga, y así al tiempo de su muerte le nombró en su lugar por

gobernador en tanto que su majestad el rey don Felipe y su real Consejo de Indias proveían persona idónea para tal cargo, que no podía ser tan presto por la mucha distancia que hay entre las Indias y España, de que no puede dejar de resultar larga dilación en las provisiones de los oficios.

PARTE SEGUNDA DEL TERCER LIBRO

En el cual se trata del estado de las cosas de Chile desde el año de 1580 hasta el de 1583. En que gobernó el mariscal Martín de Gamboa

CAPÍTULO XXII

De la batalla que hubo en el fuerte de Vitalauchen, y de cierta plaga de ratones que hubo en Chile

A penas había expirado el gobernador Rodrigo de Quiroga, me pareció que le habían inspirado asu yerno Martín Ruiz de Gamboa, que estaba en la ciudad de Chillan, la muerte de su suegro y el nombramiento de gobernador que dejaba hecho en su persona. Oyendo esto bajó luego a la ciudad de Santiago, donde tomó la posesión del gobierno despachando a su sobrino Andrés López de Gamboa a las ciudades de arriba con cargo de teniente de gobernador, por estar tan lejos estas ciudades de la de Santiago, donde él residía en este tiempo. Estaban en las lagunas de la Ciudad Rica dos capitanes llamado el uno Juan de Godoy y el otro Rafael Portocarrero. Estos tuvieron noticia que allí cerca había una gran junta de indios donde había pasados cinco mil, los cuales acometieron con gran ímpetu y coraje a los españoles, que allí estaban que no eran más de cuarenta y cinco, donde se trabó batalla muy furiosa y sangrienta donde se vieron los nuestros en gran peligro, sin tener otro refugio sino el de Dios, el cual consiguieron con la oración, de suerte que los enemigos fueron de vencida con menoscabo de muchos de su bando. Fué casi milagrosa esta batalla por haber cogido los indios a los dos capitanes españoles en disensión y enemistad sobre cual de los dos había de mandar en el campo, lo que suele ser comúnmente causa de la perdición de los ejércitos desavenidos. Y fué así, que viendo Rafael Portocarrero los escuadrones de los indios puestos en orden, acometió a ellos antes de tiempo queriendo ganar por la mano y que se le atribuyese la victoria. Y habiendo rompido el ejército de los enemigos atropellando algunos de ellos, dió muestras fingidamente de flaqueza, retirándose poco a poco para cebar a los enemigos hasta dar en el otro escuadrón del capitán Juan de Godoy, que salió de improvisa a socorrer a los cristianos peleando tan varonilmente que fué mucha la sangre derramada en los pobres indios que volvieron tarde las espaldas por haber mostrado demasiado pecho. Murieron en este conflicto el capitán Alchinanco, Anchotureo, Nigualande, Naicoyan, Calmangue y otros caudillos y caciques de los más famosos que había entre los indios.

No fué de poca importancia el haber salido estos capitanes al encuentro de los indios para que no destruyesen a Cañete de la Frontera que estaba a la sazón en harto peligro. Mas no cejó con esto la pretensión que entre ellos había de querer cada uno ser cabeza, sobre lo

cual vinieron a rompimiento poniendo mano a las espadas, peleando con gran coraje donde hubieran de matarse si no entraran algunos buenos de por medio que los pusieron en paz sin volver más a encontrarse. Consiguieron esta victoria en 18 días del mes de abril del año de 1580, en tiempo que había en todo el reino alteraciones y alborotos de los indios rebelados, los cuales no sacaron escarmiento de este desastre de su parte, antes se encarnizaron más para hacer cada día asaltos a los españoles, y no solamente daban inquietud los indios pero también otros muchos desasosiegos levantados entre los mismos españoles. Y uno de ellos fué el querer el nuevo gobernador poner la tierra en orden poniendo tasa a los tributos con que habían de acudir los indios a sus encomenderos, ordenando que cada indio pagase siete pesos de oro y en algunas provincias ocho o nueve según la riqueza de cada una, de lo cual se habían de pagar los curas, justicia y otras personas que intervienen en el beneficio de los mismos indios, sobre lo cual hubo grandes alborotos en los encomenderos, y mucho más porque el gobernador les prohibía el entrar en los pueblos de sus encomiendas por evitar agravios y vejaciones que los vecinos suelen hacer a los indios de sus repartimientos. También hubo algún disgusto con la ocasión de la residencia que el licenciado Calderón teniente de gobernador estaba dando al doctor Aszocar que entraba en su oficio. Para lo cual y las demás cosas que había que entablar en el reino, salió Martín Ruiz de Gamboa de la ciudad de Santiago a visitar los demás pueblos y lugares de su distrito. Y lo primero que hizo en llegando a la fortaleza de Chillan, fué fundar una ciudad para principio de su gobierno poblándola con cincuenta españoles que llevaba y otros sesenta que allí halló con el capitán Hernando Maldonado; y edificando en ella su iglesia mayor, habiendo puesto horca y cuchillo con regimiento y ministros de justicia, intituló el pueblo con nombre de San Bartolomé de Chillan y Gamboa a 25 de junio del año de 1580.

En este tiempo andaba el maestre de campo Juan Álvarez de Luna corriendo la tierra en los valles de Arauco con cien hombres que tenía consigo, y de todas las demás ciudades del reino salían corredores por momentos respecto de la gran inquietud que daban los indios rebelados excepto los de Santiago y la Serena, los cuales han estado siempre de paz desde el primer día que la dieron a Valdivia. De suerte que iban las cosas tan de mal en peor, que no había otra cosa sino guerras y desventuras, y mucha hambre y desnudez, sin otro género de alivio o socorro humano. Y sobre todo se debía tener por lastimosa calamidad las vejaciones hechas a los desventurados indios por cuyas casas y haciendas se entraban los soldados tomándoles sus ganados y simenteras, y aun las mismas personas para servirse de ellas, y -lo que peor es- las mujeres para otras cosas peores, de suerte que en sólo el lugar en que estaban los soldados recién venidos de España juntos con los demás que tenía el maestre de campo, hubo semanas que parieron sesenta indias de las que estaban en su servicio aunque no en el de Dios, según consta del hecho, y así estaban los indios tan justamente irritados, que no es de espantar de que hubiesen tantos rebelados, sino de que se hallasen tantos de paz en medio de tantas injurias y malas obras que recibían de los españoles. Pero como la providencia de nuestro Señor nunca duerme, tampoco dejaba de dar recuerdos a personas tan desalmadas y aun muchas de ellas endurecidas, pues no escarmentaban con los sucesos pasados que habían experimentado en semejantes lances, donde usaban de estas exorbitancias y desafueros con los miserables indios volviendo siempre con las manos en la cabeza. Y en consecuencia de esto se hubo Dios con estos hombres como con gente empedernida y casi incorregible,

tratándoles como a los egipcios a los cuales afligió con diversas plagas haciéndoles bajar la cerviz, para que se rindiesen dejando sus pecados y atrocidades. Y la plaga con que nuestro Señor visitó a esta gente fué una gran suma de ratones tan innumerables que cubría la tierra y no solamente se entraban por las casas y chácaras a comer lo que había comestible, pero también acudían a las cunas de los niños y los mataban comiendo parte de ellos, dando señal que aun hasta los primogénitos mataba Dios por las iniquidades de sus padres. Y cundió tanto aqueste azote que no perdonaban a las manadas de animales, dando de noche en ellos y desangrándolos por el cerebro, mayormente a las reses menores, de suerte que hubo noche en la cual de cuatro mil cabras que estaban en un corral, amanecieron muertas las quinientas. A tanto llegaba el celo y furor de la justicia divina, y era el negocio tan estupendo, que viendo los indios los escuadrones tan copiosos de estos animalejos, decían que los ejércitos de españoles se habían convertido en ejércitos de ratones, cosa que no inventó Ovidio ni se acordó de ella entre todas cuantas conversiones escribió en sus metamorfóseos. Y para que no se presumiera ser esta persecución casual como acontece, quiso nuestro Señor apoyarla con otra para que se fuese pareciendo en todo a la egipcia, para lo cual envió a la ciudad de los Infantes tanta cantidad de langostas que destruyó totalmente las viñas, no contentándose con cortar los racimos por el pezón sin dejar uno solo, mas también royendo las mismas cepas para que no fuesen de provecho.

CAPÍTULO XXIII

De la prisión de doce caciques por mano de los españoles. Y de la fundación de una fortaleza en la tierra de Quinchilca, y la batalla del capitán Antonio de la Torre con catorce hombres

Mientras el gobernador andaba visitando la tierra y dando orden en la nueva tasa que habían de pagar los indios a sus encomenderos, con no pocos desasosiegos, estando quejosos los nuestros y los otros, unos por parecerles mucho y otros por tenerlo por demasiado, sucedió que la nao almiranta, habiendo salido de la ciudad de Valdivia para el Perú, se halló en una tormenta tan peligrosa que fué forzada a arribar al puerto del Carnero en los estados de Arauco. Y como los indios rebelados vieron surgir el navío en aquel lugar, entendieron que aquella gente iba a hacerles guerra según otras veces había sucedido, y para oponérseles a la entrada y defender sus tierras y personas, acudieron luego más de diez mil con las armas en las manos para que los que venían en la nao no se atre viesen a saltar en tierra. Viendo los españoles los peligros que les rodeaban de todas partes y que el salir al puerto era meterse en más profundo abismo de alteraciones y borrascas, acordaron de usar en esta coyuntura de las trazas de Ulises y otros semejantes capitanes que alcanzaban victorias en sus encuentros más por astucias y engaños que por valor y fuerza de armas. Y así fingieron que eran ingleses enemigos de los españoles a los cuales venían a matarlos como hombres malvados y robadores de las haciendas de los indios; y para dar olor a esto, tomaron ocasión del navío que era muy grande y de diferente traza que los demás que hasta entonces habían aportado a aquella costa y de la mucha artillería, munición y gente que traían, demás de lo cual hablaron con los indios en una lengua nunca oída inventando cada uno de su cabeza los vocablos que se les ofrecían

para que los indios se persuadiesen a que no eran españoles. Con esto se sosegaron los indios trabando mucha amistad con estos hombres, como sus fautores contra los cristianos, y entraban y salían por momentos a ver el navío holgándose demirarlo muy despacio y en particular las piezas de bronce que era para ellos lo más admirable; y así estaban como abobados viendo armada encima del agua una máquina con tantas casas y retretes donde cabían muchos de los suyos. Al cabo de algunos días estando ya la amistad muy adelante y confederados todos para dar tras los españoles, teniendo esto los indios por gran ventura y pareciéndoles que se les abría el cielo, les dijo el capitán del navío que la mejor traza era meterse en el navío cuatrocientos de ellos los más aventajados y flecheros para dar sobre la ciudad de la Concepción sin temor de perder la presa en lance donde acometía tanta gente y tan bien aderezada. Y que ganada esta ciudad era fácil tomar las demás del reino echando totalmente a los cristianos. Cuadró esta traza mucho a los indios, y creyéndose de ligero lo fueron ellos harto en comenzarse a embarcar, entrando a tomar posesión del navío doce capitanes de los más valientes y belicosos de todo Arauco. Viendo los nuestros esta coyuntura pusieron a los capitanes debajo de cubierta, y saliendo a tierra una batelada de soldados, dieron en los pobres indios de improviso dejándoles despavoridos y atónitos de una traición tan repentina; y como estaban sin capitanes y vieron sobre sí tantas espadas repentinamente, perdieron totalmente el ánimo así por esto como por la rociada de balas que sobre ellos vino, y mucho más por la artillería que se jugaba desde el navío. Y aunque pelearon un rato a la lengua del agua, no pudiendo sufrir el fuego que salía de ella, digo, de las piezas que se disparaban difundiendo sobre el agua el fuego que echaban por las bocas, finalmente desmayaron de todo punto, y volviendo las espaldas dejaron a los españoles libres y a sus caciques presos. Hecho esto se embarcaron aprisa los navegantes, y levando las anclas tendieron las velas, y dentro de pocos días llegaron a Santiago con los doce caciques araucanos a los cuales pusieron a buen recaudo para llevarlos al virrey del Perú como después se hizo. Y aunque esta estratagema o industria de los nuestros no fué negocio de mucha virtualidad mirado por sí solo, pero visto lo que de ello resultó accidentalmente, fué de más provecho que la misma cosa traía de suyo. Porque llegando a aquella costa un navío de ingleses corsarios dentro de pocos días, y tratando con los indios verdad diciendo ser ingleses enemigos de los católicos y perseguidores suyos, como en efecto lo son, se azoraron tanto los indios en oír el nombre de ingleses y más en aquella lengua que ellos naturalmente hablaban parecida a la que los españoles habían fingido, que sin más exámenes ni escrutinios comenzaron a dar en ellos con tal furia, que los pobres ingleses hubieron de embarcarse a ruin el postre, con menoscabo y pérdida de buena parte de los suyos y efusión de sangre de los que por salir con el cuero se tuvieron por dichosos.

En este tiempo hizo el gobernador una fortaleza en el asiento de Quinchilca donde puso cuarenta españoles con Rafael Portocarrero por capitán suyo, para que saliesen a correr la tierra molestando a los indios con desasosiegos y sobresaltos que los obligasen a procurar la paz con los cristianos. Por otra parte andaba el maestre de campo ocupado en el mismo oficio, y llegando a la encomienda de don Pedro Mariño de Lobera despachó alguna gente que llevase mantenimiento a la ciudad de Valdivia que a la sazón estaba necesitada, y para esto envió al capitán Salvador Martín con veinte españoles que llevasen el ganado y las demás vituallas necesarias para este intento; pero advirtiéndole que estaba la tierra llena de enemigos y no se podía pasar sin gente que hiciese escolta, envió para esto al

capitán Antonio de Latorre con catorce hombres que la hiciesen. Llegaron estos a la cruz que llaman de Tanguelen, donde hallaron rastro de gran número de indios cuyas pisadas estaban frescas, y caminando en su seguimiento, se comenzó a inquietar un mastín que llevaban, acometiendo hacia una montaña que estaba a un lado del camino, y entendiendo los enemigos emboscados que eran ya sentidos de los españoles, salieron de tropel a trabar batalla con los catorce, la cual fué tan sangrienta que apenas se puede escribir con tinta; mas por decir en una palabra todo lo que se podía dilatar en este punto, digo que fué más memorable que aquella de los catorce de la fama llamados así por antonomasia, la cual queda referida en el capítulo XLV del primer libro de esta historia. Porque si aquellos fueron de tanta fama con haber muerto los más de ellos, ¿qué se puede decir de estos que habiendo muerto muchos enemigos salieron todos con las vidas quedando el campo por suyo? Por cierto ninguna otra cosa se puede escribir en este caso ultra de sus propios nombres porque no queden puestos en olvido, que fueron: Alonso Sambrano, natural de la Fuente del Maestre; Alonso Becerra Altamirano, natural de Trujillo; Andrés Sánchez, de Ciudad Rodrigo; Juan de Montenegro, de Guadalajara; Cristóbal Maldonado, de Galicia; Barrulta, vizcaíno; Blas de Robles, Andrés Vásquez de Cazalla, Alonso López de Córdoba, con su caudillo Antonio de Latorre.

CAPÍTULO XXIV

De la fundación de un fuerte fabricado por Martín Ruiz de Gamboa a orilla de la laguna de Ranco y los medios de paz que se trataron con los indios

Uno de los dictámenes de prudencia que tenía el gobernador Gamboa, era el ser cosa muy útil para dar fin a las cosas de guerra, fabricar fortaleza en todos los lugares donde hubiese coyuntura para ello. Y así entre otras que hizo fué una que se situó en la tierra de Codico, para lo cual salió él en persona de Quinchilca con algunos españoles dejando cuarenta en guarda de aquel lugar. Fabricóse este fuerte un sábado primero día del mes de octubre de 1580, cuyo edificio se acabó dentro de pocos días, por ser estas fortalezas de Chile de poco aparato y ruido respecto de no usar los indios de piezas de batir ni otras máquinas bélicas para derribar murallas. Hecho esto, salió con sesenta hombres a dar una vuelta por la tierra y halló muchos indios reducidos nuevamente a la paz, entre los cuales estaban don Pedro Guiaquipillan y don Martín Chollipa, que habían dejado a don Cristóbal Aloe su consorte en una estacada con otros muchos indios de guerra. Y para allanar de una vez estas reliquias de estos rebelados, se partió para la Isla donde estaba el campo de los españoles, llamado con este nombre por estar entre dos ríos que casi la cercan del todo. Habiendo pasado el río Bueno, juntó cosa de ochenta hombres y despachó los cincuenta de ellos al capitán Gaspar de Villaruel, a la parte donde estaba la palizada de los rebelados; los cuales se alborotaron viendo inclinarse hacia aquel lugar los españoles armados entendiendo que iban contra ellos. Mas como el intento de los nuestros era defenderse, enviaron un mensajero que los sosegase diciendo que ellos no venían a proseguir la guerra, sino a comenzar la paz, y para tratar de esto más fundamentalmente envió el capitán a decirle a don Cristóbal Aloe que se asomase en parte donde pudiesen hablarse rostro a rostro, para acabar de una vez con esta pesadumbre. Comenzaron a hablarse los dos dando y tomando por largo rato, insistiendo

el capitán Villarroel en que se rindiesen los de dentro, con algunas razones que les quitaban el miedo, y en particular en persuadirles a que el gobernador estaba enterado en las causas de su alzamiento, las cuales eran agravios que les hacían los españoles, y muchas injusticias de parte de los jueces. A todo esto iba respondiendo el indio ya con palabras de sumisión y rendimiento, ya con bravatas y retos no acabando del todo de declararse: antes cojeaba a la manera que lo hacían los profetas de Baal cuando los argüía el profeta Elías, diciendo: «¿Hasta cuándo habéis de cojear en dos partes? Si sois de Dios, sujetaos a Dios; y si de Baal, acabad ya de declararos por suyos.» Iba con Villarroel un cacique de aquel partido llamado don Juan Ibanvelei que se había reducido poco antes, habiendo sido en la conjuración con don Cristóbal Aloe. Este procuró persuadirle con muchas razones a que se dejase de andar en bandos pues veía la poca medra que de ello sacaba fuera de una perpetua inquietud y pérdida de hacienda y aun vidas de muchos de los suyos. Respondió don Cristóbal estas palabras: «No sé yo cómo tienes tú atrevimiento para parecer en mi presencia, pues fuisteis el atizador de este negocio que me metiste en la pelaza y después te saliste afuera dejándome en el garlito. Y lo que más siento es que habrás ido al gobernador a informarle siniestramente poniendo el negocio en derecho de tu dedo, y diciéndole mil mentiras para disculparte y cargármela a mí, habiendo sido todo al revés, pues fuiste tú el primer motor del desasosiego. Y si tú fueras hombre de término y circunspección de buen capitán, no hubieras dado la paz sin comunicarlo primero conmigo y con los demás a quien metiste en la danza, para que llevaras contigo al remedio a los que llevaste al daño. Y por no ser yo tan mal mirado como tú, no me quiero resolver sin comunicarlo primero con estos capitanes que están en mi compañía, para lo cual quiero tres días de término interponiendo mi palabra que al fin de ellos enviaré mensajeros al gobernador a declararle la determinación que saliese, que entiendo será a su gusto, respecto de estar toda esta gente con concepto de que es muy afecto su señoría a toda nuestra nación y nos conservará en rectitud y justicia con más entereza que los ministros de ella, que nos han irritado hasta hacernos salir de los términos de la razón, tomando armas contra los cristianos.»

Con esta respuesta se partió el capitán Villarroel con su gente concediendo al indio el plazo que demandaba, y habiendo llegado delante del gobernidor le dió razón de lo que se había negociado, el cual lo tuvo por bien, y mucho más por lo que mostró el efecto, pues dentro de los tres días cumplió don Cristóbal su palabra enviándole los embajadores prometidos. Vérdad es que no trajeron entera resolución sino algo confusa, diciendo que sus capitanes estaban deseosos de saber los nuevos conciertos que se habían de capitular con ellos sobre el servicio y tributos, de modo que no fuesen esclavos como hasta entonces. A esto respondió el gobernador que estaba satisfecho de la razón que tenían para sentirse, la cual era bastante para hacer reventar a cualesquier hombre prudente. Y que él interponía su palabra de remediarlo eficazmente, impidiendo las vejaciones y malos tratamientos que se les hacían. Y aplacando al embajador con algunos halagos, lo despidió enviándolo a su capitán con esta respuesta. Y para que no fuese todo palabras, comenzó luego a dar orden en el reparo, enviando visitadores que dispusiesen las cosas con traza que no causase ofensión a los indios, para lo cual puso los ojos en el capitán Pedro de Maluneda, burgalés, al cual envió a la ciudad de Valdivia, y en el capitán Alonso de Trana, natural de Ciudad Real, encargándole el distrito de Osorno. Habiéndose entretenido en esto algunos días, viendo que don Cristóbal andaba ronceando en acudir

con la paz prometida, se fué llegando hacia él con sesenta hombres de a caballo hasta ponerse junto a la fortaleza, Y como los indios entendiesen que iba con mano armada, se alborotaron con más miedo que vergüenza, y en particular don Cristóbal, el cual dió una voz diciendo: «¿Qué manda vuestra señoría?» Entonces tuvo Martín Ruiz asilla para decirle su pretensión, que era recibirlos pacíficamente perdonándoles todo lo pasado si se allanaban confiándose de su persona, donde no que dentro de tres días les haría guerra a fuego y a sangre, sin aguardar más largos plazos. Con todo eso no quiso don Cristóbal aclararse del todo; y por hablar más libremente por tercera persona, sacó allí a un mestizo que tenía preso llamado Pedro Mendoza, el cual dijo que el intento de los indios era pedir a su señoría tres años de descanso en los cuales fuesen reservados de tributar servicio personal para acudir en este tiempo al reparo de sus haciendas. Mientras estaban todos en estos dares y tomares, salió otro capitán llamado don Pedro Epoeman y se puso sobre la albarrada diciendo a voces: «¿Qué es esto, cristianos? ¿Qué habéis visto en éste don Cristóbal Aloe para hacer tanto caso de su persona tratando con él a solas los negocios de importancia, habiendo aquí tantos señores y valerosos capitanes en cuyas manos está la resolución de este caso?» Y en consecuencia de esto dijo otras muchas razones, en las cuales y las demás que se han apuntado se pasó gran parte del día sin determinar cosa de momento. Viendo el gobernador que era todo barbaridad y behetría, se fué mohino a su alojamiento que era un pueblo cercano al fuerte, llamado Villaviciosa, donde mandó edificar una fortaleza con su contrafuerte y cavas hondas y llenas de agua, el cual se comenzó un lunes postrero de octubre del mismo año de 80, y dentro de dos días se puso en él la última mano intitulándole el fuerte de San Pedro. Este hizo el gobernador para refugio de los indios reducidos que venían temerosos de los demás de su patria, poniendo en él cincuenta españoles que los defendiesen y amparasen. Fué este acuerdo muy acertado, por ser esta tierra muy poblada de gente necesitada, que es la que dijimos arriba ser llamada Isla por estar entre dos ríos que la cercan en cuyo medio hay muchos pueblos y entre ellos uno llamado Ranco, por el cual se llama este fuerte de San Pedro de Ranco.

CAPÍTULO XXV

Del cerco que pusieron los españoles a las islas de la Laguna y el rebato del fuerte de Chillán

Cuando el gobernador vino al edificio de este fuerte, trajo consigo dos piraguas que son a manera de barcas, las cuales se trajeron por tierra siete leguas con harta dificultad para echarlas al agua en esta laguna con designio de llegar a las islas que hay en ella. Y llegando a oportunidad de poder ejecutarlo, envió un caudillo con diez arcabuceros y la demás gente que cupio en las piraguas, el cual fué navegando hacia la mayor isla que tiene de boj cosa de cuatro leguas, donde hay doscientos indios que a la sazón estaban bien descuidados de esta entrada. Y antes que las piraguas llegasen a la isla, hallaron cuatro canoas grandes llenas de indios rebelados que iba a llevar bastimentos al fuerte de don Cristóbal Aloe, y dando en ellos los prendieron a todos, volviéndose con esta presa al gobernador el cual mandó que los llevasen al pie del fuerte donde ellos iban con otro semblante, y allí a vista de los suyos los pasasen todos a cuchillo sin dejar hombre a vida. Ejecutóse esto puntualmente de modo que los rebelados quedaron atónitos viendo tan

inopinadamente hacer esta matanza en la gente que ellos estaban esperando con vituallas. Y fué el sentimiento y lágrimas muy grande en todos ellos así por la afrenta que se les hacía, como por ver morir ante sus ojos a sus hermanos, hijos y mujeres, que habían salido a buscar con que mantenerse.

Por otra parte enviaba el gobernador ordinariamente algunos capitanes a correr la tierra desde el nuevo fuerte de San Pedro, y entre ellos al maestre de campo y a Rafael Portocarrero que daban frecuentes trasnochadas a los indios en las orillas de la laguna y a Quinchilca y Codico donde los dos tenían hechas sus albarradas, y él mismo se fué al fuerte despoblado de Lliben donde asentó su campo enviando desde allí al capitán don Pedro del Barco con veinte de a caballo, el cual topó con indios de guerra y peleó con ellos matando algunos, aunque al cabo se fué retirando por ver que cargaban muchos de refresco. No salió la gente española de esta refriega sin muchas heridas, y lo pasaran mucho peor si no llegara a tiempo a donde estaba el campo del gobernador con cincuenta hombres que hicieron espaldas a los veinte que iban maltratados. Después de esto comenzó el maestre de campo a bogar la laguna donde cogió quince canoas y las llevó al gobernador que las tuvo por gran presa por haber quitado a los rebelados los instrumentos que eran sus pies y manos, aunque no supo aprovecharse de este lance como se dirá en su lugar.

Así mismo, en la ciudad de San Bartolomé de Chillán, andaban todos de revuelta por haber dado sobre ellos una noche al cuarto de la modorra trescientos indios araucanos que andaban siempre capitaneados de un mulato que gustaba de pasar su vida entre esta gente. Y traía otra escuadra de a pie de otros tantos indios flecheros, todos los cuales mataron muchos indios de servicio y quemaron el pueblo haciendo todo el daño que pudieron, mientras los que estaban en la fortaleza se despabilaban los ojos y rebullían para salir en su defensa. Y universalmente en toda la tierra, excepto las ciudades de Santiago y la Serena, había cada día rebatos y encuentros con los enemigos y en particular en la ciudad de los Infantes donde tomaron los indios mucho ganado con un español llamado Diego de Mora. Y en San Bartolomé de Chillan hicieron lo mismo, matando a los indios de paz que podían haber a las manos y llevando a otros presos entre los cuales fué el cacique Reno después de haberse defendido valerosamente. De suerte que a donde quiera que el hombre volviera los ojos, no podía ver otra cosa que calamidades de las que este reino lleva de cosecha.

Y porque las islas de la laguna de Ranco eran el refugio de los indios y tomaban de ellas provisión para sustentar la guerra, envió el gobernador a su sargento mayor Alonso Rodríguez Nieto con doce hombres, los seis de ellos arcabuceros, para que entrasen en dos canoas a ver lo que había en la isla y destruir todo lo que pudiese ser de provecho para alimentar los rebelados. Salieron éstos del fuerte de San Pedro un lunes nueve de enero de 1581, y fueron bogando por espacio de una legua de golfo que hay entre la isla y tierra firme, en cuyo viaje les sobrevino un temporal de viento desgarrón que levantaba olas como en el mar, que les obligaron a arribar al fuerte. Tomó esto muy mal el gobernador no permitiendo que parasen allí una sola hora, y así se hubieron de volver travesando el golfillo con harta dificultad, hallando después otra mayor al tiempo de surgir en tierra, porque era la gente de aquel lugar tan astuta que se recogió toda en una

emboscada, de suerte que anduvieron los nuestros desatinados sin topar indio excepto uno cojo que por ventura era echado de propósito; éste comenzó a entretenerlos con muchas patrañas sin hablar verdad en cosa alguna hasta que vino a morir a puros tormentos sobre el caso, y estando los nuestros metidos en esta obra salieron de repente los de la emboscada, que pasaban de dos mil, y dieron sobre ellos repentinamente, donde se trabó una sangrienta batalla por no poder los españoles excusar la causa de haber los indios ganado por la mano en apoderarse de las piraguas dejándolos sin remedio de evadirse por alguna vía. Y aunque murieron casi todos vendiendo muy bien sus vidas, y en particular el caudillo que estando con las tripas de fuera no dejaba de pelear y animar a los suyos, con todo esto reservaron los indios dos soldados llamados el uno Pedro Cordero y el otro Martín Muñoz, natural de Cazalla, vara festejar con ellos la victoria, y queriendo celebrarla con más solemnidad, se fueron con ellos a la provincia de Niber, donde en medio de la fiesta y risa mataron al Cordero aunque no por ceremonia judaica, sino rito de los trofeos índicos. El otro soldado que era Martín Muñoz estaba en esta coyuntura echando la barba en remojo viendo pelar la de su vecino, teniendo por cierto que le guardaban para la tornaboda que había de ser para el día siguiente. Mas como el licor en que podía remojar la barba era tan abundante que remojó: las cabezas de los indios con tal cargazón que se quedaron todos tendidos por tierra, tuvo lugar para escabullirse sin saber dél los que no sabían de sí mismos. Y caminando de día a pie y descalzo por los lugares más montuosos y cerrados, y de noche por las sendas descubiertas, anduvo diez y seis leguas con excesivos trabajos de pasos impertransibles y ríos caudalosos que pasaba a nado arrojándose a ellos como quien no tenía otro remedio de su vida; de esta manera llegó al fuerte de San Pedro de donde había salido, y le halló despoblado por haber salido de allí el gobernador con recelo de los bríos que habrían de cobrar con esta victoria los indios comarcanos, en particular don Cristóbal Aloe, que estaba muy cerca de esta fortaleza. Grande fué la aflicción en que se vió el pobre caminante hallando tan donoso albergue y descanso después de tan estrecho peligro de la vida e intolerables angustias del camino; pero a más no poder hubo de caminar otras ocho leguas con las mismas dificultades, hasta llegar a la punta de la isla llamada el Pasaje de Juan Gómez, cuatro leguas de la ciudad de Osorno, a donde el gobernador había pasado sus reales, sabiendo por relación de los indios amigos que vinieron huyendo el desastre del sargento mayor y de los demás soldados, según queda referido en el discurso de esta historia.

Y para poner conveniente resguardo a lo que podía resultar de esta victoria de los indios, cuyo orgullo era tanto que andaban por toda la tierra haciendo ostentación de todas las cabezas de los españoles, mayormente de la del sargento mayor Alonso Rodríguez Nieto y de Felipe Díaz de Cabrera y Cristóbal Hernández Redondo que se habían señalado en la batalla, fabricó allí Martín Ruiz de Gamboa una fortaleza dejando en ella alguna gente para su defensa y guarda de la comarca: hecho esto se fué al embarcadero de Tanquelen en cuyo camino halló al maestre de campo Juan Álvarez de Luna con cincuenta españoles que estaban sacudiéndose el polvo por salir de una refriega que en aquel punto habían tenido con más de dos mil indios, matando gran parte de ellos con tres capitanes llamados Guaitopangue, Talqueperel y Renque, con lo cual, y la llegada del gobernador a tan buena coyuntura, hubo gran regocijo por largo rato hasta que Gamboa fué en

prosecución de su camino, quedando el maestre de campo para sustentar la guerra en todo el distrito.

En este tiempo andaba el capitán Baltasar Verdugo en la tierra de Ancud, términos de la ciudad de Osorno corriendo el campo con cuarenta hombres, donde padeció muchos trabajos por la dificultad y aspereza de los caminos y frecuentes encuentros que tenía con los enemigos sin cesar de perseguirlos de día y de noche; y universalmente por todas las ciudades de arriba y sus comarcas, andaban siempre corredores limpiando la tierra de adversarios, talándoles las sementeras y llevándoles los ganados para compelerlos a rendirse a pura fuerza de trabajos. Y en particular envió el gobernador a su alférez general Nicolás de Quiroga con alguna gente a la tierra de Chillan y al valle de Angol y Penco, donde se preparaban para dar sobre las ciudades de arriba. Y por otra parte envió al capitán Pedro de Olmos de Aguilera con provisiones para hacer gente y recoger mantenimientos de que tenía necesidad los que andaban en Arauco. Y sin detenerse más se partió el mismo mariscal a la provincia de Lliben, llevando por tierra un grande bergantín por espacio de quince leguas para echarlo al agua en la laguna de Ranco y entrar en las islas a castigar los rebelados que habían muerto al sargento mayor Alonso Rodríguez Nieto con su compañía. Y habiendo llegado a la frontera de Quinchilca y asentado de propósito los reales, envió a su maestre de campo con cincuenta españoles y doscientos indios a correr la tierra de Renigua destruyéndola toda, así gente como haciendas sin dejar cosa de provecho.

A este tiempo llegó nueva de que se había hecho justicia de don Pedro Guaiquipillan intitulado rey entre los indios, por haber acometido a los españoles que estaban en la encomienda de don Pedro Mariño de Lobera. Y juntamente con él, se dió muerto a otros muchos de su compañía los cuales se habían alborotado de puro aburridos de sufrir las molestias de algunos españoles, y en particular uno muy desalmado que los trataba como a perros, como lo hacen otros muchos en estos reinos. Tras esta nueva llegó otra más pesada de que toda la tierra por donde acababa de pasar, que era la de Marquina, se quería poner en arma para dar en los españoles. Para cuyo remedio mandó convocar todos los caciques que halló en mano un domingo, doce días del mes de marzo del sobredicho año, y les hizo una larga plática acordándoles como eran cristianos, y ofreciéndoles su favor de allí adelante para librarlos de las vejaciones de los encomenderos que les chupaban la sangre. Dicho esto mandó luego ahorcar diez de ellos los más indiciados, y puso algunos otros hasta que diesen descargo de sí, dejando ir a los demás libremente. Y quiso su ventura que un día después de este castigo, llegó otra nueva deque estaba ya declarado el alzamiento de Codico, estando los indios debajo de la bandera del bárbaro Guaichamanel que había muerto a su padre y a un sobrino suyo. Sintió mucho esto el mariscal Camboa, y para dar el debido castigo a los rebelados, despachó al capitán Rafael Porlocarrero en compañía de ochenta hombres con orden de que se juntasen con el maestre de campo Juan Álvarez de Luna y diesen luego en los enemigos, de los cuales iban topando algunas cuadrillas que iban con otros cuidados a entender en sus haciendas, y mataron a los varones haciendo algunas crueldades en las mujeres, como era cortarles los brazos, pechos y otras partes de sus cuerpos sin atender al detrimento de las criaturas que amamantaban ni a la piedad que profesa la ley de Jesucristo, sino solamente a ponerles terror y obligarles a rendirse.

CAPÍTULO XXVI

Cómo los españoles de Chile vendieron con título de esclavos a los indios cogidos en la guerra

Muy poca esperanza de quietud tenían ya las cosas en este tiempo, tanto que el gobernador tuvo por último el sacar de sus pueblos a los indios de paz de la provincia de Codico, trasponiéndolos en el valle de Callacalla y Andalue donde fuesen amparados con la asistencia de los españoles de la ciudad de Valdivia. Y aunque habían de sembrar en las tierras a donde se pasaban, hicieron el riego en la que dejaban con muchas lágrimas de sus ojos y gotas de sangre del corazón de verse sacar de sus naturales y dejar sus casillas y muchas de sus pobres alhajas que no podían llevar a cuesta sacando solamente las que sufrían sus espaldas. Y a vuelta de esto echaron mano algunos españoles de los indios a quien podían achacar alguna culpa del alzamiento, y llevándolos al puerto entre los culpados, los embarcaron para que fuesen vendidos fuera de sus tierras como esclavos cautivos en guerra lícita. Sobre lo cual hubo en aquella playa un llanto tan doloroso que la hacía estar mas amarga con las lágrimas que salada con las olas. Lloraron las madres por sus hijos, y las mujeres por los maridos, y aun los maridos por las mujeres, pues se las quitaban para esclavas de soldados y otras cosas peores que ellos suelen hacer teniendo en sus tiendas algunas mujeres. Y en esto hay hasta hoy grandes abusos saliendo cuadrillas de soldados a correr la tierra, alejándose del cielo por los desafueros que hacen, arrebatando manadas de indios para vender los muchachos y enviar las niñas presentadas a muchas señoras conocidas suyas: y así anda todo revuelto viviendo cada uno como le da gusto.

En particular salían en este tiempo Rafael Portocarrero con cuarenta hombres a correr el campo diversas veces, y por otra parte envió el gobernador a un mestizo llamado Juan de Almendras con trescientos indios amigos a las montañas que caen sobre la mar, para hacer estrago en los moradores de aquella tierra, pareciéndole que era expediente llevarlo todo a fuego y sangre apurando a los rebelados, pues no había remedio de atraerlos por otra vía. Y dióse tan buena maña el capitán, que trajo gran caterva de gente, dejando algunos otros muertos que pretendieron defenderse.

Hecho esto levantó el mariscal sus reales de la tierra de Quinchilca dejando con ella al capitán Martín Gallego, natural de Badajoz, que era de los antiguos conquistadores del reino. Y con esto pasó a Codico donde estaba su maestre de campo con sesenta soldados de presidio, donde tuvo nueva de que Martín Gallego había dado licencia a ciertos soldados de su compañía para irse a la ciudad de Valdivia; y tomando esto pesadamente, envió a un soldado cuyo nombre era Juan de Lisama a desposeer del oficio de capitán a Martín Gallego entrando en su lugar en este cargo, como lo hizo puntualmente, sentenciando al Martín Gallego a dos años de servicio personal en aquel fuerte bajando a simple soldado de capitán obedecido; y porque en el sitio de Codico no había ya indios poblados por haberse pasado a Callacalla, desamparó el gobernador la fortaleza poniéndole fuego para que no fuese de provecho a los enemigos. Y con esto se fué a los

llanos donde estaba el capitán Salvador Martín con alguna gente española para defensa de los indios pacíficos de la comarca. Era ya tiempo de Cuaresma del año de 1581, en el cual, con ocasión de las confesiones y predicación de un religioso de la orden del glorioso patriarca Santo Domingo llamado fray Pedro Beltrán que andaba entre los soldados, hubo alguna reformación en ellos, ayudándole el gobernador con su autoridad a extirpar las ocasiones de los vicios y solución de muchos que vivían desenfrenadamente.

Después de esto llegaron cartas de que en la ciudad de Santiago no habían querido obedecer al capitán Pedro de Olmos de Aguilera que había ido con provisiones para recoger veinte mil pesos de ropa con que se vistieran los soldados, echando una derrama entre los mercaderes donde todos contribuyan. Y demás de esto habían enviado los del cabildo sus procuradores al virrey del Perú don Francisco de Toledo para que remediase la vejación de los ordinarios tributos de esta tierra. Y sintió esto el mariscal tanto más gravemente, cuanto más graves eran las personas que intervinieron en ello, que fueron el doctor Azocar, teniente de gobernador, y el maestre de campo Lorenzo Bernal de Mercado que se embarcó para el reino del Perú, aunque con designio de que se le remunerasen en algo sus muchos y muy calificados servicios y hazañas. Por esta causa se partió luego el gobernador a la ciudad de Santiago con cuarenta soldados, dejando a su maestre de campo con ciento y veinte y al capitán de la fortaleza, que era Antonio Galleguillos, con otro razonable número. Cuando los de la ciudad supieron el viaje del gobernador, lo salieron a recibir un cuarto de legua en forma de cabildo yendo en el principal lugar el doctor Azocar como teniente general y justicia mayor del reino, al cual como llegase a pedirle las manos quiso el gobernador echárselas diciendo: «Sed preso de parte de su majestad»; pero como él respondiese que de parte de su majestad había mandato contrario, a esto

sacando una cédula en que le nombraba por justicia mayor del reino, se apearon luego el capitán Juan de Lisama, Nicolás de Quiroga y otros soldados y dieron con él de la mula abajo, y lo llevaron medio arrastrando a la ciudad, de donde fué llevado dentro de tres días al puerto de Valparaíso y desde allí a la ciudad de los Reyes donde gobernaba ya el virrey don Martín Enríquez.

CAPÍTULO XXVII

De la salida del gobernador con su ejército de la ciudad de Santiago, para proseguir la guerra en los términos de la Concepción y los Infantes

Llegado el tiempo de salir a la guerra por haber cesado las aguas, determinó Gamboa salir a ella en persona como siempre lo acostumbraba. Y para que el trabajo fuese de provecho, dispuso las cosas de manera que el maestre de campo andaba por el distrito de las ciudades de arriba que son la Imperial, Valdivia, Osorno y la Villa Rica, y él señaló para su campo los términos de Penco, Angol y Congoya, don. de están la ciudad de la Concepción, San Bartolomé de Chillan y los Infantes. Y para bastecer a sus soldados del aderezo y vituallas necesarias, echó derrama entre los mercaderes y otras personas en la ciudad de Santiago como también lo hizo su maestre de campo en la de Valdivia y lo han

hecho otros gobernadores ordinariamente librando la paga en la casa real para cuando tuviese de que pagar, placiendo a Dios que hasta ahora no tiene un grano de sobra. De más de esto mandó se preparase en el camino, en la provincia de los paramocoes, el mantenimiento necesario para el ejército; lo cual se hizo luego poniendo a punto tres mil quintales de bizcocho, cuatro mil tocinos, gran suma de cargas de cecina, muchos carneros y cosas de refresco, todo lo cual salía del sudor de los pobres indios sobre cuyos hombros cargaba el trajín de las cargas después de haber salido de sus costillas casi todo lo que había en ellas. Y aunque escribo esto en cual o cual coyuntura, no es porque no haya sido y sea cosa ordinaria en todos tiempos, sino por no repetirlo tantas veces dando enfado al lector, si lee por desenfado, o demasiada lástima si lee con deseo de saber el fruto que los cristianos han hecho en Chile acerca de la conversión de los infieles. Y por evitar este mismo fastidio voy pasando muchas batallas dignas de memoria y tocando superficialmente algunas otras que no fueron de menos ruido que las primeras, donde se pudieran celebrar los hechos de muchos valerosos soldados, pareciéndome que cumpla con advertir al lector que los encuentros de estos tiempos pudieran y aun debieran escribirse tan extensamente como los pasados, si el evitar prolijidad no fuera tan conveniente para la acepción y gusto de la lectura. En razón de esto apuntaré sucintamente el cerco puesto a la ciudad de Chillan por los indios araucanos y penquinos, cuyo capitán fué Buta Calquen, hombre de grande sagacidad y valentía, contra el cual salió el capitán Miguel de Silva con algunos soldados bien apercebidos y mató a muchos de los enemigos poniendo a otros en prisiones, volviendo el resto de ellos desbaratado en diez y siete días del mes de octubre del año de 1581. Y en el mismo tiempo salió el mariscal Martín Ruiz de Gamboa de la ciudad de Santiago con doscientos españoles y algunos indios amigos, llevando de camino el avío que les tenían preparado en los paramocoes, con que tuvieron sustento en abundancia para muchos meses que anduvieron por los confines de la Concepción, Angol y Congoya, haciendo suertes en los enemigos y pasando calamidades a vuelta de esto que fuera negocio largo referirlas. Y viendo el mal talle que llevaban las cosas de Chile y la poca esperanza de su remedio, envió al reino del Perú al capitán Rafael Portocarrero que era hombre de mucha suerte, así por su prosapia como por su persona, para que tratase con el vicerrey don Martín Enríquez el progreso de las cosas dándole cuenta por menudo de todas ellas, y pidiéndole algún socorro para no dar con todo al traste.

Apuntaré dos cosas que sucedieron en este tiempo en la ciudad de Santiago. La una fué una grande nube que apareció a prima noche, que tomaba desde la sierra que está a la parte del oriente hasta la costa del mar que cae al occidente, la cual era de color de sangre, y parándose por un rato, comenzó a echar rayos resplandecientes y largos a manera de lanzas; y demás de esto menguó la mar tan extraordinariamente, que se quedaron en seco dos navíos que estaban en el puerto. Lo otro fué que un hombre llamado Juan Caballero, mató a un hijo suyo de poca edad sobre lo cual pedía justicia su mujer y madre del muchacho, sin que fuesen poderosas con ella las muchas intercesiones de personas graves para que desistiese de la querrela, hasta que en efecto ahorcaron al marido. No es cosa nueva en el mundo haber muerto muchos padres a sus hijos como se lee en las historias, pues consta de la de Plutarco que Epaminondas mató a su hijo Stesibrotos, Erichon a su hija, y también Lisimaco mató a su hijo Agatocle, y Ptolomeo al que le nació de Cleopatra su hermana, y finalmente Deyotaro a muchos que engendró

excepto uno. Pero el haber muerto muchas mujeres a sus maridos ha sido y es tan ordinario en el mundo, que no es menester recurrir a los historiadores, aunque no se halla poco de esto en sus libros. Notorio es que Laudisea mató a su marido Antíoco, Fabia al suyo llamado Fabio, Agripina a Tiberio, Lucila a Antonio Vero, y por abreviar concluiré con lo que refiere Volaterrano que las treinta y dos hermanas de Albina hija del rey de..... mataron a sus maridos como cosa que lo tenían por clima.

CAPÍTULO XXVIII

Del fin del gobierno del mariscal Martín Ruiz de Gamboa, y la salida de los obispos al concilio provincial de Lima

Habiendo estado algunos días el gobernador en San Bartolomé de Chillan procurando traer de paz a los indios circunvecinos, supo cómo en las ciudades de arriba iban las cosas de mal en peor cada día por la gran fuerza de enemigos que los combatían. Y como era tan amigo de acudir en persona al lugar más necesitado, partió luego con todo su ejército para remediar esto en cuanto le fuese posible. Y llegando al río de Nibiquiten, hallaron cierta frutilla a manera de garbanzos la cual nunca se había visto otras veces que por allí habían pasado los españoles; y así se tomó experiencia de ella como de fruta nueva, mostrándose ella misma en sus efectos, pues dentro de cuatro horas caía muerto cualquiera que había comido de ella. Y no hallando otro regalo mejor que este, se fueron marchando hasta los Infantes, de donde salieron algunos capitanes a correr la tierra haciendo ejemplares castigos en los rebelados. De aquí pasó la gente a la Imperial donde se empleó en los mismos ejercicios, sin dejar a los indios un solo día de sosiego ni tomarlo para sí en razón de acabar ya con tan prolija guerra. Finalmente distribuyó el mariscal sus soldados, enviando al maestre de campo con los ciento de ellos a correr las provincias de Lliben, Ranco y Mague quedándose él con otros ciento alojado en los llanos de Valdivia donde tenía frecuentes guazavaras y rebatos. No fué de poca utilidad para el sosiego de muchos indios la prisión de uno de ellos llamado Butacalquin, que era de grande valor y estima y guiaba la danza de los araucanos; el cual como se viese en cadenas ablandó el corazón cual otro rey Manasés, según mostraba en las señales exteriores, y por medio de algunos mensajeros atrajo muchos indios a la paz en la provincia de Chillan y estados de Arauco. En este tiempo se convocó en la ciudad de los Reyes del Perú concilio provincial donde se hallaron los obispos de todo el reino, y del de Tucumán, Quito y Chile. Y fué negocio de mucha importancia para el asiento de la doctrina que se enseña a los indios, por haberse hecho catequismo en todas lenguas de las más generales de estos reinos. Para esto salieron de Chile don Diego de Medellín obispo de Santiago y el de la Imperial don Antonio de San Miguel, ambos del hábito de San Francisco, los cuales embarcaron en el puerto de Coquimbo a los 25 días del mes de junio de 1582. Y estuvieron más de dos años sin volver a sus obispados por haber durado mucho el concilio.

Y llegado el mes de octubre del mismo año, hicieron los indios consulta general de guerra en el lebo de Taleaguano, orillas del río grande de Biobio, donde según sus ceremonias se subían los principales capitanes y consejeros sobre una columna de madera para que todos oyesen su razonamiento estando sentados en el suelo como es costumbre en todas

las Indias generalmente. Y subiendo el primer adalid llamado Almilican comenzó a detraer de los cristianos y a la tercera palabra enmudeció, quedando absorto y con los ojos fijos en el ciclo; y estando los demás suspensos por muy largo rato, salió el que había de hablar después de él, y le preguntó la causa de tan extraordinario espanto; a lo cual respondió que estaba mirando una gran señora puesta en medio del aire, la cual le reprendía su delito, infidelidad y ceguera; a cuyas palabras respondieron todos con los ojos levantándolos a lo alto donde vieron a la gran princesa que el capitán les había dicho. Y habiéndola mirado atentamente bajaron luego las cabezas quedando por media hora tan inmóviles como estatuas, y sin hablar más palabra se fué cada uno por su parte y se entraron en sus casas, sin haber hombre de todos ellos que tomase de allí adelante armas contra los cristianos. Y así se caminaba seguramente desde la Concepción a los Infantes sin haber estorbo en el camino con haber sido hasta allí el paso más peligroso de este reino. En el mismo tiempo tuvo el maestre de campo una sangrienta batalla con los indios de Ranco y Mague, de los cuales quedaron muchos muertos, y heridos algunos de los españoles que eran poco más de ciento. Y era tanta la calamidad de los términos de Valdivia, que ni se podía salir una legua de ella ni meter los mantenimientos y provisión que se traía por mar sin que saliesen pasados de cuarenta hombres a hacer escolta. Y aun con todo esto no caminaban bien seguros, como se experimentó en una salida que hizo el capitán Andrés de Pereda con su escuadra a los llanos circunvecinos, donde le mataron a él y algunos de los suyos, escapándose los demás por la ligereza de los caballos. Y a este paso andaban cada día los asaltos y desasosiegos sin haber punto de reposo.

Resumen

De las obras que el mariscal Martín Ruiz de Gamboa, hizo en Chile en el tiempo de su gobierno con algunas de las cualidades de su persona y prosapia

Martín Ruiz de Gamboa, hijo de un hermano segundo de Martín Ruiz de Avendaño cabeza de bando en Vizcaya, salió de casa de su padre de muy poca edad el año de 1548. Y anduvo en las galeras de don Bernardino de Mendora, con principios que daban muestra de lo que había de ser. Después pasó a las Indias con una prima suya llamada doña Ana de Velasco, mujer del mariscal Alonso de Alvarado. Y estando en la ciudad de los Reyes del Perú se ofreció ocasión de pasar a Chile en compañía de su primo don Martín de Avendaño, a quien envió el vicerrey don Antonio de Mendoza con cien hombres de socorro. Estando en este reino sirvió mucho a su majestad en todos los lances que se ofrecieron sin perdonar ocasión a que no saliese. Por lo cual se le dieron algunos pueblos de indios en encomienda, aunque no tantos como sus obras merecían. Andando el tiempo le casó el general Rodrigo de Quiroga con una hija suya natural, criada en mucho regalo, la cual había sido casada con el capitán don Pedro de Avendaño. De aquí tuvo ocasión de ser general de este reino donde tuvo por muchos años casi toda la administración del gobierno por estar ya su suegro muy viejo y cansado de las antiguas batallas. Y así cargaba todo el peso sobre los hombros del Martín Ruiz dos veces que fué gobernador Rodrigo de Quiroga, ultra del tiempo en que lo fué el mismo Martín Ruiz como consta de la historia. Fué hombre valerosísimo en las cosas de la guerra y gobierno, y muy puntual en salir a las batallas por su persona, sin impedirle la vejez cuando llegó a

ella. Era muy templado en el comer y beber, y juntamente con esto era para mucho trabajo con estar lisiado de las piernas y brazos de los muchos encuentros que había tenido en cuarenta años que estuvo en fronteras de enemigos. Tomóle la residencia don Alonso de Sotomayor, comenzando a pregonarla en Santiago estando el mariscal en Valdivia. Y fueron tantas las exorbitancias, tan desaforadas las sinrazones, tan patentes las injusticias, tan graves las atrocidades que se le acumularon, que parecía piadoso castigo cortarle diez cabezas si diez tuviera. Como quiera que en realidad de verdad le estuviera muy bien tenerlas para recibir en ellas diez coronas. En lo cual se vino a desengañar el nuevo gobernador sacando la verdad en limpio. Y sabiendo que la primera información se fundaba en pasiones de los vecinos, señores de indios, por haber el mariscal puesto tasa en los tributos, de lo cual se ofendieron mucho porque querían llevar los réditos a boca de costal sin cuenta ni razón, como hasta entonces lo habían acostumbrado chupando la sangre a los desventurados indios de sus encomiendas. Y también porque echaba derrames para sacar ropa y, mantenimientos para los soldados, ordenando que los vecinos los sustentasen o acudiesen por sus personas a la guerra; lo cual experimentó don Alonso ser muy excusable so pena de dejar a los enemigos a su albedrío, pues no pueden los soldados pasarse sin comer ni tienen otra parte de donde les venga. Y así, habiéndolo considerado todo, juzgó al mariscal por hombre cabalísimo en su oficio, como lo era.

PARTE TERCERA DEL TERCER LIBRO

En la cual se trata del estado de las cosas de Chile desde el año de 1583 hasta el de 1592, en que gobernó don Alonso de Sotomayor, del hábito de Santiago.

CAPÍTULO XXIX

De la entrada del comendador don Alonso de Sotomayor en Chile a gobernar el reino

Habiendo corrido tres años después de la muerte de Rodrigo de Quiroga sin gobernador propietario, proveyó su majestad en este oficio a don Alonso de Sotomayor del hábito de Santiago, persona muy calificada y de larga experiencia en cosas de guerra por haberse hallado en las alteraciones de Flandes y en algunos lugares de Italia, donde había servido a su majestad con mucha satisfacción de su persona. El cual, con deseo de entrar con buen pie, procuró traer consigo lo que era más necesario para este reino, que fué gente de guerra para socorro de la que estaba en ella muy cansada; y para esto alzó bandera e hizo lista de soldados nombrando por sargento mayor a Francisco del Campo, soldado viejo de Flandes, y por capitán a Alonso García Ramón y a Francisco de Cuevas. Y pareciéndole que sería acertado tomar nuevo rumbo, dejó el camino cursado por donde se viene a Nombre de Dios, y Panamá, y la ciudad de los Reyes y desde allí a este reino, por excusar el paso de dos mares y tantas embarcaciones, y se vino por el Brasil con intento de entrar por el estrecho de Magallanes. Pero como el tiempo les fuese contrario y el paso de suyo muy peligroso, mudó parecer y se fué entrando por el gran río de la Plata navegando por él hasta el puerto de Buenos Aires; y algunos días antes de llegar allí descubrieron una

isla llamada San Miguel, a donde envió el gobernador al capitán Francisco de Cuevas con sesenta hombres para descubrir lo que en ella había. Eran los indios de esta isla astutos y nada noveles en ver españoles, porque antiguamente habían muerto de una vez doscientos de ellos, y queriendo hacer también ahora una buena suerte se escondieron todos, de modo que los cristianos juzgaron estar la isla despoblada, y así anduvieron seguramente sin temor de adversarios, y en particular acudieron algunos a cierta laguna donde había tantos peces que los cogieron fácilmente con alfileres encorvados a modo de anzuelos; y como los indios estaban a la mira acechando a los pescadores para pescarlos a ellos mismos, en viendo dos o tres solos salían a ellos y los arrebatában, llevándolos en volandillas para trasponerlos donde comiesen de sus carnes; y de esta manera cogieron veinte sin que ninguno de ellos se escapase.

Y porque de los cuatro navíos que don Alonso traía quedaba el uno algo atrasado, dejó toda su gente en Buenos Aires para que esperasen a los de aquella nave y él se partió con solos ocho españoles dejando por cabeza de su ejército a don Luis de Sotomayor su hermano, y con él a Francisco del Campo con cargo de coronel como después lo fué en Chile, y a don Bartolomé Morejón por alférez de Francisco del Campo. Largo sería de contar el discurso y calamidades de este viaje por haberse tomado por caminos no acostumbrados hasta llegar a la ciudad de Mendoza en la cual entró el comendador algunos días antes que su gente, que fueron a los doce de abril de 1583. Y porque habían de pasar muchos días mientras llegaba su campo, y había cuarenta leguas de asperísimos caminos desde la ciudad de Mendoza hasta la de Santiago, despachó mensajeros con papeles en que nombraba cinco personas con títulos de comisarios para que en su ausencia asistiesen a las cosas del gobierno con el mariscal Gamboa, que fueron: Lorenzo Bernal de Mercado, el capitán Pedro Lisperger, el capitán Barrera, el capitán Diego García de Cáceres y el capitán Ordóñez. Y entre otras cosas que los envió a encargar fué la más principal lo que tocaba a la tasa puesta por el mariscal Gamboa de que le habían dicho grandes cosas y había dado grande estampido como negocio muy perjudicial a todo el reino. Estas se juntaron en ausencia del mariscal que estaba en Chillan, y pidieron pareceres a los principales letrados del pueblo y en particular a fray Cristóbal de Ravaneda, provincial y comisario de la orden del seráfico patriarca San Francisco, el cual lo dió por escrito extensamente inclinándose a que no hubiese tasa, por parecerle que así los encomenderos como los mismos indios, lo llevaban con pesadumbre. Y la causa era porque los encomenderos pretendían sacar lo más que pudiesen sin peso ni medida, y los indios sentían esto menos por darlo poco a poco y menos perceptible, de suerte que aunque al cabo del año habían dado mucho más de la tasa, lo tenían por menor daño respecto de no ponérseles por delante aquella mohina de decir: tanto hemos de dar necesariamente aunque no queramos.

Llegado el mes de septiembre entró el nuevo gobernador en la ciudad de Santiago, día de San Juan que cae el 19, según el orden de la adición de santos que puso el Papa Sixto quinto. Fué recibido con grande aplauso de todo el pueblo, llevándole el caballo de rienda por la plaza el corregidor que a la sazón era el maestre de campo Lorenzo Bernal de Mercado. Y luego se dió principio a las fiestas guardando parte de ellas para cuando llegase el resto de la gente que venía con don Luis de Sotomayor. Mas no pudo ser esta llegada tan breve por las innumerables dificultades que había en este camino de

escabrosos pasos y no tolerable hambre, la cual llegó a tal extremo que comían las abarcas poniéndolas al fuego para que se ablandasen algún tanto. Y entre otros peligros en que se vieron fué el que diré ahora digno de ponerse en historia así para que se vea la industria y ánimo de estos soldados, como para aviso de los que en adelante podrían verse en ocasión de aprovecharse de esta traza; y fué que llegando al cuarto río que llaman de Tucumán entraron por una larguísima..... llena de una especie de paja que crece en esta tierra muy espesa y alcanza a cubrir un hombre. Estaban en ella algunos indios mal intencionados los cuales pusieron incendio en viendo pasar a los españoles para que los alcanzase y quemase a todos por no haber lugar raso a que acogerse. Acertaron, por mejor decir erraron en esta coyuntura, en ir unos divididos de otros en dos cuadrillas, de suerte que en breve tiempo alcanzó el fuego a los atrasados, los cuales viendo que el aire le llevaba a ellos y había de ser más ligero que sus pies, dieron la vuelta hacia el mismo fuego y lo pasaron de carrera trasponiéndose de la otra banda, donde ya no había sino ceniza aunque no acababa de apagar del todo. Y por más diligencia que hicieron en taparse los rostros y correr apriesa, con todo eso quedaron tan lastimados, que aquella noche murieron cinco de ellos y después fueron muriendo poco a poco otros siete, quedando los demás desollados sin recuperar su salud por muchos días. Y como el fuego corría con tanta velocidad, llegó brevemente a vista de los que iban delante, los cuales viendo que habían de ser presto alcanzados, consultaron lo que se podía hacer en tan manifiesto peligro donde sin duda lo pasaran tan mal como los referidos, si no fuera por la industria de un soldado a quien inspiró nuestro Señor que encendiese, como en efecto encendió con la mecha del arcabuz, el mismo lugar donde llegaban, de suerte que el viento que los seguía de espaldas llevó la llama hacia adelante, yéndose ellos poco a poco tras ella entrando por las cenizas que dejaba, de modo que cuando llegó el fuego que les venía dando alcance, no halló paja en que prender por haberse ya quemado con el incendio que ellos pusieron, y así cesó allí sin poder acudir más, quedando la gente libre de este enemigo dejando correr la llama que iba adelante y no podía serles detrimento.

Por estas dificultades llegaron harto destrozados a Santiago donde fueron bien acogidos y se acabaron las fiestas que estaban guardadas para cuando ellos llegasen. Y queriendo el gobernador dar principio a las cosas de su oficio, los mandó aprestar para la guerra, y envió por otra parte al capitán Pedro Lisperger a la ciudad de los Reyes del Perú, para que diese cuenta los odores de aquella audiencia, que gobernaban por muerte de don Martín Enríquez de la venida de esta gente y del mismo gobernador, y también para que determinasen lo que pareciese más conveniente acerca de la tasa que había puesto el mariscal Martín Ruiz de Gamboa, llevando para ello los pareceres que se han tocado.

CAPÍTULO XXX

De la entrada del coronel don Luis de Sotomayor en Angol, y la del gobernador en la Imperial y Ranco y las batallas que allí se tuvieron

Estaban las cosas de la guerra tan necesitadas de socorro, que no dieron lugar a que los soldados recién venidos descansasen muchos días ni el gobernador lo permitió, antes hizo luego reseña de la gente de guerra que halló en la ciudad y de la que él metió en ella, y dió traza en que se le diese algún socorro de mantenimiento y vestidos para que por falta

de esto no la hubiese en lo principal que el pretendió. Y para que desde luego comenzasen a marchar confirmó en el oficio de coronel a don Luis de Sotomayor su hermano, y a Francisco del Campo nombró por maestre del mismo campo; y así mismo a don Alonso González de Medina por alférez general, y, por capitanes a don Bartolomé Morejón y algunos otros que lo habían sido en este reino. Y deseando acabar de una vez con todas las cosas que tenía que entablar acerca del gobierno, especialmente nombrar corregidores para todas las ciudades, de suerte que no tuviese para qué volver a Santiago dejando las fronteras, determinó detenerse algunos días encomendando el ejército aprestado con doscientos y cincuenta hombres al coronel su hermano, que era lo mismo que ir en él su misma persona. Y habiendo marchado casi noventa leguas pasando por la Concepción, Chillan y los Infantes, llegaron a la quebrada Honda donde hallaron gran fuerza de enemigos con los cuales trabaron una encendida batalla, de donde los sacó nuestro Señor victoriosos con pérdida de un solo español con haber muerto un grueso número de enemigos. Y plugo a Su Majestad que doce hombres que venían de la Imperial acompañando a unas señoras principales, llegaron a la quebrada al mismo tiempo que andaba la refriega, en la cual ayudaron y fueron ayudados de los suyos, sin detrimento de las mujeres que a llegar un poco antes o después, dieran sin duda en manos de los adversarios. Halláronse en este lance con actual oficio de capitanes, de más de los referidos arriba, Tiburcio de Heredia y Francisco de Palacios que tenían compañías en este campo.

Al cabo de algunos días salió el gobernador de Santiago en busca de su ejército que andaba corriendo los términos de Angol, y habiéndolo recogido, se entró con él en la Imperial, donde dividió su gente para enviarla por dos partes. Con la una fué el coronel a la provincia de Ranco y Lliben, y por la otra el mismo gobernador a dar por las espaldas de estas dos provincias llevando consigo al capitán Rafael Portocarrero, por ser persona de mucho valor y experiencia en las cosas de esta tierra. Estaba en el camino de estas provincias una fortaleza donde se habían encastillado los enemigos, la cual fué acometida de los nuestros; mas era tan inexpugnable, que se hubieron de retirar con pérdida de un soldado yendo los enemigos en el alcance, cuyo ímpetu iba deteniendo don Bartolomé Morejón que iba en la retaguardia.

CAPÍTULO XXXI

Cómo el maestre de campo Lorenzo Bernal de Mercado fué con un ejército a descubrir ciertas minas donde tuvo una famosa batalla

Ninguna vez se ofreció ocasión en Chile de algún descubrimiento de minerales que no acudiesen los españoles a esto por más dificultades y estorbos que interviniesen, y por más encendida que anduviese la guerra en otras partes. Puede ejemplificarse esto en el presente lance que tratamos de tiempo en que la guerra no aflojaba un solo punto; y con todo eso saliendo la voz de que se habían hallado minas de oro muy ricas de esperanzas dél, empleó el gobernador en esta ocupación a la persona más substancial en la milicia, que fué el maestre de campo Lorenzo Bernal, enviándole a esta empresa con doscientos hombres bien armados por haber de caminar sierapre por pasos peligrosos. Caminó esta

gente algunos días por entre innumerables dificultades, así de asaltos de enemigos que por momentos iban atropellando, no pasándose día sin rebato, como de extraordinaria aspereza y escabrosidad, los cuales eran tan cerrados de montaña, que sucedía a las veces pasarse día de sol a sol sin haber caminado más de media legua, y era abierta a fuerza de hachas y calabozos. Y en particular desmontaron una vez cierta vereda que era una cuchilla altísima sin reparo de una y otra parte, de tanta estrechura, que en declinando un pie a cualquiera de los dos lados se despeñara la persona en mar de profundidad, y era una legua el trecho que habían de caminar por esta angostura. Mas aunque pasaron todos estos infortunios y otros mayores caminando a pie y descalzos y perdiendo muchos caballos que se despeñaban en los riscos, mas todo se les hizo fácil y se sufrió enteramente con la gran prosperidad de las minas donde en lugar de oro hallaron muchos indios de guerra con los cuales tuvieron una sangrienta refriega, mayormente el capitán Juan de Campo que llevaba la retaguardia. Y habiendo salido de este conflicto dejando desbaratados los enemigos, se volvieron por donde habían ido, pasando no solamente por la cuchilla, sino también por muchos cuchillos de los contrarios que ya los estaban aguardando para cogerlos a manos en este paso donde los españoles no eran dueños de sus personas. Puso mucho temor a los nuestros el sentir esta celada y el haberles dicho un indio el día antes que se hartasen de ver el sol porque quizá no lo verían más que aquel día. Lance fué este en que se vió Bernal en la mayor perplejidad que jamás se había hallado, por ser forzoso el haber de pasar y no haber otro paso sino este de que tratarnos. Y habiéndolo encomendado a nuestro Señor muy de veras él y todos los suyos, envió tres compañías de soldados con los capitanes Juan de Gumera, Melchor de Herrera y Juan de Ocampo, para que al cuarto del alba tornasen lo alto de la serranía y desde allí amparasen a los que fuesen pasando y reprimiesen el ímpetu de los indios. Ejecutóse esto como estaba trazado, y después fué marchando el resto de la gente por la cuchilla donde salieron los indios como leones por cima de ellos dejando caer muchas piedras de grande magnitud que se llevaban los árboles tras sí cuanto más los hombres, los cuales se iban asiendo de las ramas para pasar adelante sin poder emplear las manos en otra cosa. En esta coyuntura se vieron los nuestros en tan grande aflicción que tuvieron por admirable refugio un peñasco que allí estaba, donde se arrimaron todos a esperar la muerte si no intervenía algún auxilio del cielo. Viendo esto los cristianos que estaban en la parte superior de la sierra, aventuraron sus vidas arrojándose entre los contrarios no reparando en las ventajas que había de su parte, y dando en ellos con toda furia se encendió una brava guazabara donde se derramó mucha sangre de ambas partes poniéndose finalmente los indios en huída viendo que les tenían tomado lo alto de aquel puesto de donde salieron los nuestros libres y tan sin impedimento de cosa alguna, que ni aun un grano de oro trajeron a sus casas. Este fué el felice suceso de esta entrada, después de haber pasado aguaceros, nieves, hambres y asperezas.

CAPÍTULO XXXII

De las batallas que el gobernador tuvo en Arauco, Puren, Talcamavida, Mareguano y Biobio, donde fundó dos fortalezas

El año de 1584 juntó don Alonso de Sotomayor la más gente que pudo para la guerra, que habiendo hecho reseña junto al bebedero de Quinel, halló ser cuatrocientos hombres de

pelea, y por haber muchos años que no entraba español en las quebradas de Chipimo, donde los indios eran muchos y muy belicosos, envió al sargento mayor Alonso García Ramón con orden de que no dejase hombre a vida de cuantos pudiese haber a las manos en aquella tierra. Dióse tan buena maña este caudillo, que cogió a los indios descuidados y dió en ellos con toda su furia sin perdonar niño ni mujer que topase por atemorizar a los demás con tan áspero castigo, y habiendo muerto hasta doscientas personas, se volvió con el pillaje a la ciudad de los Infantes.

Estaba allí a la sazón el gobernador, el cual salió con trescientos soldados a la ligera para correr toda la tierra entrando por Puren y saliendo por las haldas de Mareguano; en el cual viaje ultra de los muchos daños que hizo a los rebelados, tomó noticia de la tierra para en adelante. Después de esto corrió las provincias de Guadaba, Puren, Licura, Tucapel del viejo y nuevo, Arauco y Andalican, haciendo graves castigos en los indios de aquellos lugares. Finalmente vino a salir por una loma llamada Longonaval donde estaban los enemigos encastillados en una fortaleza. Para desbaratar este fuerte, se adelantó el sargento mayor y puso su gente en orden llevando él retaguardia, y tuvo una gran refriega con los indios desbaratándolos en breve tiempo aunque salieron algunos de los nuestros heridos, y en particular el capitán don Juan Rodolfo que llegó a punto de muerte. En esta batalla quedó preso el general de los indios que era un mestizo llamado Diego Díaz, hombre facineroso y confederado con un mulatoque capitaneaba otra gran cuadrilla de forajidos, del cual dió noticia en su confesión este mestizo. Y deseando el sargento mayor Alonso de García hacer suerte en el mulato, fué luego a buscarle a donde el mestizo le dijo que estaba y llegó a verse con él desde lejos, aunque no pudo prenderle, porque en viendo él a los españoles se arrojó en el río de Biobío en el cual se escapó de sus manos.

De aquí se fué el mulato a Mareguano donde juntó seis mil indios que para estos tiempos era excesivo número, así por estar muy diestros en las batallas como por haber ya tan pocos en el reino; supo esto el gobernador y recogiendo toda su gente se fué a poner en el sitio que le pareció más oportuno en la provincia de Mareguano para desbaratar la junta de los adversarios. Mas como lo que el mulato pretendía no era otra cosa sino tener a la vista a los españoles, tuvo esta por felice suerte, pareciéndole que la había de hacer en ellos buena. Y deseando reconocer los rincones y entradas y salidas de los reales para entrarse por ellos determinadamente, envió a un muchacho muy pequeño para que los descubriese y avisase. Este se puso en un cerrillo a cantar *sol fa mi re*, que lo sabía entonar muy bien por haber sido paje de un soldado músico que estaba en los reales. Acudieron a esta voz los centinelas y hallándole metido en su música le examinaron y pusieron ante el gobernador donde fué conocido y admitidas sus excusas de que había sido llevado contra su voluntad, y en esta ocasión venía con ella por haber podido escaparse de los enemigos. Todavía fué puesto en prisiones aunque con poca presunción de que en tan pequeño cuerpo pudiera haber tal engaño y astucia; mas era tanto lo que tenía de esto, que fingió haberle picado una araña dando muchos gritos, de suerte que movió a compasión los soldados, los cuales le quitaron los grillos y lo entregaron a su amo que lo curase. Pero el pago que le dió fué cogerle el hatillo que podía llevar a cuestas, saliéndose con él sin ser sentido a dar entera relación al mulato de lo que pasaba. Y llegó a tanto su destreza, que la noche siguiente: volvió por guía del ejército de los

pagainos, y metió un escuadrón por una calle de los reales yéndose derecho a ella con tanta presteza, que aunque la centinela los divisó y fué corriendo a dar mandado a los españoles, con todo eso entraron los indios tan presto como la misma centinela sin dar lugar a prevención alguna. Con este ardid y mucha diligencia, ganó este escuadrón toda la calle hasta llegar al cuerpo de guardia mientras los demás daban por otras partes de los reales sin dejar portillo a los españolas. Fué el aprieto en que ellos se vieron a este tiempo uno de los mayores que se han escrito en esta historia, por estar los nuestros tan descuidados y dormidos sin género de recelo. Mas con to do eso salieron al punto tan despiertos como si lo estuvieran de mucho antes, y se dieron de las astas con los enemigos con tanta furia de ambas partes, que hubo indio que pasó de una lanzada ambos arzones de una silla de armas y los muslos del que estaba en ella entre los pocos que habían acertado a subir en sus caballos. Plugo a nuestro Señor que en la calle por donde entraron los contrarios estuviese el sargento mayor Alonso García Ramón, el cual con su buena diligencia les impidió que ganasen el cuerpo de guardia, y también fué gran parte para ellos un arcabuzazo, que derribó al mulato adalid de las huestes índicas, con lo cual fué su ejército de vencida, siguiendo los nuestros la victoria hasta un río que estaba cerca de los reales. Los heridos de nuestro campo no fueron pocos, pero muchos más sin comparación fueron los heridos y muertos del bando contrario, lo cual fué de grande importancia para bajar los bríos y avilantez con que los indios andaban orgullosos.

Después de esta victoria se partió el gobernador con sú ejército a Millapoa donde fabricó dos fuertes uno enfrente de otro estando Biobio en medio paratener tomadas ambas vegas; lo cual fué de mucha eficacia para sojuzgar la tierra de ambas bandas y reprimir a los enemigos para que no se enseñoreasen de la comarca como solían.

CAPÍTULO XXXIII

De una batalla que tuvo Juan de la Cueva y otra el capitán Francisco Hernández de Herrera con los indios de Millapoa

Sintieron los indios íntimamente el ver que se iban fabricando los dos fuertes sobredichos, teniendo por cierto que habían de ser como esclavos de los españoles, y aun más avasallados que los mismos esclavos. Y ni les faltó razón, pues fuera de otros trabajos intolerables que padecen sirviendo a españoles, eran bastantes para apurarlos del todo los mismos ejercicios en que los ocupan para sustentar la misma guerra. Porque aunque no fuera más que las cargas que les echan en las escoltas y trajines, fuera negocio de mucha pesadumbre por ser tan frecuentes y sin remuneración alguna; tanto que un indio de Arauco a quien los españoles ocupaban cada día haciéndole llevar en una yegua suya muchas cargas de una parte a otra, vino a matar la yegua para que lo dejasen los que con achaque de aquella acémila le obligaban a que él lo fuese. Por esta causa procuraron estos indios de Millapoa y sus términos, que la fábrica de la fortaleza se impidiese. Y para esto se pusieron en emboscada junto al río en la parte que les pareció que habían de desembarcar los españoles que iban de la banda donde se había edificado el primer fuerte. Tuvo el gobernador sospecha de esto, y viéndole deseoso de sabor la verdad un soldado valerosísimo llamado Juan de la Cueva, se ofreció a pasar el río a nado, para ser

explorador fiel de lo que pasaba; y tomando una pica en la mano pasó el río de banda a banda y descubrió a los enemigos emboscados, los cuales más con deseo de que no volviese a dar aviso que de lo que podían interesar de quitarle la vida, salieron todos a él con mano armada. Mas era tanto su valor y coraje, que peleó con todos ellos y anduvo en la refriega algún rato, ganando o mereciendo ganar más nombre que Tideo hijo de Anco rey de Calidonia, el cual dando en manos de un escuadrón de tebanos que le estaban esperando emboscados para humillarlo, se tuvo con ellos y los mató sin dejar hombre a vida; y más fama que Aristómenes Meceno que mató trescientos lacedemonios sin haber hombre que le hiciese espaldas. Y lo que es de más admiración en este trance se debe referir a la vuelta que este soldado dió por el mismo río, abalanzándose a él con gran destreza al mismo tiempo que estaba peleando, sin dejar los indios de arrojarle en su seguimiento tirándole dardos y flechas, del cual peligro lo libró nuestro Señor para que diese aviso a los de su campo como le dió; de suerte que los indios desistieron de su intento y esperanza volviéndose a sus tierras.

De mediado el invierno salió el capitán Francisco Hernández de Herrera con algunos soldados a la escolta de hierba y leña, y topó en el camino una gran cuadrilla de indios que estaban emboscados aguardándole, y en viendo coyuntura salió un escuadrón de indios de a pie y otro de a caballo; que ya en estos tiempos hay muchos indios de guerra que manejan tan bien un caballo, y saben entrar y salir con él en cualquier oportunidad, como un caballero jerezano. Trabóse aquí una bravosa escaramuza que duró hasta que la noche sola fué parte para dispersarlos, habiéndose visto los españoles casi perdidos, de suerte que el capitán, como hombre que tenía la vida en los cuernos del toro, se arrojaba entre los indios a matar o morir peleando como un Hector y derribando hombres como un Aquiles. Cayeron en este conflicto cuatro españoles cuyas cabezas fueron cortadas por manos de los contrarios antes casi de caer en tierra. Llegó la voz de esta refriega a oídos de Juan de la Cueva que estaba cerca de aquel sitio, y como se hallase a pie y le pareciese que aguardar perentorias de aderezar el caballo sería el socorro que llaman de Escalona, o el que en nuestros tiempos van ya llamando algunos satíricos el socorro de España, cogió un caballo que halló a mano, y subió en él en cerro, y sin echarle freno sino con sola la jáquima, se fué a dar alcance a los indios, de los cuales alanceó muchos haciendo tantas bravezas que ya fuera bajarlo de quilates el traer a consecuencia los referidos arriba llamados Tideo y Aristómenes. Con esto se recogieron al fuerte de donde salió muchas veces don Alonso de Sotomayor en persona a correr la tierra, y otras sus capitanes haciendo graves castigos en los indios.

CAPÍTULO XXXIV

De las batallas de Ranco entre don Luis de Sotomayor y Francisco del Campo de una parte y de otra los indios rebelados

En tanto que don Alonso de Sotomayor andaba en los ejercicios sobredichos, hacía también el mismo oficio el coronel su hermano en los términos de Valdivia, Osorno y Ranco. Y como nunca acabasen de apaciguarse los indios que habitaban en las islas de la laguna, mandó hacer un barco para entrar en ella a castigarlos por fuerza de armas. No

estaban ociosos los soldados mientras el esquife se hacía, antes se ocupaban en frecuentes asaltos que daban a los indios comarcanos, siendo también acometidos muchas veces de los mismos indios. Y habiéndose hecho el barco se metieron en él algunos españoles y otros en balsas de madera, yendo delante el maestre de campo llamado Francisco del Campo en una piragua. Mas fué tan recio un temporal que sobrevino aquella noche en la gran laguna, que se trastornaron algunas balsas ahogándose ocho indios de nuestro bando y nueve españoles, de cuyo número fueron don Pedro de Medina y un sargento.

Viendo esta desgracia y el tiempo contrario, se volvieron todos los del barco y balsas cuyos capitanes eran Rafael Portocarrero y Juan de Contreras, precediendo el maestre de campo en su piragua. Por esta causa acordaron de acometer de día entrando en tres balsas tres capitanes, que fueron el maestre de campo don Bartolomé Morejón y Rafael Portocarrero; y por la parte de tierra acudió el coronel con su gente y dieron todos a una en la fortaleza de los enemigos alanceando muchos dellos y poniendo a los demás en huida hasta quedar el campo por los españoles y arruinada la fortaleza.

Después de esta victoria fabricó don Luís de Sotomayor un fuerte junto a la laguna, y saliendo de él a visitar las ciudades comarcanas, dejó allí al maestre de campo con razonable presidio. Eran frecuentes las veces que salían de este puerto los soldados a campear, y de la ciudad de Osorno salían a lo mismo los españoles que estaban en su guarda, lo cual también hacía el coronel en los términos de la Villa-Rica y Valdivia. Y habiéndose pasado en esto algunos meses, volvió a la fortaleza de Ranco y términos de Lliben donde los rebelados estaban contumaces en su porfía; por esta causa los perseguía con gran frecuencia saliendo a correr la tierra y destruyéndoles sus haciendas por hacerlos rendir a fuerza de vejaciones. En este lugar tuvo noticia de que en la punta de Ayllaquina andaba un indio valeroso con algunos escuadrones de a pie y de a caballo; y tomando consigo a los capitanes Pedro Ordóñez Delgadillo, don Bartolomé Morejón y Tiburcio de Heredia, dió una trasnochada a los enemigos y los desbarató y mató muchos de ellos ayudado de los indios amigos suyos que eran animosos y fieles; de aquí pasó a los términos de Villa Rica donde salía ordinariamente a campear él y sus capitanes, haciendo frecuentes suertes en los paganos sin parar de estos ejercicios hasta que se gastó en ellos todo aquel año.

CAPÍTULO XXXV

De la partida de don Luis de Sotomayor para España, y las batallas de Chipimo, Angol y Puren

Pareciéndole al gobernador que las provincias circunvecinas a Valdivia donde el coronel su hermano andaba tenían alguna manera de sosiego por estar los indios muy domados, y que era menester acudir con toda la fuerza a las partes de Arauco, acordó de sacar a su hermano de la guerra y enviarlo a España a dar cuenta a la majestad católica del rey don Felipe del estado de las cosas de Chile y pedirle socorro para ellas. Y habiéndolo llamado a Gualqui donde él estaba y despachándolo con sus criados, hizo nuevo nombramiento de oficiales de guerra con ocasión de su partida. El oficio de coronel dió a Francisco del

Campo y por maestro de campo nombró al sargento mayor Alonso García Ramón, señalando en su lugar a Tiburcio Heredia, y a Campo Frío de Carbajal por alférez general de su ejército. Y habiéndollo ordenado de esta manera salió a camppear por Guadaba y Mareguano, haciendo admirables suertes en los indios. Y como una vez se pasasen algunos días sin haber un indio a las manos para saber dél dónde estaba el campo contrario, salieron cuatro soldados a correr las haldas de Catirai con deseo de topar alguno.

A este tiempo estaba un indio de muy grande cuerpo y no menos fuerzas junto a una quebrada desollando un caballo para aprovecharse de los nervios dél para cuerda de su arco; divisó a este indio un soldado cuyo nombre era Cristóbal de Morales, de los más famosos de todo Chile, y batiendo las piernas al caballo, se puso brevemente en parte donde se oyesen a placer. Viéndole el indio tan cerca le dijo: «Perro, apéate de ese caballo», desafiándole a lucha de a pie no porque temiese al hombre de a caballo; porque sabía que en el lugar donde él estaba no era posible pelear de otra manera. Antes fuera cobardía el decirle al español que no descendiese, pues en tal caso tuviera el indio ventajas de su parte por estar junto a la ladera. A esto respondió el cristiano: «Pero ¿no tienes vergüenza de ponerte delante de mí que soy Morales el español?» Entonces replicó el indio: «Pues perro, ¿no tienes tú vergüenza de hollar mi tierra y pasar por delante de mis ojos, ni aun por distrito de mi patria siendo yo vivo? ¿No sabes tú que soy yo maestro de campo de toda esta tierra y me llamo Mellinango que quiere decir cuatro leones?» Oyendo esto Morales se bajó del caballo y hincando la lanza en tierra lo ató en ella de las riendas, y partió para el indio con ánimo de un César poniendo mano a su espada. Ya el indio había entonces tomado su lanza que era de treinta palmos y la tenía terciada de suerte que en llegando el español a tiro, hizo un bote con ella con que lo pasara de banda a banda si el soldado no fuera tan diestro en rebatirlo con la espada desviándose tan ligeramente que le ganó la punta de la lanza, y cerró con él tirándole una estocada que fué como dar en peña, porque la defendió un peto de cuero crudo que traía. Y siendo todo esto en un pensamiento, se abrazaron los dos con grande furia, excediendo el indio por más de tres dedos de cuerpo al español que era bien alto y fornido; y pareciéndole al bárbaro que él estaba más suelto, se dejó caer por la ladera llevando aferrado al español, y así fueron rodando abrazados los dos más de cuarenta estados hasta un lugar que era algo llano, sin dejar el indio la lanza por más vueltas que daba. Y quiso su ventura que acertase a caer sobre el cristiano; mas como no tuviese instrumento acomodado para matarlo, le echó un bocado en la garganta, aferrando los dientes en ella tan tenazmente, que ya el otro echaba la lengua de fuera y estaba agonizando. Pero con las ansias de la muerte extendió la mano y sacó un cuchillo que traía metido entre la pierna y la bota - como es costumbre- y con él dió siete puñaladas al indio por la barriga dejándolo muerto y quedando él tan aturdido, que no acertaba a quitarlo de sobre sí. Conoció yo a este soldado y vi las señales que traía y trae hasta hoy de los dientes que le clavó el indio: mas no fué solamente este el lance donde demostró su valentía, pues también hubo otros muchos donde hizo ostentación de ella; como fué en la batalla que el gobernador tuvo al pie de la cuesta de Villagrán con más de diez mil indios, donde peleó este soldado desnudo para mostrar que hacía poco caso de los enemigos, pues no se curaba de reparar con qué defenderse de ellos. Y después el año de mil y quinientos y ochenta y ocho, yendo a Guadaba en compañía del maestro de campo Alonso García Ramón con ochenta

hombres a una maloca, sucedió que acometiendo los indios con gran furia, cayeron en tierra el maestre de campo y otros dos soldados dando sobre ellos toda la fuerza de los enemigos sin hallarse cerca hombre que los guareciese más que Morales el cual se opuso a todo el ímpetu de los contrarios; y con sola su espada los reprimió y detuvo recibiendo muchas heridas y entre ellas una que le pasó de parte a parte, dando lugar con esto que los suyos se levantasen escapándose de tan manifiesto peligro.

Después de haber corrido las haldas de Catirai, se alojó nuestro ejército en Chipimo, donde hubo noticia de una gran multitud de indios contrarios que estaban esperando ocasión para hacer suerte en los nuestros. Pidió licencia el maestre de campo al gobernador para avenirse con ellos, y habida se puso con ochenta hombres en una emboscada cerca de los reales, dejando por allí algunos caballos de propósito para cebar los indios; y como después de esto fuese marchando y viesen los indios que llegaba a lo alto de un cerro, salieron dando alaridos y se pusieron en el sitio de donde había salido nuestro campo, amenazando desde allí a los nuestros que estaban en talanquera y cogiendo los caballos que estaban al parecer desamparados. A este tiempo salió el maestre de campo con los demás emboscados y dió sobre los indios de improviso, matando buen número de ellos al primer encuentro. Y luego se trabó la escaramuza con tanta destreza de ambas partes, que el ejército que estaba a la mira desde lo alto, tuvo aquel día hartos que ver, quedando finalmente los nuestros vencedores.

Pasados algunos días llegó el ejército a Puren donde el gobernador fabricó una fortaleza para salir de ella a campear la tierra. Sintieron mucho esto los enemigos, y juntándose en algunos escuadrones, cercaron el fuerte haciendo presa en los caballos y ganado para vengarse de los españoles. No fueron ellos lerdos en salir a quitarles el hurto de las manos, dándoles una guazabara con grande estrépito y gallardía, y en particular el maestre de campo acometió al escuadrón de los que llevaban el ganado y les dió en la cabeza matando los más de ellos poniendo a los demás en huída y quedando el campo desembarazado.

Ya era tiempo de que el gobernador visitase las ciudades que estaban en frontera de enemigos, y dejando al maestre de campo en este fuerte de Puren con doscientos hombres, se fué la vuelta de los Infantes con el resto de su campo, nombrando nuevamente por capitán a don Juan Rodolfo, hijo de Pedro Lisperger, por haberse señalado en diversas ocasiones y derramado sangre muchas veces por servir al rey. Y estando la gente española de partida en estos dos puestos, salían ordinariamente a campear por diversas partes uno de los Infantes con el gobernador, y otros del presidio de Puren con el maestre de campo que nunca dejaba de hacer maravillosas suertes en los indios. Viendo ellos que los nuestros estaban divididos, juntaron toda su fuerza en un ejército nombrando por general a Cadiguala, indio extraordinariamente fuerte y belicoso. Y fué tanto su atrevimiento, que llegó con su campo a la ciudad de los Infantes y le puso fuego con saber que estaba dentro don Alonso de Sotomayor con su gente. Salió el mismo gobernador en persona a esto con doscientos de a caballo; mas fué tan escasa la medra de este encuentro, que los indios pelearon sin recibir daño, antes lo hicieron a los nuestros matándoles un indio amigo llamado Caninango, que era capitán de los que seguían a los de nuestro bando. Hecho esto se fueron a dar en la fortaleza de Puren, lo

cual entendió luego el gobernador; y aprestándose con toda diligencia, salió con sesenta hombres a dar socorro al maestre de campo. Y como llegando una legua de la fortaleza fuese visto de los enemigos, acordaron de no acometer, aunque había entre ellos trescientos de a caballo y eran los de a pie en grande suma, porque como vieron que la ciudad quedaba con poca gente, pareció más acertado volver sobre ella y así lo pusieron luego por obra. Tampoco esto se le encubrió a don Alonso, ni fué menos diligente que ellos en volver a la ciudad a resistir al enemigo. Mas era tanta la gana que él tenía de emplear sus bríos, que tornó a revolver sobre la fortaleza llevando de camino cantidad de madera y otros instrumentos para escalarla; y habiendo llegado cerca de ella alojó su gente en sitio cómodo, haciendo una palizada para su defensa. Salió de allí el mismo Cadiguala con ciento de a caballo y se llegó al fuerte retando al maestre de campo con grandes blasones y soberbia; mas no se fué alabando de ello, porque saliendo los nuestros le desbarataron su ejército matando al mismo Cadiguala con muchos de los suyos. A este tenor se vivía en aquel tiempo en este fuerte de Puren, de donde salía el maestre de campo ordinariamente a campear la tierra hasta los Infantes, haciendo siempre buenas suertes.

CAPÍTULO XXXVI

De cierto motín que hubo entre españoles, y de las batallas que dieron los indios a nuestro maestre de campo en los Infantes

Llegábase ya el tiempo de salir el gobernador a visitar las ciudades de arriba, y para efectuarlo fructuosamente, ordenó que fuese el maestre de Campo por otra parte a las ciudades de la Concepción y Santiago para proveer entre otras cosas de bastimentos y municiones a los dos fuertes de Biobio, llamados el uno la Santísima Trinidad, el otro el Espíritu Santo. Y por ausencia del maestre de campo, quedó en su lugar en la fortaleza de Puren Tiburcio de Heredia, el cual enfermó dentro de pocos días con los muchos trabajos y poco alivio del lugar y tiempo. Viéndose algunos soldados pobres, hambrientos, afligidos y sin esperanza de remuneración de sus trabajos, acordaron de amotinarse, pues la persona de Alonso García Ramón estaba ausente, y el que tenía sus veces muy enfermo. Y el concierto entre ellos fué de esta manera, que tomando las mejores armas y caballos habían de ir a la ciudad de los Infantes y a la de Chillán y a los dos fuertes de Biobio, a llevar de camino algunos amigos suyos tan desesperados como ellos, y con toda esta fuerza habían de dar sobre la ciudad de Santiago saqueándola con mano armada para irse con todas sus riquezas al reino de Tucumán y aposeñarse de él como señores absolutos. No pudo esto apercebirse tan secretamente que no lo entendiese Tiburcio de Heredia, el cual llamando a algunos de los amotinados, les rogó fuesen por bastimentos a la Imperial donde el gobernador estaba, y para hacerlo seguramente, envió con ellos otros soldados de confianza y una carta para don Alonso escrita en lengua flamenca que los dos solos la entendían. No rehusaron estos soldados la jornada por ser de solas doce leguas y no descubrir sus intentos si resistían al mandato. Viendo el gobernador la carta acudió puntualmente con un escuadrón de españoles con achaque de visitar al enfermo y bastecer la fortaleza; y habiéndolo hecho con este título, se fué la vuelta de los Infantes haciendo mudanza de algunos soldados, de manera que entre los que sacó de la fortaleza

fueron los principales del motín que se rugía. Y llegando con ellos a los Infantes les mandó dar garrote a todos, con lo cual se obvió el notable daño que pudiera causarse en estos reinos si Dios nuestro Señor no lo remediara.

Había el gobernador enviado a Juan Álvarez de Luna al visorey del Perú que era don Hernando de Torres y Portugal, y como se volviese frustrado de su pretensión que era traer socorro de gente para la guerra, por no haber comodidad por entonces para dárselo se resolvió don Alonso de Sotomayor en despoblar el fuerte de Puren como lo hizo, entrándose con su gente a dar una vuelta por las ciudades Imperial y de los Infantes y provincia de los Coiuncos hasta la cordillera nevada, sin cesar de hacer asaltos y dar trasnochadas a los indios quemándoles las sementeras y llevándoles sus ganados; y por ser la ciudad de los Infantes la más combatida de enemigos que había en estos tiempos, puso en ella de propósito al maestre de campo Alonso García Ramón, el cual como era hombre de sangre en el ojo y vió que estaba esta ciudad a su cargo, tomó a pechos el favorecerla y perseguir sus enemigos hasta no dejar de ellos hombre a vida. Fabricó en ella un fuerte con sus cuartos, y amplióla con oficiales de guerra y otros resguardos necesarios y no cesaba de salir a camppear por todas las comarcas de Pillalco y Voquilemo y las demás del distrito.

Y como una vez tuviese noticia de una junta de dos mil indios que estaban en un banquete y embriaguez apercibiéndose para la guerra, salió a ellos con setenta hombres y los desbarató y mató muchos de aquelbando volviendo a la ciudad con los despojos. Pero suelen los indios de estos términos encarnizarse tanto con las pérdidas y engreírse con las victorias, que el gran tesón que el maestre de campo ponía en no dejarlos vivir a sol ni a sombra, les era motivo para ser ellos más inflexibles y pertinaces. Y llegó esto a tanto, que un día de 1586 vinieron solos seis indios sobre la ciudad y se pusieron una legua de ella en un valle llamado Maruel donde prendieron algunos yanaconas y cogieron muchos caballos; y con esta presa se embarcaron para hacer aquella noche suerte en la gente del pueblo. Vino a dar noticia de esto una espía de las que tenía puestas el maestre de campo, la cual envió un caudillo con su compañía de soldados que le trajese a los salteadores. Llegaron estos españoles a donde los indios estaban, los cuales por verse muchas leguas de su tierra y que era imposible huir sin ser alcanzados, se resolvieron en no dejar de pelear hasta perder las vidas o ganar la honra. Y haciéndoles su capitán un parlamento para animarlos a la batalla, comenzaron a pelear como unos leones, tomando por reparo un pequeño arroyo en el lugar más montuoso, donde se defendían valerosamente. Y como llegase la noche y los nuestros experimentasen que los indios no aflojaban, se arrojaron al agua para de una vez acabar con ellos aunque fuese con dispendio de su sangre. Sería intento vano el pretender ponderar aquí las hazañas con que estos seis indios merecieron ganar mayor fama que los doce pares; mas ya que no tuvieron ventura de que yo supiese los nombres de todos seis para celebrarlos, será razón que el capitán goce de ella, cuyo nombre es el que entre todos se ha sabido de cierto que es Rancheuque, el cual como no pudiese entre la espesura jugar cómodamente de la lanza que era de treinta palmos, la hizo pedazos a vista de todos, quedándose con una braza, y con ella hizo rostro a todos los que le acometieron y dió tres lanzadas a nuestro capitán, y aun si no le socorrieran le dejaratendido en tierra, el cual hecho imitó otro indio puntualmente derribando a otro

soldado del bando de los españoles; y así se fueron todos seis sin lesión alguna, dejando a los nuestros hartos maltratados.

Dentro de pocos días volvieron a la ciudad estos mismos indios y entraron de noche hasta la iglesia de San Francisco por una reja que el capitán sacó de su lugar a fuerza de brazos. Y estando dentro tomaron un crucifijo y una imagen de nuestra Señora y los frontales y casullas para hacer de ellas vestidos a su modo, y con esto se fueron sin ser sentidos. Fué tan grande el coraje en que se encendió el maestre de campo con estas insolencias, que salió con lossuyos a proseguir la guerra a fuego y a sangre, donde hizo grande riza en los enemigos y les desbarató el fuerte llamado Mututico en la provincia de Mayoco, y los persiguió tan despiadadamente que los indios hubieron de rendirse y venir a dar la paz, cosa que jamás habían hecho hasta entonces. Habiéndolos el maestre de campo recibido y acariciado, les hizo un solemne banquete, donde viéndolos a todos juntos hizo semejante lance al que se cuenta haber hecho Absalón cuando dió sobre Ammon su hermano en el convite, aunque no dió este capitán la muerte a alguno de ellos, contentándose con prender las principales cabezas que era más conforme a su intento. Y teniendo en prisiones a los caciques los regaló con grande vigilancia, dándoles a entender que no los tenía allí por molestarlos si no para que diesen traza en que todos sus súbditos viniesen allí a dar la paz, que era lo que todos deseaban. Fué tanta la diligencia que los caciques pusieron en esto, por verse libres de aquella angustia, que en pocos días vinieron gran suma de indios de todas partes a la ciudad donde sus capitanes estaban, con todos los cuales hizo el maestre de campo nuevas poblaciones alrededor de la ciudad por tener los indios a la vista sin que pudiesen desmandarse. Los pueblos que en esta ocasión se redujeron por industria del maestre de campo, fueron: Molchon, Longotoro, Boquilemo, Chichaco, Maloco y Lanlamilla. Con esta traza se sosegaron los indios y ganó el maestre de campo Alonso García Ramón casi tanto nombre como Lorenzo Bernal de Mercado por las muchas hazañas con que mostró su valor en cinco años continuos que sustentó esta ciudad de los Infantes; y en parte era tenido de algunos por más aventajado por haber traído muchos indios a la paz en diversas ocasiones; lo cual se vió pocas veces en Lorenzo Bernal, que lo llevaba todo por punta de lanza.

Sucedió una vez que un indio amigo de unos españoles, de quien se fiaban mucho y lo tenían por espía, usó de traición con ellos de esta manera: Dijo al maestre de campo que en cierto lugar de aquel distrito había muchos indios con sus hijos y mujeres en quien se podría hacer lance por estar totalmente descuidados. Salió a esto él en persona con veinte y cinco de a caballo, a los cuales fué este indio metiendo por una quebrada tan escabrosa que hubieron de dejar los caballos con ocho hombres que los guardasen, entrándose los diez y siete a lo más profundo de aquel sitio. Y cuando menos pensaron, se vieron cercados de grandes escuadrones de enemigos y forzados a pelear con ellos so pena de perder las vidas. Fuera largo negocio el referir por extenso las veces que los nuestros se vieron a canto de dar consigo en tierra de puro cansados si el maestre de campo no los animara aunque estaba derramando más sangre que otro alguno. Viendo los indios que se defendían tan extraordinariamente los españoles que ellos pensaban rendir al primer encuentro por estar a pie y haber para cada uno doscientos contrarios, enviaron algunas compañías que entretuviesen a los ocho soldados que estaban en guarda de los caballos, y pusieron gente por todo el camino para que los nuestros no tuviesen lugar de retirada.

Mas como Alonso García entendiase que el aflojar era perderse, andaba juntamente peleando y diciendo a los suyos palabras de buen capitán con que los animaba llamando contino a Santiago y ordenando las cosas con tanta reportación como si él estuviera puesto en talanquera. Ya que los españoles no podían menearse, dió una voz al maestre de campo con que los despertó y metió de nuevo en la refriega peleando otras tres horas continuas, que fuera cosa increíble si los testigos no fueran tan auténticos. Finalmente, prevalecieron tanto los españoles que los indios se fueron retirando a un lugar más estrecho, parte por meter a los nuestros en mayor estrechura, y parte porque en efecto se veían apurados; mas como Alonso García les entendió la estratagema no quiso seguir el alcance, sino dió la vuelta por donde había entrado, dejando burlados a los indios con más pérdida que ganancia, aunque los nuestros salieron tan mal heridos que tuvieron que curar por muchos días; en particular el maestre de campo, que estuvo a punto de perder un ojo de una herida que le dieron junto a él, y estuvo casi ciego de la mucha sangre que derramó en esta batalla, que fué de las más famosas de este reino.

CAPÍTULO XXXVII

De la refriega que tuvieron los de Santiago con Tomás Schandi, inglés, en Valparaíso, y del socorro que trajeron del Perú don Fernando de Córdova y don Luis de Carvajal.

Llegada la pascua de Navidad del año 1587, parecieron cerca de la Concepción dos velas de ingleses corsarios que habían entrado por el estrecho de Magallanes, cuyo capitán se llamaba Tomás Schandi. Viendo estos navíos el maestre de campo Alonso García Ramón, sospechó lo que podría ser, y juntó a gran priesa la más gente que pudo yéndose con ella al puerto para pelear con el pirata si saltase en tierra; más como viese que tomaba la derrota del Perú, despachó luego mensajeros a la Imperial, donde estaba el gobernador, y a la ciudad de Santiago, para que enviasen aviso al conde del Villar, llamado don Fernando de Torres y Portugal, virrey del Perú, yéndose el mismo maestre de campo por la costa abajo a esperar al pirata donde quiera que surgiese. Y no contento con esto le pareció más acertado no remitir el despacho del aviso a terceras personas, sino enviarlo él mismo, y así lo hizo, juntando a los vecinos de la Concepción a consulta sobre el caso; y con toda brevedad despachó un barco grande con algunas personas, las cuales escaparon perdiéndose el barco con un temporal antes de llegar a Valparaíso. Pero las personas llegaron a este puerto, donde se embarcaron en un navío en que fueron a la ciudad de los Reyes y dieron al virrey noticia de lo que pasaba, lo cual fué de mucha importancia para poner prevención y resguardo en toda la costa de suerte que no llevase el corsario la presa que había cogido el capitán Francisco ocho años antes. Y así le sucedió tan mal, que aunque llevó fué en la cabeza, porque llegando al puerto de Valparaíso le salieron a resistir el corregidor de Santiago y algunos vecinos y soldados. Los cuales acometieron al tiempo que los ingleses estaban tomando agua y mataron veinte de ellos, habiendo andado un rato a la mesapela; y si no fuera por la ligereza con que se recogieron a un peñol metido en el agua donde no llegaban los nuestros, por los muchos tiros que disparaban de sus navíos, no quedara hombre a vida. Y después de esto le sucedió lo mismo al fin de la costa del Perú, estando muy despacio dando carena y refocilándose en la isla de la Puna. Porque viniendo de Quito los capitanes don Rodrigo Núñez de Bonilla

y Juan de Galarza, su cuñado, con sesenta hombres, y juntándose en Guayaquil con el corregidor Reinoso, que tenía otras sesenta, fueron de noche en balsas y amanecieron en la isla dando sobre los ingleses que estaban en una casa principal del cacique, a la cual pusieron fuego los nuestros para quemar los que estaban dentro, matando y prendiendo los que salían de la casa. Y si no fuera por la mucha artillería que disparaban de los navíos que amedrentaba a los españoles, no quedaría un inglés a vida; con todo eso prendieron algunos por la diligencia de tres o cuatro soldados, mayormente del capitán don Rodrigo Núñez de Bonilla, que tomó la bandera en la mano y estuvo firme sin volver el pie atrás por temor de las balas. Y no era nuevo en este caballero señalarse en servicios del rey, no solamente por haberlo heredado de su padre que se esmeró en las batallas contra Gonzalo Pizarro y otros rebelados, con su persona y hacienda, mas también por lo que el mismo don Rodrigo había hecho de edad de dieciocho años levantando bandera y entrando en los Quijos a castigar los indios rebelados que se habían levantado con tres ciudades matando a todos los españoles hombres y mujeres hasta los niños de cunas; las cuales ciudades ganó de nuevo don Rodrigo y las pobló en el estado que hoy tienen. Sabiendo el conde de Villar, virrey del Perú cómo estos ingleses andaban por las costas, dió orden desde el día que le llegó esta nueva en que se obviase el daño que podían causar en estos reinos. Y por acudir de un camino a impedir estos enemigos y juntamente socorrer a Chile con la misma gente que salía contra ellos, mandó aprestar algunas compañías de soldados que acudiesen a guardar el puerto de Arica, donde estaba gran suma de plata; y para esto envió a mandar que se hiciese gente en Potosí, cometiendo esta diligencia a don Fernando de Córdova, hijo de don Antonio Fernández de Córdova y de doña María de Figueroa, señores de la villa de Belmonte, y descendientes por línea recta de la casa del marqués de Pliego dentro del cuarto grado y deudos cercanos de los duques de César y Feria, y a don Luis de Carvajal, hijo del señor de Jadar, persona de mucha cualidad y estofa, para que cada uno levantase doscientos hombres; el cual don Luis y don Fernando habiendo recibido las conductas de capitanes levantaron bandera en Potosí y sus términos, y juntaron doscientos soldados cada uno y los llevaron por tierra sesenta leguas hasta el puerto de Arica donde se embarcaron con ellos para Chile, que fué socorro de grande importancia para reprimir los bríos y avilantez de los indios rebelados. Y fué tanta la diligencia que este don Fernando puso en esto, que recibiendo la conducta en fin de setiembre de 1588, estaba ya granparte de la gente puesta en Arica al fin del mes siguiente de noviembre. Fueron extraordinarias las calamidades que se padecieron en este viaje por haber cogido un recio temporal a los navíos que los metió quinientas leguas la mar adentro, y detuvo más de sesenta días a la capitana donde iba don Fernando, de suerte que estuvieron a pique de morir de sed y hambre. Plugo a nuestro señor que don Fernando hubiese proveído de muchas más aguas y vituallas que los oficiales reales habían dado en Arica, pareciéndoles que a lo más largo duraría el viaje veinticinco días como suele; y con esto y el cuidado que don Fernando tenía de ir acortando las raciones contra la opinión de todos, pudieron sustentarse hasta tomar puesto en Coquimbo y después en Valparaíso. Conforme a esto gastó el dicho don Fernando de Córdova y Figueroa muchos millares de pesos de su bolsa en las vituallas que añadió y en los regalos y agasajos que hizo a los soldados por los puertos y caminos para conservarlos hasta Chile, como en efecto lo hizo sin faltarle ninguno. Y cobró de aquí tanta opinión que, pasado algún tiempo, lo nombró don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete y visorrey del Perú, por general de la flota que fué de la ciudad de los Reyes a

tierra firme, por ser necesaria persona de mucha autoridad para defenderla de los corsarios ingleses que entraron por el estrecho de Magallanes con Richart de Aquines. Y aún en el mismo puerto de Panamá hizo don Fernando muchas prevenciones contra ellos, aunque no pasaron los enemigos tan adelante por haberlos cogido don Beltrán de la Cueva, que salió de Lima contra ellos.

Fué el socorro que don Fernando de Córdova metió en Chile de tanta eficacia para bien del rey, que en pocos días vinieron a dar la paz los indios de San Bartolomé de Chillan, Angol, La Imperial y Concepción, que hasta entonces andaban muy inquietos; mas no por eso dejaban de alborotarse en viendo puerta para usar de su libertad, ni el gobernador aflojaba en formar ejércitos todos los veranos asistiendo en él su misma persona; y cuando se recogía a las ciudades por ser invierno, quedaba en su lugar el maestre de campo Alonso García Ramón con extraordinarios trabajos y asperezas que padecía él y los de su campo que bastaran a hacer salir de tino a los hombres más animosos del mundo; y así había muchos soldados que buscaban ocasión de huirse y lo ponían por obra cuando había ocasión para ello, y en particular se atrevieron a esto seis hombres apurados de tantas desventuras, cuyos nombres eran Pedro de Mardones, Manuel Vásques, Alonso de Roque, Francisco de Rincón y Francisco Hernández. Padecieron éstos innumerables calamidades entre las nieves, lodos y hambres de la sierra nevada por donde caminaban sin guía ni vereda. Y sobre todos sus trabajos dieron una noche los indios de guerra sobre ellos y trabaron una furiosa guazabara, donde estuvieron peleando desde la medianoche hasta el día; eran los indios pasados de doscientos y todos criados en la guerra y muy fornidos y membrudos, y con todo esto les dieron tanto en que entender aquellos seis españoles que hubieron de retirarse habiendo derramado harta sangre. Y como al tiempo de volver las espaldas levantasen tan grande alarido como suelen, espantáronse los caballos de manera que se fueron por el campo desparramados dejando a pie a los pobres españoles, los cuales llegaron al cabo de muchos días al valle de Cubo tan perdidos y desfigurados que parecían estatuas y con un hombre menos, cuyo es el nombre que no se puso con los cinco referidos por no saber como se llamaba.

En este tiempo era muy perseguida la ciudad de los Infantes de un ejército de enemigos que se habían recogidos en Guadaba, habiendo salido en algunas refriegas con victoria de los españoles. Contra éstos salió el maestre de campo Alonso García Ramón con cuarenta soldados y dió en ellos al cuarto del alba cogiendo sus hijos y mujeres y algunos de los indios de pelea; mas los que salieron huyendo tocaron arma con tanta presteza, que se juntaron brevemente obra de cien indios estando los demás ocupados en sus haciendas en diversas partes. Mas estos cien vinieron tan encarnizados, que alcanzando a los nuestros con ánimo de quitarles la presa, trabaron una escaramuza con tanto coraje que los pusieron en grande aprieto, y fué el negocio de manera que los nuestros salieron muy maltratados y heridos, y aún se perdieran sin duda alguna si no intercediera el valor del maestre de campo que animaba a sus soldados, y se opuso en cierta coyuntura a toda la fuerza de los enemigos que le derribaron de una barranca donde otro se quedara tendido, y él se levantó con tantos bríos que revolvió sobre los indios y dió en ellos como el león desatado o, por mejor decir, como español colérico, de suerte que al cabo quedó la victoria de su parte.

CAPÍTULO XXXVIII

Del nuevo socorro de soldados que vino de España con los capitanes Diego de Peñalosa Briseño y don Pedro Páez Castillejo y de las batallas de Tucapel y Arauco

El año de 1590 llegó a la ciudad de Panamá don Luis de Sotomayor con seiscientos soldados que traía para este reino; mas como el tiempo anduviese revuelto con temores de ingleses piratas que andaban por la mar del Norte, fué necesario que los cuatrocientos de ellos volviesen a España en guarda de la flota que llevaba gran suma de barras de plata y tejos de oro. Hallóse en Panamá a esta coyuntura don García Hurtado de Mendoza que venía por visorrey del Perú, el cual ordenó que el mismo don Luis de Sotomayor volviese a España con los soldados, encargando los otros doscientos a los capitanes don Pedro Páez Castillejo y Diego de Peñalosa Briseño, los cuales los trajeron a este reino. Con este socorro y la gente que el gobernador tenía, entró en los estados de Arauco y Tucapel a tomar la guerra de propósito. Y entre los capitanes viejos que él tenía y los dos que llegaron, como está dicho, nombró por nuevo capitán a Pedro de Cuevas, que había entrado en este reino, con el mismo don Alonso de edad de dieciséis años en compañía de su tío Francisco de Cuevas, que vino de capitán desde España. Este soldado había dado también tanta cuenta de sí en todas las ocasiones que se ofrecieron en siete años, que mereció a los veintitrés de edad ser elegido por capitán, y aún lo pudiera ser mucho antes si no fuera por falta de ella. Porque demás de ser muy fuerte y animoso y el primero que se abalanzaba a los peligros y de mucho conocimiento en cosas de guerra, era también excelente hombre de a caballo, con tantas ventajas, que cuando llegó a la ciudad de los Reyes y se ofrecía jugar cañas, acudía la gente a verle a él solo más que a todo el resto. Y lo mejor que tuvo sobre todas estas cosas fué que el año de 93, por particular misericordia de Dios Nuestro Señor, eligió ser soldado de su hijo Jesucristo más que capitán de los reyes de la tierra, y así se metió debajo de la bandera de este divino adalid y cierto caudillo, entrándose en la compañía de Jesús, donde ha sido soldado espiritual de tantas ventajas que excede proporcionalmente a lo que había sido en el mundo con haberse hallado en todas las batallas y rebates referidos en esta tercera parte, siempre con grandes alabanzas de los capitanes y señores entre quienes andaba. Y echárase de ver la medra espiritual de este soldado en que convidando y aun insistiéndole sus superiores en que fuese sacerdote, pues tenía parte para ello, nunca se pudo acabar con él, porque tuvo a mayor felicidad y aun seguridad en esta vida servir a Dios en oficios humildes sin campear ante los ojos de los hombres. Plugiera Dios y hallara yo muchos frutos de estos en los sucesos de esta historia que de mejor gana los escribiera para edificación de los lectores, que las exorbitancias y desafueros que tantas veces me han venido a las manos. Habiendo pues, elegido el gobernador a este capitán, lo llevó con su compañía y la del capitán don Juan Rodolfo que serían por todos ciento cincuenta hombres, y dió en una trasnochada sobre el campo de los enemigos que estaban alojados en Angol en el sitio despoblado de los Confines. Hizo aquí una gran matanza quedando al fin con la victoria y muchos despojos de armas y ganados, y para poner resguardo a lo de adelante, fabricó allí cerca una fortaleza llamada de la Candelaria y mandó despoblar las dos que él había edificado en las orillas de Biobio por ser muy costosas y estar expuestas a grandes peligros. Demás de esto nombró por corregidor y capitán de la Imperial a don Bartolomé

Morejón, el cual se dió tan buena maña y tuvo tanta ventura, que en dos años allanó toda aquella comarca que estaba muy alborotada y hacían los enemigos frecuentes presas en los indios que estaban sujetos a los españoles.

Habiendo dado orden en estas cosas y formado campo para entrar en Arauco, comenzó el gobernador a marchar con él pasando por los Infantes donde ya se gozaba de algún sosiego. A esta sazón llegó allí el coronel Francisco del Campo que había servido mucho al rey en los términos de Valdivia, Osorno y la Villa Rica, y suplicó al gobernador le descargase del oficio, pues estaba ya viejo y muy quebrantado de andar tantos años con las armas en la mano en los dichos distritos después de haber servido al rey en Flandes tanto tiempo como se dijo arriba. Dióle el gobernador contento y licencia para descansar, pues lo merecían sus trabajos, y nombró en su lugar al capitán Rafael Portocarrero, el cual fué marchando con el ejército hacia Tucapel y Arauco y se alojó en el estero de Vergara donde en la reseña que se hizo en presencia del gobernador se hallaron cuatrocientos quince españoles y entre ellos doscientos cincuenta arcabuceros. En este puesto fuer nombrado por alférez general un cuñado del gobernador llamado don Carlos de Irazábal, y por capitanes don Pedro Páez Castillejos, don Bartolomé Morejón, don Juan Rodolfo, Diego de Ulloa y Pedro de Cuevas. Y estando todo puesto a punto, fueron corriendo la tierra de Mareguano, Millapoa y Talcamavida; finalmente aportaron a la cuesta de Villagrán para entrar por ella en Arauco. En este paso estaban fortificados los enemigos como lo habían hecho en todas las ocasiones que veían entrar españoles, mas con todo eso fueron los nuestros caminando sin miedo llevando a la vista grandes huestes de enemigos que los seguían sin atreverse a acometerles hasta llegar al fuerte que los indios tenían hecho. En frontera de éste se alojó la gente española y se recogió el bagaje en lugar cómodo. Hecho esto se dispusieron los escuadrones arcabuceros y los de la gente de a caballo poniéndose a punto de batalla, y aunque los indios tenían puestas muchas albarradas y estaquerías y abierto hoyos, con otras estratagemas y prevenciones, con todo esto acometieron los nuestros y trabaron batalla muy sangrienta por espacio de dos horas donde mataron muchos del bando contrario con pérdida de nuestra parte de un caballero portugués del hábito de Cristo que lo mató un soldado bisoño de un arcabuzazo. En resolución el fuerte de los enemigos ,quedó desbaratado y la gente española bajó sin contradicción al campo raso junto a la marina, y al día siguiente se alojó en el sitio donde solía estar la casa fuerte en tiempo de Valdivia, don García y otros gobernadores. Y habiéndose esparcido por aquella tierra talando sementeras y cogiendo ganados de los contrarios, puso los ojos don Alonso en un sitio muy cómodo y apacible, así por tener manantiales como por estar cerca del puerto, y allí fabricó una casa fuerte con mucho trabajo de los soldados que trabajaban por una parte en esta obra y por otra se defendían de los contrarios.

Habiendo puesto la última mano en este edificio, salían los nuestros con mucha frecuencia a dar trasnochadas y otros rebatos a los adversarios hallándose en todo el maestre de campo en persona. Con lo cual se vieron los indios tan acosados que muchos de ellos acudieron a dar la paz sujetándose a los españoles; mas había otros tan perseverantes en la defensa de sus tierras, que se congregaron para dar en los nuestros y morir y matar según les ayudase su fortuna. Y estando formando campo de ocho mil de ellos, comenzaron a marchar en busca del maestre de campo que andaba campeando lejos

de la fortaleza; pero el general que estaba en ella, como supo lo que pasaba, salió al punto con ciento y tantos españoles y llegó a la vista de los enemigos, los cuales se fueron retirando y los nuestros tras de ellos picándoles en la retaguardia a tiempo que el maestre de campo con su gente llegaba en busca de ellos.

Habiendo todos juntos dado vuelta a la fortaleza, envió el gobernador al maestre de campo Alonso García Ramón a la ciudad de los Reyes para pedir socorro de gente y municiones al visorrey que a la sazón era don García Hurtado de Mendoza marqués de Cañete de cuya respuesta se dirá a su tiempo. En el ínterin salió el gobernador a correr la tierra no echando lance sin sacar fruto en lo que toca a la pacificación de los indios rebelados, y en particular se redujeron los de la isla de Santa María que se habían alzado el año por el mal tratamiento que les hacía un español sobrestante. También apaciguó gran parte en los estados de Tucapel y recogió don Alonso gran fuerza de bastimentos y ganados en la quebrada de Lincoya; y habiéndose recogido envió a los capitanes Pedro Cortés y don Juan Rodolfo con sus, compañías de a caballo a campear toda aquella tierra. Estos encontraron en el camino dos opulentos escuadrones de enemigos con los cuales tuvieron batalla campal que duró más de cinco horas continuas, saliendo finalmente los españoles victoriosos aunque maltratados y heridos y con pérdida de un soldado.

Con esto puso don Alonso de Sotomayor fin a las batallas que tuvo en Chile, en todas las cuales y las demás cosas del gobierno mostró siempre mucho valor y prudencia; y no era esto nuevo en su persona, porque muchos años antes había sido de tal estimación entre los capitanes de Flandes, que habiendo de enviar los generales del campo del rey embajador a su majestad, pusieron los ojos en este caballero por la satisfacción que dél tenían. Y como en aquel viaje encontrase con él el señor don Juan de Austria, lo volvió consigo por no ser por entonces necesaria su embajada; y después que llegó a Flandes lo tornó a enviar él mismo a efectuarla en el cual camino llevó por guía a Juan Enríquez, flamenco, que le ayudó mucho después en Chile.

CAPÍTULO XXXIX

De la partida del gobernador don Alonso de Sotomayor para el Perú, quedando en su lugar el maestre de campo Alonso García Ramón que vino con el socorro enviado por el marqués de Cañete don García Hurtado de Mendoza

El celo que don García de Mendoza visorrey del Perú trajo de España acerca del remedio de las cosas de Chile, se manifestó así en otras ocasiones del discurso de su gobierno como en esta de que tratamos, que fuer la ida del maestre de campo a pedirle gente de socorro; porque tomó esto con tantas veras, que en pocos días lo despachó con buen número de soldados y algunas ayudas de costas para acabar ya con guerra tan prolija. Llegó el maestre de campo en salvamento con su gente y alcanzó al gobernador en los términos de la Concepción en los ejercicios arriba referidos, el cual estando muy deseoso de verse con el nuevo virrey del Perú y tratar con él despacio del remedio de este reino, se partió el año de 1591, dejando encargado su campo al maestre de campo Alonso García Ramón de quien estaba tan satisfecho como sus obras merecían. Y porque el lugar

más necesitado era el de Arauco y Tucapel, le encomendó en particular el campo de aquella fortaleza, dejando en las demás fronteras el reparo y capitanes competentes para su defensa.

Como el maestre de campo vió que todo el peso de la guerra le incumbía a él más que a otro cualquiera de los de Chile, y conoció la mucha ayuda que le daban los capitanes Gutiérrez de Arce, Pedro de Cuevas y Gonzalo Hernández, dióse tan buena maña a pacificar la tierra que en poco tiempo se vieron los indios forzados a dar la paz o desamparar sus casas y haciendas. Mas como ninguna cosa violenta es perpetua, van las cosas de este reino de manera que por más demostraciones de paz que los indios daban, y se allanaban en efecto por algún tiempo, era cosa tan forzada, que estaban siempre en un pie con apetito de nunca asentarlos en servicio de los españoles. Y así en pasando el invierno y llegó el mes de noviembre, comenzaron los indios a formar escuadrones ya hacer emboscadas y asaltos en las ocasiones que hallaban oportunas para ello, con notable detrimento de los indios pacíficos y de los mismos españoles cuyas escoltas no pasaban con seguridad hasta que el maestre de campo salió a remediarlo con cuarenta hombres de a caballo.

Cuando llegó la fuerza del verano y los indios vieron a los españoles encastillados en Arauco, determináronse de echar el resto para acabar de una vez con ellos o morir en la demanda. Para esto se juntaron seis mil hombres de pelea, y fue negocio extraordinario en aquellos tiempos donde los naturales estaban tan menoscabados, mayormente por ser todos hombres escogidos y muy ejercitados en batallas. Estando éstos casi a vista de la fortaleza por espacio de cuarenta días aguardando coyuntura, llegó al puerto de Arauco un navío que envió el virrey del Perú con soldados por haber tenido noticia que venía caminando otra vez el inglés pirata Tomás Scandi como en efecto venía, aunque murió en el viaje junto a Buenos Aires, habiendo perdido tres navíos de cuatro que sacó de Inglaterra. De estos soldados se aprovechó Alonso García Ramón en este trance, poniéndolos en guarda de la fortaleza para sacar de ella los cien hombres de pelea que allí tenía y hacer con ellos rostro a los indios que estaban a sus ojos con ejército formado. Mas como hubiese falta de caballos por haberse muerto muchos en el invierno, no pudo aprestar más de cuarenta y cinco, entre los cuales salió el capitán Villaoslada que era recién llegado del Perú, y los tres capitanes arriba referidos, y el alférez Gonzalo Becerra, aunque según todos se mostraron en este encuentro, eran dignos de que fuese aquí escrito el nombre de todos si el deseo de evitar prolijidad no lo impidiera. Luego que los nuestros salieron del puerto, hallaron a mano un escuadrón de trescientos indios de a caballo, los cuales siendo acometidos, se fueron retirando con mucho orden para llevar tras sí a los cristianos hasta la potestad de su ejército. No ignoró el maestre de campo la traza y estratagemas de los enemigos, mas con todo eso no rehusó ir adelante en su seguimiento hasta dar en otro escuadrón de seiscientos de a pie que lo estaban esperando: con esto se trabó la batalla por largo rato derramándose siempre mucha sangre de ambas partes; en este conflicto cayó un español muerto de una lanzada, y viendo los nuestros que los indios concurrían a echar mano del cuerpo para llevarlo cantando la victoria como suelen, se arrojaron todos a defenderlo, y así se desordenó el escuadrón y anduvo la falla sin concierto. Aquí anduvo la cosa tan metida en coraje, que no se había visto de algunos años antes reencuentro más reñido, mayormente en lugar llano donde los indios nunca se

mantienen largo rato. Y es cosa de grande admiración que con ser los españoles no más de cuarenta y cinco, duró sucesivamente la refriega desde las siete de la mañana hasta una hora después de mediodía. Estuvo el maestre de campo a punto de perder la vida en este conflicto, porque le mataron los contrarios el caballo. y él cayó en tierra, de modo que toda la fuerza de indios le acometió para cogerlo a manos o matarlo como lo hicieran si no lo socorrieran los suyos con tanta presteza. Finalmente ganaron los nuestros la victoria con pérdida de ochenta hombres del bando contrario, aunque del nuestro no hubo alguno que no saliese muy herido; y el último efecto de la victoria fue que vinieron los indios a dar la paz y sujetarse a los españoles viendo que era por demás pensar prevalecer contra ellos.

A este tiempo llegó a Chile por gobernador Martín García de Loyola, el cual hizo mucho caso de Alonso García Ramón y lo conservó en su oficio hasta que él mismo se fue al Perú a que se le gratificasen sus servicios hechos en Flandes y en este reino, lo cual cumplió don García de Mendoza ocupándolo en oficios calificados y de provecho: primero de general del puerto de Arica y después en el corregimiento de la villa de Potosí, cuya vara tomó el mes de marzo de 1596.

Resumen

Del gobierno y obras del general don Alonso de Sotomayor del hábito de Santiago

Don Alonso de Sotomayor fué natural de la ciudad de Trujillo en Extremadura, de padres y deudos muy ilustres. Ejercitose la mayor parte del tiempo de su vida en cosas de guerra en las alteraciones de Flandes y algunos presidios de Italia, y finalmente vino a gobernar este reino de Chile el año de 1583, entrando por Buenos Aires como se escribió al principio de esta tercera parte. Metió en esta tierra cuatrocientos españoles, de cuyo número fueron Francisco del Campo, que había sido sargento mayor en el tercio de Lombardía y en los estados de Flandes, y Alonso García Ramón que fué el primer español que entró en la ciudad de Mastique y fué alférez del capitán Andrave, y los capitanes Francisco de Cuevas, Tiburcio de Heredia y don Bartolomé Morejón. Y así mismo entraron en su compañía otros muchos caballeros como fué don Luis de Chávez, el capitán Sancho de Vargas, el capitán Francisco de Palacios, el capitán Herrera y Pedro de Cuevas, y el capitán Cristóbal de Morales, y finalmente Pedro de Castro que fué en este reino soldado de mucha estima y mostró mucho valor en todas las batallas, mayormente en las que se halló el maestre de campo Alonso García Ramón en cuya compañía anduvo siempre. Ultra de esto metió don Alonso de Sotomayor en este reino algunos tiros de campo y quinientos arcabuces, doscientos mosquetes, doscientas cotas y doscientas lanzas. Pasó este caballero muchos trabajos en Chile por servicio de su majestad y allanóle muchas tierras rebeladas, después de lo cual fué al reino del Perú a verse con don García Hurtado de Mendoza marqués de Cañete que había entrado en aquellos reinos por vicerrey el año de 1590, y volvió a Chile a tiempo que ya estaba en él por gobernador Martín García de Loyola del hábito de Calatrava, el cual le tomó residencia. Gobernó don Alonso este reino nueve años y cuatro meses que corrieron desde doce de abril de 1583 hasta principio de agosto de 1592.

Después de haber dado su residencia, volvió al Perú el año de 1595. En este tiempo recibió el marqués de Cañete en la ciudad de los Reyes una cédula de su majestad en que le avisaba que en Inglaterra se estaba aprestando una gruesa armada para dar en tierra firme, que llaman Nombre de Dios y Panamá, para que mandase que la gente viniese con cuidado de suerte que no los cogiese el enemigo desprevenidos. Y entendiendo don García que la cosa más necesaria para prevenir este daño era el no faltar cabeza que dispudiese las cosas con prudencia y resguardo y defendiese la tierra del enemigo si a ella aportase, puso los ojos en don Alonso de Sotomayor y le cometi6 esta empresa, intimándole cuánto importaba al servicio del rey la asistencia y gobierno de una persona como la suya; y aunque don Alonso de Sotomayor y le cometi6 esta empresa, intimándole cuánto importaba al servicio del rey la asistencia y gobierno de una persona como la suya; y aunque don Alonso estaba muy cansado de tantas guerras y desasosiegos y con deseo de alguna quietud al cabo de tantos años, con todo eso, por aventajarse más en el servicio de su majestad y acumular méritos a los pasados, y juntamente agradar y obedecer al vicerrey don García, aceptó el cargo de capitán general y se parti6 luego a Panamá con mucha munición y artillería, y llegó a su puerto al fin del mes de noviembre de 1595.

Mas como a los oidores de la audiencia de Panamá les pareciese que el nombrar general en aquella tierra era concerniente a su oficio, y a solos ellos incumbía este negocio, no quisieron recibir a don Alonso en tal cargo, encomendándolo a un oidor que sabía muy bien usar de las armas de sus bártulos y digestos, aunque en las armas de acero no estaba muy digesto por no ser de su profesión ni ejercicio. Y procedió el negocio de manera que se le iba entrando el enemigo por las puertas sin haber hecho género de prevención más que si tuvieran cédula de seguro. Finalmente, cuando entendieron que los corsarios llegaban ya sobre ellos, acudieron a don Alonso de Sotomayor a que tomase la mano en esto dándole provisiones para ello, el cual no las quiso aceptar alegando en su favor que él tenía provisiones del virrey, las cuales eran bastantes, y que en virtud de ellas usaría el oficio si así mandaban, y si no, que buscasen otro que lo hiciese. Pasóse algún tiempo en estas demandas y respuestas, hasta que ya no faltaba más que dejarse coger de los contrarios; y entonces, a más no poder vinieron a concertarse de suerte que don Alonso levantó bandera y señaló capitanes y previno los demás requisitos que la estrechura del tiempo permitía; con todo eso, puso tanta diligencia en todo, que bajó a Nombre de Dios él en persona y reconoció los puertos y lugares por donde podía entrar el adversario, y puso en ellos el mejor orden y resguardo que el caudal y tiempo sufrían. Y porque se tenía por cosa cierta que los ingleses habían de intentar la entrada por Chagre para subir el río arriba a la ciudad de Panamá y saquearla, aposeionándose de ella para coger algún grande rescate, acudió don Alonso con toda su fuerza a este río de Chagre y se fortificó con seiscientos hombres, y plantando la artillería que le dió don García de Mendoza en dos barrancas altas que estaban frente a frente el río en medio, de modo que no podía pasar bajel sin que le diesen batería. Con todo eso no se descuidó en poner guarnición en el camino de tierra por si acaso entrasen por él los enemigos; y para esto nombró por capitán a Juan Enríquez Conobut que lo había sido en Chile todo el tiempo que gobernó el reino el mesmo don Alonso. Mas por entender que sería cosa muy casual acometer los ingleses por el camino de tierra, no le dió más de sesenta hombres como negocio de por sí

o por no, y por acudir a otros muchos lugares necesitados de fortaleza. Tomó esto el capitán Enríquez tan a pechos, que con extraordinaria diligencia se fortificó aprovechándose de la mucha madera de aquella montaña, y dispuso las cosas como capitán muy versado y valeroso.

Estando las cosas en este estado, llegaron al puerto de Nombre de Dios cuarenta y ocho velas de ingleses, las veinte y tres de navíos gruesos y las demás de lanchas y bergantines. Estos habían salido del puerto de Plemoa a veinte y ocho de agosto de 1595 con dos generales, el uno llamado Juan Aquines y el otro Francisco Draque, muy conocidos ambos en toda la Europa y las Indias occidentales. Estos traían orden de la reina Isabela de Inglaterra para tomar a Nombre de Dios y Panamá que es el paso del Perú para España; mayormente por tomar la plata que allí se va juntando de ordinario para llevar en las flotas a Castilla. Y por esta causa echó la reina todo el trapo en aviar esta flota, con grandes gastos en hacer los navíos y aderezar cinco mil hombres que vinieron entre marineros y soldados. Estos fueron haciendo algún daño en la Margarita y Santa Marta, aunque fué mucho mayor el que ellos recibieron en Puerto Rico donde los españoles les mataron al general Juan Aquines con trescientos hombres de su compañía, por la buena diligencia y prevención del capitán Sancho Pardo que estaba apercebido con dos mil soldados para defender aquella tierra. Finalmente aportaron los demás ingleses con el capitán Francisco al puerto de Nombre de Dios el día de los Reyes el año 1596 y saltaron en tierra a las siete de la mañana. Estaba la gente de aquel pueblo con tanta falta de consideración y advertencia, que aun no fueron para huir a tiempo, ya que veían entrar a los enemigos y no tenían fuerza para defenderse. Y así fueron presas algunos de los nuestros y algunos negros de servicio, sin otros muchos que se pusieron en manos de los ingleses de propósito. Y sin dilación alguna envió el capitán Francisco Draque al más estimado caudillo que traía con novecientos hombres por tierra, para que tomasen a Panamá que era el fin de su designio. Caminaron éstos casi dos jornadas sin contradicción alguna, mas cuando llegaron al fin de la segunda que es una quebrada conocida por este nombre, lo pagaron todo junto, porque llegando al fin de ella y descubriendo la gran llanada que se sigue, fijó el capitán el pie y sargenta en tierra diciendo: «Ea, caballeros, buen ánimo, que ya es nuestra toda esta tierra.» A este punto uno de los nuestros que estaba en la emboscada, disparó un arcabuz con que dió con el capitán en tierra, y tomando la voz el alférez en su lugar, fue luego muerto de otro arcabuzazo, quedando los ingleses sin caudillo; y saliendo el capitán Juan Enríquez con los sesenta hombres, se trabó batalla muy sangrienta, donde los enemigos eran mejorados en número de gente y los nuestros en ánimo y conocimiento de los pasos. Duró esta refriega desde la siete de la mañana hasta las once, donde pelearon valerosamente así los sesenta hombres que estaban con Juan Enríquez como otros casi ciento que habían llegado allí con el alcalde mayor de Nombre de Dios, los cuales iban huyendo a Panamá, y el mismo Juan Enríquez se ayudó de ellos en este conflicto. Ya que los soldados de ambos bandos estaban tan cansados que casi no podían menearse, llegó el capitán Agüero con cincuenta hombres de socorro, los cuales fueron de tanta importancia, que en comenzando a tocar sus trompetas desmayaron al punto los enemigos dejando ciento y noventa muertos de-su bando en el sitio de la batalla.

Mientras andaba la refriega, llegó la voz al general don Alonso de Sotomayor, el cual acudió luego con alguna gente y fué picando en los enemigos que se iban quedando por el camino. Mas salieron los más de ellos tan mal heridos de la refriega, que antes de llegar a Nombre de Dios cayeron muertos otros doscientos demás de los referidos. Viendo el capitán este estrago de su gente. y que ultra de los muertos llegaron muchos en vísperas de ello, perdió los bríos y amainó los blasones con que venía. Y así por esto como porque fué informado de las muchas prevenciones y estratagemas que don Alonso tenía en el río, de cadenas que había puesto en él con mucho artificio y otros resguardos concernientes al sitio, desesperó de conseguir su intento, y con la rabia que de ello tuvo, puso fuego a Nombre de Dios que por ser pueblo de madera se quemó fácilmente. Mas no se fué alabando de aqueste hecho, porque los negros que se habían pasado de su bando dieron en él cuando vieron la suya y le mataron alguna gente ultra de la que se le moría de pestilencia; y así se volvió a su tierra menoscabado, enfermo y dejando siete hombres presos a manos de los españoles. Con esta victoria que sucedió a diez de enero, ganó grande nombre el capitán Enríquez y mucho más don Alonso a quien llamaba el pueblo hombre enviado de Dios, y no menos a don García por haberle enviado a tal tiempo con munición y artillería.

PARTE CUARTA

Del progreso de las cosas de Chile en tiempo que le gobernó Martín García de Loyola, del hábito de Calatrava

CAPÍTULO XL

De la entrada de Martín García de Loyola en este reino, y cómo entabló las cosas del gobierno

Habiendo estado de muchos días atrás proveído por gobernador del Paraguay Martín García de Loyola del hábito de Calatrava, natural de la provincia de Guipúzcoa de la casa de Loyola y descendiente de la cabeza de ella y habiéndose diferido su viaje, el cual había de hacer desde el Perú donde residía. le llegaron provisiones del rey don Felipe segundo de este nombre, en que le señaló por gobernador y capitán general de estos reinos de Chile, y aunque la tierra estaba a la sazón tan miserable y el estado de las cosas de la guerra tan caído, que por no poder sustentarlas había salido don Alonso de Sotomayor del reino yendo a la ciudad de los Reyes del Perú a pedir socorro de gente, munición y ayuda de costa para que no cayesen de todo punto. Con todo eso se animó el nuevo gobernador a tomar la posesión de suoficio entrando a la ciudad de Santiago con solos sus criados en el mes de setiembre del año 1592. Fué muy bien recibido de todos, así vecinos como soldados, saliendo cada uno a ello con las más insignias de regocijo que, la poca grosedad de la tierra en esta coyuntura permitía. Lo primero que hizo en este asiento fué enterarse de raíz de todas las cosas que actualmente iban corriendo en este tiempo, no queriendo mudar piedra hasta tomar el pulso del estado y condición de ellas; porque es

estilo de hombres prudentes entrar en sus oficios no innovando lo que sus predecesores habían entablado hasta pasar algunos días en que poco a poco van reduciendo las cosas al orden que les parece más expediente. Habiendo el gobernador entendido que el maestre de campo Alonso García Ramón que asistía con ciento treinta hombres en la fortaleza de Arauco estaba entonces en grande aprieto por haberle cercado más de cuatro mil indios que actualmente perseveraban en el cerco, aunque algo apartados del fuerte para impedir las escoltas y tener a raya a los soldados, comenzó a dar orden en remediar este daño, tomando pareceres de los principales del pueblo y más versados en las cosas de guerra. Y como estaban todos tan cansados ya de tan largas molestias y no veían caudal ni fuerza para llevar adelante lo que en cincuenta años no habían podido concluir en tiempos en que había más aparejo para ello, fueron de pavecera que se desamparasen los fuertes que estaban fuera de las ciudades, pues no había poco que hacer en reparar los pueblos que estaban en grave necesidad por falta de gente hacendosa y sobra de hambrienta, rota y casi desesperada de tantas calamidades sin alguna manera de alivio ni socorro. Con todo eso se mostró Loyola tan animoso, que no solamente no desamparó las fuerzas que halló fundadas, ni desistió de la prosecución de la guerra, mas antes lo tomó más de propósito con nuevos bríos, supliendo con sagacidad y prudencia la falta de posible que a la sazón era muy corto. Y para que a los pequeños principios se siguiese el aumento que se deseaba, despachó luego a Miguel de Olavarría, su sargento mayor, a la ciudad de los Reyes del Perú para que pidiese socorro de gente y dinero para sustentar la guerra; constándole enteramente el deseo que don Garcia de Mendoza marqués de Cañete y visorrey de aquel reino tenía de favorecer alas cosas de Chile como a propias suyas, por haber sido el más insigne benefactor de este reino según parece en la primera parte del segundo libro de esta historia.

Mientras se hizo este viaje, determinó el aobernador de ir a los estados de Arauco, tornando tan a pecho las cosas de la guerra, que propuso no hacer asiento en Santiago mientras ella durase y él permaneciese en el oficio. Y para no dejar raíces que le obligasen a volver algunas veces a esta ciudad desamparando las fronteras de enemigos, llevó consigo a su mujer y a toda su casa, y fué marchando con casi trescientos soldados que juntó con harto trabajo, ayudándose de alguna derrama impuesta con mucha suavidad, más con ruegos que con imperio, representando a los vecinos la necesidad presente y ser negocio que iba por todos. Era su mujer de Loyola, una hija de los reyes indios del Perú, y así la habían pretendido por mujer algunos caballeros de mucha estofa por su calidad y rentas que eran en grande suma, por lo cual le pareció al comendador que podría ser esto de algún efecto para que los indios se allanasen viendo que una de su nación era mujer del que gobernaba la tierra, como en efecto lo fué, y por esta causa la llevó consigo sacándola de entre la gente que estaba de paz donde no había necesidad de aqueste medio. Y habiendo llegado a la ciudad de la Concepción no quiso parar en ella muchos días, saliendo luego la vuelta de Arauco donde era toda la refriega. Dentro de pocos días pasó con su campo el río de Biobio y lo asentó en Colcura al pie de la famosa cuesta de Avemán que está cuatro leguas de Arauco. En este tiempo salió el maestre de campo de la fortaleza y tuvo una guazavara con algunos escuadrones de los indios que le tenían cercado, de donde salió con la victoria habiendo muerto ciento de ellos. Y como por una parte vieron esta pérdida y por otra sintieron la entrada del gobernador, alzaron luego el cerco no atreviéndose a hacer rostro a tanta gente española.

CAPÍTULO XLI

De la entrada de los padres de la compañía de Jesús en Chile

Dentro de pocos días después de la entrada del, gobernador Martín García de Loyola, llegaron algunos padres de la compañía de Jesús, de cuya religión nunca se había visto hombre en Chile hasta este tiempo. Habían sido no poco deseados de todas las personas graves y celosas de su aprovechamiento espiritual, y en particular de los gobernadores pasados, por la buena relación que tenían el mucho fruto que estos padres habían hecho en el Perú, y la grande reformación que en aquellas provincias se experimentó con su aprobada doctrina y buen ejemplo. Por esta causa enviaron a suplicar al rey don Felipe segundo de este nombre, hiciese merced de socorrer a este reino con algunos padres de esta religión, esperando por su medio la tranquilidad y sosiego que no habían podido en tantos años alcanzar por fuerza de armas; pues acontece no pocas veces que las empresas arduas y difíciles que no se efectuan con grandes máquinas y artificios humanos, vienen a allanarse con gran facilidad por la intervención de los servidores de Dios que negocian con su majestad a fuerza de oraciones, y aun con los hombres, aunque sean enemigos, con la eficacia de las palabras y virtud divina que Dios pone en sus lenguas. Pues sabemos que la fuerza del rey David que era valerosa, y las armas de su persona y ejército, no habían sido para ablandar la dureza del corazón del rey Saúl que le perseguía; y ofreciéndose lance en que vinieron a palabras y obras de sufrimiento y mansedumbre de que David usó para modificar un hombre tan obstinado, vino Saúl a rendirse de tal manera que reconoció las grandes ventajas que David le hacía, y le dijo por palabras expresas: «Yo reconozco que eres tú mejor que yo.»

Por estas causas concedió su majestad lo que se le pedía, enviando desde España ocho religiosos a su costa para dar principio a la fundación de su casa; pero llegados a la ciudad de los Reyes del Perú, le pareció a su provincial trocar algunos de ellos con otros más experimentados en la tierra para que se entablase esto más ordenadamente. Y deseando que fuese para mucho servicio de nuestro Señor y edificación de este reino, se encargó esta empresa al padre Baltasar Piñas, de conocida santidad en todo el Perú y muchas provincias de Italia y España por donde había andado buscando almas para el cielo con admirable doctrina y extraordinario fervor de espíritu. Demás de lo cual, había fundado colegios en algunos lugares de Cerdeña, España y no menos en el Perú siendo provincial en aquel reino; y últimamente el colegio de Quito a donde no había entrado jamás la compañía hasta que él fué a ello el año de ochenta y seis; y aunque por su mucha edad y cansancio corporal estaba ya retirado no entendiendo en otra cosa más de tratar con Dios a solas, con todo eso entrando la obediencia de por medio, dejó la tranquilidad por el trabajo, dejó el sosiego por los cuidados, dejó la seguridad por los peligros, dejó la dulcedumbre de su rincón, no con gana de campear, sino de granjear el bien de las almas como siempre lo había hecho.. Fueron con él en este viaje dos religiosos sacerdotes nacidos en Chile, que habían ido en su juventud a seguir los estudios en la ciudad de los Reyes, donde salieron con muy copioso caudal de letras y mucho mayor de virtud en catorce o quince años que había estado en la misma compañía de Jesús. Llamábase uno

de estos padres Hernando de Aguilera hijo del capitán Pedro de Olmos Aguilera de quien se ha hecho diversas veces mención en esta historia, y el otro Juan de Olivares, los cuales fueron a este asunto para que como sus padres habían hecho la conquista temporal del reino, y sus hermanos estaban en ella actualmente, así ellos se empleasen en la espiritual ayudándose de las letras y espíritu que habían adquirido y del caudal de lengua de los indios que sabían por haberse criado entre ellos; y por la misma razón fué de este número otro religioso llamado Luis de Valdivia que era de raras partes, mayormente en cosas de letras y hombre muy espiritual aunque no viejo, el cual por ser deudo del gobernador Valdivia, salió con pretensión de imitarle en el valor aunque en diferente materia, con celo de entrar luego ganando las almas de los indios, cuyas tierras había ganado su pariente, y también para restaurar con esto los daños que les habían hecho con ocasión de la conquista.

Partieron pues los ocho religiosos del puerto del Callao de Lima en el mes de febrero principio del año de 1593, y tuvieron una procelosa tormenta donde se vieron en gran peligro aportando finalmente al puerto de la Serena de donde fueron todos en procesión hasta la ciudad, caminando muchas personas descalzas por haberlo prometido en la tormenta. Grande fué la instancia que hizo este pueblo a los dichos padres para que se quedasen allí siquiera dos de ellos; pero por no haber tomado asiento en la ciudad que es cabeza del reino, no se pudo conceder por entonces; y así se partieron todos por tierra con muy cumplida provisión y avió que les dieron con mucha caridad los moradores de este pueblo, aunque no poco tristes de quedarse sin quien tanto les había consolado en aquellos pocos días. Y habiendo caminado los padres sesenta leguas llegaron a los términos de Santiago donde estaban apercebidos el cabildo eclesiástico y secular con todas las personas principales de la república para salir una legua a recibirles con grandes muestras de regocijo. Mas como los padres entendieron el aparato que estaba ya a punto para otro día, dieron traza en evitar semejante ruido y aplauso, caminando gran parte de la noche hasta que amanecieron dentro de la ciudad sin ser oídos ni vistos. La alegría y júbilos de todo el pueblo, los regalos que a estos padres se les hicieron, la devoción con que ardían los corazones en aquel tiempo de su entrada, no es explicable en pocas palabras, mayormente por ser el padre Baltasar Piñas hombre amabilísimo, y en cualquier lugar que había vivido era muy acepto por su santidad y doctrina y voluntad de agrandar a todos, y así en cualquier ciudad donde había entrado le traían en palmas, y no era menor la admiración con que todos estaban viendo a los principios grandísimas procesiones de indios que se hacían todos los domingos cantando por las calles la doctrina cristiana que era espectáculo a que estaba la gente del pueblo como embelesada y con las bocas abiertas dando gracias a Dios y echando mil bendiciones a estos religiosos que tal mano tenían para emprender con el auxilio divino grandes cosas en poco tiempo; y lo que más les admiraba era ver que un hombre como el padre Valdivia, recién entrado en la tierra, había aprendido en un mes el lenguaje de los naturales y lo hablaba en él expeditamente, siendo tan atractivo de ellos, que se andaban tras él en grandes cuadrillas colgados de sus palabras y mirándolo con tanto amor como si fuera su padre; y así por esto como por el gran fruto que se hacía en los españoles en las confesiones, sermones y buen ejemplo de estos religiosos, procuraron los de la ciudad darles casa y les compraron la que había sido del gobernador Rodrigo de Quiroga que había deseado harto ver en sus días gente de la compañía de Jesús en este reino. Aquí fundaron los padres su colegio, habiéndose

hospedado casi un mes en el convento del glorioso patriarca Santo Domingo, donde fueron agasajados con grande caridad y regalo, saliendo con estrecha obligación de esta santa casa, y por tenerla ya los padres propia, pusieron sus escuelas de latinidad para educación de la juventud que fué echar el sello a la buena obra que los padres hacían, y al deseo con que anhelaba todo el reino de ver sus hijos en esta ocupación tan importante. Dió principio a este ministerio un sacerdote llamado Gabriel de Vega, que pudiera darlo a escuelas de más alta ciencia; y no por esta ocupación dejó de aprender luego la lengua de los indios y trabajar con ellos en las cosas de sus almas. Y porque para acudir a tan diversos ministerios eran necesarios más obreros, volvió por procurador de este reino a la ciudad de los Reyes, el padre Luis de Estella que era un religioso muy cabal, con cuya embajada fueron enviados más religiosos a este colegio, con que se aumentó el número dellos y la fuerza de los ministerios propios de la compañía de Jesús, en cuyo nombre se dió principio a esta jornada y fin a este capítulo.

CAPÍTULO XLII

De las batallas que el gobernador Martín García de Loyola tuvo desde el año 93 hasta el de 95

Al principio del año de 93 entró el gobernador en el fuerte de Arauco donde estaba el maestre de campo Alonso García Ramón muy contento de la victoria arriba referida, y viendo que este lugar estaba con buen aderezo, se partió dél dejándolo avituallado para entrar él mismo en la provincia de Tucapel donde los indios tenían mucha avilantez más que en otras partes: fué grande el estrago que él hizo en esta tierra, talando los campos y recogiendo ganados y muchos indios de muchas suertes y edades, habiendo muerto buena cantidad dellos que se pusieron en defensa: con esta presa se volvió a la fortaleza de Arauco, y la tornó a abastecer de lo necesario para el invierno que había de entrar de allí a poco tiempo; y luego despachó una galizabra nueva, y en ella al capitán Juan Martínez de Leiva para que descubriese a cierto corsario inglés que andaba costeano este reino, y lo tomó después en el Perú el marqués don García Hurtado de Mendoza visorrey de aquellas provincias enviando para ello a su cuñado don Beltrán de la Cueva hijo del conde de Lemos. Fué este viaje de Juan Martínez de Leiva de mucho momento, porque dió aviso en el Perú de la entrada de este corsario por el estrecho con lo cual hubo lugar de prevenirse las cosas necesarias para cogerlo.

Hecho esto se fué el comendador Martín García de Loyola a la Concepción donde inverno hasta el mismo año, y llegado el verano que entra por setiembre, recogió los pocos soldados que había y se fué con ellos a las ciudades de arriba donde anduvo multiplicando su gente; y habiendo juntado doscientos hombres, volvió con ellos a Talcamavida y Mareguano talando las sementeras de los indios y matando muchos de ellos en diferentes encuentros. Y así por esto como por la singular prudencia con que procedía en todas las cosas, vinieron los indios de las riberas de Biobío, de una y otra banda, a dar la paz, cosa que nunca se había visto en estas tierras desde los tiempos de don García de Mendoza. Con este felice suceso se quedó allí hasta el año de 94, habiendo enviado al maestre de campo Alonso García Ramón al Perú por socorro de gente, mas

como se volviese sin ella por el mes de marzo, estuvo la cosa en términos de dejar despoblada la fortaleza de Arauco y otras fronteras por no haber fuerza para sustentarlas: con todo eso, el efecto fue muy contrario de este, porque tornó a enviar al dicho maestro de campo a Santiago para recoger la gente que pudiese; y por otra parte, fué él mismo en persona a las ciudades de arriba con el mismo intento; y habiendo juntado doscientos veinte hombres hizo maravillosas suertes en las provincias de Mareguano y Talcamavida gastando todo el año en grandes empresas; y una de ellas fué, que sabiendo de una junta de enemigos que estaba en la ciudad de Puren, fué allá con ciento treinta hombres y acometió a los enemigos que serían hasta trescientos de los más valientes de todo Chile; y aunque halló ser la ciénaga inexpugnable por ser grande y cercada de canales hondos de suerte que no se podía entrar a caballo, con todo eso puso el pecho al agua y mandó al capitán Antonio Recio que entrase por ella, quedando en el interior los demás escombrando el paso con la arcabucería para que los indios no lo estorbaran a los nuestros. Con esto ganó a este capitán el sitio de la ciénaga con muerte de muchos contrarios. Aun también recibieron algún daño los españoles y en particular el capitán Antonio de Galleguillos a quien dieron un flechazo en un ojo; era este capitán corregidor de la Imperial, lo cual puso avilantez a los indios para dar sobre la ciudad viendo que estaba enferma la cabeza; y juntándose doscientos de a caballo, entraron dentro de ella corriendo todas las calles y quemando muchas casas sin ser parte para impedirselo los soldados del pueblo que eran más de ciento; con todo eso se levantó el corregidor y acaudilló su gente, con la cual fué en seguimiento de los indios, los cuales en su retirada iban matando muchos de los yanaconas que iban con los españoles.

Después de esto fué el gobernador a la sierra del Aulamilla donde estaban los indios fortificados con la espesura del montecillo; y aunque era difícil la entrada por ser mucho el bosque, con todo esto mandó al sargento mayor Miguel Olaverría que acometiese con sesenta arcabuceros como lo hizo, entrando todos a pie con harta dificultad por ser el lugar fragoso; mas fué su entrada de tanto efecto, que a la primera rociada echaron a los indios del fuerte quedando algunos de ellos muertos, y así mismo salieron heridos diez españoles de cuyo número fué el sargento mayor que sacó dos heridas de que estuvo manco más de ocho meses.

Llegado el año de 95, fundó Martín García de Loyola una ciudad en el asiento de Millapoa, que está junto a Biobío a la banda que cae de la otra parte de la Concepción, intitulado a este pueblo con nombre de Santa Cruz de Oñez. Fue esta población de suma importancia para tener a los indios a raya, pues hasta entonces eran señores de toda la tierra que está dos leguas de la Concepción de la otra parte del río. Y así se han reducido, allanando no solamente los indios de ambas vegas, más también los de Arauco, Talcamavida, Mareguano, Laulamilla y Chipimo, que son más de las dos tercias partes de los que Loyola halló rebelados en el reino. Y para asegurar más esto, fabricó en la otra parte del río que cae a la banda de la Concepción el fuerte de Jesús, a contemplación de su tío Ignacio de Loyola, patriarca y fundador de la compañía de Jesús y por fortalecer más su tierra con este divino nombre.

Sobre esta fortaleza vino un indio llamado Nangalien de la provincia de Mareguano que era general de ella y valerosísimo capitán; a éste dieron entrada los indios nuevamente

reducidos por andar de mal pie con los españoles, de suerte que dió un día al cuarto del alba sobre el fuerte con trescientos hombres, cogiendo descuidados a los españoles que eran veinte y dos solos. Tocó arma la centinela sin que se hallase hombre vestido, si no fué un soldado viejo llamado Ríos que acudió al portillo por donde ya los indios iban entrando; y derribando dos de un arcabuzazo, puso luego mano a su espada y detuvo el ímpetu de los demás peleando varonilmente. A esto acudió el capitán llamado don Juan de Rivadeneira, y por otra parte fueron los soldados a la puerta principal que estaba ya casi derribada, y en particular Juan Gajardo impidió a los indios para que no acabasen de derribarla oponiéndose con un mosquete con que mató muchos enemigos. Viendo los enemigos cuan mal les iba en este asalto, se retiraron con las manos en la cabeza aunque no muy escarmentados, pues tornaron a hacer de las suyas. Por esta causa dió el gobernador en perseguir a este capitán, y así envió al sargento mayor Olaverría a darle una trasnochada con cuarenta y cinco hombres en la provincia de Mareguano: tuvo el sargento buena mano en este lance, porque entre otros indios prendió un cuñado del capitán Nangalien llamado Neretalia, y después de esto fué preso un hijo del mismo Nangalien, lo cual sintió tanto su padre que hubo de venir de paz con todos los suyos, con lo cual quedó la tierra muy quieta.

Mucho es de estimar en esta parte la prudencia y ánimo de Martín García de Loyola, pues en menos tiempo, con menos gente y aderezo y con ninguna experiencia en cosas de este reino ni de guerra, ha salido con lo que otros gobernadores no pudieron y se ha conservado en paz y con buen nombre de todos. Hase atrevido a cosas extraordinarias, como el salir él solo con su capa y espada a tratar con algunos indios rebelados de los medios de paz, estando a vista de ambos ejércitos; demás de esto usó una vez de una estratagema de mucha industria, y fué que estando los indios de Mareguano y Arauco muy orgullosos, pretendió amainarles los bríos y en particular la confianza que tenían en el famoso cerro de Catirai donde siempre habían quedado victoriosos y hecho grandes suertes; a los españoles: y para esto los desafió para cierto día señalado en aquel inismo cerro que es la mayor fuerza que ellos tienen, para darles a entender cuan poco caso hacía dellos, pues los quería coger en el más fuerte castillo de su reino. Estando los indios muy metidos en obra apercibiéndose para el día aplazado, previno el gobernador acudiendo al cerro y lugar elegido tres o cuatro días antes del plazo y halló algunos pocos indios que estaban descuidados de tal acometimiento, y cogiéndolos a manos les reprendió y envió a sus capitanes que les dijese de su parte que eran unas gallinas, pues no habían osado acudir a la batalla. Y diciéndole los indios que ellos habían entendido ser más largo el plazo, les hizo entender que era aquel día y que ellos no estaban engañados en ello, pues sabían muy bien que era el día presente determinado, sino que lo hacían de cobardes. Fueron los indios con esta embajada a sus capitanes los cuales se quedaron pasmados de oír el caso a que los mensajeros del desafío no habían entendido el día que se señalaba, y consiguientemente creyeron que el gobernador había acudido puntualmente y tenían preuncio dellos que no osaban acometer de puro cobardes, con lo cual tuvieron de él mayor estima y ellos quedaron muy corridos y amilanados. Y por remate desta historia advierto que es mucho de ponderar el tesón y ánimo de los indios, pues nunca se ha visto que ninguno dellos se rinda a español dejándose rendir aunque muera en la demanda; y así los que cogen son a pura fuerza y no pudiendo ellos defenderse. Acontece tenerse un indio con dos o tres españoles armados y no rendírseles hasta morir. Porque lo que más

sienten entre todos sus trabajos, es servir a gente extranjera, y por evitar esto sustentan la guerra de casi cincuenta años a esta parte: y han venido en tanta disminución, que donde había mil indios apenas se hallan ahora cincuenta; y por esta causa está la tierra muy adelgazada, pobre y miserable, y finalmente sin otro remedio sino la esperanza del cielo. Concluyo con lo que el Eclesiástico dió principio a su libro, diciendo que el escribir muchos libros es cosa sin propósito, y que lo que importa es que oigamos todos el fin del, razonamiento que es éste: Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque este es todo el hombre, y que Dios ha de nivelar todas las cosas en su juicio y sentenciar lo bueno y lo malo según el fiel de su justicia. Y si este santo temor bubiera sido el principio con que se conquistaron estos reinos, no estuviera esta historia llena de tantas calamidades como el lector ha leído en ella. Plegue al Señor sea servido de poner en todo su piadosa mano, para que en los corazones haya más amor suyo y más felice prosperidad en los sucesos.

Laus deo